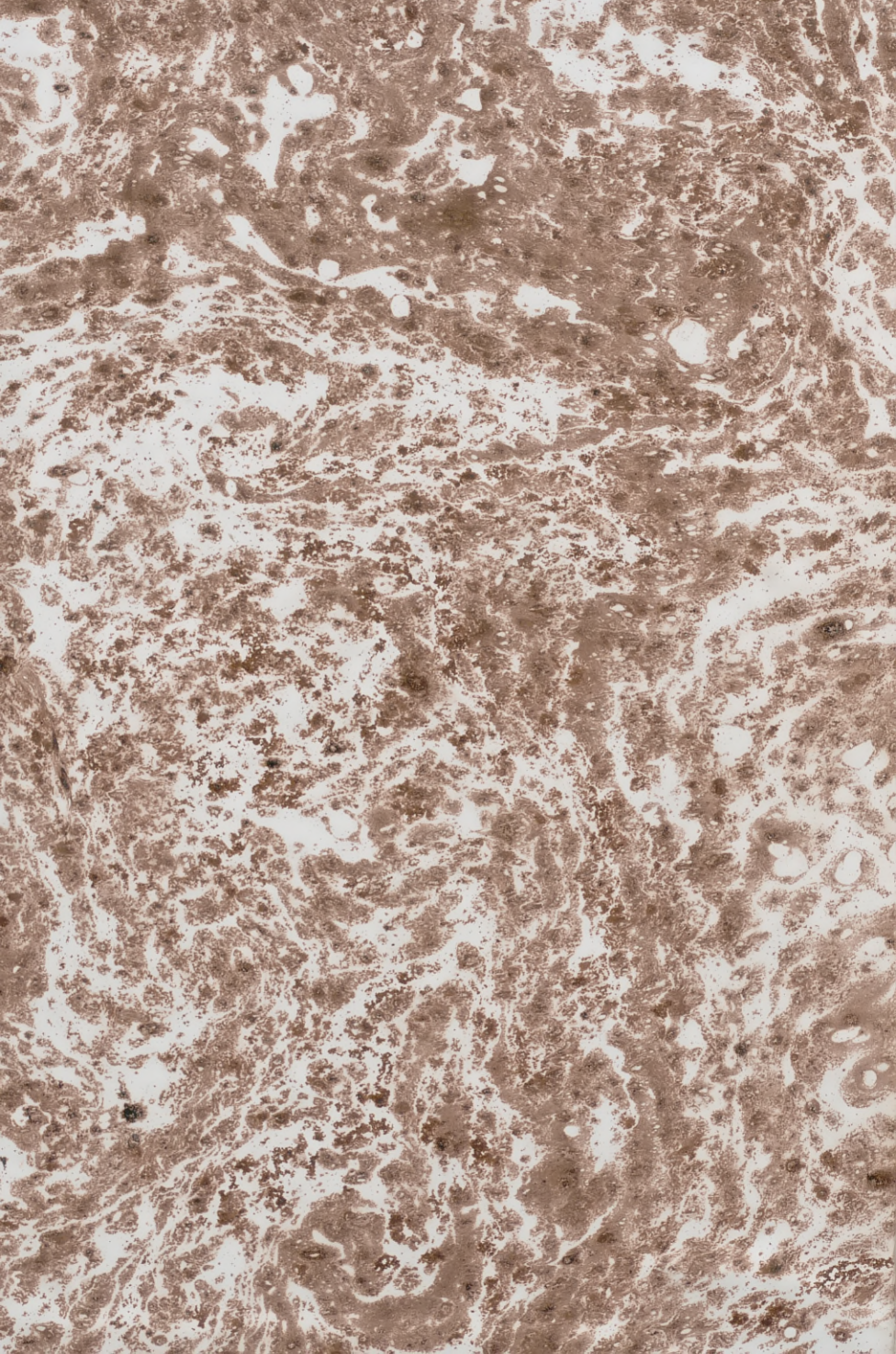
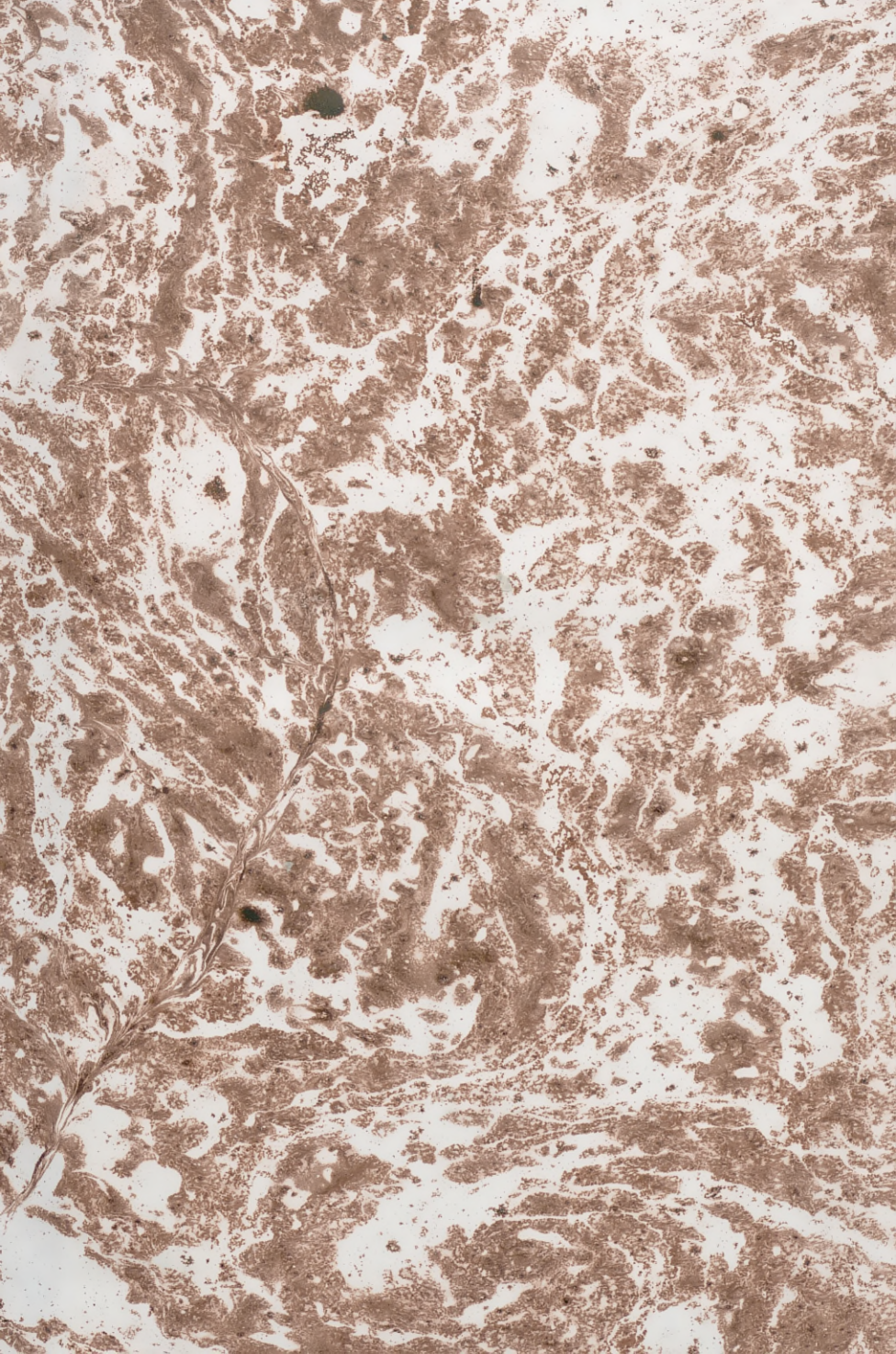




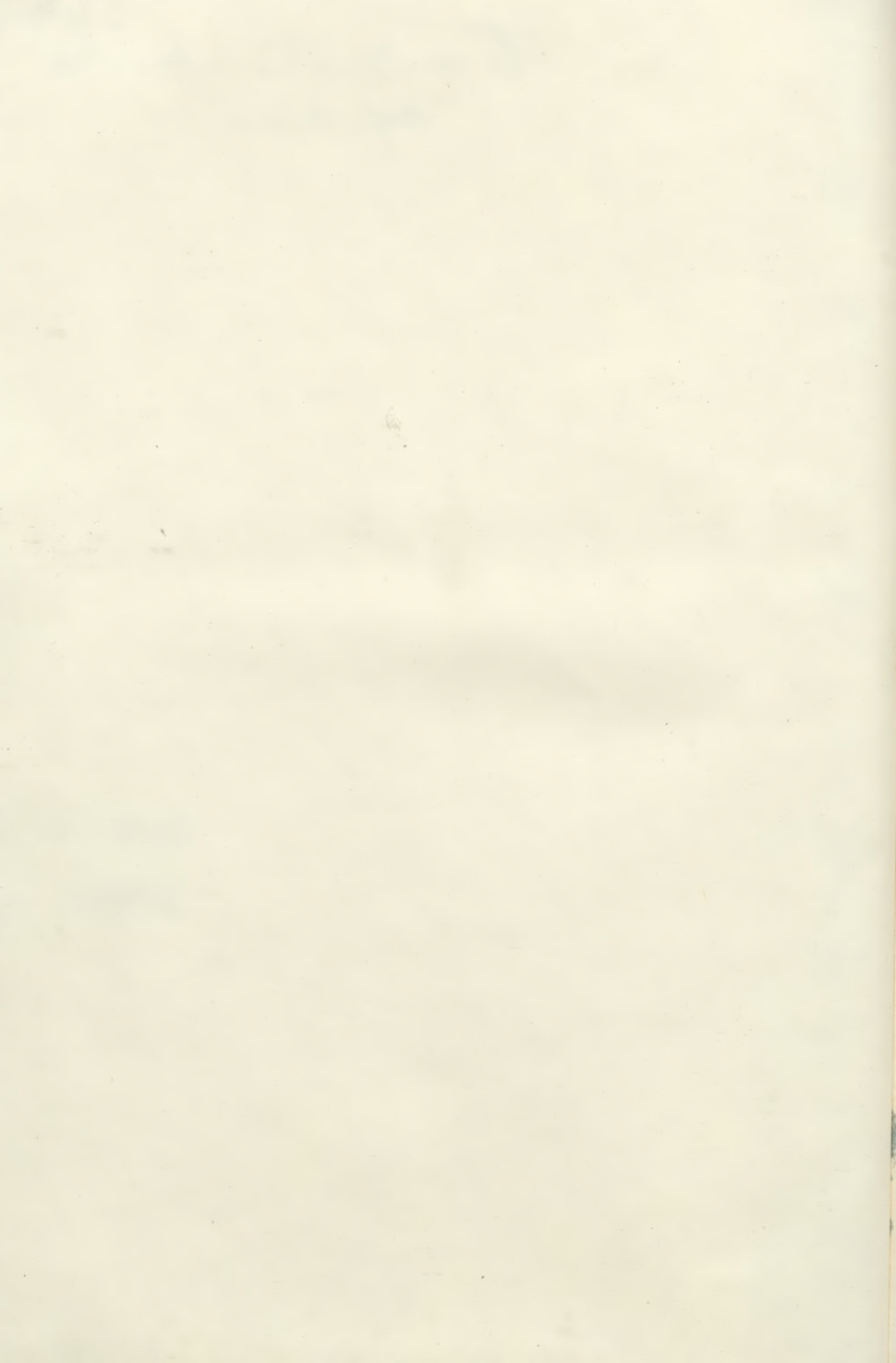


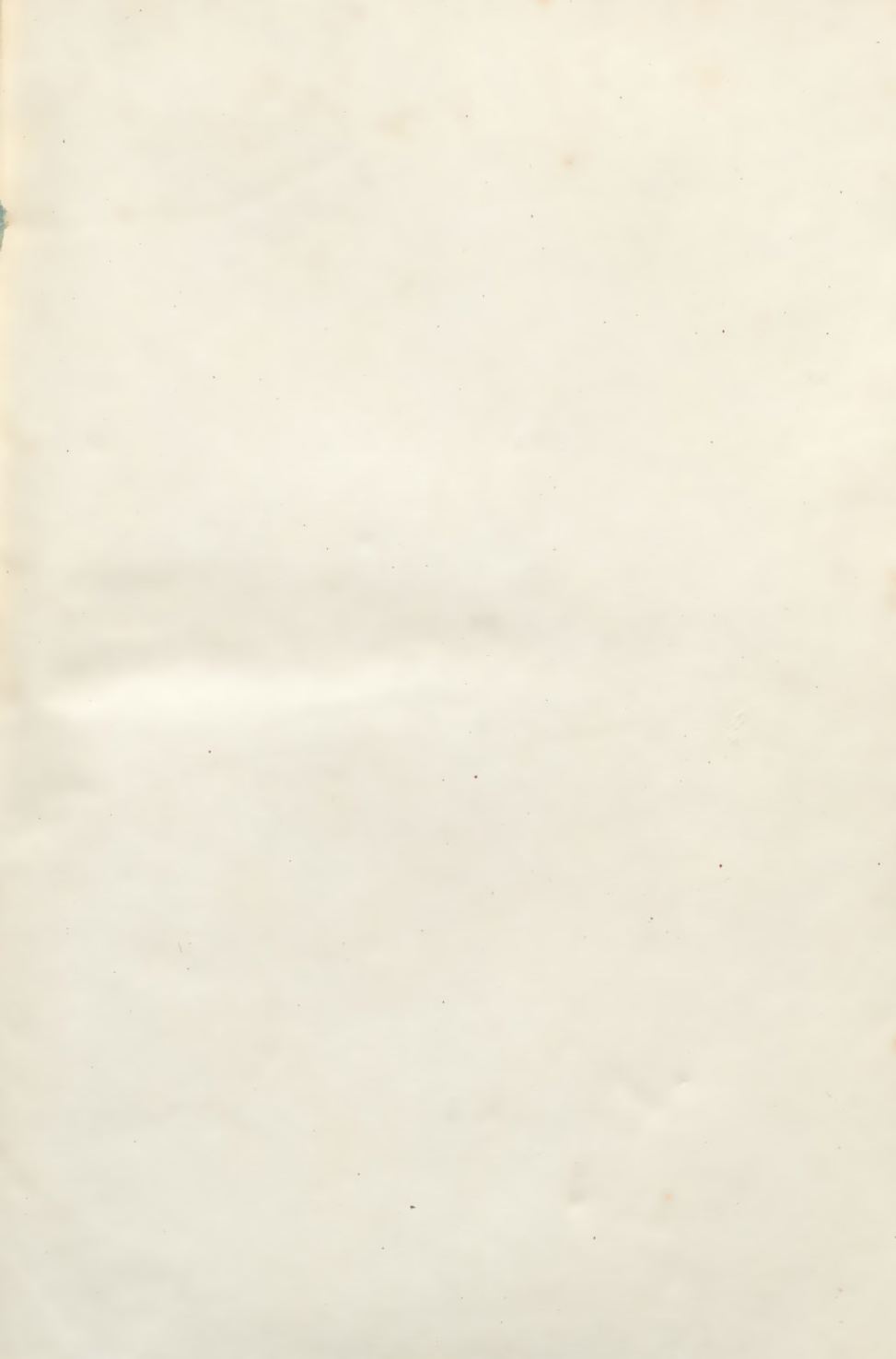


DGCL
A

T. 164525

CB. 1210852





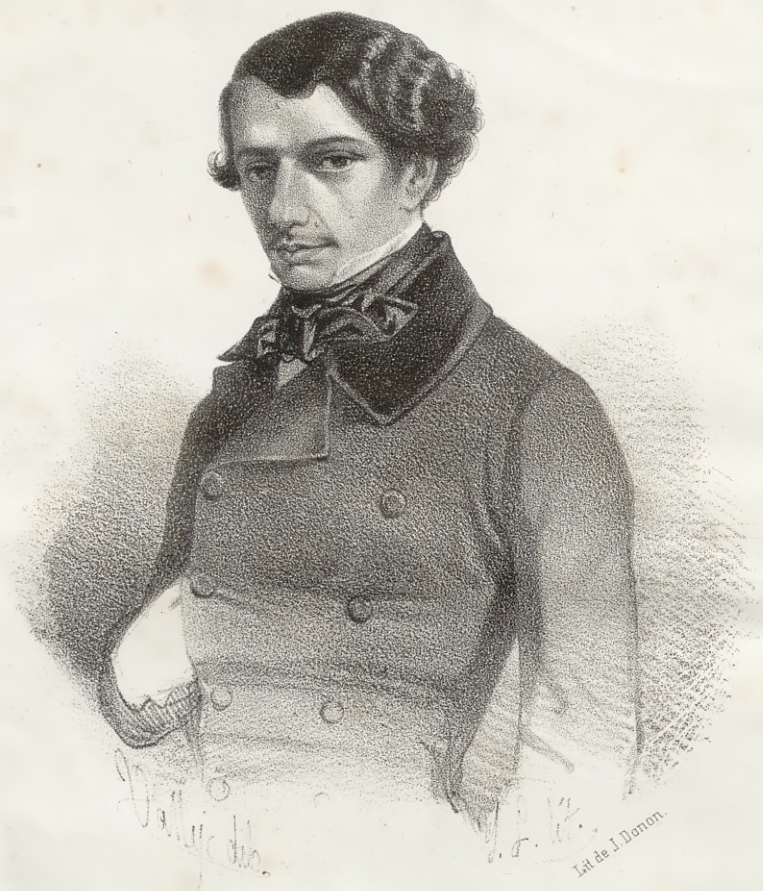
E. 2. 6

DOÑA URRACA

DE CASTILLA.

DO NOT WRITE

IN PENCIL



J. Navarro Villoslada

DOÑA URRACA

DE CASTILLA.

MEMORIAS

DE TRES CANÓNICOS

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR

D. Francisco Navarro Villoslada.

EDICION ILUSTRADA

con 30 preciosas láminas sueltas, viñetas intercaladas en el texto y el retrato del autor.



MADRID:

LIBRERÍA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
Calle del Principe, núm. 4.

1849.

DOÑA URRACA

DE TRES CANONIGOS

Es propiedad de Gaspar y Roig , editores.

IMPRESA DE J. MARTIN ALEGRÍA,
Callejon de San Marcos. núm. 6.



A LOS SEÑORES DON LUCAS Y DON FELIX NAVARRO VILLOSLADA.

Amados tíos: ahí va esta obra, al frente de la cual he osado poner el nombre de ustedes respetable por sus sólidas virtudes, respetable por su dignidad sacerdotal. Esta obra es una novela, y temo por lo mismo haber abusado de la confianza que me inspira su cariño, dedicándoles un escrito de este género. Pero no tengo otra cosa mas seria y mas importante que ofrecerles; y como despues de mis padres son ustedes las personas á quienes debo mas en el mundo, porque les debo la educacion, el peso de la gratitud es bastante grave para mí, y tenia yo cierta impaciencia por aligerarlo.

No es ahora, sin embargo, mas liviano. La gratitud puede ser comparada al sol, que deramando luz y calor en todo el universo, jamás pierde un solo grado de vigor y de intensidad, un átomo de su fuego perdurable.

Madrid 30 de diciembre de 1848.

Francisco Navarro Villoslada.



PRÓLOGO.



o deja de ser extraño que abundando tan poco entre nosotros las *Memorias* particulares, podamos contar con una obra de este género, precisamente en el reinado de doña Urraca, en que tanto escasean los escritores. El hecho es cierto, por fortuna del novelista; especie de minero que rebusca el oro entre las arenillas del río, mientras el historiador, despreciando tan menudas partículas, no se contenta menos que con sacarlo á manos llenas del criadero.

A fines del siglo pasado aparecieron impresas las *Memorias* del primer arzobispo de Santiago, don Diego Gelmirez, escritas por tres canónigos de aquella catedral desde los años 1102 á 1139. Aunque en la impresion tienen por título, *Historia Compostellana*, y por él han sido constantemente citadas; su verdadero nombre es *Registro*, y por tal quiso el prelado que fuesen conocidas. En efecto, estan encabezadas con las siguientes palabras: *Incipit primus liber Registri Venerabilis Compostellanae Ecclesiae Pontificis Didaci Secundi*: «Comienza el libro primero del Registro del venerable obispo de la iglesia compostelana Diego segundo.»

Los que conozcan la propiedad de la palabra latina *registrum*, y sepan que la de *memoriae*, en la acepcion de escrito, no se ha empleado nunca en este idioma sino acompañada de *magister*, para significar el encargado de los libros en que se conservaban las cosas memorables del imperio, no tendrán dificultad en confesar que *Registro* en el siglo XII es lo que se acercaba mas á lo que hoy se comprende con el nombre de *Memorias*.

El título ademas está de acuerdo con la obra: á escepcion de las seis primeras páginas, solo se refieren en ella los hechos propios y particulares del

obispo y de su iglesia. Tiene además la circunstancia de haberse escrito día por día, conforme los sucesos iban acaeciendo: la pluma sigue la marcha de los acontecimientos: con ellos se detiene, con ellos vuela y se precipita.

Dos canónigos, amigos íntimos y familiares de don Diego, llamados Nuño Alfonso y Hugo, español aquel y francés este, recibieron el encargo de ir anotando diariamente cuanto á sus ojos pasaba, y consignando en el pergamino las revelaciones y confianzas de su señor y prelado.

No transcurrió mucho tiempo sin que uno y otro fuesen elevados á la dignidad episcopal, y al partirse á sus respectivas iglesias, constante don Diego Gelmirez en su propósito de legar á la posteridad noticias importantísimas y secretas acerca de su pontificado, encomendó á Gerardo, canónigo también de Compostela, la continuacion del Registro.

Prosiguió el nuevo escritor la tarea de sus compañeros; las Memorias están escritas de letra suya hasta pocos años antes del fallecimiento del obispo: la muerte sin duda cortó al mismo tiempo el hilo de la vida del historiador y el de la historia, y como suele, debió cortarlos de improviso; pues en el último capítulo no hay una palabra siquiera que indique la intencion de suspender el relato.

Mas de seiscientos años han permanecido ocultas, casi para todo el mundo, páginas tan importantes; pero al fin, gracias al celo y laboriosidad del P. Florez, á quien tanto deben las antigüedades españolas, la *Historia Compostelana* ha visto la luz pública, derramando no poca sobre el oscuro y turbulento reinado de doña Urraca de Castilla.

No es este resplandor el único que nos ha guiado: mas confuso, pero tambien mas suave y misterioso, hemos visto vagar entre los escombros de un castillo incendiado, el fantástico fuego de la tradicion. A favor de uno y otro hemos osado penetrar en ánditos tan intrincados y tortuosos; y despues de romper las zarzas y malezas que cubren la entrada de esa negra y profunda sima del siglo XII; despues de espantar y aturdir las aves de mal agüero de nuestra propia ignorancia y pereza, hemos descendido al hondo, y allí, como á don Quijote en la famosa cueva de Montesinos, nos ha sobrecogido el sueño, y han cruzado por nuestra fantasía visiones, ora dulces y deleitosas, ora terribles y ceñudas, y hoy que estamos despiertos no podemos asegurar si fueron reales ó aparentes.

El que tenga curiosidad de averiguarlo, lea el Registro, lea las crónicas: consulte despues la tradicion que hemos consignado en un escrito. Si en el libro hay algo que no esté ni en uno ni en otro, imaginado será por el novelista: si no hay nada, como sospechamos, nuestra será la redaccion, nuestra la forma: el drama, de la historia.





LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que se da comienzo á la peregrina Historia de la Reina doña Urraca.



Los españoles del siglo XII no tenían mas caminos reales que los contruidos para la explotación de las minas de plata, ó para las necesidades de la guerra, durante la dominacion romana, y el que devotos peregrinos, con sus pies descalzos, abrieron desde los Pirineos á Santiago de Galicia.

Este arrecife se hallaba en mucho mejor estado que los otros, y, acaso pudiéramos añadir, que nuestras modernas carreteras. No se conocian, es verdad, en tan largo tránsito paradores, ni guardias civiles, ni peones camineros: en cambio no escaseaban los conventos generosamente hospitalarios: las hermandades primero y luego los caballeros de las órdenes militares, defendian á los piadosos caminantes de los harto frecuentes y poco gratos encuentros de infieles y bandidos; y con respecto á la recomposicion del camino baste de-

cir, que se consideraba como una obra de caridad, en que solían ejercitarse los monjes y los pueblos.

Construido con anchas baldosas de forma regular, que aun hoy se ven entre la yerba, en algunos trozos que han podido resistir al resfriamiento de la piedad y al transcurso de los años, bien se conoce que estaba destinado á pedestres viajeros, con la mira de facilitar y proteger la peregrinacion. A este mismo deseo, que crecia con el espíritu religioso, debióse la institucion de los cambiadores que á las puertas de las ciudades se colocaban con sus mesas doradas y pintadas, sus arcas y balanzas, para cambiar á los extranjeros las monedas de su pais por las equivalentes de Leon y de Castilla. De trecho en trecho se establecian hospitales, se erigian monasterios, se levantaban puentes; y para que los romeros de diversas naciones tuviesen en la Península una segunda patria, fundábanse ciudades como Santo Domingo de la *Calzada*.

La de Santiago comenzaba en Roncesvalles, atravesando todo el reino de Navarra por Estella, Logroño, Nájera hasta Santo Domingo; y de aquí se dirigia á Burgos, Carrion, Leon, Astorga, ciudad entonces del reino de Galicia recientemente incorporado á la corona de Castilla, y tocando por último en Lugo, terminaba en las murallas de la Jerusalem hispana.

Por el opuesto lado, hácia el Sur, arrancaba otro camino desde Portugal, empalmando con el del Norte en la tumba del hijo del Cebedeo.

De esta suerte la osamenta de un hombre oscuro que murió degollado en Palestina, trasladada en una navecilla hasta el puerto de Iria, y sepultada cuatro leguas adentro de la costa, en medio de selvas inaccesibles y de breñas tan solo de fieras habitadas; la osamentade un pescador que permaneció ignorada por espacio de ocho siglos, al ser de improviso descubierta, vióse al punto en comunicacion por un lado con los que entonces se llamaban confines de la tierra (*Finis terræ*), y por otro con Europa, con todo el orbe cristiano.

Nada exageramos al decir que las desnudas plantas de los peregrinos abrieron primeramente esa larga calzada, que cruzaba la España casi en línea paralela con la costa cantábrica: el camino de Santiago en aquella época era el mas frecuentado de toda la cristianidad: llegaban los fieles á bandadas de los mas remotos paises: imponíase la peregrinacion, no solo en penitencia por los confesores, sino en castigo por los tribunales, y era voz comun de que el viaje tenia que hacerse en vida, ó despues de la muerte, por los mismos justos, antes de subir al cielo. La calzada de estas almas en pena era la *Via lactea*, conocida por el vulgo con el nombre de *Camino de Santiago*.

Esta santa y célebre ciudad, rodeada de montañas de lozana y triste vegetacion, se ofrece repentinamente á la vista de los caminantes cubierta casi siempre de negras nubes, que levantándose de las vecinas cumbres, se estienden luego por el ámbito poco dilatado de un cielo ceniciento, figurando el fúnebre crespon tendido sobre el túmulo del Apóstol.

Los peregrinos, de consiguiente, no logran divisar las torres del templo suspirado sino cuando estan encima de la ciudad, y las dos opuestas eminencias, desde las cuales se descubre, tienen un nombre tan gráfico y significativo, que basta solo enunciarlo para que el mas rudo conozca de dónde procede y bajo qué sentimientos ha sido inspirado.

La altura del Norte llámase el monte del *Gozo*; la del Sur el monte del *Humilladero*.

Si quisiéramos averiguar por qué el aspecto de la antigua Compostela infunde á los unos afectos de júbilo, y de humildad y veneracion á los otros, quizá presentaríamos una prueba mas de la verdad y filosofia que revelan siempre las denominaciones populares.

Los romeros que venian de apartadas regiones, de Alemania, de Inglaterra, de Moscovia, de Egipto y aun de Persia, cruzando á pie la Europa entera para prosternarse delante de un altar, al ver las pardas cúpulas que lo cobijan, debian sentir antes que nada un júbilo inefable. Para estos aquella montaña tiene el nombre de su primero y mas vivo sentimiento: *el gozo*.

Los peregrinos que por el lado opuesto se acercaban, no solian traer muchas jornadas, ni venir mas lejos que de la Península: menos vivo el placer por consiguiente, cedia el puesto á la veneracion y acatamiento. Aquellos hendian el espacio con aclamaciones de júbilo: estotros humillaban la frente, clavando en tierra los hinojos.

En tan devota postura, y en la cumbre del *Humilladero*, ó del *Humilladoiro*, segun se llama en el dialecto del pais, al ocultarse el sol al extremo del monte Pedroso y detras de las negras torres de Altamira, que resaltaban vigorosamente en el vivo rosicler de los celajes de primavera; veíase un jóven peregrino descubierta la cabeza, poblada de larga cabellera negra y lustrosa, cual desatadas trenzas de seda; pero naturalmente rizada en bucles, que hubiera envidiado la mas apuesta dama de la corte de doña Urraca de Castilla, de su marido don Alfonso el *Batallador*, ó del jóven Príncipe don Alfonso, hijo de la primera; personas todas, como se ve, íntima-

mente unidas con los vínculos del parentesco, y que á la sazón vivían completamente separadas, con su corte y sus cortesanos, con sus partidarios, y derechos, y encontradas pretensiones.

Pero volviendo al noble peregrino, y así lo llamamos, puesto que lo largo y adobado del cabello nos está indicando que salía de la esfera vulgar de villanos y pecheros; no debemos pasar en silencio una circunstancia que depone en pro de su estremada piedad, y es que vuelto el compungido rostro hácia las torres de Compostela, el bordon inclinado al brazo y ambas manos al pecho, dejaba caer perennes lágrimas de sus ojos sobre la blanca piedra en que estaba arrodillado, y sobre el ancho sombrero que al lado yacia.

Mientras con tanta devocion, al parecer, oraba el mozo de la negra cabellera, otro peregrino, que debía ser compañero suyo, porque con él se habia detenido, entregábase con no menos fervor á un ejercicio, si no tan santo, mas sustancioso y nutritivo, cual era el de despachar al estómago tasajos y lonjas de cecina ahumada y seca, que de un zurrón de pellejo de cabra iba sacando; y suavizaba la aspereza de la vianda con menudos tragos de vino de Valdehorras, que en la calabaza traía.

Para ejecutar esta operacion con la comodidad posible en un páramo tan solo poblado de antiquísimos robles, de tiernos helechos, de puntiagudos tojos ornados de amarillas flores; el segundo peregrino, á quien sin duda los años habian secado á la par el jugo de los cabellos y de la devocion, habíase acomodado en las toscas escaleras que servían de base á una cruz de granito, no sin haber antes depositado una piedra que tradicionalmente arrojan los romeros, diz que para echar un peso mas sobre los espíritus infernales que allí estan oprimidos y sepultados mientras los fieles visitan el sepulcro del santo Apóstol: única muestra de piedad que dió el anciano.

Mientras el zurrón de cabra suministraba entretenimiento á sus blanquísimos y bien afilados dientes, y la calabaza jugo para humecer la garganta, ni el mozo ni el viejo se daban prisa en levantarse, ambos sin duda bien hallados con su oracion y su merienda; mas apenas el de la cruz, metiendo en el zurrón la mano, despues de un escrupuloso registro, por vez primera la sacó vacía: apenas de la calabaza empinada sintió caer á sus labios tan solo gotas cada vez mas lentas y flacas, el santo varón comenzó á removerse, eruirse y desperezarse, y á dar por último fuertes patadas en el suelo, menos por sacar el frío que por distraer á su compañero de aquella devocion, que ya tenia sus puntas y ribetes de arrobamiento.

Pero como ninguno de estos medios le sirviese para conseguir su intento, acudió á otro mas directo y eficaz, cual fué el de llegarse bonitamente por la espalda y tirarle de la oreja con aquella suavidad que podia esperarse de sus callosas manos, diciéndole al mismo tiempo con un acento, que bien daba á entender salia de un cuerpo recientemente refocilado:

—¡Ola! ¡ola! señor peregrino, para un paje de obispo que conoce estos andurriales mas que los lobos de la montaña; que ha cogido en los tejados de la catedral mas gorriones que palomas el azor de un caballero, y manoseado la estatua de piedra del Apóstol mas que los monaguillos que le quitan el polvo, devocion es esa que tanto tiene de singular como de pesada.

El mozo se levantó silenciosamente, y cogiendo el sombrero se lo encasquetó hasta los ojos, enjugóse dos lágrimas que se quedaron detenidas en sus mejillas, tostadas del sol, y casi avergonzado de su debilidad, respondió al anciano con alterada voz:

—Andemos.

—Sí, sí, que ya se pone el sol tras de ese castillo de Altamira, que no parece sino fantasma de mal agüero, segun lo negro que á la vista se ofrece. Una legua tenemos que andar todavía, hijo mio; y de buenos trajinantes es llegar presto á la posada.—¿Sabeis que se me ocurre una cosa, Ramiro? saltó de repente el buen anciano, á quien el vino de Valdehorras habia infundido cierta facundia: ¿sabeis que los honrados vecinos de Santiago, ó de Compostela, como le llaman los clérigos y monjes, han de creer, al veros con ese aire compungido, que os he trocado por cualquier alma en pena allá en Estremadura, en la córte de nuestro señor Príncipe don Alfonso VII, cuya vida conserve el cielo mas años que hojas tienen estos robles?

—Amen! repuso el paje, quitándose respetuosamente el sombrero; pero os advierto que hayais en cuenta el sitio en que nos hallamos para tener á raya vuestra lengua. En aquel castillo que allí veis mora don Ataulfo de Moscoso, el *Terrible*, rico hombre partidario de la Reina: al Monarca de Aragon y de Navarra, su marido, tampoco le faltan adictos dentro de los muros de la ciudad; y por demas me parece advertiros que el obispo, mi señor, es acérrimo defensor del Príncipe niño, su ahijado, á quien acabamos de ver en Mérida. En esta encrucijada de partidos me parece muy sano consejo el vivir apercibidos, no sea que los contrarios nos asalten y cometan con nosotros algun desaguisado.

—Consejo asaz prudente, en efecto, y mas propio de una cabeza como la mia, á quien la edad y el capacete le han robado á porfia su ornamento, que no de la vuestra, de donde brota el cabello tan espeso como los matorrales en este monte.—Pero eso es precisamente lo que iba diciendo, añadió el anciano, clavando el regaton de su báculo en tierra y apoyándose en él algo encorvado, con trazas de permanecer en aquella postura mucho tiempo: os saqué de Santiago alegre, vivaracho, travieso, pendenciero y mas inclinado á vestiros la cota que la casulla, el yelmo que el bonete; y os llevo ahora, así Dios me salve, taciturno, lloron, sesudo y con vocacion de canónigo, y quizá quizá de monje benito de San Martin Pinario, Como soy, que vuestra anciana madre doña Nuña va á decirme. cuando me vea entrar con vos por las puertas de su casa: « ¡Cómo! ¿ese es el hijo que me traeis de la tierra llana? Volvéosle á llevar, que no es mi Ramiro. »

—Y aunque tristes volviésemos, por mas que bien despachados hayamos sido en la corte del Príncipe, ¿qué de particular tendria? Salimos tres mensajeros de Santiago, don Arias, y tornamos dos tan solamente. Malo es que mi madre descaecido y desmedrado me vea, como decís; pero ¿no será peor mil veces que los pequeñuelos del buen Rosendo, nuestro compañero de viaje, cuando á las nuevas de nuestro arribo vengán brincando á recibir las caricias de su padre, se encuentren sin él, y tengamos que decirles: « ¡Pobrecillos! vuestro padre ha muerto en el camino? »

—Duro será por cierto, paje amigo; mas ¿qué le hemos de hacer? Cuando el señor obispo don Diego Gelmirez nos llamó y nos dijo: «Vais á llevar esta carta al Príncipe don Alfonso, que está en Estremadura, el cual os dará la contestacion:» cuando nos encareció la importancia y el secreto, disponiendo que saliésemos disfrazados de peregrinos, y nos proporcionó estos bordones con cañada de acero damasquino; ya podíamos presumir que no se trataba de andar descalzos de pie y pierna centenares de millas, ayunos y cantando oraciones, segun entre romeros es usanza, sino que era negocio de sortear diestramente los encuentros, de comer bien y beber mejor para esgrimir en sazon conveniente y con brio los estoques contra los enemigos del Rey y del obispo, y de menear los talones, y de dejar el pellejo, si se ofrece, al fin de la jornada. Esto se nos previno, esto aceptamos con pleno y cabal conocimiento de causa; y si el buen escudero ha quedado tendido en uno de los varios encuentros que la curiosidad de la Reina doña Urraca nos ha depara-

do, rogad á Dios, hermano, que en las dos millas que nos faltan no nos suceda otro tanto.

—¿Y Dios habia de permitir, don Arias, que tocando ya, como quien dice, las torres de la catedral, comenzando á distinguir los campos, casas y rios conocidos,uviésemos algun mal tropiezo?

—Los lobos, hermano paje, nunca son tan fieros como cerca de la madriguera, la cual no suele estar muy lejos del sitio donde el rebaño se apacienta.

—No desconozco el peligro; pero con todo, en el santo Apóstol confio que nos ha de sacar con bien, para que yo pueda ceñir espada y calzar la espuela de caballero en su santa iglesia y por mano del obispo mi señor, como él, en recompensa del servicio que le presto, me ha ofrecido.

He sido un niño y comenzar quiero á ser hombre: ha muerto en mi pecho la vanidad, pero ha brotado la llama de la ambicion.

—¡Tate! ¡tate! exclamó el anciano: catad como no todas vuestas melancolias del duelo del difunto provienen, y mi mejor caballo apostara, dado que tuviera alguno, pues que el último se llevó un torozon, á que está enamorado el buen pajecico Ramiro Perez. Ni mas ni menos: y lo que yo creia devocion tan solo es mundanal ternura; y las lágrimas de sus ojos, que en honra del muerto reputaba vertidas, un vivo, ó mas bien *una viva* las arranca.

—¡Enamorado yo! exclamó Ramiro, poniéndose como el fuego.

—Y aun os diré de quién, por mas señas.

—No lo direis, don Arias, porque vuestros labios no acertarán á mentir.

—Vamos, repuso el anciano, cada vez mas animado; vamos, que yo sé de cierta dama, que aunque negras y respetables tocas de viuda viste.....

—¡Silencio, caballero, silencio! no la nombreis.

—¡Pardiez! que si la nombrara, ya no podria detenerme el temor de manchar mis labios con una mentira, puesto que lo encendido del rostro y el fuego de esas miradas me estan indicando.....

—Que mentiriais, caballero; porque esa noble dueña, esa hermosísima dama de la corte del Príncipe no puede inspirar á nadie, ni por su continente, ni por su fama, otros afectos que de respeto y de.....

—Y de amor. Decidme habeis á mí los donceles de hogaño, lo que son esos amores que empiezan por tímidos y respetuosos, que se asemejan mas al culto que á la pasion; decidme habeis á mí, cómo

los tales acaban. Por nuestro patron bendito , cuya túnica vestimos, que no es el primer enamorado á quien he visto yo picar en el respetto , para caer en la locura. Y lo que os está pasando , buen paje, me demuestra que no será el último. ¿Qué diablos teneis si no ? ¿Os ha hechizado alguna bruja ? ¿Ofrecido habeis la mano á algun judío ? ¿Quién os ha dado mal de ojo ? ¿Qué moros os han cogido ? ¿Qué pactos habeis hecho con el diablo ? Y si nada de esto os ha sucedido , ¿cuyo es el encantamiento que así os tiene amenguado , si no de los ojos negros y rasgados , como los vuestros , de aquella dama gentil , hermana menor del buen conde de Trava ?

—Es cierto, don Arias , es cierto que me tiene hechizado. Pero el cariño que me inspira no se parece nada al amor , si es que el amor es tal como mis compañeros lo pintan : si es que el amor es otra cosa que una aficion estremada , un deseo de ver feliz á la persona que lo infunde , una veneracion , un culto , como vos habeis dicho.....

—Ni mas , ni menos. Y si no , ven acá , Ramiro : ¿por qué yendo como vais todos los dias á casa de Munima , que vive pared en medio de vuestra madre , puesto que deseais su ventura , y por ella hariais cualquier extremo , no os ha trastornado como doña Elvira ? Y á fé que la de Trava puede darle á vuestra vecina algunas navidades que le sobran , y recibir de ella alguna hermosura que le falta. ¡ Oh ! ¡hi de tal , y que garrida doncella es la Munima ! ¡ si no hubiese nacido villana , valia mas oro que pesa !

—En eso no estoy con vos , don Arias : doña Elvira de Trava , aunque de su mocedad ha pasado , no tiene que envidiar á Munima ni á nadie en punto de hermosa.

—¿ Lo veis , pecador de mí , cómo la pasion os ciega ?

—Acabareis por hacerme creer , á pesar mio , que de Elvira estoy enamorado.

—¡ Insolente ! á la sazón gritó una ronca y atronadora voz que venia de lo alto , y al mismo tiempo sintió en su rostro el joven peregrino un tremendo latigazo , descargado por cierta mano pesada y al parecer invisible.

Aturdido quedó el paje , tanto por la violencia del golpe , como por lo inesperado del suceso ; y al echarse las manos á la cara , creyó que el cielo le castigaba por la irreverencia de pronunciar el nombre de aquella señora ; y al mismo tiempo , rápido como el relámpago , arrancó un soberbio corcel , cuyo caballero todavía blandia el crugiente látigo , sacando el brazo debajo de la capa de grana , que flotaba tambien por la violencia de la carrera.



Lám. 1.

Imp. de Gaspar y Roig

—¡Jesus, mil veces! gritó el doncel, no sabiendo si prosternarse para adorar, como Heliodoro, la mano del ángel que desde el caballo le azotaba.

—¡Venganza! ¡Venganza! exclamó don Arias, terciando el bordon y apretando un resorte, por medio del cual quedó con una lanza en la diestra y una daga en la siniestra mano. ¡Venganza! repitió corriendo tras el jinete con mas agilidad y brios que pudieran esperarse de sus muchos años.

Escusado es decir si el jóven, repuesto de su primera turbacion, le imitaria, convirtiendo su báculo en un arma para cada puño: escusado tambien parece añadir que todo fué en vano.

Por mucho que los peregrinos corriesen era imposible ponerse á la par del caballero: bien pronto le vieron tan lejos, que ni con un venablo pudieran alcanzarle; bien pronto le vieron cruzar el puente del Sar, que para ellos aun distaba una milla.

Tornaron á envainar los estoques, y sentados entrambos amigos uno en frente del otro, en los bordes del camino, ninguno osaba romper el silencio, y cabizbajos, sonrojados, confusos, permanecieron largo rato en aquella actitud lastimera.

—El señor Santiago me valga, dijo por fin el afrentado paje: vuelvo á creer que Dios y Santa María me han castigado por haber pronunciado, hablando de amores, el nombre de aquella señora.

—Y yo, señor doncel, me desdigo de cuanto os tenia manifestado tocante á doña Elvira. Tan enamorado estais de ella como de mi abuela, que alcanzó los tiempos del Rey Monje.

—¿Por qué así?

—Porque si pizca de amor tuvieseis, en vez de figuraros que habiais sido castigado por mano de una vision, nadie podría quitaros de las mientes que el insolente caballero es un galan, á quien habeis atravesado el corazon con el dardo de los celos.

—No discurris bien, amigo mio: si celos sintiese, y de galan y caballero se preciara, medido hubiera sus armas con las mias.

—¿Cúyas son vuestras armas, pajecico? ¿Cúyos vuestros títulos á tal honra, buen romero?

—Don Arias, don Arias, teneis razon: cualquier hidalgo puede afrentarme; porque yo, magüer nacido de nobles, yo no estoy armado caballero.—Andemos, vlemos á Santiago: que si quiere Dios y el obispo, mi señor, no se ha de pasar mucho tiempo sin que nadie pueda ultrajarme á mansalva. ¡Oh! ¡ser caballero, vengarme de ese infame sayon, sepultar mi espada en su cuerpo, todo ha de ser uno!

—Pues qué, ¿le habeis conocido?

—No.

—¡Medrado estais para la venganza! Mirad toda esta comarca sembrada de castillos: echaos á discurrir, gentil mancebo, quién podrá ser el caballero que os ha insultado, en una tierra donde los palacios feudales abundan como los hongos.

—Pero vos, que mas tiempo tuvisteis de mirarle, ¿tampoco sabeis quién es?

—Sí, Ramiro, sí, yo sé quién es, aun cuando no le he visto el rostro.

—¡Su nombre, don Arias, su nombre!

—Es el rico hombre de Altamira.

—¿Ataulfo, el *Terrible*?

—¡El *Terrible*!

—¿De cierto? ¿lo sabeis de cierto?

—Hace muchos años que Ataulfo está locamente enamorado de doña Elvira de Trava: hace pocas semanas que se ha muerto su mujer doña Constanza de Monforte, con quien se casó por codicia y por despecho, y hace pocos dias que ha renovado sus pretensiones con Elvira.

—¡Casarse Elvira con él! ¡Elvira con ese caballero que es el terror de la comarca! ¡Oh! ¡es imposible!

—¡Imposible! Andemos, andemos, pobre paje: algun dia verás que hay mas de un poderoso motivo para que ese enlace se verifique.

—¡Oh! lo sentiré por ella, don Arias; por ella, que no puede ser sino muy desgraciada con semejante fiera.

—¿Y por nadie mas?

—¡Ah! por mí tambien, que no podré vengarme del hombre á quien ame doña Elvira.

—Amor estraño es el vuestro; cuanto mas pienso en él lo entiendo menos.

Las noches en un pais montañoso vienen presto: sobre todo, cuando el cristal de los cielos está empañado con los vapores que se levantan de los valles, el crepúsculo es breve y las tinieblas despliegan de repente su negro manto, que en un ámbito ceñido y nebuloso se estiende como una sombría decoracion. La noche, pues, sorprendió á los caminantes, que asaz mohinos y taciturnos seguian paso tras paso, sin haber llegado al puente, donde media hora antes habian visto al caballero del látigo.

—Ocurríseme la duda de si aquel pícaro malandrin que venia es—

cuchándonos, habrá llegado á entender que somos emisarios del obispo, dijo á la sazón don Arias.

—Todo puede ser, repuso tristemente Ramiro: pero yo creo que nada hemos hablado de la carta.

—Si mal no me acuerdo nada hemos hablado; pero ¿traeis con vos el pergamino?

—Aquí lo tengo, guardado en mi colete. De seguro que tiene que acribillarme cualquiera que intente sacar esta misiva que tanto importa hacer llegar á manos del obispo.

—Ramiro, Ramiro, no las tengo todas conmigo. ¿No has oído decir muchas veces que nunca peligran mas los barcos que cuando estan á vista del puerto?

—Algo se me entiende en achaque de naos; porque bien sabeis que el obispo las ha construido para dar caza á los piratas normandos que suelen talar nuestra costa.

—Mas le valiera al obispo, nuestro señor, dijo don Arias moviendo misteriosamente la cabeza: mas le valiera curarse de los ladrones de tierra, que los tiene, como quien dice, á la puerta de su palacio. ¿Quereis hacer caso de lo que os dice un viejo que está cansado de saber lo que pasa en mar y tierra?

—¿Qué temeis? repuso el mancebo con melancólico acento.

—Temo que despues de haber conseguido por la pujanza de nuestro brazo y la medula de los bordones, la salvacion de nuestros cuerpos y la conservacion del pergamino que nos ha entregado el Príncipe don Alfonso, para ponerlo en manos del señor don Diego Gelmirez, temo que en esta media legua que nos falta....

—Cuatro veces, dijo el paje, nos han atacado en la travesía: de estos cuatro encuentros hemos salido con bien, escepto el pobre amigo que se ha quedado en el primero, sin que le hayan servido los esfuerzos que hemos hecho para salvarle. Hemos sido tambien favorecidos en una ó dos ocasiones de la hermandad de caballeros, que hace profesion de defender á los peregrinos de Santiago. Pero advertid, don Arias, que tan fatales encuentros todos han sido en despojado y no en parajes como este, en que ya se siente el rumor de la ciudad, el doblar de las campanas, el ladrido de los perros y el bullir de las gentes, y en que parecen tocarse con la mano las luces de las ventanas acá y allá esparcidas en la oscuridad.

—Pues ahí está precisamente lo que yo mas temo: la oscuridad y la cercanía de un gran pueblo donde el Príncipe y el obispo tienen enemigos de tan buenas entrañas, como vos y yo conocemos.... Y hasta

el doble de las campanas, que por mas señas parecen las de la iglesia de San Fis..... Eso de que nos reciban tocando á muerto.....! En fin, mozo sois; pero ya se os alcanza que en tiempos como los presentes, en horas semejantes, y en los alrededores de una ciudad donde, pongo por ejemplo, vuestra honrada y anciana madre se asoma á la ventana y no sabe si la vecina de enfrente es amiga de la Reina de Castilla, si el vecino de á lado es partidario del Rey de Aragon, y si el de atrás está dispuesto á seguir al Príncipe..... En tiempos en que no se sabe quién manda; ó por mejor decir, se sabe que mandan todos, y que ninguno manda á derechas.....

—Ahora que habeis hablado de mi madre, ¿sabeis que vive en la parroquia de San Fis?

—No faltaba mas sino que vinieseis con cavilaciones y locuras. Ramiro, vamos claros: echemos hácia el convento de Santa María de Canogio, que está construyendo el obispo. Aquí cae, á la derecha del camino. Nuestro señor don Diego suele venir todas las tardes con Luzbel, tu amigo, á pasear y á ver lo que maese Sisnando adelanta cada dia en la fábrica, que por lo mucho que dura, parece obra de romanos: no faltará gente de casa que pueda albergarnos por una noche. Si os place, dejáremos ahí la dichosa carta del Príncipe: véame yo libre de ella, y os aseguro que tendré el mismo miedo de continuar hasta Santiago y hasta el infierno, aunque sea á las doce de la noche, en que se desatan las brujas, que de sorberme un vaso de vino.

—Nos falta poco trecho que andar; y mengua seria que no pusiésemos hoy mismo en manos de don Diego, mi señor, la carta que traemos.

—Ramiro, no seais temerario: mirad que si os escuece el latigazo, y estais desesperado por lo del casamiento de doña Elvira: el escape del caballo de Ataulfo, el *Terrible*, hame producido tan mal efecto, que no he podido decir todavía la merienda. ¿A qué esa prisa por huir de nosotros un hombre que no tiene otra buena cualidad que el valor, y que deja tendido al vasallo que le estorba en el camino con la misma frescura que tú aplastas al insecto que se te atraviesa? Aquí hay misterio; y cuanto mas lo cavilo, peor lo barrunto. ¿Quién es el mayor, el mas implacable enemigo del obispo?

—Ataulfo.

—¿Quién es el mas acérrimo partidario de doña Urraca en todo el reino de Galicia?

—Ataulfo.

—¿Y quién si no la Reina y sus partidarios tienen interés en que los mensajes que traemos no lleguen á manos del obispo? ¿Quién si no ella nos ha puesto tantas asechanzas, y armado tantas celadas, y tan ostinadamente perseguido? ¿A qué se partió aquel malandrín tan de repente, que no fué visto ni oído? Es claro: á buscar gente para tornar con ella á sorprendernos.

—Con todo, amigo don Arias, no dejo de entrar esta noche en la ciudad, y de saber por quién estan doblando en la parroquia de San Fis, por todos los follones y malandrines del mundo.

—¿Sentis ruido?

—¿Hacia dónde?

—Hacia Canogio.

—En efecto. Siento una especie de resuello, y menearse los matorrales.

—Es un perro que viene aquí saltando.

En efecto, saltando y dando ladridos de gozo, lanzóse al camino un perro alano, negro como el ébano, con manchas que parecían de plata.

—¡Luzbel, Luzbel, nuestro amigo Luzbel! ¡Aquí lo tenemos! esclamaba el paje, abrazando el perro del obispo, que alzado sobre las patas, lamia la barba del mancebo.

Ramiro lo recibió con el mismo placer que si fuese un compañero. El generoso alano, despues del primer ímpetu de su cariño, no quiso ser descortés con el amigo de su amigo, y brincando, y ladrando, y blandiendo la cola enarbolada, hizo mil caricias al anciano, y principió luego á correr como un loco, tan pronto aquí como allí, desgarrando la túnica, mordiendo el bordon y abalanzándose al cuello de los peregrinos.

—Ola, ola, señor Luzbel, le decia con melancólica sonrisa el paje del obispo, como si el perro pudiese comprenderlo: ¿dónde está tu amo? ¿anda por ahí? ¿le has dejado en casa? ¿cómo se entiende, bribonazo? ¡andar á picos pardos á estas horas! ¡abandonar al amo, cuando no está su paje Ramiro para defenderlo! Vamos, vamos, basta de fiestas: llévanos á casa, que en albricias de nuestra llegada te perdonará el obispo todas tus picardías.

Pero Luzbel cesó de repente en sus caricias y desatinos, comenzando á gruñir y á ladrar con voz hueca y precipitada, colocándose en medio de los reciénvenidos en actitud resuelta y vigilante.

—Aquí los tenemos, exclamó don Arias.

—¿A quiénes?

—Al diablo que te lleve, por no haber hecho caso de mis consejos, repuso el anciano con enojo.

Y al mismo tiempo sintióse el trotar de caballería, y en un re-
pecho que forma el camino, aparecieron de repente bultos negros de
jinetes.

—Y ahora, ¿qué hacemos? preguntó Ramiro.

—¡Morir! respondió don Arias.

—¿Y la carta?

—Tragátela, si puedes: hazla añicos: bórrala, empapándola en
tu sangre: todo antes de que caiga en su poder.

—No, cuatro veces nos hemos salvado.....

—Perecerémos la quinta.

—Si pudiera esconder el pergamino.....

—Imposible: ya estan encima, y te verian. ¡Ea! estoque en
mano, y sea lo que Dios quiera: y sobre todo sálvate tú, si pue-
des, con el mensaje, y déjame morir matando.

—¡Luzbel, á ellos! gritó el mancebo; y obediéndole el va-
liente alano, se avalanzó contra el primero de la comitiva.

Entretanto los peregrinos tenian ya sus armas en cada mano.
Llegaron los jinetes y se travó la escaramuza. Al primer embate
cayeron muertos dos caballos: los peregrinos hubieran perecido de
sendas estocadas, si debajo de la túnica y la esclavina no hubiesen
traido finisima cota de malla; pero la lucha era por extremo desi-
gual y no podia durar mucho tiempo: el anciano estaba herido de
un golpe en la cabeza: Ramiro se defendia como un leon, nada le
importaba perecer, pero nada adelantaba pereciendo. Aquellos ban-
didos se apoderarian al punto de la carta, que llevaba encima. An-
tes que sacrificar su vida tenia que salvar el mensaje.

¿Pero cómo? Rasgar el pergamino era inútil, no pudiendo ocul-
tar los pedazos: estaba lejos del rio, y no podia arrojarlos al
agua. Entonces se le ocurrió de repente una idea tan natural como
sencilla. Abandonó por un instante la lid, echándose por un barran-
co, y mientras los caballos daban la vuelta para cortarle la retira-
da, metiendo la mano debajo de la esclavina, gritó con todas sus
fuerzas:

—¡Aquí, Luzbel, aquí!

El perro se le acercó, todo ensangrentado: dejó caer el paje el
rollo de pergamino, y Luzbel lo cogió al punto con la boca. Mirá-
bale el inteligente animal, como preguntándole qué habia de hacer
con aquella presa.

El peregrino enarboló su báculo, dióle un palo sobre el lomo, diciéndole á gritos al mismo tiempo:

—¡A casa, Luzbel, á casa!

El perro del obispo, con el pergamino en los dientes, echó á correr por entre los pies de los caballos que habian cercado al paje de su señor.

Hubo un momento en que los contrarios quisieron partir para alcanzar al perro; mas al punto se desengañaron de que todo era inútil. Luzbel habia desaparecido completamente en la oscuridad.

—Ahora, dijo el mancebo, que ya he salvado el mensaje, nada importa que mateis al mensajero.

Y al levantar el brazo para clavar el acero en el mas cercano, dos de los acometedores, que habian quedado desmontados, se arrojaron sobre él por la espalda, le detuvieron la accion y le desarmaron.

—¡Don Arias! ¡don Arias! exclamó el paje con herido acento, invocando el auxilio de su honrado y valiente compañero.

Hubo un instante de silencio, que terminó por una horrible carcajada.

—Llama, llama á tu amigo, que mas cerca está ya de Rosendo que de tí.

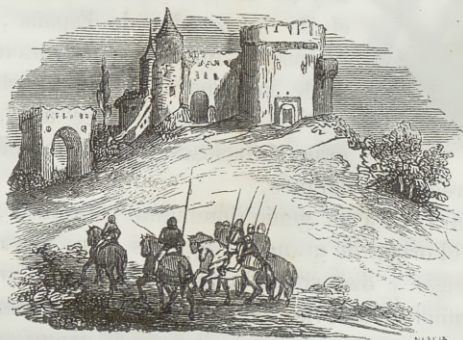
—¡Don Arias! ¡Pobre amigo mio! dijo Ramiro con voz desfallecida, dejando caer sobre el pecho la frente abrumada del dolor.

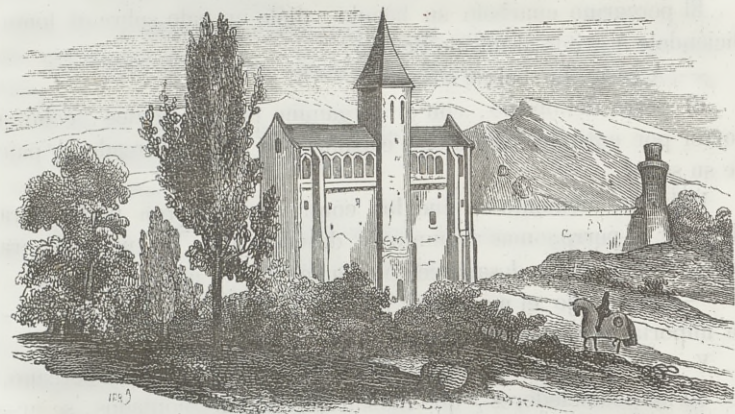
—¡Ea! le dijo uno de aquellos guerreros: cabalga en ese corcel y ven con nosotros.

El paje obedeció maquinalmente.

—¿Tan lejos vamos? se atrevió á preguntar.

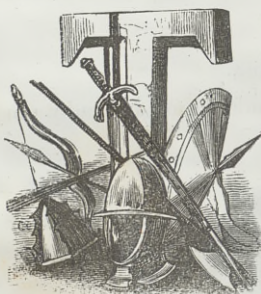
—A la corte de la Reina de Castilla, donde serás ahorcado por traidor.





CAPÍTULO II.

De cómo el Emperador conocia cuando se hablaba de su mujer, solo por el movimiento de los labios.



RES Príncipes , segun hemós indicado , se disputaban á la sazón la corona de Castilla: doña Urraca, su marido don Alfonso el *Batallador* , que no satisfecho con el título de Rey de Aragon y de Navarra, habia tomado el de Emperador de España , y el niño Alfonso, á quien los descontentos del Rey y de la Reina llamaban á gobernar, aunque no pasaba de doce años. Todos tres eran ambiciosos; pero la ambicion del uno en nada se parecia á la del otro.

Tenia doña Urraca un genio dominante y tiránico , que en un hombre seria el origen de grandes empresas , y en una mujer el manantial de intrigas y disturbios. Alfonso el *Batallador* , muy más tiránico y dominante todavía, lleno de cualidades eminentes, tan propias de un Monarca que aspira á brillar por la conquista , carecia de

algunas otras que sobraban á su mujer. La primera sabia ser raserera como la serpiente , para elevarse como el águila : el segundo hubiera creído que descender á tomar aliento era abdicar su título de rey de las aves. La una apelaba tan presto á la fuerza , como á las lágrimas : el otro no conocia mas armas que su razon y su espada. No hablemos del Infante don Alfonso : solo era este lo que sus partidarios querian que fuese ; pero ya en sus tiernos años despuntaba en él un vehemente deseo de gloria , que se pagaba mas del esplendor aparente, que de preciados quilates. Niño al fin ; mas en esto, niño fué toda su vida.

Tratando de poner en relieve los caractéres de estos tres personajes , el hilo de los sucesos y la galantería misma nos obliga á dar la preferencia á la Reina de Leon y de Castilla , que tan importante papel representa en nuestra crónica.

Duramente ha sido tratada esta Princesa por los escritores contemporáneos , y no se diga si á ellos han seguido los aragoneses y navarros : bizarramente defendida por autores del pasado siglo , paladines que esgrimian armas á favor de una mala causa , solo porque en ella se interesaba una señora. Nosotros , á fuer de imparciales , no podemos cerrar los ojos á la luz de la verdad , por mas que nos ofenda ; pero creemos que ni por unos ni por otros se ha tenido en cuenta el negro cuadro de las costumbres y carácter del siglo XII, para apreciar esa gran figura , por aquellos tan ultrajada , por estos tan acaloradamente defendida , solo por Reina y Reina castellana.

Si preguntamos á la historia , si buscamos sepulcros , si registramos escrituras de donaciones ó privilegios , en los cuales la gratitud aspira á perpetuar con la donacion la imájen del donador ; todas las investigaciones nos darán unánime testimonio de la sin par hermosura de doña Urraca.

Los historiadores contemporáneos eran obispos ó canónigos, santos varones, que no debian parar mientes en un don de la naturaleza, que tan poco significa para los que solo aprecian la hermosura del alma ; y sin embargo, se deleitan en pintar las peregrinas perfecciones del rostro de aquella mujer , á quien la belleza no la escuda de la maledicencia.

En la losa superior de su sepulcro hémosla visto retratada en San Isidro de Leon , y á pesar de la dureza de facciones de todas las estatuas góticas , y de la poca seguridad de la mano que las cincelaba , adviértese el empeño de modelar un semblante , cuyo dechado debia desesperar al escultor.

Por último , para que nada nos falte , los copistas y notarios , que eran los pintores de la época , con sus brillantes colores de miniatura vienen á completar las descripciones siempre vagas de la pluma y los frios contornos del mármol sepulcral.

Era , pues , doña Urraca cuan hermosa podia ser una mujer , por cuyas venas corría fresca y pura la sangre de los godos , y con ella aquel vigor de una raza no degenerada , aquella sencillez y delicadeza de contornos , aquella finura de cutis que hace parecer á las criaturas humanas como recién salidas de las manos del Criador , con la tersura de una estatua de cera , al desprenderse todavía tibia del molde en que se ha vaciado.

Lo airoso y gentil de su elevado talle contrastaba admirablemente con lo suave y menudo de sus manos y pies : de manera que con el continente de una diosa , parecia tener rasgos de niña , y en un rostro de ángel toda la seducción de Lucifer , cuando arrastró de una sola mirada cien angélicas legiones á los abismos.

Hémosla comparado á la estatua de cera que todavía está en el obrador del artífice : pues bien ; dirémos , siguiendo la comparacion , que esponer estas obras de repente al influjo de la pesada y fria atmósfera del mundo , vale tanto como querer que la estatua se resquebraje , y que de ella no quede mas que la magnificencia y perfeccion de las proporciones , sin la tersura y el colorido , que son las cualidades que mas seducen los ojos del vulgo.

Esto es cabalmente lo que á doña Urraca le habia sucedido.

En la córte del Rey don Alfonso VI , que enmendando por la usurpacion los yerros políticos cometidos por Fernando I , habia reunido en sus sienes las coronas repartidas á sus hermanos ; en aquella córte , que será famosa mientras la fama alcance al nombre del Cid Campeador , la jóven Princesa doña Urraca , admirada ya por sus encantos , vivia privada de los cariños y desvelos de su madre Constantza de Borgoña , y abandonada de su padre , tan entregado al furor de las conquistas , como al deleite de los amores. Era un esqui-fe que se dejaba llevar del vaiven de aquellas olas , hasta que una de ellas se levantase ufana y espumosa , y dándole un abrazo de amor le sepultara en el abismo.

Fortuna y desgracia fué para la jóven Princesa tropezar por vez primera en aquel piélago turbulento con don Bermudo de Moscoso , rico hombre de Galicia y señor de Altamira , uno de los caballeros mas cumplidos de aquel siglo de caballería. Fortuna ; porque las buenas prendas , la virtud , nobleza y bizarría de Bermudo , hizo que la

primera pasion de la bellissima Infanta fuese tan pura, como entonces lo eran su aliento y sonrisa: desgracia; porque el despecho de no ser correspondida hizola precipitarse desde la cumbre de su soberbia.

Amaba al de Moscoso con aquella vehemencia de que solo es capaz una naturaleza tan privilegiada como la suya: amábale, no con la altivez de Infanta, ni con los humos de heredera de un trono, sino con la sencillez y candor de una zagala: mas aun; como la blanca corderilla á su pastor, que le sigue alegre por valles y riscos, sin pensar un solo instante ni á dónde va, ni qué camino lleva.

Pero Bermudo de Moscoso, con asombro de aquella córte que no concebía cómo podía resistir un pecho mortal á los soberanos ojos de tan encantadora niña, volvía uraño las espaldas á sus dulcísimos reclamos: desafiaba el fuego de sus miradas, y aquel insinuante caer de sus párpados nacarados, que revelaba toda su pasion; y no contento con eso, respondia despues con frio respeto y con desden á sus rendidos acentos.

¿Qué talisman le preservaba de tan irresistibles hechizos? Este pensamiento traia inquieta y desvelada á la Princesa, que donde quiera que tendiese los ojos, no encontraba mas que esclavos y adoradores. ¿Con qué arte se defendia Bermudo de aquel influjo fascinador? ¿Por qué la daba enojos todo cuanto veia, y el único hombre en que se fijaba era tambien el único que no estuviese ardiendo en amor por ella, vengando con su ingratitud á todos los desdenados?

Desesperada de poderse dar cuenta y de averiguar la causa de tanto desvío, y aun de tan poca cortesía en tan bizarro caballero; demasiado altiva para recurrir á ciertos medios de espionaje, propios tan solo de condiciones vulgares, prefirió confiarse á la hidalguía y generosidad del rico hombre de Altamira, pidiéndole con lágrimas en los ojos, y por única satisfaccion de tanto agravio, que le abriese de par en par las puertas de su pecho. No iba del todo desacertada la Princesa de Castilla: aun en las grandes pasiones, la curiosidad satisfecha suele servir de consuelo á pechos femeniles.

—Don Bermudo, decia con herido acento doña Urraca: don Bermudo, ¿qué os he hecho yo? ¿Duéleos por ventura verme Infanta de Castilla? ¿Os pesa de que mañana, que Dios se lleve á mi padre, pueda ceñir con una corona vuestras sienes? ¿Os hace falta mas amor del que mi pecho encierra? ¿No soy bastante hermosa para vos? ¿Todavía podeis exigir mas virtud de una mujer, que solo ve á Dios en el cielo y á vos en la tierra? Pues entonces, ¿por qué tanta esquivéz? ¿Pensais que mi padre os ha de juzgar indigno de com—

partir el trono conmigo? ¿Pensais que su corazon ha de resistir á mis lágrimas como el vuestro? Y si no lo creéis, ¿por qué ese misterio? ¿por qué tanto silencio? ¿por qué volveis el rostro? ¿por qué levantaís los ojos al cielo? Bermudo, pajes y criados tengo que pudieran seguir uno por uno todos vuestros pasos: penetracion la bastante para leer en los ojos de todas las damas de mi corte cuál de ellas me arrebatara vuestro amor; prefiero, sin embargo, saberlo de vuestra boca. Averiguado por mí, tendria que ser criminal: revelado por vos, tan solo seria desgraciada. Bermudo, de vos me fio: no tengais reparo en confiaros en mí: será la primera prueba de afecto que me habeis dado.

El rico hombre manifestóla entonces que estaba casado en secreto con una dama de Galicia; y al saberlo doña Urraca enjugó su llanto, que jamás delante de Bermudo volvió á correr por sus mejillas.

Por aquel tiempo vino á España un caballero francés llamado Raimundo de Borgoña. Presentóse en la corte de Alfonso VI, á guisa de ilustre aventurero que venia á esgrimir sus armas contra los infieles. Admitióle el Rey, y pronto dió muestras de osado y venturoso en los combates.

Fuéo asimismo en amores. Brillaba doña Urraca en la corte como el sol entre los astros: todos giraban en torno suyo, todos recibian la luz de su divino semblante: adorábanla todos; pero ninguno osaba salir de su órbita, salvar aquella distancia respetuosa que del foco del amor y de la ventura los separaba. Solo aquel aventurero, á semejanza de un cometa errante, tuvo la temeridad de acercársele.

Urraca le rechazó al principio. Raimundo de Borgoña no desmayó con semejante acogida: en alas de su temeridad acudió al padre, y en él encontró todo el interés y todo el favor que la hija le negababa. Esta permaneció inflexible al combinado ataque del Rey y del aventurero, á los ruegos del uno, á la importunidad del otro; pero en aquel tiempo llegó la noticia de la muerte de Bermudo de Moscoso, á quien sucedió don Ataulfo el Terrible, y entonces la misma Princesa fué á decir á su anciano padre que estaba dispuesta á dar la mano lo mismo á Raimundo de Borgoña que á cualquier otro, fuese de sangre real ó simple caballero, noble ó villano, mulsuman ó judío; todos eran iguales para ella, todos indiferentes.

Al poco tiempo fué conducida al altar, cuando su ingrato amante solo podia presenciar aquella deslealtad desde la tumba. Tan lejos

quiso llevar doña Urraca su respeto , su amor , ó quizá , quizá sus locas esperanzas.

El Monarca de Castilla dió á su hija en dote el gobierno de Galicia , nombrando á su yerno conde de aquella tierra.

Urraca se trasladó á Santiago con su marido , y aunque de un corazon ya muerto para la dicha , y de un casamiento que todo significaba menos amor , no podia esperarse fidelidad ni ventura , todavia la condesa de Galicia se conservó tan virtuosa como la amante de Bermudo. Y era que este al partirse del mundo le dejó impregnado en el aroma de su nombre , que aspiraba con avidez doña Urraca en aquellos lugares , donde él con mas frecuencia moraba , donde se alzaban sus castillos , donde vivian sus vasallos ; y este aroma mantenía fresco y puro el corazon de la Princesa. Mas apenas se disiparon los perfumes , á poco desvanecidos en ese espacio infinito que absorbe los dolores y placeres , los nombres y los recuerdos ; apenas de Bermudo de Moscoso nadie repetía el nombre , sino al contar una historia mas ó menos fantástica de su misteriosa muerte , Urraca pensó por vez primera , que siendo la mas hermosa dama de sus reinos , habia sido tambien la mas desdeñada.

La soberbia precipitó un ángel mas desde el cielo de la virtud.

Murió el conde don Raimundo el año 1107: murió el Rey don Alfonso VI dos años despues : ambos desaparecieron , por fortuna , antes de ser testigos de la deshonra de su esposa y de su hija.

Pero no adelantemos los sucesos. Con la muerte del Rey don Alfonso VI , heredó doña Urraca la corona de Leon y de Castilla. Nadie podia disputársela , puesto que era la única hija del Monarca difunto que habia sobrevivido á su padre. Pero Alfonso el Batallador , hombre de tanto aliento y penetracion como fortuna , concibió por vez primera el proyecto de unir á Castilla las coronas de Aragon y Navarra , que cuatro siglos despues realizó Fernando el *Católico*.

Veia don Alfonso que la desmembracion de la Península y la subdivision de estados , á que por desgracia se habian inclinado los últimos monarcas , era el orijen de continuas y escandalosas discordias entre los príncipes cristianos , del aliento y pujanza de los infieles y de la lentitud de la conquista: veia á los monarcas de Leon y de Castilla hacer alianzas vergonzosas con los reyezuelos mahometanos , tan solo por tener vagar y desahogo para volver sus armas contra los fieles de los reinos convecinos : veia , ó por mejor decir , sentíase con brios para llevar á cabo el total exterminio de los sarracenos , si lograba disponer de todas las fuerzas cristianas de la Península ; y

aunque sus derechos á la corona de Castilla no eran los mas claros y reconocidos, espúsolos, sin embargo, fundado en ser el único varon descendiente por línea recta del Rey don Sancho el *Mayor*, de cuyo tronco se derivaban las dos familias reinantes en Aragon y Castilla.

Don Alfonso el Batallador, sin embargo, fiaba menos el éxito de sus pretensiones en razones de jurisprudencia, que en la grandeza de su nombre y en lo levantado y santo de su intento.

Así lo debieron comprender los ricos hombres y señores de la corte de doña Urraca, cuando para conciliar en lo posible los derechos de la una con la gigantesca empresa del otro, aconsejaron á la Reina que diera su mano al valeroso Príncipe de Aragon.

No era doña Urraca de semejante parecer: habíase inclinado al conde don Gomez Gonzalez de Salvadores: estaba dispuesta á contraer con él segundas nupcias con beneplácito de gran parte de los ricos hombres, entre los cuales era don Gomez muy querido y apreciado por su valor y nobleza. Pero cuando los demas le encarecieron las ventajas que á la cristiandad habian de seguirse de la union de entrambas coronas, la Reina encogióse de hombros y dió su consentimiento como si de una cosa indiferente se tratara.

Casóse al fin con don Alfonso, que tenia mas de soldado que de galan; pero ella encontró en don Gomez quien aventajase al Rey en lo galan, y aun compitiese con él en lo soldado.

Verificóse entonces una completa trasformacion en el carácter de la Reina: la aspereza y la ambicion de su marido la hicieron apreciar por primera vez lo que antes miraba con indiferencia: de abandonada de sus derechos, hizose guardadora y celosa de ellos: de aborrecedora de todo lo que fuese negocios del estado, convirtiéndose en fautora de intrigas políticas: de tenaz en sus propósitos, en mudable y tornadiza: de mujer sin mancilla, en descuidada de su fama; y de inaccesible y severa, en fácil y seductora.

De presumir es que Alfonso el Batallador no pudiese aguantar mucho tiempo mujer de tan liviana condicion: de presumir es tambien que Urraca de Castilla haria todo lo posible para que su marido no la aguantara. Juntos empezaron la guerra contra los sarracenos: juntos conquistaron á Zaragoza el primer año de sus bodas; pero no no pasaron muchos sin que se hiciesen la guerra mutuamente.

Mandaba el ejército de navarros y aragoneses el marido; y las tropas castellanas llevaban por jefe al querido de la Reina. Considérese cuál seria la furia del Monarca Batallador, que para salir triunfante de innumerables lides, no habia necesitado de otro estímulo que

el amor de la gloria y la exaltacion del nombre cristiano : considérese cuál seria en aquella sazón, en que se lanzaba al combate para lavar su honra mancillada.

Encontráronse los dos ejércitos , no lejos de Sepúlveda , en los llanos de Camp de Espina. Ordenó el Rey sus huestes , y con su acostumbrada pericia dió las órdenes necesarias para comenzar y proseguir el combate. Todo lo previno: los capitanes sabian á qué atenerse , cualesquiera que fuesen las vicisitudes y eventualidades de la lucha: no habia combinacion posible de fuerzas y resultados, acerca de la cual no tuviesen de antemano las órdenes oportunas. Para el Batallador la guerra era una máquina, cuyos movimientos todos podian estar calculados.

En seguida , y no teniendo nada que añadir al plan que acababa de desarrollar ante los caudillos , avalanzóse á la lid. Aquel dia no quiso ser capitan, sino soldado : importábale menos ganar la batalla que encontrarse frente á frente de un hombre. ¡ Oh , cómo bendecia al cielo en el fondo de su alma porque le hubiese proporcionado aquel campo, única palestra á que podia dignamente descender un Monarca con un vasallo que le ultrajaba !

Abriase paso por apiñadas falanjes enemigas , como un toro embravecido que, saltando la valla, recorre dando bramidos las calles y plazas cuajadas de gentes que concurren á la fiesta.

El amante de la Reina comprendió luego la intencion de don Alfonso: conocerla y salir al encuentro de su rival todo fué en un punto.

No tardaron en ponerse á bote de lanza ; pero ninguno de los dos pudo por de pronto ofender á su contrario. Entrambos tenian que reprimir el brio de los corceles , que en la impetuosidad de la carrera se traspasaron recíprocamente , desviándose para no estrellarse frente contra frente.

Domináronlos despues : volvieron grupas, y el Rey á la banda del ejército de don Gomez , y don Gomez á la banda del ejército del Rey , enristraron lanzas apercibiéndose para arremeterse.

Pero Alfonso el Batallador arrojó la suya de improviso.

—Don Gomez , exclamó con ronco acento de ira : ocasiones como estas se presentan pocas en la vida , y es preciso aprovecharlas. Abreviemos el combate.

El amante dejó caer su lanzon.

—No basta: el escudo tambien.

Tambien el escudo arrojó don Gomez Gonzalez Salvadores.

—Ahora, ¡san Jorge y ayuda! gritó el marido, desenvainando el montante.

—¡Santiago y á ellos! respondió el favorito, sacando el suyo con ambas manos.

Del primer golpe partió don Alfonso la cabeza al caballo de su contrario, y este rozó la cota de malla del Rey, llevándose de paso un padazo del caparazon de hierro.

El corcel del castellano hubiera huido desbocado con el aturdimiento; pero el jinete pudo sujetarlo cogiendo las riendas con ambas manos. El Rey era demasiado valiente y generoso para aprovecharse de aquella circunstancia. Esperó inmóvil á su rival; pero en los rápidos instantes de espera estuvo pensando que los corceles eran un embarazo mas para el fin que se habían propuesto; á saber: dar ó recibir la muerte en el mas corto término posible.

—¡A tierra, si os place! dijo don Alfonso.

Y don Gomez, sin necesidad de que se lo repetiesen, apeóse al punto. Por rápido que quiso ser, ya lo estaba esperando su rival.

Entonces comenzó la verdadera lucha: nadie pensaba en defenderse ni en parar los golpes: la esperanza de salir con vida fundábase cada cual en la muerte de su enemigo.

Sendos mandobles se tiraban, con los cuales bien pudiera hendirse una roca: de uno de ellos saltó en pedazos el capacete del amante: el marido desnudóse la cabeza soltándose el yelmo que la defendía. Entonces aparecieron á la luz del sol los rostros de aquellos autómatas de hierro, que con tal coraje se destruían mutuamente.

El Rey blanco de ira, fulminando rayos por sus ojos y vertiendo espuma por sus labios, todavía mas blancos que su cara: don Gomez con toda la sangre arrebatada al rostro, y arrojándola por boca y narices. Sus ojos no espresaban tanta rabia como desesperacion: cierto brillo melancólico parecia indicar, ó vergüenza, ó funestos presentimientos.

La razon infunde valor: la sinrazon lo quita. De este principio cierto, deducíase entonces la absurda consecuencia de los juicios de Dios por medio del duelo.

El favorito de la Reina, que contra cualquier adversario se hubiera presentado arrogante y desempeñando el principal papel en punto de caballería, delante del ofendido esposo parecia como dominado.

No levantó su acero hasta que vió el del Rey sobre su frente. Paró el tremendo golpe con el gavilan, y al sacar el contrario la punta del montante, volvióle con una sola mano una estocada pasándole de



parte á parte la garganta. Esta suerte atrevida pudo solo librar al Rey de un mandoble dirigido á la cabeza; mandoble que cayó sin fuerza sobre el hombro izquierdo, haciendo rebotar la espada como si estuviera en manos de un niño.

Dió el conde media vuelta, luego un paso atrás y vino al suelo, como un tronco con el último hachazo del leñador. Torrentes de sangre brotábanle de la garganta. Quiso murmurar algunas palabras; pero ya solo resollaba por la herida: sus labios se contrajeron como queriendo modular un nombre, que el Rey creyó escuchar tan solo por aquel movimiento puramente nervioso.

Un instante despues el rostro del amante quedó cubierto de la palidez de la muerte; mientras que por una reaccion violenta resplandecia el de Alfonso con el fuego y el horrible gozo de la venganza satisfecha.

Los escuderos de uno y otro campeon habian trazado un círculo de hierro con sus cuerpos en torno de aquel campo de muerte. Tomó el Rey su lanza y su caballo de manos de uno de sus pajes; pero su impaciencia y fogosidad no le permitieron detenerse á vestir la celada. Sin ella prosiguió la batalla; pero antes de alejarse de aquel palenque, donde acababa de lavar la mancha de su honra, dirigió á don Gomez de Salvadores la mirada prostrera.

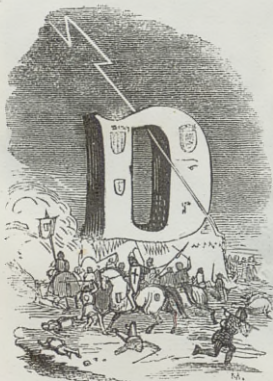
Todavía le pareció que sus frios labios estaban murmurando aquel nombre aborrecido.





CAPÍTULO III.

Prosiguese tratando de las cosas de la Reina; y de cómo el conde Peranzules compró la sogá con que le habian de ahercar.



DISPERSO huyó el rebaño con la muerte de su pastor.

Tan precipitada era la fuga, que don Alfonso el Batallador no pudo siquiera tirar un bote de lanza. Prestábase alas el miedo que les infundia aquella noble cabeza sin armadura, en cabellos, y no pararon los castellanos hasta Burgos, donde estaba la Reina impaciente por el éxito de la batalla.

Gran mengua hubiera cabido al honor de sus armas, si no lo salvara la muerte de don Gomez Gonzalez Salvadores y la hazaña de un alférez, la cual, si bien no atañe principalmente al curso de nuestra crónica, cuadra al propósito de dar á conocer al lector, tanto en lo bueno como en lo malo, tanto en proezas como en barba-

rie, el espíritu de aquella época, una de las mas oscuras y singulares de nuestra historia.

Un noble caballero, del apellido de Olea, llevaba como alférez la enseña del ejército castellano. Huir cuando todos huyen puede hacerse sin particular afrenta y sonrojo, arrastrado el guerrero por la obediencia, ó por el ímpetu de la ciega muchedumbre; pero huir teniendo en sus manos el emblema del honor, la bandera del campo, por nada se disculpaba á los ojos del caballero de Olea. Esperó, pues, á pie firme solo con algunos soldados, que no pudieron resistir tan noble ejemplo: esperó, con su estandarte en la izquierda y el acero en la diestra, la arremetida de aragoneses y navarros. De la primera cayeron muertos cuantos á su lado estaban; él, sin embargo, quedó ileso: defendíase con la mayor bizarría; pero de un tajo vino al suelo la mano con que empuñaba el asta del castellano pendon, que no por eso dejó de seguir enarbolado. Quedaba al caballero de Olea una mano todavía, y antes que defender con ella su vida, debia sostener el honor de su bandera: asíóla con la derecha, gozoso de que al trasladarla no se hubiese inclinado ni abatido ante sus contrarios.

—¡Olea, Olea! clamaba con entusiasmo el heróico alférez, cuando otro tajo vino á partirle por mitad el brazo que le quedaba.

Ni aun así cayó al suelo la bandera de Castilla. Con los dos brazos rotos, cruzados al pecho, continuaba sosteniéndola; y radiante de gozo porque permaneciese erguida, clamaba con fervoroso acento:

—¡Olea, Olea!

—Ríndete; le gritaron los aragoneses asombrados de tanto valor.

—¡Castilla y Olea! respondió el alférez con altanera sonrisa de triunfo.

Uno de los contrarios echó mano al asta para arrancársela; pero los brazos partidos de Olea parecían dos barras de hierro enclavadas á la coraza.

Recibió luego un mandoble en el hombro derecho; el brazo cayó cortado de raíz, y Olea acudió con los dientes en auxilio del izquierdo, que mantenía aun la enseña, como si estuviese fija en el suelo. Otro golpe vino á derribarle el brazo que le quedaba, y entonces aquel tronco sin ramas, no pudiendo hacer mas por el honor de su estandarte, dejóle caer y se arrojó encima, como para defenderle todavía con su cuerpo mutilado.

—¡Olea, Olea! gritaba cubriendo los pliegues de la bandera y dándola repetidos besos con entusiasmo ferviente; y no cesó de gritar ¡Olea! hasta que un soldado le remató segándole la garganta.

Solo entonces pudieron los aragoneses arrebatarle el pendon que se le habia encomendado. Desenrolláronlo: las armas de Castilla habian desaparecido, borradas con la sangre del alferez.

Llevó á doña Urraca nuevas de la rota el nobilísimo conde don Pedro Gonzalez de Lara, que mandaba la retaguardia, el cual no quiso entrar en el combate por el pavor que infundió á los soldados la fuga de sus compañeros. Lara fué el primer hombre que la Reina vió despues de saber la muerte de su amante: Lara sustituyó al amante en el favor de la Reina.

Tenia esta señora un niño de poquísimos años, habido en su primer matrimonio con el conde Raimundo de Borgoña. Heredero de todos los estados de su madre, era el objeto de las esperanzas de un tercer partido, que, descontento de las usurpaciones y violencias del padrastro y de las liviandades y escándalos de la madre, aspiraba á colocar en el trono por la rebelion al que mas tarde natural y legítimamente habia de ocuparlo. Caudillos eran de este bando don Pedro Froilaz, conde de Trava, ayo del Príncipe, y don Diego Gelmirez, obispo de Santiago, que le habia bautizado, á los cuales seguian muchos caballeros leoneses, asturianos y gallegos.

Hallábanse á la sazón con el augusto niño entre Leon y Astorga, en un lugar que llaman Fuente-Culebras. Allí los fué á buscar Alfonso el Batallador despues del triunfo conseguido sobre los castellanos: allí los encontró: allí tambien fueron derrotados. El obispo y el Príncipe escaparon de la lid como por milagro; el ayo don Pedro Froilaz quedó prisionero.

Despues de haberse portado tan bizarramente como Rey, quiso el aragonés mostrarse tan digno y tan bizarro como hombre. Reclamó á la Reina su mujer, apoderóse de ella y encerróla en el castillo de Soria. No debia cogerla de nuevas tan duro trato: ya estaba acostumburada á él. Pocos años antes la tuvo presa en el Castellar, y solo con industria y favor de los suyos pudo Urraca escapar de la prision.

Lo que mas hubo de sorprenderla fué un recado del Rey para que se vistiese con la mayor bizzaría. Él mismo, á pesar de no hallarse bien con otros arreos que los de soldado, presentóse á su mujer mas galan que todos los paladines de su córte. Besóla por mesura la mano, dióla el brazo para salir del encierro, y de esta guisa presentóse en un regio salon, donde estaban aguardando prelados, damas y ricos hombres.

Sentáronse los augustos esposos bajo el dosel recamado que se alzaba en el fondo del aposento. A la derecha y al lado de una mesa,

un anciano de negras hopalandas aguardaba en pie las órdenes del Monarca. Todos los demas formaban un cuadro deslumbrador por la riqueza de los trajes , que daban á la reunion un aire de fiesta.

Pero la gravedad de los semblantes, el profundo y misterioso silencio que en el salon reinaba, desvanecian bien pronto las ilusiones. La Reina procuraba en vano inquirir con sus miradas el objeto de aquella ceremonia. Las damas bajaban con afectacion los ojos; los caballeros la miraban entre osados y compasivos.

Aclaróse al fin el misterio con una seña que hizo el Rey al de las negras hopalandas. El anciano, clérigo y notario de Alfonso el Batallador, tomó un pergamino que en la mesa yacia, y leyóle en alta voz.

Era el acta por la cual el Emperador de España, Rey de Navarra y Aragon , fundándose en el adulterio de su esposa , la repudiaba pública y solemnemente , reteniendo empero los reinos dotales de Leon y Castilla por haber dado doña Urraca legítima causa para el divorcio.

Descendió el Rey de su trono y firmó el escrito. Otro tanto fueron haciendo todos los circunstantes , firmando el clérigo por los que no sabian hacerlo , que no eran pocos. Ellos se contentaban con hacer una cruz , ó un garabato , en donde el notario les indicaba.

La Reina habia quedado en su asiento, encendida unas veces de vergüenza y confusion , y otras blanca de cólera y trémula de rabia.

Cuando todos hubieron concluido de firmar , levantóse y dijo con alterada voz :

—Reverendos prelados , ricos hombres y caballeros que os hallais presentes : sedme testigos de que yo, Urraca de Castilla y de Leon, hija del Rey don Alfonso VI, considero y he considerado siempre nulo mi matrimonio con el Rey de Navarra y Aragon , no solo por habérseme impuesto á la fuerza por los ricos hombres y caballeros de mi reino , á quienes tenia que obedecer , segun el testamento de mi padre , sino tambien y muy principalmente porque este Rey , que hasta ahora se ha llamado mi marido , es pariente mio en tercer grado y descendiente de mi mismo tronco ⁽¹⁾. No puede haber repudio de consiguiente como no sea mutuo y por esta sola causa; ni menos puede el Rey de Aragon conservar , como pretende , la herencia de mi padre , que constituye mi dote.

Esta era, como suele decirse , la madre del cordero : en la sepa-

(1) Los Sumos Pontífices no solian dispensar en aquella época el impedimento de consanguinidad en el matrimonio.

racion todos estaban conformes, en la posesion de los reinos de Leon y de Castilla habia la conformidad de quererlos cada cual para sí.

Los cortesanos de Alfonso el Batallador acogieron con murmullos la declaracion de la Reina; pero los prelados y clérigos meneaban la cabeza, dando á entender que en su concepto pesaban mucho aquellas razones. Alfonso entregó su mujer á las dueñas, advirtiéndola que podia ir donde quisiera; y aquella reunion se disolvió sin mas efecto que el haberse salvado la dignidad del ultrajado esposo.

Acaecieron estas cosas dos ó tres años antes de la época en que comienza nuestra historia.

A la sazón los tres bandos, de la Reina, del Emperador y del Príncipe, seguian cada vez mas enardecidos y alentados. Sin freno ya de marido, escandalizaba doña Urraca con los amores del conde don Pedro de Lara, que solia darse el aire de monarca y era de todos aborrecido por su arrogancia ⁽¹⁾.

Los condes en aquel tiempo no tenian dominio propio, ó cuando menos, no poseian tierras ó castillos á los cuales fuese aneja esta dignidad. Venian á ser simples gobernadores de un territorio ó fortaleza, y el Rey podia quitarles el empleo, y con el empleo las tierras, cuando se le antojaba. Al recibirlo le hacian pleito homenaje jurándole fidelidad y obediencia. Así fué que doña Urraca, recelosa de los condes y alcaldes puestos por el de Aragon, los desposeia del destino ó se contentaba con exigirles nuevo juramento.

Y aquí será bien que refiramos otro episodio, no menos caballeresco y peregrino que el anterior, y con el mismo objeto de irnos empapando en el espíritu de aquel siglo.

Habia en Castilla un caballero, dechado de honradez, de hidalguía y lealtad, llamado don Pedro Asurez, y vulgarmente en nuestras crónicas don Peranzules, ayo de la Reina en su menor edad, y conde de las principales fortalezas de aquel reino, confiadas á su valor y fidelidad por ambos consortes. La Reina, sin embargo, recelábase de él, quizá porque su severa virtud era censor mudo, pero severo, de las liviandades de su corte.

Exigióle la entrega de los castillos, y el anciano conde lo verificó sin dilacion ni repugnancia; y apenas se terminó la ceremonia, be-

(1) « El conde don Pedro de Lara, como pretendiese casar con la Reina, y se tratase no de otra suerte que si fuera Rey, con la soberbia de sus costumbres y su arrogancia tenia alterados los corazones de muchos, que públicamente le odiaban. » MARIANA, lib. X, cap. 8.



Lám. 3

Imp. de Gaspar y Boig.

sando la mano de la Reina , vestido de escarlata como estaba , montó en un caballo blanco , y con una sogá en la mano se fué á buscar al Rey de Aragon y de Navarra.

Hallóle en el Castellar. El venerable viejo , con toda la gravedad y respeto de un antiguo castellano , apeóse y fué á prosternarse delante de Alfonso el Batallador , que al saber la llegada de tan principal caballero , salió á recibirle acompañado de sus próceres.

—¿Qué tienes , buen conde ? le dijo el Monarca al verle que casi se le saltaban las lágrimas.

—He pecado contra vos , respondió con dignidad el conde don Pedro Asurez , y vengo á delatarme para que me impongais el condigno castigo.

—¿Cómo es eso ? ¡Tú , el mas noble caballero de Castilla , faltar á tu Emperador ! Levántate , que no lo creo.

—No me levanto , señor , hasta que me hayais absuelto ó condenado.

—Entonces , confiesa tu culpa.

—Señor , yo tenia una niña , á quien eduqué por encargo de su padre : esta niña llegó á ser mi Reina , y de ella recibí honores y castillos : me los ha pedido , y como le besé la mano al recibirlos , se la he besado al entregárselos ⁽¹⁾.

—¡Cómo ! ¡A doña Urraca ! exclamó el Rey enfurecido.

—A doña Urraca , si señor ; á doña Urraca , que me los habia confiado.

—¿Pues no sabes , mal aconsejado conde , no sabes que yo soy el único señor legítimo de toda España ?

—Solo sé que cien veces que me volviera á pedir mi Reina mi hacienda y vida , otras tantas veces se la daria , como ahora la he dado la una y ofrecido la otra ; repuso con entereza el honrado conde.

—¡Famoso arrepentimiento es el tuyo , Pedro Asurez ! exclamó el Rey amostazado.

—Es que no vengo arrepentido , señor : vengo tan solo culpado. Cumpliendo como caballero con la Reina , mi natural señora , os he ofendido á vos , que sois mi Rey ; y siéndome forzoso lo primero , vengo con este dogal para que os sirvais mandarme ahorcar por haberos faltado.

(1) Con esta ceremonia del beso se recibian y se devolvian los feudos y señorios.

Y al decir estas razones el anciano Pedro Asurez, se echó al cuello la sogá que traía.

Inmutóse el Emperador al ver demostracion semejante; y luchando entre el asombro y la ira, entre la pena y el cariño:

—Levántate, dijo por fin: te has portado como bueno y leal. Yo te daré doblados honores y haciendas que has restituido á la Reina: en nadie estarán mejor que en tan cumplido caballero.

El caso del conde Asurez fué aprobado y aplaudido en la corte de Aragon, y era citado en aquellos tiempos por un ejemplar de cómo debían portarse los nobles en conflictos semejantes.

No tuvo, sin embargo, muchos imitadores. Alfonso retenia directamente, ó por medio de sus partidarios, muchas fortalezas castellanas, y poco á poco se iba apoderando de las demas.

El Príncipe niño, por otra parte, no dejaba sosegar á la Reina con sus pretensiones. Segun el testamento de Alfonso VI, abuelo materno de aquel, desde el momento en que doña Urraca contrajese segundas nupcias, debía entregar á su hijo el reino de Galicia; y como se habia pasado tanto tiempo sin que la madre se diese por entendida de cláusula semejante, no era extraño que el hijo, ya en años de querer figurar, aspirase á conseguir por amenazas lo que hasta entonces buenamente se le habia rehusado.

Pero acosada la Reina por la parte de Rioja y de Soria por Alfonso el Batallador, ¿cómo se desprendia del gran punto de apoyo que le quedaba en Galicia? ¿Cómo podia desconocer que el plan de los áulicos de su hijo era ponerlo en posesion de aquel reyno para arrojárlo luego de los demas?

Resistia, pues, tenazmente la coronacion del Príncipe en Santiago, y sabedora de que el alma de aquel partido era el obispo don Diego Gelmírez, formó el mayor empeño en mantener al niño Alfonso lejos de Galicia, para que no pudiese comunicarse con el prelado, ponerse con él de acuerdo y recibir sus consejos.

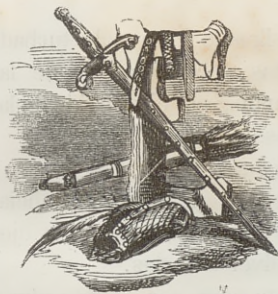
De aquí la suma vigilancia que los partidarios de la Reina solian ejercer en los caminos que á Santiago conducen: de aquí tambien el haber ella fijado su residencia por aquel tiempo, primero en Limia, despues en Luparia y á la sazón en Lugo, pueblos ó castillos todos del reino de que temia se apoderase el Príncipe, su hijo.

En tal estado se hallaban las cosas públicas, cuando el paje del obispo de Santiago fué conducido á la corte de la Reina doña Urraca.



CAPÍTULO IV.

Cómo el paje del obispo llegó á la corte de la Reina, y del lecho que esta mandó aderezarle



N una hermosa mañana de abril, paseábase en la galería del alcázar de Lugo un caballero de elevada estatura y bizarro continente, cruzados al pecho los brazos y la cabeza un poco inclinada en ademan pensativo. Mostraba no pasar de treinta años y ser de apasionada y dulce condición, ora en su delicada fisonomía, realzada por la copiosa cabellera que artificiosamente

le caía en estudiados rizos, ora en su mirada melancólica y tímida, sin dejar de parecer altanera.

El vestido, tan airoso como rico, componíase de una túnica de lana blanca con orlas de oro, bajo las cuales se descubrían los elegantes pies calzados de borceguíes puntiagudos, y las espuelas de oro que sonaban á cada paso. En una de sus blancas y femeniles manos, adornada de anillos, tenía un birrete negro, con cintillos, que, colocado en la cabeza, apenas le llegaría á la frente. Un tahalí rojo,

del cual pendia la espada, marcaba el delicado talle de tan apuesto galan.

De cuando en cuando se paraba para fijar los ojos fascinados en una dama que, sentada al extremo, parecia absorta en contemplar el frondoso valle, por el fondo del cual estendiase el Miño, adormecido al parecer en un lecho de flores.

Conforme los rayos del sol iban cayendo de punto mas elevado, arboledas, colinas, ermitas, caseríos y montañas variaban de aspecto, perdiendo el sonrosado color de la mañana, y el contraste de luces y de sombras que marcaba vigorosamente los contornos, y todo el paisaje quedaba envuelto en velos nebulosos, semejando un cuadro soberbio con un cristal empañado.

Aquella mujer habia perdido tambien, como las colinas de la ribera, el sonrosado color de la aurora: sus mejillas, antes de una frescura dulce y trasparente, como la de la rosa bañada por el rocío, mostraban la pálida huella de las pasiones, y sus ojos parecian hundidos á fuerza de lágrimas ó de deleites; pero sus bellísimas facciones conservaban aun aquella simetría que solo fué dado reproducir al arte griego, sepultado ha muchos siglos con los dioses del Olimpo.

Blancas y leves tocas ocultaban apenas las trenzas de oro de su cabello, y sobre el azulado vestido, una dalmática le cubria los hombros y la mitad del brazo.

Largo rato permanecieron ambos en silencio, tan solo turbado por los trinos del ruiseñor en las arboledas, por el aleteo de las golondrinas que en el techo formaban su nido, por el chirrido de las espuelas y el lejano murmullo del caudaloso rio.

Al fin prorumpió el galan en semejantes razones:

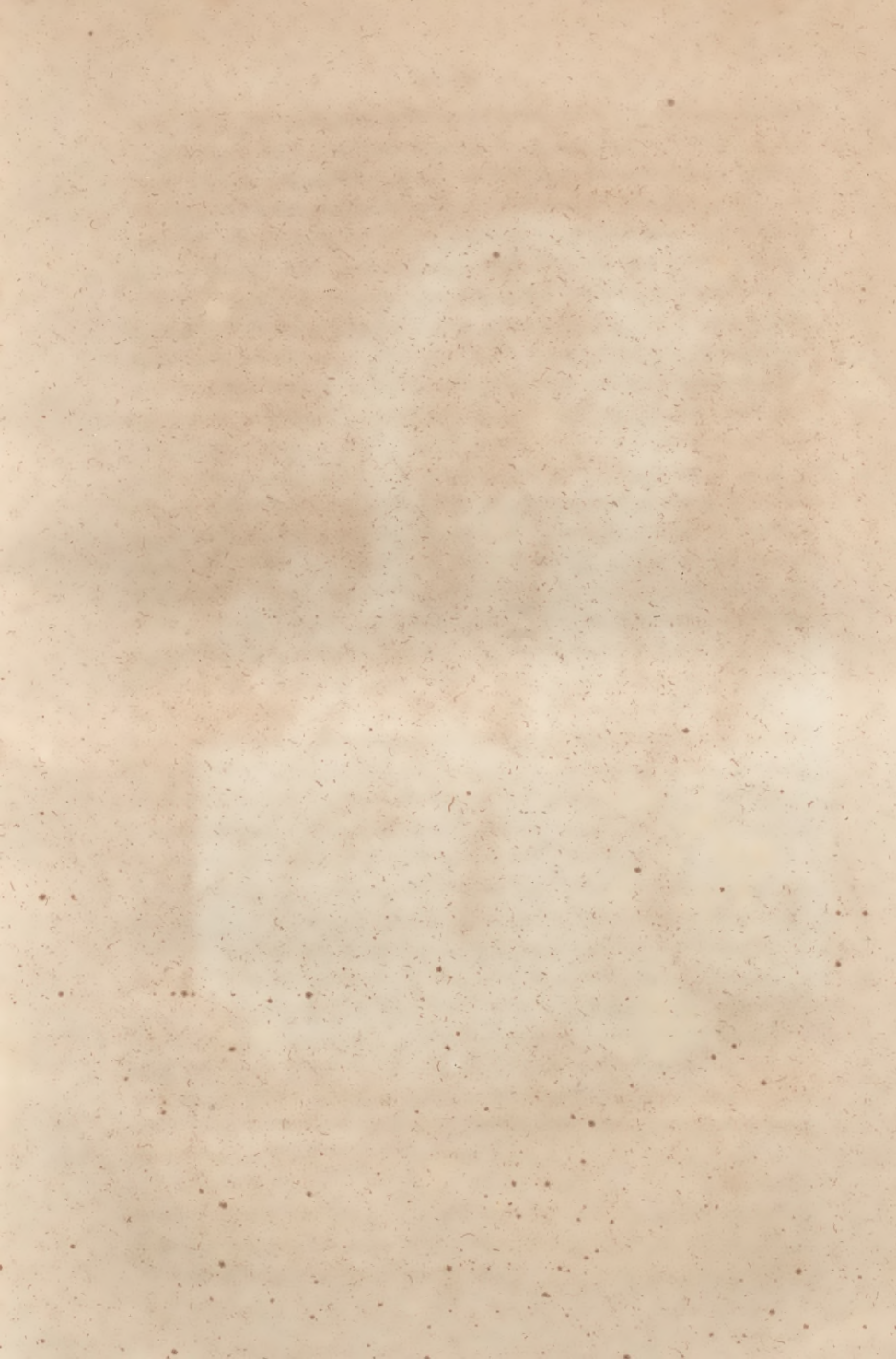
—Mucho os embelesan todavía las riberas y montañas de Galicia.

—Vivis engañado, conde, respondió la dama, sin apartar los ojos del campo: quisiera poder pasarme sin volver á verlas.

—¿Con que os sentis detenida en este reino por..... por algun encanto irresistible? repuso el conde de Lara con una sonrisa que, debiendo ser amarga, quedó convertida en tierna y amorosa.

—Me siento detenida por el deber; porque deber es de reyes acudir al reclamo de los peligros; contestó doña Urraca con cierta sequedad.

Quedóse mirando á la Reina el caballero con aire tímido y apasionado, y viendo que esta permanecia cavilosa ó distraida, le dijo con un acento en que no era difícil percibir alguna conmocion:





Lám. 4.

Imp. de Gaspar y Rog.

—Doña Urraca, ¿estais enfadada conmigo?

Hizo la Reina un gesto desdeñoso, y contestó sonriéndose

—Sois el amante mas tierno y sumiso que he tenido.

—Soy el único que os ama como mereceis ser amada, con una completa abnegacion ⁽¹⁾: os he sacrificado mi fama, el esplendor de mi cuna: he perdido el hábito de los combates, desde que me habeis rodeado de una atmósfera de deleites. Yo no me acuerdo si soy conde y el mas noble caballero de Castilla; delante de vos no soy mas que lo que vos quereis que sea.

—Es cierto, lo reconozco; y os confieso que no pudiera tolerar ningun otro amor: pero, ¿qué deducis de aquí?

—Deduzco que, pues tanto os amo, doña Urraca, debo tener celos de lo pasado, que para vos está aquí, en Galicia: de lo pasado, señora, quizá con mas razon que de lo presente.

—Conde de Lara, os suplico que no me hableis de semejantes cosas, dijo la Reina visiblemente incomodada: no aguardeis que os lo mande.

—Es que..... yo tengo algun derecho para hablar, murmuró don Pedro de Lara, haciendo un esfuerzo sobre su débil corazon.

Entonces se volvió doña Urraca para responderle con la doble magestad de Reina y de mujer ofendida:

—¡Derechos! ¡No los he reconocido en don Alfonso, que era Rey y marido, y helos de acatar en vos!

Y tornó sosegadamente á tender sus ojos distraidos por la frondosa campiña.

—Perdonadme, perdonadme, hermosa Princesa mia, exclamó el conde, acercándose mas á la dama y cogiéndole una de sus manos, que cubrió de besos: perdonad mi desmedida ambicion. Tan grande es mi amor, que no se satisface sino absorviendo todo lo pasado, lo presente y lo porvenir. Y así como para mí no hay mas mundo que vos, quisiera que ningun recuerdo, ningun objeto viniese á distraerlos del cariño que á veces me dejais entrever en vuestro anhelante pecho.

—Pues bien, conde de Lara; cuando una mujer os deja vislumbrar un poco de cariño, ya no consiste en ella el entregaros todo su corazon.

(1) *Comes iste (don Pedro Gonzalez de Lara), ut rumor ajebat, firmissima amoris catena Urracæ Reginæ obsequi solitus erat.* HISTORIA COMPOSTELLANA, lib. II, cap. 9, pág. 270.

—¿Qué haré yo para reconquistar el vuestro?

—Habeis invocado no sé que derechos..... Hanme dicho que á vuestro escudo de armas de²dos calderas y serpientes de oro en campo rojo, pensais añadir esta leyenda: *Non descendemos de reyes, sino los reyes de nos.....*

—¡Doña Urraca...! ¡Oh, dulce señora mía...!

—Hanme dicho, prosiguió la Reina sin escucharle ó sin aparentarlo; hanme dicho que desvanecido con vuestra alcurnia, con vuestro condado de Lara y de Medina, que de mí habeis recibido..... pensais intitularos conde por la gracia de Dios.....

—No, no será en vida vuestra, señora. Tengo ambicion: ¡oh! ¡mucha ambicion....! pero toda la cifro en vos. Desdeño el bien que no venga por vuestra mano. ¡Vuestra mano! Mirad si es grande mi soberbia, y grande sobre todo mi amor, cuando aspiro á poseerla. Pero desciendo de los condes soberanos de Castilla; Fernan-Gonzalez era mi abuelo.....

—Y que tal sea vuestra ascendencia, que tal sea vuestro amor, ¿os dan derechos para.....

—Perdonadme otra vez; y por Dios, señora mia, no seais rencorosa como esquivá. Al hablar de derechos, tan solo quise recordaros que sois madre. Doña Urraca, sois madre, y todavía no habeis gozado de una sola caricia de vuestro hijo.

—Verdad es que soy madre, don Pedro, respondió la Princesa con un gesto de altivez y acento de amargura: y un hijo es quien me hace andar errante por estas breñas, inquieta, sobresaltada, temerosa de verle aparecer el dia menos pensado con la corona de Galicia en sus sienes infantiles. Un hijo se ha propuesto completar la obra de iniquidad y de usurpacion emprendida por el que fué mi esposo: un hijo conspira contra mí, con mas ahinco, con mas talento y mejor traza que el Rey Batallador, que solo la tiene para las lides: un hijo será tal vez la causa de mi ruina, ¿y quereis que me olvide de que soy madre?

—Sí; pero no todos vuestros hijos son Alfonsos: no todos han sido educados por el conde de Trava, ni reciben los consejos del obispo de Santiago.

—Ese, ese, dijo la Reina, levantándose y no pudiendo contener su agitacion: ese es mi verdadero enemigo, el mas temible de mis enemigos, mi único enemigo. Para librarme del aragonés me basta el sentimiento de independencía que se ha despertado en Castilla contra la dominacion de un extraño: para salvarme de mi hijo Alfonso

podiera bastar una sola mirada de madre: pero, ¿quién, quién me escuda contra el saber, la constancia, el poderío y la virtud de ese prelado? Nadie. ¿Qué sois todos juntos contra ese anciano? Nada. ¿Qué haceis vosotros cuando él habla? Callar. ¿Qué cuando fulmina anatemas? Humillaros. Yo misma, que le detesto, yo he ido á pie peregrinando á Santiago solo por verlo. Yo, que estoy maquinando contra él, cuando pienso que va á descubirme, arrojo tesoros y donaciones á su iglesia, como se arroja el pan á los perros para que no ladren. ¡Estrañais que permanezca algunos meses en Galicia! ¡Dejadme, dejadme que vuelva un solo instante las espaldas, que ya os dará cuenta don Diego Gelmirez de un reino tan dilatado!

—Pero don Diego Gelmirez es un conspirador y rebelde, y solo por el primero de estos delitos vuestro padre Alfonso VI prendió al obispo Pelayo, predecesor de don Diego, y le desposeyó de su iglesia arrebatándole el báculo y el anillo pastoral.

—¿Y el Papa? ¿el Papa, de quien estoy esperando el breve que disuelva mi matrimonio? Y sobre todo, ¿quién es capaz de tanta osadía?

—Es cierto: ¿quién es capaz de hacerlo? repitió el amante atusándose la melena.

—¡Oh! ¡Si hubiese un hombre que acometiese, que intentase nada mas esta empresa! exclamó la Reina, mirándole con aquellos ojos seductores, á cuyos encantos nadie se resistía.

El conde se inmutó.

—Y no hay necesidad de valerse de la fuerza, añadió la Princesa como hablando consigo misma.

—Todo lo contrario, repuso el de Lara, mas animado cuando vió que ya no se trataba de meterse por la ciudad, espada en mano, hasta el palacio del obispo: todo lo contrario: usando de alguna industria; procurando ganar á los que estan á su lado....

—¡Eso, eso!

—¡Vaya! pues si únicamente es eso, la aventura corre de mi cuenta.

—¡Si así lo hicieseis! exclamó la Reina con un acento que acabó de trastornar al rendido amante, dejándole adivinar tesoros inagotables de ventura.

—Pues qué, ¿lo dudais? repuso Lara con ánimo resuelto.

—Creo en vuestro amor, don Pedro: creo tambien en vuestro valor, porque un caballero cobarde seria indigno de Urraca y de pisar el suelo castellano; pero.....

—Señora, dejad que me parta ahora mismo.



—Pero, ¿cuál es vuestro plan? Supongo que no ireis de buenas á primeras á echar mano del obispo en medio de su cabildo y de sus próceres.

—Confieso que solo intentarlo sería una verdadera locura, contestó ingenuamente el afeminado galán; pero en Santiago quedan algunos caballeros que no han olvidado los tiempos en que os llamabais condesa de Galicia.

—Ya, Sisebuto Ordoñez.

—Don Ataulfo de Moscoso.

—¡Moscoso! murmuró la Reina con un acento singular.

—¡Todavía no podeis oír este nombre sin conmoveros! repuso Lara mordiendo el labio.

—¡Todavía sois tan indiscreto que me recordais ese nombre! contestó la Reina.

—¡Oh, no puedo menos....! estos celos me consumen, porque tienen que estrellarse contra una Sombra. ¡Si yo pudiera inflamaros el corazón como Bermudo!

—¡Si yo tuviera el corazón con que á Bermudo amaba!

Y los dos se quedaron profundamente pensativos. La Reina fué la primera en romper aquel incómodo silencio.

—¡Ea! desechemos estas imaginaciones. Conde de Lara, primorosamente os han recamado las orlas de esa túnica. Obra será sin duda de Córdoba ó Sevilla..... el otro día os vi con turbante sarraceno..... Vamos, que si los cristianos llegan á saber que os bañais como los infieles, no faltarán murmuraciones ⁽¹⁾. Haced bien: nada puede oponerse al dolor con mas eficacia que los deleites. Lo fatal es que vivimos en un siglo en que no se comprenden..... Hombres que se visten de hierro, de hierro deben tener el corazón. Su ocupación es la guerra; su distracción la montería. ¡Ay! así se obstinan ellos cuando aman en esa feroz constancia, que desespera á las damas que llegan un minuto mas tarde....! ¡Así tienen ellos ese valor cruel de resistir....!

—¡Otra vez, señora, otra vez....! exclamó con melancólico acento el conde don Pedro Gonzalez de Lara: no, pues ahora no teneis que echarme en cara indiscreción alguna!

(1) Al paso que algunos monarcas y principales caballeros de aquel tiempo vestían públicamente traje de musulmanes, estaban prohibidos los baños. Advertiremos también que la pintura del conde de Lara no es de imaginación. « Hombre por demás afeminado y cobarde » lo llamó Mariana.

—¡Pobre conde! murmuró la Reina. Aquello ya pasó..... pasó para no volver jamás; de consiguiente nada teneis que temer, amigo mio. Venid aquí: dadme vuestra mano, y pensemos en nuestros proyectos. Creo que teneis al obispo de Santiago una afición.....

—Estremada: sus desinteresados consejos para sepultaros en un monasterio, y separaros á un tiempo de vuestro amante y del trono de Castilla, hanme hecho criar tan buenas entrañas, que debeis dejarme partir muy descuidada.

—Descuidada sobre vuestras intenciones enhorabuena; pero no sobre los medios.....

—Os estaba hablando de Ataulfo.....

—Proseguid.

—Ya sabeis que su mujer Constanza de Monforte acaba de morir, de lo cual no ha debido pesar al señor de Altamira, que se casó con ella nada mas que por lograr sus muchos y pingües señoríos.

—Adelante.

—Ataulfo piensa volver á casarse, no por interés, sino por amor, con una dama á quien parece que teneis tan estremada afición, como yo al obispo de Compostela.

—¡La bastarda....!

—¡Elvira de Trava!

—La bastarda..... replicó la Reina, complaciéndose en designarla por este título ofensivo.

—La misma. Bien sabia yo que las señas eran cabales.

—¿Y qué pretendéis?

—Que si la Reina de Castilla se pusiese de parte de Ataulfo para obtener el consentimiento de Elvira, pareceme que no seria difícil que Ataulfo os entregase maniatado al obispo.

—¡Oh, don Pedro! Quiero mal á Elvira, muy mal; pero no tanto que conspire para casarla con Ataulfo el *Terrible*. Y vos, que tan próximo deudo sois de esa bastarda..... no sé cómo me proponeis.....

—¿Con que rehusais....?

—Ese enlace es imposible: no se verificará..... ó por lo menos no seré yo quien dé un solo paso para que se verifique. Si vais á Santiago y veis á don Ataulfo, no le hableis de semejante cosa; y si él os habla, no me comprometais á nada.

—Miradlo bien, señora, se atrevió á decir el conde. Don Ataulfo es el caballero mas poderoso de Galicia, y no seria extraño que su fidelidad no pudiese resistir á semejante negativa.

—¡Siempre amenazas....!

—¡Yo....! ¡Libreme Dios, señora....! Hablo del rico hombre de Altamira, cuya ruda condicion debeis conocer.

—Pues bien : la conozco y la desafio.

—¡Vos!

—¡Yo! respondió la Reina de Castilla, aparentando una gran firmeza de ánimo. ¿No es él por ventura mi vasallo? Pero.... lo mejor será, conde de Lara, que nada le digais, añadió luego en tono mas suave; y si de ello os habla, que no me pongais en el caso de oponerme francamente á sus deseos.

—¿Y puedo yo, que soy tambien vuestro vasallo, aunque mas sumiso que don Ataulfo, puedo yo saber el motivo de esa obstinacion?

—Es un secreto.

—¿Que no podeis revelarme?

—Ni á vos, ni á nadie.

—Bien, señora : me vengaré con..... revelaros otro secreto; dijo don Pedro, como si de repente hubiese tomado una extraordinaria resolucion.

—¡Conde! exclamó doña Urraca, volviendo á su tono dominador. ¡Y osais decir que teniais un secreto conmigo!

—Es que su violacion..... acaso puede costarme la vida; repuso Lara, perdiendo el color y casi arrepentido de su lijereza.

—Me tratais como mujer, y deseais escitar mi curiosidad.

—Os trato como ciego enamorado; os vuelvo confianza por reserva, y deseo merecer una sonrisa vuestra á costa de mil vidas que tuviera.

—Sosegaos, Lara, dijo la Reina con dulzura; y si teneis recelo.....

—De nada, señora, de nada sino de perderos. Ataulfo y yo hemos formado una hermandad.....

—¿Para favorecer á los peregrinos? preguntó doña Urraca, sonriéndose con ironía: ¿para cambiarles la moneda en la puerta del templo? ¿para combatir á los árabes?

—Nada de eso, señora: nuestra hermandad es secreta: entran en ella nobles y villanos: cuenta con gran poder.....

—¿Y tiene por objeto?

—Acabar con el obispo.

—¿Con el obispo de Santiago?

—Con el mismo, señora: con nuestro particular amigo don Diego Gelmirez, respondió Lara, recalando estas palabras como de costumbre.

—Habeis dicho que la hermandad es poderosa.....

—El dia que se quiera levantaremos toda la ciudad contra el prelado.

—¡Toda la ciudad!

—Y el cabildo por añadidura.

—¡Cómo! ¡Tambien los canónigos conspiran contra el obispo!

—¡Toma....! ¡Ellos serán los primeros en recoger el fruto de la conspiracion....! Tienen ya su obispo en ciernes, y en ciernes se consideran los canónigos, arcedianos, y los arcedianos, cardenales de Santiago.

—De manera que si todo el cabildo se empeña....

—No es el cabildo entero; pero los que de él entran son los peores.... quiero decir, los mejores para nosotros.

—Necesito una lista de los principales conjurados.

—Os diré sus nombres de memoria.

—Por supuesto, vos y don Ataulfo.

—Por supuesto.

—¿Sisebuto Ordoñez, por ventura?

—Tambien.

—¿Arias Diaz?

—Tambien Arias Diaz.

—¿El cardenal Vimara de Astrariz?

—¡Parece que todo lo sabeis! Admiro, sin embargo, vuestra perspicacia, pero no os supongo adivina: andais buscando los nombres de los mayores enemigos del obispo. Pero, ¿qué diriais si os citase sus amigos mas íntimos, á los que con él se sientan á la mesa, á los que todo se lo deben?

—Temblaria acordándome de que soy Reina, y que tambien he dispensado grandes beneficios.

—Afortunadamente ni vos ni yo le debemos otra cosa que sermones, y amenazas de excomunion.

Calló la Reina como si no se atreviese á confirmar las palabras de su amante.

—¿Entre esos íntimos amigos, ó comensales del obispo, dijo luego, está por ventura.... un tal.... un tal Ramiro Perez, paje, y otro hidalgo llamado don Arias....?

—¿Los del mensaje? Ninguno.

—Estrañas cosas me contaís, amigo mio.... Ya veo que vais comprendiendo la manera de que os adore; dijo doña Urraca, mirándole como para acabar de fascinarle: id presto; id á Santiago; y sea como fuere, débaos yo la prision de don Diego.

—¿Y el premio será....?

—¿Quién sabe si mi mano?

—¿De verás? exclamó Lara con un acento de verdadera pasión.

—¿Por qué no?

—No me engañéis, porque me volvería loco de pesar.

—¿No sois conde por la gracia de Dios....?

—Soy todo por vos, nada sin vos.

—¿No descienden los reyes de vuestra casa?

—¡Doña Urraca, no me habéis de esa manera, porque es terrible cosa que me hagáis dudar si soy el mas infeliz, ó el mas venturoso de los mortales....!

—¡Cómo!

—¡Como que ignoro si os burláis de mí, ó si me amáis de veras!

—Traedme preso al obispo, y lo vereis.

—Sí, vendrá; no lo dudeis: me siento con bríos para mayores empresas. Y con respecto de la hermandad....

—Con respecto de la hermandad, respondió la Princesa entre risueña y grave; ya veis, don Pedro, que una vez conocida por mí, ó tengo que ahorcaros á todos por conspiradores, ó teneis que conspirar en favor mio.

—Lo último me parece mas conveniente, y, perdonad que os lo diga, mas hacedero para vos.

Iba á replicar la Reina, cuando en el fondo del corredor, que daba entrada á la galería, sintióse el eco de pasos fuertes y presurosos, y el roce de las distintas hojas de una armadura. Salió el amante al encuentro del importuno que se acercaba, y sin que acabase de llegar, le dijo con mal humor desde la puerta:

—No se puede ver á la Reina.

—Perdido andaba buscándola: gracias por haberme indicado dónde está, contestó el recién llegado, entrando sin cumplimiento y casi rempujando á don Pedro Gonzalez de Lara.

—¡Don Gutierre! exclamó la doña Urraca al verle: ¿qué nuevas me traéis? ¿os habeis apoderado al fin de la carta?

—Señora, respondió el caballero, mirando de reojo al conde de Lara, que se habia quedado confuso y como pegado á la pared: teneis servidores que no saben distinguir las visitas que agradan ó molestan á sus amos.

—Conde de Lara, dijo la Reina interrumpiendo al caballero: cualesquiera que sean las noticias que del mensaje traiga don Gutierre Fernandez de Castro, no deben alterar vuestra determinacion.

Y lo despidió con una sonrisa tan benévola, que bien se traslucía en ella el deseo de dorar al favorito la píldora de aquel desaire.

—Perdonad, señora, prosiguió don Gutierre apenas desapareció el de Lara: la arrogancia del conde, esos humos con que se presenta en la corte, os hacen mucho daño.

—Quizá no tanto como vuestra ruda franqueza y desabrimiento, conde.

—Señora, no todos pueden aguantar una altanería que va acompañada de tantos afeites y melindres.

—¿Qué quereis? ¿Qué solo piense en derramar sangre, en dar tajos y mandobles como vosotros? ¿Que como vosotros sea tosco, desaseado, duro de entrañas, infatigable de brazos....?

—Señora, enhorabuena que no nos imite en la aspereza; pero que aprenda siquiera á mirar frente á frente al enemigo....

—Basta, Gutierre, basta; si el conde de Lara volvió una vez la espalda á las huestes del Rey de Aragon, otros venian huyendo que lo arrebataron en su carrera. Y vos, que tanto blasonais, ¿qué cuenta venis á darme de tres peregrinos que os encomendé no ha muchos dias?

—Una cuenta muy sencilla: dos de ellos han muerto, y el tercero acaba de llegar conmigo para ser ahorcado.

—¡Don Gutierre! No os perdono la dilacion de tan plausibles nuevas; ni menos la demora en presentarme la dichosa carta.....

—¡La carta! Lo malo del cuento, señora, es que la carta es la única que se ha salvado.

—¿Cómo así? ¿Pues no la llevaban consigo?

—Señora, os diré ante todas cosas que yo no soy el autor de la postrer hazaña; porque habeis de saber, que mis acometimientos solo produjeron la muerte de uno de los peregrinos, no lejos de la ciudad de Orense; pero mis escuderos y el rico hombre de Altamira dieron caza á los dos restantes precisamente al llegar á Santiago: esto sentado, os diré que cuando me enviasteis á perseguir á los fau-
rautes del obispo, no podiais presumir que me enviabais á pelear con Dios ó con el diablo.

—No os entiendo, don Gutierre, contestó la Reina: por Dios, esplicaos con mas claridad.

—No hay mas, señora, sino que la carta se ha salvado por brujería ó por milagro.

—¡Por milagro! ¿Apareció algun ángel para arrebatarla de vuestras manos?

—Apareció; segun cuentan, un perro que se la llevó en la boca. El conde refirió menudamente á la Princesa la aventura, y añadió despues:

—No os acuiteis por eso: si se perdió el mensaje, precisamente tenemos cautivo al mensajero, que está de todo bien informado.

—¿Os ha dicho ya....?

—Ni una palabra.

—Pero, ¿le habeis preguntado....?

—No le he dejado sosegar un punto con ruegos y amenazas.

—¿Y qué habeis conseguido?

—Nada.

—Y entonces, ¿por qué medio os proponeis hacerle hablar?

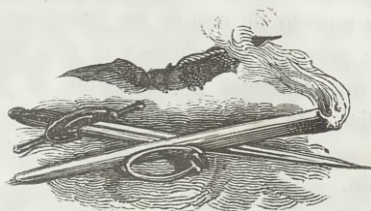
—El medio es muy sencillo: soy conde de los notarios, administro justicia en vuestra córte y tengo á mi disposicion el tormento. El paje es mozo, tierno y delicado como una dama: antes de colgarle, le hacemos acostar en el lecho de tablas, y á las dos ó tres vueltas....

—¿A qué habeis venido aquí sin haberle puesto en el potro? dijo la Reina encogiéndose de hombros.

—¿Cón que es decir que V. A. lo manda?

—Mi Alteza hubiera querido saber y no mandar.

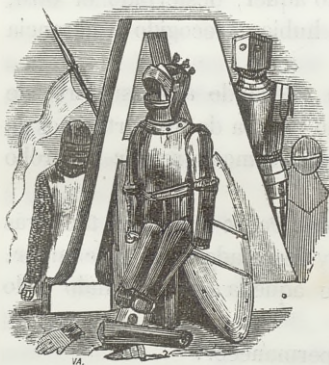
Partióse el guerrero sin proferir mas palabra; y armado de todas armas entró despues el conde don Pedro de Lara, que venia á despedirse de la Reina.





CAPÍTULO V.

En que el discreto lector no puede menos de sonreirse de la sonrisa de don Gutierre Fernandez de Castro.



PUESTO por demas y gentil era el buen conde de Lara, sobre todo cuando trocaba sus hopalandas de seda ó paño de Segovia, por el arnés, que ciñéndole el cuerpo, hacia resaltar la morbidez elegante de sus miembros. Comenzábanse á ver entonces completas armaduras de hojas de hierro que reemplazaban á la malla, y el arnés del amante aventajaba á todos por lo bien acabado, liviano y airoso, dejando ver al galan aun bajo la durísima corteza del guerrero.

Cuando la Reina se hallaba en algun lucido intervalo de ambicion ó de melancolia, tornaba un poco los suaves ojos empañados con el aliento del deleite, segura de hallar á sus pies aquel caballero siempre rendido, y con una sonrisa fugaz le indemnizaba de todos los desdenes, de todas las pasadas amarguras.

Es inconcebible cómo doña Urraca, mujer de tan elevado espíritu á pesar de sus faltas, dispensaba ni aun momentáneos favores al hombre que personalmente solo se distinguía por su molición y gentileza; pero la Reina, con sus grandes pasiones varoniles, era muy mujer en el fondo de su alma, y esquivando el férreo yugo de un esposo tosco, violento y casi brutal, debía dar en un amante pusilánime, sumiso y afeminado. El amor y el odio viven de contrastes.

Había también otra razón que explicaba la preferencia. Doña Urraca podía admitir un amante, pero no buscarlo. En aquella especie de indiferencia y letargo en que estaba sumida después de la muerte de Bermudo, no tuvo el valor y la energía de resistir ó retroceder, y este valor y esta energía le faltaban igualmente para avanzar un solo paso.

Don Pedro de Lara, por otra parte, era la persona que más cerca del trono se veía por su elevado nacimiento. Descendiente, como hemos dicho, de los condes soberanos de Castilla, con ínfulas también de independiente, pudiendo llevar á cualquier batalla, cuando su señora feudal lo reclamase, doscientas ó trescientas lanzas más que ningún otro rico hombre de aquellos reinos, á nadie debía chocar su privanza con la Princesa, sobre todo, si se tenía presente que en vida de don Gómez González Salvadores la privanza se repartía entre este, el viejo Peranzules y Lara. Muerto aquel, desterrado el otro, ¿qué tenía de particular que el último hubiese recogido la herencia de entrambos?

Así al menos pensaba doña Urraca, llegando á persuadirse de que el secreto de sus nuevos amores no pasaba de los cortesanos de Castilla y de Aragón. Pero un suceso que vamos á referir le probó cuán engañada vivía en este punto.

No remataba nunca de despedirse don Pedro González: tan raras solían ser las ocasiones de ver risueño y despejado el cielo del amor, que no es extraño quisiese disfrutar de aquella, prolongando todo lo posible los instantes de ventura.

Pero tenía además otro motivo de permanecer.

—Os he hablado poco ha, dijo á la Reina, de pechos ambos en el balcón de la galería: os he hablado de un hijo muy más bello, y menos ingrato que Alfonso: ¿no teneis ansia por verlo, señora mía?

—¡Ay! ¡Así pudiera sin menoscabo de mi fama....! exclamó doña Urraca suspirando.

—Porque vuestra fama no se mancille, he lo dado á criar por

tercera mano á cierta villana de estos contornos ; mas yo no puedo pasar mucho tiempo sin verlo. Unas veces salgo á paseo y me hago el perdidizo en la aldea , y llamo á la puerta de una cabaña , cuyo techo de paja sirve de abrigo al niño hermoso que debiera morar en un palacio.....

—¡ Don Pedro.... ! ¡ Sed mas prudente por Dios ! dijo la Reina interrumpiéndole , pero sin querer , ó sin poder mostrarse severa.

—Otras veces, prosiguió el de Lara , deleitándose en prolongar aquella conversacion: otras su nodriza viene á la ciudad con el niño risueño y jugueton en los brazos , y yo lo estoy viendo , devorando con los ojos sus mejillas sonrosadas , queriendo comerme á besos sus tiernas manecitas.....

—¡ Oh ! Vais á comprometerme algun dia con vuestros arrebatos.. ..

—Yo le llamo mi *Hurtado* ; porque á hurto vino al mundo , á hurto se cria..... á hurtadillas le veo.....

—Sosegaos, por Dios, conde de Lara, repitió doña Urraca, que en aquella ocasion estaba subyugada por la nobleza y legitimidad del paternal cariño: ¡ sosegaos, por Dios ! No sé qué os encuentro de extraño y sorprendente..... paréceme que os sucede algo de extraordinario..... ¿ Qué teneis , don Pedro, qué teneis ?

—¡ Qué he de tener ! Nada, señora: que no sois madre : que no teneis entrañas de tal.....

—Y si no las tuviera, repuso la Reina, volviendo á su tono habitual, ¿ os sufriria tan paciente y resignada todas esas locuras que comprometen mi fama, defendida hasta ahora con el escudo de la majestad ?

—Si las tuvieseis, señora, replicó el de Lara fuera de sí , veriais á vuestro hijo.....

—¡ Verlo yo ! Callad ; harto sufro en privarme, no solo de sus caricias, sino de su presencia.....

—De su presencia os veis privada , porque en vez de tender los ojos por la ribera de allá , no los recogeis hácia la de acá..... mas cerca, señora..... al pie de la muralla..... debajo de estos balcones.....

—¡ Ah ! exclamó la madre , con un grito de gozo mal reprimido: ¿ Es ese ? ¿ Es ese que está aprendiendo á tenerse en pie y á dar algunos pasos en la arena ?

—¡ Ese, ese es vuestro hijo ! Mirad, mirad cual le tiende solícita los brazos su madre, y cual levanta el niño los suyos, como el pajarillo las alas cuando estan apenas cubiertas de plumas.

—¡ Su madre! repitió tristemente doña Urraca, y se quedó embelesada mirando á la criatura, sin poder derramar una sola lágrima.

De cuando en cuando decia á don Pedro de Lara:

—Idos, idos de aquí..... no sabeis dominaros como yo..... ¡Si os viese cualquiera mirarle de ese modo....! Y por fortuna, nada ha trascendido al pueblo de nuestros amores.....

El conde no la escuchaba: embebecido en contemplar las gracias de aquel hermoso niño, famoso despues con el nombre de Fernando Hurtado, no quitaba de él los apasionados ojos; y la Reina misma, que conocia la imprudencia de semejante embelesamiento, dejábase arrastrar sin quererlo por el amor maternal, adormecido en su corazón por el exceso de su pasión primera, ó quizá por la ingratitud de su hijo Alfonso.

El niño, sin separarse apenas de la nodriza, que huía poco á poco delante de él, guardando siempre la misma distancia, daba sus pasitos por la blanda alfombra de menuda yerba matizada de margaritas, cayéndose á veces y levantándose luego, apoyado en el brazo de su madre de leche, y volviendo á dar pasos y á caerse, con harto gozo y entretenimiento de las tres únicas personas que al parecer estaban presenciando aquella escena.

Habia sin embargo otro espectador, que no tenia paciencia para fijar la vista por tanto tiempo en un solo objeto. Y no era que el grupo inferior del cuadro dejase de llamar su atención: por el contrario, le miraba con ojos de inteligente; pero á fuer de tal, queria observarlo todo; y tan pronto levantaba sus miradas hasta la galería, como volvía á bajarlas al suelo, queriendo abarcar todo el conjunto, y buscar, como verdadero artista, la relacion de una y otra parte de aquella pintura, llegando á sonreirse con aire de triunfo cuando le pareció haber comprendido toda la gracia, todo el misterio y filosofía del lienzo.

El aficionado podia hacer sus observaciones, comparaciones, cálculos y adivinanzas con entera libertad, puesto que, como llevamos dicho, las tres personas, que á la sazón contemplaban á Fernando, solo tenían ojos para verle; pero así como no era hombre de fijarse mucho tiempo en un solo punto, de la misma manera faltábale la paciencia para observar las figuras en unas mismas actitudes, y con objeto sin duda de hacerles tomar otras mas académicas, salió de entre los álamos, zarzas y matorrales de la ribera, en cuya espesura estaba medio escondido, y dirigiéndose apresurada-

mente hacia el niño , principió á gruñir mejor que pudiera hacerlo un jabali de las montañas , para asustar sin duda al pobre infante.

Si no era mas que este su objeto , bien pudiera haberlo conseguido , dejando el gruñir á un lado , con solo presentarse tal como Dios lo habia hecho.

Era un hombre de complexion recia , enjuto , pero ancho de espaldas , macilento , los ojos hundidos bajo enormes cejas negras ; largo y bronco el cabello y entre cano ; larga tambien la barba , que le arrancaba con fuerza debajo de los juanetes ; de manera que á escepcion de estos y de la nariz aguileña , corva y descarnada , apenas se descubria ninguna otra parte de su semblante. En una de sus manos , secas y huesosas , empuñaba un baston de acebo , gordo y nudoso , del cual pendia un cascabel de hierro colgado de una cuerda.

Llevaba sayo de buriel , ceñido por dos ó tres vueltas de soga de cáñamo y cerdas , y cubriase la cabeza con la capucha pegada al sayo. Una capa vieja y remendada , tambien de lana burda y del color natural , le daba la apariencia de monje. Sus pies estaban envueltos en albarcas de piel de caballo , sujetas á la pierna por tiras estrechas de la misma piel , que se cruzaban infinitas veces hasta la pantorrilla.

Considere el lector por este retrato , si nuestro observador de grupos y figuras tenia con la suya lo suficiente para poner en temor , no solo á criaturas de pecho , sino tambien á personas de mas edad y de ánimo esforzado , sin necesidad de acudir al berrido , de que hicimos puntual y fidelísima mencion. El tierno Hurtado se cayó esta vez patas arriba , llorando y desgañitándose : la nodriza lanzó tambien un grito , y los de la galería no fueron los postreros en prorumpir en una exclamacion menos fuerte , pero mas sentida.

El ama de cria , despues de coger el niño , principió á regañar al villano descortés y desapiadado , que así se complacia en amedrentar á la pobre criatura ; pero el barbitaheño , sin responder una palabra á sus improperios , blandia el palo para hacer sonar el cascabel , alargando la mano en ademan de pedir limosna.

No aguardó mucho tiempo á recibirla. Viendo que la villana no le entendia , ó no queria entenderle , se alejó cabizbajo y encorvado de cuerpo , pero con paso presuroso. Sus oidos , mucho mas delicados que los de la nodriza , debieron percibir la exclamacion de la Reina , y allá debajo de su rucio bigote malignamente se sonreia ; y al alejarse de allí , sin dirigir al balcon una mirada para no escitar sospechas , todavia continuaba sonriéndose.

Lloraba el tierno infante , y el ama por acallararlo le dió el pecho , y arrullándolo despues , mientras tomaba el sol , le cantaba mil diversas canciones , entre las cuales resonaron , en medio del silencio de aquella soledad , las siguientes coplas , en el ya para entonces formado dialecto gallego :

1.^a

Amores tem á Reíña ,
d' amores está enmeigada :
non direi quem sea ó meigo
pero..... *Lara , lararara*.
¡*Lara , lara* !

2.^a

Danlle sonos falagueiros
os xoglares cando yanta ;
mais de cote non escoita
sinon..... *Lara , lararara*.....
¡*Lara , lara* !

(Amores tiene la Reina : hechizada está de amores : no diré yo quién sea el hechicero : pero..... *Lara , lara* , etc.

Músicas halagüeñas le cantan los juglares mientras está comiendo ; pero ella no suele escuchar otra que..... *Lara , lara* , etc.) (1)

—¡Conde de Lara ! exclamó la Reina , levantando la cabeza abrumada con el peso de la vergüenza.

Pero el conde , huyendo sin duda de la terrible mirada de Urraca , habia desaparecido.

Tambien ella abandonó aquel sitio fatal , y anduvo vagando por los claustros y cerredores del alcázar , queriendo huir de sí misma.

Pública era su deshonra : su fama andaba en lenguas del mas bajo vulgo ; y á su hijo , al hijo de sus entrañas , le arrullaban cantándole el baldon de la madre.

Pero ¿qué tenia de madre , qué tenia de mujer , sino sus propias flaquezas , aquella desdichada ? Muerto yacia su corazon , sepultado en el bello y soberbio monumento de una naturaleza perfecta , de un admirable conjunto de corporales perfecciones. Los azares de la guerra , los sobresaltos de la intriga , el empuje violento de la ambicion y el estampido de las grandes catástrofes políticas solian galvanizar por algunos instantes aquel cadáver ; pero los tiernos y dulces sentimientos pasaban por encima con sus blandos murmullos , como

(1) « Andaban su nombre (*el de don Pedro de Lara*) y el de la Reina puestos » afrentosamente en cantares y coplas. » MARIANA , lib. X , cap. 8.

las auras de primavera sobre el árbol derribado por los huracanes del invierno.

Tal era su insensibilidad y ceguera, que ella sola dejaba de ver lo que los demás observaban; ella sola marchaba con la frente erguida, mientras sus cortesanos tenían que inclinarla con rubor.

Sumida en negras cavilaciones, sin saber siquiera dónde se hallaba, dió consigo en un corredor oscuro, al fondo del cual veíase una puerta medio entornada, cuyos bordes estaban fuertemente iluminados con luz artificial.

Acercóse maquinalmente, y un gemido lastimero vino á distraerla de sus sombrías imaginaciones. Detúvose en el umbral, y escuchó una voz conocida que de adentro salía:

—Basta, sayones: el reo quiere hablar.

Siguióse luego un momento de sepulcral silencio.

—Notario, estended las declaraciones del acusado; repitió la misma persona.

—«Confieso yo Ramiro de.....» añadió una voz gangosa.

—Adelante, adelante, que tenemos prisa; repuso con aspereza el juez Gutierre Fernandez de Castro. ¿No estais dispuesto á declarar?

—Lo mismo que antes, respondió el paje del obispo.

—No puede ser; porque antes habeis manifestado que nada podiais decir del mensaje.

—Y lo repito ahora.

—Entonces, ¿por qué habeis movido los labios?

—Para quejarme.

—Mas tendreis que quejaros todavía, si persistis en esa obstinacion.

—¡Oh! ¡Matadme, matadme de una vez! exclamó Ramiro con un acento que partía el corazón.

—Morireis: ese es el término á donde el crimen forzosamente conduce, si es que S. A. no se apiada de vos, y os conmuta la pena de muerte por la de sacaros los ojos.....

—¡Oh! ¡no! ¡prefiero morir!

—Pero antes, si no declarais, se irá apretando el tormento hasta la vuelta postrera.

—¡Sea todo por Dios....! repuso el paje.

—Sayones, otra vuelta; gritó el juez ahuecando la voz.

Estraño efecto produjo en el ánimo de la Reina, no la voz campanuda y bronca de don Gutierre, ni la gangosa del notario, sino el sentido y lastimero acento del pobre Ramiro, que á la verdad era

capaz de conmover á durísimas peñas , cuanto mas á pechos femeniles.

Al percibirla por vez primera , Urraca alzó la frente , como la perdiz cuando siente el reclamo ; y aplicando unas veces la vista y otras el oído al claro de la puerta , demostraba en ver y en escuchar un interés , de que no se la hubiera creído capaz en su deplorable estado.

—Aguardad , aguardad , exclamó la Princesa , cuando el inexorable juez dió la órden de proseguir el tormento.

—¿Qué es eso ? ¿ Vais , por fin , á declarar ? preguntó don Gutierre , que en su afán por servir á la Reina , llevándola noticias del mensaje , todas las voces se le antojaban preludios de revelaciones.

—¡ La Reina ! gritó un soldado , que con una maza al hombro defendía la puerta del tribunal.

Todos se levantaron , incluso el juez , al oír este nombre ; todos , menos el paje , que maniatado , tendido en el horrible lecho de tablas , y con los pies metidos en el potro , solo pudo alzar un poco la cabeza , no por curiosidad ciertamente de ver á doña Urraca , sino para leer en el rostro de ella su absolución , ó su sentencia de muerte.

—¡ Misericordia ! exclamó con aquel tono del habla que tan eficazmente abogaba en el ánimo de la Reina : ¡ misericordia ! ¡ piedad de un infeliz á quien se castiga por no ser traidor....!

Urraca dirigió entonces una mirada de águila sobre aquel manco medio desnudo , bello como Adónis , cuyos torneados muslos y brazos , y levantado pecho resaltaban , aunque morenos , en el oscuro fondo de la madera , denegrida y lustrosa ya con la sangre y el roce de tantas otras víctimas. El rostro , sobre todo , pálido y desencajado por el dolor , ofrecíase á la vista , engarzado en aquella negra , reluciente y ya desgredada cabellera , como la cabeza de un santo penitente de Ribera ó Zurbaran.

El pecho de la Reina estremeciósse bajo las blancas tocas , como una campana herida del primer golpe de rebato.

—¡ Acercaos , don Gutierre , acercaos.... ! dijo con un acento en que se percibía quizá el zumbido de la campana.

Llegó el juez con graves pasos arrastrando la orla de su túnica de escarlata.

—Don Gutierre , prosiguió doña Urraca ; no atormentéis mas al reo : es inútil.

—Se hará como lo manda V. A.

—Me he desengañado , repitió la Princesa : todo sería inútil.

—¿Con qué mandaremos ahorcarle sin aguardar á que confiese?

—Haced justicia, murmuró doña Urraca; y sin decir mas palabra apartóse del umbral, dirigiéndose por el corredor adelante.

Acompañóla el juez un rato por hacerla medida.

El desdichado Ramiro los vió desaparecer, y como hubiese oído las últimas palabras, dejó caer desesperado la cabeza que tenia medio levantada, y exhaló un profundo gemido, exclamando casi al mismo tiempo:

—¡Madre mia!

No sabemos si aquel gemido pudo llegar á oídos de la Reina; lo cierto es que ella se detuvo de repente, en medio del tránsito, y quiso volver atrás para llamar al juez, quedando agradablemente sorprendida al verle mas cerca de lo que se imaginaba.

—Don Gutierre, le dijo: supongo que habreis observado puntualmente lo que disponen las leyes acerca del tormento.

—Puntualmente.

—Ya sabeis que hay penas muy severas contra los jueces que estropean algun miembro del reo.

—El juez, señora, puede apretar el tormento hasta hacer espirar al acusado, con tal de no inutilizarle en parte alguna de su cuerpo.

—¿Con qué ese mozo....?

—Está sano y bueno, señora.

La Reina prosiguió silenciosa su camino.

—Podeis retiraros, dijo luego á don Gutierre.

Y cuando este, despues de despedirse, volvió las espaldas, doña Urraca le llamó otra vez. Notábase en ella una especie de inquietud, un desasosiego, una contradicción de sentimientos y de ideas, de que quizá no podia darse cuenta á sí misma.

—¿Don Gutierre?

—¡Señora!

—He pensado una cosa.

—¿Qué manda V. A.?

—Es preciso conocer á todo trance qué mensaje llevaba ese mozo.

—Tal es mi parecer: lo considero de la mayor importancia para la seguridad del estado y tranquilidad de V. A.

—¡Oh! ¡Alguna cosa grave estan maquinando contra mí, mi hijo Alfonso y el obispo de Santiago!

—De averiguarlo ó no, pende quizá que V. A. siga empuñando el cetro de Castilla.

—¿Lo creéis así, don Gutierre?

—Creo firmemente que el trono, y acaso la vida de V. A., corren grave riesgo si nos dejamos sorprender.....

—¡Nada, pues! A toda costa debemos arrancar la verdad de los labios de ese mancebo, que se llama.....

—Ramiro.

—¿Ramiro de quién?

—Ramiro Perez..... de no se cuantos; hijo de un hidalguillo de Santiago, y paje del obispo.

—Pues bien: es preciso tomar una resolucíon; dijo la Reina cabizbaja y retorciendo con los dedos su dalmática.

—A la verdad, señora, contestó el juez, que seria una lástima dejarlo así: con un par de vueltas, seguro estoy que de plano cantaria. Si no teneis corazon para oír gemidos y presenciar suplicios, dejadme á mí, que ya estoy curado de duelos: antes de un cuarto de hora hemos concluido, y prometo llevar á V. A. puntual noticia de todo.

—Don Gutierre, os he dicho que el tormento es inútil; repuso doña Urraca, como queriendo convencer al juez.

—¡Inútil! repitió don Gutierre con sinceridad: una larga experiencia me está convenciendo de lo contrario. El tormento es útil para hacer hablar á los que callan, para hacer hablar claro á los que hablan algo, y para hacer hablar de prisa á los que poco á poco lo van diciendo todo.

—Sin embargo..... yo..... apenas he reparado en ese mozo; pero hay en su voz un no se qué de..... y en su fisonomía cierta cosa de..... de noble y resuelto, que me ha hecho comprender la inutilidad de apelar á la fuerza. Es preciso valerse de algun ardid..... de cierta maña.....

—Harta me he dado yo, y puedo asegurar á V. A. que si hay alguna cosa real y verdaderamente inútil, es la persuasión, la maña.

—Sin embargo, repuso la Princesa con obstinacion: no todos son capaces de doblegarse y de irse insinuando poco á poco en el ánimo de los demas: vos, por ejemplo, don Gutierre, tan bueno sois en el tribunal como en el campo de batalla; juez recto y justiciero, adalid valiente y bizarro; pero no servís para el caso, por duro, y casi intratable de condicion.

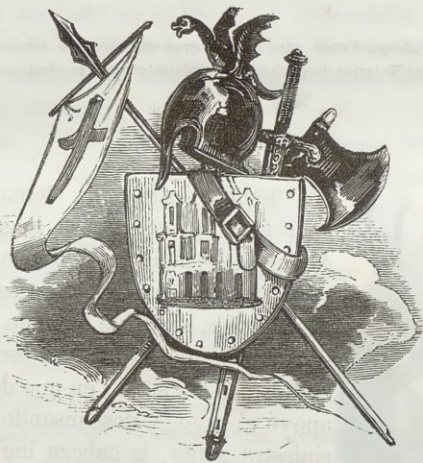
—Pues yo no sé de nadie que sea mas suave que yo, repuso el juez encongiéndose de hombros: ¡como no vayais á fiar el encargo al conde de Lara....!

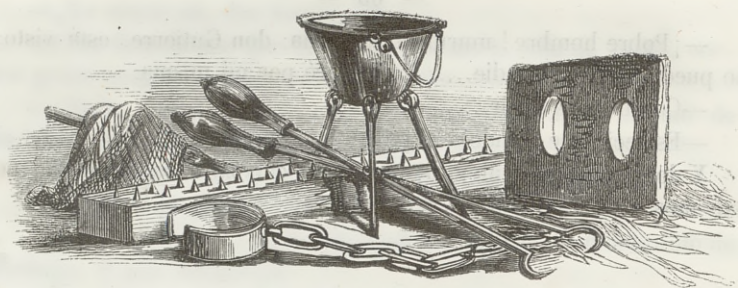
—¡Pobre hombre! murmuró la Reina: don Gutierre, está visto; no puedo fiarme de nadie..... Yo lo haré por mí misma.

—Con que es decir.....

—Es decir que mandeis el paje á mi cámara.

Y don Gutierre se alejó meneando la cabeza y sonriéndose, no sabemos si de incredulidad, ó de malicia.





CAPÍTULO VI.

De cómo el paje del obispo á cada paso daba nuevos motivos para ser colgado, de tal manera, que el conde de los Notarios llegó á creerlo infaliblemente predestinado para la horca.



Poco tiempo despues la Reina estaba en su aposento , aguardando la llegada de Ramiro. Al entrar despidió á sus dueñas , que habian salido á su encuentro, y no se contentó con despedirlas , sino que tambien les mandó que sealejasen, quedando sola, absolutamente sola. Sentóse en un sitial , en uno de cuyos brazos apoyó el suyo, y descansando la mejilla en la siniestra mano, la cabeza inclinada al suelo, el pecho palpitante y la mirada distraida, permaneció algun rato en aquella postura, que indicaba profunda meditacion.

Las escenas del mendigo , de los cantares y del tormento suministraban larga materia á su espíritu para graves reflexiones ; y sin saber por qué, despues de haber oido la voz y los lamentos del paje, comprendia la posibilidad de algun misterio en la aparicion de aquel mudo barbirucio, á quien solia ver mendigando , y que hasta la sazon apenas le habia chocado, y cada vez sobre todo le parecia mas vergonzosa y horrible su propia situacion.

No tardó mucho rato en llegar el paje del obispo acompañado de Gutierre Fernandez de Castro, el cual debió creer sin duda que su

presencia era necesaria, al menos para comenzar el nuevo interrogatorio. Las facciones de Ramiro, descompuestas por el dolor, habian recobrado casi enteramente su hermosa regularidad, quedando en ellas tan solo un sello de melancolía que las hacia mas interesantes: en sus miradas se notaba el orgullo que los tormentos inspiran al que ha tenido la fortaleza de ánimo de sufrirlos, y de hacer comprender su inutilidad á los verdugos. Vestia siempre túnica y esclavina sin el bordon y sombrero de peregrino, y se acercaba con pasos tardos y vacilantes, que podian indicar debilidad en las piernas producida por el potro, ó temor y respeto causado por la majestad.

Al sentir la Reina ruido de pasos fuera del aposento, sacudió ligeramente la cabeza, como si quisiese lanzar de sí algun pensamiento que la traia desasosegada.

Don Gutierre, al llegar al medio de la estancia, hizo detener al paje, que venia apoyado en su brazo, y como doña Urraca hubiese fijado en él los ojos sin decir una palabra, hizo Castro una reverencia pidiendo permiso para hablar, y tácitamente obtenido, dijo interrumpiendo el silencio:

—Aquí tiene V. A. al reo cogido en flagrante delito de rebelion contra su Reina y natural señora. No debe olvidar que si habeis mandado suspender la cuestion de tormento, podeis ordenar tambien que de nuevo comience, ó que sin mas formalidades, convicto como está de su crimen, sufra la última pena.

—Hablais de crímenes, don Gutierre; pero mi conciencia no me remuerde en esta ocasion de una falta siquiera.

—¡Lo veis, señora, cuán obstinado y endurecido está, despues de las bondades que V. A. le ha dispensado....!

—Esas las agradezco yo en el alma, contestó Ramiro con sinceridad; y si V. A. me permite, me postraré á sus pies para mostrar mi profunda gratitud; pero en libertarme del tormento no he recibido favor, sino justicia; justicia, señora, que no será completa, mientras no se me deje en libertad para volver al lado de mi madre.

—Blasfemando está, señora; bien lo veis, todo es inútil; y con permiso de V. A. voy á mandar al sayon que disponga las cuerdas, y elija el árbol ó la almena de donde ha de ser colgado este mancebo.

—Señora, ¿cuál es mi delito? preguntó el paje, procurando conmovier á la Reina con su acento.

—¡Tu delito! ¿Por tu delito preguntas, desdichado, que andas llevando y trayendo mensajes de los enemigos de S. A....?

—Señora, ¿qué necesidad tengo yo de saber si son enemigos

vuestros el obispo de Santiago y el príncipe don Alfonso, vuestro hijo? Solo sé que el primero es mi señor natural y mi segundo padre, y que por ambos títulos ciegame debó obedecerle.

Persuadido el paje de que su salvacion pendia tan solo de la Reina, y que nada podia esperar del inflexible juez, dirigióse á ella, aun cuando contestase á las razones de este; mas como viese á doña Urraca inmóvil y silenciosa, fijos en él los ojos, y la mano siempre en la mejilla, comenzó á creer que el movimiento de piedad á que debia la suspension del tormento, habia sido un afecto pasajero, ó tal vez un plan calculado con frialdad, para hacerle mas sensibles los ulteriores castigos y prolongar su martirio y agonía.

—Señora, prosiguió Ramiro, apoyándose en el respaldo de un sitial, por no descansar en el brazo de su verdugo: señora, haced presto justicia conmigo, segun la entendeis vos, ó como yo la entiendo.

—¿No puedes tenerte en pie? preguntóle por fin doña Urraca con blando y compasivo acento, dando al parecer mas importancia á su incomodidad que á sus penas.

—¡Ah! sí, señora, y pido perdon á V. A. por mi falta de respeto; respondió el peregrino, apartándose del sitial.

Y viendo que la Reina volvía á su inmovilidad y silencio, continuó:

—Me avergüenzo de mi debilidad, pero hasta la sazón no he sufrido dolor ninguno: he vivido feliz, sin duelos ni pesares, ahora es cuando empiezo á padecer.

—Acércate, le dijo doña Urraca.

El jóven peregrino dió algunos pasos adelante.

—Siéntate, tornó á decirle la Princesa.

—¡Jamás, señora, jamás delante de V. A.....!

—Siéntate; yo te lo mando.

El paje obedeció, ocupando el sillón mas apartado, tomando el aire respetuoso, compatible con su dolor y con aquella postura; y doña Urraca, llamando con un imperceptible ademán á don Gutierre, le dijo en voz baja cuando le tuvo cerca de sí:

—¡Don Gutierre, es casi un niño...!

—Pues qué, ¿creia V. A. que se trataba de algun Holofernes? ¡Cuando digo á V. A. que con media vuelta mas de aquel torno saca-verdades todo estaba concluido....!

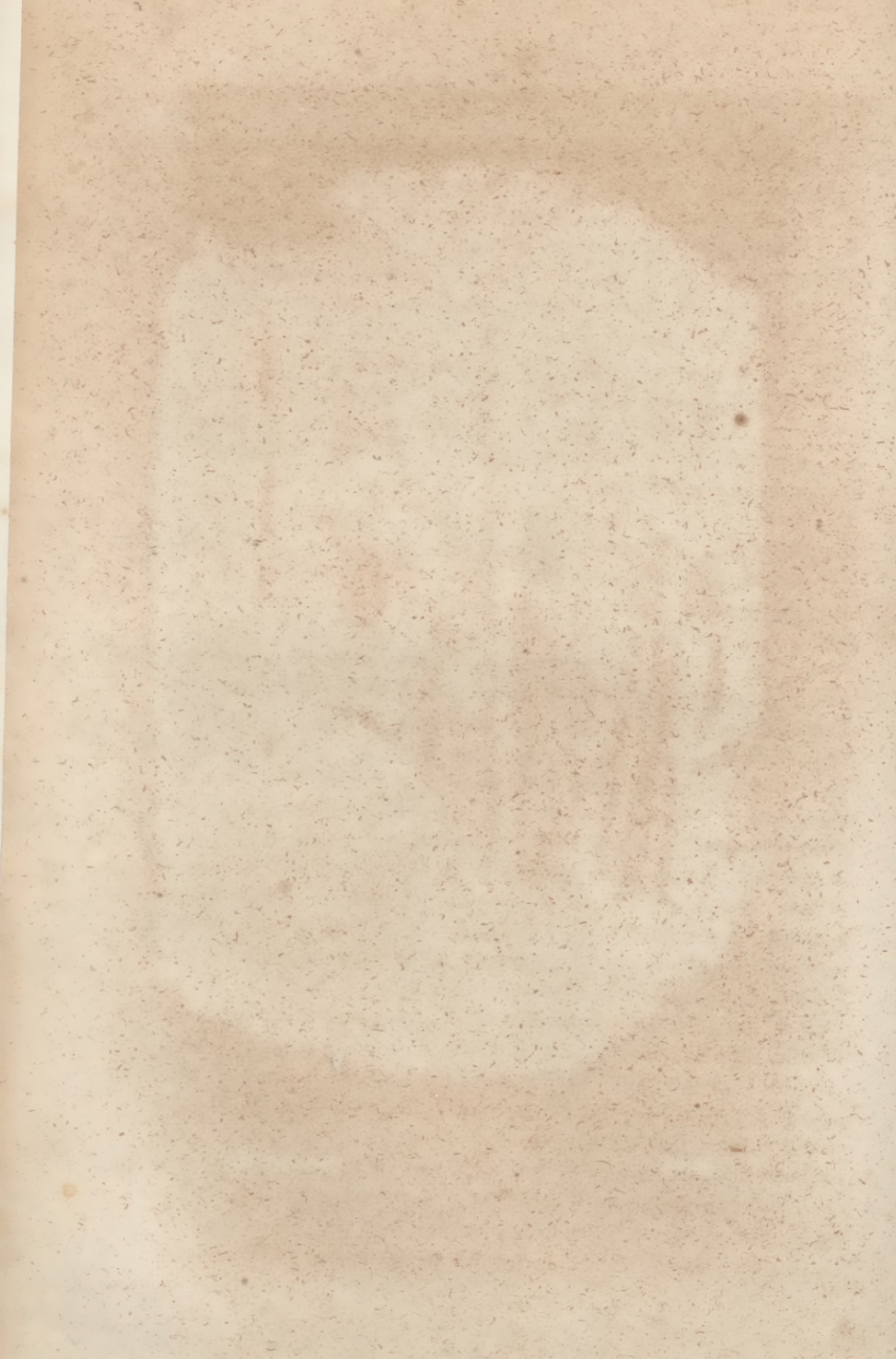
—¡Es tan niño! repitió doña Urraca, volviendo á mirarle con particular atencion

—¡Pero un niño muy perjudicial, se me figura! dijo el conde de



Lám 5.

Imp. de Gaspar y Roig.



los Notarios, procurando que la Reina comprendiese el doble sentido de aquellas palabras.

—Tentaciones me dan de entregaros otra vez el reo, repuso doña Urraca sin darse por entendida: pero es un muchacho tan.....

—¡Tan perjudicial, señora, que es preciso acabar con él de una vez! repitió el de Castro con una severidad, que se aumentaba conforme crecía el interés con que la Reina observaba á Ramiro.

—¡Acabar con él! exclamó esta inmutándose.

—Es la única manera de salvar la corona de V. A., que ese niño tiene en sus manos, y puede romper como un juguete.

—Está bien, don Gutierre: vos teneis vuestros medios de sacar verdades, y yo los míos: por de pronto se ha probado ya la ineficacia de vuestros recursos; veremos si prueban tan mal los que yo ponga en juego. Don Gutierre, habeis interesado mi amor propio; voy á sostener una lucha contra vos, y no he menester en ella de ningun auxilio: podeis retiraros.

Alteróse un poco Fernandez de Castro al oír las últimas palabras de aquella mujer dominante, mas dispuesta á sufrir contradicción en sus grandes intereses, que en sus menores caprichos. Su primer movimiento fué el de inclinar la cabeza para despedirse con el respeto de juez y de vasallo: de repente mudó de opinion, y acercándose mas á la Reina, le dijo con el tono firme y resuelto, ante el cual ella solia retroceder:

—Préciome, señora, de ser vuestro mas fiel servidor: si vacilais, mi brazo es el primero que hallais para apoyaros; si os veis amenazada, mi brazo es el primero en defenderos; y cuando voy á la guerra, no torno, como alguno de vuestros próceres, á daros el primero la noticia de la derrota: mayordomo mayor he sido por el Rey don Alfonso de Aragon, vuestro esposo, y despreciando sus honores y dignidades, en la separacion de vuestro matrimonio, con vos me vine y todos mis vasallos os traje. Pues bien; con estos títulos de leal, me atrevo á repetiros que en el juego que habeis empezado, vais á perder seguramente la corona.

—Gracias por el advertimiento, don Gutierre, contestó la Reina con mas valor y entereza que se esperaba el conde: pero os advierto que mas en peligro que mi corona puede estar la cabeza de alguno de mis vasallos.

—La cabeza de ese vasallo caería con honra; pero la corona de V. A.....

—¿Qué quereis decir? exclamó la Reina, pálida y aterrada por

aquellas palabras, formidables tal vez, porque eran el eco de su conciencia.

—Señora, dijo el inflexible Gutierre Fernandez de Castro; ya no se trata de cuestion de tormento, ni de cartas, ni de mensaje; trátase..... vos lo sabeis mejor que yo: Lara es mi enemigo, le detesto, le desprecio; pero despues de Lara, señora, despues de Lara.....nadie!

—Pues bien, llevaos al paje, contestó doña Urraca, anonadada delante del conde: pero no; dejádmeme siquiera algunos instantes..... está comprometida mi dignidad..... no querais humillarme mas: dejad pasar algun rato siquiera para..... para cubrir las apariencias, para probar si la persuasion..... En fin, don Gutierre, dejadme hablar con él, y luego hareis lo que os acomode.

—Haré siempre lo que convenga al mejor servicio de V. A.; y os pido perdon por el lenguaje duro que me he visto en la precision de usar.

La Reina, sin replicarle, dejóle partirse, como quien se va aliviando de un peso enorme; y cruzándose de brazos permaneció mucho tiempo silenciosa y abatida. En medio del tropel de imágenes y de sentimientos que cruzaban por su fantasía y por su corazon, dominábale la vergüenza; vergüenza por sus pasados estravíos, por su presente debilidad; vergüenza como mujer y como Reina.

El paje entretanto la contemplaba con respeto y admiraba su hermosura, que todavía era grande, á pesar de los estragos de la edad. Aunque á sus oídos no habian llegado clara y distintamente las palabras del temible don Gutierre, conocia sin embargo su trascendencia por los repentinos cambios de la fisonomía de la Reina, y aquella circunstancia le infundia mas temor que la severidad del juez y la crueldad de los suplicios.

Por fin, doña Urraca haciendo un esfuerzo sobre sí misma para dominar su turbacion, despues de instarle porque se acercara, le dijo, afectando el tono indiferente de un interrogatorio judicial:

—¿Cómo te llamas?

—Ramiro Perez.

—Tienes madre, ¿no es verdad?

—Creo tenerla; pero al llegar á mi pueblo he sentido doblar las campanas de la parroquia en que ella vive, y como es anciana y achacosa, y desde ahora comienzo á ser desgraciado...

—¿Y padre?

—Lo he perdido antes de nacer; pero Dios me ha dado una persona que ha hecho sus veces.

- ¿Quién?
- El obispo de Santiago.
- Le sirves con mucho celo.
- Todo es poco, señora, si he de pagarle los grandes favores que le debo.
- ¡ Oh! ¡ le sirves demasiado bien.... !
- Demasiado, nunca, aunque por él diese toda mi sangre.
- ¿ Has oído al obispo nombrar á la Reina muchas veces?
- En todas sus oraciones.
- ¿ Y no te hablaba de ella? ¿ no murmuraba de ella?
- El obispo de nadie murmura.
- Pues yo le he dado motivo, sin embargo, para que pueda quejarse de mí.
- Puede haber quejas que no sean murmuraciones.
- Y tu ¿ qué juicio has formado acerca de la Reina de Castilla?
- Los papeles habíanse trocado insensiblemente: de la silla del juez pasó doña Urraca al banquillo del acusado. El paje no se atrevía sin embargo á entrar en el uso de sus nuevas funciones , y bajando los ojos guardaba silencio.
- No tengas miedo, Ramiro, tornó á decir la Reina ; dime con toda franqueza el juicio que hayas formado de mí.
- ¡ Señora.... ! dijo el paje turbado.
- No tengas miedo, prosigue.
- No os pareceis al retrato que vuestros enemigos hacen de vos.
- La Reina se ruborizó , como una doncella de quince años. Después de un rato le preguntó de repente :
- ¿ Conoces á la familia de los Moscosos?
- Conozco á don Ataulfo el Terrible , dijo el paje frunciendo las cejas con desagrado : le conozco por el mayor enemigo del obispo, mi señor, y sin saber por qué, ó mas bien por esta y otras causas, le aborrezco de muerte.
- ¿ Y no has oído hablar de su hermano mayor, que pereció muchos años há?
- Cuando se habla de la bárbara crueldad de don Ataulfo, se suele recordar la cortesía, el valor y la bondad de don Bermudo de Moscoso.
- Tienes tu cierta semejanza con él, Ramiro.
- ¡ Yo ! No quisiera parecerme á ninguno de esa familia.
- Tu voz, tu voz principalmente me recuerda....
- ¡ Aprensiones! dijo Ramiro encogiéndose de hombros.

—¿Qué se yo? me parece que antes de ahora ha sonado en mis oídos, y mas adentro que en mis oídos. Habla, no tengas miedo del tormento: aquí estoy yo para defenderte, Ramiro; ¡y aunque todos mis ricos hombres se empeñen, y aunque me amenacen con la pérdida de mi corona....! Habla, habla como si estuvieras delante de tu madre.

Y doña Urraca le miraba con sus grandes y rasgados ojos azules, humedecidos de placer ó de ternura, y en sus labios entreabiertos y en vivo carmin teñidos, pugnaba por asomarse melancólica sonrisa.

—¿Y quién puede amenazaros en vuestra corte? ¿no sois la Reina? ¿no mandais sobre todos? preguntó candorosamente el peregrino.

—¡Ah! ¡cómo se conoce que no has vivido en el palacio de los reyes! Yo mando en algunos centenares de vasallos poderosos, los cuales mandan en casi todos mis pueblos; la mayor parte de los grandes vasallos me han abandonado, unos para seguir al Rey Batallador, y otros para buscar al Príncipe mi hijo. ¿Y qué me queda? Un puñado que permanece fiel á su Reina. Y conociendo como conocen que sin ellos no soy nada, no valgo nada, por precio de sus servicios exigen mi libertad y mis favores. ¿Qué quieres que haga yo, Ramiro? Llevar el peso de la corona, y abandonarles el cetro y las riendas del estado.

—Ya veo que ser rey no es tan bueno como yo me figuraba.

—¡Oh! ¡yo trocará mi suerte por la tuya! Tu eres libre en tus afectos, tu puedes favorecer á quien quieras; mientras que yo, para salvarte del tormento, para libertarte de la muerte, tengo que malquistarme con esos grandes, que pueden derribar mi trono solo con apartarse de mi lado.

—¿Y qué os importa salvarme á mí? Desde que caí en vuestras manos, consentí en morir; antes, señora, antes de emprender el viaje, sabía yo que iba á esponer mi vida. Moriré, pues: conservad la paz y la amistad de vuestros grandes vasallos, y dejad que perezca un hombre oscuro, que hasta ahora no ha podido hacer por nadie ningun otro sacrificio.

—¿Y ese lo harás por mí? exclamó la Reina conmovida.

—Lo haré por mi deber.

—Pero yo nunca puedo consentir, no ya en que te ahorquen, como pretende el conde de los Notarios, no ya en que te martiricen en el tormento, sino en que pongan en tí sus manos, en que te toquen el pelo de la ropa..... ¿lo sabes?

—¡Gracias, señora, gracias! exclamó el paje cayendo de rodi-

llas delante de la Reina , que le alargó la mano para que se la besara.

Y tornando despues al sitial, permaneció Ramiro como estático, sin saber lo que le estaba sucediendo. La Reina prosiguió :

—Ramiro, has visto que yo no quiero amedrentarte con amenazas , ni seducirte con ruegos ó promesas para que manifiestes el secreto de tu mensaje ; pero solo con el fin de favorecerte, en nombre de tu madre, en nombre de lo que mas ames, te suplico que me reveles algo para que yo pueda responder á don Gutierre y obtener tu libertad.

—Si no teneis otros medios de salvarme, moriré y llevaré el consuelo de que os hayais apiadado de mí.

—¡ Ramiro ! ¡ dime tan solo lo que sin faltar á tu conciencia puedas manifestar....!

—Eso de nada os sirve: lo sabeis vos, lo sabe don Gutierre, todo el mundo lo sabe. Lo que vos ignorais es un secreto que no me pertenece, y que por consiguiente debo guardar.

Y lejos de irritarse doña Urraca de semejante respuesta , parece que le escuchó con agrado, quedándose embelesada y contemplándole con ojos cada vez mas asombrados.

—Es cosa singular, decia para sí; no solo tiene su habla , sino tambien su valor, su dignidad y su firmeza. ¡ Dios mio, Dios mio! ¿ si estaré soñando?

Y doña Urraca cerraba los ojos como si temiese que los objetos exteriores, la misma luz, pudiesen distraerla de los recuerdos misteriosos que evocaba; figurándose tal vez que, oyendo hablar y no viendo á Ramiro, estaba delante de Bermudo.

—Hanme dicho que eres noble, tornó á preguntarle.

—Hijo soy de un hidalgo, que en las guerras de vuestro augusto padre, acudió siempre con su caballo y su lanza.

—¿ Y tu no eres caballero ?

—¡ Ah , señora ! mi única ambicion es serlo.

—Lo serás, yo misma he de darte el espaldarazo , yo he de ceñirte el acero. Conserva tu lealtad y tus secretos: que el obispo de Santiago quiere proclamar Rey á mi hijo, ¿ quién lo ignora? ¿ quién duda que intenta desposeerme de lo que legítimamente me pertenece? A mí no me importa: yo quiero armarte caballero, y que permanezcas en mi córte para que puedas volver al lado del obispo y decir á mis enemigos quién es la Reina doña Urraca de Castilla.

— Pero, señora, advirtió tímidamente el peregrino ; si de vos re-

cibo la espada, no puedo desnudarla contra vos : así lo disponen las leyes de caballería.

— ¡Cómo! ¿Y serías capaz....? exclamó la Reina resentida en su orgullo. ¡Oh! ¡Ramiro, añadió despues con bien diferente tono; solo he conocido un corazon tan entero como el tuyo!

—No puedo mentir, dijo el paje disculpándose; no puedo siquiera disfrazar la verdad. Vasallo soy del obispo, el cual es mi padre mas que mi señor, y si me dice: «Ramiro, ven á defenderme,» ¿no he de esgrimir la espada en su defensa? ¿no he de morir por él?

—Tienes razon : él es primero; ¡yo siempre llego tarde!

Y al decir doña Urraca estas tristísimas palabras, brotaron súbitamente las lágrimas de sus ojos y corrieron largo tiempo en abundancia. Al fin enjugóse el llanto, que no habia querido reprimir ni ocultar, y con voz alterada prosiguió:

— ¡Ramiro! ¡Cuántos años hace que no habia llorado!

Sintiéronse pasos fuera del aposento, y conociendo que llegaba el conde de los Notarios, añadió la Reina apresuradamente:

—Vas á ir á una prision: te entrego en manos de don Gutierre; pero no temas, yo no te abandono: sobre todo no juzgues á la Reina doña Urraca por lo que de ella te digan, sino por lo que en ella veas.

Bien podemos asegurar que el paje no estaba en situacion de juzgar ni de una manera ni de otra: eran para el tan nuevas todas aquellas cosas y tan extraño efecto producian sus palabras, que no sabia qué pensar; y estaba como aturdido, y casi resuelto á no despegar sus labios en adelante.

Entró el conde de los Notarios, y la Reina se adelantó á decirle que tornase despues de poner al peregrino en una torre incomunicado. Hizolo así don Gutierre; salió él mismo acompañando al paje, y poco despues volvió á la cámara de la Reina, que estaba con señales de haber llorado.

—Segun infiero, dijo el conde, V. A. ha sido tan poco afortunada como yo.

—Efectivamente, soy bastante desgraciada.

—¿Con que nada ha querido decir acerca de la carta?

—Ni le he preguntado, contestó secamente la Reina.

—¿Pues qué ha pasado? V. A. está triste, y.....

—Y llorosa, decidlo sin temor. Es un acontecimiento harto raro ver llorar á doña Urraca, para que yo estrañe vuestra sorpresa; ¡pero otros harto mas singulares nos aguardan! ¡otras mudanzas mas

notables y ruidosash abeis de ver en Castilla! Al partiros de aquí dejando conmigo al paje del obispo, pronunciasteis gravísimas palabras, conde, de que vais á darme estrecha cuenta.

Don Gutierre de Castro se sorprendió mas de estas últimas razones y del tono con que eran pronunciadas, que del llanto de aquella mujer.

—Señora, murmuró; yo, como vasallo de V. A., como ministro encargado de la justicia, como hombre que ha derramado su sangre.....

—Lo sé, conde, lo sé: no penseis que voy á condenaros, ni menos que habeis incurrido en mi real indignacion.

—Tengo el genio demasiado pronto: dicen que soy de condicion dura y desabrida; pero amo demasiado á V. A. para disfrazarle por mas tiempo la verdad, toda la verdad.

—Os he llamado precisamente para eso: la verdad quiero yo saber. Antes empezasteis á decirla, y vuestra primera palabra me causó una herida en el corazon. No es extraño; la verdad es un instrumento peligroso, que no puede menos de herir al que no está acostumbrado á manejarlo; pero no temais: de una hora acá he recibido un bálsamo, con el que puedo desafiar esas y mas profundas llagas. Lo que antes evitaba, lo busco ahora.

—¿Y qué quiere saber V. A.?

—Quiero saberlo todo, y quiero saberlo de boca de un hombre franco y duro, que lo rehera lisa y llanamente, sin ambages y rodeos.

—Pero V. A. lo adivina, en el mero hecho de preguntarlo.

—Conde de los Notarios, dijo la Reina: ¡debajo de las ventanas del alcázar se han cantado coplas afrentosas contra mí; y vos, que administráis justicia, no lo habeis castigado....!

—Señora, la verdad: toda la verdad es que si fuese á castigar á cuantos las cantan, tendria que ahorcar á la mitad de vuestros vasallos.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! ¡qué vergüenza y qué desgracia!

—¡Qué desgracia! teneis razon; porque los campos rebeldes se engruesan cada dia con vasallos, que huyen de vos por razones que conoceis perfectamente.

—¿Y cómo, cómo ha sido que antes de ahora no habeis usado conmigo de este lenguaje?

—Perdonad, señora; este lenguaje no es nuevo en los oidos de

V. A.: antes de mí lo usó el noble y honrado conde don Pedro Asuarez, y fué privado de todos sus honores, y vive desterrado de Castilla: antes de mí lo usó don Diego Gelmirez, obispo de Santiago, y para sostenerse en su dignidad, tiene que vivir como un rebelde: antes de ahora lo usé yo, y solo debo al íntimo convencimiento en que está V. A. de la lealtad con que le sirvo, y de la falta que le hago, el no tornar á la corte del Rey, ó del Príncipe, desterrado por vos, privado por vos de mis señoríos. La verdad ha estado sonando siempre en los oídos de V. A., pero V. A. no la escuchaba, ó no la comprendía: al lado de estos clamores se levantaban los arrullos lisonjeros de algunos necios, que aspiran á la corona, que tratan de llamarse condes por la gracia de Dios; en una palabra, señora, que tratan de medrar con la deshonor del trono. Maravíllome yo, no de que hayais menospreciado mis consejos, porque son duros, porque son francos y leales; maravíllome, sí, de que los oigais ahora, de que me escuchéis con esa paciencia, con esa compuncion, con esas lágrimas.

—¡Don Gutierre, don Gutierre! ¡Soy mas desgraciada que culpable!

—¿Quién lo duda?

—¡Ah! ¡no lo sabeis bien....!

—Sí, señora: V. A. ha sido modelo de virtudes en los primeros años de su juventud.....

—¡Mientras él vivía! murmuró la Reina.

—V. A. ha sido espejo de casadas en su primer matrimonio.

—Mientras él vivía en mi memoria, tornó á decir la Reina con suspiros.

—Pero V. A.....

—Sí, lo olvidé, lo olvidé; y desde entonces ¿sé yo por ventura lo que ha pasado? Acabo de salir de un sueño, comienzo á despertarme, y me aterra solo el pensar en lo que he soñado. Ese Ramiro, ese jóven es el ángel que Dios me envía para.....

—¡Callad, señora, ¡callad! ¿Qué es lo que decis? ¡Yo, que os creía arrepentida; yo, que os creía nuevamente trasformada....!

—Pues ¿á qué causa atribuis esta súbita mudanza? ¿No habeis notado que antes tenía ojos, y no veía, oídos, y no escuchaba; y que ahora oigo, veo, siento, lloro....?

—¡Y amo, debeis decir, señora! ¡Amais: y V. A., que amó á don Gomez Gonzalez Salvadores; V. A., que amó á don Pedro de Lara....! ¡no! ¡V. A. no puede amar á nadie, so pena de perder la corona!

—¿Y eso quién lo sabe? ¿Eso quién lo dice? preguntó doña Urraca levantando su cuello de cisne con el orgullo de la majestad.

—Eso, señora, lo dicen vuestros vasallos, lo digo yo.

—Pues á vos y á mis vasallos trataré de probar cuán engañados vivis. Yo amé á Bermudo de Moscoso, y fuí buena, fuí virtuosa: yo no amé á don Gomez, ni á don Pedro de Lara: yo no sé si puedo amar á Ramiro: pero mientras viva á su lado, os juro, don Gutierre, que no he de olvidar á Bermudo....!

—¡Oh! ¡Por Dios, señora! ¡mirad lo que haceis! ¡El vulgo, que no comprende esas sutilezas, que no os juzga por lo íntimo de vuestro corazon; el vulgo, que ve á don Gomez sustituido por Lara, no puede ver á Lara reemplazado por otro; aunque en él adoreis la imájen de la misma pureza, no puede verlo sin despreciaros; y yo, señora, yo os juro tambien que antes que llegue á ser nadie la causa de vuestro menosprecio, sabré hacerlo un objeto de terror y de escarmiento!

—¡Don Gutierre! dijo la Reina lanzando un grito de horror.

—¡Sí, señora! repuso el inflexible conde de los Notarios: el conde de Lara, á pesar de todo su poder y soberbia, está haciendo méritos, señora, para que los buenos vasallos de V. A. le privemos ignominiosamente de sus estados y acaso de la vida: ¿y hemos de ser menos severos con un barbiponiente pajecillo?

—¡Don Gutierre, yo le defenderé....!

—Señora, vuestra defensa le matará mas presto.

—Pero ¿no le debo á él, añadió la Reina en tono deprecatorio, no le soy deudora de mi arrepentimiento, de mis lágrimas, de la mudanza de mi corazon? ¿Es á él á quien amo, por ventura?

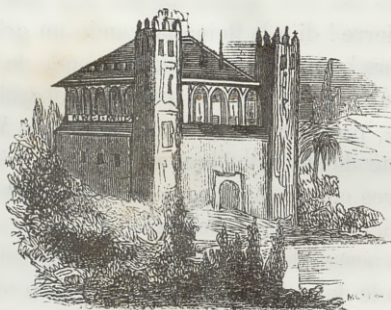
—¿Y qué importa que no le ameis, ó que le ameis con un amor angelical, si en vos nadie ha de creerlo ya; si vuestros cortesanos se han de sonreir, cuando le vean; si el vulgo se ha de escandalizar, cuando conozca el interés que os inspira; si la rebelion ha de estallar, cuando lo vislumbre....?

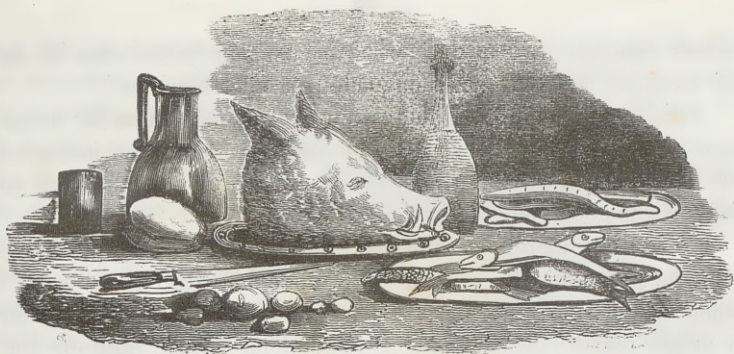
—¡No, conde don Gutierre; no! Yo sabré borrar todo lo pasado, y entonces al cortesano que se sonria, le haré temblar con una sola mirada; al vasallo que murmure, le arrancaré la lengua; al que se escandalice, le sacaré los ojos, y al que se rebele, le cortaré la cabeza. Dejadme tranquilizar mi conciencia, y entonces tendré valor para todo.

—Mientras V. A. tranquiliza su corazon, me retiraré, señora: contestó friamente el conde de los Notarios.

La Reina no pensó en detenerle , y él se fué murmurando entre dientes :

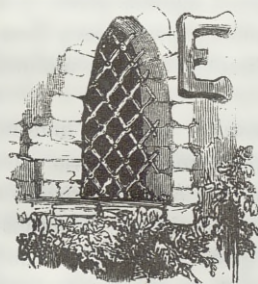
—Desdichado es por cierto el pajecillo. Por dos lados tiene ya sentencia de muerte..... ¡ Cuando los hombres nacen predestinados para brillar en alto.....!





CAPÍTULO VII

De cómo los sentenciados á muerte pueden dormir y comer y charlar, como si tal cosa.



En el anterior capítulo hemos dicho que el bueno del paje se quedó aturdido sin saber lo que le pasaba, ni si era aquello que habia visto, y oído sobre todo, sueño, encanto ó delirio de su fantasía: y si añadimos ahora que en la soledad y abandono de la prision, dando rienda á sus imaginaciones y discursos, cuanto mas reflexionaba menos lo entendia, habremos espresado tambien la purísima verdad; porque cosas le habian acaecido, capaces de volver el juicio al que mas sentado lo tuviera.

Empezaba él la larga cuenta de sus desdichas y confusiones por el latigazo, del cual sino se acuerda el lector, no es fácil que se olvidara Ramiro, á quien le dolía y escaldaba, menos en el rostro que en el corazon. ¿Era en efecto don Ataulfo, el Terrible, aquel caballero tan largo de brazo, como corto de lengua, que así le habia tratado, como si fuese..... peor todavía que si fuese un perro de caza? Ya se guardarian bien los señores de aquel tiempo, en que la muerte de un halcon era castigada como un homicidio, en que cazar en

vedado equivalia á robar en iglesia, ya se guardarian ellos de dar tan tremendo golpe al mas menguado perro de su jauria.

Pero sea de esto lo que fuere, que no tratamos ahora de investigar y discernir las relaciones de un caballero de la edad media con sus perros de caza; lo cierto es que los escozores y confusiones del paje principiaban con el latigazo.

No se detenian ahí sin embargo. Pasaba rápidamente por la escena del prendimiento, percance que no debia coger de sorpresa á quien mas de una vez y con igual designio habian acometido gentes de propio intento apostadas por la Reina doña Urraca. Aquí era donde la nave de sus pensamientos corria á velas desplegadas en un piélago sin fondo y sin orilla: el rigor de unas veces no se componia bien con la suavidad y mansedumbre de otras: las lágrimas y los sollozos no se avenian con las prisiones; y hasta la fama, que, si bien murmuraba liviandades, pregonaba en mas alta voz la desmedida ambicion y tiranía de la Princesa, desmentíase en aquella ocasion por la indiferencia con que le habló del mensaje.

Mucho pudo haber cavilado el jóven peregrino hasta encontrar la clave que descifrasc el enigma: la soledad y el silencio le convidaban, y los pocos objetos que adornaban aquella estancia por cierto no le distraerian; pero uno de ellos era cierto mueble compuesto de cuatro pies y otras tantas tablas, de un gergon y algunas pieles; y el paje, dando de mano á sus conjeturas, cavilaciones, pesquisas y desatinos, se tendió en el susodicho mueble, quedándose á los dos minutos como un tronco.

Ya se ve, Ramiro no era un héroe de novela, sino un hombre de carne y hueso como nosotros, y mas que hombre todavía para el caso, pues era chico: traia sobre su ánima diez ó doce jornadas á pie, amen de la anterior de Santiago á Lugo, que si bien fué á caballo, como hecha mas que al trote, contra su gusto, y durante la noche y buena parte del día, la hubiera dado él de buena gana por todas las otras. Agréguese á esto, que para término de su viaje le habian hecho descansar, aunque no tan largo rato como don Gutierre queria, en el fementido lecho del tormento; y pensadas bien todas estas razones, dígasenos si no la tenia el paje para dormirse.

Durmióse, en efecto, largo rato; tan largo, que de un tiron se llevó hasta el amanecer del siguiente día, en que el sol espléndido penetrando por las rejas de la torre y tiñendo con sus dulces y alegres rayos el techo mal ensamblado del aposento, dábale un aire de fiesta y de regocijo, que disminuia por mitad los horrores de la cár-

cel. Tal vez porque no hay ninguna intolerable con tal que de ella se vislumbre ese astro magnífico, viva imagen del padre universal de lo criado, los tiranos han construido los calabozos debajo de la tierra.

No era esta la mas dulce sorpresa que le esperaba: incorporóse en el lecho, que por cierto le parecia mas duro que cuando lo cogió; rezó sus oraciones como buen cristiano; pero en el primer *Pater noster*, que lo sabia en latin, aunque no entendia el idioma, abriósele la boca con un bostezo, sintió en el estómago una rayada de dolor, y pensó, sin dejar por eso de rezar en latin, que tenia hambre.

Precisamente al llegar al *panem nostrum quotidianum*, tendió los ojos por la habitacion, y ya no fué dueño de sí para seguir en sus rezos: ofreciósele delante una mesa llena de fiambres y bizarramente aderezada. El Señor no solo le daba pan, sino anguilas y truchas del Miño para aquel día y el siguiente, por grande que fuera su apetito; pollas asadas, vaca cocida y una cabeza de jabalí, manjar que nunca faltaba en las buenas mesas de aquel tiempo. Por supuesto, que quien se acordó de satisfacer el hambre no se olvidó de proveer á la sed; pero, en honor de la verdad, es menester decir que la bebida no correspondia á la grandeza de las viandas: estaba reducida á un líquido cristalino, en el cual probablemente vivirian bien holgadas el día anterior las truchas y las anguilas.

El paje del obispo empezó á comer, casi sin haber acabado la bendicion de la mesa, y el misterioso Anfitrión que le regalaba no podia quejarse, por impertinente y descontentadizo que fuera, del poco aprecio que del regalo hacia el jóven huésped.

Es cosa averiguada que mientras se come, por grande que sea el apetito, se puede pensar en otra cosa que no sea en los manjares, y estenderse la vista por un radio mas dilatado que el de la mesa; y si esto no fuera tan notorio, el paje nos lo probaria, que con la boca llena, observaba en la habitacion, ora un cómodo sitial en que antes no habia reparado; ora una mesa que le parecia venida por arte de encantamiento; ora unos vestidos de finísimo paño con su birrete de vellorí, que estaban allí como llovidos del cielo; ora un laud que en la mesa yacia, convidando al esparcimiento del ánimo con sus dulcísimos sonos.

Maravillado asaz el buen Ramiro de aquella súbita transformacion, empezó á sospechar si todo aquello seria obra de hechiceros, y miraba las viandas con cierta prevencion, pareciéndole que siendo cosa por malas artes venida no debia tocarlas, ni menos darles aco-

gida en su estómago. La observacion podia ser exacta, pero era un poco tardía. Ramiro habia despachado, de una sentada, cuanto necesitaba para tener todos los enemigos en el cuerpo, y ser calificado de poseso.

Dicen los fisiólogos que despues de comer queda el espíritu como embotado y el entendimiento sumido en una especie de letargo, que le roba toda su perspicacia: no les disputamos semejante asercion; tal vez convengamos con dichos señores en que los grandes rasgos de ingenio, las sublimes inspiraciones poéticas, y las sutiles distinciones teológicas y metafísicas no han nacido de estómagos ahitos; pero tambien es preciso que los susodichos fisiólogos nos concedan que de estómagos convexos, apergaminados y transparentes, no pueden salir apreciaciones exactas de los hechos. El hambre tiene un lente, con el cual se ve todas las cosas teñidas de un color amarillento, y el cristal verdaderamente claro no debe tener color ninguno.

Aunque parezca que no, viene esto á cuento de que el paje, despues de haber almorzado, ya veia las cosas con otra serenidad, y discurria mas acertadamente sobre lo que le estaba pasando. Cayó luego en la cuenta de que la Reina estaba enamorada de él y que si en aquella torre le habian cerrado, si tan privado de trato y de comunicacion le tenia, no era por causarle daño y darle castigo, sino porque no cometiese indiscrecion alguna haciendo á nadie confianza de sus amores.

No iba el paje muy descaminado, pero con todo no dió en el hito.

Momentos hubo de estar á punto de sonreirse con la satisfaccion de la vanidad, tan propia en un mozo de diez y nueve años; pero la incipiente sonrisa tornóse en espresion de terror, cuando recordó el mal gesto y la cara de vinagre que le puso Gutierre Fernandez de Castro al salir del cuarto de la Reina, y al conducirlo á la torre. Bueno es atraerse las miradas y ganarse el corazon de una Princesa; pero si esta distancia proporcionaba al favorecido la *alta* honra de morir ahorcado por orden del conde de los Notarios, ya perdonaria él de la mejor voluntad el bollo por el coscorron.

Esta idea maldita hizo que el peregrino se rascase la mollera mas de cuatro veces precisamente donde no le picaba: hízole tambien sudar el agua que habia bebido, y removerse, y dar á todos los diablitos las truchas y anguilas, el jamon y el almuerzo en masa, y los vestidos nuevos con el laud por añadidura, y hasta la Reina misma, si hemos de ser fieles coronistas.

—Señor, ¡ cuánto mejor me iba, decia el paje, con los amores de Elvira de Trava, si es que amores aquellos pueden llamarse..... porque yo juro y perjuro que la tengo mas respeto que cariño, y mas inclinacion natural que pasion estremada! ¡Qué dulzura aquella, qué sosiego y qué libertad en el ánimo....!

Ramiro, sin embargo, para oponer una imágen á otra, una aficion á otra aficion, sin andarse en los escrúpulos, reparos y miramientos que espuso á su desdichado compañero de viaje, en ocasion del latigazo, se dió por enamorado de doña Elvira, y desde aquel punto la escogió y quiso tenerla por señora de sus pensamientos.

De aquí pasó naturalmente á compararlas entre sí; y como las comparaciones personales siempre son odiosas, en las gracias anteriores, en la hermosura corporal no salió muy airosa la bastarda de Trava: todo lo mas que pudo hacer en su favor fué usar de la fórmula escolástica *transeat*; pero con respecto á lo enaltecido de la fama, lo intachable de la virtud, no hay que decir quién se llevaria la palma.

Una y otra señora le habian mostrado particular afecto; pero la de Trava no solo se contuvo dentro de los límites del recato, sino de puro honesto comedido, antojábasele al mozo un poco frio y desapasionado.

Sin embargo, ¡ con qué aficion ella le oia la relacion cien veces repetida de los apuros del viaje! ¡ Con qué embeleso le miraba cuando decidido á arrostrar nuevos peligros, se comprometió á llevar la carta del Príncipe! ¡ Con qué ternura le oia hablar de su anciana madre, y cuán bien hallados estaban el uno junto al otro sin decirse una palabra, sin mirarse siquiera, gozando de una dulce satisfaccion en sentir cada cual los suspiros del otro!

Ni el mas pequeño favor, ni la demostracion mas leve de sus íntimos sentimientos podia notarse entre ellos, y sus corazones, sin embargo, latian acordes y mutuamente, y por un efecto puramente simpático comprendian aquella dulcísima armonía, y la comprendian ellos solos, y no aspiraban á mas, como dos palmeras que viven juntas y que sin apróximarse jamás, tienen la existencia tan enlazada por un hilo misterioso, que no puede romperse sin herir á entrambas á un mismo tiempo.

En ella no habia visto esos extremos de amor, esas inconcebibles contradicciones de doña Urraca; pero mientras esta procuraba halagar su ambicion, y fascinarle con miradas seductoras, ó con lágrimas enternecerle, aquella solo le daba indicios de cariño por

consejos, con que le fortalecia para proseguir animoso en la senda de la virtud y del honor.

Cuando mas prendado estaba de su plan, y mas resuelto á des—
deñar á la Reina, sintió detras de sí crujir sedas y arrastrar vestidos
y el sobreamiento de una persona que acaba de subir muchas y muy
pendientes escaleras.

Sin volver los ojos conoció Ramiro cuyo fuese. Frunció las cejas
displicente, y determinó de no darse por entendido.

Venció, sin embargo, la curiosidad: tornó el semblante ceñudo,
y vió á la Reina, que por una puerta falsa acababa de entrar en ca—
bellos, sin tocas y sin manto, con una simple túnica blanca de manga
larga, y recogida en pliegues á la cintura por un ceñidor de hilos de
oro. La espresion de su rostro era distinta de otras veces: habia en
él cierta idealidad que antes parecia deleite, y en medio de una
grande pasión, cierto convencimiento de su propia dignidad.

El mancebo desarrugó su ceño. ¡Jamás habia visto una mujer tan
hermosa! Levantóse con respeto, y bajó luego los ojos avergonzado.

Doña Urraca se sonrió en lo íntimo de su pecho.

—Buenos dias, le dijo afable, señor prisionero. No he menester
preguntaros cómo habeis pasado la noche, puesto que no habeis
sentido la transformacion verificada aquí mientras profundamente
dormiais; y con respecto del apetito, el destrozo que observo en la
mesa me lo está indicando. ¿Y los pies?

—Ni me acordaba ya del tormento, señora, respondió tímida—
mente el peregrino.

—Sientate sin embargo, Ramiro: sentémonos.

Tambien el paje se hallaba en uno de sus bonísimos dias. El sue—
ño de diez horas, el sustancioso y abundante almuerzo, y aquellos
placenteros rayos del sol que penetraban por las rejias, habíanle res—
taurado las fuerzas, y restituido al semblante su habitual espresion y
lozanía. Era Ramiro, como llevamos dicho, algo moreno, de buen
color, redondo de cara, barbilampíño, de ojos negros, rasgados y
espresivos, la nariz aguileña, la boca un poco grande, pero de labios
delgados y de suavísimo carmin teñidos, que dejaban ver cuando
hablaba ó se sonreia dos hileras de dientes menudos y de blanquí—
simo esmalte; mediano de estatura, aunque no completamente
desarrollada, gallardo de continente, pero encogido en sus ademanes
por falta de mundo; vivo de cuerpo, pronto de condicion, si bien
contenido por la reflexion y la piedad, y mas sencillo y cándido que
socarron y malicioso.

No hay que decir si doña Urraca dejaria de pasar en cuenta la mejoría del mancebo.

—Ramiro, le dijo despues de un breve rato; tienes ahí vestidos nuevos; el hábito de peregrino mas bien lo llevabas por disfraz, y de consiguiente el apóstol Santiago no se debe enfadar ni resentir de que te lo quites, antes bien debe alegrarse en que cese tan inútil superchería.

—Estoy decidido á no recibir de vos mas que lo necesario para vivir, respondió el paje bajando los ojos, y principiando á llevar á cabo su proyecto.

—¿Por qué?

—Porque no soy libre, y el cautivo se envilece admitiendo favores de su dueño.

—Ayer me parecias mas dispuesto.....

—De ayer acá he reflexionado mucho.

—Y has acabado por.....

—He acabado por..... por desear huir de aquí, repuso el paje con viveza: si no es para Santiago al seno de mi madre y al amparo del obispo mi señor, saldré para el suplicio á manos de don Gutierre y al seno de Dios.

—¿Con que tanta aversion me tienes? murmuró la Reina con dolor.

El paje tornó á bajar los ojos, y no quiso responder una palabra. Quizá no podria responder de otra manera que con su silencio.

—¿Qué has oido de mí? prosiguió la Princesa cada vez mas conmovida: ¿qué te han dicho, Ramiro, de la Reina de Castilla? ¡Oh! dímelo sin rodeos: eres sincero y leal; háblame con lealtad y franqueza; descúbreme tu corazon, y el primero serás tu á quien descubra yo luego el insondable abismo del mio.

El paje temblaba de pies á cabeza.

—¡Señora....! murmuró, solo sé que me pareceis la mujer mas hermosa que yo he visto; pero.....

—¡Ah! exclamó doña Urraca con una voz que penetraba como saeta, y cuajados súbitamente de lágrimas los ojos: otros me han visto muy mas hermosa que tu me ves, y sin embargo me desdeñaron. ¿Qué me importa, prosiguió, que me importa parecerte hermosa, si no te parezco buena?

—¡Tambien, tambien! Digan lo que quieran de vos, solo á la bondad de vuestro corazon debo la vida, la suspension del tormento y la justicia que me habeis hecho, cuando con una sola mirada llegas-

teis á comprender que era inútil todo género de esfuerzos para arrancarme el secreto del mensaje; y si despues de tantos favores os debiese la libertad, no tendria yo lengua capaz de encarecer vuestras bondades.

—¡Tu libertad! ¿depende acaso de mí?

—Sí, señora. ¿Cómo es posible que por la puerta secreta por donde habeis llegado hasta aquí, por donde sin duda habeis introducido todo este aparato, del cual se me figura que nada tengo que agradecer á don Gutierre, cómo es posible que yo no pueda salir?

—¡Tan pronto! exclamó la Reina mirándole con ternura.

—A vos puede pareceros pronto, porque entráis y salís de aquí cuando os da la gana; pero á mí, que estoy entre cuatro paredes, que tengo en el corazon el doble de las campanas de San Fis, el latigazo de Ataúlfo, la muerte de mis compañeros de viaje y la suerte de la carta confiada á mi pobre perro Luzbel....

—¡Esa carta, esa carta....! ¡si supieras cuánto interés tengo en conocer su contenido!

—Ese interés nadie puede comprenderlo mejor que yo.

—¡Y sin embargo, callas! gritó la Reina casi con desesperacion: ¡cuán terrible efecto produce en mí esa constancia, esa tenacidad! ¡No es ya tu voz solamente, ni tus modales los que tanto me recuerdan al hombre á quien yo adoraba; no son ya ciertos rasgos de tu fisonomía, que cada vez se me van revelando; es tu condicion, Ramiro, es tu alma, que parece un destello de la suya!

—¿Y si él os hubiese rogado que le dejaseis en libertad?

—Libre, libre seria, aunque por esta accion hubiese comprometido mi trono y mi existencia; libre, como tu lo serás, Ramiro: yo te lo prometo.

—¡Oh, señora! exclamó Ramiro: ¡cuán buena sois! ¡cuán agradecido os está mi corazon! ¡cuán resuelto á salir á vuestra defensa! Él os amaria, ¿no es verdad? ¿don Bermudo no podria menos de idolatraros?

—¡Mentira, mentira! Urraca respondió con exaltacion: ¡amaron-me todos aquellos á quienes yo miraba con indiferencia: hanme aborrecido todos aquellos á quienes he amado!

—¡Quién sabe....! contestó el paje encendido de rubor.

Y pareciéndole que habia dicho alguna heregía añadió:

—Dejadme por Dios, dejadme escapar de aquí.

—¿Sabes tu lo que es amor, Ramiro?

—Sí, señora, contestó el peregrino, que acababa de volver, á sus enérgicas resoluciones; sí, señora; lo sé, porque lo siento.

—¿Un cariño puro, constante, creciente para quien nada importa la dicha ó la desventura propias?

—Sí, señora.

—¿Para quien es todo, todo absolutamente, la ventura de la persona amada, para la cual ningun sacrificio parece grande, ninguna recompensa digna, ni felicidad completa?

—Sí, sí, señora: lo sé, porque estoy locamente enamorado; repuso el paje haciendo un esfuerzo sobre sí mismo.

—¿Enamorado? ¿y enamorado así con esta pasión tan noble, tan grande....? exclamó doña Urraca perdiendo el color. ¿Y qué me importa? prosiguió: pero, ¡esto es admirable! ¡esto es providencial! ¡tu semejanza con él cada vez es mas estraña y sorprendente! ¡Mejor, mejor! con eso el recuerdo que has despertado en mi corazón será cada vez mas vivo, el retrato mas cabal, y como con la memoria de aquel amor immaculado ha recibido mi alma un soplo de vida que la va purificando, cuanto mas parecido seas á la imagen que representas, me levantaré mas presto y con mas vigor y lozanía.

El peregrino ¡la miraba ya con cierto respeto, fascinado por aquella exaltación y supersticiosamente aturdido por aquel misterio, en que sin sospecharlo siquiera tan principal papel él representaba.

—¡También él! proseguía la Reina arrebatada por el torrente de los recuerdos y de los sentimientos que brotaban de su pecho: ¡también él estaba enamorado! ¡también él por otra me desdeñaba! ¡también él tuvo la franqueza de confesármelo! Pero aquel estaba enamorado de una mujer que no le merecía: aquel me desdeñó..... á mí, Infanta de Castilla; á mí, heredera de un trono; á mí, que le ofrecía mi mano; á mí me desdeñó por una bastarda.

—¡Por una bastarda! exclamó el paje pálido y estremecido.

—Sí, prosiguió la Reina; por una bastarda.

—¡Oh! ¿Sabeis por ventura que también el objeto de mi amor....?

—¿Será posible....?

—Sí; también el objeto de mi amor es una bastarda.

—¿Qué dices? exclamó la Reina levantándose desasosegada: ¡tu vienes de Mérida, de ver á mi hijo....!

—Y allí reside una mujer, que aunque bastarda de nacimiento, vive en el seno de la familia de su padre, respetada de todos por su virtud, por su modestia, por su hermosura.

—¡Sí; allí está el conde de Trava!

— ¡Y el conde de Trava tiene una hermana....!

— ¡Elvira! ¡Elvira! exclamó la Reina con el rostro desencajado.
¡No, no puede ser! ¡Tu me engañas..... tu sabes mi secreto..... tu
quieres llevar tan adelante tu semejanza con Bermudo de Moscoso,
que raya en lo imposible....!

— Pues qué, ¿ese don Bermudo de Moscoso....?

— ¡Ese don Bermudo me desdeñó por Elvira de Trava!

— ¡Señora! ¡señora! ¡Humillémosnos delante de Dios; porque yo
os juro por el alma de mi padre, que la mujer que ha conmovido mi
pecho, la que ha despertado en él sentimientos que no conocia, afec-
ciones de que no me sospechaba, la que me ha inspirado ese amor
es doña Elvira, doña Elvira de Trava!

Y el paje se prosternó delante de Dios, y la Reina cayó aplomada
en el sillón que le habia servido de asiento.





CAPÍTULO VIII.

De como sin hablar tambien se entiende la gente.



Un caballero de elevada estatura y grave continente, moreno, pálido, de facciones duras y de severa mirada, paseábase sosegado por un solo frente del ándito que en el piso principal rodeaba el patio del alcázar. De cuando en cuando fijaba sus ojos, casi amarillentos, en una puertecilla, que apenas se distinguía entre otras mucho mayores y mas adornadas, que daban á las habitaciones interiores. Taciturno y caviloso, bien se conocía que estaba aguardando que alguien saliese por la disimulada puerta; porque al dejarla atrás sus pasos eran mas vivos, y á veces volvía la cabeza, como si temiese que se le habian de escapar sin ser notadas la persona ó personas que por allá podían salir.

La puerta se abrió, por fin, y apareció en el umbral doña Urraca, que por una escalera secreta descendía de la prision de Ramiro, y apresuradamente, y no sin algun sobresalto, se dirigía á las habitaciones contiguas, que eran las suyas. No pudo hacerlo, sin embargo, tan rápidamente, que al entrar en ellas no la sorprendiese la

terrible mirada del conde de los Notarios , que no era otro el caballero del corredor.

Por mas que Gutierre esperase sorprender á la Reina de Castilla en el postigo de la torre, húbole de coger de sorpresa verla en aquel estado, sin tocas en la cabeza, sin manto en los hombros, la frente abatida, alterado el rostro, perdido el color, y toda ella como sobre-cogida de un pasmo, como herida de un rayo. Al ver la Reina á don Gutierre, que se detuvo cruzado de brazos, inmóvil como la estatua de Minos ó Radamanto, acabó de trastornarse, y no teniendo valor para seguir mirándole, ni para dirigirle la voz, cerró de pronto y con violencia la puerta de su cámara; y el juez, continuando su paseo, se encaminó al postigo, examinó si estaba bien cerrado, y satisfecho de que por allí no podia escaparse el preso, apartóse y dijo luego para sí:

—Será preciso condenar esa puerta y poner entretanto un centinela. Pero, ¿á quién, á quién traigo aquí, que no sea testigo de lo que nadie, ni la tierra misma, debiera saber? ¡No! ¡fuera puertas, fuera centinelas, fuera cárceles! La muerte, la muerte me ahorra de todo.

Y apretando maquinalmente la rica empuñadura de un puñal que llevaba al lado derecho, con la otra mano sacó una de las diferentes llaves que tenia en su escarcela, púsola en la cerradura del postigo, y al ir á dar vuelta sintió una voz alterada que le gritó:

—¡Don Gutierre!

Y don Gutierre tornó á sacar la llave y á esconderla, y volviendo el rostro respondió con gravedad:

—¡Señora! ¿qué manda V. A?

Era la Reina en efecto, que echándose un manto, cubriéndose el rostro con él, para ocultar su turbacion y su vergüenza, habia salido, con no menos apresuramiento, á detener al conde de los Notarios, en cuya mirada siniestra, con la penetracion de mujer, ó quizá de amante, habia leído sus horribles intentos.

—¡Don Gutierre! repitió doña Urraca, ¿qué vais á hacer?

—Iba á salvar á V. A.

—Venid, venid conmigo, dijo la Reina conturbada: apartaos de este lugar, y evitemos que aquí nos oigan y nos vean.

Siguióla don Gutierre á su aposento, y contestó al llegar:

—Razon teneis, señora; secretos hay que solo pueden confiarse á la tumba; porque desde el momento en que sean conocidos, los males que traen en pos son mas terribles que la muerte. Yo pudiera

haber colocado delante de esa puertecilla, cuya llave teneis, criados fieles y vigilantes que atravesaran con una saeta el corazon de todo el que apareciese, con la única escepcion de V. A.; pero, señora, el afecto que os profeso es sincero; el interés que tengo por conservaros en el trono no es mentido; y por lo mismo no he debido confiar á nadie ese puesto, y yo he permanecido en él horas enteras de centinela; y yo, yo solo os he visto bajar de esa torre en un estado de conmocion y de sobresalto, de que vos misma os ruborizais ahora. Pero os avergonzais delante de mí, que soy conde de los Notarios; delante de mí, que soy caballero; delante de mí, que os amo, que os respeto, que me intereso vivamente por la honra y por el trono de V. A.

—Don Gutierre, respondió la Reina ofendida: vos no teneis piedad, ni compasion de mí, y es preciso que yo sea con vos tan severa como sois conmigo. No, no hay nada de que pueda arrepentirme ni avergonzarme desde ayer acá, sino de haber sufrido y tolerado vuestros insultos. Vengo desesperada, vengo herida por la mano de Dios, y en vez de hallar consuelo en los que se llaman mis mejores amigos, en los que me aturden con sus continuas protestas de respeto, de amor y de fidelidad, ¿he de encontrar amenazas, insultos, maquinaciones....? ¡Y cuándo, santo Dios! Cuando he comenzado á ser buena, á conocer y llorar mis extravíos..... ¡Oh! si deseais verme proseguir por este camino, no me irriteis; dejadme en paz, no hagais que me pese.

—Señora, contestó reprimiéndose Fernandez de Castro; confieso que estos dias soy mas severo que nunca en mis advertimientos, mas recio en mis palabras, mas cruel é inflexible en mis propósitos. Y ¿por qué? Porque conozco que de vuestras acciones, de vuestras resoluciones en estos dias estan pendientes la suerte de V. A. y los destinos de su reino. La medida está llena, doña Urraca; con una gota mas rebosa, y yo no puedo consentir, no consentiré jamás mientras esté al lado de V. A., que caiga esa gota fatal. Madres hay que mandan su hijos á la batalla contra los sarracenos, y les ciñen la espada y les alargan el escudo, inútil quizá para libertarlos de la muerte: santos penitentes hay que en vida se sepultan en una cueva, y no salen de allí sino para volar al seno del Señor: ellos tienen valor para sacrificarlo todo, ¿y vos no lo teneis para privaros de un menguado, á quien conoceis de ayer acá; de un mozo, que por ser faraute de vuestros enemigos ha incurrido en la última pena?

—No, no lo tengo, respondió la Reina con energía: porque eso

no sería valor, sino injusticia y crueldad; y ese mozo no morirá, no morirá, ¿lo entendeis? aunque vos me abandoneis con todos vuestros vasallos, aunque se huya Lara con los suyos, y derrumbeis la corona de mis sienes. Y os lo digo tan alto y con tan firme resolución, cuanto que de ese jóven yo nada quiero, nada espero; sino la luz, la luz que por su medio la misericordia divina ha hecho penetrar en mi conciencia.

—En tal caso, dijo don Gutierre con amarga sonrisa, V. A. ha conseguido ya lo que desea; yo me parto, yo me ausento: no quiero autorizar con mi presencia, ni ver con mis ojos los desórdenes y calamidades que van á sobrevenir. Vendré luego á besar la mano á V. A. para hacerle entrega de mi dignidad y de los feudos que he recibido. Pero entretanto, para cumplir uno de los últimos deseos de V. A., de ver castigados á los que se atrevan á cantar ciertas coplas, en las cuales de no muy digna manera resuena el nombre de V. A., mandaré azotar á la villana que, mientras daba el pecho á cierto niño, tuvo ayer la osadía de cantar esas canciones debajo de la galería en que V. A. se solazaba con el conde don Pedro Gonzalez.

—¿Dónde estan, don Gutierre, esa nodriza..... y ese niño....?

—Estan en mi poder, señora.

—¡El niño tambien!

—Tambien el niño.

—¿Y vos sabeis quién es?

—¿Por qué he de disimularlo? ¿Sí, sí, señora: el niño y la villana no estan en mi poder en este instante, pero pueden estarlo desde el punto en que yo quiera; porque sé dónde residen, y qué cabaña oculta al hijo de la Reina de Castilla.

—¡Oh! ¡callad, callad por Dios!

—¿Por qué me mandais callar vuestro secreto, si vos misma salis á pregonarlo á la ventana?

—Fué la primera vez, don Gutierre, fué la primera vez, y os juro que será la última. Yo nada sabia, el conde de Lara me sorprendió.....

—¡Oh! ¡doña Urraca, doña Urraca! prosiguió el conde de los Notarios con no fingido sentimiento. Se me parte el corazon al considerar que si yo me marchó quedais entregada por un lado á manos de un necio, de un cobarde, y sobre todo de un hombre que solo sabe comprometeros, y por otro lado dominada por un muñeco, el cual en pocas horas os ha hecho cometer demasiadas locuras.

—No, no te marcharás, don Gutierre : ¡ yo sé que tu eres mi único amigo, mi único amparo !

—Señora, en el día, en el mismo día en que acababais de ver al niño Hurtado, ¿ pudisteis poner los ojos en ese mancebo ?

—Pero vos, conde, ¿ no sabéis, por ventura, que ese mancebo ha venido aquí traido por Dios para inspirarme nuevos sentimientos, nuevas ideas, para dar luz á mis ojos, oído á mis oídos, paz á mi alma y vida á mi corazón ?

—Yo tan solo sé que cuanto mas os escucho y cuanto mas os miro, mas me confirmo en la necesidad de separaros de ese mozo.

—Bien, bien, me separaré de él, dijo la Reina, que veía el cielo abierto cuando el conde de los Notarios espresaba deseos tan moderados.

—Y os separareis para siempre.

—Sí, para siempre. ¿ Qué me importa á mí ? ¿ Os parece que le amo ? ¿ No os he dicho que está enamorado de otra ? ¿ No os he dicho que solo aprecio en él la imagen del único hombre á quien he amado y con quien tan maravillosa semejanza tiene ? Fuera de esto, ¿ qué es él para mí ? ¿ De cuando acá doña Urraca de Castilla, ni aun en los días de su letargo, ha puesto los ojos en personas que no sean del mas esclarecido linaje ? Sí, sí, don Gutierre : que huya para siempre de mí ; que se parta ; que me deje en paz. Lo único en que yo no puedo consentir es en que perezca, en que se le atormente, en que se le haga el menor daño. ¡ Oh ! despues del bien que le debo, sería yo un monstruo de ingratitud si le hiciese exhalar un solo suspiro.

Y al decir estas palabras la voz de la Reina era tan turbada, que apenas se la entendía, y las lágrimas que se habian agolpado á sus ojos salieron á raudales, sin que los mayores esfuerzos bastasen á contenerlas.

El conde de los Notarios frunció las cejas, dejándolas caer sobre sus ojos como un velo, y mirando á la Reina con aire siniestro, la dijo estas palabras :

—Sí, señora : lo dejareis de ver para siempre. ¡ Oh ! prosiguió luego dentro de sí con amarga sonrisa : bien haces en llorar : con esas lágrimas hasme advertido á tiempo qué debo esperar de la firmeza de una mujer que llora por un hombre.

No reparó la Princesa en la mirada ni en la sonrisa del caballero : pidióle, y obtuvo como por favor, que habia de dejarla subir á la torre para entregar al paje una carta dirigida al obispo de Santiago

sobre asuntos de conciencia. Ninguna dificultad opuso don Gutierre á las nuevas pretensiones de doña Urraca, y con pretexto de dejarla sola para escribir, partióse cuanto antes del regio aposento, llevandó en la enérgica espresion de su fisonomía pintada la inalterable resolucion de sus crueles designios.

Apenas se vió en el corredor dió ciertas órdenes secretas á un criado: bajó despues al patio, anduvo por el claustro mirando con cierta curiosidad á todas partes, y reparando en un hombre barbirucio, envuelto en una capa de buriel y recostado al sol en un poste; hizole una seña casi imperceptible: el mendigo de la capucha acercósele meneando el cascabel y alargando la mano para pedir limosna. Sacó Gutierre algunas monedas del bolsillo, dióselas al mendigo despues de haberlas besado, y le dijo al mismo tiempo muy quedo y sin mover apenas los labios:

—A la torre: por donde me veas entrar: deja que salga un criado: que nadie te vea.

En seguida, despues de dar con disimulo algunas vueltas alrededor, con aire indiferente se dirigió á un postigo de arco apuntajado, abrióle, entró, dejóle entornado, y por una escalera de caracol que desde allí arrancaba, ancha, tendida, y de trecho en trecho por saeteras iluminada, subió unos treinta escalones, y desviándose de ellos entró en un pequeño aposento todo de piedra, abovedado, negro y casi oscuro, puesto que solo recibia la luz por dos largas y estrechísimas ventanas fronteras una de otra, que desde la altura de un hombre regular llegaban hasta el mismo pavimento, tambien de piedra, ó por mejor decir, de tierra.

En aquella sombría habitacion habia una mala mesa y dos peores bancos, que arrimó el caballero junto á la mas clara de las dos ventanas, que remataba en un arco abocinado, y cuyos alfeizares eran tan anchos y tenian tanto derrame, que bien cabian dentro aquellos muebles y un par de personas para ocuparlos.

Verificada esta operacion á gusto del ejecutor, colocóse en acecho á la entrada del aposento, y al poco rato, como sintiese pasos de alguien que bajaba, apartóse de allí echándose á pasear por la habitacion, con la mano izquierda en la espalda y la derecha empuñando en el acero. Entró luego un criado con un jarro de vino, una empañada y un par de vasos de cuerno: dejólos en la mesa sin decir palabra, y al partirse le dijo don Gutierre:

—Vete por la puerta de abajo, y no la dejes abierta.

Hizolo así. El conde de los Notarios acechóle hasta la salida: tor-

nó á pasear, tornó á ponerse en espera, tornó á sentir los pasos de una persona que subía, rozando la pared con los toscos pliegues de una capa y haciendo sonar discreta y casi imperceptiblemente un cascabel ó campanilla, y en lugar de separarse el conde hacía dentro como anteriormente, salió á la escalera para recibir al que venia.

—¡ Ola , Pelayo ! dijo poco despues entrando mano á mano con el mendigo barbitaheño: ¿has dejado la puerta entornada ?

El velloso respondió con la cabeza afirmativamente.

—Ponte ahí delante de la luz, hermano , y dime si alguien te ha visto entrar.

El mudo hizo un gesto negativo, y se quedó mirando fijamente á su interlocutor.

—¿ Estás seguro ?

En los ojos de Pelayo leyó el conde la respuesta.

—Bien está: ¿ traes algun arma contigo , puñal , cuchillo , ó cosa así de fácil manejo ?

Y por toda respuesta apartó la capa el interpelado, desabrochóse el sayo sacando un cuchillo de monte con el puño de asta de ciervo, desnudando la mitad de la hoja de cuatro filos.

—Bien está, bien está: par diez, que eres hombre tan prudente como prevenido. No estará demas el que yo , siguiendo tan noble ejemplo , vaya á cerrar por dentro la puerta de arriba y la de abajo para que quedemos completamente solos. Tengo que observar tambien lo que hace un pajarillo del primer vuelo que está enjaulado, y entretanto puedes tu refocilarte con esa empanada , que aunque trasciende á conejo , por lo larga mas parece de cabrito, y con ese licor, que á lo que imagino debe ser de lo bueno de Rueda. Come y bebe , que para empresas como las que medito , menester son brazos que no flaqueen por falta de alimento.

El mendigo bajó con humildad los ojos y aun la cabeza , de tal forma, que su luenga barba llegó á formar un ángulo con el rostro. Mas apenas desapareció don Gutierre, el semblante y los ojos del mudo tomaron bien diferente espresion. Inflamáronse como una nube por la cual atraviesa el rayo, y con movimientos vivos y precipitados sacó del zurron una tablita cubierta de cierta capa tenue de cera roja: desnudó el cuchillo, y con la aguda punta escribió en la cera apresuradamente algunas palabras, sentado á la mesa donde yacian intactos el vino de Rueda y la empanada de conejo, tamaño como un cabrito.

Con el oído atento á los pasos del caballero, pues temia ser sorprendido en ocupacion semejante, suspendiéndola momentáneamente: tomó el jarro, llenó un vaso, y en lugar de echárselo al colete, arrojó el vino suavemente por la saetera: tornó á escribir con el mayor afán, y como sintiese bajar á Gutierre, guardó la tablita en el zurrón y tornó á su anterior apariencia y mansedumbre.

El caballero pasó de largo: habia cerrado la puerta de arriba que comunicaba con el interior del alcázar: habia observado al paje, que muy ageno de cuanto se fraguaba contre él, dando tregua á sus cavilaciones, que nunca son muy largas á los veinte años, se empeñaba en poner de acuerdo su voz con los sonidos del laúd. Satisfecho en verlo tan bien entretenido, bajaba el conde de los Notarios á cerrar la puerta del patio, que era la principal de la torre: Pelayo, de consiguiente, tuvo tiempo de llenar otra vez el vaso para verterlo asimismo por la ventana, y en seguida cogiendo el bastón de acebo con ambas manos, sacó de él un mediano estoque, y despues de probar su elasticidad doblándolo sobre la mesa, despues de requerir la punta con precaucion con la yema del dedo, envainóle, no sin exhalar un suspiro y sonreirse despues, como quien titubea entre el temor y la esperanza. Un minuto despues entró Fernandez de Castro en el aposento.

—Ya estamos solos y libres de importunos, dijo al llegar: ¡Ola, ola! añadió sentándose frontero del mendigo: parece que has hecho mas caso del vino que de la vianda. ¡Por nuestro santo apóstol que no te creí tan bravo mojon, que sin probar bocado hicieses la mitad de la trasiega. Vamos, empuña el cuchillo y registra las entrañas del pastel; que sin hozar largo rato, paréceme que has de dar con una sabrosa mina. Y para que veas que no soy hombre de dejarte solo en la faena, voy á levantar la tapa, y tambien echaré mano al botijo, aunque no creo que hayas menester de ayuda.

Abrió don Gutierre la empanada, llenó el vaso del mendigo hasta los bordes, echó en el suyo cosa de dos dedos, y dijo en seguida:

—Ahora es preciso, Pelayo, que me hagas la razon, como quien eres. ¡Al día que yo te conocí en Leon, y te saqué de entre las garras de los sayones, que iban á ahorcarte por brujo!

El mudo se levantó respetuoso, y con una mirada en que brillaba el mas vivo agradecimiento, tomó el enorme vaso y se lo echó al cuerpo de un solo trago.

—¡Bravo, bravo, por Cristo! exclamó el conde desocupando el suyo: eres de lo mas firme, sereno y valiente que yo he visto en

achaque de bebida. ¡Cuidado si es añejo y caliente el tal vinillo de Rueda! No pienses, hermano, que sin motivo te he recordado el día de nuestro conocimiento: no hay ejemplar de que el conde de los Notarios haya salvado á nadie de la horca sino para darle un fin equivalente. Abundan tanto los pícaros de toda ralea, que á poca comiseracion que notasen se echarian sobre nosotros, como una bandada de buitres sobre un cadáver. La única escepcion de la regla has sido tu, Pelayo; porque conocí que lejos de ser un bribon, ni tener pacto con el diablo, el vulgo solo queria castigar en tí la extraña apariencia de tu figura, y tu raro talento de darte á conocer por señas á todo el mundo y por escrito á los pocos que entienden tus garabatos. No solo te salvé la vida, sino que te elegí por agente y por amigo. Hasta ahora hasme servido á las mil maravillas, dandome noticia de muchas cosas que me conviene saber: con achaque de mudo te metes en todas partes, se fian de tí hasta los mas recelosos y te temen los mas valientes. Eres hombre de bien: cuando he necesitado de tu brazo para deshacerme de algun prójimo, ha sido preciso que primero te convenciese de la justicia con que procedia. Haces bien, vive Dios, en ser escrupuloso: yo tambien lo soy, y jamás me dejo arrebatar de la ira y de la venganza. Procuro obrar siempre en justicia; pero si la justicia pide sangre..... no dejo de verterla por todos los ruegos, por todas las lágrimas, por todo el oro del mundo.

Pelayo le escuchaba con la mayor atencion, mirándole de hito en hito y tragando por cumplir algunos bocados. De repente dijo Gutierre:

—¡Qué diantre! Con tanto charlar háseme secado la lengua.

Y volviendo á llenar en cuerda proporcion los vasos, prosiguió:

—Voy á proponerte un brindis, hermano, al cual no puedes negarte, aunque supieses de caerte aquí redondo. Hasme dicho que tienes una hija llamada Munima, fresca y hermosa como una primavera, y que todo cuanto ganas lo ahuchas para su dote. Toma, añadió, dándole un bolsillo de oro; ¡brindemos á la salud de tu hija Munima, y del dichoso mancebo á quien ella elija por marido!

El anciano se levantó trémulo de alegría, elevó los ojos al cielo como pidiendo que confirmase los votos del caballero, apuró el vaso de un sorbo, y cayó despues de rodillas abrazando las del conde.

—Bien está, le dijo este echando una mirada al jarro que habia quedado casi vacío: coge el cuchillo y sígueme.

Hízolo así Pelayo, y en pos del caballero subió unos veinte es—

calones, que faltaban para llegar á la prision de Ramiro. En el tránsito parecia consternado: su palidez se aumentaba de una manera horrible; temblaba de pies á cabeza y apenas tenia fuerzas para moverse. Sin embargo, cuando Gutierre volvía el rostro, procuraba reprimirse y aparecer sereno.

Aproximóse Gutierre á mirar por la cerradura de la puerta, y sin apartarse llamó con la mano á su compañero, el cual se colocó en su lugar, y observando tambien lo que dentro pasaba.

El barbirucio no fué dueño de sí al ver al jóven peregrino que, al pie de la reja, dulcemente procuraba con el laud engañar sus pesares. Por fortuna la luz era escasa en aquel sitio y el conde no pudo notar la turbacion del mudo, el cual seguia con el ojo pegado á la puerta mas tiempo del que podia sufrir la corta paciencia de Gutierre: le dió con el pie, y acercándosele al oido, le dijo muy quedo:

—¿Le has visto?

—Sí, respondió el anciano con un movimiento de cabeza.

—¿Bien? ¿le has visto bien?

—Sí, repitió con el mismo gesto.

—¿Le conoces?

El mudo se encogió de hombros con indiferencia, y frunció los labios como queriendo decir:

—Sí, algo: le conozco de vista.

En esto suspendió el mozo su música, y dentro de la prision sintióse el rumor de dos personas que departian. Gutierre pudo observar por la cerradura que doña Urraca ponía en manos del paje un pergamino, y se despedía grave y dignamente; pero turbada y casi llorosa. Partióse la Reina por la escalera falsa, quedó solo Ramiro con harta satisfaccion del conde, el cual llevando al mudo cerca de una saetera para verle bien, le dijo:

—¿Con que conoces algo al muchacho?

—Pelayo, que debajo de sus largas y broncas cejas negras, tenía clavados sus ojos vivos como un relámpago en el semblante de Gutierre, acabó de confirmarse en las sospechas, ha largo rato concebidas, las cuales le obligaron á escribir algunos renglones por si podia transmitírselos al paje. Hizo, pues, un gesto con toda la indiferencia que pudo fingir, confirmando sus anteriores respuestas.

—Está bien, prosiguió el conde: pues ahí donde le ves, tiene sobre su alma dos sentencias de muerte: la una por andar llevando y trayendo mensajes entre los rebeldes, y la otra por..... porque su vida es incompatible con la de la Reina, y de consiguiente con la





Lam. 6.

Imp. de Gaspar y Roig.

prosperidad de los que sostenemos el trono castellano. Paréceme que en vista de estas razones, ninguna debes tener para oponerte á deramar su sangre.

El mudo requirió el cuchillo, mirando al mismo tiempo á don Gutierre en ademan de hombre determinado.

—¿Con que no tienes miedo?

—No, no, respondió el velloso sacudiendo dos veces la cabeza.

—Pues bien: tu entrarás por esta puerta, que es la principal; te dejaré encerrado con él, mientras subo por la otra escalera acompañado de la Reina: para cuando yo llegue tu debes haberle despachado.

—¡Sí, sí! quiso decir el mudo con una mirada radiante de esperanza, que al conde le pareció de crueldad.

—Cuando yo suba, ¿entiendes? todo debe estar concluido, de manera que al abrir yo la puerta debe aparecer á los ojos de la Reina el cadáver de ese mozo. Pero me ocurre una duda: ¿cómo he de saber yo si has despachado ó no la comision? A la verdad, que no quisiera entrar sin la seguridad completa del buen éxito. Vamos á ver: dime, discurre tu. Saca esa tabla donde escribes lo que no puedes hacer comprender con tus gestos. Sacála pronto, que aunque yo maldita la aficion que tengo á garabatos, con todo, en ocasiones como esta.....

Es imposible describir el terror que se apoderó del padre de Munina al oir estas últimas palabras del conde. En aquella tabla enendada habia escrito á prevencion algunas razones que revelaban el horrible proyecto del conde, con ánimo de prevenir á Ramiro: veíase obligado á ponerlas delante de los ojos de Fernandez de Castro; tenia que reprimir su turbacion para no infundir sospechas y malograr sus generosos intentos..... ¿qué habia de hacer? Sacó la tabla del zurron, procurando por el tacto que las letras apareciesen hácia abajo: desenvainó el puñal, al parecer para escribir con la punta; pero con el firme propósito de sepultarlo en el pecho de don Gutierre si este se empeñaba en leer lo escrito. Todo esto lo pensó y lo hizo en un abrir y cerrar de ojos; pero despues de tener en la mano la tabla y el cuchillo, se dirigió con la mayor naturalidad á la saetera, y en la negra y húmeda pared escribió las siguientes palabras: *Cuando me veais delante de la puerta con el puñal ensangrentado.*

Mientras don Gutierre descifraba la leyenda borró el mudo lo escrito en la cera, y se presentó en la postura de un evangelista, con la tabla en la mano izquierda y el estilo en la derecha, dispuesto á proseguir el diálogo por escrito.

—¡Soberbio! exclamó el de Castro, que por su dignidad estaba en el caso de ser mas docto que los demas en materia de lectura, aunque su dignidad no le exigia que tardase cuatro minutos mas ó menos en descifrar el renglon. ¡Soberbio! Que me place el medio que me propones. Quitá, quita esos instrumentos, que me dan, así como vahidos, cada vez que tengo que adivinar..... Mejor te entiendo por gestos. ¡Ola! ¡Parece que tienes lisa y reluciente la tabla como la hoja de una espada....! ¿Quedamos, pues, en que te has de presentar con el puñal teñido en su sangre? La señal es infalible. ¡Ea! ¡Dios te ayude, pues que vas á hacer justicia!

Todavía las ansias de Pelayo no habian terminado, puesto que Ramiro al verle podia llamarlo por su nombre, podia darle el título de amigo, podia hacer extremos, por los cuales el conde cayese en la cuenta de la jugada, y entrando con una manga de soldados, en vez de uno, mostrase luego dos cadáveres á la Reina. Suposiciones y temores eran estos harto bien fundados por desgracia, y que le ponian al borde del precipicio. Sin embargo, encomendándose á Dios de todo corazon, apenas el conde le abrió la puerta, entró con el cuchillo en una mano y el baston en la otra.

Don Gutierre volvió á cerrar al punto, y muy antes de que pudiese aplicar el ojo al agujero, sintió un grito de terror ó de sorpresa, y vió despues á Pelayo que, arrojando el baston, habia envuelto á Ramiro en la capa y le sujetaba la cabeza tapándole la respiracion. Forcejando los dos, se separaron del ángulo visual de la cerradura, y despues solo sintió el conde gritos sordos, fuertes pisadas, y al fin el estruendo de dos cuerpos que cayeron tendidos á lo largo.

Horrible era la situacion de aquel anciano, que para impedir que Ramiro pronunciase una sola palabra tuvo que lanzarse sobre él de improviso, taparle la boca, arrastrarlo con sus hercúleos brazos á donde no pudiera ser observado del conde; y que con una razon tenia bastante para esplicarle aquel misterio, aquella singularidad de su conducta, y que sin embargo no podia pronunciarla. El uno, con la facultad de hablar, con la palabra se perdia; el otro, mudo, con la palabra lo salvaba.

Pero el prudente y valeroso anciano, cuando calculó que Gutierre podia haberse huido de la puerta, soltó al mancebo, lanzóse á la cerradura, aplicó el ojo, vió que nadie estaba mirando, y con la punta del puñal escribió velozmente en la pared tres ó cuatro palabras; y cuando el mancebo, desenredándose de la capa que le cubria, se in-

corporó en el suelo y levantó los ojos entre furioso y asombrado, vió al anciano, que de espaldas á la pared, con la mano levantada, tenia el dedo índice en esta inscripcion: *calla, vengo á salvarte.*

Pelayo en seguida cogió el baston, sacó el estoque, lo puso en manos de Ramiro; arremangóse el brazo derecho, y con su mismo puñal se abrió una herida, procurando bañar toda la hoja en la sangre que corría.

Doblando luego la burda capa en muchos dobleces arrollóla por broquel en el brazo izquierdo del paje, al cual colocó al lado de la puerta secreta que se abría hácia dentro, de manera que Ramiro pudiese por el pronto ocultarse de las personas que entrasen en el aposento.

Todo esto lo hizo con una celeridad portentosa, y con tal energía y espresion, que no solo acallaba al peregrino, sino que le hacia comprender al mismo tiempo sus proyectos.

Detúvose despues á escuchar en la puerta falsa, y como no sintiese ruido ninguno todavia, sacó su tabla y se puso á contar al paje por escrito lo que en parte habia adivinado por la accion y por la fisonomía del anciano.

De repente sintió afuera ruido de dos personas que subian aceleradamente, y volviendo á teñir con sangre el puñal, se puso delante del postigo.

—Mirad, señora, mirad por esa cerradura..... decia don Gutierre á la Reina con voz fatídica: ¿no veis nada?

—¡Oh! ¡Sí, sí..... veo un hombre.....! el mendigo..... el mudo de ayer mañana.....

—¿Y qué tiene en la mano?

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo la Princesa dando un horrible grito. ¡Un puñal.....! ¡un puñal..... ensangrentado.....! ¿Qué has hecho, infeliz?

—Salvar el trono y la honra de V. A., respondió el conde de los Notarios, abriendo de golpe la puerta y buscando su víctima con los ojos desencajados.

—¡Caer en mis manos! exclamó el paje blandiendo el estoque y saliendo de detras del postigo.

El grito de alegría que lanzó doña Urraca era capaz de haber conmovido los muros de la prision. En lugar de precipitarse á los brazos de Ramiro se arrojó á contener á don Gutierre, con aquel instinto de salvacion que parece la voz de la Providencia, que nunca nos desampara en los casos extremos.

Ya para entonces el paje habia ganado el umbral de la puerta, y el anciano, todavia con el sangriento cuchillo goteando sangre, estaba á su lado.

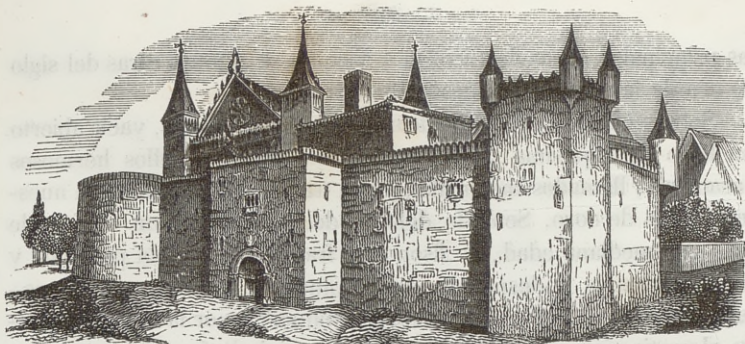
—¡ Miserable! exclamó don Gutierre dirigiéndose al mudo: ¡hasme vendido....! ¡ á mí, á quien debes la vida!

Y atropellando por la Reina, se dirigió contra él con el puñal en la mano: pero el mendigo, sin pensar en herirle ni en defenderse, bajó la cabeza humildemente y presentó el pecho á su antiguo salvador.

El caballero se contuvo al verle tan respetuoso y resignado, y el puñal se le cayó de las manos.

Ramiro, asiendo de la mano al mendigo, se [alejó de la cárcel, cerrando con llave por precaucion, para que no pudieran seguirlos. Pelayo, antes de salir, arrojó desdeñosamente la bolsa que le habia dado Gutierre Fernandez de Castro.





LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.

De cómo Luzbel llegó al palacio del obispo, de las cosas que allí hizo, y de lo mucho que dió en que pensar á su amo.



El palacio episcopal de Santiago, con apariencia de castillo, era entonces un verdadero cenobio, donde el prelado vivia con sus canónigos, como un abad entre sus monjes. En la torre del Norte, frente del monasterio de San Martin Pinario, habia construido Diego Gelmirez una habitacion, defendida por gruesas rejas de hierro y macizas puertas de encina, chapeadas del mismo metal. Allí guardaba grandes tesoros; pero de tal género, que no escitaban la codicia de los rapaces señores y villanos: eran tesoros intelectuales; era la biblioteca. Componiase en su mayor parte de breviarios, misales y oficios de Semana santa, á los cuales habia añadido el prelado recientemente colecciones de pastorales y de cánones, un volúmen de *Sentencias diversas*, otro *De fide Sanctæ Trinitatis*, sin que faltasen

las principales obras de Ciceron y Virgilio, y algunas otras del siglo de oro de la profana y sagrada literatura.

Sobre una mesa, y al lado de una lámpara de bronce, yacía abierto un libro de riquísima vitela, casi cubierto de aquellos hermosos caracteres, llamados monacales, cuya tradicion se conserva en nuestros libros de coro. Sentado delante del manuscrito un clérigo de mas que mediana edad, de fisonomía franca, de mirada profunda y frente pensativa y despejada, con la pluma en la mano parecia estar embebido en graves cavilaciones producidas por la lectura, cuando al sentir girar con estrépito sobre su quicio la ferrada puerta, se levantó viva y respetuosamente, dispuesto á recibir afable al que de tan brusca manera le interrumpia.

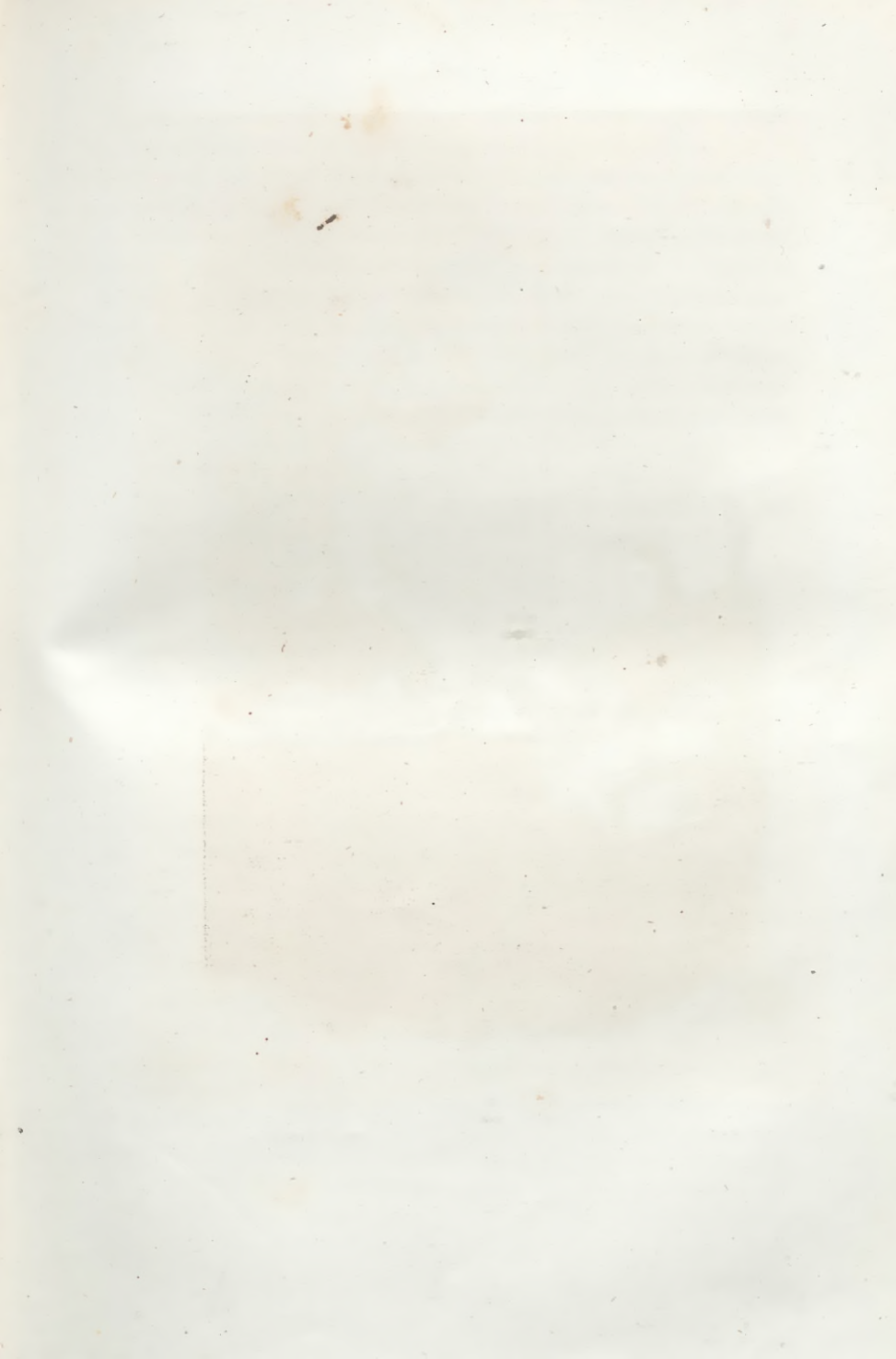
Aparecióse en el umbral el venerable obispo apoyado en humilde báculo, y revestido de larga túnica y estola, que desde el año anterior llevaba siempre por especial privilegio del Papa. Frisaba en los sesenta años de edad, y en sus ya decaidas facciones, ruinas de un hermoso monumento, brillaba cierta nobleza y bondad, que las hacian halagüeñas al mismo tiempo que magestuosas. Era alto, enjuto de carnes, pero fornido; su dulce mirada tornábase fácilmente severa, y en uno y otro caso los nevados cabellos, que debajo del ancho sombrero le caian, realzaban aquella severidad y dulzura.

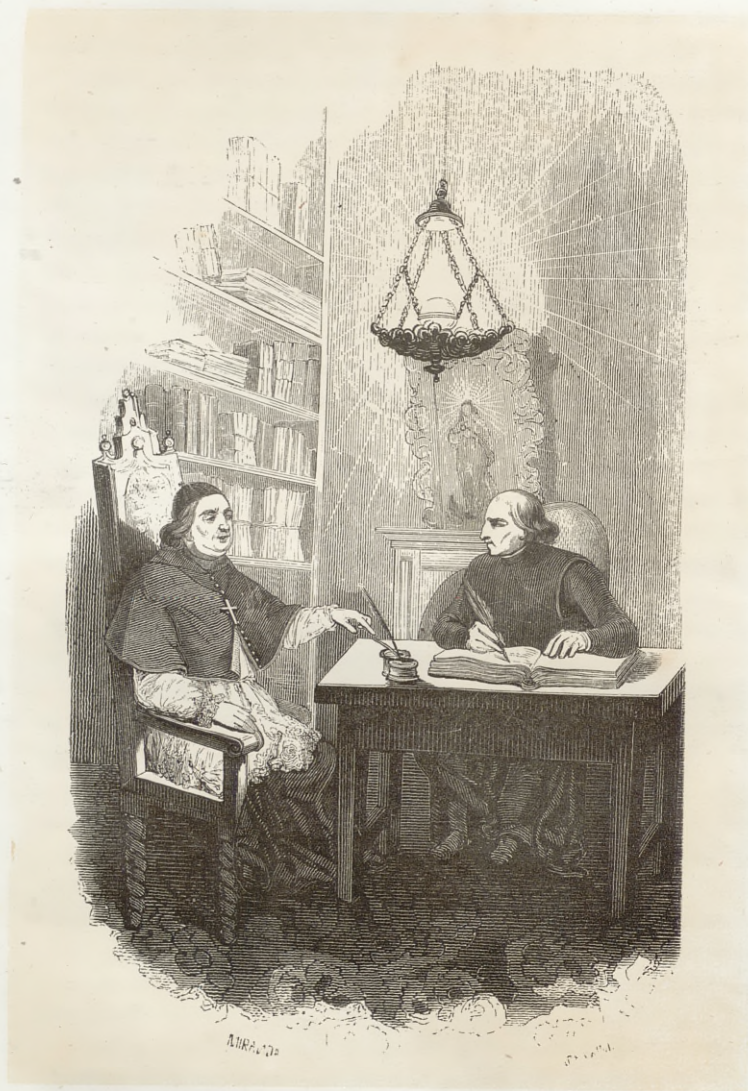
—¡Siempre trabajando, hijo mio, siempre trabajando! exclamó al entrar con blando acento, mirando al clérigo que traia la pluma en la mano.

—No tal, reverendo padre; me habeis sorprendido en un momento de ociosidad, ó por mejor decir, de tentacion.

—¿Quién no los tiene? repuso el prelado animándole con benévola sonrisa: ¿quién no desmaya y flaquea y cae, no siete veces, sino setenta y siete veces al dia, como dice el Evangelio? Vamos, hijo mio: ¿en qué estabas pensando? ¿por dónde te atacaba el diablo, que á guisa de leon hambriento, nos tiene cercados, buscando á quién devorar?

—Por la pereza, santísimo padre; por la desconfianza, repuso el escritor. Con el deseo de legar á la posteridad la fama de vuestros grandes hechos y la gloria de esta santa iglesia, me habeis encargado la continuacion del *Registro* empezado por los sabios Nuño Alfonso, y Hugo, y como no escribimos para los contemporáneos, porque nos hemos propuesto decir la verdad, estaba temiendo, padre mio, no escribir para nadie, ó tan solo para nuestra propia satisfaccion y deleitamiento.





Lam. 7.

Imp. de Gaspar y Roig.

El obispo permaneció un rato en ademan meditabundo , puesta la mano delante de los ojos, y luego contestó de improviso:

— ¡Una idea, Gerardo, una inspiracion que debo sin duda á la divina gracia! Ya sé el modo de eternizar nuestra obra, y de hacerla mas duradera que los mármoles y bronces. Escribid , poned al frente del *Registro* una escomunion contra el que lo arrancare de su sitio ó lo destruyere; y al mismo tiempo en nombre de Dios, de la Virgen Santísima y del santo apóstol, dispensarémos nuestra mas ámplia bendicion á quien lo leyere, se aprovechara de sus máximas y ejemplos, y lo diere á conocer. Paréceme, Gerardo, que podeis estar satisfecho: entre una escomunion mayor y una bendicion apostólica, ¿quién es el desalmado que vacila un solo instante? ⁽¹⁾

—Decis bien, santísimo padre ; si la religion y la piedad no cubren con su manto estas débiles hojas, no las conservará en tan bárbaros tiempos el amor de la sabiduría.

—¿Quedas satisfecho?

—Quedo mas tranquilo.

—Vengo de Santa María de Canogio, amigo mio , y por mucho que te cueste llenar esas páginas , me cuesta mas á mí levantar aquella obra. ¡Y tengo un deseo, no te puedes figurar, tengo una ansia tan grande por verla concluida! Gerardo, los monjes y monjas de San Payo, aunque separados en dos departamentos, no estan bien en un mismo edificio : yo quisiera llevar cuanto antes á las religiosas á Santa María. Empeñado estoy en corregir abusos , y este es uno de los mayores. ¡Vivir religiosos y religiosas en un mismo convento! Vaya, no puede ser. ¡Pero el arquitecto maese Sisnando es tan pesado....!

—¿Pues no ha de serlo, padre mio , si acaba de reedificar este palacio y la catedral, y ha levantado de nueva planta el hospital para los peregrinos, y la iglesia de San Fis , y la capilla de Santa Cruz en el monte del Gozo, y esta mañana mismo le habeis encargado delante de mí la conduccion de aguas á la ciudad?

—Eso sí, y lo que es la conduccion de aguas la considero yo casi tan necesaria como la separacion de las monjas. ¿No es un dolor, no es una vergüenza que en una ciudad situada entre dos rios, no tengamos dentro de los muros mas agua que la de cisternas? ¿Y que

(1) Tanto estas como las demas indicaciones que se hacen en este capítulo, son rigurosamente históricas. En general el deseo de no entorpecer el curso de la narracion, nos obliga á ser muy parcos en notas comprobantes de los hechos, por mas que alguna vez las creamos curiosísimas ó indispensables.

acudiendo peregrinos de todo el orbe católico en tanto número, que á veces no caben en la iglesia, gastemos en proporcionarles de beber lo que habia de invertirse en la comida y el vestido? ¿Y en dónde? ¡En un clima tan húmedo, en que el musgo brota en la piedra de sillaría al año de estar labrada! No me digas, Gerardo, no me digas nada contra el proyecto de las fuentes. Quiero que antes de un mes vengan raudales por conductos de madera, con aros de hierro, y de plomo de trecho en trecho para mas seguridad..... Yo le he dado mi traza, pues me precio de alarife.

—Aunque no fuera mas que por práctica, debiais serlo: pasan de veinte las obras que habeis emprendido en vuestro pontificado.

—Y con el favor de Dios todas se han de concluir.

—Lo que yo digo es que maese Sisnando no tiene tiempo ni cabeza para dirigirlas todas.

—¿Y qué he de hacer? dime, Gerardo; ¿qué he de hacer, cuando los artifices escasean tanto en nuestros dias, cuando nadie sabe edificar sino chozas ó castillos? ¿Te parece que estoy contento del alarife? ¿Podrá gustarme nunca que en los capiteles y frisos ponga frailes con orejas de asno, y asnos acoceando clérigos? ¿Aguantaria yo que el diablo de su infierno, á pesar de sus barbas de chivo y de sus cuernos, se pareciese al conde tal ó cual, solo porque de él ha recibido una ofensa? Súfrolo, porque no hay mas remedio, y porque parece una fatalidad que los arquitectos enriquecidos con la iglesia, hayan de ser los mayores enemigos de ella: y gracias que estoy encima y contengo á maese Sisnando, que no deja de tenerme respeto. Llama, llama á uno de esos maestros que vienen de Alemania, y que principian ahora con un nuevo estilo á levantar catedrales, y ya verás el caso que hace de mis consejos.

—¿Y esta tarde habeis sido mas feliz que otros dias, reverendo padre? ¿Traeis alguna noticia de los mensajeros?

—Ninguna, ninguna, exclamó el obispo con desconsuelo. Mañana es preciso que les apliqueis la misa, Gerardo: yo no ceso de encomendarlos á Dios; pero segun mis cálculos ya debia haber vuelto. De nada me sirve salir todas las tardes por el camino de Padron: *puer non paret*, mi buen paje no parece; ni hay rastro siquiera de mi leal caballero don Arias, ni de Rosendo su escudero. Esta tarde ha venido justamente conmigo uno de los perros que tenemos para defensa del palacio, y yo iba diciendo entre mí: «si por dicha apareciese ahora Ramiro, ¡qué saltos daria su alano favorito! ¡cómo habia de correr hácia el paje apenas lo barruntara, para abrazarle el pri-

mero! » Y, ahora que me acuerdo, ¡Luzbel no ha vuelto conmigo! Metido en conversacion con maese Sisnando, que ha venido acompañándome hasta la puerta, no habia reparado..... Y á la verdad sentiria mucho que Ramiro se encontrase sin.....

—No os acuiteis por eso, padre mio; el perro volverá á casa: no son los brutos tan ingratos como los hombres. ¡Harto mas sentirá Ramiro encontrarse sin su madre!

—Teneis razon, se ha llevado Dios á Nuña, sin el consuelo de verle.

—¿Y será verdad lo que me han contado, padre mio?

—¿Qué te han dicho?

—Que la madre de Ramiro ha dejado todos sus bienes á nuestra santa iglesia.

—Así es la verdad, Gerardo, respondió gravemente el obispo.

—Si así es la verdad, lo siento.

—¿Por qué?

—Deseo mas que nadie la prosperidad material de la iglesia; pero no quisiera que por acrecentar sus bienes las madres privasen á los hijos de su legítima herencia.

—Gerardo, repuso el obispo con entereza, cuando en los siglos venideros se lea lo que estais escribiendo, presumo el juicio que ha de formarse de mí. Diran que soy un poco rebelde y un mucho codicioso; y sin embargo, tu sabes que toda mi rebeldía consiste en ser rigurosamente justo con los poderosos, y compasivo con los humildes pequeñuelos: tu sabes que con toda mi codicia, mañana que se marchen los enviados á Roma en solicitud del arzobispado, no queda un solo maravedí en mis arcas. En cuanto á los bienes de Nuña, te aseguro que despues de haberla oido en confesion, puedo sin ningun escrúpulo aceptarlos.

—Respeto mucho la rectitud de vuestra paternidad y el secreto de la confesion, y no diré una palabra mas acerca de este punto.

—De mi cuenta corre que á Ramiro nunca le falte nada: desde niño le tengo en mi casa, y en ella ha aprendido á leer y escribir, y algo de retórica, que con el latin son los estudios á que yo obligo á mis canónigos: si entre clérigo y soldado opta por lo militar, no importa; villas y castillos tengo de que nombrarle alcaide: no sentirá por cierto la falta de su pequeña hacienda.

—No lo dudo, reverendo padre, y yo lo dije solo para responder á las murmuraciones de vuestros enemigos.

—Las murmuraciones del justo, dijo el prelado, salen de su boca

convertidas en consejos; las murmuraciones del malvado son flechas que hieren á los que se entretienen en pararlas. Pero, ¿es posible, Gerardo, que tenga yo tantos enemigos?

—No son tantos como poderosos; y son poderosos, porque estan cerca de vos.

—¡Mis canónigos! exclamó el pontífice con amargura: ¡mis canónigos! ¡insensatos, desagradecidos! Gerardo, es preciso recapitular en dos ó tres páginas del *Registro* los muchos beneficios que Dios ha dispensado á nuestra santa iglesia por mi mano. ¿Qué era antes Compostela? ¿Qué es ahora? Yo subí al pontificado despues de un obispo que estuvo quince años en un calabozo por yo no sé qué sospechas, de que despues se sinceró completamente. ¿A ver quién se atreve ahora á tocar la sombra de mi báculo pastoral? El templo del apóstol era de tapias mal labradas en tiempo de Alfonso el *Casto*, y que amenazaban ruina. ¡Que se presente ahora un solo edificio en Galicia que pueda competir con nuestra catedral! Frontales y tabernáculos de oro y plata, estatuas de mármol, libros forrados en púrpura, incensarios de oro, ternos de brocado, relicarios y reliquias..... en fin, Gerardo, en Roma he estado yo, y acaso Roma se vea humillada con nuestra magnificencia. La jurisdiccion del apóstol solo se estendia á dos monasterios y al castillo medio derruido en Iria, ¿y cuál es ahora? Yo he fundado un hospital para los peregrinos, la iglesia del Santo Sepulcro, la de Santa Cruz; he restaurado las de Padron, la de Santa Eulalia, de Santa Leocricia y de Nevaro; he recobrado la de Paradela; adquirido el monasterio de Plantada, el de Noval y San Verísimo, la iglesia de San Mamés y todas las que se encuentran entre los rios Ulla y Tambre; la de San Tirso y de San Juan de Coba; he ganado al obispo de Mondoñedo los arcedianatos de Bisancos, Trasancos y Salagia; he poblado la villa de Godegildo, la de San Miguel de Bayona, la de Maudin, de Romariz, de Octario, de Ulla, de Sotolongo y Villanueva de Obar, y parte de Membibre, y el lugar de Travadelos. El difunto Rey don Alfonso me aconsejaba que demoliese el castillo Honesto, único que me dejaron mis antecesores ruinoso y desmoronado, y yo he reedificado el castillo y hecho inespugnable. En estas costas no se conocian otros barcos que los de pescadores, y yo mandé venir de Pisa y Génova constructores afamados, que me hicieron doce galeras, las cuales cuando á las costas mahometanas las envió, vuelven cargadas de oro, de cautivos y otros despojos. Yo tengo el privilegio de acuñar moneda: yo he conseguido del Papa para mí y para mis sucesores el privilegio

del palio, que rara vez se concede sino á los arzobispos: yo soy legado apostólico, y no he de descansar hasta ser metropolitano, y despues que lo sea, Gerardo, veremos quién se lleva la primacia entre la iglesia de Toledo y la de Santiago. Yo he fundado escuelas para la instruccion de mis clérigos, y á muchos he pagado pensiones para que vayan á estudiar á Francia: yo he arreglado mi cabildo lo mismo que el de Roma, y como el de Roma tiene el de Santiago sus cardenales, arcedianos y canónigos. ¿Qué quieren mas? La iglesia de Santiago es la reina de Galicia: ¿tan mal les va con el papel de reyes?... ¿No es mi cabildo un plantel de obispos, á donde todos acuden para sus respectivas iglesias?

—Teneis razon, padre mio; pero algunos quisieran.....

—Sí, ya lo sé: quisieran que dando esplendor á la iglesia no le diese honra: que dando riquezas á los canónigos, no les dé saber y decoro: que siendo rígido para los demas, fuese con ellos blando y descuidado: en una palabra, querrian ir al coro, como antes, con la barba larga, con zapatos puntiagudos como los caballeros; ó miserables, con capas rotas y remendadas. Estan á mal conmigo porque no permito que nadie entre en coro sin sobrepelliz y capa negra de tela y hechura igual á la de los demas; porque no he consentido que siete ú ocho monopolien la ofrenda de los fieles; porque no tolero el escándalo de que unos coman opíparamente, y otros en el refectorio tan solo verduras y pescado; y porque quiero que para todos sea igual la comida, como el rezo y el estudio. ¡Gerardo, si por eso son mis enemigos, lo seremos mucho tiempo!

—Reverendo padre, de mi deber he creido advertiroslo, porque, si mal no me engaño, se está formando en el horizonte negra tempestad contra vos. Paréceme que el empeño de oponeros á todo género de abusos, os ha de traer mil conflictos: á los monjes teneis descontentos, porque dicen que les haceis un agravio al separar las comunidades de ambos sexos, dando pávulo á las hablillas del vulgo; á los canónigos porque les haceis conocer que no son militares, sino clérigos; á los nobles.....

—A los nobles, repitió el obispo interrumpiéndole, porque los trato como á tiranos. ¡Oh! Tampoco, tampoco cederé en un ápice en semejante pelea. Dejad que se forme la tempestad; con la cruz sabré conjurarla. Gerardo, voy repetirte mi mas oculto, mi íntimo pensamiento, porque quiero que aparezca y se revele claramente en ese libro.

Tu sabes bien, amigo, que los hombres somos hermanos en el Señor. Jesucristo, al llamarnos á todos hijos de Dios, abolió la esclavi-

tud, y los esclavos se convirtieron en siervos para transformarse en villanos. Al influjo de la divina palabra se ha ido verificando este saludable cambio, y es preciso que la hija de Dios inmaculada, la iglesia, complete la obra de su padre. Los nobles son hoy los que ahogan y oprimen al que aparece sobre ellos, que es el Rey, y á los que gimen á sus plantas, que son los pecheros. La iglesia, hijo mio, la iglesia conducida por la caridad tiene que aliviar la suerte de los oprimidos y menesterosos; la iglesia tiene que levantarse, como benéfica madre, con el escudo para defender á los perseguidos, con el paño de lágrimas para consolar á los desgraciados: la iglesia tiene que ir erigiendo el edificio de la civilizacion, que la corrupcion tenia minado, y que la barbarie derribó del primer golpe: la iglesia tiene que aparecer como usurpadora, no siendo en realidad mas que conservadora; y la iglesia, para obtener todos estos triunfos, para cumplir con este mandato de la divina Providencia, tiene que caminar á la unidad, á la unidad completa, porque solo en ella está el poder.

Es necesario que la iglesia no sea española, ni francesa, ni italiana, sino católica; que tenga una sola cabeza, una direccion, como tiene un solo bautismo. ¿Qué son los ricos hombres y caballeros sino máquinas de guerra, que cuando estan ociosas solo sirven para oprimir el suelo que ocupan? Cuantos mas vasallos les arrebatemos, menos opresion, menos lágrimas habrá. En sus manos las villas estan vejadas, y en las de la iglesia caritativamente regidas. Por eso ves que yo he comprado el tributo enorme que pagaban los pobres al pasar por el puente de San Payo de Luto: los condes de Galicia lo exigian con todo rigor, de manera que muchos villanos que no tenian con que satisfacerlo, eran desnudados de sus pobres vestidos, que dejaban en prendas: yo, con las ofrendas de esos mismos nobles, he adquirido ese portazgo para suprimirlo, y ya todo el mundo pasa libremente. Los nobles embargaban los bienes de sus acreedores hasta cobrar sus créditos, y si no bastaban seguian embargando los de sus mas próximos parientes, ó los de sus amigos; pero yo he prohibido semejante escándalo: yo hago estensivo todos los dias el derecho de asilo, y á los jueces les exijo juramento de que han de fallar siempre con arreglo á justicia. Los feudos los doy yo con obligaciones suaves, los préstamos sin usura..... ¿Y quieres que obrando así los nobles me tengan cariño?

Mas diria el prelado, cuyas venerables mejillas ardian en santa indignacion, si no hubiera sentido los arañazos de un perro á la puerta de la biblioteca.

—Luzbel, Luzbel será, que viene á pedirme perdon de su descuido. Esperad, Gerardo, yo mismo voy á abrirle: es preciso ahorrar la mitad del camino al arrepentimiento.

El alano, en efecto, tuvo la honra de que el venerable obispo de Santiago le sirviese de portero.

—¡Ola! ¡Ola! le dijo el prelado, viendo que se echaba sobre las manos, besando el pavimento. ¡Cómo me conoces el genio! ¡cómo sabes que el humilde lo puede todo conmigo! Vamos, arriba, arriba, que ya estás perdonado.

Seguia el perro no obstante arrastrándose, y sacando la lengua con fuerte resuello.

—¿Qué es eso? ¿Vienes cansado?

—Me parece, dijo el canónigo, que viene herido.

—¡Herido! ¡herido mi Luzbel! Le habrán echado á reñir con otros de algun noble. Ya que no pueden con el amo.....

—Reverendo padre, mirad estas heridas..... son de arma de hierro: sí, aquí, en el lomo tiene una cuchillada, aunque poco profunda.

—¡Teneis razon! Caballeros, caballeros son los que con él tan cruelmente se han divertido.

—Pues la diversion ha debido costarles cara, añadió el observador canónigo: mirad el hocico ensangrentado, las orejas tambien teñidas con sangre, que no puede ser suya.

—¿Qué ha pasado aqui? ¡Si yo recuerdo que poco antes de volver de Santa María de Canogio el perro quedaba jugueteando entre las piedras sillares! si yo le ví, y al verlo no pude menos de acordarme del paje Ramiro y decir dentro de mí: «¡qué saltos daría si el peregrino de repente se asomara!»

—¿Cuánto tiempo ha que habeis vuelto? preguntó Gerardo.

—Entré de seguida, sin dejar el cayado, sin quitarme el sombrero. Salgamos de aqui: que venga al punto mi hermano el gobernador: que curen á ese pobre animal: que se lo lleven al cuarto de su amigo el paje.

Marchó el canónigo á disponer la ejecucion de las diversas órdenes del prelado, y Luzbel seguia cabizbajo con el rabo entre piernas y las orejas gachas, muy triste y humilde, como si reo de algun delito se reconociese.

Acudieron dos criados para llevarle al aposento de Ramiro, y aplicarle algunos remedios: el perro, sin embargo, no queria apartarse del amo, el cual le dijo entre cariñoso y triste:

—Ahora conoces la falta que has cometido en separarte de mí, y temes que nuevas desgracias te sobrevengan, si me abandonas un solo instante. ¡Pobre Luzbel! Vamos..... iré contigo: te llevaré al cuarto de tu amigo, y allí te dejaré para que descanses. ¡Pobre perro! Esas cuchilladas no iban dirigidas á tí seguramente: por mí las has recibido.

Estaban ya delante de la habitacion en que Ramiro dormia, y don Diego pasó adentro para que el perro le siguiese. Hizolo así Luzbel; pero al llegar al medio de la habitacion, levantó la cabeza y empezó á dar siniestros y prolongados ahullidos.

El obispo miraba á los criados sin decir una palabra, y estos le contemplaban entre asombrados y compasivos, y el alano ahullaba con tanta fuerza, que algunos canónigos, cuyas habitaciones daban á un patio inmediato, salieron al corredor diciendo:

—¿No hay ahí un mozo que mate á palos á ese animal?

El obispo reprimiéndose exclamó con voz compungida:

—¡Dios mio! ¡tened misericordia de nosotros! No sé por qué me llenan de pavor estos gritos.

Y se salió de la habitacion del paje. Luzbel hizo otro tanto.

—Llevadlo, llevadlo á cualquier parte donde no recuerde á Ramiro, que no parece sino que está llorando su muerte.

Poco despues llegó á la celda del obispo su hermano Gundesindo Gelmirez, gobernador ó vilico de la ciudad.

—¿Que ha pasado este anochecer en Compostela? le preguntó el prelado dirigiéndole una mirada entre severa y recelosa.

—Nada de malo, puesto que el perro ha venido.

—¡Cómo! Por mucho cariño que le tenga, no es para tanto que su vida me consuele de otras desgracias.

—¡Cuerpo de tal....! perdona, hermano, si te faltó al respeto; pero, ¿no has visto al perro?

—Sí, lo he visto herido, acuchillado.

—Bien; pero eso es lo de menos: voto á....!

—¡Lo de menos! ¿Qué quieres decir con eso?

—¿No has recibido tú al perro?

—Sí, hombre, sí: no me apures la paciencia.

—¿Y el perro no te ha traído nada?

—Nada, mas que tristes presentimientos de alguna grande desventura.

—Eso es otra cosa, dijo el gobernador mordiéndose el labio y arrugando el entrecejo. ¡La hemos hecho buena! Sin embargo..... todavía..... puede ser....!

—Gundesindo, por Dios, espílicate con claridad: ¿qué quieres decir con esas medias palabras?

—Nada: espérame aquí; puede ser que me informen los criados que estan á la puerta.

—¡Informarte! ¿de qué? preguntó el obispo, que á pesar de su evangélica mansedumbre no podía sufrir la prolongacion de aquel misterio.

—Don Diego, ese perro ha debido traer consigo la carta del Infante don Alfonso.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! No preguntes, no indagues mas, exclamó el obispo con desconsuelo. Tu no sabes que Luzbel ha venido acuchillado, sin duda por los que le han arrancado la carta: y cuando para conseguirlo han acudido á la fuerza, señal de que les importaba mucho su adquisicion: señal de que eran enemigos. Pero, ¿cómo, cómo Ramiro ha ido á fiar al perro mensaje tan importante? ¿cómo el anciano don Arias, Rosendo el escudero....?

—Hermano, veo que estás en un error, y siento, por nuestro santo patron, tener que desengañarte. Las heridas las ha recibido el perro antes de habérsele encomendado la carta; y cuando caballeros tan valientes como don Arias, escuderos tan fieles como Rosendo, y pajes de tantos humos como Ramiro se han visto en la precision de fiar el mensaje al instinto y á la lijereza de un bruto, es señal.....

—Es señal, repitió el prelado sollozando, es señal de que todos han perecido.

—Todos no: uno se ha salvado.

—¡Uno! ¿Ramiro, por ventura?

—Eso es lo que no puedo decirte: solo sé, porque ha venido á decírmelo un picapedrero, aprendiz de maese Sisnando, que al retirarse á la ciudad él y otro compañero, vieron pasar unos jinetes, que le parecieron ser gente de Ataulfo el Terrible: por curiosidad los siguieron algun rato con la vista, y observaron que arremetian con dos peregrinos.

—¿Dos solamente?

—Dos nada mas; los cuales se defendieron con bravura, hasta que despues de un rato cesó la lid, y vieron pasar por el camino un perro, que conocieron ser el Luzbel, que te habia acompañado aquella tarde á la obra. Llevaba en los dientes un rollo de pergamino, y al pasar junto á los tales aprendices, como hiciesen alguna mencion de llamarlo, el perro, que venia huyendo, todavía

apretó mas el paso. Hallábame cerca de la puerta Fagaria, y habiendo interrogado á los que allá estan de centinela, hanme asegurado que vieron pasar á Luzbel con una cosa en la boca, que no supieron distinguir. De allí en adelante no hemos sabido de él, hasta su entrada en el palacio.

—Y tú ¿qué has hecho? ¿cómo no has salido en persecucion de los facinerosos? ¿cómo no has acudido al sitio de la catástrofe? ¿cómo no has averiguado qué camino ha traído el perro? ¿quién ha visto pasar de los muros acá? ¿dónde se ha detenido?

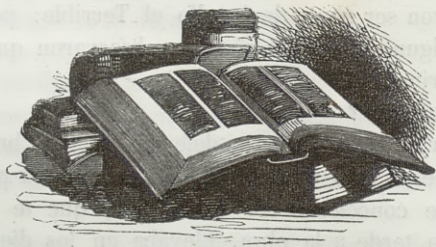
—En primer lugar te diré que al ir á cabalgar para perseguir á los malhechores, recibí un recado de tu parte para que me llegase aquí al momento, y mandé en mi lugar con cinco lanzas á Menendo Nuñez, lo cual creo enteramente inútil, pues que las tierras del bárbaro Ataulfo lindan con las nuestras; y con respecto del mensaje te suponía tan cansado de tenerlo, como yo de sufrir la mala vecindad del rico hombre de Altamira.

—Todo sea por Dios, exclamó el prelado con abatimiento. ¡Ah! no sabes, Gundesindo, y eso que nadie tiene obligacion de saberlo mas que tu, no sabes cuántos enemigos tengo en la ciudad, en esta misma casa; y si á su poder llega esa carta, en que el príncipe y el conde de Trava esplicarán francamente sus proyectos..... ¡Oh! ¡no sabes tu, Gundesindo, los perjuicios que pueden seguirse á la causa que defendemos!

—Puede ser que Luzbel haya entrado en palacio con el pergamino. Y si está aquí dentro el raptor, cerraremos las puertas y.....

—Vamos, vamos á verlo.

Dejemóslas en sus pesquisas y averiguaciones, y si al lector le place, tomaremos otro camino mas recto del que el obispo y el gobernador inútilmente siguieron.





CAPÍTULO II.

Que trata de grandes y temerosas aventuras.



Los honrados vecinos de Compostela se recogían en aquellos tiempos con el sol: rezaban sus oraciones, cenaban en santa paz, se tendían en lecho de paja ó de plumas, segun las comodidades de que podia disfrutar cada cual, y dormían hasta el alba. En invierno solían velar las viejas de cada barrio en el zaguan ó cocina mas espacioso de la vecindad, y allí, al compas de las cabalgaduras que ronzaban, y al rumor de los bueyes rumiadores, al amor de la lumbre con helechos y hojarasca siempre alegremente entretenida, se hilaban sendos copos de lana, y se referían horribles cuentos de brujas y aparecidos, hasta que la queda sonaba, en cuya sazón la velada y las historias se suspendían, y hasta los mas trasnochadores se retiraban á casa, de donde no volvían á salir á dos tirones.

Reinaba, pues, el mayor silencio en la ciudad un poco despues

de anochecido, cuando un anciano, tan corto de cuerpo como largo de manos, de fisonomía alegre y maliciosa, animada por cierto fuego de juventud ó de talento que brillaba en sus ojos garzos y atrevidos, se separaba del obispo, de vuelta de Santa María de Canogio, dejándole á la puerta del palacio, y besándole, mas por costumbre que por respeto, el anillo pastoral. Vestia largo ropon blanquecino con orlas de piel, y la cabeza mostrábala embutida en una especie de montera de nutria, que le tapaba las orejas y el cervigullo.

Tomó el camino de la puerta Fagaria, con mayor cuidado del que trajera, á causa de la completa oscuridad de las calles, pues entonces no habia mas faroles que las estrellas del cielo, cuando no estaba nublado, ni mas empedrado que la viva roca de los cimientos. Al descender de la eminencia en que la catedral descuella, el buen anciano ponía sus cinco sentidos en evitar ahora un tropiezo y luego un charco; un resbalon aquí y un poste acullá; cuando de repente, y no sin estremecerse de pies á cabeza, vióse abrazado por un bulto. Creyó que fuese algun ladronzuelo que su buena suerte le deparaba para proseguir el viaje mas aliviado de ropa y de bolsillo; pero el miedo no fué tal, que le impidiese conocer que el abrazador no era persona humana, sino un enorme perro, el alano Luzbel, que se habia hecho amigo suyo por la concomitancia con el obispo.

—¡Vaya, vaya, con las fiestas que tiene ese camello! dijo para sí el alarife Sisnando: no vales tu ni tu amo el susto que me has dado. Anda, anda á casa, que para guardian de convento, no das pruebas de muy edificante conducta á quien en tales horas por aquí te vea.

Por obra rechazarle quería, como de palabra le despachaba, cuando reparó en un pergamino enrollado que el perro en la boca tenia y con el cual al parecer le convidaba. Hízole entonces mil caricias el arquitecto, pasándole la mano por el lomo, llamándole afectuosamente por su nombre, y sin mucha dificultad pudo arrancarle la presa. Pareciéndole cosa que algun importante misterio encerraba, por haber tentado los sellos del pergamino, guardóselo en el ropon y prosiguió el camino de su casa, que caía cerca de la puerta Fagaria. Hallábase á la sazón el maese Sisnando en un gran descampado que se extendía desde la fachada de la catedral á las calles inmediatas, y como viese que el alano le seguía, dándole á entender acaso que si por deferencia á su amistad le habia dejado ver el mensaje, no podia abandonarlo; no se pagó de tanta cortesía y lealtad, y le despachó, primero con buenos modos, y luego á pun-

tapiés, y cuando le vió subir la cuesta cabizbajo y tal vez arrepentido de su generosidad, con tal ingratitud correspondida, el maestro de obras apresuró el paso y llegó á su casa ansioso por saber cómo fuese aquel pergamino que guardado traía.

Abrióle la puerta uno de los aprendices que le servían, mozo listo y tan suelto de piernas como de lengua, al cual le faltó el tiempo para referirle menudamente lo que el lector ha visto en boca de Gundesindo Gelmirez. La relación del aprendiz fué un nuevo acicate para la curiosidad del maestro.

—¿Has venido á casa en seguida? le preguntó este.

—Sí, señor; menos un poco que con mi compañero me he detenido en casa de Mingo, el tabernero.....

—Y allí por supuesto habrás contado.....

—Sí, señor; tanto mi compañero como yo hemos referido todo á los parroquianos de la taberna: allí hemos sabido que los acometedores eran escuderos de don Ataúlfo el Terrible.

—¡De don Ataúlfo! exclamó el alarife: sal, hermano, sal inmediatamente á dar parte de todo al gobernador de la ciudad.

—¡De todo! ¿Hasta de que os veo las manos teñidas con sangre? dijo el aprendiz con malicia.

—¡Bribonzuelo....! ¡Demasiado sabes tu lo que has de callar!

El aprendiz salió á cumplir sus deberes de buen ciudadano, informando á la autoridad de lo que habia presenciado en el camino, y tornó despues á casa, donde halló al maestro que se habia lavado cuidadosamente la mancha de sangre.

—Mañana, le dijo el arquitecto, ni tu ni yo podemos ir á las obras: yo porque voy á ponerme enfermo y á pasar dos ó tres dias en cama; tu porque tienes que cuidarme..... andando por esas calles y por estos contornos como un azacan, llevando recados á unas cincuenta personas cuyos nombres te diré.

—¡Cincuenta recados á otras tantas personas....! No me aflijo en verdad por las piernas, sino por la memoria.

—Yo que conozco la falta que de ella tienes, repuso el alarife, he tenido buen cuidado de reducir tan solo á dos palabras la comision.

—Con todo, sendas dos palabras á los cincuenta componen cien palabras, y cien palabras un sermón, que así se me quedará en el majín como los que predica el obispo.

—Pero yo, que no ignoro tu pícara, tu perversa memoria, he dispuesto que á todos les digas una misma cosa.

—¿Las dos palabras á todos?

—Ni mas, ni menos.

—¡Diantre! ¡Pues ya veo que no he menester sudar para decorar el recado.

—Para decorarlo no; pero si te has de ver con todas las personas á quienes has de darlo..... no te arriendo la ganancia; pues desde ahora te anuncio que tienes que recorrer toda la comarca y todas las categorías: desde el noble hasta al villano, desde el cardenal hasta el monje.

—¿Y qué recado, ó qué dos palabras son esas, señor maestro?

—*Ave María.*

—¿Nada mas que Ave María? Pues entonces van á creer que les pido limosna.

—¿Qué mal os vendrá á tí y á Mingo, el tabernero, si recoges algun sueldo?

—Con que de parte de maese Sisnando, que..... *Ave María.*

—Justamente.

—¿Y si los grandes señores no quieren recibirme, digo las palabras á sus pajes, ó escuderos?

—Guardate bien de ello. Si los nobles, cardenales, ó canónigos saben que vas de parte mia, verás como ninguno te hace esperar mucho tiempo.

—¿Y qué significa eso, maestro?

—Eso significa que si haces otra vez esa pregunta, ó si tu falta de memoria no llega al extremo de que te olvides de la comision apenas la hayas terminado, ó tu torpeza al punto de tomar una persona por otra, puedes contar con que en vez de picar piedra en Santa María de Canogio, haremos de tu carne un picadillo.

—¡Ave María!

—Devoto eres, hermano; pero hasta la devocion tiene sus reglas, y acabo de darte las que mañana han de regirte.

Tres dias ó tres noches despues de estos sucesos, armada de farol de pergamino, una reverenda dueña de negras tocas y de negro talle y apariencia, con tantos dientes de menos en la boca como pelos de mas sobre los labios, con la rueca en la cintura y la mano izquierda en un relicario de bronce, pasada la queda, salia de la velada para dirigirse á su casa cerca de San Fis. Seguiale otra mujer que, arremangadas las haldas hasta la cabeza, cubriase con ellas de tal modo, que solo dejaba una pequeña abertura por donde escasamente podian pasar los rayos visuales.

—Munima, dijo la primera volviendo la cara: vete delante, hija mia; y no te acuerdes ahora del cuento de las ánimas que venían arrastrando cadenas, ni del muerto que se levantó del ataúd; que aquí llevo yo el relicario, que merqué por dos maravedises á un peregrino de Jerusalem.

Munima pasó adelante sin mostrar temor alguno, y con todo su afán de taparse no podia encubrir un continente gallardo y un talle delicado, que se marcaba mas todavía por los anchos pliegues de la falda levantada. Si á esto se agregan unos pies lindisimos, calzados en zapatos de punta redonda con evilla, que pudieran servir muy bien para una niña de diez años, y el andar suelto y gracioso de la corza, no necesitamos ver á la tapada para asegurar que no sería de la misma catadura que su compañera.

—Mira, Munima, tornó á decir esta; para no acordarte de todas esas visiones, vete pidiendo á Dios que te libre de ellas.

—Bien está, madre Odoaria, replicó la delantera con una voz dulce y sonora; rezaré todo lo que os plazca; pero llevo otras cosas en que pasar para acordarme de cuentos.

—Es que á las doncellas les suele afectar mucho cualquier cosa de esas. Bien es verdad que son tan espantables.....

—Madre Odoaria, mas espantables son algunas otras que pasan todos los dias y de que apenas se hace caso.

—Tienes razon, Munima: ¡figúrate, si es cierto lo que cuentan del paje!

La jóven no contestó; pero sin poder remediarlo detuvo sus pasos, y exhaló un suspiro.

—¿Qué es eso? prosiguió la anciana: ¿ves algo? Mujer, no vayas tan adelante; no te separes de mí, que yo llevó el relicario y quiero que á las dos nos aproveche.

—Vamos, á prisa, á prisa, dijo á la sazón una voz ronca que salía de las tinieblas; vieja charlatana, haga por llegar pronto á su casa, si no quiere que la envíe antes con antes al infierno.

—¡Munima! exclamó trémula y desfallecida la vieja del farolillo.

Munima la cogió del brazo para defenderla y hacerla apresurar el paso.

No habria andado muchos, cuando una oscilación violenta del farol dió á conocer á la jóven que su madre estaba acometida de nuevos terrores.

—¡Buen garbo! dijo á la sazón un embozado que estaba arrimado á la pared: con la mitad de lo que ahí va quedo contento.

—¡Munima! tornó á decir la vieja sin aliento.

Munima siguió silenciosa, y animando á su madre con un apretón de brazo; y al coger el farol, que iba á perecer abrasado si permanecía un minuto mas en las manos temblorosas de su madre, otro embozado se les puso delante y apagó la luz de un soplo.

—No hay que asustarse, madre; dijo Munima: estamos ya cerca de casa.

—¡Adelante, adelante! les dijo otra voz distinta de las anteriores.

Por fortuna habia allí una imagen de la Virgen alumbrada por una lámpara, á cuyo resplandor la jóven vislumbró la puerta, y metiéndose por charcos y lodazales llegóse á ella, abrióla de un empujon, y cuando estuvo dentro dió un gran suspiro, como para desahogar el oprimido corazon, y tendió los brazos á su madre, que acaso sin este auxilio hubiera caido desplomada.

—Echa la llave, mujer, echa la llave, dijo Odoaria despues de vuelta en sí. No torno á salir contigo de noche.

—¡Connmigo! pues sin mí, ¿qué habria sido de vos, madre mia?

—Que hubiera venido tranquila y sosegada como todas las noches con nuestra vecina Nuña; pero como la pobre acaba de fallecer, he tenido que decirte que me acompañes, y he ahí cómo purgo mi falta de sacar de casa una doncellita de veinte años, mas hermosa que unas pascuas y mas derecha que un huso.

—¡Jesus! Señora, las madres siempre estan soñando con visiones ó con galanes.

—Pues ¿qué apostamos que todos esos embozados son hidalgos que te rondan, y que luego se descolgarán con una música divina que rematará en cuchilladas?

—Será lo que vos decís; ¿pero quién piensa en galanteos ni en músicas ahora?

—Ahora mejor que nunca, puesto que Ramiro falta.

—Ramiro, señora, me ha mirado siempre como una hermana; eramos vecinos, nos hemos criado juntos..... y sobre todo, si Ramiro falta, ¿quién osará arrancarle de mi corazón?

—Vamos, no te pongas á llorar ahora. ¿Quién dice que sean ciertas las noticias que corren? ¿qué se sabe hasta ahora? Que don Arias ha muerto acuchillado en el camino de Padron: que Rosendo pereció dias antes de la misma manera; pero Ramiro no parece, lo cual prueba.....

—Que no se ha encontrado su cadáver.

—O que no se hallaba en las refriegas por haberse quedado en la corte del Príncipe.

—¿Y el perro, madre mia? ¿El perro, que ha vuelto herido, tal vez por defender inútilmente á su amigo el paje?

—Vaya, vaya: hasta ahora nada se sabe. Mañana se celebra el juicio de Dios y el Señor nos lo dirá. Entretanto no hay que afligirse, que, á Dios gracias, jóven eres, hermosura no te falta, discrecion te sobra, dote tu padre te lo va juntando, y galanes Dios te los ha de dar. Vamos á la celosía, vamos, que yo quiero saber el fin de la aventura.

—¿No será mejor que recemos, y que ceneis como de costumbre?

—Luego, luego; el principal deber de una madre es saber quién ronda á su hija.

—¡Dale con las rondas! ¡pero si no es á mí....!

—Eso lo veremos. Ven; no me dejes sola, que aunque yo no soy nada miedosa, cosas nos han sucedido esta noche que darian pavor al mismo Cid. Tu nada, siempre tan firme..... Ya tienes á quien parecer-te, que tu padre cuando era escudero de don Bermudo de Moscoso.....

Munima subió á tientas las escaleras hasta el primer piso, llevando á su madre á la reja, que estaba abierta de par en par, y ella se sentó al pie, vuelta la espalda á la calle con la mano en la mejilla.

—Mira, mira si decia yo bien; murmuró la vieja con misterio; ahí tienes un embozado enfrente de casa.

Munima parecia no haber prestado atencion á las palabras de su madre.

—Y es devoto, proseguia esta; al pasar delante de la Virgen se quita el sombrero, ó gorro, ó bonete, que no se le distingue bien; dice ¡*Ave María!* ¡Calla! Se mete en la casa de enfrente. ¿Pues esa casa no estaba deshabitada? ¿quién se alojará en ella de ayer á hoy? ¿has visto entrar muebles? Muchacha, ¿qué haces ahí? ¿te has quedado dormida? ¿Te preguntaba si en la casa de enfrente donde vivia maese Sisnando, el arquitecto, has visto entrar muebles de ayer á hoy?

—No me he asomado á la reja.

—Pues habitada debe estar; porque acaba de entrar en ella un embozado. Cállate: ¡ya viene otro! Ese sí que es por tí. Apuesto á que saca un laud debajo de la capa y..... ¡Bizarro parece! Tan devoto como el primero: tambien se quita la gorra..... lo mismo que el otro: ¡*Ave María!* lo mismo que el otro: se mete en la casa, lo mismo, lo mismo que el anterior. Señor, ¿es posible que no he-

mos de saber quién se ha mudado á la casa de maese Sisnando? ¡Oh! Si viviese Nuña, ¡cómo daría yo ahora tres golpes en el medianil y saldría ella volando á la ventana! ¡Para que dejase de saber nuestra vecina, á las ocho de la noche, quién se habia mudado á la casa de enfrente, cuántos de familia, si eran nobles ó villanos, qué comían, qué cenaban....! todo, todo lo averiguaba ella en un decir Jesús. ¡Munima, Munima, otro embozado! Señor, ¿qué puede ser esto? Mujer, ¿estás muerta? Levántate; mira, mira: ¡tambien se quita el sombrero! ¡Tambien dice *Ave Maria*! ¡Tambien entra en la casa! ¿Qué casa es esa? ¡Qué escándalo! ¡Tres embozados! Pues, calla: que ya son cuatro, ¡Munima!

Esta vez no fué posible á la doncella permanecer indiferente. Su madre la cogió con ambas manos obligándola á levantarse.

—Madre Odoaria, le dijo: vamos á rezar; que los muertos no esperan acaso tan cómodamente como los vivos.

—Mujer, ten paciencia, que estoy viendo aquí cosas, con las cuales tengo tela cortada para entretenir á las vecinas todo un invierno. ¡Figúrate tu, que van cinco embozados..... sin contar con el que llega!

Munima observó en efecto que uno tras otro aparecían muchos bultos, que haciendo una misma ceremonia delante de la imagen, y pronunciando con cierta misteriosa entonación unas mismas palabras, entraban en la casa que, según informes de Odoaria, acababa de pertenecer á nuestro conocido alarife.

Como todo tiene fin en este mundo, llególe también el suyo á la procesion de embozados, y la madre y la hija se retiraron de la celosía, aquella haciéndose cruces maravillada de cuanto habia visto, y esta con aire triste y pensativo.

Dirigieronse á oscuras á la cocina, y Munima se arrodilló en el hogar para encender un candil, y mientras soplabá para sacar llama de los tizones, la vieja decía:

—Pero, ¿qué piensas tu de esto, Munima? Cosa de amores no puede ser, proseguía sin aguardar la respuesta: de brujería..... ¿Quién sabe? Pero todos los embozados, todos, sin dejar uno, buen cuidado tenían de saludar á la Virgen y de rezar un Ave María.

—Harto será, dijo la jóven levantándose con el candil encendido, á cuya luz se descubrió un semblante tan modesto como hermoso: harto será que no tenga que ver esta aventura con la desgracia de los peregrinos. Vivimos en unos tiempos, madre mia, en que no sirve que los hombres profesen una misma religion, hablen un mismo idioma, y vivan en un mismo pueblo, para dejar de hacerse la guerra

y de aborrecerse como infieles y cristianos. Vamos á rezar, madre Odoaria; porque al acercarme á la lumbre he sentido un olorcillo como de resquemó, y se me figura que la cena se ha pasado.

—Mujer, con estas cosas, yo no tengo gana de abrir la boca. Pero échale un poco de agua al guisado, que seria lástima que se acabara de perder.

Hízolo así la bella Munima, y en seguida se pusieron á rezar de rodillas, la jóven con fervor y aun con lágrimas, y la anciana mirando con frecuencia á los pucheros, apartándolos de la lumbre, ó volviendo á arrimarlos, segun el hervor le parecia mas ó menos sonoro y profundo.

De repente fueron interrumpidas por tres golpazos que sonaron la puerta de la casa.

—¡Llaman aquí! exclamó con terror Odoaria.

—Sí, señora; en casa es.

—¡Oh! ¡No abramos....!

—¿Por qué no? ¿quién sabe si vendrán á darnos alguna buena noticia?

—¡A estas horas! ¡Buena noticia! ¿De quién?

—De mi padre; de Ramiro..... ¿qué sé yo? ¡Las hemos recibido tan malas....! ¿Ois? segunda vez, y mas fuerte y mas aprisa:

—Podrá ser la justicia.

—¡Oh! Si Ramiro pareciese..... no dejaria de pasar por aquí, aunque fuese á media noche, para sacarnos del cuidado: ¿y si es mi pobre padre, que suele dar sus vueltas de improviso?

—¡Vamos, vamos pues! Quien quiera que sea, poca paciencia tiene segun redobla los golpes.

Acudieron á la puerta, que estaba á piso llano de la cocina, y Munima con la impaciencia iba á correr el cerrojo.

—¡Mujer....!

—¿Qué teneis?

—Mira lo que haces.

—¿Pues?

—Vas á abrir sin preguntar.

—Abrid presto con dos mil de á caballo; dijeron de afuera.

—Madre, ¿abrimos? preguntó la doncella tristemente, cuando vió que la voz no era conocida.

Y apartó la mano del cerrojo.

—¡Jesus! trazas tiene de ser la justicia, segun los malos modos con que viene.

—¡Abrid, voto á brios! repitió el de afuera dando una patada en el suelo.

—Yo conozco esa voz, dijo Odoaria en tono de duda: vamos, acaba de una vez, sea lo que Dios quiera.

Abrió la puerta Munima, y entró bufando de cólera un embozado de baja estatura, cubierto con una montera de piel.

—¿Pensabais tenerme al sereno, como longaniza? ¡Pésia á tal....! dijo el entrante con voz hueca y destemplada.

—¿Quién sois? ¿Qué quereis? le preguntó Munima con entereza, viendo que su madre no estaba en disposicion de abrir los labios, ni de moverse.

—A la cocina, á la cocina, que en el zaguan á ningun huésped se recibe, contestó el embozado.

Y diciendo y haciendo, guiado por el resplandor de los tizones, ó por el olor de la cena, se metió de rondon en el hogar y se sentó en un escaño. Poco despues llegó la doncella con el candil en una mano y asiendo con la otra á la madre, que maquinalmente la seguia.

—¡Caballero....!

—Soy mas llano, dijo el intruso desembozándose: llámome maese Sisnando á secas, arquitecto del obispo nuestro señor, á quien Dios guarde.

—¡Maese Sisnando! ¡nuestro antiguo vecino! exclamó la vieja mas tranquila: nadie mejor que vos puede sacarnos de la curiosidad en que estamos acerca de unos embozados.....

—¡Nadie mejor que yo! ¿Por qué? preguntó el alarife enarcando las cejas y clavando sus verdes ojuelos alternativamente en sus dos interlocutoras.

—¿Por qué? Como la casa en que han entrado fué en otro tiempo vuestra.....

—Y como ya no lo es, ¿qué diablos he de saber yo....? Justamente mi venida no tiene otro objeto que el de averiguar lo que habeis visto. Porque..... Dios me libre de levantaros el falso testimonio de falta de curiosidad en ocasion tan solemne.

—Si que lo hemos observado todo, maese Sisnando: ¡no faltaba otra cosa! Hemos visto uno, dos, tres, cinco, veinte embozados, que entran muy devotos.....

—Justamente. ¿Y sabeis que eso me huele á brujería?

—¡Ave María purísima! Pero ahora recuerdo que brujos, no pueden ser cuando saludaban á la Virgen y decian esas palabras que yo acabo de pronunciar.

—No lo dudeis, Odoaria; no lo dudeis: tambien el diablo toma á veces la apariencia de un santo ermitaño, ó se viste de monje, y reza en el coro, y se mete por las iglesias, donde suele hacer su agosto, y no por eso deja de ser tan diablo como el que tiene barbas de chivo, y patas de jumento.....

—Teneis razon: lo que es en eso teneis razon.

—Brujos ó duendes son, madre mia, repitió el alarife, y vuestra obligacion es ir mañana por la mañanita al palacio del obispo, y darle parte de todo, para que venga con hisopo y agua bendita á echar un *asperges* á esa maldita casa; de la cual os aseguro que me salió, madre Odoaria, por ciertos ruidos de cadenas que sonaban á cosa de media noche, arrastrando, arrastrando..... con un olor de pez..... ¡uf!

—¡Jesus! Brujos son, no tiene duda. Pero ¿cómo no habeis dado parte vos al santo prelado?

—Pues ahí está la cosa, madre. A mí no me cree, porque me tiene, así, por mal cristiano; pero si una tan santa y respetable mujer, como vos sois, va al señor obispo, y le cuenta todo..... no dejará de creerlo, vendrá aquí con los exorcismos, limpiará la casa de trasgos, duendes y fantasmas, y volveré á ser vecino de la buena Odoaria. Ahora no os diré yo que los tales duendes os dejen sosegar despues; porque suelen ser rencorosos y vengativos.....

—¡Maese Sisnando! ¡Teneis razon! ¿Y si por sacar los enemigos de una casa los meto en la mia?

—Eso vos lo arreglareis con vuestra conciencia: yo he cumplido con la mia. Con que buenas noches, madre, y no dejéis de encomendarme á Dios en vuestras santas oraciones.

Embozose hasta los ojos el arquitecto, se caló bien la gorra de nutria, y con grave continente salió de la cocina. Acompañábale Munima alumbrándole, y al llegar á la puerta de la calle le dijo con sencillez:

—Decidme, maese, así Dios os libre de trasgos y fantasmas: ¿esos brujos tendrán alguna noticia de Ramiro?

—¡Hem! murmuró el alarife volviendo súbitamente el rostro para fijar sus penetrantes miradas en la doncella.

—Digo que..... si sabrán esos duendes algo..... acerca del paje del obispo; repitió Munima candorosamente.

—¡Diablo de muchacha! exclamó para sí el maese. Hija mia, prosiguió en alta voz, no os aconsejo que vayais á preguntárselo.

—¿Por qué?

—Porque si á los duendes les parecis tan bien como en este instante á cierto alarife, discurro que no os dejarian salir tan fácilmente de la casa hechizada.

La jóven bajó los ojos modestamente, y el arquitecto se fué diciendo entre sí:

—Sencilla es por demas, ó por demas discreta. ¡Y qué hermosa....! Orgullo tengo de que sea villana.

Munima entretanto, haciendo como que cerraba, apagó la luz, y por un pequeño claro de la puerta se puso en observacion del que se marchaba, y despues de un rato pasó el cerrojo silenciosamente y se volvió á la cocina diciendo:

—No entra, no: es demasiado astuto para no presumir que puedo quedarme en acecho, pero no lo ha sido bastante para engañarme. ¡Oh! ¡Esas manchas de sangre en su ropon....! ¡y hasta se me figura que en él he visto estampadas las pezuñas de Luzbel....! ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio....! Pero no conviene alarmar á mi pobre madre.

Apenas vió esta entrar á su hija, comenzó á santiguarse con tal precipitacion, que su mano parecia un aspa de molino de viento.

—¡Válgate Dios por cosas! exclamaba al mismo tiempo: así pienso yo en abrir los labios como en tornarme judía. No, sino vete con el cuento de los brujos al obispo, para que luenga procesion de fantasmas tome la puerta de la derecha por la de la izquierda, y se me encajen aquí.... Munima, Munima, puertas y ventanas á cal y canto se cierran: cenemos si te place, y acostémonos con el relicario de bronce debajo de la almohada, y delante del santo apostol de plomo una lámpara quedará encendida.

Los sustos y los miedos de Odoaria no fueron parte para que dejase de cenar por sí y por su hija, que no probó bocado, pues estaba suspensa por demas é imaginativa.

—Madre Odoaria, dijo la doncella mientras su madre engullia las tajadas, quejándose á la par de los duendes y del resquemo: ¿queriais mucho á Ramiro?

—¡Qué pregunta! Estás empeñada en quitarme la gana de cenar: ¿pues no he de quererlo al pobrecillo? Como á hijo.

—¿Y qué hariais por él, madre mia?

—¡Jesus, María y José! ¿Qué no haria yo por el hombre á quien teniamos tu padre y yo entre ceja y ceja para marido tuyo? ¿Pero á qué vienen al caso semejantes preguntas?

—Vienen al caso, madre querida, de que vais á permitirme que no me acueste tan presto, y que sin luz en el cuarto esté asomada

á la reja de la calle, porque se me figura que toda esa tramoya de embózados y duendes tiene mucho que ver con las desventuras de.... de vuestro hijo Ramiro, dijo Munima entre compungida y ruborosa.

—¿Estás en tu juicio? ¿Sabes que no sirven rejas ni ventanas contra los espíritus malignos....?

—Por lo mismo tampoco sirven las paredes; y tan segura me considero de ellos en la celosía como en la cama.

—No te permito si no te quedas con el relicario; repuso la buena madre quitándoselo de encima.

—Bien, madre Odoaria, bien: quedaos vos con el Santiago de plomo.

—Yo, si no tuviera tanto sueño, te acompañaba..... y luego, no es lo mismo saber que se está observando á brujos que á galanes.

—Recojeos, madre mia, que luego lo haré yo.

Algun trabajo le costó á Munima vencer la repugnancia y el miedo de su madre; y no se separó de ella hasta dejarla medio dormida. Acudió luego, rebozada en un manto negro, á la reja del cuarto, que estaba completamente oscuro: notó el mas profundo silencio en toda la calle, la lámpara de la Virgen apagada, la noche como boca de lobo; ni ruido, ni luz en la casa de enfrente; ni el menor indicio de lo que acaba de pasar, de lo que la discreta doncella habia sospechado.

¿Cómo podia dudar, sin embargo, de que los que allí se reunian en las tinieblas, en horas en que ningun vecino honrado salia de su casa, no procedian con recto fin?

La visita de Sisnando, su empeño en persuadir á la pobre vieja que fuese á dar parte de las visiones al prelado, para concluir precisamente desviándola de semejante propósito..... la sangre, la sangre impresa en el ropon blanquecino del alarife, y la marca de las pezuñas; la sorpresa y suspension del anciano cuando le habló de Ramiro; todas estas eran pruebas que juntas producian una conviccion íntima en el ánimo de Munima, agitada ademas por un secreto instinto que le advertia que los autores de las desgracias del paje querido de su corazon se hallaban allí, á pocos pasos de donde ella estaba.

De repente atrajo sus miradas un débil rayo de luz inmóvil, al parecer, en el fondo de la calle. Calculó Munima que debia salir de una rejilla ó respiradero del sótano de la casa misteriosa, y que de consiguiente allí estaban congregados los enemigos de su amante. ¡Qué idea tan atrevida le asaltó la imaginacion! A pocos pasos de su

casa se estaba tratando quizá de la suerte de Ramiro.... Si osaba darlos, salía de la cruel incertidumbre que la devoraba. ¡Pero abandonar la casa....! ¿Y era por ventura abandonarla pasar en silencio á la de enfrente, y ponerse á escuchar á pocos pasos de la puerta, y sin perderla de vista....? ¿Y por quién se arriesgaba? ¡Por Ramiro, por el amigo de su infancia, por el escogido de sus padres, y antes que de sus padres de su propio corazón!

¿Y no era posible que descubriese al mismo tiempo alguna maquinación contra el prelado? ¿Y en este caso, no era un deber aprovechar aquella ocasión que se le brindaba....?

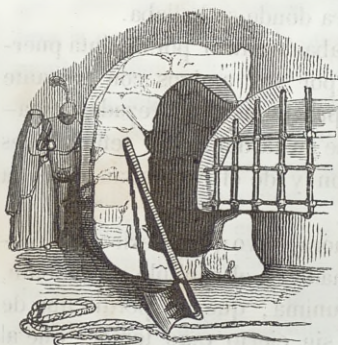
¡Cuán fácilmente cedemos á las inspiraciones mal seguras de la conciencia, cuando vienen en ayuda de nuestras naturales inclinaciones....!





CAPÍTULO III.

De lo que vió y oyó Munima, que es ni mas ni menos lo que podrá ver y oír el que este capítulo leyere ó escuchare.



ABE una reja circular que, á flor de tierra, servia de respiradero á los sótanos de la casa misteriosa, Munima estaba poco despues arrodillada, envuelta en su manto de estameña, y en el negro velo de las tinieblas, tendido sobre el fondo de la angosta y silenciosa calle.

Apenas aplicó el oído á los pequeños intersticios que dejaba una cubierta de mimbres toscamente entrelazadas con las barras de hierro, llegó á percibir hondo murmullo y confusa vocería de las distintas personas, que con abandono y animacion en el profundo aposento departian. Estimulada con aquel descubrimiento, trató de hacer mayor la abertura, separando primero las mimbres, y arrancándolas luego hasta dejar un hueco por donde casi pudo introducir la cabeza, llegando á distinguir las palabras con toda claridad. La reja en efecto estaba situada en el arranque de una bóveda y acústicamente del modo mas favorable

para la doncella, la cual no podia contentar sus ojos, como satisfacía sus oídos. El grueso de la pared y lo profundo del aposento impedíanle observar á su gusto lo que debajo pasaba, y con toda su diligencia, curiosidad y perspicacia, solo pudo alcanzar á ver algo de lo que enfrente de ella y en el extremo del cuadro se columbraba.

Era el sótano una especie de sala cuadrilátera, confusamente iluminada por una lámpara que de la clave pendía. Al través de la atmósfera pesada y nebulosa que allí reinaba, vislumbró Munima desde su elevado punto de vista una multitud de monteras y capacetes, de tocados árabes y de cogullas cristianas, de bonetes clericales con puntas, de bonetes redondos militares á semejanza de nuestros modernos sombreros chatos y sin ala; gorros diminutos de velarte, celadas con grifos por cimera, y entre toda aquella diversidad y confusion cautivó sus ojos desde luego una montera de nutria, tan conocida del lector como de Munima.

Al reparar en maese Sisnando olvidóse de sí misma, de la casa, de la madre, del mundo entero, y cubriendo toda la reja con el manto para que ni un eco, ni una sílaba se le escapara, como si en un confesonario estuviera, viendo algo y escuchándolo todo, permaneció largo rato en aquella postura, sin sentir el intenso frio de la noche, la escarcha que caía; sin saber siquiera dónde se hallaba.

Infirió Munima que el alarife acababa de entrar por distinta puerta de la de todos, porque rodeado por sus amigos con bastante desórden le dirigian á un tiempo mil preguntas, enderezadas á manifestar el temor y la estrañeza en que su tardanza les tenia; pues él era quien habia provocado la reunion y de él esperaban saber la causa de aquella junta estraordinaria.

Para esplicar el arquitecto su demora, tuvo que referir gran parte de lo que el lector ha visto y adivinado en el capítulo precedente, sacando á colacion algunas veces á Munima, que no perdía una de sus palabras. Observó la doncella, no sin cierto vago temor, que al aludir á ella maese Sisnando, llamábala hija de Pelayo, y que el nombre de su padre parecia ser entre aquella gente conocido y respetado.

Satisfecha ya la curiosidad de los unos, sosegado el pecho de los otros, y desvanecidos los recelos de los mas desconfiados, poco á poco fueron desapareciendo del corro y sentándose al rededor de la sala, y los que estaban enfrente de la reja, tenían todo el talante de deliberar tranquila y gravemente. En el rincon de la izquierda vió Munima á Sisebuto Ordoñez cubierto de malla de pies á cabeza, con rostro franco, pero desabrido, poblado de barba mas áspera que el

lomo de un jabalí: á su lado estaba un clérigo flaco y macilento: seguían luego algunos monjes, no de tan mal año como el clérigo, y en medio de ellos un caballero bizarramente vestido con una especie de turbante que le engarzaba el rostro, de fisonomía dulce, pero de altiva mirada, con la cual parecia estar desdeñando todo cuanto sus ojos alcanzaban. La hija de Pelayo no le conoció; pero el lector acaso se habrá figurado que era el conde de Lara.

Delante de aquella fila, un caballero sentado al lado de una mesa, que parecia ser la de la presidencia, puestos ya todos en orden, comenzó un discurso que amenazaba ser largo segun el exordio, pero afortunadamente para la junta el señor preboste se cortó á las primeras palabras, y aunque trató de anudar el hilo de la oracion, era este tan frágil y escurridizo, que á cada frase se le soltaba; lo cual parece que no consistia en otra cosa, sino en que traia el discurso decorado.

Estaba reducido á manifestar que el rico hombre de Altamira, á quien correspondia la presidencia, no podia asistir á la reunion por hallarse emplazado por Gundesindo Gelmirez para comparecer en el juicio de Dios que al siguiente dia se celebraba, en averiguacion del atentado cometido con los peregrinos cerca de Santa María de Canogio; pero que él en nombre de don Ataulfo tomaba sobre sus hombros la pesada carga de la presidencia, confiando en lo que hipócritamente confian todos los presidentes del mundo, en la prudencia, en el buen juicio, que nadie mejor que ellos sabe cuánto escasean en todas las asambleas deliberantes. Esto dijo, ó por lo menos, esto quiso decir Arias Diaz, que así se llamaba el orador; despues de lo cual añadió, improvisando con mas fácil y corriente estilo, que maese Sisnando debia dar cuenta á la hermandad del motivo que habia tenido para convocarla, el cual no podia menos de ser grave, cuando un villano como él hacia pasar una mala noche á tantos venerables eclesiásticos y nobles caballeros como allí estaban reunidos, sin contar con los honrados plateros, curtidores, carniceros, armeros y demas gente ruin y menuda que tambien asistia.

—Ante todas cosas, dijo el conde de Lara: sépase y téngase muy presente que yo no quiero presidir la junta, porque estoy muy de paso en Santiago: he llegado ayer, y no quiero permanecer mucho tiempo en tierra enemiga; si no, ¿quién podia disputarme la presidencia, dado que me dignase aceptarla? ¿Quién hay aquí que presuma ser mas que el conde de Lara?

—Aquí no hay mas ni menos, exclamaron algunos, á quienes

Munima no veía, aunque por lo tímido del acento le pareció que debían ser los plebeyos: aquí todos somos hermanos.

—¡Hermanos! ¡voto al diablo! gritó el caballero de las barbas de jabalí; y reprimiéndose luego por un iron que le dió en la melena el clérigo flaco y macilento, prosiguió: teneis razon; todos somos, es decir, aquí todos nos llamamos hermanos; pero ¡voto al señor Santiago! no creo que se imaginen maese Sisnando el alarife, maese Froilan el platero, Juan Diaz el curtidor, y otros todavía mas viles que viven en casas subterráneas, que han de ser tan ricos hombres como el de Altamira y el de Lara, tan nobles como yo, solo porque aquí les llamamos hermanos. Harto haremos si les arrendamos las tierras á precio mas bajo, por escepcion se entiende, si gastamos cotas, y guantes, y gorras, y espadas de su casa: harto haremos en ir dándoles entrada en el concejo y en la justicia, aunque sea de sayones. Me parece que me pongo en lo que es de razon, y que lo demas es pedir gollerías.

—Todo eso está en su punto, dijo el presidente: mas ahora se trata de oir á maese Sisnando, que tendrá que decirnos alguna cosa importante.

—Ahora se trata de oirme á mí, repuso el conde de Lara; á mí, que me habeis dejado con la palabra en la boca, cuando iba á proponeros la admision de un nuevo hermano.

—El cual tendrá una ventaja sobre los demas, observó con una sonrisa burlona el clérigo flaco que estaba al lado del cerdoso caballero enemigo de la igualdad.

—¿Qué ventaja?

—La de venir perfumado, si nos lo trae Lara.

—¡Voto al diablo! exclamó el barbitaheño, no sé por qué ha de pertenecer á una hermandad de cristianos ese hombre de alfeñique, que se baña y se sahuma como los infieles.

—Dicen que eso da salud..... y valor, contestó el clérigo amarillo con su eterna sarcástica sonrisa.

—Por Santiago bendito, lo que da salud son los baños de mosto por la garganta abajo, las mallas de hierro y los vapores de sangre enemiga.

—Hermano Lara, dijo á la sazón el presidente; aunque esta hermandad ha principiado por villanos, vistas las respetables fuerzas con que ya se cuenta, hemos determinado no dar entrada á nadie que no sea de hidalgo para arriba.

—¿He presentado yo ni admitido jamás á quien no lo sea? pre-

guntó con altivez el conde de Lara. La persona á quien yo vengo á proponer es mas que hidalgo.

—¿Caballero?

—Mas que caballero.

—¿Rico hombre?

—Todavía mas.

—¿Algun infante por ventura? preguntó el presidente con aire de incredulidad.

—Mas que infante, mas que príncipe.

—¿Mas qué príncipe? exclamaron á un tiempo los circunstantes con asombro.

—Os presento á la Reina de Castilla.

—¡La Reina! ¡la Reina! gritaron todos levantándose de sus asientos y rodeando al conde de Lara.

—Sí, señores: la Reina doña Urraca de Castilla quiere pertenecer á nuestra hermandad.

Tornó otra vez el desórden y la confusion, producidos por el regocijo y algarazara que infundió generalmente aquella noticia.

—De esta hecha soy obispo; dijo un canónigo frotándose las manos de gozo.

—Y yo canónigo, añadió el clérigo flaco, y dirigiéndose al caballero tan enemigo de la igualdad como de la limpieza, añadió: mirad, Sisebuto Ordoñez, lo que es los baños prohibidos estan por una ley de Alfonso VI; pero yo no encuentro en los cuatro evangelistas una palabra contra ellos; y en cuanto á los perfumes debeis saber que la Magdalena lavó los pies de Jesucristo con ungüentos olorosos.

—Voto á brios, respondió el de las crines; ya quereis ponerlos á bien con Lara para que la Reina os dé el canonicato sahumado.

—Todo lo demas se borre, contestó el clérigo suspirando; y denme la prebenda con sahumero ó sin él, que no será mal recibida.

Munima observaba con terror aquel general y repentino júbilo. Dábase por segura entre los conjurados la caída del obispo, si á los esfuerzos de la hermandad se unian los del trono: los señores contaban con volver á recuperar sus tierras y castillos y subir las pechas de sus vasallos, y los canónigos con disfrutar de su antigua libertad. Los únicos que iban á perder de todas maneras, despues de haber promovido y fundado la hermandad, eran los villanos; que siempre el pobre que se rebela viene á ser azotado por los mismos á quienes halaga, empuja y favorece.

—Maese Sisnando era el único que parecia triste y receloso, y se

oponia con todas sus fuerzas á la entrada de la Reina, pero sus compañeros le desairaban en aquella ocasion, deslumbrados por la gloria que les resultaba de haber fundado una hermandad ante la cual se presentaba como postulante la Reina de Castilla.

—Hermanos, cada cual á su asiento, dijo por fin Arias Diaz. Esponga don Pedro de Lara las condiciones con que la Reina quiere entrar en la hermandad.

—¿Condiciones? ninguna, contestó el conde. ¿Con qué fin nos hemos congregado?

—Para auxiliarnos y defendernos mutuamente contra toda clase de enemigos, de manera que el daño ó la injuria que uno de nosotros reciba considérase recibida por todos y por todos de consiguiente debe ser vengada.

—¿Y cuál es el daño, cuál es la injuria que nos hemos propuesto vengar? En una palabra, ¿contra qué enemigo nos hemos conjurado?

—Contra el que os fastidia á vos con sus eternas epístolas y sermones sobre la molicie y los deleites, y á mí con sus amenazas de excomunion porque estoy casado con una prima: contra el que ha eclipsado el poder del rico hombre de Altamira y el de todos nosotros los nobles de esta tierra: contra el que quiere convertir á los canónigos en monjes y á los monjes en anacoretas; contra el obispo de Santiago. ¿No es verdad, hermanos, que todos le aborrecemos y estamos juramentados para conseguir su deposicion y su ruina?

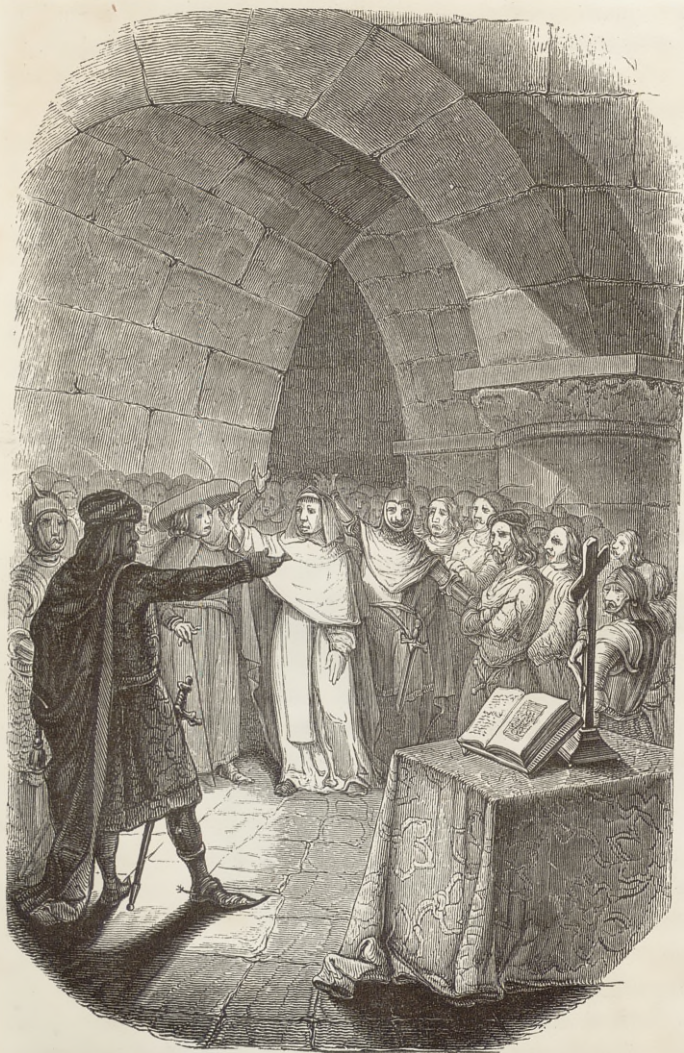
—¡Todos, todos! gritaron los conjurados, espresando cada cual en aquella palabra sus propios rencores.

Maese Sisnando era el único que permanecía impasible.

—Pues bien, dijo Lara: yo os juro que ninguno de nosotros aborrece tanto al obispo Gelmirez como la Reina doña Urraca.

—¿Pero ha menester la Reina de nosotros para prenderle? preguntó el canónigo que contaba con suceder al prelado.

—Sí: la Reina no puede prenderle porque no ha de venir con gran copia de gente armada á la ciudad del obispo; porque no ha de esponerse á que el Papa la excomulgue y la prive de su corona; pero dadnos preso á don Diego en un motin, en un tumulto, que vos armeis en sazon oportuna, que la Reina y yo nos encargamos de tenerlo á buen recaudo y de privarle para siempre de su dignidad y de su señorío. Quince años estuvo preso don Diego *Primero*, por no sé que rencillas que tuvo con Alfonso VI: me parece que siendo tal el cariño de doña Urraca á don Diego *Segundo*, bien podemos cal-



Lám. 8.

Imp. de Gaspar y Roig.

cular que no bajarán de treinta los años que le tenga en conserva.

—Sin violencia, sin ofender su dignidad, degradándole primero: murmuraron los monjes.

—Es claro, respondió el de Lara: sin violencia ninguna mandarémos la Reina y yo que le juzgue un tribunal, y sin violencia ninguna le sacáran los ojos.

—¡Bien! ¡Vitor! exclamó aquella gente con algazara cruel, mientras el conde se sonreía de un modo mas cruel todavía.

—¡A prender al obispo! ¡Y á su hermano! ¡Al gobernador! Al gobernador, que nos insulta con su fasto y su insolencia, no siendo mas que un hidalguillo. ¡Muera Gundesindo! ¡Mueran todos los parientes y partidarios del obispo!

—Mueran, y antes hoy que mañana, y pues que ya contamos con la proteccion y amparo de la Reina de Castilla, demos el golpe cuanto antes, dijo un caballero.

—¿Cuándo?

—Mañana, mañana mismo, para impedir que el Lobo de Altamira se presente al juicio de Dios.

—No, señor, dijo Arias Diaz; eso seria indigno de Ataulfo de Moscoso: estemos todos dispuestos para el dia y la hora que el rico hombre nos señale.

—Que me place, contestó el de Lara; la Reina y yo dejamos el negocio de buen grado en manos del señor de Altamira.

—¿Jurais, hermanos, empuñar las armas ó cooperar cada cual segun sus fuerzas al esterminio de los Gelmirez y de sus partidarios cuando el preboste os llame?

—¡Lo juramos, lo juramos! gritaron aquellos canibales envalentonados y ébrios de gozo con el honor que la Reina les dispensaba.

—Pues bien: ahora que todos estamos conformes, razon es que maese Sisnando, que está ahí como un poste, y mas taciturno que Pelayo el mudo, nos diga lo que tiene que decirnos.

Munima se estremeció al oir el nombre de su padre.

—Sí, sí, que hable maese Sisnando, gritaron los plebeyos.

—¿Quereis que hable? dijo una voz conocida de Munima.

—¡Sí, sí!

—Pues lo primero que tengo que deciros es que acabamos de hacer una insigne torpeza.

—¿Cuál?

—La de admitir á doña Urraca en la hermandad.

—¡Pésia mi alma! ¡No hay un sayon que corte la lengua á ese

villano! exclamó con ira el caballero de las barbas de jabalí, que por fortuna tenia siempre á su lado al clérigo flaco y amarillo, imágen de la prudencia, ó si se quiere, del miedo.

—¡Don Sisebuto! le dijo tirándole de la sobrevesta.

—¡Don diablo!

—Que maese Sisnando es fundador de la hermandad.

—Que lo sea del infierno.

—Que puede copiar vuestra cara en la efigie de un oso.

—¡Hem!

—Y seria muy mala pasada que contemplando las gentes el cuadrúpedo, creyeran que os estaban viendo pintiparado.

Mientras el bueno del clérigo apaciguaba al amohinado caballero, el alarife se las habia nada menos que con el conde de Lara, que, todo inmutado, le preguntó qué tenia que decir de la admision de doña Urraca.

—¡Nada! contestó Sisnando, sino que me parece que cuando los reyes se meten á conspirar con sus vasallos, unos y otros emprenden un juego en el que arriesgan toda su fortuna, y á veces su pellejo.

—Con que es decir, señor villano..... dijo Lara.

—Es decir señor..... casi rey, porque llamaros conde á secas me parece poco para vuestra grandeza y valimiento; es decir, que ó la Reina ó nosotros hemos de perder en este juego, y que una vez empeñada la primera baza, no soy hombre de volverme atrás, aunque supiese que ganaban la partida, y que me agrada esta lucha, porque veo venir al enemigo, y para que os convenzais señor..... casi príncipe, de que soy generoso, pido que la Reina de Castilla sea nombrada abadesa, ó cabeza de la hermandad.

—¡Tiene razon! exclamaron los nobles: la Reina no puede entrar aquí sin ocupar el primer puesto.

—¡Abadesa! Nombremósla cabeza de la conjuracion, repitieron todos.

—¿Lo quereis?

—¡Sí, todós, todos!

—Queda nombrada (1).

(1) No podemos escusarnos de presentar aquí la prueba de estos hechos en las siguientes líneas que traducimos de la *Historia Compostelana*. « Los intesti- » nos enemigos del obispo hicieron una conspiracion llamada Hermandad, en la » cual se ligaban con el juramento de auxiliarse, defenderse y favorecerse mutua- » mente contra todo el mundo; de manera que si alguno recibia injuria ó daño de

—Os doy las gracias en nombre de S. A., dijo el de Lara con un ademán casi augusto.

—Pues señor, murmuró el arquitecto entre sus amigos: nos hemos dejado dominar por los nobles, ahora es preciso que los nobles sean dominados por la Reina. Esta baza la hemos ganado: vamos á ver la segunda. Hermanos, prosiguió en mas alta voz: tenia que dirigirme á vosotros para daros noticia de un importante descubrimiento que he debido á mi buena fortuna; mas ahora me dirijo al conde de Lara, como representante de S. A. la abadesa, ó jefe de la hermandad. ¿Qué daríais por saber noticias verdaderas del mensaje del Príncipe don Alfonso al obispo de Santiago?

—¿Del mensaje que traian dos peregrinos....?

—El mismo.

—¿Que fueron sorprendidos antes de entrar en la ciudad?

—Justamente.

—¿Uno de los cuales ha muerto, y el otro....?

—Y el otro ha debido morir ahorcado; porque le conozco, y sé que entre la deslealtad y la horca, prefiere que le cuelguen.

—¡Oh! Por llevar alguna noticia de ese mensaje á la Reina..... se entiende, que yo mismo habia de ser el portador.

—Vos únicamente.

—¡Oh! Te daría..... veinte onzas de oro.

—¿Y si no fuesen noticias vagas, generales, sino menudas, precisas, terminantes?

—¿De veras? Maese Sisnando, ¿hablas de veras? Me vas á saquear..... pero por tener la gloria, el placer de ser yo el portador de esas noticias..... por proporcionar satisfaccion tan grande á la Reina, te daría..... todo cuanto tengo..... ¡cincuenta onzas de oro!

—¡Cincuenta onzas! exclamaron los espectadores de aquella escena, para todos interesante. ¡Cincuenta onzas! tornaron á decir, unos escandalizados, otros con envidia, los mas con asombro.

—Y si pusiese en vuestras manos el mensaje, la carta, la carta misma del Príncipe, con sus armas reales.....

» algun poderoso, ó de cualquiera que no perteneciese á la Hermandad, sus cómplices estaban obligados á socorrerle segun sus facultades. Añadian otras muchas cosas que es largo referir, y encaminándolo todo contra el obispo, y con el objeto de quebrantar su poderío, hicieron Abadesa de la Hermandad á la Reina doña Urraca. »

Acerca de estas sociedades del siglo XII, desconocidas á nuestra historia general, nos suministra datos curiosísimos el monje anónimo de Sahagun, tambien coetáneo.

—¡ La carta ! ¡ La carta en mi poder, sellada, intacta !

—Sí señor, la carta, manchada con la sangre de sus malogrados portadores.

—¡ Oh ! ¡ Sisnando ! exclamó el amante de la Reina, que al través de aquellas palabras vislumbraba tesoros de amor, como el artífice podía entrever tesoros verdaderos; pídemme cuanto quieras: mi mejor caballo, mi mejor arnés, mi mejor castillo, mi mejor ciudad. Eso ya no se paga con dinero.

—Teneis razon, conde de Lara: eso ya no se paga con onzas de oro. Eso se paga con una palabra.

—¡ Con una palabra ! repuso el amante, dudando si debía alegrarse de haber salvado su caudal.

—¿ No habeis venido autorizado desde Lugo para proponernos como hermana á la Reina de Leon y de Castilla ?

—Sí.

—¿ No teneis que jurar en su nombre fidelidad á todos los hermanos ?

—Lo juro.

—Pues bien: segun nuestra regla, el que falta al juramento de lealtad, ademas de hacerse acreedor al mas terrible castigo, queda privado del derecho que tiene á que los demas sean con él leales como hermanos.

—Es justo.

—Pero nosotros tenemos un juramento anterior como vasallos, que nos obliga á respetar y obedecer al monarca.

—Los nobles cuando menos le han hecho una vez pleito-homenaje.

—Y los plebeyos se lo hacemos todos los dias, cuando pedimos á Dios por ella. Pues bien: en cambio del pergamino que voy á entregaros, prometedme en nombre de la Reina, pues que siempre lo estais tomando en boca, y tan ámplios poderes habeis traido, prometednos que si doña Urraca de Castilla quebranta alguna vez el juramento de la hermandad, es decir, si favorece á nuestros enemigos y no toma como suyos nuestras injurias y daños, nosotros no solo quedaremos libres del juramento de hermanos, sino del juramento de vasallos, de manera que sin deslealtad ni pecado podamos elegir el señor que nos acomode.

—Os lo prometo.

—No: eso no lo habeis de prometer vos, conde de Lara, dijo Sisnando sonriéndose: por grandes que sean vuestros poderes, y

mucho vuestro valimiento, hay palabras que deben pronunciarse con el alma mas que con los labios, y nos habeis de perdonar si no creemos que el alma de doña Urraca haya transmigrado á vuestro cuerpo.

—Pero entonces, ¿cuándo pensais entregarme la carta?

—Ahora mismo, con una sola condicion.

—¿Cuál? preguntó el conde, pálido ya con tantos sobresaltos y alternativas.

—Como hombre de honor nos habeis de prometer, que si la Reina no está dispuesta á relevarnos del juramento, segun lo exigimos, de ninguna manera le entregareis el escrito, ni la direis una sola palabra acerca de su contenido.

—Eso es poner muy á prueba mi hidalguía, Sisnando.

—Eso es conoceros, saber que sois castellano, y descansar en vuestra palabra.

—¡Gracias, Sisnando! Mi palabra está dada: venga la carta.

El arquitecto se adelantó, sacó del ropon un rollo de pergamino manchado de sangre, con los sellos de cera todavía intactos, lo puso en manos de Lara, que pasando rápidamente los ojos por las armas de Leon y de Castilla, claramente estampadas, y no pudiendo dudar de la realidad de aquel inesperado acontecimiento, tendió los brazos al maestro de obras, diciéndole al estrecharlo contra su corazón:

—¡Maese Sisnando, merecias haber nacido noble!

—Conde de Lara, contestó el artífice; sois leal y agradecido; mereciais haber nacido hombre.

Enagenado el amante de la Reina, no debió oir esta última frase, ó por lo menos hizo como si no la hubiese oido, y despues de acercarse á la luz para dirigir otra segunda mirada con mas detenimiento y complacencia al sellado pergamino, iba á guardarlo en la escarcela, cuando cien voces salieron á un tiempo protestando contra aquella reserva, que se calificó de atentado á los derechos de la hermandad.

—¡Que se lea! ¡Que se lea! gritaban unos.

—Abridla, abridla: debemos saber los secretos de nuestros enemigos, decian otros.

Lara perdió el color, y comenzó á temblar de pies á cabeza, pensando que el tesoro se le iba de las manos.

—¡Señores, por Dios....! decia el conde con voz desfallecida.

—Hermanos, dijo Sisnando interrumpiéndole con firme acento: si la Reina fuese enemiga nuestra, si fuese á lo menos indiferente, el secreto del obispo, contra quien estamos conjurados, de derecho

pertenecía á todos los que han entrado en la conjuracion; pero acabais de admitir á doña Urraca por hermana, acabais de nombrarla jefe ó cabeza de la hermandad, y nadie puede entrometerse en lo que por fuero le pertenece. Habeis querido un freno, tascadlo: habeis querido un rey en la conjuracion, y los reyes son como los diamantes, que aun desprendidos de la sortija, siempre brillan en medio del fango en que han caido, y se llevan las atenciones y arrebatan todas las miradas.

—¿Y qué mas da que la Reina vea el pergamino despues que nos hayamos enterado nosotros del escrito? dijo el preboste.

—¡Por Dios, señores....! tornó á clamar el conde de Lara con débil acento.

—Hermano Lara, repuso el alarife con energía: ¿cuándo pensais volver á Lugo con el mensaje?

—Mañana mismo, despues del combate que debe verificarse á las diez.

—Dadme esa carta: mañana os la devolveré antes del juicio.

—¿Por qué?

—Porque no la considero segura en vuestras manos: porque quiero retar á los presentes á que la arranquen de las mias. Si; yo he tenido cerca de tres dias en mi poder este pergamino, y aunque no sé leer, conocí desde luego su importancia, y á nadie sino á la hermandad he querido mostrarlo. Mas ahora creo que nos sirve mas cerrado que abierto, pues nos liberta de un juramento que ha de pesarnos muy en breve, ó liga el trono con nosotros con lazos indisolubles. ¡Ea pues! dejad de ser mujeres curiosas, ó niños arrebatados, que por satisfacer un deseo presente sacrifican su dicha futura.

Este discurso, y mas que todo, la resolucion con que Sisnando tornó á guardar la carta, calmaron á sus compañeros, que se quedaron como un podenco á quien se estrega los hocicos con la caza que no ha de probar.

—Pero ya que con el pergamino no hayas hecho sino darnos dentera, dijo el clerigo pretendiente, justo será que des un hartazgo á nuestra curiosidad, contándonos sin quitar una tilde la manera con que ese rollo, que Dios quiera vuelva á parecer por acá, ha llegado á tus manos. Antójaseme que despues del chasco sufrido, no pedimos gollerías.

—Nada pedis, señor canónigo..... futuro, contestó Sisnando, que no sea justo y puesto en razon. Y para que veais cuán dispuesto me hallaréis siempre á complaceros en cosas racionales, hasta en poner,

por ejemplo, vuestro retrato en la figura de la muerte, comenzaré á deciros sin mas preámbulos, que volviendo hace tres dias del convento de Santa María de Canogio, fuí acompañando al obispo hasta la puerta de su casa, departiendo acerca de la manera de traer aguas á la ciudad. Habeis de saber que don Diego Gelmirez tiene mas talento y mas ciencia que todo su cabildo, como quiera que vos no pertenezcais á él todavia, añadió el arquitecto con su habitual bellaqueria: yo le respeto mucho, señor canónigo..... futuro; pero no podemos vivir en paz ni ser amigos nunca: él representa una cosa y yo otra: él la ciencia sagrada, la teología, la elocuencia, y yo las artes; sí, las artes, repitió Sisnando con orgullo. Él escribe, él escomulga: yo levanto edificios y tengo en mi cincel su escomunion del ridículo: mientras no haya una mano poderosa que funda en una las dos ideas, él seguirá escribiendo, predicando y fulminando anatemas, y yo construyendo y esculpiendo burlas mas ó menos pesadas. Los dos nos apreciamos y nos respetamos mutuamente; él sabe que soy su enemigo y me emplea: yo sé que no me tiene un grande afecto y le sirvo. Yo, sin embargo, no me meto en sus teologías; creo, bajo la cabeza, y levanto fachadas ó le doy al martillo; pero, ¿hay diablos que aguanten la manía del obispo en trastornar todos mis planos geométricos y en dirigir mi cincel, de manera que si no tuviese este pícaro genio que Dios me ha dado, yo seria hoy todo brazos y el obispo todo pensamiento? ¿Pues no estaba empuñado la otra tarde en que las aguas habian de subir dos codos mas altas que su nivel?

—Pero, ¡la carta, la carta! exclamaron los conjurados, que no entendian una palabra de aquella plática.

—Haceis bien en recordarme que estoy hablando delante de vosotros, señores feudales, monjes y canónigos..... mas ó menos futuros; creí tener un público que me comprendiese, y como estas ocasiones son tan raras..... Volviendo á la carta.....

Pero el autor no tiene por conveniente acompañar á maese Sisnando en la vuelta que propone, porque su cuento nada añade á lo que sabemos.

La reunion se disolvió á mas de media noche: los conjurados salieron por otra calle, á escepcion de uno solo, que, embozado hasta los ojos, y sumido en su ropon y enorme gorra de nutria, acercóse á la reja por haber columbrado al retirarse que habia en ella un hueco que antes no aparecia. A los pocos pasos tropezó en un cuerpo humano tendido al pie de la reja, frio, inmóvil y al parecer exá-

nime, pues habiéndole urgado con el pie no daba señales de vida.

El alarife acudió á tientas á la casa de enfrente, cuya puerta, como dijimos, habia quedado entornada; penetró silenciosamente hasta la cocina, en donde tomó una luz; con ella tornó al zaguan, dejóla tras de la puerta, y acercándose otra vez al respiradero del sótano, cogió en sus brazos á Munima, que no pudiendo resistir á tantas y tan diversas conmociones como en pocas horas habia experimentado, cayó desvanecida. Su manto estaba cubierto de escarcha, su rostro pálido y amoratado, sus manos frias, tiesas como las de un cadáver. Sin el oportuno socorro de Sisnando, allí hubiera quedado arrecida, helada.

Llevóla á la cocina; púsola en el hogar; encendió lumbre, y prodigóla tantos auxilios, que pudo hacerla volver en sí; pero tan ruborizada y sorprendida de verse en aquel paraje á tales horas, y á solas con el arquitecto, que este temió muy de veras no la tomase otro desmayo.

—¿Y mi madre? ¡mi madre! preguntó Munima.

—¡Nada sabe, infeliz, nada sabe! Buen rato le hubieras dado mañana, si yo, presumiendo tu curiosidad, no hubiese acudido á examinar, porque los agujeros de la reja se habian ensanchado desmesurada y repentinamente. ¡Par diez! Mira, desventurada, mira tu manto cubierto de hielo, y piensa qué hubiera sido de tí si tardo una hora mas en socorrerte.

—¡Oh! ¡cuanto os debo, maese Sisnando!

—¿Sabes cómo has de pagarme?

—¿Cómo?

—Con tu eterno silencio sobre lo que has visto.

—¡Oh! Eso no: eso nunca; porque el silencio es un crimen, en el silencio va envuelta la muerte de.....

—¡La muerte de tu padre!

—¿De mi padre?

—Sí; por mas que los nobles se jacten de otra cosa, tu padre y yo somos los fundadores de la hermandad. Ahora que todo lo sabes, haz lo que quieras: dijo el arquitecto, y se alejó de casa de Munima.





CAPÍTULO IV.

Prosiguese el cuento de aventuras descomunales, que pasarían por apócrifas, á no estar completamente justificadas en la crónica.



OR alguna de las muchas razones que dijeron de mas Odoaria y los conjurados, que de viejas hilanderas y de conspiradores ha sido siempre el charlar por los codos, sabemos que Gundesindo Gelmirez habia pedido campo al obispo para reñir un desafio con Ataulfo el Terrible. El Lobo de Altamira, que así se llamaba tambien por haber elegido por blason una cabeza sangrienta de este animal en campo de oro, quedó sorprendido cuando los escuderos del gobernador le llevaron un guante provocándole á comparecer en el juicio de

Dios para el siguiente dia.

Gozaba á la sazón de bonísimo humor el Terrible, pues su cara mitad y conjunta persona, doña Constanza Menendez de Monforte, consumida por una fiebre lenta, habia tenido á bien partirse al otro mundo; y aunque no pocas veces se volvió atrás, al borde mismo de la sepultura, cerca de un mes de paz y de sosiego aseguraban al marido de semejante chasco. Contentóse, pues, con apalear á los farautes del gobernador, diciéndoles: que puesto que ya sabian la medida de sus palos, escusaba dar á Gundesindo la de sus armas; que

no debía él honradamente cruzar las suyas con un hidalguillo, especie de yedra que solo podía crecer arrimada á las paredes de la iglesia; y que para castigar al representado como á los representantes, por la insolencia y desacato de venir á turbar las alegrías del lobo en su madriguera, él enviaria allá persona digna y competente.

Asaz mohinos y de mal talante los desdichados escuderos bajaron de la colina, sobre la cual está fundado el castillo de Altamira, dándose por muy dichosos cuando en términos y jurisdiccion del obispo se vieron, por tornar con vida de la cueva de semejante alimaña, que por hallarse en una de sus bonisimas horas, les hizo gracia de no engullírselos de una dentellada.

Despachados los farautes con cajas tan destempladas, hizo el de Moscoso una batida por la montaña, y atestiguaron la destreza del noble cazador dos lobos y una jabalina, sin contar cierto villano á quien atravesó con un venablo en la duda de si seria hombre ó fiera. Los despojos se trajeron al castillo, escepto el villano, que herido se quedó en el monte: la jabalina fué abierta en canal y metida en salmuera, y despellejados los lobos y colgadas sus cabezas de un garfio en la fachada del edificio, adornada ya con alguna docena de ellas, consumidas por la intemperie ó devoradas por los buitres. Agréguese la satisfaccion de este triunfo á las anteriores satisfacciones de Ataulfo, y habremos de convenir en que su gozo debía ser estremado.

Pero de lo que mas se maravillaban los sombríos moradores del alcázar era de que tanto tiempo le durasen el contento y la tranquilidad. La dulce sonrisa era un movimiento á que no se plegaban jamás los labios del Terrible, y de sus efimeros deleites y somero regocijo solia caer de improviso en un abismo de tristeza, del cual no acertaba á salir sino lanzándose por temporadas á la caza, á la guerra, á la rebelion, y á todo linaje de escesos.

Al amanecer del dia señalado para el juicio de Dios, un hombre de talle gigantesco, de complexion recia, encendido de rostro, abultado de facciones, rubio de color y de mirada sombría y perspicaz como la de la hiena, entretenido en limpiar los arreos de caza, en pie delante de la enorme chimenea de su cuarto, estaba diciendo al primer escudero, sin levantar siquiera los ojos para mirarle:

—Rui Perez, tu fuiste, si mal no me acuerdo, quien dió tan buena cuenta de aquellos peregrinos..... ¿Eh?

—Yo, sí, señor: en Santiago estaba esperando vuestras ordenes en la taberna de Mingo, cuando sentí el chasquido del látigo, y al

levantarme para teneros el estribo, ya estabais adentro, y desde allí cabalgamos á toda prisa mi compañero Gil Diaz y cuatro soldados de don Gutierre Fernandez de Castro, que estábamos merendando juntos.....

—En cumplimiento del encargo que se os habia hecho de vigilar el camino desde Padron á Santiago. ¡Por la sangre de mi padre! ¡medrado está quien se fia de canalla tan ruin y bebedora! ¡Juro á Dios, que si no acierto á columbrarlos de lejos, y á seguirlos muy quedo por un camino arenoso, en que no se sentian las pisadas del caballo; si el viento que de frente venia no me hubiese traído sus palabras, y si ellos no anduvieran tan embebidos en sus cuentos y en sus amores, que sordos y ciegos parecian, juro á Dios, seor escudero, que hubiéramos salido bien librados con vuestra diligencia! Y luego..... ¡famosa proeza, vive el cielo, seis guerreros contra dos peregrinos!

—Y Luzbel, ó Satanas, por añadidura, señor caballero.

—¡Ah! ¡ah! ¡Luzbel..... Luzbel! exclamó don Ataulfo, riéndose brutalmente y siempre metido en faena con sus arreos: ¡Lástima que no te hubiese llevado las orejas! ¡Cobarde, que te dejas arrebatar una carta que nos importaba cien veces mas que la vida de un vejete, y vivo dejas al mozo que tuvo la insolencia de confesarse enamorado de....!

—¡Cobarde! ¡Me habeis llamado cobarde!

—Buen latigazo me llevó, prosiguió el Terrible, sin escuchar á Rui Perez; pero te juro que he de cruzar el rostro al muñeco, si de la horca se salva, de manera que le quede por toda su vida señal de la santiguada.

—¡Si hubierais visto, como yo, con aquel leon que se me colgaba del brazo....!

—¡Por el alma de mi abuela, que murió en olor de santidad....!

—¡Y sobre la malla y todo me clavó los dientes en la carne!

—¡No, no le han de quedar ganas de volver á mirar á doña Elvira de Trava!

—Yo quisiera, señor, proseguia impávido el escudero; yo quisiera habérmelas con Roldan, con el Cid en persona, y no ese perro maldito.....

—¡Señor Rui Perez! exclamó el rico hombre con un espantoso bufido, y bruñendo con viveza convulsiva el cuerno de caza: os estoy hablando de Elvira, y cuando yo pronuncio este nombre, teneis que callar, aunque os esten atenaceando.

—Me habeis llamado cobarde, repuso tímidamente el escudero.

—¡Voto á los cuernos de Belcebú! gritó don Ataulfo, tirándole á la cara el rico instrumento de caza.

Pero en buen hora para Rui Perez, la misma cólera cegó al Terrible hasta el punto de errar la puntería, y la corneta se estrelló en mil pedazos contra las losas del pavimento.

El escudero perdió el color, y se quedó contemplando con espantados ojos el encendido rostro del Lobo de Altamira.

—¡Perdonadme, señor....! murmuró luego balbuciente.

—¡Elvira! ¡Elvira! esclamaba don Ataulfo, dando pasos agigantados: ¡si como puedo hacer que caigan de rodillas mis vasallos cuando te invocó, pudiera conseguir que se prosternara el universo! ¡Ea! Levanta esos ojos, Rui Perez: no temas, no, ningun desaguisado cuando te estoy hablando de ella..... Ha sido un pronto que ya pasó.

—¡Ah! pero si hubierais tenido mejor puntería, para mí..... todo habria pasado.

—Me hubiera despedazado en seguida el corazon, Rui Perez. ¡Oh! Al que me hiciese dueño de Elvira le haria yo mi señor, le besaria la mano, le serviria de hinojos.....

—Mucho la amais, señor.

—Mas de veinte años ha que no tengo otro pensamiento que el de hacerla mia.

—¡Cómo!

—Y si supiese que al cabo de otros veinte años habia de amarme, seria el hombre mas feliz del mundo.

—¿Y quién os impide, ahora que habeis quedado viudo....?

—No estaba enterrada mi mujer, dijo el rico hombre con amarga sonrisa, cuando despaché un mensaje.....

—¿Y lo esperais aun?

—Sí, lo espero: él ha de traerme la vida ó la muerte.

—Si doña Elvira conoce lo fino, lo estremado de vuestra pasion.....

—Sí, lo sabe, Rui Perez, lo sabe.

—Es imposible que deje de corresponder á tan grande, á tan arrebatado amor.....

—Rui Perez, Rui Perez, haces bien en encarecerlo: ¡ese amor es mi única disculpa! contestó el rico hombre con voz sombría, cayendo en un sitial cerca de la chimenea.

Pasó por su frente una nube tempestuosa: sus espesas cejas se

juntaron con ceño, y poco á poco fué desapareciendo el subido color de su rostro. Creyó Rui Perez ver en aquellos síntomas el acceso del acostumbrado mal humor; pero todavía el contento de Ataulfo tenia fuerza para barrer y disipar el nublado.

—Con que, vamos á ver, prosiguió el rico hombre rompiendo el silencio: ¿á qué has venido aquí?

—Vos me habeis llamado.

—Tienes razon: ¿y no adivinas para qué?

—¿Para acompañaros al juicio de Dios?

—¡Cómo....! ¿Piensas tu, mentecato, que el rico hombre de Altamira puede entrar en palestra con un Gelmirez?

—Pues entonces.....

—Has dicho bien, por Santiago; has dicho bien: has de ir al juicio; pero no de acompañante sino como acompañado; no para llevar mi escudo y mi lanza, sino para embrazar el uno y enristrar la otra. En una palabra, Rui Perez, vas á lidiar con el gobernador de Compostela.

—Señor.....

—¡Qué....! ¿Rehusas, vive Dios....?

—¿No habeis dicho que soy cobarde? dijo el escudero, bajando los ojos con afectada humildad.

—¡Voto á tal! Dos años llevas en mi servicio, ¿y no sabes distinguir todavía mis arrullos de mis arañazos?

—Pues bien, señor; me batiré con Gundesindo Gelmirez.

—Si lo matas en el campo, te armo caballero; si vuelves dejándolo vivo, te mando dar doscientos azotes.

—No volveré, lo juro por mi nombre: que si no lo mato, allí quedaré yo.

—¡Cómo! ¡Mis armas vencidas! ¡Mis cabezas de lobo por el suelo, y erguido, y ufano, y triunfante Gundesindo Gelmirez! ¡Eso no, pésia mi vida! Si presumiera que tal iba á suceder, por mi mano te mataba, y eso que la bruja Gontroda me tiene pronosticado que el dia en que cualquiera muriese por mi mano ó por orden mia, á no ser en juicio ó batalla, habria de ser el fin de mi vida. ¡Por san Cucufate, cuyas reliquias trajo de Portugal el obispo! ¡Ocurrésemela idea mas peregrina..... A ver, Rui Perez; prosiguió el rico hombre, acercándose al escudero con aire extraño, que le hacia parecer medio loco: ven aquí: mas aquí. No tengas miedo, menguado, que no eres tu la presa que busca el Lobo de Altamira. Mídete conmigo. Bien: precisamente somos de una misma estatura. ¡Voto á san Ro-

sendo ! Si rezas alguna vez, mal cristiano , ya puedes encomendar á Dios el alma del hidalguillo.

—¿Qué pensais hacer....?

—¡ Ah ! ¡ ah ! La muerte de un Gelmirez es para mí el plato mas sabroso despues de la de mi esposa, á quien Dios maldiga.

—¡ Señor.... ! repuso el escudero, escandalizado de aquel horrible lenjuage y de aquella feroz y estravagante alegría.

—Y lo que es esta vez no me alcanzan las predicciones de la bruja; porque la vieja esceptúa las muertes en campo de batalla, las muertes por justa sentencia, los desafios..... Sí, puedo matar á Gundesindo con toda tranquilidad de conciencia. ¡ Y era yo tan sandio que te cedia tan gustoso privilegio !

—Pero ¿ qué teneis ? preguntaba el escudero en el colmo de su admiracion.

—¿Qué tengo ? respondió Moscoso con su brutal alegría. ¿Pues no lo adivinas, alma de cántaro ? Rui Perez, vas á tener la honra de que el mas noble caballero de Galicia te represente y se disfrace con tus propios vestidos.

—¿ Vos ?

—¡ Yo ! Yo , que no puedo abiertamente y sin menoscabo de mi nombre batirme con un hidalgo: yo, que aborrezco de muerte esa familia de cuervos, que, de testamento en testamento se van tragando la sustancia de los difuntos: yo, ¡ vive Dios ! que bloqueado me veo por las tierras del obispo; yo voy á fingirme, Rui Perez, escudero del muy magnífico señor de Altamira, vistiéndome tu armadura y sobrevesta con mi cabeza de lobo al pecho, y voy á borrar de la lista de los vivientes un Gelmirez, y cuando el último desaparezca, ¡ juro á Dios ir descalzo hasta el sepulcro de Santiago !

Los juicios de Dios por medio de las pruebas privilegiadas del agua y fuego y del desafio eran frecuentes en aquella época, para el caso de no poder averiguarse por los medios ordinarios la verdad en un delito. El acusado que metia el brazo diez veces en agua hirviendo, ó mantenía por determinado tiempo una ascua en la mano, era absuelto si quedaba ileso, y condenado si se quemaba: el vencedor en un duelo, hasta del homicidio se purgaba con la victoria. Las dos primeras pruebas, aunque autorizadas por las leyes civiles, eran condenadas por la iglesia, y poco á poco iban cayendo en desuso: los clérigos solían negarse á bendecir el agua y las brasas; y si bien les suplían alcaldes ó jueces legos, pasaba por averiguado que sus bendiciones no tenían la misma virtud y eficacia que las de clérigos

y monjes. Los desafíos públicos consentidos mas bien que autorizados por el clero eran sin embargo tan comunes, que su repetición era causa de que se viesen con indiferencia, si por la alteza de los contendientes, ó por la singularidad del objeto, no se despertaba la curiosidad. Las Memorias de nuestros Canónigos refieren un duelo público á que se apeló para decidir una cuestion de chismes entre doña Urraca y el prelado compostelano, no sin repugnancia de este. Salió vencedor el campeón de don Diego, y la Reina, dicen los autores, *mandó justísimamente sacar los ojos á su mantenedor*. Por este hecho, y todavía mas por esta calificación, podemos inferir hasta qué punto en aquel siglo tan bárbara superstición dominaba.

El palenque de los juicios de Dios alzábase en él campo que se estiende desde los muros de la ciudad al monte de Santa Susana, llamado entonces de los Potros, porque en él se celebraba la feria ó mercado de cabalgaduras, costumbre que ha llegado inalterable hasta nuestros días. Detras de la valla y en frente de la población, velase un tabladillo ó palco formado de tapices para el obispo, y dentro de la palestra dos tiendas de campaña destinadas á los contendientes, sus escuderos y los fieles del campo.

Las diez de la mañana serian cuando el venerable prelado se asomó al palenque, y con tanta gracia como dulzura dió su bendición á pueblo apiñado al rededor de la estacada. Su bondadoso semblante estaba oscurecido por una sombra de tristeza, y en su corazón luchaba la repugnancia que tan bárbaros usos le inspiraban, con el deseo de complacer á su hermano y al público, siempre gustoso de ver á los grandes señores en los espectáculos populares.

Vestia larga túnica morada, con roquete blanco hasta mas abajo de las rodillas: encima llevaba una especie de dalmática que le caía en punta hasta medio cuerpo, con mangas largas y festonada de oro. Este adorno debia ser en aquella época propio de personas muy elevadas de uno y otro sexo, pues le vemos en el obispo y en doña Urraca.

Sentóse en medio del tabladillo entre sus canónigos, caballeros y familiares, y poco despues un enorme perro negro, con manchas blancas, puso las manos en el antepecho, y asomó entre ellas la cabeza, de hocico romo y largo, orejas caídas, dirigiendo sus miradas indiferentes por la valla poblada y por la arena desierta. No sabia Luzbel que era en aquel instante, como lo habia sido en aquellos días, objeto de las conversaciones de toda la ciudad, y uno de los personajes mas interesantes del drama que á la sazón se estaba re-

presentando. Parecia, sin embargo, que tan débil como los seres humanos, no perdía la ocasion de figurar, y se presentaba á recibir las aclamaciones generales.

—Luzbel, Luzbel, le dijo don Diego pegándole suavemente en el lomo, aunque las heridas estaban ya cicatrizadas: sé mas modesto: échate á mis pies..... así..... Conténtate con hallar una persona agradecida, y serás mas feliz que la mayor parte de los hombres.

Poco despues se presentó en la palestra el villico Gundesindo Gelmirez, que habia hecho renuncia de su cargo. Tanto él como su caballo venian cubiertos de malla de hierro. Seguíánle dos escuderos con su pavés y su lanzon; pues él no llevaba consigo mas que la espada pendiente de un tahalí de cuero del color natural. La celada, que á manera de toca le bajaba de la cabeza á los hombros, dejábale el rostro descubierto, que mostraba grande serenidad y la altanería propia de los que tienen costumbre de mandar.

Despues de saludar al palco de la presidencia, sin dignarse mirar al público, enderezó los pasos de su corcel á una de las tiendas de campaña, y descabalgó con sus escuderos á la entrada.

—¡Gundesindo! exclamó don Diego al verle, sin poder contener un suspiro de dolor.

El alano tendido á sus pies, al oir aquel nombre, se levantó de repente y presentó segunda vez el hocico sobre la valla, y el obispo le mandó tambien acostarse, y enjugóse una lágrima que iba á deslizarse por sus venerables mejillas.

El pueblo, formando una orla de cien colores, cercaba la palestra como una serpiente enroscada al sol en la arena del desierto. Hasta el meneo de las cabezas en señal de impaciencia ó de cansancio, dábale cierta semejanza con el movimiento anular de este reptil; y si mas adelante quisiésemos llevar la comparacion, ¿no podiamos encontrar la ponzoña de la culebra en el júbilo con que el público de todos tiempos y de todas partes asiste á los espectáculos sangrientos, y en el ardor con que anima y encarniza á los combatientes?

Haremos gracia al lector de las conocidas y manoseadas ceremonias del duelo. Solo diremos que los heraldos, dando tres vueltas al rededor de la palestra, pregonaron otras tantas veces que Gundesindo Gelmirez retaba á don Ataulfo de Moscoso, señor de Altamira, por la muerte de don Arias y de Rosendo, que venian en peregrinacion á Santiago.

Salió luego de la tienda el retador, y juró delante de los fieles

del campo, puesta la mano sobre la cruz de su espada, que en Dios y en su conciencia el reo principal de aquel delito era el dicho don Ataulfo de Moscoso.

No tardó mucho tiempo en presentarse el rico hombre, llamando á la puerta de la estacada con el cuento de su enorme lanza. Dos escuderos con las armas de los Moscosos le acompañaban.

Al verlo parece que nuestra gran culebra dió un resuello de viva satisfaccion, porque sus abigarrados anillos se movieron con espantosa celeridad.

—¡Rui Perez, Rui Perez! murmuraban los vecinos de Compostela, que conocian la armadura del escudero por las frecuentes visitas que este hacia á la taberna de Mingo.

Metióse el mentido Rui Perez en la tienda inmediata á la de su competidor, que, asomado á la puerta, turbóse en gran manera al ver el desprecio con que Ataulfo le trataba.

Los jueces acudieron á tomar al nuevo campeon el juramento acostumbrado.

—¿Cómo te llamas? le preguntó uno de ellos.

—¡Voto al diablo! Hame conocido toda la canalla de villanos, ¿y vos no me conoceis, caballeros?

—Como traes calada la visera, deber es nuestro el preguntarlo, y deber es igualmente el advertirte que tengas en cuenta que estás hablando con los fieles del campo.

—Sea en buen hora, y despachad presto.

—Tu nombre.

—Rodrigo Perez, hidalgo de solar conocido.

—¿Estás armado caballero?

—No; pero llevo el escudo de mi señor dos años ha, y os juro que no pasaran tres dias sin que me calce espuela dorada y me dé el espaldarazo.

—¿Juras la inocencia de don Ataulfo de Moscoso en el hecho de los asesinatos perpetrados en la persona de.....

—Juro todo lo que vos quisiereis; y acabad con mil diablos, pues lo que yo deseo es habérmelas presto con ese hidalgo malandrin, que osó tomar mi nombre..... es decir, el nombre de mi señor en boca.

—Tengo encargo de advertirte, repuso el juez, de parte del obispo, que si confiesas la culpa de don Ataulfo, y este se resuelve á sufrir la penitencia que le impusiese, prometiendo hacer ademas una donacion á la santa iglesia de Santiago, le absolverá plenamente.

—¡Voto á tal....! ¡Donosa es por cierto la proposicion que me haceis..... y si no medra el prelado con otras donaciones que con las mias..... ó con las de mi señor....! Acabemos. Haced pregonar de una vez que el rico hombre de Altamira no puede batirse públicamente con un Gelmirez, y que me envia para que nunca se diga que rehusa el combate, y añadid, si os place, que todas estas preguntas y dilaciones me rebientan, y me irritan, y me.....

—¿Pero jurais...?

—Con mil pares de..... Juro, juro..... que sois un mentecato, añadió para sí don Ataulfo el Terrible.

Un momento despues gritaba el heraldo en medio de la palestra:

—Oid, oid, oid: Rodrigo Perez, escudero del señor de Altamira, se presenta á sostener la inocencia del acusado, y declara que quiere ser tenido por culpable si fuese vencido, pues será infalible señal de que Dios lo condena.

El gobernador de Santiago, trémulo y pálido de cólera, saltó como un tigre fuera de la tienda, y con ronco y terrible acento gritó:

—Y yo, don Gundesindo Gelmirez, caballero vilico de Compos-tela, yo declaro que no me batiré con otro que el mismo Ataulfo, ó con persona que lo represente de caballero arriba, y para castigar la insolencia de ese criado, desde ahora encomiendo á cualquiera de los mios que le acometa con todo linaje de armas, y espero no quedar desairado.

El Lobo de Altamira dió un ahullido rabioso al ver que se le escapaba la presa de entre los dientes. Blandió la lanza como si contra todo fuero y ley de caballería quisiese acabar de un golpe con el gobernador, de tal manera desprevenido, que ni siquiera habia montado á caballo.

Regocijábase sin embargo para su celada contemplando las mortales angustias y sudores de Gundesindo, al ver que nadie se presentaba á defender la causa de los Gelmirez, al sentir los murmullos del pueblo, y que los instantes pasaban, los murmullos crecian, y todos, todos querian ser espectadores de aquella curiosa escena, sin que un solo desdichado osara tomar en ella parte activa.

El Terrible hacia mas amarga aun la situacion del gobernador paseándose con aire de triunfo con el corcel por medio de la arena, y riéndose con carcajadas tan estrepitosas, que llegaban á los oidos de su afrentado rival, que juró castigar por sí mismo tan bárbara insolencia.

Mas de repente todo el pueblo se levantó, como por un resorte

movido, lanzando un solo grito de júbilo al ver que un caballero, acercándose á la puertecilla del vallado, sin aguardar á que le fuese abierta, saltó por encima y á todo escape llegó al medio de la palestra, y conteniendo diestramente los fuegos de su espumoso y arrogante corcel alazan, plantóse delante de Moscoso en ademan de arremeterle.

—¡Vitor! ¡Vitor! exclamó la muchedumbre, y su voz de trueno quedó ensordecida con el estruendo de las palmadas.

Venia armado el recién venido de pies á la cabeza; el yelmo le tapaba la frente y la boca, dejándole descubiertos únicamente la nariz y los ojos, negros, y rasgados, y chispeantes de cólera y de entusiasmo.

Gundesindo se abalanzó á darle un brazo y á preguntarle su nombre; pero el desconocido tenia ansia por entrar en combate, pues se contentó con tender silenciosamente al gobernador su mano cubierta con escamas de hierro, haciéndole con la misma un ademan para que se retirara.

—¡Defiendete, mal caballero! dijo en seguida á su adversario.

—¡Villano! ¿Quién eres? le preguntó Ataulfo.

—Has jurado, traidor, que tu señor está inocente del delito de que le acusan; ¿y te vienes con esa armadura mellada por los dientes del perro, y esa sobrevesta manchada con su sangre?

—Ahí verás cuán profundamente os desprecio á todos, lechuzas, que vivís de la lámpara de la iglesia, y cuán seguro vengo de mi brazo.

—¡Calla, blasfemo! Que si finges tan mal los bríos de Rui Perez, como su persona.....

—¡Insolente! ¿Me conoces?

—¡Ahora, ahora creo conocerte! Esa palabra ha resonado antes y del mismo modo en mis oídos..... ¡Oh! ¡Sí, sí! Quedóseme grabada en el corazón con letras de fuego..... ¿Te acuerdas del latigazo del camino de Padron?

—¡Miserable! ¿Eres tu el desdichado peregrino enamorado de Elvira de Trava?

—Sí; y aunque la aborreciese, te diría lo contrario, para gozarme en tus celos, Ataulfo, porque Elvira no puede amar á un monstruo como tu.....

—¡Basta, basta! Desesperado estas, vive el cielo, ó mas loco que tu no le hay en el mundo, exclamó el rico hombre, trémulo de rabia.

—¡Ea! ¡lanza en ristre, y juzgue Dios! le dijo Ramiro por toda contestación.

Y entrambos se separaron para tomar el campo que juzgaron conveniente, y sin aguardar señal de arremetida, sacó el paje á su alazan al trote largo: partió Ataulfo de carrera, pero habiendo tropezado su corcel en una piedra oculta en la arena, dobló las manos, haciendo bajar considerablemente la puntería del lanzon á tiempo de llegar Ramiro con el suyo, que, clavándolo en la gola, hizo perder los estribos al rico hombre con la violencia del golpe, y caer luego rodando por la cabeza del caballo.

Otro segundo grito muy mas grande y fervoroso que el anterior acompañó á la victoria del mancebo; pero todavía no era completa. Helóse, al parecer, el ardiente clamoreo cuando se vió al rico hombre, á quien se creía mal trecho, levantarse de improviso todo cubierto de polvo y desnudar su enorme espada de dos manos, gritando á su victorioso rival:

—¡Maldito seas miserable, que ya blasonas de valor por lo que debes á la suerte! Baja, baja del caballo, y desnuda la espada.

—¡Insolente! le gritó Ramiro: he vencido al rico hombre de Altamira en mi primer combate. Dejó el sitio á un nuevo adversario, que no quedará satisfecho si no se venga por sí mismo.

Y diciendo estas razones dió un silvido particular, que llamó la atención de todos los espectadores.

Y como nadie apareciese tornó á silvar con mayor fuerza. El perro, que se habia quedado dormido á los pies del prelado, asomó la cabeza, como solia, por el antepecho del palco, y agitando la cola erizada, comenzó á gruñir sordamente.

Pero nadie parecia.

Al resonar el tercer silvido saltó Luzbel de repente á la arena: quedó inmóvil por un instante mirando á los dos campeones como indeciso entre el cariño y la venganza; pero Ramiro le dijo:

—¡Ahí le tienes, señalándole al Terrible.

De un brinco se lanzó el rencoroso alano al pescuezo del rico hombre de Altamira, que en mal hora para él se habia disfrazado con los arreos que llevaba Rui Perez el día del encuentro.

Luzbel conoció con su admirable instinto la armadura de su acuchillador: la mella de sus dientes allí estaba; su sangre no se habia borrado todavía: y si antes por lealtad peleó con tal encarnizamiento, ¡con qué furor, con qué rabia no lucharía por la venganza!

Ramiro, cuando le vió agarrado á su enemigo, aprovechándose



Lám. 9.

Imp. de Gaspar y Roig.

de la confusion que tan inesperado acontecimiento produjo, partióse al galope de la estacada.

Todos los ánimos habian quedado suspensos y embargados. El primer efecto fué de sorpresa, de asombro, de terror. Creyóse que se estaba presenciando un milagro, el castigo mas justo y oportuno del cielo; el verdadero juicio de Dios, que castigaba y confundia al mismo tiempo al autor de los atentados del camino de Padron: nadie puso en duda que fuese criminal el acometido por el perro: los que estaban en la palestra se apartaron involuntariamente: los del palenque se levantaron silenciosos, temiendo distraer sus ojos de aquel maravilloso espectáculo, si exhalaban el menor grito: pero luego que el asombro cedió el puesto á la reflexion, manifestáronse diversas opiniones, y comenzaron los murmullos, las voces, y el estruendo, y hasta las riñas y alboroto de los que sostenian que debia arrancarse al escudero de las garras de aquella fiera, contra los que se manifestaban dispuestos á que se acatase el juicio de Dios, tal como se presentaba, cualquiera que fuesen sus consecuencias.

Luzbel entretanto, aprovechándose de aquellos momentos de sorpresa y de indecision, habia conseguido aturdir á su enemigo, que no teniendo mas armas que su espada larga y de dos manos, no podia servirse de la punta contra un enemigo, asido, pegado á su cuerpo como su propia loriga. Dábale Moscoso fuertes golpes con el extremo del gavilan, y el alano con breves y sordos ladridos caia derribado, para levantarse al punto con nueva furia, con mayor encono.

El obispo fué el único que llamando á los fieles del campo les mandó que al punto separasen al perro, pues repugnaba á su corazon el humillante espectáculo de un hombre casi vencido por un bruto. En vano fué, sin embargo, que los escuderos acudiesen llamando primero á Luzbel, y luego sacudiéndole fuertes palos con el astil de una lanza: insensible el alano á las caricias y á los golpes, no queria soltar su presa sino completamente vengado.

Cayó por fin don Ataulfo rendido, anonadado con lucha tan vergonzosa, y al caer soltósele el yelmo, cuyas correas habia despedazado el perro, y quedó patente y manifiesto á todos el rostro espantable y feroz del rico hombre de Altamira, que una furia del infierno semejava.

¡Qué sorpresa, qué gozo para la muchedumbre, que se escondia al ver pasar al Terrible, que temblaba al oir su pavoroso nombre!

Gundesindo Gelmirez lanzó un grito de alegría, creyendo que

una vez conocido el rico hombre no le rehusaría el combate ; y llegándose al caído puso un puñal en sus manos diciéndole:

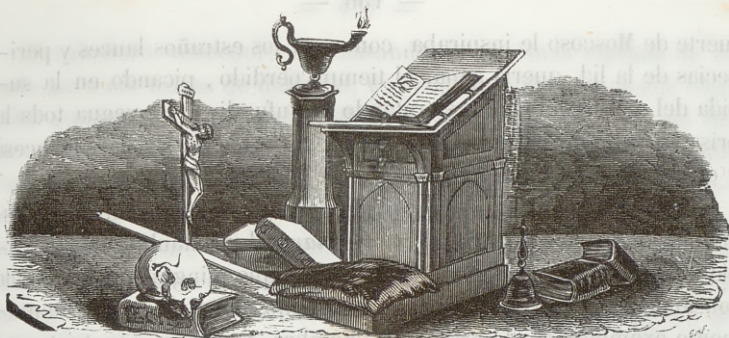
—Toma: quiero yo matarte.

Un instante despues aquel acero estaba hundido hasta el puño en las entrañas de Luzbel, que abandonó su presa y cayó tendido.

El obispo se habia retirado por no presenciar el fin de tan horrible lucha.

Preguntó á los canónigos y caballeros que le acompañaban por el caballero vencedor, persuadido por el modo de llamar á Luzbel que no podia ser otro que Ramiro. Pero nadie le dió mas razon de él sino que habia desaparecido apenas vió trabada la lucha descomunal entre el perro y Ataulfo, y que sin entrar en la ciudad se habia alejado.





CAPÍTULO V.

De cómo el paje del obispo principió á echar algo de menos, y á ver mucho de mas en Compostela.



RAN contento y ufanía llevaba poco despues un gallardo caballero, el cual apenas vió terminado el juicio de Dios, cabalgando en una hermosa yegua rodada, habia tomado el camino de Lugo con dos criados, paje y escudero, que á corta distancia le seguian. Por su gentileza y bizarria, por lo rico y lijero de su armadura de hojas de hierro, y mas que todo, por un rollo de pergamino que sacaba de cuando

en cuando de la escarcela para contemplarlo con alegría pueril, habrá conocido el lector al conde de Lara, á quien maese Sisnando, en cumplimiento de su palabra, habia entregado la asendereada carta, con toda puntualidad, antes del combate.

Detenido el conde algunos momentos, tanto por el interés que la

suerte de Moscoso le inspiraba, como por los estraños lances y peripecias de la lid, queria ganar el tiempo perdido, picando en la subida del monte del Gozo, y tratando de infundir á la yegua toda la prisa, toda la ansia que él tenia por llegar á los brazos de la Princesa y ofrecerle el sabroso presente que la llevaba.

No paraba mientes en el resultado de la pelea, en las terribles desgracias que sobre su amigo y *hermano* don Ataulfo habian venido. Tan vivo, tan intenso era su gozo, que ningun desagradable pensamiento llegaba á turbar aquel regocijo. Fuera de que, si atentamente examinamos el corazon del hombre, veremos, por triste que sea el reconocerlo, que la humillacion de nuestros mayores amigos nos infunde cierta secreta satisfaccion, cuando no nos consideramos superiores y exentos de la contingencia de una desventura semejante.

Lara no pensaba en esto: quizá lo sentia sin pensarlo: parecia desvanecido, enagenado con la posesion de aquel tesoro, que, segun se figuraba, debia elevarlo al regio tálamo, al trono de Castilla: y repasaba en su imaginacion las escenas de la galeria del alcázar, cuando la Reina quiso levantar la punta del velo que encubria maravillas de amor y de grandeza para aquel que la libertara del obispo compostelano. Lara descansaba en la hermandad sobre este punto, pues habia logrado encadenarla á la voluntad de doña Urraca; y ademas de tan gratas nuevas, Lara llevaba consigo la carta que todos los esfuerzos de Gutierre Fernandez de Castro y de Ataulfo de Moscoso no habian podido conseguir..... ¿quién osaba competir con él en adelante en favor y privanza con la Reina?

Embebido en tan dulces imaginaciones y levantados pensamientos, oprimia sin compasion los hijares de su gallarda yegua, que muy en breve dejó atrás la ermita de Santa Cruz, escondida entre viejos robles y copudas hayas, cuando sin salir del bosque vió un caballero, á quien por la sencilla, pero fuerte armadura de malla que vestia, por su continente y por el color alazan de su caballo, tuvo desde luego por el flamante vencedor del campo.

No debió serle muy agradable semejante encuentro: imaginóse al punto que sin grande y estraordinario motivo, aquel valiente paladin no se habria marchado tan presto de la ciudad, donde tan solo prez y gloria le aguardaban. Todo se le volvia tornar el rostro para observar á qué distancia venian el paje y el escudero, que, como no llevaban mensajes á la Reina, ni soñaban coronas, y como sus humildes cabalgaduras no podian competir con la briosa yegua de Lara, se habian quedado bastante atrás.

El caballero vencedor, descansando en su lanza clavada en el suelo, no tenia trazas de moverse, y al conde de Lara parecióle bien imitar su ejemplo, y se paró tambien en medio del camino, no sin dar al diablo el gozo que le habia hecho tomar tan imprudente avance. Ocurriósele poco despues que lo mejor de todo seria no tener miedo de un adversario que aparecia solo, y aunque él era bastante imparcial para conocer que no podia habérselas con quien de su valor acababa de dar tan bizarra muestra, con todo reflexionó que en la suposición de no defenderse sino de huir, la palma no se la llevaria por cierto el mas valiente, sino el que mejor y mas veloz caballo montara.

Esta consideracion y la proximidad de sus servidores tranquilizaron al conde, que con mas serenidad reflexionó que aquel caballero, que no se movia, nada tendria que ver con él, y le dejaria pasar sin oposicion alguna. Prosiguió, pues, subiendo lo que de la cuesta le faltaba, y sus temores renacieron al verse á tan corta distancia de su antagonista, que le pareció descortesía dejar de saludarle.

El caballero tambien le saludó.

—Si mal no me engaño, le dijo afable, sois vos el conde de Lara.

—Aunque en tierras estamos, si no de enemigos, porque la guerra no se ha declarado aun, de malos amigos, no tengo por qué ocultar mi nombre.

—Nombre ilustre que en nada cede al de los reyes de Castilla, prosiguió el caballero con la misma afabilidad.

—¿Y en qué puedo serviros? preguntó don Pedro mas tranquilo.

—Por ahora en nada: soy yo el que os estaba aguardando para prestaros un servicio.

—¿A mí?

—Quiero ahorraros un viaje inútil.

—¡Cómo! exclamó Lara perdiendo el color.

—Como que vais á Lugo.....

—¿Y bien?

—Y teneis que volver á Santiago.

—¡A Santiago! ¿por qué?

—Porque os lo manda aquel á quien nunca desobedece un caballero, el honor.

—Permitid, señor hidalgo, ó lo que seais, permitidme deciros que mi honor no es mudo, ni necesita de intérprete, y nunca aguardo á que sus órdenes me sean trasmitidas por boca de nadie.

—Huélgome en escucharos, señor conde, repuso el paladín con blando acento, y con una actitud tan pacífica, que no pudo menos de sosegar otra vez el alterado pecho de don Pedro Gonzalez de Lara.

—Si me conoceis, por mi fè, que no debiais ignorarlo.

—Y la prueba de que no lo ignoro es que os aguardo aquí, confiado en el valor de vuestra palabra.

—No os entiendo.

—¿Llevais un mensaje para la Reina de Castilla?

Turbóse de nuevo el conde, y miró de reojo al paje y al escudero que acababan de llegar, y al mismo tiempo requirió maquinalmente la empuñadura de su espada.

—No, no temais, señor conde, que por mi parte al menos os obligue á desnudarla. Ocasión no es esta de pelear sino de obedecer. Ese mensaje que llevais no se os ha dado sin condiciones.

—¡Cielos! ¿Sabeis....? Apartaos; dijo Lara á sus criados.

—Sé que habeis prometido demasiado en nombre de la Reina, repuso el paje del obispo.

—Y todo lo cumpliré.

—¿Todo?

—Sí, todo; pero ¿quién sois?

—¿Y hareis que la Reina acepte la presidencia de la hermandad, dijo Ramiro acercándose misteriosamente al caballero.

—Sí.

—¿Y hareis que exima á los hermanos del juramento de fidelidad, si llega á celebrar las paces con el obispo?

—Tambien.

—¿Y hareis que nunca con él llegue á reconciliarse?

—Tambien, tambien.

—Y si por ventura saliesen fallidas vuestras esperanzas, ¿cumpliriais la palabra que anoche disteis á maese Sisnando?

—¿Quién sois?

—¿La cumpliriais? repitió Ramiro con firmeza.

—Sí, la cumpliré; pero ha de faltar primero el sol del firmamento que la enemistad de la Reina con Gelmirez.

—Estais muy engañado, conde, porque el sol desde el firmamento nos alumbra y la Reina reconciliada está con el prelado.

—¡Oh! No es cierto, no es cierto, exclamó Lara con terror.

—Traigo conmigo las pruebas.

—¿Dónde, dónde estan?

—¿Conoceis la letra de S. A?

—¡Oh! sí.

—¿Veis esta carta, dijo Ramiro sacando un pergamino, la veis? Tomadla: ahí solicita humildemente doña Urraca la amistad y la alianza del obispo: ahí se confiesa culpada y le pide perdon de sus estravíos: ahí le ofrece tres castillos para la iglesia de Santiago; y ahí en fin le promete ser en adelante lo que fué en los primeros años de su vida, y pone por fiadores suyos á cuarenta caballeros, entre los cuales sin duda hallareis vuestro nombre. La carta escrita está de su letra, bien lo veis; firmada está por la Reina; sellada con su escudo.

—¡Oh! ¿pero qué ha pasado en mi ausencia? ¿qué es esto? ¡Dios mio! ¿qué es esto?

—Esto es que no entregaréis á la Reina el mensaje que llevais, sin faltar á la palabra que anoche disteis á maese Sisnando delante de la hermandad, y que nada, nada de cuanto anoche ha pasado debe llegar á sus oídos: ¡nada!

—Pero tu..... ¿quién eres? exclamó don Pedro aturdido: ¿per-
teneces á la hermandad? Y en tal caso, ¿cómo has salido á la de-
fensa de un Gelmirez? ¿cómo has reñido el desafio con Ataulfo de
Moscoso? Y si estabas anoche en la junta, ¿cómo sabes esas noticias
de Lugo?

—De todo eso daré cuenta en otra parte.

—¡Ah! Pero..... la carta..... dijo el conde creyendo salir de sus
apuros; muéstrame otra vez la carta, la cual si no tuviere fecha.....

—Tampoco le falta, miradla.

—¡De antes de ayer!

—Ea, pues: volved las riendas, y venid conmigo á Santiago.

—¡A Santiago!

—¿Tambien ahora guarda silencio vuestra honra?

—¡A Santiago, yo, que habia prometido á los hermanos la pro-
teccion de la Reina! ¡á Santiago, yo, para decirles que deben repu-
tarla como enemiga! ¡Oh, no, es demasiado vergonzoso, es dema-
siado sacrificio para mi corazon!

—¿Y vuestra palabra, caballero, la palabra de noble y de caste-
llano que anoche disteis al arquitecto y á la hermandad entera?
¿Esa palabra que habeis reiterado á maese Sisnando al entregaros el
pergamino antes del combate?

—Pero ¿quién sois vos, que todo lo sabeis?

—¡*Ave Maria!* dijo Ramiro con entonacion misteriosa.

—¿Qué habeis dicho?

—Nada: una sencilla exclamacion que anoche hicisteis al entrar en cierta casa deshabitada, saludando devotamente la imagen de Nuestra Señora.

—¡Oh! ¡oh!

—Despachemos pronto, repuso con energia el paje del obispo: ó me entregais la carta, ó venis conmigo á Santiago á dar cuenta á la hermandad.

—¡A Santiago! ¡á Santiago, para sufrir la rechilla de la gente soez con quien en mala hora nos hemos juntado! ¡jamás!

—Pues bien, yo la llevaré.

—¿Sin declararme vuestro nombre?

—Os basta el nombre de hermano: os basta saber que, al presentarme á vos, tengo medios de hacerme obedecer, aunque fueseis mejor acompañado.

—Pues bien, tomad, dijo el conde sacando de su escarcela el pergamino, y ¡permita Dios que carguen todos los diablos con la hermandad entera!

—¡Amen! murmuró Ramiro conteniendo una exclamacion de gozo, que le hubiera hecho traicion delante de los criados del conde.

Delante de ellos decimos, porque Lara no bien soltó el mensaje, cuando metió acicates á su yegua rodada, que sorprendida se encabritó, dió un salto y partióse luego de carrera, como disparada.

Ramiro envidió la lijereza de aquel hermosísimo animal: Ramiro envidió tambien las alas de las golondrinas que á la sazón cruzaban el camino casi rastreando: Ramiro hubiera deseado hallarse en aquel punto con el obispo de Santiago para poner en sus manos aquel mensaje tantas veces perdido y tan maravillosamente encontrado. Picó, pues, la cuesta abajo, ufano de sus triunfos, pero nada regocijado. Una pena secreta le roía el corazon y le enturbiaba su contento.

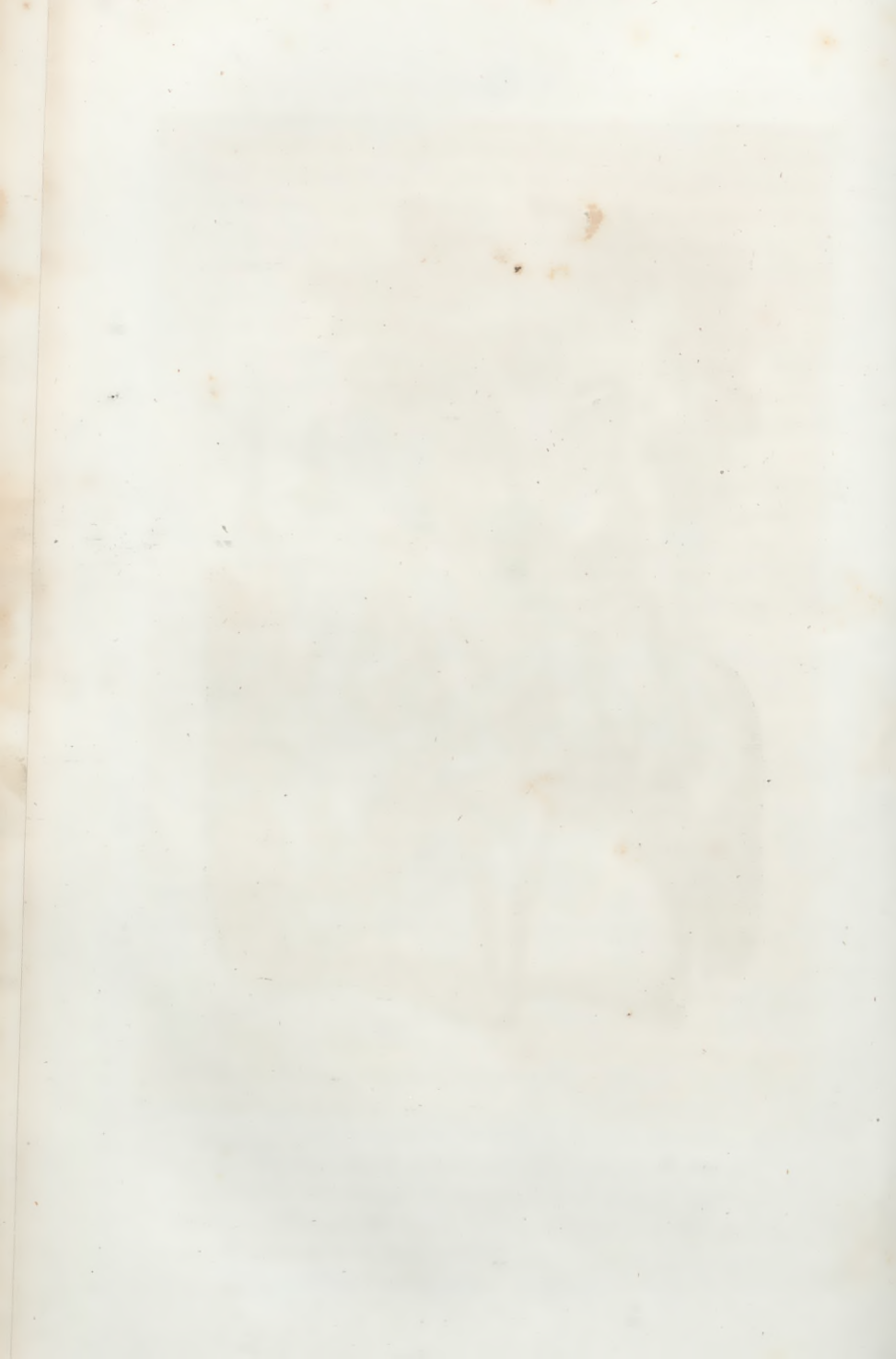
—Habia llegado al amanecer á Compostela armado de aquella guisa: anhelando por ver á su madre, ó saber noticias suyas, sin llegarse al palacio del obispo se habia dirigido á la casa paterna, que halló cerrada. A los primeros golpes que dió en la puerta con el cuento de su lanza salió á la celosía de la casa inmediata una mujer. Era Munima. ¿Quién si no ella habia de asomarse tan presto al sentir aquellos golpes en la casa de Ramiro?

—¡Munima! exclamó el recién venido, y la doncella al conocerle



Lám. 10.

Imp. de Gaspar y Roig.



con no menos presteza bajó á la calle, obligando al paje á entrar en la casa de Odoaria.

El radiante gozo que en verle sintió la hermosa doncella estaba oscurecido por la dolorosa necesidad de tener que traspasar el corazón de su amante con una triste nueva. Munima, sin embargo, conocia bastante á Ramiro para recurrir á los medios vulgares de que en semejantes ocasiones suele echarse mano para disfrazar la verdad.

—Lo conozco en tu semblante, Munima, le dijo el recién llegado: estás pálida, turbada: ¡tu tienes que comunicarme alguna mala noticia! No prolongues mi ansiedad. ¿Y mi madre? ¿He quedado ya solo en el mundo?

—No: ¡tienes todavía una hermana!

—¿Nada mas?

—Nada mas, contestó Munima con doloroso acento.

—¡Madre mia! ¡pobre madre! exclamó Ramiro sollozando.

Munima comprendió que el mejor medio de distraerle del dolor, era sacarle del letargo en que habia caído, reanimándolo con nuevas conmociones y afectos. Los que ella le inspiraba parecieronle desde luego harto poco penetrantes para que pudieran hacerle mella; pero no sucedia así con la relacion de las aventuras que en aquella terrible noche le habian sucedido. Por esta relacion podia saber Ramiro cuál era el paradero de la carta que en el camino de Padron habia confiado á Luzbel, y despreciando Munima las encubiertas amenazas de Sisnando, y posponiendo la seguridad de su padre al interés de su amante, no vaciló en revelar todo cuanto habia presenciado.

—Ramiro, le dijo: no te abandones al dolor; no es tiempo de llorar, sino de obrar con energía. La carta del Príncipe ha caído en poder de los enemigos de don Diego, y yo te voy á descubrir los medios de recobrarla.

Estas palabras de Munima bastaron para que Ramiro saliese de su abatimiento y la escuchase con la mayor atencion.

Los sucesos que acabamos de referir fueron el resultado de la conversacion de los jóvenes vecinos, á quienes no podemos dar sino á medias el título de amantes.

Una hora despues del juicio de Dios don Diego Gelmirez habia congregado á los canónigos y magnates de la ciudad en el coro de la catedral, teniendo á su lado á Ramiro, que modestamente se habia despojado de los arreos del combate. Oraban todos de rodillas, dan-

do gracias al Todopoderoso por el éxito de la pelea. La oracion del obispo prolongábase harto mas de lo que algunos caballeros quisieran, y el fervor de su pecho se revelaba por lo inspirado y compungido de su rostro y por las lágrimas que surcaban sus blancas y venerables mejillas.

Mas hubiera permanecido don Digo Gelmirez en tan santa ocupacion dejándose llevar de su devocion y ternura; pero haciéndose cargo de la visible impaciencia de sus próceres, levantóse, y apoyado en su báculo pastoral, con blando y reposado acento les dirigió las siguientes razones:

—Hijos míos: acabamos de glorificar al Señor porque deponiendo á los potentes de su silla, á los humildes ha exaltado; porque se ha servido mostrarnos la verdad, haciendo resplandecer la espada de su justicia; porque ha dado fuerzas al brazo de un mancebo, como se las dió al pequeñuelo David contra el gigante Goliath, y al brazo de una mujer contra el terrible Holofernes: ¡bendito sea el Señor, glorificado por siempre su santo nombre! La cítara de Isaías, el arpa del profeta y la lengua de los ángeles no bastan para publicar sus maravillas. ¡Oh! pero no conocéis todavía el abismo de sus bondades.....

Y al decir estas palabras las lágrimas brotaban con nueva fuerza de sus ojos.

—Sabed, hijos míos, prosiguió profundamente conmovido; sabed que acaba de llegar á mis manos el mensaje del Príncipe don Alfonso, nieto de aquel gran Rey que nadie con mas razon que nosotros puede apellidar el *Magnánimo*, por lo grande y levantado de los beneficios que á nuestra santa iglesia dispensaba.

Aquí vino á interrumpir al piadoso orador una esclamacion general de asombro y de júbilo, y legos y eclesiásticos se santiguaron devotamente, como reconociendo á Dios por autor de tan inesperado portentoso.

—Sí; la carta con tan vivas ansias esperada aquí está, hijos míos, en testimonio del poder de Dios y de su misericordia para con nosotros. Creíamosla perdida en manos de nuestros formidables enemigos, abierta y rota; y hela aquí hallada en poder de aquel á quien se dirigia, inviolados los sellos, y sin que entre las muchas manos por las cuales ha debido pasar, haya osado nadie quebrantar dos frágiles planchas de cera. Tal prodigio ¿cómo se ha verificado? Lo ignoro, hijos míos; pero el Señor, que hizo pasar á Israel á pie enjuto por el camino de las aguas, y á tres muchachos ilesos por el

camino del fuego, ha escogido á mi buen paje Ramiro para instrumento de sus maravillas y para ostentacion de su gloria.

Todas las miradas se fijaron en el mancebo, que bajó las suyas con verdadera modestia.

—¡Ramiro! exclamaron los caballeros, que hasta entonces apenas habian parado la atencion en nuestro héroe.

—Aquí le teneis, exclamó el prelado: él es el único de los mensajeros que se ha salvado de las asechanzas de la Reina y de Ataulfo: él ha derribado en su primer combate la soberbia de ese gigante rebelde y descomedido: él ha sabido arrancar despues esta carta de manos del conde de Lara, y la ha traído á mi poder tal como el Príncipe don Alfonso se la habia encomendado.

—¡Oh! ¡Parece imposible! decian unos.

—¿Pero ese muchacho no era mas aficionado á las letras que á las armas? preguntaban otros.

—¡Milagro! ¡Milagro! murmuraron luego generalmente los circunstantes: Dios obra milagros con nosotros.

Ramiro, abrumado por el peso de tanta gloria, sentia una conmocion tan profunda que pasaba á ser dolorosa; y aprovechándose de la confusion producida por las palabras del prelado, apartóse del centro del grupo y fué á esconderse en el rincon mas distante de aquel paraje.

—Llegada es la hora, amigos míos, prosiguió don Diego cuando vió tan en sazón el momento de manifestar sus planes: llegada es la hora en que podais enteraros de estos mensajes, que no tan solo á mí, sino á todos vosotros, á los hombres de iglesia, á los nobles, al pueblo vienen enderezados.

Fueron acogidas estas palabras con tan marcados murmullos de satisfaccion, y tan general movimiento de curiosidad, que el obispo no pudo menos de sonreirse afirmándose en el pensamiento que habia concebido. Las últimas impresiones del juicio de Dios, lo sagrado y recogido del sitio, la curiosidad misma tan fuertemente excitada, todo le favorecia para influir en el ánimo de su auditorio.

Con el acento de mansedumbre de un patriarca antidiluviano, con la firmeza de un profeta en el desierto, prosiguió don Diego Gelmirez:

—Ya sabeis, hijos míos, que en la pila bautismal de esta santa iglesia vertí el agua de vida en la frente de aquel augusto niño: por mi mano le fueron abiertas las puertas del cielo; por mi mano tambien las del trono ungiéndole por Rey, como Samuel ungió á

Saul por mandato de Dios; por mi mano tambien las de la gloria terrenal, armándole caballero y ciñéndole una espada que ha de llegar á ser el terror de los infieles. Comprenderéis de consiguiente, hijos míos, cuán grande debe ser mi cariño hácia un Príncipe, que si es caballero, Rey y cristiano, á Dios se lo debe, pero despues de Dios á este humilde siervo suyo.

—Tambien nosotros, contestó Menendo Nuñez, uno de los enemigos de la Reina porque esta quiso mantenerle á raya dentro de sus estados: tambien nosotros le queremos como Rey, porque de él nos prometemos el respeto y seguridad que hoy no gozamos.

—Leed, leed, santísimo padre, añadió otro caballero; y si quiere el Príncipe don Alfonso que le juremos pleito homenaje como emperador de España.....

—No; el Príncipe don Alfonso no quiere exigiros ningun juramento que no le hayais hecho: el Príncipe solo quiere que le cumplais lo que con el habeis pactado.

Y diciendo estas palabras desenrolló el pergamino, y todos los circunstantes se apiñaron al rededor, atropellando algunos por el respeto debido á la magestad del sitio en que se hallaban.

—Escuchad, escuchad.

El mandato era escusado, porque todos guardaban el mas profundo silencio, cuando el anciano obispo leyó la siguiente carta, que literalmente traducimos del latin:

« Reverendísimo padre et senior: »

« No puede ocultarse á vuestra santidad que á la muerte de mi padre Raimundo, conde de Galicia, acaescida seyendo yo creatura, mi nobilísimo abuelo el Rey don Alfonso convocó en Leon á todos los caballeros de aquel reino, et les mandó que me ficiesen pleito homenaje, é despues de fecho por senior me levantó de toda aquella tierra.»

« Solamente que el senior Rey don Alfonso, mi abuelo, fizolo de guisa, es de saber: que si la Reina, mi madre, queria permanecer viuda, todo el susodicho reino seyese suyo, ca medianeros de ello os facia á vos de consuno con el arzobispo de Viena, mi tio; pero que desde el punto en que tornase á contrayer nuevas nupcias, en poder mio el regno viniese. »

« Ahora bien: que mi madre se ha casado público es et notorio: (4)

(4) La frase latina es mas enérgica y vulgar: « *Patet lippis et tonsoribus matrem meam maritali thoro gavissam fuisse,* » que literalmente dice: « Hasta los ciegos

paresceme por ende que nada fago de mas en demandar mis derechos, é si cualquier rico home ó caballero me empeciese en la demanda, é la contrallase, reo de perjurio se facia, é Dios derechosero et prepotente juez, entre él et yo fallaria. »

« A vos, á quien sobre todas las creaturas amo, et como senior et patrono venero; á vos, que en la pila bautismal me habedes regenerado, et por Rey en la iglesia del Senior Sant Yago ungido; á vos, en quien toda fiducia he puesto; afincadamente vos ruego me prestedes auxilio para alcanzar el regno que tan legítimamente me pertenesce. »

Seguian luego sobre los medios de llevar á cabo la proclamacion y el reconocimiento de los señores algunas indicaciones, de las cuales, á pesar de ser el alma y la esencia de la carta, el obispo no juzgó conveniente enterar á los circunstantes.

Grande fué el entusiasmo de clérigos y legos cuando el obispo terminó la lectura donde mas á cuento le vino y mejor hubo de acomodarle: todos querian hablar para protestar de su adhesion al Rey niño; y en gritos y aclamaciones hubieran prorumpido, á no contenerlos el respeto del templo y del pontífice.

—¿Qué decis? hijos míos muy amados, prosiguió este, despues de haber guardado el pergamino: ¿qué os parece de una pretension tan justa, tan racional, y que en manifestarse se ha contenido mas de seis años?

—¡Qué venga, que se presente el ungido del Señor, y todos le aclamarémos en este mismo templo, que sin duda por él habrá de ser engrandecido! respondió Pedro, prior de los canónigos.

—Todos los caballeros, añadió Gundesindo, juramos cumplir nuestra promesa.

—¡Todos....! repitieron los nobles: y los villanos que se habian amontonado á las rejas del coro esclamaron tambien:

—¡Todos....!

—Sí; prosiguió Diego Gelmirez anudando sus razones: mas de seis años há que la Reina doña Urraca se ha casado con el tirano don Alfonso de Aragon, y desde aquel punto nuestro Príncipe ha podido reclamar el reino de Galicia, y pacíficamente poseerlo. Notorio es su derecho; pero ha tenido paciencia: ha esperado un dia y otro dia, un año y otro año, desde 1109 hasta hoy, á que su madre le diese

y barberos saben.... etc; » pero que debe traducirse por otra frase vulgar castellana: « No hay cosa mas de sobra sabida.... En las plazas se dice.... etc. » Se ha creído que en boca de un hijo no estaba bien ninguna de ellas.

lo que él podía exigir en ley y en justicia; lo que en conciencia debíamos restituírle á la menor indicacion de su parte, tanto el arzobispo de Viena, su tío ⁽⁴⁾, como yo, quesomos curadores suyos.

—Y si por fin, dijo Menendo Nuñez, la madre hubiese gobernado concertada y prudentemente el reino, podíamos hacer la vista gorda, santísimo padre, hasta que el Príncipe llegase á madura edad; pero ¿no merece perder, no ya el reino de Galicia, que no es suyo, sino Leon y Castilla, quien da lugar á los escándalos....?

—Silencio, don Menendo, repuso el obispo interrumpiéndole: parad mientes en el lugar en que nos hallamos y no olvideis que el principal deber de un caballero es respetar al Rey.....

—Y á las damas, añadió una voz que nadie supo de dónde habia salido.

—No podrá negarse cuando menos, prosiguió Gundesindo, que desde el advenimiento de doña Urraca la insolencia de sus secuaces es tal, que ni la sagrada túnica de los peregrinos les contiene, ni la voz de la honra llega hasta su corazon.

—Basta, hermano; depon y olvida tus rencores, que el hombre debe absolver á quien Dios ha castigado.

—¡Varon queremos que nos gobierne....! exclamó el prior.

—¡Sí, sí! gritaron los caballeros: ¡un hombre, un caudillo!

Y los plebeyos, que apenas se atrevían á levantar la voz entre tantos y tan poderosos señores, presenciaban aquella escena pegados á las rejas del coro por la parte de afuera, y murmuraban:

—¡Rey! ¡rey!

—Sí, hijos míos, rey tendremos en Galicia, exclamó el prelado conmovido de ver que los ánimos habian llegado al punto y sazón que él apetecía: ¡Rey para nosotros solos! Escuchad, escuchad: no sé si ofuscado con mi propia ternura, ó por el Señor iluminado en mis oraciones, figúrome verlo algunas veces en el trono, purificando con la espada de la justicia los crímenes y torpezas de los cristianos, y acorralando á los árabes en las playas de Andalucía.....

—¡Rey! ¡rey no solo en Galicia, sino en Castilla y en Leon, y la conquista puede ser obra de pocos años!

—De pocos años..... teneis razon, hijos míos, prosiguió el prelado enardecido: que el Santo Apóstol, que nos oye desde su tumba, desnude otra vez su espada fulminadora, y ¿quién duda que cada montaña será un Clavijo?

(4) Posteriormente fué Papa con el nombre de Calisto II.

—¡Viva el Rey! ¡Viva Alfonso VII! gritaron todos locos de entusiasmo.

—Aquí mismo vamos á renovar nuestro juramento, dijo Menendo Nuñez: aquí mismo vamos á romper los pactos que nos unen con Urraca de Castilla.

—Sí, sí: nada queremos con la Reina.

—Aguardad; reverendísimo padre, nobles caballeros, aguardad.

El que de tal manera se espresaba y pretendia con su débil voz oponer un dique al torrente de entusiasmo que tan impetuoso se precipitaba era Ramiro, que al escuchar desde su rincon el nombre de doña Urraca tan irreverente y desdeñosamente pronunciado, solia alzar la cabeza con asombro ó con indignacion, dejándola caer luego como abrumado por el peso de las generales murmuraciones. Porque es de saber que á la par del diálogo que acabamos de referir, habia otros muchos por lo bajo de amigo á amigo, de corro á corro, en los cuales el nombre y la reputacion de la Reina de Castilla eran desapiadadamente maltratados; y el pobre Ramiro, á cuyos oidos llegaban algunas medias palabras, ó se encendia en cólera, ó se avergonzaba, ó de amarga tristeza se cubria. Su corazon juvenil resistiase á dar crédito á las imputaciones que de todos los labios salian contra aquella señora, que tan buena, tan generosa con él habia sido.

Una sola vez se le escapó del pecho una palabra añadida en defensa de doña Urraca á las razones del obispo; mas ahora, al ver á todos dispuestos á romper el vasallaje de la Reina, no pudo menos de salir de su estupor, y adelantarse al medio de los caballeros.

—¡Ramiro....! le dijo el prelado con blando acento: ¿qué tienes? ¿por qué pareces tan turbado?

—¡Santísimo Padre....! exclamó el paje: al venir al templo os he entregado otra carta ademas de la primera..... os he dicho que era de la Reina doña Urraca y no habeis querido leerla..... sin duda lo reservais para mas tarde: suplicoos, señor, que antes de dar el paso del rompimiento con S. A. la Reina de Castilla, leais esa carta, despues de lo cual hareis aquello que vuestra virtud y sabiduria os dictaren.

—¿Por qué, hijo mio, por qué formas ese empeño?

—Porque en esa carta la Reina os promete su alianza y amistad eterna garantida y juramentada por cuarenta caballeros.

—¡No lo creais, señor: es imposible! Contestó el cardenal Vimara, que acababa de llegar con otros canónigos y caballeros.

—¡Reconciliarse la Reina con el obispo de Santiago....! murmuró Sisebuto Ordoñez, frunciendo el entrecejo: por embustero le daba yo cincuenta azotes á ese mozo.

—Leed, padre, leed esa otra misiva, repuso Menendo Nuñez, para desengañarnos de que no estamos soñando.

—¿Quién duda de mis palabras? contestó Ramiro con altivez: no solo os promete paz y amistad, padre y señor, sino haceros cesion de tres castillos por prenda de su fidelidad.

—¿Será cierto? decian los recién llegados mirándose recíprocamente con cierta espresion de asombro y de rabia.

Mas el prelado contestó con gravedad:

—Está bien, Ramiro: puesto que tan enterado te hallas del contenido de la carta.....

—La misma Reina me la entregó abierta para que yo se la leyese, replicó cándidamente el paje.

—Nueva razon para escusarme de esta diligencia.

—¡Pues qué....! ¿no admitis?

—Estadme atentos, hijos míos: pues que soy padre y señor de todos, y á todos puede interesaros la reconciliacion y alianza que se propone, debeis oir los poderosos motivos que tengo para no aceptarlas.

Y semejante el obispo de Compostela á los antiguos jueces y caudillos que, sentados á las puertas de la ciudad ó de su tienda, discutian con las tribus los negocios mas áridos del gobierno, les dijo de esta manera:

—Despues de la batalla de Viadangos, tan famosa como desgraciada, agradecida la Reina de mí y de todos los vasallos de esta santa iglesia por haberla ayudado en trance tan fatal, y favorecido en todas las guerras que sostuvo contra el usurpador don Alfonso su marido, vino á Santiago en devota peregrinacion, y allí en el presbiterio, sobre la tumba del Santo Apóstol, hecha la señal de la cruz y estendidos los brazos me juró fidelidad, cediendo á la iglesia todo el infantado entre los ríos Ulla y Tambre: yo le di cien onzas de oro y doscientos marcos de plata para continuar la guerra contra su marido, pues me confesó que no tenia un sueldo. ⁽¹⁾ Quince días permaneció en la ciudad: antes de partirse sin embargo la Reina habia quebrantado su juramento, poniéndose de parte del rico hombre de Altamira en sus eternas disensiones con esta santa iglesia.

(1) Toda esta relacion es histórica.

Hizo aquí el obispo una breve pausa para que se sosegaran los murmullos que de todas partes se levantaron, y prosiguió despues con la misma calma y gravedad:

—Continué, sin embargo, haciendo nuevos servicios á la Reina y fueron tales, que en 8 de junio de 1143 me propuso y firmó una alianza, por la cual se obligaba á serme fiel y amiga, procurando aumentar los honores y señoríos de la iglesia y vengar sus injurias: firmaron el pacto como testigos el obispo de Mondoñedo y el cardenal Pedro, que está presente.

—Sí, decis bien, contestó el cardenal: no solo fui testigo de las promesas y juramentos de la Reina, sino de sus lágrimas de arrepentimiento, de sus excusas acerca de faltas anteriores.

—Dos años despues, continuó el prelado, inspirada la Reina por el espíritu infernal quiso poner en mí sus manos sacrílegas, y armó celada para prenderme en el camino de Padron á Santiago.

—Por eso, dijo Gundesindo, por eso nos convocasteis un día al gobernador, al merino, á todas las autoridades y caballeros de la ciudad, manifestándonos que os hallabais en gran peligro y que habiais menester constante guardia de jinetes y peones.

—No quise manifestar de parte de quién temia las asechanzas; pero la Reina conoció que habian sido descubiertas por estas y otras precauciones que me ví en el caso de tomar; y vino á postrarse á mis pies anegada en lágrimas echando la culpa á sus malos consejeros, y espontáneamente hizome un tercer pacto con cláusulas tan fuertes, que en el caso de ser quebrantado autorizaba á sus mismos vasallos á que se volviesen contra ella, y como si su fé, ya dos veces violada, no mereciese crédito, buscó veinte caballeros de Galicia, de Castilla y de Campos que autorizasen la suya. Tambien este juramento sufrió la misma suerte que los anteriores.

Estas últimas palabras fueron como la mecha aplicada al cañon de artillería: súbitamente estalló la indignacion que estaba contenida por el respeto debido á la voz del prelado, el cual prosiguió:

—A fines del año pasado hizo alianza con los condes de Sarria y de Trava, y no se olvidó de mí; y á principios del presente ya veis cuál se ha desatado contra todos tres. Tu mismo, Ramiro, sabes mejor que nadie hasta donde alcanzan la persecucion de la Reina: llevaste á Mérida dos compañeros y vuelves sin ninguno: caíste en manos de la Reina y de ellas has debido escapar milagrosamente. Despues de tanta fé violada, de tanto pacto roto, de tanto juramento quebrantando, decidme: ¿qué caso puedo hacer del que ahora

se me propone? Vosotros mismos, caballeros y vasallos míos, por poco que hayáis traslucido de todos estos tratos, me habreis acusado de crédulo y fácil en dar oídos á las palabras de la Reina, ¿qué diriais si me dejase persuadir otra vez?

El paje no supo qué responderle y bajó los ojos, como un reo que acaba de escuchar su sentencia. Era el único que guardaba silencio.

Don Diego, despues de haber hablado con la gravedad de señor, le dijo con la dulzura de padre:

—Ven, hijo mio, voy á probarte que ese nuevo pacto tiene todavía menos seguridades que los anteriores: en aquellos cedia doña Urraca unas veces al primer impulso del agradecimiento por los grandes servicios que le prestábamos; otras era movida por el temor de que auxiliásemos á su marido, don Alfonso el Batallador, y ocasiones hubo tambien en que su arrepentimiento era el resultado de las pláticas que yo le enderezaba. Mas ahora quieres decirme, Ramiro, tú, que acabas de ver á la Reina, ¿de qué ha nacido tan súbita mudanza? ¿Qué favores le he dispensado? ¿Qué homilias le he dirigido? ¿Qué espera de mí? ¿Qué teme? ¿Teme que yo, curador y segundo padre del Principe don Alfonso, le ponga en posesion de sus estados? Hace bien en temerlo. ¿Espera hacerme olvidar de sus deberes hasta el punto de abandonarlo? Hijos míos, renovemos el pleito homenaje que prestamos al nieto de Alfonso el Magnánimo, y habremos contestado dignamente á las sugestiones de la Reina.

—¡Viva el Rey, viva Alfonso VII! tornaron á gritar con entusiasmo los caballeros.

—Perdonadme, señor, dijo por fin Ramiro: no puedo yo, mozo inesperto y rudo, oponer palabras á las que os dicta vuestra sabiduría; pero.....

—Prosigue, prosigue, hijo mio.

—No creo, señor, que la Reina se oponga á la proclamacion de su hijo: acaso la vereis autorizarla con su presencia.

—¡Oh! Si así fuese diria que este es el mayor milagro de los que Dios ha obrado con nosotros.

—Sí, prosiguió Ramiro mas animado; la Reina no es tal como la pintan: ¡no podeis figuraros con qué bondad, con qué cariño me ha tratado!

Y al decir estas palabras las risas brutales de los caballeros no le dejaron proseguir, y todo encendido de rubor se fué retirando poco á poco hasta la puerta. Salió del coro, huyendo sin saber de quién,

y buscando alguna cosa que le faltaba y de que no sabía darse cuenta.

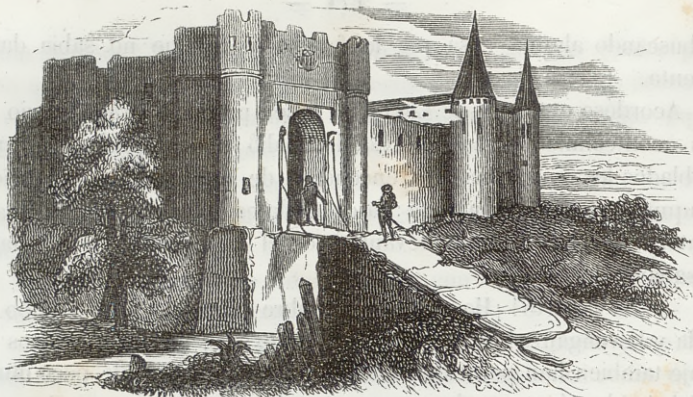
Acordóse entonces de Luzbel, á quien por lo extraordinario de los acontecimientos habia olvidado. Salió por la puerta Fagaria, nublados los ojos y siempre encendido de vergüenza, y dirigióse maquinalmente á la palestra: la estacada estaba sola, algunos carpinteros deshacian la obra levantada en el dia anterior. Luzbel habia desaparecido.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto ese pobre animal, á quien debo la vida y la venganza! Mi madre tampoco existe, mis compañeros de viaje tambien han perecido: Elvira será quizá dentro de poco mujer del único hombre que aborrezco. ¿A quién puedo yo contar las penas que oprimen mi corazon? ¿En cuyo seno puedo verter este llanto que se agolpa á mis ojos? ¡Oh! ¡No tengo un amigo, ni un amparo, ni un consuelo!

—Señor paje, le dijo un carpintero de los que deshacian el palenque; parece que está triste por el perro. Si quiere saber de él, Munima se lo hà llevado.

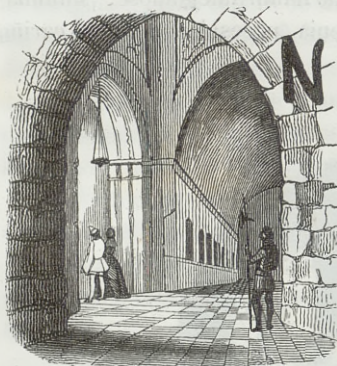
—Gracias, amigo, gracias, respondió Ramiro alejándose. ¡Munima! ¡Siempre Munima! ¡Ah! ¡Pero yo tenia necesidad de otro cariño mas que el de una hermana!





CAPÍTULO VI.

De cómo don Ataulfo el Terrible al que no queria azotes mandaba sacarle los ojos, y al que con ninguna de las dos cosas se contentaba, le regalaba castillos.



No pudo Gundesindo Gelmirez satisfacer el refinado deseo de venganza, que le habia movido á favorecer á su contrario en el descomunal combate con el perro del obispo. Puesto que el rico hombre de Altamira, conocido ya de todos para mengua suya, hubiese descendido impulsado por la venganza, á donde la soberbia no le permitia, hallábase tan molido, maltrecho y quebrantado, que le habria sido punto menos que imposible emprender de nuevo otra batalla.

Levantóse como pudo de la sangrienta arena, con ayuda de los escuderos, que trataron de trasladarle á la tienda de campaña para aplicar algun remedio á sus heridas; mas él, avergonzado de tan innobles magulladuras, á nadie quiso mostrarlas, rechazó con salvajes bufidos los auxilios que amigos y adversarios le ofrecian, y tan solo admitió el de sus criados para cabalgar; y cabizbajo, floja la rienda y desmayado el cuerpo, paso entre paso tornó á tomar el camino de sus tierras, jurando volver á la ciudad para arrasarla.

Ibáñsele enfriando las mordeduras y comenzaba á sentir agudísimos dolores, que sufría sin que en su rostro apareciese la menor arruga, ni dejase escapar el menor suspiro. Harto mas le mortificaban ciertos lejanos y vergonzantes silbidos que salían de las turbas que le acompañaban solo por gozar del espectáculo, siempre grato á los pobres, de la humillacion del rico y poderoso, y harto mas que los silbidos le traspasaban el corazon las exclamaciones compasivas en que prorumpian los mas próximos, que por miedo le adulaban.

Era asaz maravilloso ver marchar con la frente abatida al hombre que jamás humilló por fuerza su cerviz á rey ni señor de la tierra; al hombre de quien huían sus vasallos cuando de lejos le vislumbraban; cuyos alcones infundían á los villanos casi el mismo temor que su persona, y cuyas selvas y cazaderos no necesitaban mas guarda que el temido nombre de su dueño: y era tanto mas portentoso, cuanto que si en medio de aquel abatimiento levantaba alguna vez el ceñudo rostro, barria la gente en donde quiera que se fijasen sus espantables miradas.

—¡Atrás! dijo una vez con rabioso acento; ¡atrás, canalla!

Y bastó para que la muchedumbre volviese las espaldas, sin aguardar á que los escuderos del Terrible blandiesen la lanza para ahijar á los sordos y perezosos.

Aquel séquito numeroso se contentaba luego con mirarlos de lejos cruzar el rio, hasta que en la aspereza de las selvas los perdió de vista.

Cuando al alcázar llegó la nueva de la desgracia de don Ataulfo, estremeciéronse desde el primero al último de sus servidores. Sin aquel motivo era Altamira mansion del terror. Al trasladarse allí Constanza de Monforte, jóven risueña y florida como un vergel en primavera, llevó consigo la serenidad y el contento: sin embargo, á los pocos meses de permanencia en el fatal castillo, marchitáronse las flores lozanas de sus mejillas, sus labios perdieron el hábito de la sonrisa; en el terso marfil de su frente marcáronse de pronto anticipadas arrugas; en su postrimería viósele andar pálida y cadáverica por adarves y corredores, como un fantasma, y feneció por último devorada por una larga calentura, pidiendo en vano un confesor en su lenta agonía.

Joviales y bulliciosos llegaban tambien los pajes y escuderos al servicio de Ataulfo; pero al entrar en aquel edificio su vivacidad se apagaba, helábase su alegría como si un viento fatal allí dentro les hubiese tocado. No parecia sino que bajo aquella enorme y severa

masa de granito, constantemente ennegrecida y azotada por las lluvias, sin mas adorno que el musgo que de trecho en trecho la revestía, la yedra que trepaba desde los cimientos y las cabezas de lobo que festonaban la fachada, no parecia sino que oprimia á todos un funesto influjo, ó se ocultaba algun crimen, que á la tristeza del terror añadia las continuas zozobras del remordimiento.

El mismo Ataulfo era otro del que en su mocedad apareciera: su aspereza, su estravagancia y desabrimiento iban creciendo con los años, y el mas largo y lucido intervalo de buen humor que de mucho tiempo acá se le habia conocido, era el período que desde la muerte de Constanza iba trascurriendo. Apresurémonos á decir que este período habia terminado con harto duelo de los moradores del alcázar, que, apenas vieron subir al señor lenta y trabajosamente la colina, nublado el rostro y de asaz melancólico talante, miráronse unos á otros como los marineros cuando vislumbran en el horizonte la nube preñada de tempestades.

Hubieran querido esconderse todos bajo siete estados de tierra, y todos al mismo tiempo trataban de presentarse los primeros y de aparecer puntuales y solícitos, para desviar la tormenta al campo del vecino, y cuidaban de prevenir el servicio, de manera que la falta mas leve no fuese la señal de la descarga.

Por de pronto el sonido de la trompeta anunciaba la venida, no ya en los últimos rincones del castillo, sino en las revueltas y honduras de la comarca. Levantado estaba el rastrillo del puente antes que don Ataulfo hubiese llegado á la mitad de la cuesta: los arqueros las almenas coronaban: pajes y escuderos salian á recibirle mas allá de la esplanada, disputándose el privilegio de tenerle el estribo: cerca del primer foso lleno de agua verdosa y defendido por la barbacana, losalconeros con la mano cubierta de guante de piel de cabra, traian sendos azores para que los ojos del rico hombre se recreasen de ver sus aves favoritas: detras de la primera muralla habia otro foso y otro puente, á cuyo extremo aguardaban los palafreneros para recoger las riendas del caballo: los monteros en el zaguán sudaban para sujetar con trahillas jaurias de lebreles que pugnaban por lanzarse fuera del castillo: el bufon, vestido de botarga y haciendo sonar los cascabeles pegados á la punta de los diferentes picos del sayo, paseábase en el patio, discurriendo alguna gracia para divertir á su señor; y por último, los coperos en la escalera estaban esperando sus órdenes, por si, como parecia regular, se le antojaba la vianda ó la bebida: todo era movimiento y agitacion,

pero movimiento sin bullicio, agitacion temerosa: todo era prevencion y advertimiento, mas no por el cariño, sino por el miedo engendrado.

Llegó por fin el caballero torvo y taciturno, y ni siquiera reparó en los pajes y escuderos que se anticiparon á recibirle, ni á susalcones dirigió la mirada, ni se curó del honor que los arqueros le hacían, ni de la solicitud de los palafreneros, ni del buen orden y puntualidad con que de todos eran servido. Cruzó la esplanada, pasó el rastrillo y la barbacana y el segundo puente, entró en el zaguan, y atravesó el patio, sin dar muestras de querer descabalgár hasta llegar al pie de la escalera: allí soltó las riendas, sacó el pie del estribo, y al hacer el primer movimiento para echarse á tierra, su faz se enrojeció súbitamente, sus músculos se contrajeron y revolvió los ojos, que aparecían blancos, dándole un aspecto de furia infernal, que llenó de pavor á los circunstantes. Reprimió, sin embargo, el grito que sus dolores le arrancaban, y solo dijo con un acento que descubría cuanto su pecho trataba de ocultar:

—¡El médico!

Y aquella palabra colmó de espanto á los circunstantes, que se habían acordado de la comida, de la bebida, de los perros, de losalcones, del estribo, del caballo, de todo, en fin, menos de aquello precisamente que su señor pedia y mas necesitaba.

—¡El médico! ¿dónde está? tornó á decir el Terrible, con una voz que no admitía la menor dilacion en la respuesta.

—En su aposento, contestaron algunos.

—Ha salido á coger yerbas, respondieron otros.

—No te apures por eso, le dijo un hombrecillo contrahecho: por mucho que tarden los médicos, siempre llegan por nuestro mal demasiado presto.

Ni Ataúlfo se rió de las gracias de su bufon, ni replicó una palabra, con harto asombro de cuantos le escuchaban. Descendió del caballo en los brazos de Rui Perez: cercáronle sus perros de caza, y su lebel favorito llegó á festejarle en tan mala sazon, que cayó á sus plantas aturdido y casi muerto de un puntapie: los demas hubieron de comprender la indirecta, y se volvieron tan gachos de rabo como de orejas.

—Si no está el médico, prosiguió el rico hombre antes de poner el pie en la escalera, cuando menos habrá por aquí un sayon.

Y al punto se presentó un sayon con gorro y colete rojo y el hacha atravesada en un cinturon de cuero.

—Veo que la desgracia te vuelve sabio, dijóle el bufon; pues has llegado á comprender que médico y verdugo son dos cosas equivalentes.

—¡Ola! exclamó el rico hombre sordamente: mas listos andais para herir que para curar ¡pésia mi alma! Daros hé por el gusto ¡vive el cielo! ¡Ea! Martin, prosiguió, dirigiéndose al hombre rojo y desprendiéndose del brazo de su primer escudero; llévate á Rui Perez, y dale tantos azotes, cuantos sean menester para levantarle el pellejo.

—¡Señor! exclamó Rui Perez, tened piedad de mí: no me afren-
teis con un castigo propio tan solo de villanos.

—Pues bien, dijo el caballero al hombron del sayo colorado: ya que prefiere mas noble suplicio, sácale los ojos.

—¿Qué os he hecho yo para que así me trateis? repuso el escudero consternado.

—Lo que tu has hecho no me lo recuerdes, porque entonces no me contentaré con menos que con tu cabeza.

—¡Perdonadme, señor!

—¡Yo perdonar! dijo el rico hombre con sonrisa feroz.

—Seria la vez primera, añadió el botarga.

—Esa, señor bufon, si no es una gracia, es una verdad.

—Pues esa es la primera verdad que ha hecho gracia, replicó el de los cascabeles.

—Perdonadme, señor, repetia el desdichado Rui Perez, postrado delante de Ataulfo. ¡Perdonadme..... por ella!

—¿Qué dices?

—Así logreis antes de veinte dias el deseo que concebisteis hace veinte años.

—¡Rui Perez! ¡Rui Perez! exclamó el rico hombre casi enter-
necido: eres el primero que ha invocado su nombre..... levántate, y sube conmigo.

Y el jayan del gorro colorado retrocedió relamiéndose los labios, como un perro á quien le quitan el plato que habia empezado á gustar.

—¡Tate, tate! dijo el bufon: ya no extraño que vengas vencido y derrotado, cuando el nombre de una mujer te pone mas blando que un guante de gamuza. No digas ya que eres el lobo de Altamira, pues te has dejado limar los dientes y las uñas.

—¡Miserable! gritó el de Moscoso: yo te probaré que todavía los tengo afilados. Martin, le dijo al sayon, este no es noble.



Lám. 11.

Imp. de Gasp. y Bog.

Y el perro que habia oido la carne, puso la mano en el bufon con un gesto que queria decir: me contentaré con piltasfras.

Acompañado de Rui Perez llegó don Ataulfo á su aposento, vasto salon de arquitectura bizantina. No quiso reposar en el lecho, ni desnudarse de la fatal armadura. Sentóse cerca de la chimenea, encendida por fortuna de amo y de criados; despidió con un gesto á pajes y escuderos, mandándoles que por ningun estilo dejaran entrar á nadie, mientras él no llamara, y se quedó solo con Rui Perez, el cual no las tenia todas consigo, y de bonísima gana hubiera renunciado la distincion con que le honraban.

—Acércate, le dijo el Terrible con desmayado acento.

—¡Señor....! contestó el escudero encogiéndose, como un gazapo que al asomar la cabeza por la boca del cabo siente el primer ladrido.

—¡Acércate con mil pares de á caballo! gritó con furia don Ataulfo. ¡Voto á mi santa abuela! ¿tienes miedo por ventura, miserable?

—Respiro, dijo Rui Pérez para sí, respiro cuando le oigo jurar.

Y se aproximó al rico hombre.

—Venis herido á lo que creo, le dijo: ¿quereis que os quite el arnés?

—Quiero que me escuches. Has hecho votos porque antes de veinte dias logre el deseo que concebí hace veinte ó mas años.

—Sí, señor; votos fervientes que debe oir el cielo, porque habeis tenido compasion de mí.

—Pues mira, Ruiz Perez, prosiguió Ataulfo con un acento en que se percibia cierta conmocion que no era de cólera ni de despecho: por tu torpeza en no matar al perro, por tu imprevision en dejarme vestir tus arreos manchados con su sangre, he sufrido la humillacion mas vergonzosa, la mengua mayor que puede caber á un caballero: despues de haber sido botado de la silla por un mozo barbiponiente, he sido derribado, mordido, hollado y afrentado, no por un hidalgo, ni siquiera por un villano, ¡sino por un perro! y la derrota, la vergüenza, el vilipendio ha tenido por testigos la córte de Galicia, el pueblo entero, que me ha silbado y se ha compadecido de mí, y mis mayores enemigos que se han reido y gozado de mi ignominia. Esta suerte reservada estaba para tí, y yo por tí la he sufrido. No medigas nada, yo sé que tengo la culpa; pero sea como fuere, ya conoces que tu debes pagarlo. Arrancarte los ojos, despellejarte á latigazos..... preparativos son de mas horribles suplicios que te aguardan..... ya te lo dije, en acordándome de mi afrenta, nada, nada me parece bastante para vengarla.

Rui Perez al escuchar esta relacion dicha , así , con cierta calma cruel y aterradora , no sabia lo que le pasaba ; un sudor se le iba y otro se le venia ; parecia que el pavimento no era de mármol sino de puas , y que de todos los ángulos de la sombría estancia iban á salir hombres colorados con el hacha á la cintura y los hierros candentes en la mano .

—Me llaman el Terrible , prosiguió Ataulfo con la misma calma : no sé porque : paréceme que hasta ahora he sido bastante suave , si se atiende á lo que pienso hacer en adelante para vengarme del paje-cillo que me ha vencido , y de los Gelmirez que mi derrota han presenciado . Luego á nadie he quitado la vida , ¡ á nadie ! Mi padre en sus postreros años hizome jurar que á no ser en lid ó en juicio , habia de respetar la vida del hombre.... ¡ y la he respetado ! Gontroda , la hechicera , me tiene pronosticado que el dia que mate á cualquiera por criminal venganza , será el último de mi vida.... ¡ y vivo ! ¡ Pero hay suplicios , Rui Perez , mil veces mas horribles que la muerte , y tu sabes cuán fecunda mi imaginacion ha sido en inventarlos.... ! Ah..... no los conoces todos !

La voz del caballero al decir estas razones era tan profunda y cavernosa , que apenas se percibia mas que el sonido hueco y monótono que completaba el terror de las palabras . ¡ Oh , no temas tu , Rui Perez , no temas ! Si Dios escucha tus votos , si dentro de veinte dias se logran mis deseos de hace veinte años..... si Elvira , Elvira , cuyo nombre has invocado , me ama un solo instante , aunque despues por siempre me aborrezca , no solo serás perdonado , sino espléndidamente galardonado y bendecido .

—¿Y qué he de hacer , pobre de mí , para que doña Elvira sea vuestra ?

—¿Qué has de hacer ? Lo que tu quieras . ¿Te falta caudal ? Dispon de mi hacienda . ¿Hombres ? Ahí tienes todos mis vasallos de Altamira y de Monforte .

—Pero , si mal no recuerdo , creo que algun otro me ha precedido en esta comision .

—Sí ; al siguiente dia de la muerte de Constanza fué despachado , pero no ha vuelto : no ha vuelto , Rui Perez , y el haber yo perseguido á los mensajeros del obispo ¡ vive Dios ! que menos era deseo de servir á la Reina de Castilla , que rabia por ver que Gelmirez era mas afortunado que yo en sus mensajes .

—Yo , si fuera que vos , no fiaria á nadie semejante encargo : dijo el escudero , que augurando mal de la tardanza de su predecesor , y

viendo en perspectiva la interminable serie de suplicios que podia inventar, á propósito para él, un ingenio tan fecundo como el de Ataulfo, queria sacudir de encima la pesada carga que se le imponia.

—¿Y qué habria de hacer?

—Montar á caballo y dirigiros á doña Elvira de Trava.

—¡Cómo! No me conoces, voto á brios, no me conoces. ¡Humillarme yo, rico hombre de Altamira, humillarme hasta pedir la mano de....! ¡Oh! la voz, el aliento habia de faltarme. Yo puedo confesarlo aquí, que ni Elvira ni su hermano me escuchan; yo puedo revelar que sin ella la vida me es insostenible; que prefiero ser dueño de esa muger á ser emperador de España; pero ¡decírselo á ella! ¡decírselo á su hermano el conde de Trava, sin estar seguro de la respuesta! ¡eso.... jamás!

—¡Si tan seguro tuviese yo uno de vuestros castillos!

—¿Qué sabes tu, mentecato, qué sabes tu? ¡Oh! ¿Quién te dice que Elvira no prefiera á cualquier otro....?

—Señor, delirio es pensarlo.

—¡Delirio! ¿Y de dónde nace la furia, la insolencia de ese manco, que ya por dos veces alarde ha hecho de sus amores....? ¡Oh! ¡Qué me lo traigan aquí! ¡Rui Perez, los tormentos que imagino para el tal paje, á mí mismo me horrorizan! Y si Gontroda me dijese que podia matarlo.... ¡con qué gozo, con qué deleite lo veria espirar! ¡Poner los ojos donde yo los he fijado....! ¡Aparecer como rival de Ataulfo de Moscoso, y derribarme! ¡Oh! ¡Por menos hay otros que quisieran haber muerto ha muchos años....!

Calló el Terrible, bajando su rostro sombrío y desesperado. El escudero casi llegó á compadecerse de sus tormentos, al mismo tiempo que sus palabras le estremecian. Tentado estuvo por ofrecerle á prender á Ramiro; pero detúvose por no hacerse cómplice de las atrocidades que Ataulfo meditaba.

—Señor, le dijo procurando calmarle: ni por la imaginacion debe pasaros que doña Elvira es indiferente á tanto amor, y á tanta grandeza como en vos se reunen. Apresurad el casamiento, y despues.....

—¡Oh! despues que tenga yo seguridad de que Elvira no me aborrece, ni su hermano se niega..... Eso, eso es precisamente lo que tienes tu que averiguar, si, como de su tardanza sospecho, el caballero que te ha precedido, ha muerto á manos de los bandoleros ó de los infieles en el camino.

—Pero, señor, si he de hablar á esa ilustre dama y al conde su

hermano de vuestros amores, menester es enterarme de ellos antes de partirme.

—¿Y quién mejor que tu puede dar testimonio de mis amores, tu, cuya sangre anhelaba; tu, á quien de buena gana hubiera despedazado con mis uñas, y que has obtenido el perdon solo por haber invocado el nombre de esa dama, ¿qué necesitas saber mas sino que de la misma manera siempre la he amado?

—Pues bien, yo partiré dijo el escudero, y me da el corazon que he de traeros presto una buena noticia. Ahora lo que debeis hacer es acostaros, y si quereis que venga luego con una bizma.....

—Una buena noticia, repuso don Ataulfo sin hacer caso de las últimas razones de su escudero, no es tan fácil como se te figura: hay una persona poderosa que con una palabra puede impedir este enlace.

—¿Quién?

—La Reina de Castilla.

—¡Oh! Pero la Reina es tan amiga vuestra, os debe tan singulares favores que no se opondrá.....

—Mientes, Rui Perez: la Reina se opone á todo lo que pueda traer la ventura y engrandecimiento de Elvira.

—¿Y qué os importa á vos, rico hombre, de la voluntad de la Reina?

—¡Oh! dijo don Ataulfo con amarga sonrisa, no es la primera ni la segunda vez que los Moscosos se han burlado de mas terribles monarcas; pero ¿no te he dicho, desventurado, que doña Urraca es dueña de un secreto, el cual si tu le poseyeras, serias para mí tan temible como la Reina? Ea, vete de aquí..... gobiérnate como puedas; pero te juro que en el negocio te va la cabeza. ¡El médico! ¡Oh! señor paje Ramiro, señor paje, qué cosas tan peregrinas has de saber de mis habilidades cuando te traiga al castillo! Yo he menester un sayon á mi lado para ser obedecido. Rui Perez, gritó el rico hombre al poner el escudero la mano en la puerta: que vengan á desarmarme, y es mi voluntad que con estos arreos se haga una hoguera en el patio, hasta fundir el hierro. ¡Oh! ¡ya sabes á quién puedes agradecer no ser fundido con la armadura!

Con la mano en el cerrojo detúvose Rui Perez mientras el caballero le hablaba; pero no bien acabó de pronunciar la última sílaba, cuando abrió la puerta con cierto sobreliento de gozo que solo pueden comprender los que perseguidos de cerca por el toro, logran poner los pies en talanquera.

Otro gozo mayor que el de abrir la puerta le esperaba; el de cerrarla.

Pero ¿por qué razón algunos momentos despues tuvo el escudero la temeridad de volver á penetrar en aquel aposento?

—¡Albricias! señor; ¡albricias! exclamó Rui Perez alborozado: acaba de llegar un mensajero.

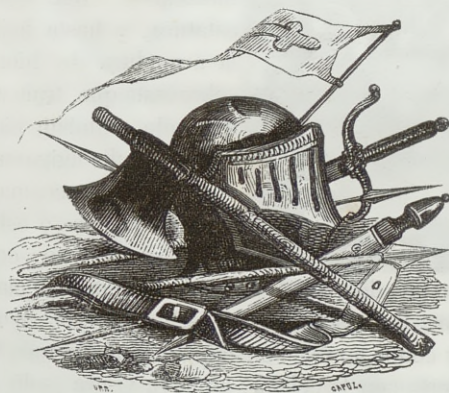
—¡El mio!

—Trae al pecho cinco eslabones azules en campo de oro.

—¡Oh! ¡las armas son del conde de Trava! ¡Mientes, vellaco, embustero, mientes! exclamó el rico hombre todo conmovido por aquella noticia y espresando su gozo de tan brusca manera.

—Señor, el mensajero está delante del rastrillo y se esperan vuestras órdenes.....

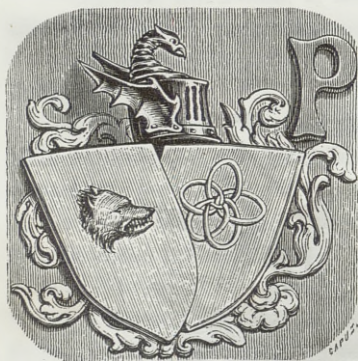
—¿Por qué lo detienen, vive el cielo? Hazle entrar, Rui Perez, y si el mensaje es tal como yo me lo prometo, te regalo en albricias uno de mis mejores castillos.





CAPÍTULO VII.

De la sabrosa plática que tuvo don Ataulfo con el caballero de los eslabones, la cual derrama no poca luz sobre algunos puntos de nuestra historia.



ARTIÓSE Rui Perez, y vino luego el mensajero, que era de mediana estatura, y hasta bajo parecia por la armadura de hierro y holgada sobrevesta que traia encima; arreos que solo sentaban bien á las personas de talle agigantado. En el pecho mostraba recamado un escudo con cinco trabas ó eslabones azules en campo de oro, con lo cual no pudo dudar Ataulfo de que el recién venido pertenecia á la casa del conde de Trava, de Trastamara y de Monterroso, ayo del Príncipe don Alfonso, y conde tambien en algun tiempo de toda Galicia.

Entró cubierto con la celada, en cuya visera solo dejaban paso á la luz dos grandes agujeros; en el suelto y desembarazado continente mostraba ser persona familiarizada con salas ostentosas y con la presencia de elevados personajes.

Acercóse al rico hombre, que hizo ademan de levantarse para recibirle, con una cortesía, que no hubiera manifestado á ninguno otro, que al pecho no llevara aquellos blasones.

—Dignaos, señor caballero, le dijo el Terrible; dignaos de levantar la visera y darme á conocer vuestro nombre, que llevando como llevais, escudo de señor tan alto y poderoso, no dejará de ser ilustre y en Galicia conocido.

—Eso lo haré yo de muy buena gana, respondió el entrante; empero con la primera diligencia antójaseme escusada la segunda.

—Haced lo que os plazca, que viniendo de parte de quien venis, todo ello, vive Dios, me parecerá de perlas, señor caballero.

Y no bien acabó de escuchar estas razones el desconocido, levantó la visera del yelmo, y tendió la mano al mismo tiempo, esperando que el rico hombre se la tomara.

—¡Pésia tal! exclamó este, entre atónito y regocijado: ó mis ojos me engañan, ó quien estoy viendo no es otro que el mismo don Pedro Froilaz, egregio conde de Trava.

—Ni mas ni menos, señor rico hombre, y pues que tanto tiempo me habeis hecho aguardar con la mano tendida, es preciso que.....

—Que os dé los brazos, buen conde, le dijo Moscoso alborozado, aunque al levantarme me crujan todas las coyunturas.

Frisaba don Pedro Froilaz con la edad senil, puesto que no representaba mas allá de cincuenta años. Ancho de cara, de poca barba, delgado de labios, habitualmente risueño, de mirada viva unas veces, y fascinadora, y otras fria y disimulada, indicaba su fisonomía tan poca aprension, como gran fuerza de voluntad en medio de una veleidad aparente. Manejaba todo género de armas ofensivas y defensivas, lo mismo las de hierro que las del talento, igualmente las de buena ley que las vedadas, y prefiriendo siempre las que mas presto herian, ó con mayor seguridad le abrian paso á sus ambiciosos designios.

Sabia acomodarse á la condicion de todos aquellos de quienes habia menester: oraba con el monje, juraba con el soldado: no desconocia la senda estrecha de la virtud y del honor, pues que por ella guiaba á su regío pupilo, y privadamente en uno y otro punto portábase como hombre laxo y poco escrupuloso.

Merced á tan raras cualidades, la cabeza del tercer partido, nacido del choque de la Reina de Castilla y de Alfonso el Batallador, con ninguno de estos dos enemigos puede decirse que estuviese malquista. Llevabáse la gloria y las consideraciones de caudillo de un bando cada vez mas poderoso, y diestramente sabia hacer que la odiosidad indispensable recayese sobre el obispo de Santiago. Era casi amigo de la Reina doña Urraca, no estaba reñido con el mo-

marca de Aragon; con el conde de Lara conservaba vínculos que mas tarde se estrecharon, y con el obispo de Santiago se confesaba.

La causa del Príncipe niño era su propia causa: si el Infante llegaba á ser coronado, en aquel mismo punto tenia que desceñirse la corona, demasiado pesada para sus sienes infantiles, y colocarla en la experimentada frente de su ayo. Pero este ademas trabajaba de propia cuenta y con mucho empeño en el auge de su familia: á todos sus hijos con princesas los iba acomodando: á su hermana bastarda trataba de colocar nada menos que con el rico hombre de Altamira, uno de los cuatro solares mas ilustres de Galicia, una de las casas mas fuertes y poderosas de aquel reino.

Y aquí será bien que nos detengamos por breves instantes.

Esclarecido el linaje de los Moscosos desde los primeros tiempos de la monarquía goda, trae su origen de uno de los principales caudillos de las razas vencedoras; muchos años antes de la batalla del Guadalete, aparece en las crónicas el nombre de Ataulfo de Moscoso, nombre de predileccion entre los individuos de esta familia. De ella salieron ilustrísimos solares; con ella se formaron otras casas, ramas gigantes que rivalizaban en robustez y lozanía con el mismo tronco.

Este desgaje no pudo llevarse á efecto sino con la desmembracion de los feudos y señoríos de Moscoso, y Ordoño, rico hombre de Altamira, en tiempo de Alfonso el Magnánimo, no podia verla con serenos ojos, y su ambieion y soberbia resaltaban conforme su material poder y grandeza se iban hundiendo. Quería aventajar á todos en estados, como en alcurnia los eclipsaba, y viéndose con dos hijos mozos, dotados á cual mas de prendas singulares, creyó llegada la sazón de apuntalar con tan buenos arrimos el amenazado alcázar de su fortuna.

Bermudo de Moscoso, el primogénito, fué llevado á la córte de Castilla: Ataulfo quedóse con el padre, de quien era amado con especial cariño, por menor en edad, por semejársele en condicion y figura, y por ser quien mas participaba de su orgullo y ambicioso anhelo. Bermudo por el contrario, atento á conquistar fama de bueno y cumplido caballero, satisfecho con la herencia de sus padres, creía que añadiendo el brillo de sus hazañas al lustre del apellido, hacia mas por levantarlo, que solicitando castillos y vasallos de la munificencia de los monarcas, ó por alianzas matrimoniales.

Ya sabe el lector lo que sucedió en aquella córte; la Infanta doña Urraca prendóse de tan buenas partes, y su aficion no fué tan secreta que de los principales caballeros no llegara á ser conocida;

y como la nobleza de Bermudo no desdecia de la magestad, y su valor y bizarría al de todos sobrepujaba, dábase por supuesto su enlace con Urraca de Castilla.

Súpolo Ordoño, y llamando cerca de sí al afortunado Bermudo, turbado del gozo se arrojó á sus brazos, le sentó á su lado y le dió á beber por vez primera en su misma copa.

Tan inusitadas muestras de júbilo provenian de la suposicion en que él y todos estaban de que Bermudo se aprovecharia de aquella ocasion, con que la suerte tan fácil y generosamente le brindaba; pero ni el padre, ni los cortesanos conocian la secreta, aunque fina pasion con que una niña de Santiago, hija natural del conde don Froilan de Trava, le tenia cautivo: el conde don Pedro Froilaz, que, muerto el padre, estaba á la cabeza de esta familia, fomentaba aquellos amores, deseoso de atraerse un tan bizarro y noble caballero, y de borrar con tan brillante boda la mancha que deslucia la peregrina hermosura de la bastarda; y á tal punto habia sabido conducir las cosas, que Bermudo iba resuelto á pedir al anciano Ordoño permiso para desposarse con ella. Pero si era difícil, por no decir imposible, que el ambicioso padre accediera á sus deseos en una situacion ordinaria, ¡cuánto no subian de punto las dificultades desde el momento en que el anciano dió abrigo al pensamiento del matrimonio con la Infanta de Castilla!

Guardó, pues, silencio Bermudo, y desistiendo por entonces de su intento, contentóse con responderle que el amor de la Infanta no era tal, que sobre él pudiese levantarse todavía aquella soberbia fábrica de ilusiones y esperanzas.

Pero el conde de Trava, viendo combatida la aficion del caballero del cariño de doña Urraca y de la ambicion de Ordoño, insinuó hábilmente la idea de un matrimonio clandestino, que fué acogida con júbilo por el enamorado Bermudo.

Verificóse el casamiento secreto, y la dicha pasajera que esperimentaron los esposos fué la señal de arremetida para todas sus desventuras.

Ataulfo amaba tambien á doña Elvira, la cual, siguiendo los consejos de su hermano, si no le habia correspondido tampoco le habia desdenado, y Ataulfo, al traslucir la dicha de Bermudo, menos quizá por aficion verdadera que por envidia, seguia requiriendo á la bastarda. Hijo predilecto, y como tal mimado y voluntarioso, no creia, no se imaginaba siquiera que tan larga resistencia pudiese encontrar el menor de sus caprichos: de aquí nació el obstinado empeño

en vencerla, y de este choque brotaron las llamas de una pasión voraz.

Elvira para aplacarle, le declaró su casamiento, exigiéndole palabra de guardar secreto, y como puede presumirse, aquella manifestación engendró en el pecho de Ataulfo los celos mas furiosos, la envidia mas feroz. Vió á su hermano mayor querido de la Infanta de Castilla, famoso por sus hazañas en la guerra, admirado en la corte por su gentileza y bizarría, heredero de los estados de su padre, y dueño, por último, de la mujer á quien él tan perdidamente amaba. Ataulfo en cambio, no tenía nada, nada, sino el cariño de un anciano moribundo, cariño insensato, que le habia retenido sin gloria y sin fortuna en las sombrías paredes de un castillo, de donde á la muerte del padre tendria que salir relegado á cualquier rincón de sus señorios, para que entrase el rico, el famoso, el afortunado hermano, llevando consigo á la mujer querida.

Antes que tal sucediese, trató de buscar remedio á la mala suerte que le esperaba, y logró bien presto cautivar el corazón y obtener la mano de Constanza Menendez de Monforte, heredera de uno de los tres solares, que con el de Moscoso, se compartían la supremacía de la antigua nobleza de Galicia. Pero no se aplacaron sus malas pasiones: los celos, la envidia y la desesperación seguían comiéndole las entrañas, pues si la ambición y el despecho le obligaron á dar su mano á doña Constanza, no fueron parte á que pudiese amarla: hiciéron-sela por el contrario aborrecible, y despertaron en su corazón pasiones que tal vez creía muertas, y que tan solo estaban dormidas para adquirir vigor con el descanso.

Desde entonces apareció su rostro cubierto de una perpetua sombra de tristeza, que ni las gracias encantadoras de su esposa, ni las caricias del padre podían disipar. Ocurrió á la sazón la muerte de Bermudo: desapareció el objeto de sus rencores: Ataulfo era el único heredero de los estados de su padre, que falleció también poco después: con la unión de las dos casas de Moscoso y de Monforte habíanse realizado sus ambiciosas esperanzas: nadie tan poderoso como él en Galicia, y sin embargo, lejos de haberse disminuido su melancolía, fué haciéndose cada vez mas negra, y tomando ese carácter de ferocidad y de extravagancia, que poco á poco le valió entre sus vasallos el sobrenombre de *Terrible*.

Véase cuán antiguo era en el conde de Trava el proyecto de unir su casa con la de Altamira, por el lazo no muy costoso para él de una bastarda. Pero este proyecto habíase renovado ahora con mas altas pretensiones.

Volvamos á la conversacion de los caballeros interrumpida para dar lugar al cuento de tan antiguas historias, que tienen con la nuestra mas relacion de la que á primera vista presentan.

—¿Y á qué debo yo la honra, dijo Ataulfo, de tener en mi castillo á tan noble y tan insigne caballero?

—Sentémonos, si no lo llevais á mal, señor rico hombre, contestó el de Trava, porque os juro en Dios y en mi ánima, que vengo hecho una alheña.

—Sentaos, respondió el de Moscoso, y por la sangre de Dios os ruego, que así que os hayais sosegado, me deis nuevas de vuestra hermosa y noble hermana.

—Negocios de ella, ó por mejor decir, negocios vuestros, son los que por acá me traen, don Ataulfo, como podeis suponer, despues de la demanda que de vos he recibido.

—¡Viven los cielos! exclamó el Terrible: ¿con qué mi mensajero llegó á vuestra presencia, y no ha vuelto por acá? ¡Por mi abuela, la que murió en honor de santidad, que he de desollarlo vivo cuando aparezca!

—No hareis tal, respondió el de Trava; porque de su tardanza nadie tiene la culpa sino yo, señor rico hombre, que he querido ganarle las albricias.

—¡Las albricias! ¡las albricias! exclamó el de Altamira con grande regocijo. ¿Con qué es decir....?

Y se quedó como cortado.

—Es decir que debiais de haber contado con mi aprobacion para el casamiento.

—¡Con vuestra aprobacion! ¿de veras? ¡Oh! No puede ser, exclamaba el de Moscoso con la sencillez de un niño. Don Pedro, don Pedro, ¿con qué vos aprobais....?

—Os digo y repito, que podeis contar con mi aprobacion, y cuando vengo en persona á decíroslo....

—¡Oh! pero no basta.

—¡Diantre!

—No basta, señor conde. Vos, como hermano mayor, como anciano y hombre de tanto peso y autoridad, debeis dar vuestro consentimiento, no lo niego; pero....

—¿Pero vos no conoceis á mi hermana, vive el cielo? ¿no sabeis, si es que su voluntad quereis poner en duda, no sabeis que ella no ha tenido jamás otra que la mia?

—¿De veras, don Pedro? ¡Es imposible! Voto á tal, que si no

estuviere como estoy, seria capaz de caer á vuestros pies. ¡Oh! no sabeis lo que es estar enamorado como yo, sin tener en veinte años otro pensamiento, ni otro deseo.

—Lo cual no os impidió, por cierto, el casaros con doña Constanza de Monforte. Vamos: yo soy perro viejo, y á mí no me habeis de venir con marrullerías. Decidme que mi hermana os gusta, y que mi hermana os conviene, y dejad todo lo demas para entenderos con ella.

—Voto al diablo, señor conde, dijo Ataulfo casi ofendido; pues sin un amor tan descomunal, ¿casaria yo con vuestra hermana? Paréceme que os habeis olvidado de que soy el rico hombre de Altamira.....

—Y mi hermana una bastarda: no lo olvidé, señor caballero.

—No lo dije por tanto, pero.....

—Cepos quedos, que peor es meneallo.

—Así no ha de ser, conde de Trava; porque ya que á mi difunta esposa habeis mentado, habeis de saber que cuando yo me desposé, vuestra hermana Elvira con mi hermano Bermudo estaba casada, y que tal fué mi rabia y mi desesperacion, que.....

—Que os casasteis con la mas rica doncella de Galicia, repuso Trava sonriéndose.

—¡Oh! ¡no os reiriais, si supierais hasta qué punto mi rabia y mis celos me llevaron! dijo el Terrible con apagado acento.

—¿Qué, tanto la amais á mi hermana?

—Eso, señor conde, es superior á todo encarecimiento: y ahora que vos todo lo aprobaís, y que doña Elvira acepta mi mano, ahora os puedo declarar sin rubor que sin ella yo no puedo existir y que por ella daria mi vida.

—¿De veras?

—¡Oh! ¡no lo dudeis, señor conde, no lo dudeis!

—Pues un pequeño favor pensaba pedir os en nombre suyo, dijo el conde despues de una breve pausa.

—¡En su nombre! Hablad.

—Es la única condicion que ha puesto para la boda.

—¿Ella?

—Ella misma.

—Hablad, señor conde, que ya tardais en manifestarlo.

—Nada..... dijo el anciano encogiéndose de hombros; dice que habeis de hacer las paces con el obispo.

—¡Con Gelmirez! exclamó Ataulfo dando un bote á pesar de sus heridas.

—¡Pues! con el obispo de Santiago, contestó don Pedro sosegadamente.

Ataulfo quedó consternado.

—Voto al diablo, señor conde, que mejor será tomarlo á risa: habeis venido á jugar conmigo, y por todos los santos del cielo, os juro.....

—No jureis, señor rico hombre, le dijo Froilaz con calma.

—¡Voto á san....! gritó Moscoso cada vez mas irritado.

—Pero, señor rico hombre, si lo habeis de conceder, ¿á qué irritaros? ¿á qué jurar de esa manera?

—¿Pero..... juzgais posible siquiera lo que me pedis?

—Advertid, que yo no os pido nada. Quien os lo ruega es.....

—¡Elvira!

—Pues.

—Bien está; pero ya veis que es imposible.....

—Dejar de obedecerla.

—Señor conde, ¡voto al demonio....!

—¡Voto á Satanás, señor rico hombre....!

—Primero me dejo arrancar la mano que dársela á un Gelmirez.

—¿Y si Elvira no os quiere mutilado?

—Pero, ¿sabeis, conde de Trava, ó conde del infierno, sabeis lo que acaba de sucederme? ¿sabeis que ayer, ayer mismo, un Gelmirez me afrentó....?

—Lo sé todo, y os juro por quien soy que vos fuisteis el que afrentasteis á Gelmirez rehusando batiros con él.

—Pero un paje del obispo, un mancebo imberbe me derribó de la silla, y me echó el perro lo mismo que á un villano, lo mismo que á una fiera..... Y juro por el nombre de.....

—¿Y qué tiene que ver el obispo con su paje, y mucho mas cuando el tal mancebo apareció de improviso, despues de un mes de ausencia, y llegó de la corte de Castilla enamorado de la Reina?

—¡Voto á tal, señor conde, que os han engañado miserablemente! Porque ese muchacho de quien está enamorado es de vuestra misma hermana.

—¿De Elvira?

—De Elvira.

—Malas noticias teneis: mirad que yo, como tan allegado que soy al Príncipe don Alfonso, las recibo mejores que vos acerca de cuanto pasa en las demas cortes de Castilla, y lo que pasa es lo que os digo, ni mas ni menos.

—Pues por muchas noticias que tengais, nunca serán tan puntuales, ni tan fidedignas como las que yo puedo daros, que de boca del paje las he oído.

—Pues dígoos, señor caballero de mi alma, que el tal muchacho es una alhaja.

—El tal muchacho, vive Dios, tiene que caer en mis manos, y ha de ser presto, y para entonces no le arriendo la ganancia.

—Una idea me ocurre, señor caballero.

—Ya tardais en decirla.

—Vos estais enemistado con los Gelmírez, tampoco os tienen mucha afición que digamos; sin embargo, es preciso que de hoy en adelante seais amigos.

—¿Ya volvemos, señor....?

—Es preciso que de hoy en adelante seais amigos, repuso el anciano caballero sin turbarse. ¿Qué inconveniente hay en que ese pajecillo sea la víctima ofrecida en holocausto de esta nueva alianza?

—Lo cual quiere decir lisa y llanamente, señor conde; porque os juro en Dios y en mi ánima, que así entiendo yo el latín como el griego, y por rematar una vez, que nunca he podido aprender á leer, ni en mi palacio hay una sola persona que tal sepa, desde que murió mi esposa Constanza.....

—No sé de historias; pero digo que si hacéis las paces con el obispo, os entregaremos al paje para que le trateis como mas á cuento os viniere.

—¡Por el alma de Caín, exclamó el rico hombre pensativo, que vuestra proposición es una proposición como otra cualquiera!

—Lo cual quiere decir, señor rico hombre; porque yo si bien sé leer y escribir, no entiendo á veces el romance.....

—¡Cuerpo de tal! si aquí me traéis el paje para que yo haga de él lo que suelo hacer con otros, que menos me han ofendido.....

—¿Quién diablos os impide que le colgueis de una almena?

—Eso no, por vida de mi abuela; de una almena no puedo colgarle.....

—Quien dice una almena, no excluye un roble, con tal que sea tan alto, que el mozo no llegue con los pies al suelo.

—¡Tampoco, señor conde, tampoco! He hecho voto de no matar á nadie.

—¡Mia fé, dijo á la sazón el conde de Trava, que no os creía tan devoto! Apuesto que como perseveréis por ese buen camino, os han

de canonizar antes que á vuestra abuela , que murió en olor de santidad.

—No harán tal, don Pedro ; porque os aseguro que en desquite de esta prohibicion que me he impuesto , trato á mis enemigos de manera que suelen pedirme por favor la muerte, ¡ y no lo consiguen!

—Lo que yo queria significar era que si el paje del obispo cae en vuestro poder, debeis ponerlo á buen recaudo.

—¡ Oh! exclamó el rico hombre con un horrible gesto que queria decir; perded cuidado.

—Dígoles, porque no seria bien hecho el negocio , si despues de traerlos aquí al pajecillo enamorado de.....

—De vuestra hermana.

—O de la Reina.

—O de todo el mundo.

—Pues..... le dejaseis escapar; con lo cual cobrariamos entrambos un enemigo.

—Os digo, conde de Trava , que no tengais cuidado ninguno: traédmelos vos por acá, y por lo demas, sabed que en mis calabozos hombres hay que entraron mancebos y ya peinan canas.

—Con que está convenido en que vos hareis las paces con el obispo, y él en cambio os entregará á Ramiro.

—Pero , señor conde, ¿y qué dirá la Reina de Castilla?

—¡ La Reina de Castilla! ¿y vos qué teneis que ver con doña Urraca? ¿Sois su amante por ventura?

—No, pero..... soy su vasallo.

—¡ Ah! Perdonad, señor rico hombre, dijo el anciano con ironía; creí que la Reina no tenia mas vasallos que sus amantes.

—Terrible estais, conde de Trava.

—Y vos necio y pesado por demas, ¡ vive el cielo! ¿No habeis comprendido que si haceis las paces con el obispo , teneis que reconocer como rey y rendir pleito homenaje á don Alfonso VII?

—¡ A don Alfonso VII!

—¡ Que Dios guarde ! dijo el conde levantándose.

—¡ Pues dígoos que lo vais enmendando ! ¿Ahora salis por ese nuevo registro?

—¡ Cómo! exclamó el de Trava fingiendo la mayor sorpresa: ¿pensabais llamaros hermano mio, y proseguir haciendo armas contra el Príncipe?

—¡ Vive Dios.....!

—No hay mas vive Dios, señor rico hombre , sino que don Al-

fonso tiene que venir presto de Estremadura, si es que no está mas cerca, á recibir por de pronto la corona de Galicia de manos del obispo de Santiago, y tiene que pasar por vuestras tierras, y vos habéisle de salir al camino con toda pompa, y habeis de iluminar vuestro castillo, y habeis de proseguir la marcha á Compostela, donde le rendireis pleito homenaje.....

—Pero conde.....

—O si no, seré capaz de dar una puñalada á mi hermana, si ella se obstina en que ha de ser vuestra.

—¡Si ella se obstina! ¡Oh! Con que ella.....

—Dejaos de amores, don Ataulfo; pensad en cosas mas serias y mas.....

—¿Cómo?

—Señor rico hombre: mengua es que un caballero tan bravo y noble como vos, se postre á los pies de una muger subyugada por un hombre tan necio y tan cobarde como el conde de Lara. No: cuando acatais á la Reina, cuando servís á la Reina, acatais y servís á un hombre que es igual á vos por su estirpe, y que es infinitamente mas pequeño que vos por sus prendas. ¿Qué quereis, don Ataulfo, qué pedis para vuestra casa? ¿Feudos, señoríos, privilegios? Todo, todo os lo dará el Rey don Alfonso VII; y os dará lo que Urraca no puede daros; la honra de servir á un varon, que sepa apreciar y remunerar con munificencia la bravura y lealtad, no como su madre, que todo lo guarda para la molicie y la cobardía. Ataulfo, mirad lo que sois vos y mirad lo que es el conde de Lara, y advertid el puesto que ocupais y el que él ocupa. Antes de cuatro dias Elvira de Trava será esposa vuestra; pero antes de ocho habrá pasado por aquí el Rey don Alfonso, á quien vamos á proclamar en Santiago, y el rico hombre de Altamira habrá cumplido con él como bizarro caballero.

—Solo hay una dificultad, dijo el rico hombre, en cuyas resoluciones tenia no pequeña parte la envidia diestramente despertada ahora por don Pedro: la Reina doña Urraca sabe el secreto del matrimonio de Bermudo con Elvira; conoce de consiguiente que vuestra hermana y yo somos cuñados, y revelando este secreto, en el caso de indisponerme con ella, puede anular nuestro matrimonio.

—¡Por vida de tal! señor Moscoso, que con lo que acabais de decir voy á probaros que no podeis seguir otro camino sino el que yo, sin saber ese particular, os he propuesto. Decis que la Reina puede anular vuestro matrimonio, ¿y todo un rico de Altamira quie-

re vivir encadenado de por vida al capricho de la Reina? Si calla ahora porque le conviene, ¿podeis asegurar que callará mañana? ¿Cuánto mejor es que haciendo las paces con el obispo de Santiago, como legado apostólico, os dispense el impedimento?

—¿Y creis que el obispo lo hará?

—El obispo hará cuanto yo quiera, si sois tan dócil que accedeis á todo lo que os pida.

—Una palabra no mas, señor conde.

—Y ciento, si gustais, don Ataulfo.

—Habeisme dicho que dentro de cuatro dias.....

—Sereis esposo de Elvira.

—No concibo ¡vive Dios! cómo estando en Estremadura vuestra noble hermana.....

—¿Dentro de cuatro dias esté en vuestro castillo? Pues eso corre de mi cuenta.

—¡Don Pedro! A no ser brujería.....

—Sea como fuere, si os traigo aquí á mi hermana.....

—Vendrá con ella mi vida.

—Pues vendrá, no lu dudeis: ¿accedeis á cuanto os he pedido? ¿hareis las paces con el obispo? ¿rendireis pleito homenaje al Rey don Alfonso? ¿iluminareis el castillo?

—Os lo juro.

—Pues yo os juro tambien que antes de cuatro dias habeis de tener á Elvira en poder vuestro.

—Pero ¿dónde está?

—Mas cerca de vos de lo que os parece, dijo el conde de Trava en ademan de despedirse.

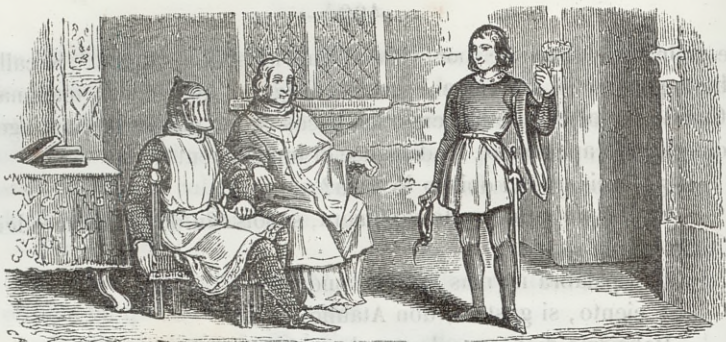
—¡Oh! quedaos aquí, no os marcheis tan presto.

—Amigo mio, no tengo que perder mucho tiempo si he de cumplir todas mis palabras, si he de obtener la dispensa, si he de traerlos el paje.

—Y sobre todo á Elvira.

—Teneis razon, á Elvira sobre todo, dijo el conde de Trava despidiéndose de Ataulfo.





CAPÍTULO VIII.

En que el paje Ramiro cuenta una historia que se omite, por cuya razón se habla de otra cosa.



EL alcázar de Altamira partióse don Pedro Froilaz á Padron, y llegó al castillo Honesto muy entrada la noche. Allí le estaba aguardando una hermosa dama, vestida de negras tocas y traje todo de luto, á la cual dijo con cierta sequedad apenas llegó á su presencia:

—Por su parte todo está corriente.

—¿Y la dispensa? preguntó la señora con triste y turbado acento.

—Pierde cuidado, respondió el de Trava con despego: no quedará por dispensa: mañana mismo iré á Santiago; tengo mucha prisa en concluir este negocio, cuya importancia me ha obligado á venir y á dejar solo al Principe don Alfonso. Estoy en ascuas..... con que así no me apures.

La dama dejó escapar un pequeño, pero profundo gemido, sofocado por el deseo de que el conde no lo advirtiese.

—Le he dicho, prosiguió don Pedro, que tu exiges por condicion indispensable su reconciliacion con el prelado. Te lo prevengo para que inadvertidamente no vayas á desmentirme.

—Bien está.

—Y además exiges tú que reconozca al Príncipe por rey de Galicia.

—Está bien.

El conde de Trava iba á salir del aposento ; pero volvió repentinamente el rostro como si alguna cosa se le hubiese olvidado.

—¡ Ah ! ¿ te acuerdas de aquel paje del obispo que , en compañía de don Arias y de un escudero , nos llevó un mensaje no ha muchos días ?

—Sí.

—¡ Ola ! ¿ con que no le has olvidado ?

—No será fácil, repuso la dama imperceptiblemente turbada.

—Sin embargo, aconséjote, Elvira, por lo que tienes de mi sangre, que pasando el puente de Altamira procures borrar al pajecillo de la memoria.

—¿ Por qué ?

—Porque ya conoces al rico hombre ; todo lo que tiene de amante lo tiene de celoso, y si á su genio violento se agrega la violencia de los celos.....

—¡ Celos ! ¡ celos de ese muchacho que pudiera ser hijo mio ! exclamó la dama enlutada con un acento que dejó tranquilo al caballero. ¡ Ah ! ¡ Si mi Gonzalo viviera, de su edad, de su misma edad seria ; y mas bello y mas perfecto que ese mancebo..... ni yo misma, don Pedro, lo he soñado !

—También te ruego, prosiguió inalterable el conde, que olvides á Gonzalo y á Bermudo, y que dejes desde hoy esas tocas y todo cuanto puede recordar á don Ataulfo sus antiguas penas.

—Don Pedro, dijo la dama con exaltación ; ese recuerdo vivirá conmigo, vivirá mas que yo, no se extinguirá con mi postrer alienato. ¡ Olvidar á Bermudo y olvidarle en Altamira ! ¡ Oh ! Eso no ; en todo lo demás os he obedecido como una esclava, no me tocaba hacer otra cosa ; pero ¿ sabéis por qué vengo á sepultarme en ese castillo ? Pues tan solo es porque se me figura que voy á encerrarme en él como en la tumba de mi esposo. Ved si es posible pensar, dentro del panteon, en otra cosa que en los que allí yacen.

—Bien está ; pero antes de la boda procura que tu nuevo esposo no te oiga cantar esa fúnebre salmodia, no sea que tome el matrimonio por entierro, y de él huya espantado.

—¡ Oh ! no temais, don Pedro ; también sé reirme sin ganas como vos ; también aprendí á fingir y disimular en vuestra compañía.

Al otro día, don Pedro Froilaz, armado de la misma manera, pero sin mote, blason, ni divisa alguna por la cual pudiera ser conocido, encaminóse á Compostela acompañado tan solo de un escudero, con ánimo de activar el negocio que le hacia andar tan listo y desasossegado.

Ningun antecedente, ninguna noticia tenia el obispo de su llegada. El paje no podia haberle prevenido sobre este particular: en la parte secreta y misteriosa de la carta, de la cual leyó algunos párrafos en el coro, no habia el menor indicio de que el ayo de don Alfonso pensase en abandonar por un solo instante á su augusto pupilo. Bien es verdad que don Diego Gelmirez, despues de repasar una y mil veces aquel escrito, hallaba en él muchas y muy especificadas indicaciones de cómo debia conducirse con todos y cada uno de los caballeros de Galicia, para que de grado ó por fuerza reconociesen al Príncipe por Rey y señor natural, apenas se presentara en Compostela; pero ni la mas ligera mencion se hacia de Ataulfo de Moscoso, y siendo el conde de Trava tan discreto y prevenido, no parecia natural que se hubiese olvidado precisamente de aquel, cuya oposicion podia ser mas funesta á la causa que defendian. Esta, aunque vaga, era la única sospecha que asaltó á don Diego, si no precisamente acerca del arribo del conde, sí respecto de alguna de sus inesperadas maniobras, en las cuales tanta destreza y maña le reconocia.

Don Pedro Froilaz no se contentaba de sacar partido de los hombres y de los acontecimientos no mas que por un lado: era de los que pedian, y casi siempre alcanzaban, miel sobre hojuelas, y á la sazón, al mismo tiempo que trabajaba por el bien de su causa, afanábase, como hemos visto, por el engrandecimiento de su familia, y con el ansia de obtener este doble resultado con el matrimonio de Elvira y Ataulfo, habia prometido á estas cosas cuya consecuencia le habia de dar algun trabajo. Pero estaba resuelto á cumplir todo lo ofrecido.

Entró en el palacio sin darse á conocer de nadie; llegó á la celda episcopal de la misma manera, y hasta verse solo con el prelado no levantó la visera de su celada. Despues de las primeras palabras de sorpresa, de cortesía y aun de cariño de aquellos dos personajes, tan íntimamente unidos por afecciones y por intereses, aunque diametralmente opuestos por carácter, el conde de Trava, Proteo que sabia adoptar las formas que mas le convenian, manifestó al obispo con moderado y cristiano lenguaje, que el objeto de su ve-

nida no era otro que el de acelerar la coronacion y proclamacion del Príncipe, la cual no podia dilatarse un dia mas del prefijado.

—Y bien, le dijo don Diego; en vuestra carta me indicais el modo de conseguir el asentimiento y homenaje de los principales caballeros del reino; pero, si ya no es que lo reservais á vuestra discrecion, os habeis olvidado del rico hombre de Altamira, que puede levantar mas gente que ningun otro en favor de la Reina, y si con esta llega á combinarse, impedir muy bien el paso al Príncipe nuestro soberano.

—Esta es la causa, santísimo padre, de mi venida, que os habria parecido inútil y escusada con un solo renglon que en la carta hubiese añadido acerca del rico hombre de Altamira. Pero la verdad es que al despachar el mensajero, no sabia de qué manera podiamos conseguir la amistad, ó cuando menos la neutralidad de un tan insigne pícaro y capital enemigo nuestro. Yo bien conocia que si Ataulfo de Moscoso permanecia fiel á la causa de la Reina, la lealtad y decision de todos los demas caballeros de Galicia era absolutamente inútil. Pero ¿qué habia de hacer?

—No habia mas remedio que pedir á Dios nuestro Señor.....

—Así lo hice, santísimo padre: ayuné tres dias en honra de la Santísima Trinidad, de quien sabeis que soy especial devoto; pedí al Señor que iluminase mi entendimiento, y el Señor ha sido tan misericordioso, que puso en mis manos el medio de traer al redil la oveja descarriada, ó por mejor decir, el medio de convertir al lobo de Altamira en manso corderillo, que os lamerá la mano humildemente.

—¡Bendito sea el Señor, exclamó el prelado, al cual nada hay imposible en el mundo! Paréceme, empero, que este es un suceso de los mas inesperados y maravillosos.

—Y cierto sin embargo, reverendo padre: acabo de ver á don Ataulfo, y héle predicado de tal manera el santo temor de Dios, que le dejo mas blando que un rollo de manteca, y mas convertido que un sarraceno que se tornase anacoreta; pero convertido no solo á Dios, sino al Rey, á la causa del Príncipe don Alfonso.

—Digoos, señor conde, exclamó el obispo candorosamente regocijado; digoos que habeis traído al seno de la iglesia un nuevo filisteo ó publicano. ¿Y cómo se ha verificado este portentoso?

—Dios ha querido, santísimo padre, llevarse para sí á la primera muger de Ataulfo, y como él estaba tan locamente enamorado de la bastarda.....

— ¡De la bastarda!

— Sí, de Elvira.

— ¡Ah! Pero Elvira, vuestra noble y virtuosa hermana, consiente.....

— ¡Cómo! ¿lo dudais, padre mio?

— Si atendeis, buen conde, á lo que la fama pregona de Ataulfo, paréceme que tengo motivos para dudar.....

— ¿Pero, de veras, preguntó el conde de Trava sonriéndose; suponeis que una bastarda se ha de andar con esos melindres para enlazarse con el único dueño de una de las cuatro primeras casas de Galicia? ¿Sabeis que un Moscoso estuvo para casar con la Infanta doña Urraca, ahora Reina de Castilla? La bastarda, pues, en todo consiente, en todo. Y en prueba de ello ha venido conmigo, y nos hemos tomado la libertad de alojarnos en vuestro castillo. Será preciso únicamente, añadió el anciano conde aparentando la mayor indiferencia, será preciso que vos ayudeis á la obra de Dios, facilitándonos una pequeña dispensa que necesitamos.

— ¡Dispensa! pequeña debe ser, pues que yo ignoro que seais, ni aun remoto, deudo de los Moscosos.

— Sin embargo, santísimo padre, repuso el conde; un Moscoso ha sido hermano mio.

— ¡Hermano vuestro!

— Entendámonos: marido de la bastarda. Vos sabiais, padre, que Elvira estuvo casada en secreto, siendo ella muy niña..... creo que debia tener escasamente quince años: nadie ha sabido mas; pero mi conciencia es tan escrupulosa, que no me permite ocultaros que el marido oculto de la bastarda fué.....

— ¿Bermudo de Moscoso?

— Justamente; el primogénito de su familia, el que por una bastarda despreció los amores de una Infanta, el heredero de la casa de Altamira, el que hubiera sublimado á la bastarda sobre las mas ilustres damas de Galicia, á no haber muerto el pobre tan prematura y lastimosamente.

— Pero vos, conde de Trava, ¿cómo pudisteis consentir en un matrimonio secreto....?

— ¿De la bastarda con un tan ilustre, tan cumplido, tan afamado caballero, cuyo padre octogenario estaba ya casi dentro del ataud? Vos os olvidais, santísimo padre, de que Elvira es hija natural de mi padre don Froilan, habida en una villana; y que yo, con la esperanza de verla ocupar un puesto, que mis legítimas hermanas

y mis hijas no hubieran desdenado, debía pasar por esa especie de ignominia del matrimonio clandestino, hasta que el padre de Bermudo de Moscoso se fuese al otro mundo, dejándole libre y heredero de sus estados. No, sino andarme yo en escrúpulos y miramientos con un caballero tan poderoso, que tanto honor á la bastarda hacia, de Infantas requerido, y de Reinas solicitado! Fiéme en la palabra de Bermudo, que bien podia, y consentí en semejante boda. Pero, por malos de nuestros pecados, don Bermudo, la flor de nuestra caballería, pereció, y todo se lo llevó la trampa.

—Peregrinas son á maravilla las nuevas que me traeis, dijo el prelado; pero ¿no habeis caido en la cuenta de que Elvira y Ataulfo estan dentro del grado prohibido?

—Justamente, y por eso es por lo que hace falta la dispensa.

—Entre dos cuñados, es imposible.

—Lo creo así, reverendo padre, si el primer matrimonio fuese público y reconocido; pero se trata de un matrimonio clandestino, acerca del cual tengo yo ciertos escrúpulos de que..... sin duda por la prisa de los dos amantes..... se debieron omitir ciertas ceremonias. Yo soy lego en la materia; pero..... ¡qué sé yo! mi conciencia es tan sumamente delicada, que me hace presumir mas de una falta de formalidad.

—En tal caso.....

—¡Pues! En tal caso, no tendreis dificultad ninguna en dispensar *sub conditione*. Os reireis si os digo algun desatino; pero yo no quiero escozores de conciencia. Se trata ademas de salvar el honor de una noble é ilustre dama, prosiguió el conde con cierta gravedad: se trata del bien general del reino; pues de este matrimonio pende, sin duda ninguna, la coronacion y proclamacion del Príncipe don Alfonso, como Rey y señor de Galicia.

—Basta: me habeis convencido: impetraré la bula de su Santidad.

—Reverendísimo padre, no tenemos tiempo de semejante formalidad: como legado apostólico la dispensaréis vos mismo.

—¡Oh! ¿Yo, que con mis clérigos franceses estoy trabajando por robustecer el poder pontificio para dar unidad á la iglesia..... queréis que deje de acudir á Roma....?

—¡Es claro! ¿Pero de qué manera obtendreis mayores resultados para tan noble y santo propósito? Facilitando la proclamacion de un Príncipe tan buen cristiano, tan humilde hijo de la iglesia, como don Alfonso, disminuyendo el poder de esa corte babilónica de doña Urraca de Castilla. Y esto ¿cómo se consigue? Dándonos una dispen-

sacion secreta de un impedimento secreto ; una dispensacion condicional de un impedimento que acaso no existe.

—Está bien : me habeis convencido , y lo haré por vos , por el Príncipe , á quien amo como hijo , y porque cesen las calamidades con que Dios aflige á estos reinos. ¿Quereis mas?

—Sí tal , reverendo padre : una cosa me resta que pedirós ; pero es mucho mas sencilla.

—Me haceis sudar , repuso el prelado , cuando me pedis cosas sencillas: explicaos por Dios.

—¡Oh! pues ahora no creais que os voy á poner en grande apuro: solo os pido que remitais á don Ataulfo de Moscoso , como en rehenes de la nueva alianza , un pajecillo que tuvo la avilantez de medir con él sus armas , y aun creo que hizo el disparate de vencerle. El rico hombre , por supuesto , solo quiere echarle una reprimenda , para que otra vez sea mas comedido y menos valiente.

—¡Cómo! ¡A Ramiro! exclamó el prelado con indignacion y energía : ¡poner yo en manos de ese tigre mi paje Ramiro! Seria una ingratitud vergonzosa , ademas de un delito. ¿No sabeis, conde de Trava , que ese Ramiro es el que ha traído el mensaje del Príncipe , el que lo ha salvado cien veces , arriesgando su vida? ¿No sabeis que don Alfonso acaso le debe la corona , vos la honra , y que yo y mi hermano todo , todo se lo debemos?

Don Pedro de Trava , que en el acento del prelado conoció lo inalterable de su resolucion , viendo que no habia podido dar á la entrega del paje el viso de sencillez y de inocencia que habia querido imprimirle , no insistió en convencer á don Diego de que aquello no era una mala accion , antes bien le dijo con la mayor indiferencia.

—Bien está , padre , bien está : os manifesté que era una cosa pequeña , insignificante , porque yo lo juzgaba así ; y ademas , porque tampoco don Ataulfo de Moscoso mostró en esto un gran empeño : yo le daré cualquier disculpa:.... yo le diré que la plática vos se la echaréis , y punto concluido.

Pero el obispo , como si temiese algo de aquella súbita mudanza , ó anhelára que el conde pudiera formarse cabal idea del mérito y de la escelencia de Ramiro , prosiguió:

—Conde don Pedro , voy á llamar á ese mancebo : vais á conocer la joya que en él tiene la iglesia de Santiago y la causa del Príncipe. Oidle , conde , oidle , y vereis que ha hecho mas en dos dias en favor nuestro , que nosotros acaso en años enteros.

—Pero advertid , reverendo padre , que nadie , absolutamente nadie sabe ni debe saber mi venida.

—No importa: bajad la visera del yelmo, permaneced silencioso, y escuchadle.

Llamado por don Diego , entró el paje á poco rato , la gorra en la mano , y con airoso traje corto y jubon de paño leonado con mangas perdidas. Inclínose reverente delante del desconocido y de su señor , que le dirigia miradas paternales.

—Ramiro , le dijo don Diego con blando acento : este caballero que aquí ves , muy amigo mio , y que no tardará en serlo tuyo , quiere escuchar de tu boca la relacion de tus aventuras , y es preciso que las refieras como si estuvieras conmigo á solas , y como si yo de nada estuviese enterado.

Resistióse al principio el mancebo modestamente ; pero vencido de las instancias de su señor , con el aire mas triste á la par que sencillo , propio de su situacion y carácter , comenzó su historia desde su salida de Mérida , pintó con vivos colores las persecuciones que él y sus compañeros habian experimentado en el camino , afectóse profundamente al referir la muerte de estos , pagando con sus lágrimas justo tributo á la memoria del buen don Arias , y pasó mas de ligero por los sucesos del alcázar de Lugo. Y aquí fué donde el obispo , despues de haber escuchado algunas razones que el conde le murmuró al oido , interrumpiéndole diciendo:

—Cuéntanos , hijo mio , un poco mas detenidamente , cómo la Reina , que te coge y te lleva á Lugo para ahorcarte , luego te regala y te remite aquí horro y bien despachado: cómo te pone en el tormento para hacerte declarar lo que sabias del mensaje , y cómo luego , departiendo contigo largo rato , ni una palabra de esto te pregunta. A mudanzas me tiene acostumbrado la Princesa ; pero tan grandes y repentinas jamás las he visto. Dios tiene en su mano el corazon del hombre , y con un rayo de su divina gracia puede convertir en suave claridad el horror y las tinieblas ; pero en esta conversion que tú nos dices , veo yo mas lo profano que lo divino. Háblame , hijo mio , y para iluminar mi entendimiento , espílicate sin confusion ni rebozo delante de mí , que soy tu padre , y de este caballero , que , aunque no le conoces , es mi amigo.

Cuantos mas encargos se le hacian al mozo de explicarse sobre el particular sin vergüenza ni rodeos , mas rubor sentia y mas vueltas daba en su imaginacion á las ideas , para convertirlas en razones que le acomodaran.

—Señor, contestó Ramiro encendido como una grana; yo no creo que la Reina sea tal como se murmura.

—No te pedimos el juicio que de la Reina hayas formado, sino el cuento de lo que con ella te ha sucedido.

—En primer lugar, repuso el paje con menos empacho, llegamos á Lugo á cosa del medio dia, porque habeis de saber que no dejaron de andar en toda la noche los que me llevaban cautivo.

—Bien; ¿pero de qué te habló doña Urraca cuando con ella á solas te quedaste?

—De una porcion de cosas, de las cuales apenas me acuerdo: me dijo que era muy desgraciada; y que en la voz me parecia á uno, y luego se echó á llorar, y dispuso por último que me pusiesen incomunicado en la torre.

—¿Y qué dijiste tú para hacer llorar á la Reina?

—Nada, pobre de mí, nada que pudiera lastimarla ni ofenderla; pero S. A. no lloraba por lo que yo le decia, sino por acordarse de no sé que cosas agradables, que la ponian triste.

El prelado, á pesar de su gravedad, apenas pudo disimular una lijera sonrisa.

El caballero de la armadura se revolvió en su asiento, estregóse las manoplas, tosió lijeramente, y acercándose al oido del prelado:

—¡Cuerpo de tal! murmuró: perdonad, reverendo padre, mi lenguaje; pero.....

Ramiro, que era la discrecion en su punto, retiróse uno, dos y tres pasos, hasta esconderse en el rincon mas apartado de la celda, y de bonísima gana hubiera tomado la puerta, á no detenerle su mucha cortesía, ó quizá, quizá, como el fuego de su semblante lo indicaba, su mucha vergüenza.

—¡Cómo! prosiguió el conde con mas libertad, apenas se alejó Ramiro: el mas solemne desatino hubiéramos hecho en deshacernos de ese mancebo. Rumores han llegado á mis oidos acerca de la aficion que la Reina le ha mostrado; pero no creí ¡vive Dios! y perdonad otra vez, reverendo padre, añadió el conde santiguándose; no creí que tan rematada estuviese por él la Princesa doña Urraca. ¿Sabeis, señor obispo, que el tal pajecillo está en vias de destronar al conde de Lara? ¿y sabeis que teniendo de nuestra parte al nuevo favorito, estamos mejor de lo que queremos? ¡Disparate como él! ¡Malquistarnos por un antojo de Ataulfo con este mancebo, que es una alhaja para nuestra santa causa....!

El prelado le miró con severidad, y le dijo con firme acento:





—Concebid, señor conde, mas nobles y cristianos pensamientos. Para hacer triunfar nuestra santa causa, jamás recurriremos á medios reprobados. Sabed que para evitar hasta la sombra del torpe arbitrio que me proponeis, pienso casar muy presto á ese mancebo.

—¡Casarlo! ¡qué desatino, don Diego! Cuando teniais en la mano..... ¡Vaya, nada conseguireis en la vida!

—Si la buena intencion y la constancia valen algo, no desconfio de conseguir mis buenos intentos.

—¡Malo, malo! dijo el conde para sí; le proponia el único medio de salvar al paje, y no lo acepta; mia no será la culpa, si me veo en la precision de cumplir mi palabra con Ataulfo. De lo que allí suceda desde ahora me lavo las manos.

Y una con otra se las refregaba, mostrando satisfaccion y regocijo.

—Acércate, hijo mio, dijo el prelado á Ramiro, y sigue contándonos cómo escapaste de la prision y llegaste á Compostela armado de todas armas.

El lector está bien enterado de lo que atañe á la primera parte de la pregunta; respecto de la segunda, refirió Ramiro que habiendo podido salir de Lugo con Pelayo, se apartaron del camino real para no ser alcanzados por las gentes del conde, que habian salido en su seguimiento, y muy entrada la noche llegaron al monasterio de Mellid, donde Ramiro, sabiendo que el abad era muy amigo del obispo, le manifestó claramente el mensaje que llevaba, y las persecuciones y asechanzas de que era objeto. El abad le respondió que era una imprudencia que prosiguiese el camino con su túnica de peregrino, ya tan conocida, á pie, y sin armas á propósito para defenderse de sus enemigos, y para proveer á sus mayores necesidades le dió un caballo para correr, una completa armadura de malla para defenderse, una celada para encubrirse, sin olvidar tampoco las armas ofensivas. Cómo llegó á Santiago adelantándose á Pelayo, dirigiéndose á casa de su madre y entrando en la de Munima; cómo apareció en la palestra y venció á don Ataulfo; cómo arrancó despues la carta al conde de Lara, lo hemos dicho ya y nos parece escusado repetirlo. Añadiremos únicamente que Ramiro guardó silencio acerca de la hermandad.

El obispo estaba embelesado escuchándole, y dirigia frecuentemente sus miradas al de la visera como para decirle: mira, mira el hombre á quien debemos tantos y tan grandes beneficios: este es aquel á quien tu querias sacrificar en aras de un ídolo feroz y sanguinario.

Cuando Ramiro terminó su relacion, le dijo don Diego con entusiasmo:

—Hijo mio, Dios ha obrado prodigios por tu mano, y el Evangelio nos dice que el operario es digno de su merced. Grande ha sido la que Pelayo nos ha hecho, y de mi cuenta corre la recompensa: tu ya veo que no te inclinas á la tonsura, á pesar de que al santo apóstol debes la crianza. No importa, podemos servir á Dios en cualquier estado, y su iglesia hoy ha menester no menos de quien cante el oficio en el coro, que de quien desnude el acero en las batallas.

—Sí, reverendísimo padre, exclamó el paje, creyendo que el obispo iba á cumplirle la promesa de armarle caballero, que por delicadeza hasta la sazón no le habia recordado; sí, dadme esa espada, y os juro que nadie procurará llevarla con mas honra, ni esgrimirla con mas denuedo en vuestra defensa.

—Bien, hijo mio; mas para defensa mia no solo necesito lanzas y espadas, sino dardos, pelotas y ballestas.

El paje respondió turbado:

—Padre mio, armas son esas que no suelen llevar los caballeros.

—Debes contentarte con ellas.

—¡Yo! ¡yo! exclamó el paje sobrecogido y casi indignado. ¡Yo, noble; yo, probado en las lides; yo, vencedor de un formidable campeon; yo, con armas de villanos! No, santísimo padre: quereis poner á prueba mi paciencia y quizá mi vocacion militar. Perdonad, padre mio, si os recuerdo la promesa.....

—¡Promesa! ¿de qué?

Ramiro comenzó á temblar, cuando vió que el obispo se hacia de nuevas al oir estas palabras: miraba alrededor con ojos atónitos para saber dónde estaba, y si era verdad lo que veia.

—Padre, exclamó: ¿de veras no recordais que al partirme á Mérida me digisteis que si con bien salia de la arriesgada empresa que ibamos á llevar á cabo, habiais de armarme caballero en el altar de nuestro bienaventurado apóstol? Peligros he arrostrado, dificultades he vencido, con el auxilio de Dios, y el mensaje os he traído, segun me lo habian encomendado: plazca, pues, á vuestra santidad otorgarme el prometido galardón; que aunque es tal que á esperarlo no me atrevia, ahora despues de ofrecido con vivas ansias lo aguardo.

—Ramiro, contestó el prelado enternecido: ¿tienes confianza en mí?

—Como en mi mismo padre, si lo hubiese conocido.

—¿Me juzgas ingrato?



Lám. 13.

Imp. de Caspar y Roig.

—¡Oh! ¡no!

—¿Sabes que te daría la sangre de mis venas por recompensarte como mereces?

—¡Padre, padre mio! No me confundais.

—Pues bien, Ramiro; te dará todo cuanto quieras, pero no la espada y la espuela de caballero.

—¡Señor! exclamó el paje consternado: ¿qué falta he cometido yo que me haga indigno de la orden de caballería?

—Ninguna, hijo mio, ninguna. Tienes méritos y virtudes superiores á tu edad: tu firmeza es maravillosa, de tu valor has dado testimonio: créeme, Ramiro, no hay dos personas á quienes pudiera encomendar la comision que tu tan bien y fielmente has desempeñado.

—¡Gracias, señor, gracias por tantas bondades! dijo cayendo de hinojos á las plantas del obispo: pero yo no he vengado todavía á mi gusto la afrenta del latigazo: yo queria calzarme la espuela dorada y retar á don Ataulfo de caballero á caballero, y reñir con él una batalla.

—Olvida tus afrentas, le dijo el prelado con melancólica ternura: y sobre todo, las que hayas recibido de ese caballero.

El paje se levantó exclamando con dolorido acento:

—¡Oh, si viviera mi madre!

—Si viviera tu madre te diría precisamente lo que te estoy diciendo; porque has de saber, que á la hora de su muerte, no teniéndote delante, me encomendó con mucho ahinco.....

—Que no me armaseis caballero.

—Que no te armase caballero.

—¡Cielos!

—Y añadió mas.

—¿Mas todavía?

—Me suplicó que dieses tu mano á una doncella honesta, hermosa y vecina suya.

—¡A Munima!

—Lo has adivinado.

—Pero Munima es villana, señor, y yo hijo de un hidalgo.

—Y sin embargo, tales cosas han pasado en Lugo, hijo mio, que no tienes mas remedio que casarte pronto, ó tomar el hábito de religioso.

—¡En Lugo! exclamó el paje ruborizándose. ¿Y qué ha pasado allí?

—Tu conciencia te lo está diciendo, repuso el prelado con gravedad.

—Pero si aficion me mostró la Reina, tambien doña Elvira de Trava me mostró cariño, y por eso.....

El obispo volvió la cabeza involuntariamente mirando al caballero encubierto, no sin algun sobresalto.

El conde de Trava permaneció tranquilo, inmóvil, aparentando la mayor indiferencia.

Iba á reprender el prelado á su paje por haber tomado en boca el nombre de aquella dama, cuando Gundesindo Gelmirez entró aceleradamente y armado de punta en blanco.

—Hermano, dijo al llegar; cuando estás departiendo con esa calma, ignoras sin duda las novedades que ocurren.

—Graves deben ser, segun te muestras de alterado.

—No sé si graves ó leves, si buenas ó malas: lo que sé decirte es que la Reina está á las puertas de la ciudad.

—¡ La Reina! exclamó el conde de Trava, levantándose y sin poder contenerse.

—¡ La Reina! dijo el obispo dejando tambien su asiento.

—¿De paz, ó de guerra? preguntó el conde.

—Ya podeis presumir cómo vendrá, cuando aquí la esperan, como el agua de mayo, algunos centenares de conspiradores, que andan por ahí ufanos pregonando que tienen por suya á doña Urraca. Las apariencias, sin embargo, son de paz; pues ha mandado un caballero para anunciarnos su llegada; y lo que es mas chistoso, prosiguió Gundesindo con ironía, ordena S. A. que principien los festejos y regocijos públicos. Figúrate, hermano, qué festejos, ni qué aclamaciones hémosla de tributar nosotros, sino los que puede ofrecer el gallinero á la raposa que se digne visitarlo. ¡Vamos! La Reina está loca: no parece sino que con anticipacion nos habia anunciado su venida.

—Señor caballero, dijo tímidamente el paje, cuando llegué de Lugo, creo que os advertí.....

El obispo le interrumpió con una severa mirada.

El conde de Trava acercóse al prelado y le dijo por lo bajo:

—¿Sabeis quién nos trae á la Reina?

—Dios nuestro Señor, que quiere probar todavía nuestra paciencia.

—Ese mancebo, que tal vez será causa de que todos nuestros proyectos se malogren.

—¡Cómo!

—No hay remedio: ó dejamos que la Reina se le aficione, y sacamos partido de sus debilidades.....

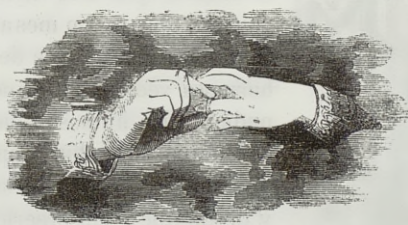
—¡Dios nos libre!

—Teneis razon: librenos Dios, repuso hipócritamente el de Trava: apartemos el cebo para evitar que atraído de él venga ese pez á visitar estos mares.

—En todo caso, dijo el prelado alzando la voz: no quiero dejarme sorprender de nadie. Escógeme, Gundesindo, una guardia de quince lanzas con su correspondiente acompañamiento de pajes, escuderos y ballesteros para mi palacio: vive alerta, y procura vigilar á la Reina y á nuestros enemigos. No la faltes en nada; pero no la dispenses ningun obsequio de mas: que se aloje en el convento de San Martin de Pinario: tu la visitarás como autoridad, yo no me atrevo á verla; fuera de que dentro de ocho dias dejará de ser señora feudal de mis estados.

El vilico de la ciudad se alejó para cumplir las órdenes del obispo, y este añadió volviéndose á Ramiro:

—Hijo mio, no hay tiempo que perder: vé á prepararte: tu casamiento con Munima se verificará mañana.





CAPÍTULO IX.

De cómo Ramiro, en la alternativa de casarse ó de entrar en religion, se aconsejó de la Reina, y de cómo esta le dijo que ni uno ni otro.



Mas muerto que vivo salió del palacio el paje del obispo. Un mes antes no le habria asustado quizá la idea de casarse con su hermosa vecina, dado que desvanecérsele pudieran los humos de la hidalguía; pero desde que se habia empeñado en creer que andaba enamorado de Elvira de Trava, y desde que, sin creerlo y sin notarlo, habia comenzado á sentir cierta natural inclinacion á la Reina, semejante proposicion debia producirle el efecto de un escopetazo.

Sin embargo, todavía le sorprendió y apesadumbró mas la oposicion de su madre y la negativa del obispo á ceñirle la espada de caballero. Después de sentir el mal, queria Ramiro esplicarse las causas de él, y aunque llegó á traslucir que el casamiento era un obstáculo

que el prelado trataba de oponer á la afición que sospechaba en doña Urraca, no podia atinar qué motivo le inducia á negarle la recompensa solemnemente prometida para despues del viaje de Estremadura. La privacion, en el primer caso, era un incentivo de sus deseos ; el misterio, en el segundo, daba pábulo á sus cavilaciones.

Engolfado en ellas, fué andando maquinalmente á donde sus pies quisieron llevarle; y él se dejó llevar de sus pies, viendo que seguian la línea recta hácia la puerta del Camino, llamada así porque desemboca en el arrecife del Norte. Varias veces en el tránsito estuvo á punto de ser atropellado de los caballeros que salian á todo escape en sus corceles, á la entrada de la Princesa. Distraido un tanto de sus imaginaciones con la proximidad de este suceso, no pudo menos de reparar en el aspecto triste y melancólico de la ciudad. Poco á poco las calles iban quedando desiertas; cerrábanse las puertas y ventanas, y una sola inmensa nube parda servia de toldo á las angostas y húmedas calles formadas con sombríos edificios.

Algunas palabras ó diálogos que cogia al vuelo servian para completar sus desagradables impresiones.

—¿ Viene ya S. A., maese? preguntaba uno.

—Ahí está ya, respondia un platero conjurado.

—¿ Y qué os parece de estas cosas?

—Que estamos vendidos miserablemente por Lara y por la Reina, y que esta y el obispo, unidos como uña y carne, van á caer sobre nosotros, si.....

—¡ Pues....! No hay que decir palabra. ¡ Bravo nublado se nos viene encima!

Otros eran de diversa opinion respecto de las relaciones entre doña Urraca y don Diego Gelmirez, aunque convenian con los anteriores en presagiar tempestades.

—Desengáñate, decia un viejecillo colorado, que trascendia á vino de media legua: la Reina viene á prender al obispo: le aborrece como el agua al vino del Ribero; y á él, como sabe tanto, le ha dado el tufo de todo, y ya lo tienes ceñido de una guardia de diez lanzas, como de cellos una cuba.

—Cuando riñen los pastores..... tio Mingo..... le dijo su interlocutor.

—Sí, sí, á cuidar de mi taberna.

Y se alejaban acelerando el paso. El paje prosiguió los suyos, y al divisar la puerta, al extremo de la calle, sintió el ruido de trompetería, que mas bien parecia señal de alarma que de público regocijo.

Detras de los trompeteros del gobernador venian en peloton villanos, armados de ballestas y vestidos de burriel, con monteras ó capuces de lo mismo y cinto de cuero, del cual pendian sendos cuchillos. Seguian luego los pajes vestidos con los colores de sus amos, y los escuderos que les llevaban los escudos, adargas ó rodela, y luego los caballeros con sus cotas de malla mas ó menos ricas y bien trabajadas, y algunos con armadura de hojas de acero. En pos venia la Reina con sus dueñas, oaballeros, pajes y demas acompañamiento, que no era mucho, y cerraba la comitiva una pequeña retaguardia mandada por el vilico Gundesindo Gelmirez, de manera que mas parecia la Princesa cautiva por enemigos, que por vasallos escoltada.

Hasta el monte del Gozo habia venido montada en un palafren blanco como una nieve, enjaezado con gualdrapa tambien del mismo color, con listas rojas, recamada de castillos y leones: así pensaba haber entrado en la ciudad; pero en vista del recibimiento que se le disponia, repentinamente mudó de resolucion, encerrándose en una litera, lo cual tambien contribuia á dar al acto el aire de premdimiento.

Ya hemos podido ver por las palabras que Gundesindo Gelmirez dirigió á su hermano, que doña Urraca esperaba grandes festejos y regocijo público á su entrada. No por ser entonces maravilla que los reyes se moviesen de una poblacion á otra; antes por el contrario, en aquellos tiempos los príncipes no tenian residencia fija, y hechos unos azacanes andaban de aquí para allí, de castillo en castillo, de pueblo en pueblo, pidiendo hospitalidad á los nobles, donde alcázares propios no tenian: en las guerras ellos eran los adalides, y en las civiles discordias y revueltas acudian á conjurar la tempestad, y en todas partes ganaban la corona materialmente con el sudor de su rostro; pero la Reina tenia motivo de creer que en aquella sazon el obispo de Compostela le haria un recibimiento casi triunfal, ó por lo menos extraordinario.

Aunque no se habia proclamado la guerra de parte de la soberana de Castilla, considerábase como inminente, y todo el mundo estaba persuadido de que al primer amago de rebellion del obispo acudiria doña Urraca con el intento de sofocarla, como lo daba á entender su larga permanencia en el reino de Galicia. Pero lejos de aparecer como enemiga y vengadora, seguida de huestes formidables, venia con un pequeño séquito, sola, desarmada, precedida de grandes y sinceras protestas de paz, de alianza, y de no pequeños dones de castillos: presentábase, no erguida como juez y señora, sino

humilde como penitente, y tan lleno el corazon de bondades y de generosidad, que pensaba con ellas atraerse y abrumar al prelado. Se olvidó, sin embargo, la Reina de que no es lo mismo sentir en nuestro corazon una feliz mudanza, que hacérsela comprender á los demas: aquella se verifica en un instante, estotro es obra del tiempo, de la perseverancia, y siempre exige gran trabajo y rudas pruebas. La justicia de los hombres es inmensamente mas lenta que la de Dios: en un instante convierte el Señor en santos á los facinerosos que espiran á su lado; y el mundo, ¡cuánto tarda en dar patentes de sanidad á quien como sospechoso considera!

Iba pues doña Urraca en la confianza de que al punto que don Diego supiese su llegada á Santiago, ya prevenido como debia estar por el paje, saldria á recibirla con músicas y danzas: imaginaba que se echarian á vuelo las campanas, que los canónigos y monjes sacarían el palio, y que toda la ciudad de júbilo se conmoviera: ¡cuál era el sentimiento de la Princesa al ver desplegarse ante sus ojos aquel aparato de fuerza, al notar el silencio y casi la soledad en las calles y el temor ó el desden en los semblantes y la tristeza en todas partes!

Recostada en la litera, exhalaba profundos suspiros, y si las lágrimas, que de poco tiempo acá habian aprendido el camino de los ojos, no se asomaban á ellos, era porque la soberbia las tenia encerradas y comprimidas. Sepultada en el fondo de su asiento, no se dejaba ver de sus acompañantes y de las pocas personas que presenciaban mudas y temerosas aquel acto desde la calle, ó desde las puertas y celosías entreabiertas; pero de repente sintió que gritaban á su lado:

—¡Cuidado....! ¡Plaza! ¡Atrás! ¡atrás....!

Y era que el caballo de uno de sus acompañantes, despues de haber tropezado en una piedra, comenzó á caracolear y encabritarse en lo mas angosto de la calle, donde habia algunas gentes detenidas. Un jóven, que precisamente acababa de llegar á aquel punto con aire melancólico y distraido, estuvo á pique de ser atropellado; y aturdido por aquellos gritos no tuvo mas remedio que dar un salto y plantarse en medio, en sazon de que pasaba la litera de la Reina.

Asomóse esta al oir tan desaforadas voces, y lo primero en que tropezaron sus ojos fué en los de Ramiro, que era el mozo medio atropellado, el cual al verse á tan corta distancia con aquel rostro tan triste, que espresaba todas las amarguras del corazon de doña Urraca, estremeciósse de pies á cabeza, y hubiera quedado alli como

una estatua, espuesto á ser envuelto entre las cabalgaduras que venian en pos, á no haber oido la voz de aquella mujer, que con animada espresion le dijo muy quedo :

— ¡Ramiro....! Vendrás á verme.

En seguida pasó la litera.

El fogoso bruto diestramente refrenado por su dueño, continuó sosegadamente: el paje tomó la pared de otro salto, y tan rápida y tan imprevista fué aquella escena, que al parecer del mozo de nadie habia sido observada.

Prosiguió este su camino, si bien es verdad que ninguno llevaba, ó si llevaba alguno, allí se habia terminado; pero el temor y la vergüenza de que fuese advertido le impidieron volver atrás y seguir la comitiva. Marchó pues hácia la puerta de la ciudad, no sabemos si mas triste ó mas alegre que antes de aquella ocurrencia.

La mirada lastimosa de la Reina, aquel semblante altivo en medio de la humillacion, aquel repentino cambio de fisonomía, aquellas palabras dichas para él solo, y que salian de boca de una augusta señora, que era entonces el objeto de todos los pensamientos, de todas las conversaciones y de todas las miradas, y que en medio de sus profundas penas no le queria olvidar, hizieronle grande impresion, y unas veces pareciale que la detestaba, considerándola como el origen de todas sus desventuras, y otras modificaba sus odios, y suavizaba sus pesares con cierto gozo intimo producido en gran parte por la vanidad de verse amado de una Princesa.

La vanidad es acaso la mas pequeña de nuestras pasiones; pero donde quiera que se presenta ejerce la soberanía. Ocurriósele al paje que aquel viaje, aquel aparato, aquella alarma no provenian de otra cosa que del deseo que la Reina tenia de estar á su lado, y sacudió la cabeza como para desechar algun mal pensamiento; pero el pensamiento quedaba allí, como una mosca tenaz que se pega á la frente de un noble corcel, y resiste las sacudidas de sus rizadas crines.

No eran estas consideraciones muy propias para víspera de boda; demasiado lo conocia Ramiro, y deseoso de quitarse de encima la tentacion, tomó la magnánima resolucion de irse á ver á Munima, siquiera para departir con ella acerca de tan grave asunto, y cumplir con el precepto del obispo, que le habia mandado disponerse para el siguiente dia.

En efecto, salió por la puerta del Camino, y siguiendo á mano derecha por el muro abajo, fué á dar á la del Mercado, y por ella en-



tró á la calle de su futura: llegó á su casa, y hallóla cerrada. Una vecina amable dióle la casi plausible noticia de que la madre y la hija habian salido á rezar á la ermita de Santa Cruz en el monte del Gozo. Munima no estaba en casa..... ¿qué habia de hacer Ramiro? ¿Tenia él por ventura la culpa de que no estuviese en casa Munima? Claro es que no; y no teniéndola, tampoco creyó ser responsable de que sus pies, paso arriba, paso abajo, se dirigiesen poco á poco al monasterio de San Martin de Pinario, donde ya él sabia que se alojaba la Reina.

Tenia que pasar por el palacio episcopal, y al cruzar por delante, sintió ciertas punzadas de remordimientos y ciertos fuegos de vergüenza, que en lugar de hacerle detener el paso, le obligaron á apretarlo; como chico que por primera vez escapa de la escuela, volviendo el rostro á cada punto, entró todo azorado en el convento. Pero aquí fueron sus mayores apuros. Para ver á la Reina naturalmente tenia que preguntar por ella, pues no se habia de meter de rondon en la cámara; y preguntar por la Reina era una dificultad insuperable para el pobre paje.

Perdido andaba en un laberinto de trazas y confusiones, cuando vino á sacarle de él la misma Ariadna en figura de dueña, y, con las precauciones debidas, lo introdujo en la régia morada.

Doña Urraca, sola ya y libre de las importunas visitas del abad y de los principales monjes, acababa de despachar un mensaje al conde de Lara y á Gutierre Fernandez de Castro, pidiéndoles que viniesen á socorrerla, y con suma agitacion observaba desde la celosía cuanto pasaba en la plaza irregular que forman la fachada del Norte de la catedral, el palacio del obispo y el monasterio de San Martin de Pinario. El segundo de estos edificios estaba cercado de guerreros como una fortaleza: Gundesindo Gelmirez entraba en él y salia muy á menudo: fuertes patrullas recorrian los alrededores, y las gentes que cruzaban la plaza dirigian alternativamente al palacio y al monasterio miradas misteriosas, y daban á entender con sus gestos y ademanes que aquellos dos edificios se estaban mutuamente contemplando, como dos gallos rivales antes de emprender la lucha.

Al ver pasar á Ramiro, hizo la Reina que una de sus dueñas le saliese al encuentro, y como ahora sintiese pasos en su habitacion, volvió súbitamente el rostro, y sin mas preámbulo le dijo al mancebo con amarga sonrisa:

— ¡Cuán presto se han trocado los papeles, Ramiro! Ahora soy yo la prisionera, tu el libre: la Reina de Castilla te visitaba en la

torre de Lugo, y el paje del obispo me visita en el monasterio de Compostela. ¿Hay aquí tambien algun conde de los Notarios que me dé á escoger entre sacarme los ojos ó cortarme la cabeza?

Temblábale el labio inferior al decir estas razones: su voz era enérgica, pero algo ronca y balbuciente, y sus azules ojos vertian fuego de indignacion.

—¿Qué es lo que pasa, Ramiro? prosiguió sin aguardar respuesta: te he llamado para que me digas qué es lo que sucede, qué hay, qué se teme, qué se piensa hacer conmigo. Sepámoslo de una vez: ¿soy libre ó cautiva? ¿quién manda aquí, la Reina ó sus vasallos? Pero, ¿qué te pregunto á tí, pobre amigo mio, añadió luego con tono mas suave; qué te pregunto del rayo que se está forjando en las nubes contra mi trono? ¿qué te pregunto á tí, pobre pajarillo, que apenas levantas el vuelo sobre los arbustos? ¡Oh! ¡Ramiro, Ramiro, desde el punto en que te ví, me sentí con fuerzas para volver á ser buena y generosa, y tuve el firme propósito de serlo; pero dí á tus gentes, díles que no hagan porque me arrepienta; porque entonces.....

—Perdonad, señora, pero V. A. ha dicho bien: soy un pobre pajarillo sin alas para subir á tan altas regiones, contestó el paje con su acostumbrada modestia.

—¿En qué consiste, prosiguió la Princesa, que por mas esfuerzos que hacia, no sabia dominar su agitacion; en qué consiste que cuando voy por una senda equivocada todo es fácil, todo suave, todo halagüeño, y en el verdadero camino no puedo dar un paso sin vacilar, sin tropezar, sin combatir, sin sostener perpetua lucha con todos aquellos que de la senda errada querian apartarme? ¡Ayer Gutierrez de Castro, hoy don Diego Gelmirez....! ¿Sabe él por ventura mis intenciones? ¿Tenia noticias de mi llegada? ¿le has entregado mi carta? ¿la ha leído? ¿ha visto que le doy tres de los mejores castillos de Galicia? ¡Él, que todo lo quiere para su iglesia; él, que se va ensanchando como una gota de aceite sobre finisimo paño, él no hace caso de mis ofertas, de mis donaciones; él me trae presa como un malhechor, y..... ahí está, ahí está; no se digna visitar á su señora feudal! ¡Oh, Ramiro, Ramiro! ¡Si mis ojos despidiesen rayos, cuán presto derrocaria algo de lo que veo!

—Señora, repuso el paje con cierta timidez: no merece tanto rigor, ni tamañas iras el obispo de Santiago; su corazon es bueno, excelente; pero esclavo de su cabeza. Convecdedle, señora, de que marchais resuelta por el camino que habeis indicado, y no tendreis amigo mas fiel, vasallo mas leal, consejero mas recto y desinteresado,

ni partidario mas fogoso que el obispo de Compostela. Sus juicios pueden ser equivocados: sus intenciones siempre son leales.

—¡Oh! ¡ya quisiera yo, exclamó la Reina con blando y sentido acento: ya quisiera yo tener amigos tan verdaderos y tan hábiles abogados como tiene don Diego Gelmirez!

—V. A. los tiene, aunque no los conoce, dijo el mancebo, bajando los ojos y cubriéndose de rubor.

—Sí, sí, contestó la Princesa, cuya furia se habia disipado con las palabras de Ramiro, como un maleficio con los conjuros; sí, le conozco y le aprecio en todo su valor, y aun pudiera decir, añadió despues con voz un poco turbada, y aun pudiera decir que le amo, si esta palabra no significase mas de lo que yo quiero que signifique.

A duras penas podia mantenerse en pie el paje del obispo: su rostro estaba hecho un fuego, zumbábanle los oidos y le flaqueaban las piernas. Sintió impulsos de arrojarle á los pies de doña Urraca; pero le contuvo un tropel de reflexiones que todas se cifraban en estas palabras: « ¡mañana voy á casarme! »

—Hoy puedo decírtelo sin reparo, prosiguió la Reina; hoy puedo confesar que te amo; porque acabo de conocer á la que está destinada para esposa tuya, y se ha captado todas mis simpatías.

—¡Señora! exclamó el paje: ¿habeis visto á Munima? ¿Sabeis ya que mañana....?

—¿Qué mañana se verifica tu casamiento? No sabia tanto, á la verdad, dijo la Reina con alguna sorpresa: no me figuraba yo que tanta prisa tuvieses.....

—Yo no, exclamó vivamente el paje; y apenas soltó esta palabra cuando le pesó haberla dicho.

—¡Cómo! ¿no amas á Munima? ¡Ah! Es verdad, es verdad, exclamó doña Urraca, por cuya frente cruzó una sombra de dolor: no me acordaba ya de tu viaje á Estremadura. Pero si no la amas, ¿quién te obliga á casarte?

—No me obligan, señora, dijo Ramiro, como queriendo enmendar su ligereza. Munima es mi amiga, es mi hermana, es un ángel, señora, y yo soy indigno de poseerla.

—Ramiro, sientate: vas á ser franco conmigo. Sé que no tienes madre: yo quiero serlo tuya. Para abrirte el camino de la franqueza, principiaré por decirte, que viniendo yo de Lugo esta mañana, mandé á Santiago desde el monte del Gozo un caballero que anunciase mi llegada al obispo. Creia yo..... mas ahora nada nos importa lo que

yo creyese. Aguardando estaba la vuelta del caballero, y como tardase mas de lo que yo me figuraba, á corta distancia de donde nos habíamos parado ví una ermita nueva entre los árboles y á ella me dirigí en compañía de una de mis dueñas, con ánimo de hacer oración por el bien de mis vasallos, y por el eterno descanso de otro á quien tu me has recordado. En la ermita habia dos mujeres que oraban con mucha devocion: la mia fué breve; tenia grande impaciencia por saber qué novedades ocurrian en Santiago, donde la noticia de la llegada de la Reina no despertaba de su letargo á la silenciosa ciudad. Llamé á una de aquellas mujeres, le hice algunas preguntas, y como no me conocia, me informó al instante de que aquella compañera era su hija, que iba á casarse con un paje del obispo llamado Ramiro Perez, huérfano y antiguo vecino suyo. Me interesó desde entonces vivamente aquella conversacion: llamé á Munima, y quedé sorprendida al verla tan modesta, tan discreta y tan hermosa: pregunté á la madre si habian fijado dia para la boda, y me contestó que no, que los dos jóvenes se amaban tiernamente desde niños, y que habiendo conocido don Diego Gelmirez á Munima por aquellos dias, y sabiendo la aficion que mutuamente se tenian los dos muchachos, ayer les habia anunciado que tomaba el casamiento bajo su proteccion; y tal fué el júbilo de la madre y de la hija, que habian prometido venir á pie nueve dias seguidos á la ermita de Santa Cruz para dar gracias al Todopoderoso por el grande beneficio que les dispensaba.

—¿Y V. A..... aprueba mi casamiento? preguntó Ramiro con timidez.

—Si un hijo mio, respondió la Reina, me diese el encargo de buscarle compañera de toda la vida, procuraria encontrar una princesa que se pareciese á Munima.

—En tal caso, señora, dijo Ramiro con turbado acento, mañana tendré yo esta dicha.

—¡Ah! ¡lo dices así, tan triste....!

—¡Oh! no.

—¿Tu no la amas, Ramiro?

—Podré amarla algun dia.

—Pero ¿ahora no? En tal caso, prosiguió la Reina conmovida, yo le diria á mi hijo: espera á quererla.

—¡Esperar! ¡esperar, señora, cuando me dan á elegir en tan breve plazo su mano ó la cogulla!

—¿Y eso me cuentas á mí, repuso la Reina con visible agi-

tacion, cuando otra muger sin duda es la que te impide aceptar ninguno de los dos partidos?

—¡Otra mujer! exclamó Ramiro, osando mirar á doña Urraca, aunque de reojo.

—¿No recuerdas haberme hecho antes de ahora confesion de tus amores?

—No: jamás de mis labios ha salido.....

—¿Has olvidado á la bastarda de Trava?

—¡Ah!

—¿La has olvidado? repitió la Reina con ahinco.

—¡Nunca, señora, nunca!

—Pues bien, ella es la causa de que no ames á Munima.

—¡No, ella no! repuso vivamente el paje.

La Princesa, que veía su turbacion y encogimiento, estuvo á punto de preguntarle: ¿pues quién?

Pero lo veía muy claramente para hacerle semejante pregunta. Amábale con un afecto demasiado puro, para no ser modesto, detenido y ruboroso, y esta generosa conducta era la prueba mas concluyente del cambio que se habia verificado en su espíritu. Era el primer amor que doña Urraca trataba de sofocar dentro de su mismo pecho; era el primer amor que le infundia, no solo la idea de la virtud, sino tambien la del sacrificio.

Pero este sacrificio no fué un acto espontáneo y fácil, ni se hizo á poca costa: para guardar silencio, para contener aquellas dos palabras en los ardientes labios de donde iban á precipitarse al abismo de sus pasados errores y torpes estravíos, tuvo que sostener la Reina una lucha breve, pero violenta y terrible, con su corazon. Bullíale el pecho estremecido bajo sus blandos cendales; mil fuegos que le subian de las entrañas quemábanle el rostro; cruzaban por sus ojos nubes arreboladas y fugaces que la desvanecian, y su conciencia recientemente ilustrada era la única que con voz inflexible en tan amargo trance la sostenia.

—¡Oh! Para tornar á ser lo que he sido, debo comenzar por olvidar á Bermudo, y ¿cómo es posible olvidarlo, teniéndole presente en el acento y en las facciones de Ramiro?

Esta reflexion acabó de empujarla atrás con mano fuerte, haciéndola volver del precipicio á que se habia asomado.

—Hijo mio, repuso doña Urraca, disimulando su conmocion con aquel tono de maternal cariño: ¿quieres decirme de qué nace el empeño del obispo en casarte con Munima?

—No es del obispo el empeño, señora, es de mi madre, que al morir ha dejado todos mis bienes á la santa iglesia del Apóstol.

—¿Y tu nada has heredado?

—¡Nada! Es de mi madre, prosiguió, que al morir ha revelado al obispo que no puede armarme caballero.

—No, Ramiro, eso no puede ser, exclamó doña Urraca: don Diego te engaña.

—Señora, respondió el paje con firmeza y dignidad: no habéis así de mi señor. Despues de la palabra de Dios, no sé de otra mas firme y verdadera que la suya.

—Pues si no te engaña el obispo, repuso la Princesa con acento de profunda conviccion, aquí hay un misterio que no es difícil comprender. ¿Sabes tu lo que es fuero de manera?

—Si mal no estoy enterado, es heredar el señor todos los bienes de los que finan, no dejando hijos.

—¿Y sabes tu que á no ser en virtud de este fuero que tiene el obispo, como señor de Compostela, no has podido ser desheredado?

—El fuero, señora, aquí no tiene aplicacion; toda vez que mi madre al morir ha dejado un hijo que debia heredarla.

—Que debia heredarla, tienes razon; y no hay ley ninguna que te pueda quitar este derecho, y cuando el obispo, hombre recto y justiciero, te ha privado de la herencia, es señal.....

—¡Cielos! exclamó Ramiro, palido y helado súbitamente de terror.

—Sí; es señal de que la anciana que se llamaba tu madre, no te reputaba por hijo suyo.

—¡No digais eso! exclamó el paje casi con indignacion.

—Ramiro, contestó la Reina con energía: yo soy madre, y poniéndome la mano sobre el corazon te juro que esa mujer usurpaba un título que no tenia. ¿Qué madre priva á su hijo de lo que le pertenece? ¿Qué madre pone obstáculos al engrandecimiento de su hijo? ¿Qué madre se complace en dejarle pobre y humillado?

—¡Oh! ¡Callad, señora, callad, por Dios; que vais infundiéndome un convencimiento que me desgarrá el corazon! ¡No; quien ha estado usurpando un título en la sociedad, no era mi madre, no era Nuña; yo, yo he sido! Llamábame hidalgo, aspiraba á caballero; como para recibir la orden es preciso probar nobleza, el obispo no quiere esponerme al sonrojo de dar á conocer que soy un villano.

—¡Quién sabe! murmuró la Reina, clavando en él aquellos ojos penetrantes con los cuales parecia abarcarlo todo: ¿quién sabe? repitió quedando profundamente pensativa.

—El paso que voy á dar, añadió despues de una larga pausa, debe convencerte de que si has perdido una madre, te quedo yo, que como tal te amo. Por tí voy á humillarme al obispo: por tí voy á pedir al vasallo que se digne visitar á su Reina y señora. Pero en cambio sigue ciegamente mis consejos: hasta saber quién eres, no consientas en casarte con Munima ni en perder tu libertad: el obispo ha roto su promesa de armarte caballero: ¿consientes en serlo por la Reina de Castilla?

—¡Oh! exclamó el paje, cayendo á los pies de doña Urraca, deshecho en lágrimas de agradecimiento. ¡Mi vida, mi vida es vuestra! ¡Nadie en el mundo me hará empuñar las armas contra vos, y si yo fuese digo de llevarlas, morir en vuestra defensa, seria mi único anhelo!

—Levantate, Ramiro, dijo la Princesa profundamente conmovida. Sal de aquí, sal presto.

El paje se marchó.

—¡Oh! exclamó doña Urraca al verle partir: ¡cuando se tiene el perdon de Dios, y la sonrisa de unos labios tan puros, como los de ese jóven, bien se puede desafiar al mundo entero!

Ramiro tambien murmuraba al salir del monasterio:

—Si he perdido á mi madre, tengo en cambio el cariño de una Reina, y para que este cariño pudiera satisfacerme debia de ir acompañado de la estimacion de una mujer tan virtuosa como Elvira.

Apenas acabó de decir estas palabras, un caballero completamente armado y calada la visera acercósele misteriosamente y le dijo:

—¿Me conoces, Ramiro?

—Pareceisme por la armadura y el talante el caballero amigo del obispo, que estaba presente á la relacion de mis aventuras.

—Y en prueba de ello, te la referiré de pe á pa, si se te antoja.

—No, no señor; es escusado.

—Es que yo, dijo el conde de Trava, pudiera contar mas de lo que allí has referido.

—¿Mas?

—Por ejemplo, acerca de tu aficion á doña Elvira de Trava.

—En efecto, señor, yo la amo, ó mas bien yo la estimo en mucho y la respeto.

—¿Y deseas verla?

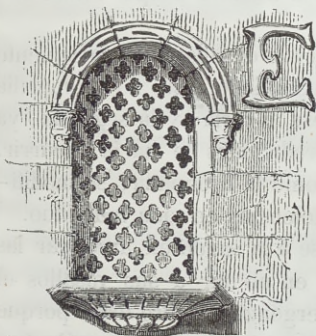
—¡Oh! justamente estaba pensando en ella cuando habeis venido: yo quisiera que una mirada de sus ojos, uno de sus consejos viniese á refrescar mi alma, y á mostrarme el rumbo que debo seguir en las horribles confusiones de que me veo cercado.

- Pues bien, yo puedo hacer que la veas.
- ¿Cómo?
- El cómo á tí no te importa.
- Pero, ¿ha venido á Santiago?
- No está lejos de Santiago.
- Y ¿cuando quereis conducirme á su presencia?
- A eso puedo responderte puntualmente: dentro de dos dias te hallarás en la iglesia de San Salvador en el monte de los Potros. Un escudero mio se acercará montado á caballo, te preguntará si quieres ver á doña Elvira de Trava, y si le respondes afirmativamente, una hora despues puedes hallarte á su lado.
- Y ¿si no me fiase de él?
- Si de él no te fias, respondió el conde, difícil será que vuelvas á hablar á esa señora en todos los dias de tu vida, á no ser que te arriesgues á visitarla en el castillo de Altamira.
- ¡Oh! ¿se casa con el Terrible?
- Al dia siguiente.
- ¡Oh! ¡yo la veré! ¡yo la diré quién es ese monstruo: ella ignora sin duda quién es Ataulfo el Terrible!
- Me parece bien que vayas á decírselo.
- Iré, no lo dudeis; pero el caso es que yo estoy comprometido para casarme uno de estos dias.
- Yo conseguiré del obispo que dilate tu casamiento.
- ¿De veras?
- Te lo juro por la cruz de mi espada.
- Pues aunque no fuese mas que por el favor que en eso me haceis, dijo el paje sencillamente, os seguiria al cabo del mundo.
- Sobre todo te encargo el mayor silencio.
- Soy naturalmente reservado.
- Lo sé, y por eso me fio de tí.
- ¿No me fiareis el secreto de vuestro nombre?
- Elvira te lo dirá: por ahora me basta recordarte que soy amigo del obispo, y que este manifestó que yo lo seria tuyo.
- Y el conde de Trava se alejó diciendo:
- Pasado mañana le llevaré al rico hombre todo cuanto le he prometido, y habré alejado de Compostela un huésped peligroso.



CAPÍTULO X.

De cómo al mudar de vida tambien se tiene que mudar de amigos.



ESTRAÑA parecerá al lector la conducta de don Diego Gelmirez con la Reina, cuyo vasallo era todavía. Hállase puntual y fielmente consignado en las Memorias que nos sirven de pauta, que á la llegada de la Princesa « se rodeó el obispo de fuerzas de á pie y de á caballo, resuelto á no verla ni hablarla mientras permaneciera en Santiago ; mandando no obstante que con ella se tuviesen las debidas consideraciones ⁽¹⁾. »

Precauciones eran estas que indicaban no poco temor en el prelado; pero si alguno de los dos personajes tenia fundamento para temer del otro, era la que estaba sola, encerrada en un monasterio, en medio y á merced de sus mayores enemigos. No podía dudar doña Urraca que su presencia en aquella ciudad habia producido la mayor agitacion, y llegó á sospechar que les habia ahorrado á sus

⁽¹⁾ HISTOR. COMPOST. Lib. I, cap. 107, pág. 206.

contrarios la mitad del camino para derribarla del trono, y atentar á su libertad y aun acaso á su propia vida.

Desde la ventana observaba la alarma de la ciudad y el incesante bullir de las gentes en el palacio del obispo, semejante á una colmena, donde entraban y salían de continuo clérigos, monjes y soldados.

Los pocos que ella trajo á cada paso venían con quejas de los vecinos de quienes eran insultados; otros, menos sufridos, llegaban heridos ó vengados, ó se escapaban en busca de un asilo por haber llevado la venganza hasta matar á sus contrarios. Hallábanse en fin aquellos dos poderes rivales y mal avenidos en una situación violenta; pero ninguno de los dos quería venir á las manos: el prelado por la repugnancia que sentía en que por su causa se derramara sangre: la Reina, porque con la poca gente de que podía disponer, hubiera sido mas que temeridad emprender la lucha.

Los refuerzos de Gutierre Fernandez de Castro y del conde de Lara no venían y acaso tardarían en llegar mas de lo menester. Prudente parecía en aquel trance que la Reina secretamente se escapara de Santiago, huyendo del mal paso en que con tanta imprudencia se había metido. Mas aun dado que la evasión pudiera verificarse, no se la permitían dos pasiones á cual mas vehementes; el orgullo y el amor, una y otra entendidas de cierta manera propia exclusivamente de doña Urraca de Castilla.

La primera pasión, por ejemplo, hacía desafiar temerariamente el inminente peligro de permanecer en Santiago; pero no le impedía importunar á don Diego para que viniese á verla; y la segunda, ya hemos visto en qué laberinto de contradicciones le hacía incurrir. Tan cierto es que las pasiones varían como la fisonomía, se modifican como el temperamento, como las dolencias en cada individuo.

El orgullo de doña Urraca fundábase á la sazón en arrostrar las persecuciones de que podía ser objeto, en no dar á sus vasallos el espectáculo de una fuga vergonzosa, vergonzosa sobre todo, porque patentizaba que la Reina había sido engañada en sus cálculos, frustrada en sus esperanzas, fallida en sus planes, y ella podía humillarse y se humilló mil veces con pleno y cabal conocimiento; pero no podía confesarse á despecho suyo humillada y vencida.

Además de estas razones para permanecer en Santiago, tenía también las que naturalmente resultaban de la última entrevista con Ramiro, que había engendrado en ella sospechas, por cuya averiguación era capaz de arriesgar, no ya la corona de Galicia ó de Leon y Castilla, sino cien vidas que tuviera.

Así, pues, mientras que por medio de avisos trataba de reunir en Santiago partidarios suyos llamándolos á su socorro, enviaba al palacio episcopal las mas humildes súplicas para que el prelado se dignase aceptar una entrevista, y cada vez que sus caballeros tornaban de allí con una disculpa ó negativa, rasgábase la Reina sus vestiduras y mesábase de rabia los cabellos, asomándose á la ventana para mirar al palacio con ojos de basilisco, y ablandada luego su cólera, volvía á los mensajes, á las súplicas y ofrecimientos inútiles.

Un dia entero despues de la entrada en Compostela habia transcurrido en tan mortales angustias: las precauciones iban siendo cada vez mayores; Gundesindo Gelmirez habia circunvalado el monasterio de manera, que la escasa guardia que la Reina llevó consigo podia reputarse prisionera: el palacio, la catedral y las casas y edificios contiguos al monasterio secretamente estaban ocupados por tropa, y de esta suerte la Reina, aparentemente custodiada por sus propios soldados, en realidad con ellos estaba presa.

La situacion era muy apurada, y la Reina á pesar de toda su resolucion y serenidad alarmóse de veras, y con el acrecentamiento del peligro se fueron desvaneciendo un poco sus escrúpulos de apelar á ciertos recursos que en ocasion menos crítica habria rechazado. Acordóse de la hermandad de que le habia hablado el conde de Lara. Realmente no era aquella la primera, ni la segunda vez que pensaba en ella; pero, como despues del descubrimiento de la conjuracion, habia experimentado su espíritu un cambio tan radical y saludable; como lejos de prender al prelado, se esforzaba en reconciliarse con él, ya no daba importancia alguna á semejante descubrimiento. Ahora no era lo mismo: el peligro arreciaba y era preciso salir de él á todo trance.

No habia olvidado los nombres de los principales conjurados, y se resolvió á llamarlos para invocar su auxilio. Principió por Sisebuto Ordoñez, el caballero de las barbas de jabalí, el cual recibió al mensajero con un bufido y le despachó con insolencia: en seguida se dirigió al preboste interino Arias Diaz, y respondió á la Reina que estaba muy equivocada, que tal hermandad no existia ó que por lo menos él lo ignoraba: siguióle el cardenal Vimara de Astrariz, que no podia hablar por hallarse enfermo de gota, y otros replicaron que en dias tan críticos no se atrevian á pasar delante del palacio episcopal.

Aturdida quedaba la Princesa de todo cuanto le pasaba, y singularmente de semejantes contestaciones, en que se traslucia grave resen-

timiento de aquellos caballeros y de toda la hermandad. Pero ¿de qué provenía? ¿Qué motivo les habia dado para semejante porte? ¿Le habia engañado Lara? ¿O tal vez habia cometido el enamorado conde alguna imprudencia?

Sin embargo, aun la quedaba el recurso de don Ataulfo de Moscoso, de cuya fidelidad no la permitia dudar el odio implacable que el rico hombre profesaba á los Gelmirez, y los importantes servicios que recientemente le debia. Pero, ¡cuál seria su espanto al ver que tambien este se desentendia de sus anteriores compromisos y villanamente la abandonaba!

—¿Qué es esto? exclamaba la Princesa: ¿se ha conjurado todo el mundo contra mí? Por haberme decidido á portarme bien con todos, por haber dado el primer paso hacia la reconciliacion, con un valor con una lealtad que no he sentido nunca, todos mis amigos me abandonan, me desprecian, y se vuelven contra mí? ¿Este es el fruto del bien obrar? ¡Oh! ¡Cuán amargo es este pensamiento!

Quedaba, sin embargo, la postrera esperanza: ¡Ramiro!

Todos eran ingratos, todos la abandonaban en el peligro; pero Ramiro era fiel, Ramiro la amaba, y al punto mismo en que fuese llamado acudiria á dar por ella su vida, como se lo habia prometido. Sintió doña Urraca irresistible necesidad de verlo, de desahogar el pecho de las hieles que le rebosaban y de fortalecer su casi desmayada conciencia con los consejos de aquella alma pura, y con las miradas de aquellos ojos inocentes.

Pero Ramiro tampoco parecia por la morada de la Princesa.

Tan ruda prueba era superior á la constancia y sufrimiento de doña Urraca. Desatinada y loca, imaginándose que el paje se hallaba preso, ó que no le permitian la entrada en el monasterio, llamó á una de sus dueñas, se echó un manto sobre los hombros y se disponia á bajar á la guardia, que era de sus propias gentes, para ponerse á la cabeza y arremeter al palacio del obispo, cuando le anunciaron que una villana solicitaba el permiso de hablarla.

Hay ocasiones en que un grano de arena removido produce el hundimiento de una montaña: las hay tambien en que ese mismo grano de arena detiene el peñasco que se precipita en los abismos. Esta era una de ellas. La visita de una muger desconocida y de la ínfima clase fué para la Reina de Castilla un acontecimiento de la mayor importancia.

Mandóla entrar.

Gallarda y tímidamente acercábase una jóven rebozada en el



manto, y al llegar á presencia de Urraca, descubrió su rostro. Era Munima.

La hermosura de la doncella podia parecer vulgar á primera vista por la regularidad de sus facciones y el color sonrosado de sus mejillas, que le daban la apariencia de frio y sin espresion; pero cuando Munima levantaba los suaves párpados y aparecian sus negros ojos engarzados en un cerco negro aterciopelado, cuando queria espresar un sentimiento, todo de repente en ella se animaba, todo en ella sentia, y sonreía y avasallaba. Munima silenciosa y tranquila podia no atraer las miradas del vulgo: conmovida y hablando Munima, arrebatava. Ella, sin embargo, hablaba pocas veces; pero en cambio hablaba con sentimiento.

A pesar de lo extraordinario y fuerte de la ocasion, á la Reina no se le pasaron por alto los nuevos quilates de la belleza de aquella jóven que, profundamente agitada, se postró á sus pies pidiéndola perdon por haberla faltado al respeto involuntariamente dos dias antes en la ermita de Santa Cruz, osando hablarla sin haberla conocido.

Contestóla doña Urraca con muy corteses razones; pero tan breves como corteses, porque tenia ansia de saber el motivo que al monasterio la traia.

Grande empacho sentia en hablar Munima: estaba un poco descolorida y ojerosa, con señales de haber llorado; y cuando lo conoció la Reina, redobló su afabilidad y la trató, deponiendo el carácter de Princesa, la trató como amiga.

—Señora, dijo por fin la doncella: criados de V. A. han ido á preguntar á casa de mis padres por Ramiro.....

—Bien está; ¿y tu vienes á traerme noticias que á ellos habeis rehusado? contestó la Reina con visible impaciencia.

—Yo, señora, vengo de su parte.

—¡Ah! ¡De su parte! exclamó doña Urraca, respirando con mas satisfaccion. ¿Y dónde está el buen paje? añadió procurando aparentar sosiego.

—Lo ignoro, contestó Munima con un acento que queria decir: «y sin embargo, no debia ignorarlo.»

—¿Cómo es eso?

—Ayer me dijo: «Si se pasa el dia sin venir yo por aquí, y prosiguen estos rumores en la ciudad, no dejes de ver á la Reina.» Y como he sabido que V. A. le andaba buscando, heme anticipado.....

—¿Y no has vuelto á verle desde ayer tarde?

—Desde ayer mañana, exclamó Munima, que por lo visto llevaba la cuenta con toda puntualidad.

—Ayer, sin embargo, era el día señalado para tu boda.

—Mi boda se ha suspendido.....

—Por algunos días.

—¡Para siempre!

—¿Para siempre? replicó doña Urraca, mas compadecida de Munima que satisfecha de verse tan puntualmente obedecida por el paje: no, no será así: en aclarándose ciertas dudas.....

—Las mias estan completamente aclaradas.

—Pues que, ¿sabes acaso....?

—Sé que Ramiro no me ama.

—Ramiro cumplirá su palabra.

—No, no seré yo quien se la demande, ni menos quien la acepte. Y sin embargo, exclamó Munima sollozando: ¡no sabeis cuánto le amaba!

La Reina se avergonzó, y sintió fuertes punzadas de remordimiento delante de aquel dolor y de aquella pasion tan digna y sencillamente espresados.

—¿Quién sabe? exclamó aventurando estas palabras de vulgar consuelo.

—¡Oh! yo lo sé: yo le he visto huir de mí estos dias, triste, distraido, preocupado; yo tengo seguridad, no solo de no ser querida, sino de ser por otra desdeñada.

Miróla doña Urraca con altivez, creyendo que su venida no tenia otro objeto que dirigirla amargas reconvenciones; pero el rostro de Munima no espresaba ningun género de amargura, sino el dolor profundo y resignado. Tranquila con aquella mirada, la preguntó la Reina desviando la conversacion:

—¿Con qué fin te mandó Ramiro venir á verme?

—Perdóneme V. A. por haberla entretenido con el cuento de mis desventuras. Ramiro desea vivamente que V. A. se reconcilie con el obispo mi señor.

—¿Y cómo? ¿Cabe reconciliacion con una persona que así me trata? ¡Venir yo de Lugo dispuesta á tenderle la mano, á colmarle de dones, y en lugar de ofrecerme la suya y de recibirme como á mi dignidad corresponde, sepultarme aquí, en estas cuatro paredes, impedirme la salida, tenerme cautiva abusando de la confianza que en él he depositado! ¿Qué mas puedo hacer para la reconciliacion que perdonarle tamaños ultrajes y solicitar su visita? No, dile

á Ramiro que basta ya de prueba y de debilidad : prefiero morir á sufrir tanta afrenta.

—Pero ¿sabeis, señora, el motivo de que el obispo se valga de tantas precauciones y deje de visitaros?

—Porque es un rebelde.

—Porque os tiene miedo.

—¡Miedo! exclamó la Reina sonriendo: ¡miedo de mí! En verdad que, si fuese cierto, no me desagradaba del todo.

—¡Ah, señora, si deseais inspirarle tal sentimiento, podeis estar satisfecha! A noticia del obispo y del gobernador ha llegado que los principales caballeros de la ciudad y de la comarca han formado una hermandad, ó mas bien, una conjuracion contra su persona; y ha sabido tambien que os hallais á la cabeza de esta hermandad.

—¡Yo! exclamó atónita la Reina.

—Vos, sí, señora.

—¡Yo! repitió con doble asombro : no es posible que tal se diga, ni menos que se crea.

—Se dice sin embargo, y se cree; y yo misma, señora, si me propusiese hablar os daria pruebas irrecusables de esta verdad, ó cuando menos de que se abusa de vuestro nombre.

—¡Oh! Esas pruebas, Munima, esas pruebas: ahora mismo vas á darlas.

—Pues bien, señora, os lo diré; pues que Ramiro me manda que os lo diga. El me dijo ayer: « es imposible que la Reina sepa lo que está pasando: vé Munima, vé tu á revelárselo todo. »

—Pero ¿qué es eso? Acabad, por Dios, acabad de una vez.

—Hace pocos dias llegó á Santiago el conde de Lara; se presentó á la hermandad á la cual pertenece.

—Lo sé.

—Y autorizado plenamente por vos, solicitó se os admitiese en ella.

—¡Oh!

—Y la hermandad se dignó admitiros, y os nombró por cabeza.

—¡Cielos, que imprudencia! Yo no autoricé á semejante cosa al conde de Lara.

—Él, sin embargo, en vuestro nombre juró las reglas.

—Es imposible.

—Yo lo oí, señora: no tengais la menor duda.

—¿Y tu fuiste despues á revelar al obispo todas estas tramas?
¿tu me has denunciado....?

—Para denunciaros á vos, tenia que denunciar á mi padre.

—¿Y bien?

—Puse la vida de mi padre en manos de Ramiro.

—¿Y Ramiro me denunció al obispo? Imposible, imposible.

—Teneis razon, era imposible, y por eso no lo hizo.

—Pues entonces.....

—Entonces los conjurados que se vieron con una Reina por compañera se creyeron fuertes, invencibles, y dejaron de ser prudentes y discretos: por todas partes se oia que el conde de Lara habia venido á Santiago á ponerse de acuerdo con unos conspiradores, y que vos, señora, debiais llegar poco despues á ponerlos al frente, y como habeis llegado.....

—¡Ah! ¡qué fatalidad, Dios mio, que fatalidad!

—¿Veis, señora, cómo el obispo tiene fundamento para temer de vos? ¿cómo no es difícil que de un momento á otro, descubiertos ya los conjurados, hagan un esfuerzo por vos, y....?

—¡Mentira! ¡mentira! Esos son los primeros que me abandonan, me escarnecen y me insultan.

—¿Los hermanos?

—Sí, esos infames, á quienes en este trance he acudido para salvarme, y que se han puesto de acuerdo para perderme.

—¿Con qué tambien los conjurados....?

—Me abandonan lo mismo que el prelado; me dejan desamparada y sola, sola con mi valor y mi desesperacion. Munima, desde el punto en que me resuelvo á seguir las inspiraciones de mi conciencia, amigos y enemigos se vuelven contra mí.

—¿No habeis visto al conde de Lara despues que salió de Santiago?

—No.

—De manera que la primera noticia que de su comision habeis tenido.....

—Es la que tu acabas de darme.

—¿Y sin saber que á tanto se propasara el conde, habeis dirigido á don Diego Gelmirez los ofrecimientos de alianza y de amistad, que trajo Ramiro?

—Sí, ofrecimientos sinceros y leales, dijo la Reina, que el obispo ha menospreciado.

—En tal caso..... murmuró la doncella; pero V. A. me perdonará.....

—Habla.

—Señora, ¿qué tiene de extraño que los conjurados desconfíen de vos, y crean que venis á castigarlos de acuerdo con el prelado, y que este, sabedor de vuestros malhadados compromisos con la hermandad, contemple las ofertas como un lazo que le tendéis?

—¡Ah! ¡Ese conde de Lara....! murmuró con rabia doña Urraca.

Y luego se quedó diciendo entre sí:

—El mal no consiste en obrar bien, sino en no haber obrado siempre de la misma manera.

—¿Y qué habeis perdido todavía? preguntó Munima con timidez, procurando dejar traslucir una esperanza.

—¡Qué he perdido! Di mas bien ¿qué me queda, Munima, qué me queda?

—Todo puede remediarse.

—Puede ser, dijo la Princesa sin ocurrírsele ninguna idea de salvacion y esperando que prosiguiese la doncella.

—Si el obispo llegase á conocer la rectitud de vuestras intenciones y la firmeza de vuestros propósitos, vendria aquí sin necesidad de ruegos y amenazas, os buscaria, os pediria perdon de las involuntarias ofensas que os ha hecho.

—¡Oh! ¿Pero quién le convence de mi lealtad, de mi buena fé, cuando ni siquiera se digna escucharme?

—¿Quién? Cualquiera que se le acerque y le diga sencillamente la verdad: Ramiro.....

—¡Oh! No, cualquiera menos Ramiro: él no puede manifestar al prelado que desde el punto en que se presentó á mis ojos, he sentido una completa transformacion, él no puede pintar la viva impresion que su acento ha hecho en mi alma.....

—¡Yo, yo se lo diré! exclamó Munima con voz tan desmayada, que llamó la atencion de la Reina, la cual fijó sus ojos en la pobre villana, que habia perdido el color y dejaba escapar hondos suspiros.

—¡Munima! exclamó doña Urraca, tendiéndola una mano al verla próxima á caer desvanecida.

Pero la doncella, que en un solo instante acababa de comprender todo el rigor de su suerte, todo el misterio de la suspension de la boda y de la desaparicion del paje, se postró á los pies de la Reina pidiéndola perdon de haberla ofendido.

—¡Tambien tu, tambien tu vas á aborrecerme! contestó la Princesa, profundamente conmovida. ¡Oh! ¡no puedo dar un paso que no sea para hollar un corazon, ni alargar la mano si no es para

estrujar un afecto! Vé: ya me conoces: no hagas nada por mí: prefiero que me aborrezcas á verte luego arrepentida por haberme servido.

—No me arrepentiré, señora: soy poco menos que polvo en presencia de mi soberana, pero no me abatiré hasta el punto de que me pese de la dicha que os pueda proporcionar.

—Bien has hecho, bien en recordarme que soy Reina. Vé tranquila, y si amas á Ramiro, vive segura de que yo solo deseo su ventura, y de que su suerte pende de que yo vea pronto al obispo de Compostela.

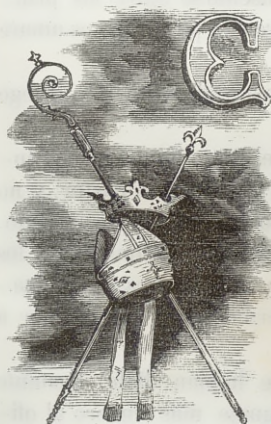
Y Munima se alejó con el continente de una Reina; y la Reina creyó que su corazon habia recibido nueva vida con los desahogos del corazon de Munima.





CAPÍTULO XI.

De las cosas que el obispo dijo á la Reina, la cual, en cambio, se dejó muchas por decir.



CUENTA la historia que el reverendo obispo de Santiago, movido de las ahincadas súplicas de doña Urraca (*summīs precibus emollitus*), pasó á verla al cabo de dos ó tres días, no sin llevar consigo algunos soldados, porque la tenía mucho miedo (*quia eam valde formidabat*) ⁽¹⁾.

Pública fué la primera entrevista de estos dos personajes, que recíproamente se temían. Esperaba la Reina sentada en un sitial con honores de trono, rodeada de los pocos guerreros y cortesanos que con ella habían venido, dándose el aire de dispensar el favor que realmente recibía. Esparcióse luego por la sala el rumor de pasos y armaduras, y en medio de aquel estrépito, nuncio de un adalid, mas bien que de un prelado, apareció con talante de recelo

⁽¹⁾ HIST. COMPOST., loc. cit.

y mansedumbre que contrastaba con tan marcial apariencia, el venerable don Diego Gelmirez, apoyado en el báculo pastoral y arastrando moradas opalandas.

Subyugada la Princesa por el influjo religioso, se levantó presurosa, y doblando una rodilla besó el anillo del pontífice y recibió su bendición apostólica.

Tornó luego á sentarse y concedió á don Diego, solamente á él, igual privilegio, y con un acento de resquemio interior que se contradecía con el humilde continente que habia tomado, le recordó los beneficios que su padre y ella habian dispensado á la iglesia compostelana, y luego prosiguió con estas razones que literalmente copiamos de las Memorias:

—Hanme dicho, reverendo padre, que estais persuadido de que mi venida á Santiago no tiene mas objeto que el de prenderos: ruegos que no deis asenso á mentira semejante. Prefiero ser privada de mi reino á poner en vos mis sacrílegas manos. Pero si me haceis la injusticia de creerlo, cien caballeros escogidos por vos jurarán la calumnia. Volvamos, pues, volvamos, carísimo padre, á nuestra antigua alianza, y demos de mano á las murmuraciones y sospechas. ¿Qué será de mí, qué consejero tendré si el obispo de Santiago se declara enemigo? Vos, padre mio, sereis dueño de Galicia, vos juez y mediador en las discordias que puedan suscitarse entre los príncipes y condes de este reino: vos conservareis la paz, y yo os amaré y reverenciaré sobre todos los prelados.

A lo cual respondió con gravedad y mansedumbre don Diego Gelmirez:

—Vuestro nobilísimo padre, en efecto, el Rey Alfonso tuvo grande predilección hácia la iglesia de Santiago y su indigno pastor, y no hay extremos con qué encarecer los beneficios que nos ha dispensado. Seguid su ejemplo, señora, no os dejéis llevar por el consejo de los malos, y no vereis disiparse vuestro reino y escapárseos de las manos. Armado me veis andar, no para rebelarme, sino para tener á raya la audacia de mis enemigos ⁽¹⁾.

Calló la Reina, pareciéndole que ya se habian dicho bastante públicamente, y deseando sustituir un lenguaje mas sincero al oficial y diplomático que hasta entonces habian usado, con augusto ademan despidió á sus damas y caballeros. El obispo vióse obligado á otro tanto con los suyos; pero con una lánguida mirada les indicó

(1) Ibidem.



que no se alejasen demasiado. El valor y el miedo del prelado eran el valor y el miedo de un sacerdote: fuerte en las luchas del alma, débil en las luchas materiales.

Apenas se vieron solos, doña Urraca se levantó y le dijo con amarga sonrisa:

—Me levanto, Diego Gelmirez, para que ocupeis el trono, pues si hay aquí algún monarca, no es por cierto la hija de Alfonso VI.

—Hija mía, contestó el prelado con dulzura y gravedad: yo debo decir como el divino Maestro: mi reino no es de este mundo.

No era fácil que la Princesa lograra adquirir superioridad alguna sobre el obispo fiándose á la discrecion é ironía, que se estrellaban en la calma y dignidad del adversario: abandonó pues este rumbo apenas emprendido, y dejándose llevar de sus mas acerbos sentimientos, prosiguió:

—¡Oh! don Diego, don Diego, me habeis vencido y humillado; y no es tanta mi humillacion en ver que en vos ha podido mas la voz de una villana que los ruegos de una Reina, como en conocer que todavía no me creéis, cuando tan sinceramente deseo vuestra amistad; en que me esteis contemplando con recelo, y despues de tantos ruegos inútiles, vengais á verme y vengais armado.

—¿Qué quereis? ¿qué me persuada de la sinceridad de vuestras promesas, cuando....? No lo diré, señora: la palabra es demasiado fuerte para que salga de mis labios.

—¿Cuando he faltado á ellas? Yo lo digo por vos. —¿Y por qué ha sido? Porque os he visto siempre tenaz, inflexible en vuestro propósito de arrancarme la corona de Galicia para colocarla en la frente de un niño de doce años; porque con nada puedo vencer esa firmeza.....

—Y si desde el primer dia os hubieseis explicado con semejante lisura; si me hubieseis dicho paladinamente: «Diego, os doy estos lugares, tierras y castillos, no para mayor gloria de Dios y bien de su iglesia, sino para que no falteis á vuestros deberes como tutor de mi hijo, y señor de Santiago,» ni la iglesia, ni yo habriamos aceptado un solo terron, una sola almena. Mas ahora que lo he conocido, y que con vuestras palabras lo habeis confirmado, no estrañareis que haya rehusado los tres castillos ofrecidos, y que prudentemente de gente armada me acompañe.

La Reina guardó silencio, mordiéndose los labios con la soberbia que tenia.

—¡Oh, don Diego, don Diego! exclamó despues; ¡cómo estoy



recibiendo el castigo de mis errores y extravíos! Amargo es el cáliz que he bebido; no estrañéis que me estremezca por lo que apurar me falta.

—La amargura de ese cáliz se suaviza con lágrimas sinceras, dijo el obispo con blandura.

—¡Padre mio! ¡padre mio! prosiguió la Reina sin poder contener los sollozos: yo he llorado, yo lloro..... ¿lo veis? estoy llorando delante de vos; pero estas lágrimas abrasan, no consuelan; envenenan, no dulcifican, porque solo sirven para completar vuestro triunfo, pregonar mi derrota.

—Reina de Castilla, le dijo el prelado con dignidad: creo esta vez en la sinceridad de vuestro arrepentimiento; pero esas lágrimas no brotan de un manantial puro: al través de ellas me dejais vislumbrar mucho orgullo: llorais menos por dolor que por despecho: vuestro propósito es bueno, pero no firme: teneis veleidad, no voluntad decidida. Llorad, señora, llorad delante de mi con humildad: romped de una vez las ligaduras que os atan con lo pasado, y ya vereis cómo la senda se os desembaraza, cómo los peligros se desvanecen, cómo poneis la planta en firme y seguro terreno. ¿De qué os sirve ser buena á medias, arrepentiros á medias y formar á medias propósitos, sino de que Dios y el mundo os rechacen de consuno, aquel por lo que conservais de la tierra, y este por lo que adquiris del cielo?

—Teneis razon, padre mio, teneis razon, exclamó la Reina, subyugada por aquellas palabras. Así me veo maltratada de vos, malquista de los conjurados, poco segura de mis ricos hombres, perseguida por mi marido y amenazada por mi hijo. Me habeis atravesado las entrañas con vuestros desdenes; pero, lo confieso, motivo teniais para ello. Yo os apreciaba, os temia, pero no os amaba: al contrario en algunos momentos me fuisteis aborrecible: yo no he formado conjuracion contra vos, pero de ella quise sacar partido; y el conde de Lara, movido sin duda de un celo indiscreto, por demasiado ardiente, suponiéndome peor de lo que soy, ha traspasado la línea de mis intenciones y deseos: yo..... ¿pero qué teneis, padre mio?

—¡Oh! exclamó el prelado vivamente conmovido: ahora no sois vos, sino yo el que llora y se regocija en escucharos: ahora es cuando os creo verdaderamente arrepentida, porque os veo humilde. ¿Qué me importa, hija mia, lo que de mí hayais pensado, y maquinado contra mí? ¿Qué me importa? Si os hubierais empeñado en probarme vuestro pasado afecto, para tranquilizarme acerca de lo futuro,

ni en uno ni en otro habria creído. ¡Hija mia....! Perdonad, señora, perdonad este lenguaje á mi cariño: hija mia, habeis entrado en el buen sendero; perseverad en él.

—¿Y creéis, santísimo padre, que soy estraña á cuanto contra vos se trama en la ciudad?

—Lo creo en este instante.

—¿Por la vez primera?

—Sí, por la primera vez.

—¡Ah! dijo la Princesa un poco resentida.

—No lo estrañareis, señora, porque tal vez dentro de este edificio se congregan los conspiradores.

—¿Será posible?

—Y ahora mismo, quizá, esten aquí tramando alguna intriga contra mí.

—En ese caso, comprendo vuestros temores.

—En este caso, no estrañareis que haya venido armado, y me perdonareis si he pensado que persistiais aun en vuestros abominables propósitos.

—Pero si sospechais que aquí se congregan vuestros enemigos, ¿cómo no os lanzais sobre ellos?

—En un edificio tan vasto, y favorecidos por algunos monjes, no se dejarían sorprender. Y además ¿qué adelantaria en ello? ¿cómo conocerlos? Sospecho que entre los conjurados hay muchos á quienes llamo amigos..... ¡Bah! No quiero privarme del placer de darles tan dulce nombre. ¿Castigarlos? Por grande que fuese la pena que recibiesen, mayor seria la mia.

—Bien, reverendo padre; tampoco quisiera yo que por esta vez castigaseis á hombres que han contado, aunque equivocadamente, con la Reina de Castilla. Cuando nos vean unidos y cordialmente aliados, conociendo su necedad y su impotencia, desistirán de sus intentos. Y para que esta alianza sea pública, y podamos dar recíprocamente testimonio de ella, habeisme de permitir, padre mio, armar caballero en la iglesia de Santiago al paje que os ha traído mi última carta.

El obispo la miró con ojos atónitos y severos.

—No haré tal, respondió luego como quien conoce de repente que ha estado tratando á un loco como persona de juicio: no haré tal, sino pidiros permiso para retirarme.

—¡También vos! exclamó la Reina entre picada y ruborosa.

—Doña Urraca, si deseais la salud de vuestra alma y la tranquilidad de vuestros reinos, no torneis á ver á ese mozo.

—¡Tambien vos!

—Ignoro si soy el primero en aconsejaros; pero de seguro que nadie os lo ha dicho con mas derecho ni con mas ahinco que yo.

—¿Y si supieseis, santísimo padre, prosiguió la Princesa con acento de profunda conviccion; si supieseis que el cariño que profeso á Ramiro es puro y santo; si supieseis que á él le debo la fortaleza para romper con todo lo pasado?

—Os diria, repuso gravemente el obispo: bendecid el instrumento de que Dios se ha servido para traeros hácia sí; pero bendecidlo de lejos, apartadlo de vos.

—¡Oh! Eso no puede ser, es demasiado: es un sacrificio superior á mis fuerzas.....

—Entonces, dijo tristemente el prelado, todo lo hemos perdido.

—¡Cómo! ¿Y jamás he de volver á verlo?

—Jamás.

—¿Sin pagarle los inmensos beneficios que le debo?

—Eso corre de mi cuenta.

—¡Corre de vuestra cuenta, y le negais la herencia de su madre! ¡corre de vuestra cuenta, y rehusais armarle caballero, y le tratais como un villano; á él, que no tiene otra ambicion que la de ilustrar el nombre que ha recibido de sus padres!

La Reina, al decir estas palabras, creyó haber reconquistado la superioridad perdida, y miraba al obispo con altivez frunciendo los labios estremecidos.

—Debeis presumir, señora, dijo Diego Gelmirez disimulando su resentimiento, que puedo justificarme.

—Hacedlo, repuso la Princesa provocándole: hacedlo.

El prelado iba á responder con un gesto desdeñoso; pero triunfando de su amor propio, dijo con evangélica mansedumbre:

—Estoy dispuesto, hija mia, á justificarme delante de vos.

—¡Oh! No lo hareis, no, continuó la Reina, que ardía en deseos de oir las esplicaciones del obispo; porque ¿cómo es posible que la madre de Ramiro le haya privado de su hacienda no teniendo otro hijo? ¿cómo es posible que ella misma os haya suplicado que no le armaseis caballero? Solo hay un medio, uno solo..... así me lo esplico todo.

—Teneis razon, dijo el prelado, solo hay un medio.

—¿Qué Ramiro no sea hijo de la que se decia su madre?

—Lo habeis adivinado.

—Sí, lo habia adivinado ha largo rato, don Diego, exclamó la

Reina conmovida; y de rodillas, de rodillas os pido perdon, santísimo padre, justo, impecable sacerdote, de haber, puesto que aparentemente, dudado de vuestra rectitud: solo queria arrancaros esa confesion, para que con ella confirmarais mis sospechas, y dieseis algun aliento á mis esperanzas.

—¡Esperanzas....! ¿de qué?

—No lo sé; pero si Ramiro no es hijo de Nuña....

—Resulta que es un niño abandonado.

—El cual puede descender de un caballero, de un rico hombre..... se dejó decir Urraca.

—O de un villano, de un judío, replicó el obispo.

—¡Oh! exclamó la Reina meneando la cabeza negativamente.

—Nada, nada absolutamente se sabe, señora; y en la duda, bien veis que las leyes y costumbres reputan infames á esos desgraciados; de consiguiente yo, en conciencia, no puedo consentir en darle la órden de caballería. Por grande que sea vuestra pena, no lo sentireis tanto como yo.

—¡Sentirlo....! Todo lo contrario. Ramiro, hijo de Nuña, nunca seria para mí mas que un hidalgo que se parecia á cierto rico hombre; pero Ramiro de padres desconocidos, ¿quién me dice que no descende de tan elevada cuna?

Don Diego se sonrió; y como queria tanto al paje, casi se abandonaba á las mismas ilusiones que doña Urraca.

—Señora, dijo, deber nuestro es averiguar todo lo que haya en este asunto, y si concebimos una sospecha, por descabellada que parezca, no podemos despreciarla.

—En eso estoy, santísimo padre, exclamó la Princesa con un acento que indicaba su satisfaccion y su impaciencia; y si os place, podeis referirme cuanto sepais acerca de ese mancebo.

—Muy poco es lo que sé, hija mia, muy poco. En el amargo trance de la muerte me llamó Nuña para que la oyese un secreto de que queria hacerme dueño, y me contó que haría cosa de veinte años, hallándose muy entrada en edad, sintió por primera vez que iba á ser madre: comunicó tan grata nueva al hidalgo Pedro de Melid, su esposo, que ansiaba ardientemente un heredero, y mucho mas desde que habia perdido las esperanzas de tenerlo. Sucedió que á los primeros dias de haber visto la luz un robusto infante, tuvo el hidalgo que partirse á la guerra, y no encargó mas á su muger sino que le cuidase de aquel hijo idolatrado. Aquel hijo, sin embargo, tornóse dentro de pocos meses al seno del mismo Dios, de donde habia descendido. El caso es

notable y peregrino: oid, señora, acaeció de esta manera. Como tan locamente su madre lo quería, todas las noches lo acostaba en su mismo lecho, y lo dormía en sus brazos: soñaba una vez que los normandos, que á la sazón andaban pirateando por las costas, se lo querían arrebatar, y con los esfuerzos que la pobre madre hacía para impedirlo, apretaba, apretaba tanto el niño contra su seno, que haciendo los brazos oficio de dogal, lo ahogó con ellos. ¡Desdichada! cuando despertó de la pesadilla fué sobresaltada á dar un beso al hijo de sus entrañas, y se lo encontró frío y amoratado.

—¡Oh, que horror! exclamó la Princesa.

—El dolor de aquella infeliz solo puede comprenderlo una madre; pero sobre su profunda pena, todavía la atormentaba la idea de la mirada que su marido la dirigiría al preguntarla por aquel hijo tan deseado y tan querido. Saltó de su lecho, y de noche como era, salió de su cuarto loca y desatentada, lanzóse al campo (no os he dicho aun que estaba en Lupario, entre Padron y Compostela), unas veces desesperada, otras confiando en Dios que milagrosamente le habia de restituir aquel hijo, consuelo y esperanza de su corazón: acudió á la ermita de nuestra Señora de la Esclavitud, oró á la puerta, y perdida despues en un bosque, oyó los gemidos de una criatura.

—¡Ah!

—Sí, una criatura. Dióle un vuelco el corazón, se lanzó sobre ella, creyendo que la Virgen Santísima con ella habia obrado aquel milagro: y á la claridad de la luna descubrió un hermoso niño de pecho, que sobre una piedra desnudo estaba abandonado. Al conocer su error, con la rabia que tenia sintió impulsos de estrellar al espósito contra la roca en que yacía; mas luego reflexionó que en el mero hecho de encontrarlo solo, desnudo y abandonado á semejantes horas, era señal de que Dios en lugar del suyo se lo enviaba. La rabia se convirtió en cariño: cogióle en sus brazos, arropóle con el manto, lo puso á sus pechos, y volvió á sentir la madre aquellas suaves caricias, aquellos blandos halagos de manecitas infantiles, á que para siempre tenia que haber renunciado. La pobre Nuña volvió á casa, colocó al niño en lugar del otro, y dió secretamente sepultura al hijo, haciendo pasar por suyo al que la divina Providencia le habia deparado. Para conseguirlo mas fácilmente trasladóse al punto á Santiago. De esta suerte el hidalgo Pedro de Mellid al tornar de la guerra no echó en falta á su Ramiro, y murió poco despues colmándole de bendiciones. Esto es todo cuanto sé acerca de ese mancebo.

—Pero ¿en ningún tiempo ha sabido Nuña quién depositó al niño en el bosque? preguntó la Reina.

—Jamás. Esa misma pregunta la hice yo, y me respondió que nunca había osado hacer la menor indagación, ni á darse con nadie por entendida.

—¿Ni conserva alguna prenda..... algún escrito....?

—Nada: el niño estaba, según dijo, enteramente desnudo, y no tenía otra señal que lo distinguiese sino una mancha á modo de lunar grande en la espalda.

—Pues bien, padre mío: en el supuesto de que es imposible averiguar de cierto quién es ese mancebo, vais á juzgar por vos mismo del valor que tienen las sospechas que acerca de él he concebido.

—¡Sospechas! dijo el prelado moviendo la cabeza con desaliento: ¿y qué adelantamos con ellas?

—Vos mismo, si mal no me acuerdo, habeis dicho poco ha que por descabelladas que pareciesen debíamos esponerlas.....

—Hablad, hablad.

—Público fué, padre mío, repuso la Reina con turbación, mi cariño á don Bermudo de Moscoso.

—El mas cristiano, cumplido y valiente caballero de Galicia. La iglesia de Santiago tiene recuerdos suyos..... muy gratos.

—Y mi corazón los tiene indelebles, exclamó Urraca con religioso entusiasmo, y al cabo de veinte años conservo su imagen grabada en el corazón, y lo estoy viendo, y lo estoy escuchando dentro de mi pecho, como una madre ve y escucha á su hijo, que no ha salido aun de sus entrañas.....

—Pero Ramiro.....

—Ramiro, santísimo padre, es la copia animada de esa sombra que yo tengo en mi interior. Ciertos rasgos, apenas visibles, de su fisonomía, su voz, sobre todo, me recordaron al primer golpe al rico hombre de Altamira.....

—Sí; pero eso no constituye prueba ninguna de su origen, porque bien sabeis que hay personas que se asemejan mucho, y que sin embargo, son de diversas familias.

—Comprendo que esas no sean pruebas suficientes ante un tribunal; pero lo son ante mi conciencia: no he menester de otras, don Diego..... Yo puedo jurar que Ramiro es noble, y hacer que doce caballeros lo juren al par de mí, y entonces, según nuestros usos, á nadie es lícito ponerlo en duda: lo que doce caballeros afirman

con juramento, donde quiera hace fé. Despues de esta prueba, Ramiro puede ser armado caballero, y lo será, y con mi propia mano le ceñiré la espada.

— ¡Señora! Yo no puedo consentir en que tomeis con tan leve fundamento el nombre de Dios en boca. Porque en suma, ¿qué sabemos? añadió el prelado, menos por oponerse á la Reina, que por buscar alguna nueva razon que le convenciera. Nada: que se parece en la voz.....

— En la voz, en las miradas, en los sentimientos, en los modales, en el corazon, en el alma, á Bermudo de Moscoso.

— Lo cual considerado desapasionada, friamente, quiere decir que se parece algo..... algo, al primogénito de Altamira, repuso don Diego, como hablando consigo mismo: verdad es, añadió, que Bermudo estuvo casado en secreto.....

— Con la bastarda de Trava.

— ¡Ah! ¡Lo sabiais! Y que de esta señora tuvo un hijo.

— ¡Cómo! ¿Y lo dudais todavía, santísimo padre?

— Pero este hijo murió casi recién nacido.

— ¿Y no es posible que este hijo no muriese? Y ademas..... añadió de repente la Princesa como herida de un rayo de nueva luz: ¿sabeis la inclinacion, el natural afecto que vuestro paje ha manifestado á la bastarda? ¿No veis en él un filial instinto, una demostracion de la verdad? ¿No sabeis que los ojos del corazon son mil veces mas perspicaces que los de la cara?

— ¡Oh, oh! exclamó el prelado con sincera y candorosa alegría: bien veo que no espondreis á vuestros doce caballeros á jurar en falso.

— ¡Dios mio! ¡qué bueno sois!

— Sin embargo..... sin embargo..... ¿Qué interés habia en que el hijo de Bermudo desapareciese?

Pero antes de acabar esta frase, ya el obispo se habia dado la respuesta, y así fué que la última palabra la pronunció de una manera apenas perceptible.

— ¡Ataulfo! saltó la Reina con igual viveza en la respuesta: Ataulfo, el hermano menor, tan envidioso, tan perverso.

— Teneis razon, pues si nuestras sospechas se convirtiesen en certidumbre, Ramiro era el dueño de todos los estados de Altamira, Ramiro era el rico hombre.....

— ¡Oh! ¡Aunque no quede piedra por mover, es preciso averiguar....!

—Sí, señora; mas por lo mismo que tan graves consecuencias puede tener este descubrimiento, por lo mismo que vamos á derrocar al poderoso y exaltar al humilde, no debemos proceder lijera-mente; es preciso proporcionarnos pruebas irrecusables, ó guardar el mas profundo silencio: de lo contrario, no haríamos sino esponer al pobre paje á las iras del Terrible.....

—Teneis razon, dijo la Reina espantada de la exactitud de aquella observacion.

—No hay remedio: ó Ramiro en un momento sube al mas alto grado de la gerarquía de vasallo, ó tiene que resignarse á vivir en completa oscuridad. Descorrer á medias el velo, es lo mismo que abrir á un tigre la jaula para que se lance sobre un cordero.

—Y bien, ¿qué hacemos?

—Callar por ahora.

—¡Callar, callar! exclamó con ímpetu la Princesa: ¡eso es tener miedo, detenerse en el camino del bien, incurrir en la falta que me habeis echado en cara....! ¡Callar una Reina y un prelado, que unidos pueden desafiar el poder de todos los ricos hombres de Castilla! ¡Es mengua, es vilipendio, es cobardía!

—Pero ¿á dónde acudimos? replicó el obispo impaciente. ¿Queréis que vayamos á preguntar al Terrible si reconoce en Ramiro al hijo de su hermano? ¿Quereis....?

—Sí, quiero; quiero, santísimo padre, que mandemos á llamar á Ramiro, que venga aquí sin falta, que examineis por vuestros mismos ojos si conserva aun la mancha que Nuña le advirtió en la espalda, y que en seguida escribais á Elvira la bastarda, si su hijo tenia esa misma señal.....

—¡Oh! ¡Escribir á Elvira! dijo don Diego conturbado: no, no: vale mas desistir de todo propósito; vale mas, señora, no profundizar este misterio.

Doña Urraca miraba al prelado como aturdida por tan súbita mudanza.

—¿Qué es esto? exclamó. ¿Qué teneis, padre mio?

—¿Sabeis, por ventura, dónde está Elvira?

—En Mérida..... segun creo.

—No: mucho mas cerca..... está en el Padron; quizá, quizá, en Altamira.

—¡En Altamira! ¿Qué hace ahí? ¿Ha sido robada por Ataulfo?

—Ataulfo es su marido.

—¡Cómo! ¡El asesino de su hijo! ¡Oh! murmuró la Princesa,

sonriéndose amárgamente ; su error ha sido mas grande que el mio: si Bermudo resucitara, ¿qué diria de las dos mugeres que lo han amado ?—Pero ese matrimonio es nulo, añadió luego levantando mas la voz : hay impedimentos.....

—Todos estan dispensados.

—¿ Y cuándo , cuándo se ha verificado esa boda execrable ?

—Hoy mismo debe verificarse.

—No , no sucederá : hoy mismo , dentro de una hora , sabrá la bastarda,....

Y diciendo estas razones, doña Urraca se dirigió á la puerta con pasos resueltos.

—Deteneos , por Dios , gritó el prelado siguiéndola de cerca : si el aviso llega un momento despues de la ceremonia , será una puñalada para la pobre Elvira : si el aviso llega á noticia del Terrible, será una puñalada para Ramiro.

La Reina volvió atrás.

—¿ Con qué es decir que cuanto mas se van aclarando nuestras sospechas , mas motivos encontrais para callar , para devorar en silencio una usurpacion , un crimen ?

Don Diego hizo una señal de asentimiento, acompañada de un gesto de dolor.

—¡ Oh ! Padre mio , yo no puedo sosegar , no puedo conformarme con esta resolucion. ¡ Creer que Ramiro es hijo del hombre en quien he idolatrado , y creer que debe sentarse en el trono feudal de los ricos hombres de Altamira , y callar , y cruzarse de brazos , y mirarle tranquilamente confundido , desesperado , por no considerarse digno de calzar la espuela de caballería....! ¡ Es imposible....! ¡ Oh ! ¿ Quién podria darme alguna luz.... ? ¿ Quién podria indicarme.... ? No hay remedio, padre mio; si habeis venido á darme libertad, el primer uso que yo haga de ella será evitar esa funesta boda.

Dijo la Princesa, y abrió la puerta para llamar á uno de sus caballeros.

Pero un extraño espectáculo la distrajo por algunos instantes de aquel pensamiento. Acababa de llegar á la antesala un mendigo que con estremados ademanes y con estraña porfia pugnaba por entrar en el aposento donde se celebraba aquella prolongada , pero interesante conferencia , de la cual iba á resultar la guerra ó la paz entre los reinos recientemente unidos de Castilla y Galicia.

Era Pelayo el mudo. Merced á su resolucion audaz , y á cierto prestigio que por su descomunal apariencia gozaba , habia podido

penetrar en el monasterio, y atravesar las filas de guerreros, y escurrirse por entre los grupos de monjes, clérigos é hidalgos que el éxito de la entrevista estaban esperando. Los partidarios de la Reina al verle pasar con tal desenfado, creíanle llamado por el obispo, y se apartaban: los de Gelmirez suponían que la Reina lo había menester, y le abrían paso. De esta suerte el buen Pelayo consiguió llegar hasta el aposento que servía de antesala al de la conferencia; pero al dirigirse á la única puerta que de don Diego y doña Urraca le separaba, los caballeros de uno y otro bando, los canónigos, familiares del prelado, y las dueñas de S. A., todos acudieron á contenerle, y mandaron llamar á los pajes y escuderos para que de allí lo arrojaran.

Postrábase de hinojos el mudo, alzaba los brazos en ademán de súplica; pero en vano: ya los criados querían conseguir por empujones lo que sus amos no habían logrado con razones ó bufidos, y el padre de Munima, perdiendo terreno, se hallaba casi en el dintel de la antesala, cuando se abrió de par en par la puerta de enfrente, y apareció la Reina con el rostro encendido y las miradas inquietas, buscando entre los circunstantes uno que le satisficiera, para poderle encargar la comision que meditaba.

Poco despues asomóse el obispo, que la seguía para contenerla.

—Loado sea Dios, exclamó el venerable pontífice, que como mas sereno, se habia hecho cargo al punto de todo cuanto pasaba: buscábais la luz, hija mia, y la luz se os aparece. ¿Veis aquel anciano mendigo....?

—¡El mudo!

—Los mudos hablan, dice el Evangelio.

—No os comprendo.....

—Ese mendigo ha sido escudero de Bermudo de Moscoso.... Ataulfo le arrancó la lengua, y no sería ciertamente por temer que de él pregonase milagros.....

—¡Oh! Basta, dijo la Princesa; y con un ademán, que no por ser digno dejó de parecer impaciente, llamó al mudo, que tenía fijos los ojos en aquellos personajes, á quienes con ansias tales ver solicitaba.

Un instante despues, desprendiéndose de los brazos de hierro de algunos ganapanes, y atravesando ufano larga calle de damas, monjes, canónigos y caballeros, llegó Pelayo á los pies de la Reina, la cual, con otro ademán imperceptible, le mandó entrar; y con grave suspension de todos los ánimos, las conferencias de las cuales esta-

ban pendientes los destinos de la patria, prosiguiéronse á puerta cerrada entre la Reina de Castilla, el obispo de Santiago y Pelayo el mudo.

Dejemos de planton á los cortesanos, y en la firme inteligencia de que allí dentro solo se debatian hondos negocios de estado, y vamos á ver lo que adelantó, con la llegada del nuevo personaje, la cuestion relativa al pajecillo del obispo.

Cuando la Reina se vió frente á frente de aquel extraño personaje, que tanta relacion tenia con su antiguo amante, miróle con cierto respeto, pareciéndola que se hallaba delante de un juez, no de un miserable villano, y recordando las escenas del alcázar de Lugo, se cubria de rubor.

—¿Con qué has sido escudero de Bermudo de Moscoso? le preguntó con alguna timidez, mirándole con el afán de descubrir entre aquel bosque de cabellos un rostro conocido.

El mudo respondió afirmativamente.

—¿Hasta cuándo? prosiguió la Princesa con suave acento.

Y el mendigo, levantando los ojos al cielo con dolor, hízola comprender que hasta el último instante de la vida de su señor.

—Pues entonces, tu nos darás noticias de mil cosas que ignoramos..... ¡Oh! ¡Que no puedas hablar!

—Sabe escribir, señora, sabe hacerse entender por señas con la mayor habilidad, dijo el prelado.

—Pues bien, cuéntame cómo pasaron los últimos instantes de aquel noble caballero: ¿de qué murió? ¿qué dijo? Dime si por ventura le pesó de lo que hizo durante su vida; si estaba allí la bastarda de Trava, si.....

—Se trata del paje, señora, murmuró Gelmirez, viendo que la Princesa en alas de su amor y de sus recuerdos, se alejaba cada vez mas del objeto de sus investigaciones.

—¡Ah! Teneis razon, dijo doña Urraca, volviendo en sí con tristeza.

Pelayo que habia fruncido sus encrespadas cejas al oir mentar la muerte del caballero de Altamira, levantó el rostro con afán, y clavó suplicantes miradas en el prelado, cuando vió que hablaba de Ramiro. Bien se conocia que le traia el ansia de saber ó de comunicar alguna importante nueva acerca del paje, porque no contento con las miradas, apeló á los ademanes para llamar la atencion del obispo.

—¿Qué quieres, hermano? le preguntó este: ¿quieres hablarme de Ramiro?

—Sí, dijo Pelayo inclinando la cabeza, gozoso de haber sido comprendido.

—¿Lo veis? murmuró Gelmirez dirigiéndose á la Reina: el cielo nos lo envía.

—¿Son muy importantes las noticias que tienes que participarnos?

El anciano de la luenga barba hizo un gesto que queria significar: «mucho, mucho.»

—¿Qué podrá decirnos, reverendo padre? prosiguió la Princesa: por grave, por urgente que sea, ¿llegará ni con mucho á lo que nosotros tenemos que saber?

—Lo dudo.

—Pues en tal caso, salgamos antes de dudas, averiguemos primero quién es Ramiro; porque os aseguro que estoy en brasas. Buen escudero, añadió volviéndose á Pelayo, despues nos dirás lo que quieras; ahora estame atento, y responde precisamente á nuestras preguntas.

El respeto debido á la magestad detuvo un gesto de impaciencia y desagrado con que el mendigo acogió la determinacion de la Reina; pero suponiendo que tal vez seria una misma cosa lo que él queria comunicar y ellos saber, el antiguo escudero bajo la cabeza en señal de obediencia, y con los ojos fijos en sus interlocutores, aguardó á que estos le dirigiesen la palabra.

—Vamos á hablarte de Ramiro, dijo el prelado, sin duda para sosegar al mudo, ó tal vez para advertir discretamente á la Princesa que no padeciese nuevas distracciones.

—Tu que has sido escudero del primogénito de Altamira, añadió la Reina, no debes ignorar que fué padre de un niño.

Pelayo no pudo disimular su desagrado; pero bajó la cabeza en señal de asentimiento. Sin duda el interrogatorio iba dirigido por distinto rumbo del que le convenia.

—¿Sabes tu qué fin tuvo el hijo de Bermudo?

Por un momento quedó el mendigo inmóvil, meditando la respuesta que debia dar á una pregunta tan inesperada; pero de repente hizo ademan de empuñar un arma y de sacudir con ella dos ó tres golpes, espresando al mismo tiempo dolor. Esta pantomima terminó con un movimiento de desden ó de indiferencia, que parecia significar: «¿Por qué me preguntais eso? ¿Por qué me entretenéis con lo que nadie ignora, cuando yo os puedo contar cosas peregrinas?»

El obispo comprendió algo de esto.

—Sí, ya sabemos, dijo, que eso se cuenta, que ese niño se criaba en la humilde aldea de Noya, la cual fué saqueada y arrasada, veinte años ha, por los piratas normandos: sabemos que así lo creyó la misma Elvira Froilaz de Trava; pero hemos llegado á sospechar que semejante relacion puede muy bien ser una fábula, y que tu, escudero de Bermudo de Moscoso, que te has hecho acreedor á que Ataulfo tan bárbaramente te castigue, arrancándote la lengua, tu debes saber acerca de esto algun secreto.

El mudo, con visible turbacion, se encogió de hombros y meneó la cabeza negativamente.

—¿Con que nada quieres revelar? preguntó la Reina impaciente.

El escudero confirmó su anterior respuesta con el silencio.

—¡Oh! Yo te arrancaré la verdad en el tormento, prosiguió aquella por asustarlo.

Pero vió que Pelayo se sonreía con amargura, y que la desafiaba abriendo la boca, y mostrando una horrible caverna, que tal parecían sus fauces sin lengua.

—¡Cómo! exclamó el prelado, á mí que me debes la felicidad de tu hija..... ¡Tambien á mí me desobedeces!

Enterneciósse el mendigo, y miró al obispo con ojos tristes, aunque rebotando gratitud.

—¿Estás dispuesto á declarar?

—Sí.

—¿Qué sabes, pues, acerca del hijo de tu señor? tornó á preguntar la Reina.

Y el interpelado volvió á su silencio: despues hizo un brusco movimiento que denotaba la contrariedad que sufría.

—Estamos perdiendo el tiempo, exclamó doña Urraca cada vez mas impaciente. ¿Y no sospechas siquiera que el niño no haya muerto en aquel lance?

—No.

—Sin embargo, te turbas.

En efecto, Pelayo miraba con inquietud á todos lados, y no contento con eso, dió una vuelta por el aposento, calculando si podrian escuchar ó ver desde la puerta.

—Este hombre tiene miedo, observó la Reina: el Terrible sin duda le ha castigado por alguna revelacion imprudente, y no quiere incurrir en la misma falta.

—Nada temas, le dijo el Prelado al verle otra vez cerca de sí:

la Reina de Castilla ha roto los vínculos que la unian con Ataulfo..... tiene el mayor interés en averiguar la suerte del hijo de don Bermudo.

—Sí, la suerte de Ramiro, saltó la Princesa con su natural viveza: porque si el hijo de Bermudo existe, no puede ser otro que ese mancebo. ¿No has advertido tu que su voz parece un eco de la voz que en otro tiempo solias obedecer?

El escudero la miraba con asombro y con ternura: conocíase bien que estas palabras le habian sorprendido y conmovido fuertemente; y que se pasmaba tal vez de no haber caído antes en la cuenta de aquella semejanza.

—¿Lo veis, lo veis? exclamó la Reina dirigiéndose al prelado con aire de triunfo: á pesar de su obstinacion en ocultar lo que sabe, no puede menos de convenir..... Ahora bien, añadió volviéndose al mendigo; si despues de observar esa estraña particularidad, esa misteriosa relacion que entre Ramiro y Bermudo existe, te dijese que el paje no es hijo de Nuña, que ella misma al espirar lo ha declarado, y por consecuencia de morir sin hijos lo hereda su señor natural, como lo disponen las leyes; si te dijera que todos ignoramos cuáles son los padres de ese mancebo que iba á casarse con una villana, ¿no entrarías en sospechas de que era el hijo de tu antiguo señor?

El mudo habia caído en el mayor abatimiento: con la cabeza profundamente inclinada y las manos al pecho, parecia impassible como una estatua; pero bien pronto se vieron rodar gruesas lágrimas por sus espesas barbas.

—¡Dios mío....! ¿Qué tiene este hombre? gritó la Princesa confundida.

—Quizá el recuerdo de su hija Munima.

—¡Cómo! ¿Te duele por ventura que el futuro esposo de tu hija sea un rico hombre de Galicia?

Y al acabar de decir la Reina con cierto sarcasmo estas palabras, vió al mendigo que, dando rienda al llanto, se postraba á sus pies en ademan de pedirle perdon. Ella lo habia adivinado con la penetracion de muger enamorada. El pobre anciano persuadióse altamente de que todas aquellas preguntas, todo aquel ahinco, no tenian otro móvil que el anhelo de elevar al paje al mas alto grado de nobleza, para hacer imposible su enlace con una villana, y menos estraños sus amores con una princesa. Él conocia hasta donde llevaba doña Urraca sus amorosos estraviós, hasta donde su afecto

hacia Ramiro, el cual, deslumbrado por ella, desdeñaba á la pobre Munima, abandonándola en vísperas de sus bodas.

—¡Ea! dijo doña Urraca con aspereza: levántate, y si quieres obtener mi perdon, di sencillamente: ¿Sabes si Ramiro es hijo de Bermudo?

—No, respondió Pelayo, no lo sé.

Pero la Reina estaba ofendida, y prosiguió con desabrimiento:

—Este hombre se obstina en callar, y acabaria seguramente en la horca, si no recordase que salvó á Ramiro de las asechanzas de Gutierre Fernandez de Castro. Entretanto el tiempo se pasa, y para estas horas Ataulfo será esposo de Elvira la bastarda.....

Pelayo, que á pesar de sus extremos y arrebatos, habia guardado las consideraciones debidas á la grandeza de los personajes que le estaban interrogando, no fué dueño de contenerse en la ocasion presente, y adelantándose hacia la Reina, sin respeto ni miramiento alguno, con una vehemente mirada pidióle que repitiese sus posteriores razones.

—¿Qué tiene este hombre? ¡Parece loco! exclamó la Princesa retrocediendo: he dicho que Elvira, la esposa ó la amante de Bermudo, la madre de su hijo, se ha desposado con Atauldo el Terrible.....

Un berrido espantoso lanzado por el mudo, interrumpió á la Reina. Al ver la espresion de cólera y de horror que se pintó en el rostro de Pelayo, los dos señores le preguntaron á una voz:

—¿Qué es eso?

El anciano levantaba las manos al cielo en ademan de pedir venganza, y volviéndose á la Reina, manifestaba por medio de enérgicas gesticulaciones, que estaba dispuesto á revelar todo cuanto sabia.

Es imposible imaginarse la ansiedad y el interés con que doña Urraca seguia sus movimientos, y la viveza con que los comprendia.

—¿Con qué te horroriza como á mí tan infame casamiento? le preguntó?

—Sí, sí.

—¿Y ya no quieres guardar consideracion ninguna con los nuevos esposos?

—Ninguna, quiso decir Pelayo con sus gestos, cuyo significado traducimos.

—¿Ni tienes miedo?

—Tampoco.

—¿Y lo que quieres es vengar á tu señor, indignamente ultrajado?

—¡Sí, sí! exclamó Pelayo echando mano á su cuchillo.

—Con que vamos, vas á revelar.....

—¡Sí, todo! quiso decir el mudo, dando al mismo tiempo una patada en el suelo para añadir mas energía á su expresion.

Ya hemos dicho que el interés y la necesidad habian estrechado las distancias gerárquicas de los interlocutores.

—¿El hijo de Bermudo, prosiguió la Reina, murió, como se dijo, en el saqueo de los Normandos?

—No.

—¡Oh! ¿En tal caso se apoderaria de él....?

—Ataulfo, quiso decir el anciano de las barbas, tendiendo súbitamente el brazo en direccion del castillo de Altamira.

—¿Ataulfo?

—Sí.

—¿Y Ataulfo lo mató?

—¡No, no, no! decia el mudo, moviendo rápidamente la cabeza, con aire de triunfo.

—Es claro; dijo á la sazón el obispo: Ataulfo no mata á nadie.....

—¡Oh! exclamó el mudo con otro berrido no tan fuerte como el anterior; y osando tomar una de las manos de la Reina, fijó en ella al mismo tiempo sus ojos fulminadores, diciéndola con la cabeza: «Sí, sí.... ¡Ataulfo es un asesino!»

—No nos confundamos, repuso doña Urraca..... ¡Oh! aquí tenemos, segun parece, mas de un misterio que aclarar. Proseguid, buen escudero, proseguid: ¿Con que Ataulfo no mató al hijo de su hermano?

—No.

—¿Y qué hizo de él? Lo abandonó tal vez.....

—Sí, sí.

Pero al hacer Pelayo el gesto afirmativo, reflexionó que no podia expresarse con claridad de aquella manera, y sacó su inseparable tabla y el punzon para escribir.

—Bien, dijo la Reina, que cada vez admiraba mas la sagacidad del escudero. Dinos ahora dónde fué abandonado el niño, y á qué manos se confió..... escribe; yo veré por encima de tu hombro.

—Ataulfo no quiso matar al niño, escribió Pelayo, y dió orden á Gontroda, vieja criada suya, para que lo abandonase en medio de un bosque, sin vestidos, sin señal ninguna por donde pudiera ser conocido. Su intencion era que fuese devorado por las fieras; pero Gontroda, de entrañas mas compasivas, aguardó á que pasara por el

bosque algun cristiano, y cuando vió venir cerca de sí una mujer envuelta en negro manto, colocó la criatura sobre una piedra en la misma senda del bosque, y no se retiró hasta quedar satisfecha de que aquella mujer se llevaba al niño.

—¡ Oh ! ¡ No hay duda ! ¡ No hay duda ! exclamó con inefable gozo doña Urraca.

—¿ Y sabes, preguntó el prelado, si aquel niño tenia alguna señal por la que pudiera ser conocido ?

El anciano se echó la mano á la espalda apenas oyó estas palabras.

—¡ Ramiro, Ramiro ! Haced traer á Ramiro, dijo la Reina, cuyo pecho bullia como si respirase con dificultad.

Entonces Pelayo hizo un ademan de desesperacion, y con mano trémula escribió estas palabras:

—Mi objeto al venir aquí era el de participaros, santísimo padre, que Ramiro ha desaparecido de la ciudad.

—¿ Cuándo ?

—¿ A dónde ha ido ? preguntaron sucesivamente la Reina y el obispo.

—¿ Cuándo ? Al amanecer. ¿ A dónde ha ido ? Sospecho que á su perdicion; porque lo he visto salir en pos de uno de los mas desalmados escuderos del Terrible.....

—¡ Ah ! ¡ Pronto, pronto al castillo de Altamira ! exclamó la Reina, furiosa como una tigre que ha perdido sus cachorros.

Pero todavía no habian terminado las revelaciones de Pelayo; porque este osó por segunda vez tomar la mano de la Reina, y revolviendo unos ojos casi sangrientos de ira, hizo un ademan que la obligó á esperar.

Doña Urraca se dejaba manejar como una dócil máquina por aquel hombre extraordinario.

—¿ Aun mas ? preguntó.

—Sí, dijo el mudo escribiendo; todavía mas: don Bermudo no murió de muerte natural, y Ataulfo.....

—¿ Ataulfo es el asesino de su hermano ? gritó la Reina terminando la frase; y miraba con ojos desencajados al rostro del mudo, como si necesitase de confirmacion aquella terrible verdad.

—Sí, sí, decia Pelayo levantando las manos al cielo y agitando los brazos convulsivamente en ademan de venganza.

—¡ Ah ! gritó doña Urraca haciendo rechinar los dientes. ¡ Ataulfo ! Es preciso colgarle de una almena, arrasar su castillo, beber su san-

gre..... ¡ Venganza ! ¡ Venganza ! Ahora mas que nunca, don Diego, he menester de vuestra amistad y alianza , para caminar sin obstáculos al castillo de Altamira, y asaltarle , y castigar al fratricida..... Él nos ha privado de aquel tan grande, tan escelente caballero; él ha sido la causa de que yo..... ¡Juremos, padre mio, juremos no dormir en techado, hasta cortar la cabeza del asesino de Bermudo !

Pelayo contemplaba á la Reina con inefable gozo, y deleitábase en verla como una furia clamar por la venganza.

—¡ Oh ! Es preciso salvar á Ramiro, dijo el prelado.

—¡ Y vengar á Bermudo ! añadió la Princesa, como echando en cara al obispo el olvido de este otro deber.

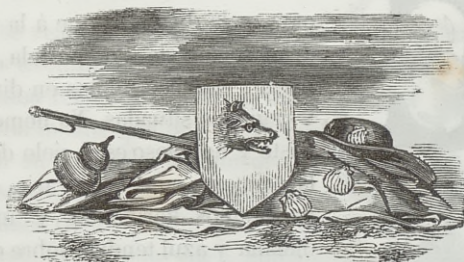
—Hija mia, repuso el obispo, sosegaos, desistid de semejante propósito; de lo contrario en ese camino os encontrareis sola.

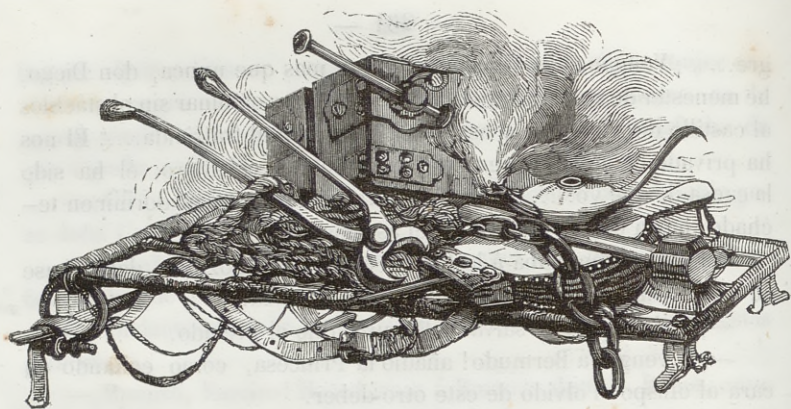
—¡ Sola ! ¡ Ah !

Pero el mudo la dirigió al mismo tiempo una mirada tan espresiva, que la Reina no pudo menos de decirle:

—Bien, Pelayo, bien: para uno y otro cuento contigo.

Así terminó aquella conferencia, en que tan detenidamente se habian discutido los altos negocios del estado.





LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO I.

De cómo la bastarda de Trava se casó con Ataulfo el Terrible, sin llegar á ser su esposa.



CORTA es la distancia que á la villa del Padron separa de Compostela, y sin embargo, parecen ambas en diversos climas y regiones situadas. Ya hemos visto cuán triste y nebuloso es el cielo de la segunda; la primera, por el contrario, muestra ufana lejanos horizontes y una atmósfera diáfana y azul tendida sobre campiñas llanas sin dejar de ser amenas, perpetuamente verdes y floridas, menos por lo copioso de las lluvias que por los innumerables raudales, que de la montaña descienden espumosos, y surcan la llanura mansos y cristalinos, hasta perderse en el Océano, imágen del sepulcro donde desaparecen de igual modo los grandes y los pequeños.

Al amanecer de aquel mismo día en que la Reina de Castilla re-

cibió la provechosa visita del obispo de Santiago, salió del castillo Honesto, situado en la mas alta colina sobre el Padron, una litera estrañamente escoltada. Iban delante dos criados, caballeros en sendos potros del pais, si no tan montaraces como los ginetes, mas testarudos al menos, si se atiende al empeño y porfía que manifestaban en seguir el buen camino, á despecho de los susodichos ginetes que les conducian por el malo. Venia en pos la litera llevada por dos mulos que habian renunciado la facultad de discurrir, confiados en la sábia direccion de las cabalgaduras delanteras; cerrando la marcha un corcel normando, y una mula zamorana emparejados, refrenado el primero por un caballero armado de punta en blanco, y la segunda por un clérigo montado á la mugeriega, encorvado el cuerpo y cabizbajo, con trazas de no tenerlas todas consigo.

Se nos olvidaba añadir á la comitiva un jayan, que arreando las cabalgaduras, era el único que con todas ellas sostenia un diálogo del cual, á pesar de su viveza, hacemos gracia al asendereado lector.

Mostraban todos mal talante, escepto el caballero armado, que por llevar cubierto el rostro con la celada, ni triste ni alegre aparecia, y tal silencio guardaban, que bien podia sospecharse si algun muerto llevarian en la litera. El que tal juicio hubiese formado se afirmaria en él viendo al bueno del clérigo, que despues de bostezar dos ó tres veces, comenzó á santiguarse y prosiguió murmurando los salmos, con lo cual semejava estar echando responsos por el alma del difunto.

Para que se vea cuán temerarios son los juicios humanos, aun los que menos aventurados parecen, apresurémonos á decir, que el clérigo no rezaba responsos, sino prima y tercia, y que el soñado difunto era nada menos que una hermosísima dama, no solo viva, sino capaz por su peregrina hermosura de resucitar un muerto. Pasaba, sin embargo, de la edad juvenil: su semblante pálido, grave y severo, sus labios tristes y delicados, y sus grandes ojos negros en que brillaba todo el fuego de sus sentimientos y se traslucia toda la vaguedad de los recuerdos, indicaban la mas profunda sensibilidad, al mismo tiempo que se advertia cierta resignacion ó humildad que convertia en abatida sierva, á la que á primera vista altiva matrona parecia.

Y pues hemos de decirlo todo, añadamos presto que los acompañantes en vez de duelo iban de boda, y en lugar de *requiem*, de jolgorio y *gaudeamus*. Disimulábanlo bastante, es verdad; pero al fin y al cabo nosotros que estamos en ciertos antecedentes, si adver-

timos que el camino sabiamente dirigido por los potros, era el de Altamira, y que la dama de la litera Elvira se llamaba, podemos adivinar que el caballero encubierto fuese el conde don Pedro Froilaz, que llevaba á su hermana á los amantes brazos de Ataulfo el Terrible. Con respecto del clérigo, no andaremos muy apartados de la verdad, si despues de lo dicho, aseguramos que iba á bendecir á los novios, y que el de Trava lo llevaba consigo, ya por sospechar que no habria capellanes de sobra en el castillo, ya tambien para cerciorarse de que el ministro del altar que intervenia en la sagrada ceremonia era real y verdadero clérigo, ordenado *in sacris* por el competente obispo, y no un perillan á quien Ataulfo hubiese querido revestir de alba y casulla. Hombre era el tal Ataulfo de quien todo podia esperarse, y hombre tambien era el tal don Pedro de Trava que todo lo preveía.

A ser dueña de sus acciones Elvira Froilaz, seguramente que no habria pensado en salir de su viudez, y menos en elegir al Terrible por sucesor de Bermudo; pero la pobre bastarda destinada á purgar con su abnegacion un segundo pecado original, sometida desde los primeros años á una despótica voluntad, no podia pensar siquiera en oponerse á los ambiciosos y bien calculados planes de su hermano mayor. Persuadida de ello, ni siquiera ensayó la mas débil resistencia, y llegó su delicadeza al estremo de no manifestar cuán grande era el sacrificio que en aquella acasion se le exigia.

Sin embargo, por las cortas frases que en sus labios pusimos al darla á conocer en esta crónica, pudo advertir el lector la cruel satisfaccion, la dolorosa alegría con que iba á desposarse con el hermano de su primer marido, por habitar bajo el mismo techo que á Bermudo en otro tiempo cobijaba. No la afligian por consiguiente los horrores que de Altamira se confesaban: sabia muy bien que la atmósfera de aquel castillo llevaba consigo alguna ponzoña, que seca-ba la lozanía de la juventud, y marchitaba el placer y la alegría; pero esto mismo que á los demas inspiraba aversion era un atractivo para Elvira, que iba á gozar en aquel dolor, y á terminar en aquel sombrío templo de la tristeza toda una vida de sinsabores y perpetuos sacrificios.

Hacia rato que se divisaban las negras torres del castillo, que en aquel tiempo era un edificio mucho mas vasto de lo que hoy sus ruinas aparentan. El camino cada vez mas tortuoso seguia orilla de los torrentes de primavera faldeando las colinas, perdiéndose muchas veces en la espesura de los bosques bravíos, y otras en la anchura

de los prados, donde la nueva y abundosa yerba cubria las poco frecuentadas huellas de seres humanos.

La comitiva guardaba el mismo orden: los mulos, vencedores en la porfía, que alguna vez la victoria ha de ser del mas inteligente, guiaban como peritos; el villano arreaba y sacudia varapalos; el clérigo, terminada prima y tercia, rezaba sesta y nona, y los dos hermanos no chistaban por la sencilla razon de que nada tenian que decirse: ambos sabian lo que iba á resultar de aquel paso, y lo daban ambos con pleno y cabal conocimiento. El uno veia en Altamira la cuna de sus mas dulces esperanzas, y el otro la tumba donde trataba de sepultar sus antiguas memorias.

Iba á realizar el conde de Trava el pensamiento de toda su vida. Enlazábase á poca costa con la familia de los Moscosos, y aseguraba el triunfo de la causa del Príncipe Alfonso, es decir, de su propia causa. Proclamado rey un niño de doce años, sobre el cual tenia omnimodo ascendiente, claro es que á sí propio se proclamaba. Conociendo, pues, toda la importancia de semejante boda, habia desplegado en esta ocasion todo su talento, su actividad y sus recursos. En cuatro ó cinco dias reconcilió al rico hombre con el obispo, arrancó la dispensa, allanó el camino para que el paje viniese al alcázar de Altamira, como cordero al altar del sacrificio; poco le importaba que la reconciliacion no pasara de dientes adentro, que la dispensa fuese poco mas ó menos que forzada, y que el paje en lugar de ser enviado por Gelmirez, viniese por engaño y por sorpresa; poco le importaba que la union se resintiera de falta de solidez y que todo aquel artificioso aparato se desplomase á los quince dias: ocho le bastaban para traer al Príncipe Alfonso á Compostela y coronarlo Rey de Galicia con anuencia y consentimiento de los ricos hombres y caballeros del reino, y una vez sentado en el trono, él se daría maña para que de allí no descendiese, á no ser para ocupar antes con antes el de Urraca de Castilla.

Temió, sin embargo, que la llegada de la Reina diese al traste con tan magníficos planes y levantados pensamientos; pero lejos de desmayarse con el peligro, redobló vigilancia y actividad, cuidando sobre todo de que la boda se verificase con el mayor silencio, de manera que sus enemigos no tuviesen noticia de aquella parte tan principal de los planes, sino cuando ya fuese imposible desbaratarla.

El conde era el único que mostraba prisa por llegar al término de la jornada; todos los demas iban como de mala gana, á regañadientes: el villano pensando en volverse desde la puerta del castillo,

sin echar un pienso á las cabalgaduras, y el clérigo en tomar el portante para Compostela, apenas echase la postrera bendición á los novios.

Pero si el conde de Trava tenia prisa por llegar á Altamira, era precisamente porque nadie la tenia mas de salir, para volver al punto al lado del Príncipe, á quien solo con tan grave motivo podia haber abandonado en ocasion tan crítica: de manera que la pobre Elvira era la única que iba á quedarse en aquel paraje del que todos huian como si estuviese apestado.

Todo era entretanto bullicio confusion y desórden en el palacio de Altamira. Habíase levantado el rico hombre muy antes de amanecer, y comenzó á dar voces y despertar á sus servidores que saltaban del lecho despavoridos.

Los palafreneros recibieron orden de aderezar el mas soberbio caballo con gualdrapa de seda recamada de oro, y exclamaban des-perezándose:

—Pues señor, esto es hecho: el amo quiere volver hoy por su honra en algun nuevo combate. Elijamos un caballo de batalla.

—No hagais tal, contestaban los alconeros, bostezando; nosotros vamos á calzarnos guante de gamuza, y á poner capillos á los gerifaltes, con que ¡buena batalla os dé Dios! A donde va el señor es á caza de altanería.

—Sí, de caza va, replicaban otros, que descolgaban trahillas para sujetar lebreles y sabuesos; pero no de vuelo, sino de montería. El señor nos ha llamado por nuestros nombres, y es seguro que salimos con el alba en busca de los javatos de la res que trajimos el otro dia.

—¡Idos con mil diablos! murmuraban unos ballesteros que por allí cerca se removian: ¡de cazar se trata cuando vienen á sitiarnos las gentes del obispo con canónigos y monjes por adalides!

—¡Cómo! ¿Será posible? contestaban sobresaltados los circunstantes.

—¡Como que tenemos orden de coronar las almenas y de cubrir la entrada del castillo!

—¡Asalto hay dentro de una hora..... degüello y matanza....!

—Sí, asalto del gallinero, degüello de pavos y matanza de terneros, dijo á la sazón un pajecillo que salia de la cocina. Andad, valientes, y para reponeros del susto, bajad á la bodega, que hoy es dia de estar abierta, y cuidad de no romperos la crisma tropezando con algun zaque.

—Pues, señor ¿qué día es hoy?

—¿Hoy? repitió un escudero, que bajaba del piso principal: hoy es día aciago para algunos.

Y miraba misteriosamente á una de las torres que servía de prisión á los muchos infelices que Ataulfo tenía encerrados.

—¿Qué hay? preguntaban los mas curiosos.

—Ya sabeis que el Terrible no admite murmuraciones acerca de los calabozos, decían otros.

—Hay, hermanos, prosiguió el escudero, y estas no son murmuraciones, sino verdades; que Rui Perez acaba de salir á toda prisa á traer, aunque sea por los cabellos, al primer monje ó capellan que por estos contornos encuentre; lo cual quiere decir que se trata de preparar el alma de algun cristiano.....

—¡Santiago nos valga, hermano! murmuraron todos, haciendo cada cual un rápido exámen general de conciencia.

—Ejecucion tenemos: á cáñamo trascienden estos preparativos.

—Pero ¿y los alcones?

—¿Y los perros de caza?

—¿Y la bodega y la cocina?

—¿Qué tiene que ver todo esto con un reo de muerte? Y luego el amo sabe tormentos que hacen erizar el cabello; pero no le gusta la carne de cadáveres, como á hienas y buitres.

De semejante modo se departía en los patios y corredores, y todos en la casa bullían, todos preguntaban, y con la batahola que movían, parecia que el castillo entero se venía abajo. El corcel relinchaba en el patio, los perros ladraban, graznaban los azores; rechinaban puertas, crugían armas, retumbaban pasos, corrían pajes, sudaban dueñas, y los escuderos echaban los bofes para servir al Terrible, que se hallaba en todas partes, y mandaba á todos, y en un minuto daba cien órdenes contradictorias.

—O te has vuelto loco, le dijo una vez el bufon, ó te casas.

—¡Vive Cristo, que lo has acertado! contestó Ataulfo riéndose á carcajadas; y por la gracia te regalo el vestido que he de ponerme para la boda.

—Entonces, repuso con cínica insolencia el bufon, yo seré el único que salga bien librado y ganancioso.

—¿Sabes tu, por ventura, con quién voy á casarme? preguntó el rico hombre casi amostazado.

—Con un ángel sin duda, cuando se cree con paciencia para aguantarte.

Esta respuesta destruyó por fortuna el mal efecto de las anteriores palabras.

Al bullicio del alcázar sucedió luego una especie de susurro maligno. Sorda pero rápidamente circuló la noticia del casamiento. Don Pedro de Trava habia exigido del Terrible que hasta el dia mismo de la boda, nadie llegase á penetrar sus intentos; para lo cual le rogó que no hiciese el menor preparativo; pero alzada la prohibicion con la venida del dia prefijado, el novio queria ganar el tiempo perdido, y andaba como loco por todas partes, y á todos tenia aturdidos y trastornados.

Mandaba sacar las ricas vestiduras y joyas de sus progenitores, las cuales no salian á luz sino en raras y solemnes ocasiones; pero de repente las rechazaba con horror y pródigamente las repartia á sus criados; y á vueltas de aquellos regalos, la menor falta, la mas leve muestra de intencion, la menor sonrisa era con toda severidad castigada.

Ya lo hemos visto sufrir con edificante mansedumbre las pesadas burlas del bufon, y aun celebrarlas con alegría brutal; mandarlo y verlo todo por sí mismo; para que todo en él fuese descomunal y estravagante, debemos añadir que de repente se eclipsaba sepultándose en sus habitaciones, y salia de ellas luego con ojos despavoridos y cejas enarcadas, y rostro turbado, y queria disimular su conmocion con una alegría forzada, con una risa fuera de sazón. ¡Desdichado de aquel que en uno y otro caso dejase de permanecer impasible! ¡Desdichado del que osara darse por entendido!

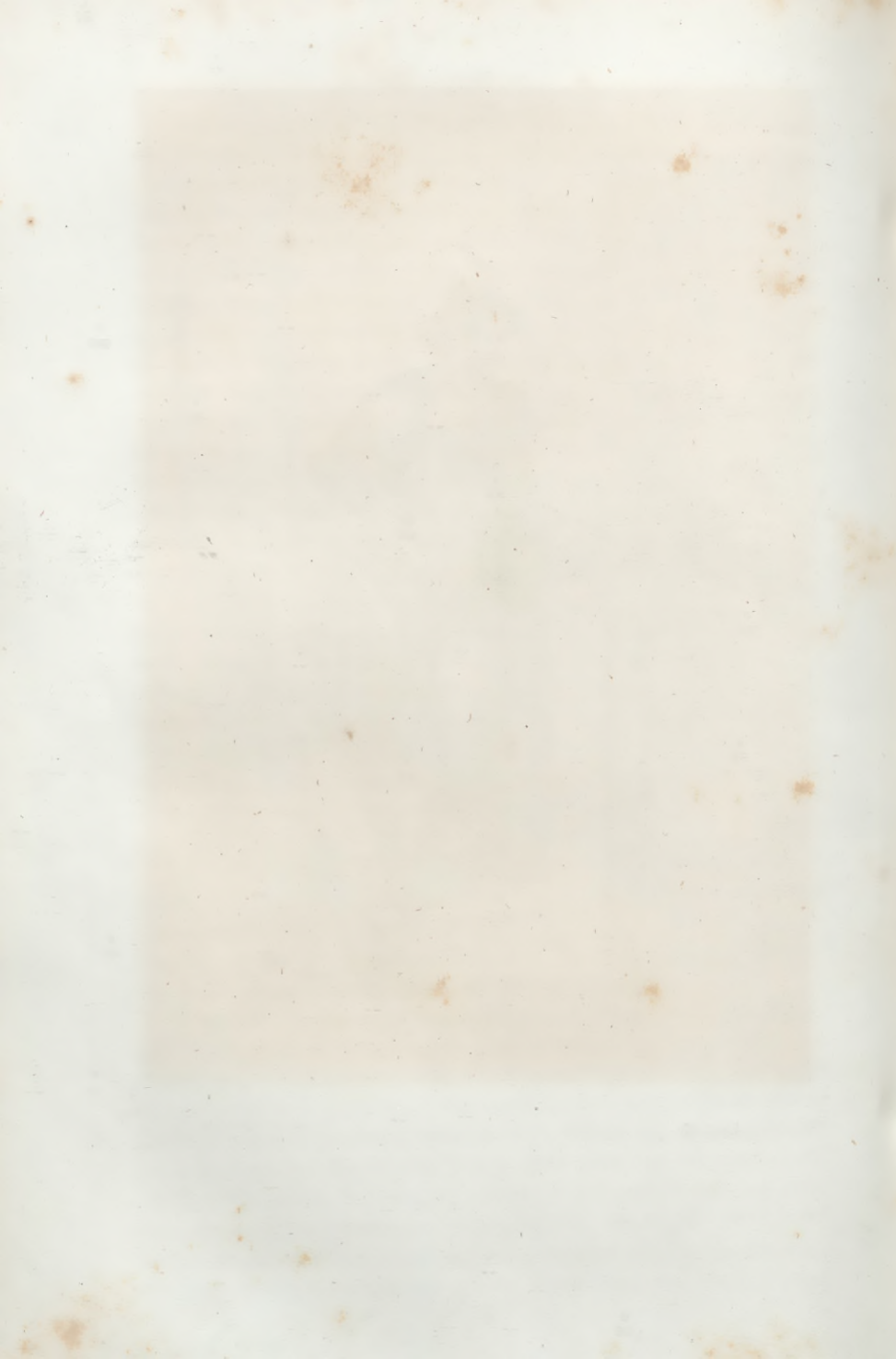
No diremos que debia temer por su vida, pues hasta ahora no se habia verificado que el Terrible diese á nadie la muerte como no fuese por sentencia de rigurosa justicia; pero en cambio, ¡cuán fecunda y cruel inventiva no habia mostrado en achaque de suplicios y tormentos, cuya relacion hace erizar de espanto los cabellos!

Él mandó construir un arca estrecha y larga como un ataúd, pero no tanto que dentro cupiese tendido un hombre de mediana estatura, ni tan alta que de rodillas pudiera cobijarse: cubria el suelo de cascós de teja y de guijarros puntiagudos, encerraba en ella al infeliz á quien se proponia castigar, y lo dejaba una ó dos semanas dándole el preciso alimento de pan y agua para que no muriese de hambre. En tiempo de invierno, cuando á las noches está el cielo mas sereno, y las heladas son muy fuertes, apretando mucho las tierras, ponía Ataulfo á los mezquinos desnudos en el suelo, las manos atrás atadas y los pies con hierro: echábase agua poco á poco



Lám. 17

Imp. de Gaspar y Roig.



para que se congelase, y cuando los miembros de los atormentados se enrojecian, y el cuerpo y la lengua se endurecian como madero muy seco, y ya perdido el vigor no podian hablar, llevábalos al fuego, frotándolos con las manos, regalábase la helada al calentarse, comenzaban á hablar y luego otra vez los tornaba á las quemazones de hielo por toda la noche (4).

Asomaba el sol por entre los robles, hayas y pinos que coronan las montañas de Compostela, cuando el Terrible subió al adarve de la torre mas empinada y robusta de Altamira, ricamente vestido de túnica y manto de escarlata recamada de oro, con bárbara profusion, si no con gusto delicado. Jugeteaban los céfiros de la mañana con sus largos cabellos compartidos en mechones encrespados, que daban todavía mas aire de ferocidad al semblante del novio, espejo de todas las ansias, batallas y contradicciones del alma. Paseándose delante de las almenas dirigia al interior del alcázar miradas falsas y torcidas como de hiena, y tendiéndolas luego por los amenos y frondosos valles del medio dia, tornábanse poco á poco dulces y tiernas para acabar en impacientes y frenéticas. Así vagaba de uno en otro objeto y sentimiento, y el sol en tanto seguia levantándose con harta desesperacion del caballero que veia entrarse el dia mas que de paso, sin que se divisara aquella á quien antes de la noche debia estrechar en sus ardientes brazos.

Observó por fin en el horizonte bultos lejanos que le parecieron ser la comitiva de su esposa, y tal inmutacion esperimentó su rostro, que enteramente quedó desfigurado.

— ¡ Oh ! ¡ Es ella, es ella ! murmuró con un acento tan profundo, que con él parecia haber exhalado el espíritu.

Pasados algunos instantes de inmovilidad y enagenamiento, la lucha de su corazon debió renovarse con mas brios, porque la alternativa de sus miradas al interior y á la campiña cada vez era mas rápida, y aparecian con igual frecuencia en su rostro la dulce sonrisa del amor, y el torvo ceño de la venganza.

La venganza debió vencer ; porque con una espresion de alegría

(4) La relacion de estos suplicios, usados por gentes que vivian en la misma época, está casi literalmente tomada de la *Historia de Sahagun*, por el Monje anónimo. Omitimos otros tormentos mucho mas bárbaros que nuestra pluma se resiste á transcribir. Véase la Historia citada desde el capítulo 40 hasta el 45.

El episodio de Ataulfo de Moscoso es puramente tradicional: en el carácter de este personaje y en los hechos principales del cuento, convienen todos, pero cada cual procura adornarlo con los perfiles y dibujos que son mas de su agrado.

infernol, bajó el rico hombre precipitadamente á los corredores del alcázar, entró en su cámara, abrió una puerta secreta, y atravesando largos pasadizos, llegó á un aposento oscuro y abovedado de las torres de las prisiones; buscó á tientas alguna cosa en el pavimento, y no bien hubo dado con una trampa de hierro con fuertes candados defendida, arrodillóse y abriólos convulsivamente, levantando el armazon con gran trabajo.

Descubrióse una boca en el suelo y por ella salian débiles resplandores de luz que iluminaron el rostro de Ataulfo, y tal apareció, que daba miedo de verlo. Tenia sobre todo una sonrisa que dejaba traslucir un odio antiguo, inveterado, y cierta fraccion de los agenos padecimientos, que no la tuvo mas horrible Lucifer cuando arrastró al primer hombre á los infiernos.

Con un acento seco y ronco que retumbó sordamente en aquellas bóvedas, exclamó lentamente, como saboreando las palabras:

—¡Ya viene! ¡Ya viene....! Acabo de verla..... voy á salir á recibirla..... ¿Escuchas? ¡Hoy mismo ha de ser mia!.... ¡Mia, mia!

Y debajo del pavimento hueco y profundo resonó un terrible grito, como de un hombre que acabase de recibir una herida en el carazon.

El caballero de Altamira se estremeció de pies á cabeza.

—¡Oh! salió del hondo una voz estraña y cavernosa; Dios no permitirá semejante crimen.

Ataulfo se sonrió al oir estas palabras, y se detuvo todavia un rato en silencio, aspirando con deleite el aire caliente y pesado que de aquella boca se exhalaba: luego, alargando la mano por el suelo, tropezó con un pan negro y mugriento, y lo arrojó por el agujero de la trampa diciendo con su infernal ironia:

—¡Toma....! Regálate hoy, por ser el dia de mi boda.

Y el de abajo murmuraba, no se sabe si rezos ó maldiciones.

De improviso dejó caer el rico hombre la trampa con estrépito, y sin echar los cerrojos y candados, levantóse despavorido lanzándose hácia la puerta.

—¡Oh! Creí sentir pasos y ruido de gente, exclamaba al volver, cubierto el rostro de sudor frio: ¡Qué aturdido! Por primera vez acaso he venido sin tomar precauciones....!

Y cerró todavia temblando la compuerta de hierro, y sucesivamente fué cerrando cuatro ó cinco puertas antes de llegar á su aposento.

Allí le fué necesario descansar algunos instantes para serenarse. Aun los criados que mas frecuentemente solian verle en aquel estado de turbacion, no habrian podido menos de perder el color en la ocasion presente.

Cuando ya le pareció que podia mostrarse al público, contando con acabar de serenarse en el camino mientras se tropezaba con Elvira, que aun venia lejos, dirigióse á la puerta principal del aposento, levantó la falleba, pero la hoja no cedia; enpujóla, sacudióla con fuerza; pero todo en vano.....

Estaba cerrado, preso en su propia habitacion.

No nos es dado trasladar al papel las horribles palabras que los narradores de este suceso ponen en boca del Terrible; pero mientras sus labios vomitaban blasfemias, resonó una voz débil y cascada que decia :

—Hijo mio, Ataúlfo..... ¡ Jesus, que prisa llevas !

—¡ Gontroda ! ¡ Tú..... ! ¡ Esa llave presto ! contestó el rico hombre mirando con indignacion, no exenta de respeto, á la persona que le dirigia la palabra.

Figúrese el lector una vieja setentona, de rostro alegre y bonachon, con mas arrugas que un pergamino puesto á la lumbre, de tez ahumada y dura, barba saliente, mejillas hundidas, nariz afilada, y frente poblada de algunos mechones de canas que debajo de las tocas le salian; el cuerpo encorvado y sostenido por un puntal, que tal parecia el báculo en que se apoyaba; figúrese todo este conjunto de peregrinas perfecciones, envuelta en una cotilla, manto y túnica de estameña, y tendrá un aproximado retrato del personaje que osó detener al lobo de Altamira al salir de su madriguera.

—¡ Esa llave, madre Gontroda.... ! repitió Ataúlfo con mejores modos, pero no con menos impaciencia.

—Pero ¿ qué prisa tienes ? dijo Gontroda manoteando, y con un acento de superioridad que contrastaba con su miserable aspecto.

—¡ Prisa.... ! ¡ Ninguna ! repuso el rico hombre queriendo sonreirse; y añadió por lo bajo : así te llevaran mil demonios ! — Pero ¿ qué haces aquí, madre Gontroda ?

—Ya lo ves, hijo mio, contestó la vieja acomodándose tranquilamente en un sitio, cerca de la chimenea: buscar la lumbre; porque el calor es la vida para el anciano.

—Vamos, basta de bromas..... Juro á Dios, que es demasiado atrevimiento, aunque á tus pechos me hayas criado.....

—Y si te hubiese amamantado con rejalgar, hijo mio, ¡cuán poco se hubiese perdido....! ¿eh?

—¿Ya comienzas, vieja maldita? Te advierto que eres mi nodriza, y no mi bufon, y que si al bufon le pago para que me diga desvergüenzas.....

—A mí me tienes para que te diga verdades.

—Pues bien, voto á tal, ahora no estoy de humor ni para lo uno ni para lo otro, ¿lo entiendes? ¡Esa llave! Y si tardas un minuto, sin respeto á tus hechicerías, mando á Martin que te desuelle, ya que no tienes otra cosa que pellejo.

Gontroda se echó á reir de una manera particular, y seguia calentándose á la lumbre con las manos delante del rostro.

—¡La llave! gritó el Terrible con un acento que hubiera helado de espanto á los demas habitantes del castillo: ¡la llave, ó mueres aquí abrázada!

—¡Jesus, que terco y que porfiado! ¿cómo he de darte lo que no tengo? replicó la vieja sin alterarse.

—¡Mentira, bruja del infierno! Solo tu hubieras osado quitarla de la puerta.

—Eso es otra cosa, hombre, eso es otra cosa..... Quitarla, yo la he quitado; pero luego.....

—Sí, luego.....

—La arrojé al foso por la ventana.

—¡Eso es mentira, miserable! exclamó Ataulfo: no tienes valor para tanto..... en Altamira no habria tormentos adecuados á tu crimen..... ¡es mentira, es mentira!

Y al decir estas palabras Ataulfo temblaba de cólera, y se daba golpes en la cabeza, y revolvía los ojos, como un dragon acometido por todas partes.

—Ataulfo, contestó la vieja siempre tranquila, pero en tono mas solemne: yo no vengo á detenerte con cerrojos, sino con palabras. Puedes coger un hacha y hacer astillas esas hojas de madera; pero soy tu nodriza, no tienes otra madre, nadie, nadie te quiere en el mundo; todos te aborrecen, menos yo. ¡Cuando me acuerdo que te tuve en mis brazos....! Ataulfo, vengo á decirte que mires lo que haces..... Vas á casarte con Elvira de Trava..... con la mujer de tu propio hermano.

—¡Cómo! exclamó el de Moscoso, sonriéndose con júbilo: ¡escrúpulos acerca del impedimento....! Ya está dispensado, madre mia: ese picaro Gelmirez..... digo ese venerable prelado, porque hemos

convenido en que he de ser su amigo, lo ha dispensado todo.

—Ataulfo..... ¡á mí me hablas de dispensa!

El rico hombre perdió súbitamente el color, y se quedó frio con los ojos clavados en Gontroda.

—Sí, prosiguió la anciana levantándose; te vas á casar con la mujer de tu hermano, y tu hermano.....

—¡Silencio!

—Y tu hermano vive.

—¡Vive mi hermano!

—¿Por qué te asombras? ¡Bah! Hasta ahora no has sido hipócrita. ¿Quieres que todo te lo diga?

—¿Y de cuando acá habeis hecho tan peregrino descubrimiento? preguntó el Terrible con espantosa calma.

—¿Qué te importa saberlo, si ha venido á tiempo para impedir un crimen horrible?

—¡Oh! Sí, muy á tiempo. Sentémonos, si os place, madre Gontroda, no tengo prisa maldita.

—¡Hijo mio Ataulfo! yo te crié á mis pechos, yo te he servido en todos los momentos de tu desdichada vida; porque he velado siempre por tí, y siempre te he querido..... y siempre.....

—Vamos, y siempre..... dijo Moscoso interrumpiéndola con un gesto de impaciencia.....

—¿Es posible, prosiguió Gontroda, que tal ultraje vayas á hacer á Dios, á tu hermano, á tu mismo padre?

—Con que vamos á ver, madre mia: ¿cuántos dias ha que sabeis ese secreto? ¿Pocos, eh? Sospecho que no serán acaso ni muchos minutos? porque jamás, rarísimas veces he sido tan descuidado como ahora con las puertas de la torre: porque nunca como hoy he sentido pasos..... ¿No es verdad que hasta hoy nada sabiais?

—Nada sabia, es cierto; pero tenia vehementes sospechas de que en esa torre se encerraba algun crimen; porque nunca has querido fiar á nadie la custodia de ciertas prisiones; porque sé la historia de tu vida.....

—Deja por Dios mis historias, Gontroda, que son largas de contar, y por mucho que sepas tu de ellas, lo que es á mí, nada de nuevo has de decirme. Tu tendrías sospechas. ... cuantas te diese la gana; pero hasta ahora, hasta el instante en que me has visto.....

—Y escuchado.

—Pues, y escuchado..... Tu, con toda tu ciencia y tu hermandad con el diablo, tu nada sabias de fijo.

—Pero ¿qué te importa?

—¡Oh! Mucho mas de lo que os parece, vieja del infierno, exclamó Ataulfo, levantándose como el tigre que se lanza furioso de repente contra las rejas de la jaula. Aquí, aquí vas á morir, miserable, y como de este recinto no has salido, contigo perecerá tu descubrimiento.

—Morir, dijo sonriéndose Gontroda; segura estoy de que no atentarás á mis dias. No porque sea tu madre de leche; no porque mi sangre corra mezclada con la tuya, no por cariño, ni por respeto, no; es de miedo. Tan seguro estoy yo como el mas vil de tus vasa-llos. ¿Y por qué? Porque sabes fijamente que el dia en que seas reo de homicidio, aquel será el último de tu vida. Hiéreme, Ataulfo, hiéreme con ese puñal que has desenvainado, y al espirar te diré: « ¡á Dios, hijo mio, á Dios..... hasta la noche! »

El Terrible bajó la mano que habia levantado armada, y mirando á Gontroda con ojos sombríos repuso:

—¿Y quién me dice, vive Dios, que todo eso no es mas que una patraña fraguada por tí para contenerme?

—¡Patraña! Tu padre te lo dijo al espirar; cuantos hechiceros has consultado, cuantos gitanos has visto, te lo han repetido. ¡Patraña! Si así lo hubieses creído, prosiguió la vieja sonriéndose con una calma que daba irresistible autoridad á sus palabras, ha muchos años que te hubieras quitado de encima la molesta carga de tu vida. Hiéreme, haz la prueba en mí de la falsedad de esa profecía, y antes que aquí llegue Elvira la bastarda, un rayo del cielo habrá caído sobre tu cabeza, los abismos á tus pies se habrán abierto, tu criado mas fiel te habrá dado una puñalada, ó la mano de Dios te habrá tocado con un dardo invisible. No te diré cómo morirás, pero morirás, hoy, hoy infaliblemente; y así que perezcas se descubrirá tu crimen, saldrá Bermudo de su calabozo, y habrás llamado á la Bastarda, no para casarte con ella, sino para restituirla á los brazos de su marido. Márame: mi muerte abrirá las puertas al infeliz á quien tienes ha veinte años sepultado.

—Eso no, voto al demonio; en la duda siquiera de que tal puede suceder, vivirás Gontroda. Elvira me amaba, y me olvidó por el amor..... no, por las riquezas de mi hermano: era este hermano querido de las princesas, famoso en lides, primogénito, dueño de todos los estados de mi padre; y yo desdeñado, oscuro, pobre; yo no tenia mas que el amor de una mujer, el amor de una bastarda, y él me lo arrebató casándose con ella. Mi venganza no será completa

sino haciéndome dueño de esa mujer en vida de mi hermano , para que sepa que habito en su propio alcázar, que duermo en su mismo lecho, que su mujer me llama esposo. ¿Y pensabas privarme de este horrible placer , conquistado á costa de veinte años de suplicios mas espantosos de los que para mis vasallos he inventado? No , no morirás , miserable ; pero ¡ tampoco Bermudo ha muerto!

Y al decir estas palabras cogió á Gontroda en sus hercúleos brazos, llevándola hácia la puerta secreta que comunicaba con la torre de las prisiones.

—¿Qué haces, infeliz? gritaba la anciana.

—¡Donosa es la pregunta, vive Dios! Pensabas tu, esqueleto ambulante, pensabas detenerme con tu amazon de huesos en el camino que sigo hace tantos años, cuando toco el término de la jornada? Aquí, aquí quedarás encerrada, y no por mucho tiempo, vive el cielo..... Despues que sea dueño de Elvira , ¿qué diablos me importa que salgas y publiques lo que quieras? ¿Qué me importará hacer contigo el ensayo de tus famosos vaticinios?

El rico hombre habia llegado á la torre con la vieja en volandas, y allí la dejó encerrada.

Volvió sin detenerse á su aposento: tomó un hacha de armas y de un golpe hizo saltar la cerradura de la puerta principal. Bajó al patio donde encontró el caballo magníficamente enjaezado con largos paramentos de brocado de seda, festoneados de cabezas de lobo rojas en campo de oro. Allí estaban tambien esperando para acompañarle los escuderos y pajes, y toda la turba de criados y guerreros en sus puestos y en el mayor orden.

Todos ellos sintieron cierta especie de conmocion eléctrica al ver el semblante del Terrible. Y no la produjeron por cierto el desorden de sus cabellos, la palidez y descomposicion de sus facciones, sino las risotadas en que venia prorumpiendo, el aire de triunfo y de soberbia con que se presentó, y sus ademanes vivos y resueltos para cabalgar, y salir del castillo atravesando los puentes levadizos con imprudente precipitacion, que le hubiera costado cara, montando un caballo menos acostumbrado al estruendo hueco y hondo producido por el ferrado casco sobre las tablas.

Con la vista del cielo diáfano y brillante , cambió de espresion el rostro de Ataulfo. Poco á poco se fué cubriendo de profunda tristeza: abatiéronse aquellas altivas miradas, todos sus miembros parecian desmayados y flojos, y los escuderos que cabalgaban á su lado se

figuraban que iban acompañando un reo al suplicio, no un novio á los brazos de su querida.

¿Qué pasaba entonces en el corazon de aquel hombre extraordinario? Cuando sintió el ruido de las cabalgaduras, cuando vió por entre los matorrales brillar la armadura del conde de Trava, nuevo y súbito cambio experimentó su fisonomía: volvióle el color, agolpósele la sangre al corazon, y casi, casi dos lágrimas estuvieron á punto de asomarse á sus ojos; no sabemos si por efecto de punzadas de dolor, ó por arrebató de ternura. Cuando ya la comitiva estaba próxima, derribóse del caballo, y tropezó bruscamente con el conde, que al verle, se apeó con la misma presteza y con mas calma y aplomo le tendió los brazos.

—¿Y Elvira?

—Ahí la teneis, respondió el de Trava señalándole la litera.

Y Ataulfo estaba tan aturdido, que se fué derecho á dar los brazos al clérigo, que en aquel momento terminaba sus Horas murmurando:

—*Divinum auxilium maneat semper nobiscum.*

—*Amen*, respondió el conde sonriéndose.

—¡Ah! dijo el Terrible; y al retroceder avergonzado estuvo á punto de estrellarse la cabeza contra el carruaje.

Apareciósele entonces de improviso la hermosa Elvira de Trava, y fué tanto el gozo que sintió el rico hombre, que en aquel momento ni de su hermano se acordaba, ni sentia el diente roedor de los remordimientos, ni pensaba en venganzas; amaba solo, amaba con la vehemencia, con el frenesí propio de quien no habia conocido otra pasion en toda su vida.

—¡Señora....! exclamó Ataulfo, cayendo de rodillas delante de la litera, con el profundo respeto propio de las razas germánicas.

La dama sacó entonces por la portezuela su bello y pálido semblante ligeramente sonrosado, y enjugándose una lágrima que todavía creia tener en sus mejillas, dijo con turbado acento:

—Levantáos, señor, levantáos.

Levantóse en efecto el de Altamira; pero no le fué posible pronunciar una palabra mas; tan empachado, tan aturdido, tan conturbado se veia, que hubiera dado cualquier cosa en aquel momento porque nadie hubiese presenciado semejante escena.

—Vamos, hermano, le dijo á la sazón el caballero de la armadura: tiempo tendreis de charlar en el castillo, y juro por quien soy que no he de estorbaros mucho. Apenas se verifique la ceremonia y deje

en vuestros brazos á mi querida hermana (ya era la bastarda su hermana..... su *querida hermana*), voy á partirme á la corte del Príncipe, á quien llevaré la grata nueva de vuestro pleito-homenaje.—¡Eh! Por ahí, por ese otro lado..... ¡Qué diablos....! Vais á cabalgar por la cola.

—¡Mil demonios me lleven! murmuró Ataulfo rabioso consigo mismo.

El acompañamiento de la dama y el del caballero siguieron silenciosamente el camino del castillo. Iba Ataulfo cabizbajo y taciturno detras de la litera, al lado del conde, el cual viendo que no parecia bien un novio tan poco locuaz, quiso meterle en conversacion diciéndole:

—Por supuesto, hermano, que traigo la dispensa.

—Bueno.

—Y en cuanto al paje del obispo.....

—Es verdad..... ¡Vive Dios, que os habeis olvidado del paje del obispo....!

—¡No me olvidé tal, voto al diablo! repuso el conde gozoso y ufano de haber sacado al Terrible unas cuantas palabras del cuerpo. El paje. ¡Ja ja....!

—¿De qué os reis?

—De nada. En el alcázar lo tendreis bien presto.

Calló el conde, y calló de consiguiente don Ataulfo. Conforme se acercaban al alcázar, íbase arreciando la nube de tristeza que cubria el rostro del desposado.

—¿Qué tiene vuestra querida hermana? preguntó este: paréceme..... así, como parada.

—Pues vos no estais mucho mas vivo, ¡cuerpo de tal....! No parece sino que es la vez primera que os casais, y no sabeis lo que pasa á las mujeres en un dia de boda. ¡Maló! ¡maló! ¡Muchos preparativos son estos..... don Ataulfo....! Apuesto que habeis contravenido mis órdenes.....

—¡Juro que nadie sabia en el castillo hasta hoy que el señor de Altamira se casaba! ¡Nadie! prosiguió el Terrible para sí: ¡excepto él....!

—¡Qué diantres! Os quedais así, como lelo: ¿qué teneis, hermano?

—¡Nada, nada..... entremos!

Acababan de llegar al castillo: la litera penetró en el patio. Ataulfo se apeó, y fué bastante dueño de sí mismo para acudir á tiempo

de abrir la portezuela. Elvira salió sencillamente vestida con blancas tocas y sin luto: detras de ella salió tambien una dueña que con su señora venia á sepultarse en aquel sombrío edificio.

Por consejo del conde de Trava se dirigieron en derechura á la capilla, que muy recientemente y muy de prisa habia sido despojada de las franjas y colgaduras de telas de araña que la adornaban, casi de tiempo inmemorial.

Al entrar en aquel sagrado recinto Elvira se arrodilló, y maquinalmente hizo otro tanto el de Moscoso. Veia á su esposa mover los labios rezando con fervor, y él tambien los movia sin saber por qué; pálido y con ojos espantados miraba al sacerdote que se iba vistiendo el alba, estóla y capa, y poco á pocose le turbaba la vista, los objetos se le andaban alrededor, y le parecia escuchar una voz que salia de los abismos, y estaba á punto de confesar públicamente su crimen y de huir despavorido.

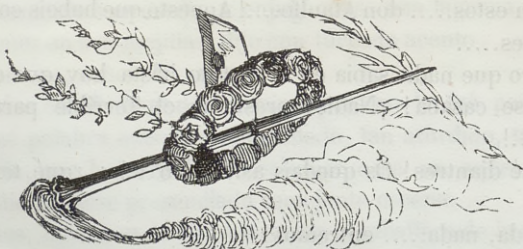
Peró escuchaba el suave murmullo de las oraciones de Elvira, mirábala de soslayo, mas bella, mas interesante que nunca, con la uncion religiosa que se dejaba traslucir en su rostro, con las dulces lágrimas que se deslizaban por sus mejillas: sentia su agitacion, el bullir de su pecho, su aliento, y sus casi imperceptibles suspiros; y tanta hermosura le deslumbraba, y por la pasion arrebatado, decia dentro de sí, con el propósito del réprobo:

—¡ Oh ! ¡ Mañana se lo diré todo, mañana ! Mañana me arrepentiré; pero gocemos hoy: ¡ vivamos este dia, mañana moriremos !

Y se levantó bruscamente, dirigiendo una mirada al conde y al clérigo, que estaban aguardando, dispuestos para la ceremonia.

—¡ Vamos ! dijo impaciente don Pedro de Trava á la bastarda.

—¡ Vamos ! respondió Elvira con blando acento, levantándose sumisa y resignada.





Lám. 18.

Imp. de Gaspar y Boig.



CAPÍTULO II.

De cómo la segunda mujer de don Ataulfo el Terrible recibió la confesion de la primera.



Si el lector aguarda que la ceremonia nupcial sea dramáticamente turbada por la repentina aparicion de algun espectro, por cualquier maravillosa peripecia, ó siquiera por el estampido de un rayo, súbitamente desprendido de las negras nubes que el narrador ha debido amontonar sobre las torres de Altamira, desde luego le advertimos que se ha equivocado. La exactitud histórica, y la sequedad de nuestra imaginacion, nos impiden poder complacerle. El impío casamiento verificóse en un día claro y sereno de primavera, sin que el mas pequeño incidente, digno de ser referido, viniese á interrumpir al bueno del clérigo en los sagrados ritos sacrílegamente profanados por Ataulfo de Moscoso.

La Providencia no impide la perpetracion de los crímenes, ni los castiga como un maquinista de teatros.

Todo habia terminado al cabo de media hora. El conde de Trava, convencido de que la bastarda Elvira Froilaz estaba ya real y ver-

daderamente casada con el rico hombre de Altamira, despues de haberla conducido á las habitaciones de su esposo , se despidió de ella para pocos dias; y el Terrible, á pesar de los deseos que parecia tener de quedarse á solas con la desposada, obligado por la cortesía, quiso acompañar gran trecho fuera del castillo á su nuevo hermano.

Fieles á su propósito el clérigo y los conductores habian tomado ya la vuelta de sus respectivas casas, persuadidos de que nadie debe tenderse á reposar en la del malo; de manera que la señora de Altamira se encontró en aquel sombrío castillo, sin otra cara conocida que la de su dueña Bernarda.

Advirtió entonces que habia contado demasiado con su propio valor y firmeza, y quizá con sus melancólicas ilusiones. Estaba sola, entre gentes desconocidas , y á merced de un hombre á quien no amaba. Vióse en una habitacion con adornos varoniles de armaduras é instrumentos de caza, y no pareciéndole delicado permanecer allí, llamó á una dueña del castillo, la cual la condujo por los corredores á un salon oscuro.

Mauricia, que así se llamaba la introductora, abrió una reja que daba al segundo foso de la fortaleza , y quedó inundado de luz el aposento. Los muebles, en honor de la verdad, eran los menos toscos de la casa: sobre una mesa habia un espejo de plata bruñida, y frascos de oro que debian encerrar esencias y pomadas olorosas. Preciosos cortinajes de seda adornaban puertas, ventanas y alcoba, dentro de la cual resaltaba en la oscuridad un magnífico lecho colgado de blanco.

Aquella disposicion, aquellos adornos parecian á primera vista resultado de cuidadosas y esmeradas atenciones del marido, las cuales no podian menos de lisonjear á Elvira, porque las mujeres siempre se pagan de estas que algunos llaman pequeñeces.

Mas á poco de estar allí, sintió la desposada intento frio; la atmósfera húmeda, pesada y no muy pura, como de una habitacion que hubiese estado cerrada mucho tiempo, la inspiró natural repugnancia. Los muebles eran acomodados al gusto de una dama, pero estaban cubiertos de polvo, los frascos de afeites medio usados, el espejo enmohecido.

—¡ Es imposible que esto se haya dispuesto para mí ! dijo Elvira mirando á la dueña.

La buena Mauricio se disculpó refiriendo la sorpresa que en el castillo habia producido la noticia de la boda, la prisa con que todo

se habia arreglado, el barullo que pocas horas antes reinaba en aquella casa, las contradicciones del rico hombre, todo lo cual habia impedido que pudiese destinarse á la nueva señora otro aposento que el de la antigua.

—¡El de Constanza! exclamó la bastarda, con un gesto de horror que manifestaba cuán sensible le era aquella falta de delicadeza.

La dueña no se contentó con una simple respuesta afirmativa. Para decirle que *sí*, comenzó á contar la historia de la primera mujer de Ataulfo, su carácter y sus impertinencias, pareciéndole sin duda que murmurando acerca de lo pasado podia captarse el afecto de la sucesora; pero esta le preguntó otra vez interrumpiendo su caritativa narracion:

—¿Y cuánto tiempo hace que murió doña Constanza?

—Un mes y dias; pero, escuchad: la señora.....

Elvira ignoraba esta circunstancia, que su hermano le ocultó cuidadosamente. Estaba persuadida de que el rico hombre era viudo mucho mas tiempo hacia. Semejante nueva acabó de trastornar su espíritu.

—¡Cómo! exclamó para sí: cumplido apenas el mes de la muerte de su esposa, ya tiene otra don Ataulfo, ¡y esta otra soy yo! ¡Qué horror! ¡Y mi hermano, que no debía ignorarlo, consiente en ello, y me abandona aquí, como un mercader que ha despachado las mercancías las deja sin pena en casa del comprador, y se parte, sin perder un solo instante, en busca de otro nuevo negocio! ¡Y mi marido destina para mí el mismo aposento de su primera mujer, que cerrado sin duda desde el dia de su muerte, conserva la atmósfera de los sepulcros!

El temblor que sentia la bastarda, producido por el frio y el espanto, era visible á la sazon. Habia ella contado con encerrarse en aquel castillo con un cadáver; pero no con el de Constanza de Monforte.

Mauricia, viendo que su señora guardaba silencio, creyó que tenia gusto en escucharla, y seguia refiriendo la vida, la muerte y milagros de la difunta.

—¿Y qué he de hacer? proseguia Elvira para sí: hija soy del conde don Fruela de Trava, pero no de la misma madre que los demas hermanos, y esta falta me hace esclava de todos ellos. Por ser yo bastarda he tenido que pasar por la vergüenza de un casamiento secreto, he tenido que ocultar á todo el mundo que fuí madre, y desprenderme de mi propio hijo, para que pereciese luego lejos de mí, en brazos de su nodriza: he tenido que venir á ocupar

el lecho todavía caliente de Constanza de Monforte; he tenido que ser infiel á la memoria de aquel Bermudo de Moscoso, cuyo nombre en todas partes es celebrado.....

Bajó los ojos, inclinó la frente, cruzóse de brazos profundamente triste y pensativa.

—No hay remedio, prosiguió; mi suerte es muy desdichada, y cuanto mas sufra, mas presto acabaré de sufrir.

Desde aquel punto, lejos de contenerse en sus informes y preguntas, formó empeño en profundizar la saeta que tenia clavada en el corazon.

—Mauricia, dijo á la dueña, que seguia con su charla como un reloj de música con sus sonatas mientras le dura la cuerda: ¿dónde murió doña Constanza?

La dueña miró á su ama con un gesto particular que queria decir: ¿si será tan loca la nueva como la antigua? ¿Si serán locos todos los señores de esta casa? El asombro de Mauricio provenia de que precisamente acababa de explicar menuda y circunstanciadamente lo mismo que le preguntaban.

—¡Pues no os he dicho que aquí! exclamó la criada.

—¿Aquí, en esta habitacion?

—Sí, señora; ahí, en ese mismo lecho. Y por cierto que, cuando lo dije, dabais diente con diente.

—¿Y cuánto tiempo ha?

—¿Qué os vi temblar?

—No, que murió doña Constanza.

—¡Un mes y cinco dias! ¿No me habeis escuchado?

—¿Y despues de su muerte nadie ha entrado en este cuarto?

—¡Nadie! Pues si he contado hace un credo, que cerramos las puertas y ventanas, y todos teniamos cierto reparo en entrar aquí..... ¡Cómo nos sucedió aquello....!

—¿De manera que está conforme la dejó mi antecesora?

—Lo mismo. Si es lo que os he dicho..... ¡Cómo yo referí á todos lo que habia visto....!

—Pero ¿qué visteis?

—Nada: lo que os acabo de contar.

—Sí, pero quisiera oirlo segunda vez, repuso Elvira casi avergonzada de su distraccion.

—Pues, señor, dijo Mauricio, á quien no incomodaba el repetir las cosas, satisfecha de haber llamado la atencion de su ama nueva: la señora, ya os he dicho que era al principio muy alegre, como



Lam. 19.

Imp. de Gaspar y Roig.

unas pascuas; luego le entró una tristeza, una melancolía, y siempre andaba malucha, hasta que murió..... es decir, hasta que murió de veras; porque habeis de saber, que le daba un mal que la dejaba como difunta, lo mismo que difunta, con un color, y unos dientes.... ¡Pasábanse horas y horas, y ¡nada! no volvía. El señor decía: « ¡Eal pronto, pronto á la huesa..... quitadmela de ahí: » porque no podia verla ni pintada, y cada vez que se ponía así como muerta, no sabia disimular el gozo que tenia..... bien es verdad que tampoco se quería tomar ese trabajo.....

—Pero ¿qué os llamó la atencion en su muerte....? preguntó Elvira, menos para volverla al objeto de sus esplicaciones que por no escuchar aquellas repugnantes noticias de su esposo.

—La señora, que se sentia mala, muy mala, pidió un capellan para confesarse. ¡Ya se vé....! antes los habia aquí en el castillo á pares, segun dicen; pero de algunos años á esta parte, no se sabe lo que son clérigos y monjes por acá, de manera, que si no hubieseis traído con vos el de la boda.....

—¿Y resultó?

—Resultó que el clérigo no vino, y que la pobre señora murió sin confesion. ¡Murió, murió! ¡Digo mal! Se quedó así, como antes he dicho, fria, con el rostro amoratado..... y pasaron horas, y horas, y como el señor nos metia prisa de que la amortajáramos, entré yo con otra dueña en el cuarto, y..... ¡Jesus! ¡qué horror! vimos á la señora fuera de la cama, desgredada, pálida, desencajada, envuelta en una sábana, escribiendo en un pergamino delante de la mesa muy á prisa, muy á prisa, y al grito que dimos nosotras volvió el rostro, como si quisiese hablarnos. Pero, sí..... ¡buenas estábamos para oír! Del brinco que pegamos fuimos á parar dos varas mas allá de la puerta, y luego de una carrera al otro lado del castillo.

—¿Y despues?

—Despues volvieron otros y la encontraron muerta.

—Pero..... ¿muerta..... de veras? preguntó Elvira con timidez y espanto.

—¡Oh! No tengais duda: como que hace un mes que está en el panteon.

—Seria horrible que..... ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó la bastarda, vivamente afectada por aquella historia.

—Lo que es esta vez..... no creo que vuelva á darme ya un susto como el pasado. ¡Tenerla yo por tan muerta como mi abuela, y verla así medio desnuda....!

—¡Callad, callad!—Pero habeis dicho que estaba escribiendo; ¿quién recogió el escrito? ¿qué se ha hecho de él?

—¡A buscarlo, señora! Yo creo que nadie se habrá acordado de semejante cosa. Como desde que se marchó el último capellan, aquí nadie sabe descifrar garabatos..... El señor ni quiso entrar en el cuarto: se sacó el cadáver, se cerraron puertas y ventanas..... y hasta hoy, que nos ha dicho don Ataulfo: «disponed el cuarto para una señora..... abrid todo, perfumadlo, renovad el lecho y colgadurascas.....» Pero ya se vé, como al mismo tiempo nos ha mandado limpiar la capilla, disponer la comida, vestirnoscas de gala, y los que habian de barrer estaban almohazando, y los que habian de traer agua limpiando ballestas, y unos subian y otros bajaban, y todos pedian cien cosas distintas, y el uno venia: «Mauricia, dadme aquí una puntada:» y el otro: «Mauricia, la llave del cuarto oscuro: Mauricio, ¿habeis visto á Fulano?» y todos acuden á Mauricio; porque las demascas dueñascas, no es porque yo lo diga; pero..... ¡Jesus, gente mas remilgada, y mas impertinente, y charlatana....! no saben mas que hablar, contar chismescas; y si se les pide algo se apuran al instante y no dan palotada. Y luego Mauricio tiene que subir, tiene que bajar, tiene que estar en todo, y las culpas luego son para la pobre Mauricio. Bien podeis, señora, bien podeis poner esto en órden, y sobre todo, alegrar este castillo; porque si no..... todos vamos á morir aquí de melancolía.

—Si, Dios querrá sacarme cuanto antes de penas, dijo Elvira sonriéndose tristemente. ¿Hay aquí algunos antiguos servidores que recuerden al padre de don Ataulfo..... al hermano mayor....?

—Aquí..... nadie, como no sea Gontroda, que fué nodriza, no sé si de los hermanos; pero esa tiene muchas alas, y va y vuelve, y hace lo que quiere. Pero os advierto, señora, que no menteis aquí al hermano mayor de don Ataulfo..... ¡Jesus! Solo el pronunciar su nombre es un delito. Un montero tenia el señor, hombre especial en su oficio, como que salia á la ventana y miraba al cielo y decia: «hoy viento de abajo; pues los jabalíes estan en tal barranco: viento de arriba, pues de fijo los tenemos en tal bosque;» y así ¡tenia un acierto....! Pues solo porque se llamaba Bermudo, lo echó el señor con cajas destempladas. Tuvo el difunto don Bermudo un escudero llamado Pelayo.....

—Sí, Pelayo.

—Y por no sé que cosas que acerca de su antiguo señor dijo un dia, don Ataulfo le cortó la lengua.

— ¡ Oh ! ¡ La lengua ! repitió Elvira horrorizada.

— Sí, señora; y mudo anda por ahí todavía, pidiendo limosna, con unas barbas que da compasion.

— Bien está, bien está, Mauricia. Dejadme ahora.

— ¿ Sola ?

— Sí, sola.

— ¿ Quereis que diga á Bernarda que venga haceros compañía ?

— No, por ahora no..... luego..... mas tarde, podreis venir.

No insistió la dueña viendo el decidido empeño de la desposada. Tenia esta necesidad de quedar sin testigos, aunque no fuese mas que por desahogar su pecho de los suspiros y sollozos, que por escapársele pugnaban.

Pero otro afan la determinó tambien. Mirando á todas partes con inquietud, como si todavía creyese que sus pasos podian ser espia-dos, murmuraba con sordo acento :

— ¡ Ese escrito.... ! Aquí, aquí ha de estar precisamente.

Y se dirigió á la alcoba de Constanza, y puso las manos en los anchos pliegues del cortinaje de brocado. No pudo, sin embargo, levantarlo: sintióse helada de terror: érale imposible hacer ningun movimiento, ni menos dar un solo paso adelante: sus pies parecian enclavados en el pavimento: su corazon habia cesado de latir, y por su frente corria un sudor frio que no era dueña de enjugar.

— ¡ Oh ! ¡ Si estará ahí todavía ! pensó la desposada de Altamira: ¡ Si la veré, como Mauricia, levantarse de su lecho desgredada, macilenta, reclamando sus derechos y arrojándome del tálamo y del alcázar de su esposo ! Ella, que tantas veces ha resucitado, ¿ no podrá volver hoy de la tumba.... ?

Preocupada por una idea tan terrible, no osaba dar un solo paso; pero sentia al mismo tiempo vivísima curiosidad de hallar aquel pergamino, por parecerle que debia arrojar alguna luz sobre el carácter de don Ataulfo, tan misterioso, tan repugnante, tan horrible para ella despues de la boda. Fluctuando entre deseos y temores lanzaba al interior del tenebroso dormitorio furtivas miradas, y familiarizándose con la oscuridad, descubrió claramente poco á poco el blanco lecho de donde habian arrancado el cadáver de su antecesora, y percibió por fin en el suelo una hoja de pergamino.

Hizo entonces un esfuerzo para dominarse, y dando de repente algunos pasos adelante, volvió á salir con el escrito en la mano, como quien ha conseguido una victoria ; pero con todas las señales de las terribles ansias y fatigas que el triunfo le habia costado.

Cuando se halló otra vez en medio del aposento, que parecia recibir con alegría y cariño aquellos rayos del sol de que por espacio de un mes se habia visto privado, cuando se vió dueña del tesoro que buscaba, y lejos del objeto que temia, se avergonzó de su debilidad sintiéndose con resolucion y fuerzas bastantes para visitar despacio el dormitorio, para desafiar hasta la aparicion de la propia Constanza, si la viniese en mientes hacer saltar la losa del sepulcro.

Mas precisamente Elvira tenia en su poder lo que buscaba, poseia el pergamino, y no le pareció conveniente hacer alarde de un valor, tan dudoso como inútil. Tendió la vista por encima del escrito, que estaba revelando la mano trémula y agitada de un moribundo, y no tardó en tropezar con el nombre de Bermudo, con el de Ataulfo, con el suyo propio.

—¡Oh! ¡Qué bien he hecho en apoderarme de este pergamino! exclamó la bastarda aproximándose á la ventana, buscando la luz para descifrar aquellos casi ininteligibles garabatos.

No era por cierto la falta de claridad lo que la impedia devorarlos como quisiera, sino su mismo afan, su agitacion, su desvanecimiento. El temblor de su pecho comunicábase al cuerpo todo; las letras pasaban delante de sus ojos prolongando sus rasgos, en figuras disformes, indistintas, que poco á poco iban perdiendo hasta el color, y se convertian en confusas líneas cenicientas, en leves sulcos pardos que giraban como las rocas, los árboles y los sembrados delante del que cruza la campiña por camino de hierro.

—¡Dios mio! exclamó la desposada,* que temia ver asomar al Terrible antes de haberse enterado del escrito: ¡dadme serenidad!

Y como si el Señor hubiese oido sus ruegos, como si la consideracion que acabamos de esponer la infundiese súbito valor, fué desapareciendo la turbacion de sus ojos, y pudo leer lo siguiente:

CONFESION DE CONSTANZA.

«Yo, Constanza Menendez de Monforte, abandonada en el lecho de muerte, y privada de los auxilios espirituales de un sacerdote, quiero hacer delante de Dios confesion de mis pecados, y decir aquí lo que en el tribunal de la penitencia hubiera revelado.»

«Aquel á cuyas manos llegue este escrito léalo, y dichoso él si puede reparar el crimen mas atroz de que yo con mi silencio he sido cómplice.»

«Pero ¿dónde irá á parar este pergamino después que yo

muera? Aquí en el castillo nadie sabe leer: ¡oh! ¡Dios mio, Dios mio! encamínalo tu, dirige aquí los pasos de una persona de mi confianza para entregárselo..... Cualquiera, cualquiera que esto lea y sepa..... ¡Pero nadie, nadie viene....! Llamo, y no me responden..... me creen muerta..... no, aun vivo, vivo para aliviar mi alma del peso horrendo que sufre con un secreto espantoso.... »

—¿Qué será? decia Elvira temblando.

« Me casé con Ataulfo ciegamente enamorada, y él sin amor me dió su mano. Prendado de la bastarda Elvira de Trava, parece que esta le correspondia en un principio; pero luego le olvidó por Bermudo de Moscoso, primogénito del rico hombre de Altamira. Despechado Ataulfo, viéndose pobre, sin gloria y desdénado, se casó conmigo buscando riquezas y señoríos, que no podia adquirir por otros medios. »

« Mas luego desaparecieron del mundo Ordoño, Bermudo y un hijo de este..... »

—¡Gonzalo, Gonzalo! exclamó la madre suspirando.

« Y mi marido quedó dueño de todos sus estados, y el rico hombre mas poderoso de Galicia. ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio....! ¡Yo no sé por qué no sospeché nada de aquella desaparicion tan completa y tan oportuna para satisfacer la envidia y la ambicion de Ataulfo....!»

—¡Gran Dios!

« Su carácter sombrío, su estravagante humor, su retraimiento..... Pero ¿cómo habia de concebir yo, pobre de mí, cómo habia de concebir, ni imaginar siquiera la verdad? Pasáronse muchos años; Ataulfo llegó á dominarme por el terror, me tenia acobardada..... mis padres habian muerto, no me quedaba un solo deudo..... Pero estoy perdiendo el tiempo, y la vida se me va..... lo conozco..... ¡Gontroda! Si viniese aquí Gontroda para decirla..... Hace pocos dias, muy pocos, que lo he descubierto..... he quedado helada de terror..... no me atrevia siquiera á levantar los ojos delante de mi marido..... Sucedió que un dia seguí en silencio á don Ataulfo á la torre de las prisiones..... Pero es largo de contar..... ¡Oh! brevemente..... me falta el papel..... Bermudo de Moscoso vive; está encerrado hace veinte años en esta torre..... »

—¡Oh! gritó Elvira con una espresion imposible de ser retratada: ¡Bermudo, Bermudo! ¡Esposo mio!

Y sintió que el pergamino se le caia de las manos, que la vista se le turbaba, que el corazon se le partia en mil pedazos, y que iba á caer desfallecida. Pero en medio de aquella conmocion y atur-

dimiento, todavía conservaba la razon para comprender que el escrito continuaba, que tenia que saber nuevos secretos , y sobre todo que tenia que guardarse de Ataulfo el Terrible, el cual de un instante á otro podia aparecer.

Sosteniéndose la cabeza con ambas manos , como si temiese que la razon se le escapaba, permaneció un instante la pobre bastarda, hasta que creyéndose con fuerzas para continuar, leyó no con pocas interrupciones lo siguiente :

« ¡ Gracias, Dios mio , gracias ! Ha venido Gontroda..... hame dicho que todos me creian muerta..... le he revelado todo..... ella no cree que sea cierto el crimen que denuncio..... ha criado á sus pechos á mi marido, y la engaña el amor de madre. Sin cerciorarse no cree prudente publicar este secreto; pero promete seguir los pasos de Ataulfo, y si lo averigua.....»

« Al mismo tiempo me ha revelado otro crimen..... y quiere que lo consigne aquí: ella no sabe escribir, ni se atreve á confiárselo á nadie. El hijo de Bermudo tampoco ha muerto. Hace veinte años que Ataulfo lo abandonó en un bosque , donde lo recogió una mujer desconocida. Pelayo, el escudero de Bermudo, está enterado de esta historia.»

« Han venido á interrumpirme..... No puedo mas..... Gontroda recogerá este escrito..... ¡ Dios mio, tened piedad de mí....! ¡ Haced que se descubra presto la verdad, y perdonad si el miedo ha detenido hasta ahora en mis labios la revelacion de este secreto!»

Aquí terminaba la confesion de Constanza de Monforte. Al acabar la lectura, Elvira oyó sonido de una trompeta que á la puerta del castillo anunciaba la vuelta del Terrible.





CAPÍTULO III.

De cómo don Ataulfo el Terrible llegó á temer que su esposa no hubiese muerto de veras.



HORRIBLE por demas era la situacion de la bastarda: trance fuerte, superior á la razon, á la firmeza de humana criatura: sacudida violenta, á que pocas veces resiste el hilo delicado de la vida. Elvira hubiera sucumbido con mas facilidad que nadie: menos apresto de desventuras se necesitaba ciertamente para rendir aquella fortaleza carcomida por el dolor; pero Elvira era madre; veinte años hacia que lloraba desastrosamente muerto al hijo de sus entrañas, y en aquel instante acababa de recibir inesperadas y maravillosas nuevas de su existencia.

¿Qué la importaba haber descubierto un abismo á sus pies? ¿qué verse obligada irresistiblemente á caer en él? Cayendo pereceria.

Mas ahora tenia que luchar, hacer desesperados esfuerzos por salvarse, para descubrir el paradero del hijo idolatrado y verle una sola vez, un solo instante, verle gallardo mozo, oir de sus labios: ¡madre mia! Era preciso conservar vida, juicio, serenidad, sobreponerse á todo.

No se desesperó, no se acobardó, no se abandonó á sí propia; cayó de hinojos cual solia en sus apuros y conflictos, puso el corazon en Dios, y reparando en una imágen de nuestra Señora:

—¡Virgen María! exclamó: ¡tambien tu eres madre!

Levantóse, y sintió su frente fria y despejada, como si un viento del Norte hubiese venido á barrer las nieblas que la ofuscaban, y sintió su corazon tranquilo como si una mano poderosa lo hubiera enclavado diciéndole: « Calla, no turbes el pensamiento.»

Pensar era sentir.

La desposada se puso á reflexionar acerca de su situacion, y á calcular sobre los medios de salir de ella, con la calma estóica de un experimentado general en vísperas de una batalla.

—Estoy casada con el hermano del marido que yo creia muerto; pero este marido vive, y se halla sepultado en un calabozo por su propio hermano. Aquí no conozco á nadie, no tengo á nadie de mi parte..... solo Bermudo..... la pobre dueña que yo he traído. ¿Qué puedo hacer? ¿Huir? Es imposible huir del castillo en este momento. La trompa ha sonado..... Ataulfo acaba de entrar..... vendrá derecho en busca mia..... «¿A dónde vas?» me dirá. ¿Y qué le respondo? Tampoco puedo llamar á las gentes que aquí moran, y revelarles que el legítimo dueño del alcázar y de los estados de Moscoso, gime sepultado en una mazmorra. ¿Les contaré por ventura algo de nuevo? Puede que no..... y puede que sí, que nadan sepan, que nada hayan sospechado. Tampoco sospechó Constanza de Monforte.—Y en tal caso, ¿creerán un crimen tan atroz, solo porque yo lo revele? Y aunque lo crean, ¿tendrán valor para rebelarse contra su amo? ¿El que por el terror los domina se dejará arrebatar de sus esclavos la presa de entre los dientes? No: locura es pensarlo..... Aquí no hay ningun servidor antiguo, ningun amigo de Bermudo..... todos son puestos por Ataulfo..... hechuras, cómplices suyos..... todos de consiguiente tienen interés en defender su causa..... Con la aparicion, con la resurreccion de Bermudo todos tendrian que salir del alcázar..... No hay que pensar en descubrirles el secreto, en apelar á su generosa indignacion.—Tampoco puedo darme por entendida con el rico hombre, no. Lo negará, jurará, perjurará mil veces que no es cierto; y para destruir la única prueba que lo desmiente, se apresurará á dar muerte al prisionero..... ¡En este caso....! ¡oh! por mi fatal cariño, por mi imprudente precipitacion correria la sangre de mi desventurado esposo! Con un crimen borraría Ataulfo las huellas de otro crimen. Y muerto Bermudo mañana, ¿quién probaria que no

habia fenecido veinte años atrás? ¿quién probaria que mi matrimonio de hoy ha sido una sacrilega farsa....? No, no: lo que me conviene sobre todo es disimular; que no llegue á conocer el rico hombre nada de lo que ha pasado; que no llegue á persuadirse de que yo tengo la mas leve sospecha sobre la existencia de mi primer marido. Nada de huir, de consiguiente; si en este instante me escapase del castillo, ¿cómo disculparia una accion tan irregular, tan fuera del órden, tan reprehensible, sin revelar ese fatal secreto?—Pero, ¡disimular es esponerse á recibir las caricias de ese monstruo execrable, á pagarlas, á corresponder siquiera con una sonrisa....! ¡Oh! ¡No, no! Primero la muerte, primero.....

Y el corazon de Elvira daba en aquel instante pruebas de que si estaba mudo, no estaba muerto.

—Basta..... conservemos la tranquilidad: sosiégate, corazon mio; téplate, sangre de mis venas; cerremos, sí, cerremos la boca al horno de mis suspiros. Disimular, no; es lo mas horrible, lo mas espantoso de todo. Si mi propia vida, si la de Bermudo, si la del hijo de mi amor; han de costarme una sola caricia de ese miserable, perezcamos todos, perezcamos; es nuestro deber. ¡Oh! ¡Se ha casado conmigo el infame, ha conducido al altar á la pobre ovejilla para ser sacrificada..... ha conseguido que vaya engalanada al sacrificio....! pero..... ¡gracias, Dios mio....! ¡gracias! exclamaba la bastarda con una alegría radiante y melancólica..... ¡la oveja no ha lamido aun la mano del sacrificador....! Puedo alzar la frente sin avergonzarme..... ¡ni una sonrisa..... ni una palabra de cariño!—¡Disimular! Sí, es preciso, indispensable, disimular que tengo conocimiento del secreto; pero es tan absolutamente preciso no disimular el odio, la aversion que ese hombre me inspira, y fundar este odio en otro motivo.....

La pobre bastarda debia proceder en aquel crítico momento con el mayor pulso: ponerse á salvo de Ataúlfo, á quien tenia que reconocer por marido, y dar parte con el mayor sigilo al conde de Trava y al obispo de Santiago de su descubrimiento, para que viniesen á sacar á Bermudo de la prision, antes que el carcelero pudiese darle muerte.

Difícil de resolver era el problema. El tiempo urgia: Ataúlfo se acercaba: habia pasado los puentes levadizos, y entrado en el patio: subia por la escalera principal..... Pero el amor maternal está haciendo milagros todos los dias.

—¿Mauricia? ¿Bernarda? dijo la desposada llamando á las dueñas, que segun sus órdenes no debian estar lejos.

Mientras llegaban guardó cuidadosamente el pergamino, y des-

compuso adrede sus cabellos, sus vestidos, sus mismas facciones.

Entraron las criadas pocos momentos despues.

—Mauricia, preguntó Elvira con misteriosa voz: ¿estás segura de que Constanza ha muerto?

—¡Señora! ¡Jesus, mil veces....! Yo, segura estoy de que está enterrada.....

—No lo pregunto sin motivo.

—¡Santa María me valga....! ¡Qué cosas, qué preguntas!

—En esa alcoba he sentido.....

—¡El santo Apóstol nos defienda....! ¿Qué habeis sentido? ¡San Pedro y san Pablo y toda la corte celestial sean con nosotros....! Ello es que la pobre señora..... muchas veces volvia en sí..... ¡pero ahora! ¡Jesus! ¡Despues de un mes....! ¡Oh! ¡Salgamos de aquí!

—¡Salir! No: yo quiero averiguarlo; yo quiero saber si Constanza existe; si mi casamiento ha sido real y efectivamente válido: quiero aguardar á que vuelva esa sombra, ese fantasma.....

En aquel momento se oyeron los pasos fuertes, resonantes de Ataulfo el Terrible, que venia como un conquistador que logra entrar en una plaza por largo tiempo asediada.

—¡Fantasmas, fantasmas en el castillo! murmuraba Mauricio santiguándose.

Sintióse poco despues el rechinido de la puerta al girar sobre sus goznes, y apareció el rico hombre de Altamira.

Al verle, no pudo ocultar Elvira su turbacion. Era el efecto natural, puramente nervioso, que todo objeto repugnante produce aun en las personas dotadas de mas valor: era la carne la que se estremecía á despecho del espíritu, que siempre se conservaba sereno.

Con un solo ademan hizo Ataulfo salir á las criadas, sin que la dama tuviese voz en su garganta, ni fuerza en sus brazos para detenerlas.

Marcháronse, dejando solos á los nuevos esposos, y como la victoria que se consigue por el miedo, es por de pronto la mas completa, las dueñas no se contentaron con partirse, como se les prescribia, sino que se alejaron cerrando la puerta, lo cual no se les habia mandado.

Entró Ataulfo encendido el rostro por la pasion, el corazon henchido de esperanzas, los ojos en mil ansias inflamados, altivo el continente de soberano dueño; pero tanta arrogancia y ufania trocáronse en timidez y encogimiento, cuando se vió solo delante de aquella pobre mujer, que temblaba en su presencia.

El lobo de Altamira tenia á la sazón todas las trazas de cordero.

—Señora, dijo cortado; venia..... vengo á deciros que..... acabo de despedirme de vuestro noble hermano.

Y como viese que Elvira le miraba en silencio, sin quitarle los ojos de encima, fijos, inmóviles, mas y mas turbado prosiguió:

—Al partirse vuestro noble hermano..... me ha encarecido el mucho amor que os tiene..... me ha dicho que sois su predilecta..... y que por lo mismo me rogaba que os amase, como..... como vos mereceis..... Y yo le he respondido que..... que..... ¡Oh! ¡Elvira! ¡Elvira mia!

Y el Terrible, impulsado por la violencia del afecto que sentia, y no pudiendo esplicarlo con la palabra, tendió los brazos hácia el objeto de su pasión, y cayó de rodillas.

La desposada retrocedió lanzando un grito de espanto.

—¡Elvira! ¡Elvira mia! prosiguió el rico hombre levantándose: ¿por qué huyes de mí? Eres mia: si te llamo tienes que venir á mi voz; pero..... ¡vive el cielo! que no es eso lo que yo apetezco. Elvira, yo quiero que me ames, siquiera como en otro tiempo me amabas. Entonces..... ¿te acuerdas? entonces yo tambien te adoraba; pero aquel amor comparado con la pasión que ahora siento, es como el humo comparado con la llama..... ¡Oh! ¡Maldito yo mil veces! Entonces hubieras sido mia á no temer la oposicion de mi padre, que otro mas..... mas afortunado supo burlar.

Elvira no contestaba. Aprovechándose de los momentos que le proporcionaba aquella conversacion repugnante, aunque pacífica, procuraba restituir á su corazón la calma que la aparicion del Terrible habia turbado.

Interpretando favorablemente aquel silencio prosiguió el Terrible cada vez mas exaltado:

—¡Oh! No pensemos en lo pasado, Elvira: no quiero recordarlo..... ¡Nada; pardiez, nada! Lo pasado no ha existido para nosotros. Hoy hemos nacido, hoy nos vemos, hoy nos amamos. Ni para bien, ni para mal; no hay que acordarnos de..... ¡Y eso que tengo en el corazón una llaga, que ni el aliento puede recibir sin estremecerse y enconarse! Elvira, yo era un pobre dogo encadenado á la puerta del castillo, mientras aquí..... aquí habia un lebre! que corria suelto por valles y montañas, ladrando de gozo y trayendo siempre la mejor presa. ¡Con qué afán era seguido de los monteros! ¡con qué aplausos celebrado! ¡con qué caricias recibido! Tornaba de vez en cuando al alcázar, y apenas se dignaba dirigir una mirada al

dogo encadenado para defensa y recreo de un viejo, y que, lléveme el diablo, si servia ni para eso. No le enseñaron mas que á morder, y mordía, y rabiaba, y..... Pero tenia..... ¡Elvira! yo no sé proseguir..... yo te tenia á tí, y por tí lo sobrellevaba todo..... y vino mi..... mi hermano, y se concluyó: tambien, tambien fuiste para él. ¡Oh! ¡Eso es mucho! ¿No te parece que es demasiado?—Pero al fin eres mia, no hay que volver la vista atrás..... y cuando mas lo digo, menos puedo apartar los ojos..... Elvira, no te diré que con levantar los párpados puedes hacer que me precipite en los abismos, si tal es tu voluntad; porque no aguardaré yo á tanto, sabré adivinar todos tus deseos y evitarte hasta la molestia de indicármelos. Seré respetuoso, sí, lo seré como un caballero; serás mi dama, no mi mujer; pero..... el respeto tiene sus límites..... y no creo traspasarlos si de rodillas te pido una mano para.....

Y el rico hombre se adelantó con intencion de besársela.

—Apartaos, infeliz, apartaos, ¡sacrilego! gritó la de Trava, huyendo de su contacto como de una sierpe.

Apartóse en efecto el Terrible, blanco, trémulo de ira, lleno de confusiones. En su mirada ibanse retratando sucesivamente el asombro, el espanto, la rabia, la duda, el estupor. La sangre reconcentrada en el corazon fué tornando al semblante poco á poco; y una sonrisa maligna sustituyó á la espresion de amor que brillaba en sus labios suplicantes.

—Doña Elvira, dijo por fin con calma, pero con sordo acento: ahora vais á esplicarme las horribles palabras que me habeis dirigido.

Elvira guardó silencio.

—¿Ois, señora? replicó amenazador: os mando que me espliqueis esas palabras, y sé hacerme obedecer: soy vuestro marido.

—¡Mentira! gritó la desposada con terrible acento.

—¡Cómo! repuso balbuciente Moscoso..... ¿qué habeis dicho? ¡sangre de Dios! ¿qué habeis dicho? Repetidlo: no puede ser.

—Mentira, sí: Ataúlfo de Moscoso, nos ha bendecido un sacerdote; pero tu no eres mi marido.

—¡Oh.....! Pero yo admiro la calma, la frialdad con que pronunciais esas palabras..... ¿Te sonries?—¡Pues bien: ¡voto al demonio! sea como quiera, tu me perteneces, tu eres mia!

—¿Lo confiesas, eh? replicó Elvira: ¿confiesas que nuestro matrimonio es una farsa?

—Pero ¿quién os ha dicho....? ¿Por dónde sabeis....? ¡Esto es cosa del diablo!

—Ataulfo, vais á ver la respuesta que doy á todas vuestras preguntas.

Y aprovechándose del pasmo en que el Terrible habia caido despues de un golpe tan fuerte como imprevisto, dirigióse Elvira á la puerta y llamó á la dueña.

—¿Qué habeis hecho? preguntó el rico hombre anonadado.

—Voy á probaros que lo sé todo.

—Pero.....

—Silencio, dijo la desposada interrumpiéndole bruscamente. Mauricia se acerca: ella os responderá.

—¡Verdaderamente que es cosa del diablo..... como no sea de Dios! murmuró Moscoso estremecido.

Entró la dueña creyendo que se trataba de algun asunto indiferente; pero esta persuasion se le desvaneció al fijar sus ojos en el caballero.

Elvira, que habia llegado á dominar aquella situacion, no quiso perder un ápice del terreno, palmo á palmo conquistado, y con acento firme preguntó:

—¿Qué os estaba refiriendo cuando el señor vino á interrumpirnos?

—¡Señora....!

—¡Ea! No tembleis; contadlo todo sin el menor recelo.

—Señora, respondió Mauricia siguiendo su buena costumbre de tomar el mayor rodeo posible para llegar al término apetecido: yo bien decia que aquí no estabais bien..... que en este aposento donde murió la pobre señora..... téngala Dios en su santa gloria, porque sin agraviar á los presentes..... era un ángel..... sino que yo al decir antes que era muy uraña y gruñona..... no quise decir.....

—¿Qué tiene esa maldita vieja, cuya boca suena como una rueda de molino....? ¡Voto á mil pares....! murmuró el Terrible, levantando gradualmente la voz.

Pero Elvira le impuso silencio con una mirada.

—Proseguid, Mauricia; y limitaos á decir qué os estaba contando poco ha.

—Ni mas ni menos..... Y yo creo que se ha hecho mal en traer á la señora á semejante aposento. Pero no culpo al señor, que esta mañana ha tenido que disponerlo todo de prisa, y mandar mil cosas á la vez, sino al escudero á quien he dicho: ¿«Y dónde metemos á la señora?»—En el cuarto de la difunta:» me respondió. Bien es verdad que ni él ni yo sabíamos que hubiese aquí fantasmas.

—¿Qué es eso? vieja charlatana: ¿qué tiene que ver todo eso con mi casamiento? ¿Qué te estaba contando esta señora, cuando yo vine aquí....? ¡Oh! Se me figura que el pobre Martin, el sayon, no va á descansar siquiera el dia de mi boda.

—Señor.....

—¡Habla, pésia á tal, lengua de tarabilla! ¿Qué pasa aquí, qué sucede....? Díme si os habeis conjurado todos para trastornarme el juicio.

—Sucede, señor, repuso la dueña, á quien las amenazas del Terrible hacian adoptar un estilo mas lacónico: sucede que esta señora se empeña en decir que su matrimonio es nulo, porque vive la difunta, téngala Dios.....

—Adelante, adelante, suprime toda clase de jaculatorias: la cosa va siendo mas divertida de lo que pensaba, ¡ voto á mi abuela, que murió en olor de santidad....! Mucho me temo que el loco y trastornado no ha de ser Ataulfo..... Adelante, buena mujer, adelante.

—Pues si señor, prosiguió Mauricia, que relajaba su rigidez oratoria conforme el de Moscoso templaba su tono: la señora se empeña en decir que vive la difunta, y que..... ¡Jesus mil veces! que ha visto á modo de fantasmas..... Y lo que es doña Constanza mas de una vez ha resucitado; pero tanto como ahora nunca nos ha dejado sosegar la pobre, téngala Dios en su santa..... Ella volvía de sus soponcios, como si fuera de carne y hueso, no como fantasma..... Pero lo que yo decia entre mí: si resucita doña Constanza, téngala Dios en paz..... ¿dónde la pondremos? ¿quién ha de ser la señora? ¿quién ha de mandar? Un cristiano no puede tener dos mugeres: una casa no puede tener dos amas, de consiguiente.....

—Por de pronto y mientras semejantes dudas se aclaran, obedéceme á mí, Mauricia, y sal de aquí con mil pares de á caballo.

—Retiraos, añadió Elvira.

No habia menester la dueña de recibir una sobre otra dos respuestas prácticas á sus preguntas especulativas. Se marchó á la primera.

—¿Con que todos los escrúpulos, todas las dudas que se os ofrecen respecto de la validez de nuestro matrimonio, dijo Moscoso alegremente, se fundan en la resurreccion de mi difunta mujer, téngala Dios donde le dé la gane, como dice la buena Mauricia?

—No son escrúpulos, no son dudas, repuso Elvira con el mayor aplomo: me habeis engañado miserablemente: Constanza no ha muerto..... ella, ella misma me lo ha dicho. Sé positivamente que nuestro matrimonio es nulo, que la ceremonia ha sido una farsa horrenda,

sacrilega..... lo habeis reconocido y confesado poco ha..... ;Y sobre todo *la* he visto, *la* he visto! ¡Su cuarto es este, su alcoba es esa..... ahí estaba, cuando la arrancaron pocos dias ha, desvanecida como otras veces..... y ahí ha vuelto..... ahí está! Entrad y vedla.

—¡Cómo! ¿A Constanza? ¿Estais loca? ¡Oh! ¡La mataria si fuese capaz de darme nuevo petardo!—No, no puede ser..... Hace un mes que vivo menos mortificado, y es la mejor prueba de que estoy libre de ella. Bien es verdad que no quise verla enterrar; pero sé que está en el panteon.....

—Está mas cerca de tí, dijo Elvira con voz misteriosa.

—Sosegaos, sosegaos por Dios..... ;Elvira! No vayais á persuadirme. Pero ¡qué diantres de casualidad! ¡Suceden cosas raras y chis-tosas, á fe mia!

Y Ataulfo terminó sus razones con una carcajada brutal. Pero no le quedaron ganas de repetirla: clara y distintamente resonó en la alcoba de Constanza otra carcajada mas débil, pero mas aguda y prolongada: no era difícil de conocer que salia de un pecho femenino.

—¡Elvira! gritó Ataulfo, pálido como la muerte.

La bastarda no habia podido reprimir un movimiento de sorpresa y aun de terror; pero sostuvo impasible al parecer la mirada del rico hombre.

—¿Habeis visto?—Será capaz esa maldita de resucitar adrede..... ¡Oh! ¡que venga, que se presente aquí, voto al demonio.

Y revolvía los ojos espantados al proferir estas palabras, temiendo evocar con ellas la sombra de su esposa.

—¡Silencio! exclamó Elvira: ¡silencio, miserable! No turbeis el sueño de esa mujer.

—¡Oh! Esto se acaba así, dijo el Terrible desnudando el puñal que siempre llevaba al pecho, y penetrando resueltamente en la alcoba.

Poco despues salió despavorido y murmuró con labio balbuciente:

—¡Nadie, no hay nadie!

—¡Oh! ¡Mentira, mentira! ¡Ahí está..... ahí está!

—¿Dónde? ¡voto á Satanás que estais loca, ó quereis que yo me lo vuelva!

Elvira se mordió los labios para ocultar una sonrisa de triunfo.

—Al entrar en ese dormitorio, prosiguió la dama poco despues, ví una cama soberbiamente aderezada, y pregunté á las dueñas, ¿«cú-yo es ese lecho?»—Y me respondieron: «vuestro; se ha preparado para vos, que sois la predilecta, la esposa del rico hombre de Altamira.»

Gustóme, acerquémeme, y sentí el resuello de una persona que dormía profundamente; entonces repliqué: ¿«quién duerme aquí?»—«¡Como no sea doña Constanza,» me contestaron.—«¡Doña Constanza! esclamé: ¿es este su cuarto por ventura?»—Sí, señora, este es su cuarto: aquí vivía..... aquí murió hace un mes.—Callad, villanas, ¡un mes! ¿don Ataulfo había de casarse conmigo apenas cumplido el mes de la muerte de su primera esposa? ¿Y había de traerme al cuarto que ella habitaba?»—Y las necias se echaron reír. «¡Qué chasco os hemos dado! ¡Cómo! ¿habeis creído que murió de veras doña Constanza? Ella no muere nunca. Duerme, duerme, duerme; y de repente..... ¡zas! se levanta de nuevo, como si tal cosa.—Pues señor, entonces, ¿qué soy yo aquí?»—¿Qué soy aquí, Ataulfo? Dímelo; ¿soy tu esposa ó tu manceba? Yo respondí con gran soberbia; «lo veremos» y levanté con osadía las colgaduras, ¿qué es lo que ví? ¡Quién dormía no era tu esposa, era un esqueleto!—¿«Lo veis?» les dije yo á las dueñas: «lo veis como todo es mentira? ¿Por ventura los ricos hombres de Altamira se casan con la muerte?»

Ataulfo estaba consternado: creía unas veces que su esposa había perdido el juicio: persuadiase otras de que era verdad todo cuanto escuchaba; que Dios permitía aquellos portentos para castigo y confusión del criminal.

—¡Elvira, Elvira! exclamó; vuelve en tí..... desecha esos delirios de tu imaginación.—¿Lo ves? dijo levantando los cortinages de la alcoba. ¿Ves cómo aquí no hay nadie? Estamos solos, estoy yo solo contigo, que te amo, que no he dejado de amarte un solo día, desde el instante en que te ví.

—¡Calla, blasfemo! ¡Me amas! ¿Osas decir que me amas cuando te burlas de mí, cuando me engañas y me escarneces....? Hasme llevado al altar como esposa, y vive, vive tu..... tu primera mujer. Y me traes á su habitación, á su lecho para que ella se levante y me diga: «¿Qué haces aquí....? ¡afuera! venid dueñas: cortémosle el brial (1) ¡afuera la intrusa, la manceba....!» ¡Oh! ¿pero yo qué culpa tengo, pobre de mí? ¿Sabía nada de lo que ha pasado? Mi hermano me ha dicho: «es preciso que te cases con Ataulfo el Terrible.»—Yo no puedo desobedecer al conde..... no puedo.....no puedo. Soy una pobre bastarda..... ¡hartó hace en llamarme hermana, cuando mi madre es una villana, y la suya una princesa! Vine aquí.—Dad esa mano á don Ataulfo, y se la dí.—Poneos ese anillo, y me lo puse.....

(1) Castigo de las prostitutas.

¿Era mi corazon capaz de concebir un crimen tan horrible? ¡No! ¡Casarme yo con Ataulfo en vida de....! No.—Pero ya está hecho: esa mujer me mira con una autoridad..... ¡me insulta! ¡Oh! si no ha muerto, yo quiero matarla.

Dijo Elvira, y con rápido ademan se acercó al Terrible, y le arrancó el puñal, y se sentó tranquilamente, examinando con el dedo la punta del arma que tenia en las manos.

—¡Elvira!

—¡Atrás, dijo entonces con resolucion la desposada; si os acercais á mí, vos ó yo moriremos.

—¡Loca, loca! murmuró el Terrible; pero es particular su locura..... ¡Oh! ¡preciso es que yo me informe de lo que aquí ha pasado!

Y salió del aposento golpeándose las sienes con ambos puños.

Elvira siguióle ansiosa con la mirada, y al verle desaparecer tuvo que sofocar un grito de gozo.

—Ahora, dijo para sí, ahora puedo escapar de aquí sin que peligre la vida de Bermudo.

Tenia que vencer, sin embargo, una dificultad material para satisfacer inmediatamente sus deseos: recién llegada al castillo no sabia hácia que parte caía aquel aposento, ni que direccion habia que tomar al emprender la fuga. Asomóse á la reja, y estuvo observando la disposicion que por allí presentaba el edificio.

La ventana estaba abierta en un lienzo de muralla exterior, á cosa de treinta varas del primer foso, lleno á la sazón de agua ver-dosa y muerta. Al otro lado alzábase una barbacana, ó primera línea de fortificacion, circundada tambien de otro foso mas ancho y profundo que el anterior: por entre la barbacana y el foso que lamia la muralla, habia un camino estrecho á flor de agua, que servia para entrar y salir desde el campo al interior del alcázar. Segun sistema ya practicado entonces las puertas y puentes levadizos del castillo nunca estaban enfrente una de otro. Pasado el primer puente tenia que volverse á derecha ó izquierda en ángulo recto, siguiendo el camino de la barbacana, flanqueado por torres salientes en los ángulos del edificio; de manera que para llegar de un puente á otro era preciso seguir largo rato aquella senda, orillas del foso.

Elvira, habituada á semejantes edificios, comprendió luego que era casi materialmente imposible huir sin llamar la atencion de las gentes que pudieran pasar por tan largos rodeos, y asomarse á las almenas, saeteras ó ventanas. No dejaria de haber salidas mas ocul-

tas; pero tenia que valerse de una persona que le sirviese de guia, y estando en estas imaginaciones, llamó su atencion un gallardo jóven que con aire melancólico pasaba por el camino de la barbacana, mirando unas veces con inquietud hácia el camino que seguia, y otras levantando los ojos al cielo, ó deteniéndolos en alguna de las ventanas del muro.

—¡Oh! ¡yo conozco á ese mancebo....! Sí; no hay duda: es Ramiro, el paje del obispo de Santiago. ¿Qué hará aquí ese jóven? Como han hecho las paces Gelmirez y Moscoso, vendrá con algun mensaje.—¡Qué hermoso es! ¡qué aire tan noble y tan dulcemente turbado! ¿A quién buscará con sus miradas? ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Si yo tuviese un hijo como este! Así, así debe ser: es el primer jóven de su misma edad que veo despues de la noticia que he recibido. Y noto en su semblante cierta espresion..... ¡Oh! Siempre-me ha chocado, pero nunca tanto como ahora.—¡Ramiro! ¡Ramiro!

El paje percibió al momento la voz que le llamaba, y clavando los ojos en la dama, tendió los brazos con el mayor anhelo, pronunciando unas palabras que llegaron confusas á los oidos de la bastarda.

—¿Qué es esto? prosiguió Eivira profundamente agitada: ¡lo que es la imaginacion, lo que es el deseo! Juraria haberle oido responder: « ¡Madre mia! » No, es claro que no..... pero ¿qué habrá dicho? « ¡Madre mia! » ¡Si parece que no ha podido ser otra cosa y que esas dos palabras han caido en mi corazon como dos gotas de rocío! ¡Madre mia! ¡Es una ilusion, una ilusion....! pero ¿por qué se ha conmovido tanto de verme? ¿por qué ha tendido los brazos hácia mí? ¡Si creí que se arrojaba al foso! Y aquí en el corazon me estan sonando esas dos palabras con un eco tan dulce, con una suavidad, con un regalo..... ¡Oh, no! no lo debo tener, no debo dar cabida á semejantes desvaríos, mientras Bermudo permanezca..... Basta, basta ya; no hay que pensar ni en lo uno ni en lo otro; corazon de hierro, rostro de juglar, lengua de víbora y mano de sayon.—Pero ese jóven ha desaparecido; viene á verme sin duda, en busca mia, en mi auxilio..... ¡Ah! De nadie, de nadie mejor que de él pudiera valerme en este conflicto.....

—¿De nadie? dijo detrás de la bastarda con voz cascada una anciana decrepita, apoyada en un báculo y envuelta en un manto.

—¡Una mujer! ¡Dios mio, Constanza! exclamó Elvira, volviendo súbitamente el rostro desprovado.

—No, no hagais tan poco favor á la pobre señora, á quien yo llevaba lo menos cuarenta navidades: no pronuncieis tampoco ese

nombre con espanto, que no os hallais en presencia de Ataulfo el Terrible.

—¡ Ah ! ¿ Quién sois ?

—Gontroda. ¡ Ola ! Ese ya es otro gesto. Parece que mi nombre no os es desconocido.

—¡ Gontroda ! ¿ De veras sois la nodriza de Ataulfo, ó sois un espía ?

—¡ Ja ja, ja ! Me rio porque esta risa me sirve de salvoconducto: debe seros tan conocida por lo menos como mi nombre.

—¿ Estabais ahí ? ¿ en esa alcoba ?

—Sí, ahí estaba: ahí he presenciado todos vuestros artificios: mejor dicho, hija mia, todo vuestro valor.

—¡ Ah ! el pergamino.....

—¿ El pergamino que recogí á la muerte de Constanza.... ? Tén-gala Dios en su santa gloria..... exclamó la anciana queriendo imitar á Mauricia. Me parece que no he andado desacertada en ponerlo en vuestras manos. ¡ Si me descuido.... !

—¡ Gracias, Gontroda ! Si os descuidais una hora mas..... ya para mí no habia salvacion. Tu has presenciado la lucha..... tu puedes dar testimonio de mi..... tu puedes evitarme una mirada mil veces mas terrible que la muerte. Pero en el escrito se dice que tenias que averiguar la verdad.

—Y cuando el escrito se halla en poder vuestro, es señal de que todo, todo está averiguado.

—¡ Todo ! ¿ Y es cierto ? ¿ Bermudo, mio esposo, Bermudo.....

—Vive, vive todavía.

—¡ Infeliz, infeliz ! ¡ La vida es su mayor castigo ! ¡ Vive ! ¿ y por qué no me lo habeis dicho dos horas antes ?

—Por una razon muy sencilla, señora, porque no lo sabia. Esta misma mañana he podido seguir los pasos de Ataulfo, penetrar en la torre de los calabozos, y convencerme de que es verdad cuanto me refirió la pobre doña Constanza. En el instante mismo he formado la resolucion de impedir un crimen que puede llenar la medida de la misericordia divina para el rico hombre..... Le cerré la puerta cuando salia á recibiros..... le hablé al alma..... al corazon, ¡ pero nada.... ! El infeliz está ciego..... vuestra fatal hermosura le deslumbra..... Ha querido encerrarme no atreviéndose á poner las manos sobre mí..... ¡ Desdichado ! ¡ Así le perdone Dios, como yo le perdono !

—¿ Y te ha puesto en libertad ?

—¡El no! dijo tristemente Gontroda; pero la Providencia vela sin duda por vos..... El cómo he salido es largo de contar. Venid, hija mia, venid: huyamos de aquí..... vengo á salvaros.

—Pero has dicho que lo sabias todo..... ¿Y mi hijo?—¡Oh! Calla: si ya no existe, no me lo digas ahora.

Y aguardaba Elvira la respuesta con mas ansiedad que nunca.

—Teneis razon: no es tiempo de responder, ni de preguntar, si quereis que sea tiempo de salvaros.

—¡Oh! Pronto, pronto, Gontroda: tu silencio me mata: sea lo que quiera, yo he de saber de mi hijo.

—¡Vive tambien!

—¡Gracias, Dios mio, gracias! exclamó Elvira con inefable transporte.—Pero no me engañes, Gontroda, amiga mia, mi único consuelo. Dime la verdad. Ya sabes que tengo valor, serenidad para todo: tu lo has podido ver, tu lo estás viendo. No, no te sonrias, no te burles de una pobre madre. Yo sosegaré este corazon, que quiere saltárseme del pecho, ya estoy tranquila. Dime, por Dios, si sabes dónde está mi hijo. Cuéntame cualquiera cosa de él: lo mas pequeño, lo mas insignificante para mí tendrá un valor infinito. ¿En dónde está? ¿Qué es de él? ¿Me conoce? ¿Sabe que soy su madre?—¡Oh! No guardes por Dios ese cruel silencio.

Y para mas obligarla Elvira asióla una mano, que apretaba contra su inquieto corazon.

Gontroda enternecida deseaba satisfacer aquel impetuoso anhelo, aquella santa curiosidad de madre; pero tenia miedo de principiar; porque tras una pregunta le haria otra, y otra, y no podian perder un minuto.

—Yo os lo diré..... decia la buena anciana..... todo; pero despues. Ahora pensemos en salvarnos: ¡Ataulfo volverá, y si una vez habeis escapado de sus garras.....! Se mofará de vuestros artificios..... le obligareis á cometer un nuevo crimen, y yo que le amo, cómo vos amais á vuestro hijo, quiero evitárselo á toda costa. Tengo miedo de que el brazo de Dios caiga sobre su frente. Venid.

—Bien, te sigo: pero entre tanto dime siquiera el nombre de mi hijo. Yo le llamaba Gonzalo los pocos instantes que le tuve en mis brazos..... Mas ahora ¿qué nombre tiene?

—Andemos y os lo diré.

—Andemos.

—Arrojad ese puñal.

—No, lo guardo en el seno.

—Entrad aquí en la alcoba. Esta alcoba tiene una salida secreta, por ella, solo por ella podemos salvarnos.

—Bien..... ¡pero siquiera el nombre de mi hijo....! dijo Elvira con voz suplicante al levantar las cortinas de brocado.

—Os lo diré, porque veo que ya sois dócil.

—¡Oh!

—Se llama Ramiro.

La dama se detuvo en el mismo dintel. El corazón le daba tales saltos, que no le dejaba moverse ni respirar.

—Creo que te burlas de mí, Gontroda. Tu has escuchado lo que en aquella reja decía, hablando conmigo misma.

—Puedo aseguraros que no percibí mas que las últimas palabras. Creo que llamasteis á una persona, y salí porque me parecía una verdadera imprudencia.....

—¿Y no oíste el nombre de la persona á quien he llamado?

—No.

—Ramiro.

—¡Ramiro! Y bien, este nombre lo llevan millares de cristianos.

—¡Lo lleva mi hijo....! ¡Lo lleva el paje del obispo de Santiago!

—¡Ah!

—¿Qué tienes? Gontroda, ¿qué te ha dado? ¿Ese paje..... ese Ramiro....?

—Venid, salgamos de aquí Elvira..... repuso la vieja turbada.

—No necesitas decírmelo..... á voces me lo está diciendo mi corazón..... ¡Es él! ¡es él!

—¡Sí! ¡sí! respondió la anciana arrastrada por la magnética corriente del amor maternal.

—¡Ah!

—¿A dónde vais, doña Elvira?

—¡A sus brazos, á los brazos de mi hijo!

Y al decir estas palabras, lanzóse, no en pos de Gontroda, como debía, por la puerta secreta del dormitorio, sino en pos de Ramiro por la puerta principal.

—¿A dónde vais, desgraciada? gritábale Gontroda todavía: ¡mirad que os perdeis, que perdeis á vuestro esposo, á vuestro hijo, que nos perdeis á todos....!

Pero la madre estaba ya muy lejos para oír la débil voz de la anciana.



CAPÍTULO IV.

De las cosas que á Ramiro acaecieron aquel día.



EL paje del obispo, segun recordará el lector, habia prometido al conde don Pedro Froilaz hallarse aquel mismo dia en el cerro de los Potros, fuera de la puerta Fagaria, resuelto á seguir al primer escudero montado á caballo, que le preguntase si queria ver á la bastarda de Trava.

Puntual, como él solo, el buen Ramiro, hallábase al amanecer paseando delante de la iglesia de San Salvador, hoy de Santa Susana, cuya sencilla masa de piedra, de la mas severa arquitectura bizantina, descuellu en la cima sobre las negras copas de antiguos robles, como esas rocas de granito desnudas de vejetacion que coronan montañas, cuya falda está cubierta de verdor perpetuo.

Aunque la espesura del bosque le impedia ver la ciudad, oía á la par de las dulces alboradas de alegres pajarillos, el murmullo de los villanos que salian al campo por los puentes levadizos; el canto de los peregrinos que llegaban entonando piadosos y regocijados him-

nos, y el estruendo de los soldados del obispo, que todavía recelos de la Reina doña Urraca, seguía armando á todos sus vasallos, y tomando las precauciones que en el libro anterior hemos referido. Aquella misma mañana se verificó la entrevista del prelado y la Princesa, de la cual resultó un acomodamiento entre ambos personajes, que, aunque tácito, tenía trazas de ser mas firme que otras paces, con mil escrituras hechas y con mil juramentos confirmadas: aquella mañana también salía del castillo Honesto la litera que conducía á la bastarda.

Ciegamente confiado Ramiro en la palabra del conde don Pedro Froilaz, estaba persuadido de ver muy presto á la virtuosa matrona de quien tan alto concepto habia formado en Estremadura, y no quiso por lo tanto, hasta aconsejarse de ella, adoptar resolución alguna en las graves confusiones en que lo tenían envuelto, Gelmirez, negándose á conferirle la orden de caballería, infundiéndole sospechas acerca de su nacimiento; Munima con sus preparativos de boda, y doña Urraca con sus miradas, tentaciones y arrebatos.

Pero si el paje se manifestaba dispuesto á recibir consejos, no lo estaba menos á devolvérselos á Elvira con todo el celo de un corazón juvenil para que no consintiese en dar su mano al Terrible, cuyo retrato pensaba hacerle con los mas negros colores que hallase en la paleta de su fresca imaginación. Nunca Ramiro se habia mostrado mas niño que entonces: nada receloso, dócil, aturdido y al propio tiempo con ciertas puntas de presuntuoso, con un airecillo de hombre de importancia que hacia resaltar su inocencia.

A cada estremecimiento del ramaje, de vez en cuando agitado por las suaves auras de la mañana, á cada rumor de pasos de los fieles que subían á rezar al templo del Salvador, antes de emprender sus cotidianas tareas, volvía el rostro con viveza creyendo que se acercaba el misterioso guía que habia de conducirlo á presencia de la bastarda. En todos cuantos iban apareciendo fijaba curiosas miradas, que apartaba luego avergonzado y caviloso, hasta que un nuevo ruido le distraía de sus varias imaginaciones.

Vino un jayán vestido á lo rústico, de sayo y montera de buriel, y precisamente al reparar en su talante Ramiro apartó la vista con un gesto muy expresivo de impaciencia y desagrado. Era cariredondo, un poco chato, y un mucho malicioso, según lo daban á entender las miradas de sus garzos ojuelos, y la sonrisa de sus labios, grandes aunque delgados.

Acercóse al paje, y su primera salutación fué una semicarcajada.

—¿Qué tengo yo, señor villano, que os escite una risa tan imper-
tinente? le dijo el mozo mohino.

—¡Nada, señor gentil hombre, respondió el patan, sino que es mi
genio!

—Pues guardáosle allá para quien lo aguante, que yo nada ten-
go que ver con vos.

—¡Nada! ¡Pues no es nada lo que conmigo tiene que ver el paje
del obispo de Santiago! ¡Ahí es un grano de anís! La mas hermosa
dama de Galicia.....

—¡Cómo! ¿Sereis vos....?

—El encargado de complaceros en todo y por todo, y de con-
duciros á la presencia de.....

—Dispuesto estoy á seguiros, si decis verdad. Pero, si mal no
me acuerdo, el caballero que me habló al salir del monasterio de San
Martin de Pinario me dijo.....

—¿Que habia de presentarme á caballo? Para que veais que
ningun requisito me falta, señor gentil hombre, no teneis sino bajar
esta colina, y ahí encontraremos el mejor potro que en dehesas es-
tremeñas ha padido.

—¿De Estremadura venis?

—Y allá se me figura que os he visto no ha muchos dias.

—¿Sereis por ventura, preguntó Ramiro, criado de..... de esa dama?

—¡Curioso! respondió el patan con nueva esplosion de risa.—
¿Con que..... venis....?

—El caballero me dijo tambien, repuso el paje un poco rehacio;
me dijo que.....

—¿Qué se os habia de presentar un escudero? ¿Y os figurais que
yo no tengo trazas de tal? ¿Quién os asegura sin embargo que yo
no lo sea?

—¿Y á dónde vamos?

—A donde gustéis: á Padron.

—¿Y allí está doña Elvira?

—Allí está.

—¿Y cuándo se casa?

—No soy el encargado de decíroslo. Bajemos, si os place, á tomar
la caballería.

Halláronla atada de un roble: Ramiro no tuvo por conveniente
aceptarla, y el malicioso patan se resignó á cabalgar en ella: uno
á pie y otro á caballo echaron por el camino de Padron y anduvie-
ron mas de legua y media.

—Señor gentil hombre, ¿no habeis traído con vos cualquiera cosa fiambre por via de almuerzo?

—No.

—¡Qué diantre! Es un descuido garrafal de que yo mismo tengo que acusarme.

—No importa, repuso el paje: en llegando á la villa.....

—¡Qué desatino! ¿Hasta Padron quereis que vayamos en ayunas? ¡Ja, ja, ja! Yo tengo un estómago muy mal acostumbrado. Ahí veo una majada; tal vez en ella encontraremos algo con que refocilarnos.

—¿No es mejor que sigamos adelante?

—Como gustéis, señor gentil hombre: yo no llevo mas encargo que el de complaceros: gusto vuestro ha sido que yo montara á caballo, y ni siquiera os he replicado: gusto vuestro es que sigamos adelante, seguiremos; pero, la verdad sea dicha, no me siento con brios para tanto, y si es gusto vuestro nos detendremos en esa choza que cae á mano derecha, donde no faltará pan, vino y leche y queso, y quizá, quizá, viandas mas sustanciosas.

—Pero.....

—Nada, si no es gusto vuestro, adelante; pero..... digo yo tambien.....

Ramiro no quiso replicar, por no parecer desconfiado, aunque no juzgaba ya ni medianamente de su compañero de viaje. Tomaron, pues, una senda á la derecha del camino, orillas de un arroyo, y dieron con la choza á cosa de dos tiros de piedra en una hondonada sombría.

—¡Qué diantre! decia el escudero conductor: se me figura que no vamos á encontrar alma nacida.

Pero con harta sorpresa de entrambos caminantes, apenas se asomaron al rústico albergue, vieron hasta cuatro villanos con mas trazas de soldados que de pastores, aunque ni uno ni otro parecian por completo.

Tendidos estaban en el suelo, esperando sin duda el almuerzo que á la sazón se les ofreció, mas sólido y sabroso de lo que podia esperarse en tan pobre cabaña.

—¡Caramba, si tengo yo buenas narices, aunque chato! exclamó el patán atando á la puerta la caballería. Mirad, señor gentil hombre, lo que nos espera si esta buena gente se muestra compasiva y hospitalaria con dos pobres caminantes ayunos.

—Se me figura que no debemos detenernos, dijo Ramiro.

—Como gustéis, señor gentil hombre. Pero estos pastores son muy cerriles, y si por lo menos uno de nosotros no se sienta con ellos y les hace la razon, serán capaces de..... ¡Oh! ¡muy cerriles! Yo, por lo que pueda tronar, acepto, digo, aceptaré lo que me ofrezcan. Ahora..... si vos no quereis..... ya sabeis que tengo encargo de daros gusto.

—Pues bien, replicó el paje, mientras vos almorzais, yo daré por aquí fuera una vuelta.....

—Corriente. Pero os aconsejo que la vuelta la deis dentro de la choza; porque es gente cerril, como digo, la que estais viendo, y muy recelosa, y se figurará..... Nada, nada, no habeis de salir de aquí.

Y diciendo y haciendo, lo empujó adentro.

Saludáronse todos como desconocidos; pero bien pronto advirtió Ramiro que entre ellos no tan solo habia secreta inteligencia, sino que su compañero era tratado como superior, y que él no tenia libertad de salir del albergue.

No podia dudar, sin embargo, de que aquel hombre estuviese relacionado con la familia de Trava, pues en el camino le habia dado cuantas noticias le pidió acerca de Elvira; ni tampoco que fuese el designado por aquel caballero de la armadura, amigo del obispo, porque se manifestaba enterado de las menores circunstancias de aquella secreta conversacion tenida dos ó tres dias antes, al salir del monasterio donde moraba la Reina.

—Señor gentil hombre, le dijo su acompañante despues del almuerzo: estos pastores acaban de decirme que la señora ha salido ya de Padron en una litera, esta misma mañana, en direccion de Altamira.

—¡Cómo! ¡para casarse ya!

—Sin duda.

—¡Oh! pues entonces.....

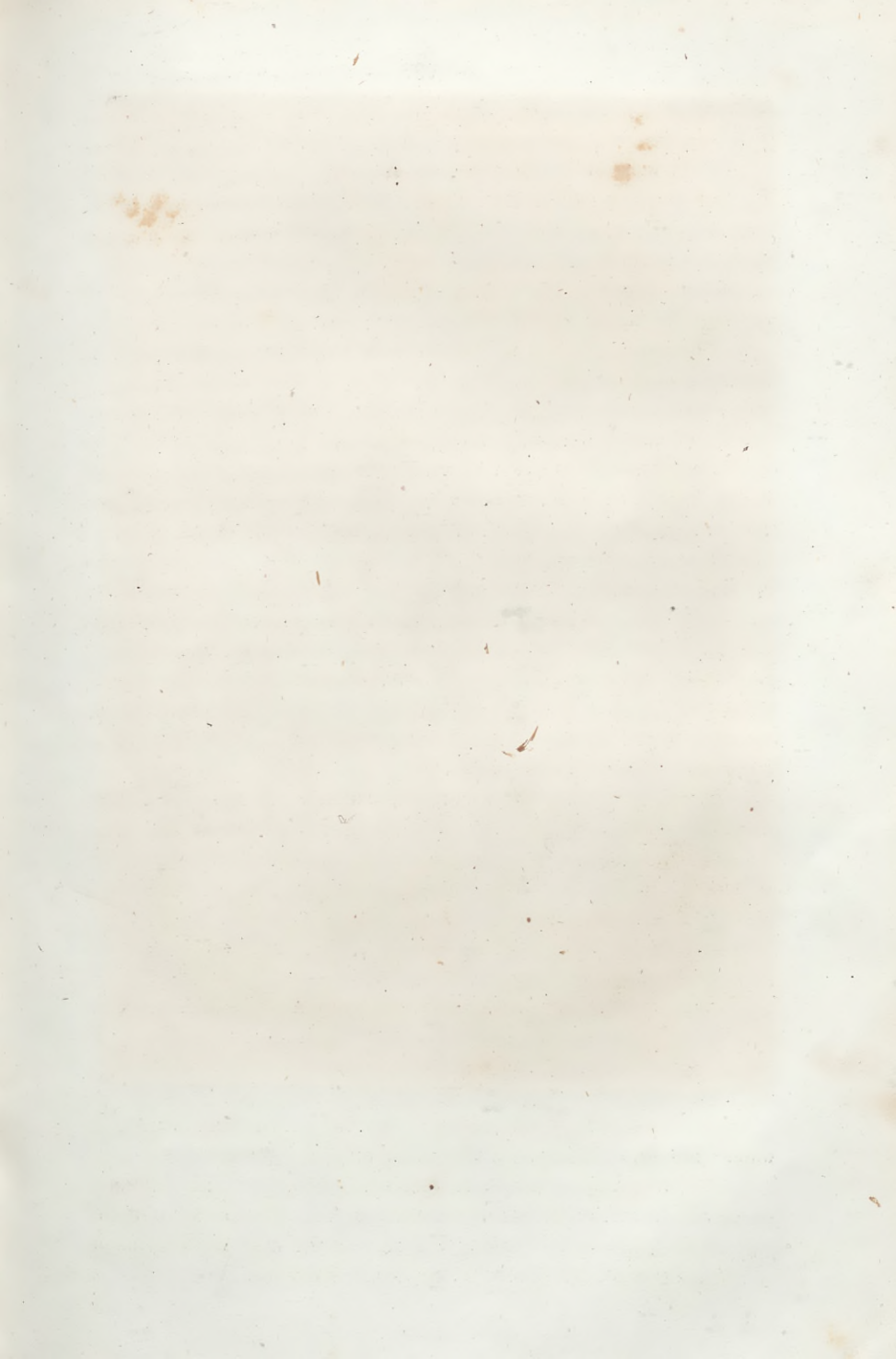
—Entonces..... tenemos que darnos prisa á ver si la cojemos en el camino.

—¿En el camino de Altamira?

—Justo.

—Pues una vez que ha marchado ya de Padron, me parece lo mejor, hermano, que yo me vuelva á Santiago.

—Como gustéis, señor gentil hombre; pero no se ha verificado jamás que el hijo de mi madre se haya metido en un fregado del que no haya salido. Ello es que vos quereis ver á la noble dama, y la vereis antes de dos horas, ó dejo de ser quien soy.





—Bien está, contestó Ramiro un poco alterado, con tal de que marchemos cuanto antes.....

—Al punto.

—Y vayamos solos.....

El paje pensaba deshacerse luego de su compañero de viaje.

—Bien está, si tal es vuestro gusto..... Pero no ha de ser así, por vida mia, porque esta honrada gente que aquí veis, lleva precisamente el mismo camino que nosotros, y será muy mal visto que no admitamos su compañía.

—¿Con que es decir que iré escoltado por cinco hombres de bien?

—Así lo parecen á lo menos los cuatro, dijo el vellaco escudero.

—Y segun veo, ni á vos os falta un buen cuchillo, ni á los demas sendas ballestas que ahí detras asoman.

—Así es la verdad, dijeron todos, cogiendo la armas y rodeándole.

—Y como teneis trazas de ser un buen muchacho, prosiguió uno de ellos, así consentiremos en que nadie se os acerque, ni os toque el pelo de la ropa, como en dejar de ser hombres de bien.

Reflexionó Ramiro que no tenia mas que un cuchillo, con el cual no podia defenderse de tanta gente; calculó que podian desarmarle, y que el arma quizá le haria falta en mejor ocasión.

—Me place, contestó, ir en tan buena y honrada compañía, y llévase el diablo á quien tenga miedo..... con tantos valientes.

—¡Eso es! exclamó el guia: eso está puesto en razon, y no hay que decir mas palabra. Todos estamos aquí á vuestras órdenes.

—¡Todos! gritaron los cuatro.

—¿Y todos dispuestos á complacerme..... lo mismo que vos, eh?

—¡Todos!

—Así, pues, me parece, salvo el gusto de tan gentil mancebo, prosiguió el conductor, que tomemos la derechura de Altamira, porque allí debe estar ya la persona que vamos buscando.

Conoció el paje que habia caido completamente en el lazo, y solo deseaba aprovecharse de la primera ocasion para escapar á todo trance.

—Estoy cansado, dijo al mas antiguo de sus compañeros, y quisiera que me permitieseis ahora montar en el jaco.

—Que me place, le respondió el escudero; pero como el camino es áspero, y podeis dar una caida por estos vericuetos, iré yo con vos á las ancas.

—En tal caso prefiero seguir á pie.

—Ya sabeis, señor gentil hombre, que solo deseamos daros gusto.—Y para hacer mas entretenido el camino, voy á proporcionaros una diversion; es preciso que conozcais la habilidad de estos ballesteros, que en su oficio, la tienen estremada. ¿Veis ahí en ese prado una oveja que está paciende descarriada? A ver, Juan, cómo le clavas una saeta en mitad, mitad de la frente.

Uno de los villanos armó la ballesta, tendió el brazo y disparó una flecha, que fué á clavarse en el ojo izquierdo del inocente animal.

—¡Mala puntería! Ea, tu, Gil, enmiéndasela. La oveja ha caído sobre el lado izquierdo, y el ojo contrario debe haberle quedado abierto: es necesario que se lo cierres.

No bien acabó el guia de pronunciar estas palabras, cuando la flecha salió silvando á clavarse en el punto marcado.

—Ahora faltais vosotros, Anton y Blas, y si no sois hombres de plantarle otras dos en la frente, digo que habeis perdido la habilidad de que ha poco blasonabais.

El escudero fué puntualmente servido, y Ramiro que comprendió la leccion, no pudo menos de confesarse en su interior derrotado y perdido. Encomendóse muy de veras á Dios nuestro Señor, y abandonándose en brazos de su suerte desistió de buscar modos de escapar, hasta que al fin, acompañado de los diestros ballesteros, llegó al castillo de Altamira.

Hallaron al rico hombre en la escalera; el guia le hizo entrega del paje, y tornó sonriéndose en busca de su señor. Los ballesteros se incorporaron á los del castillo, de cuya guarnicion componian parte.

Volvia á la sazón Ataulfo de acompañar y despedir al conde de Trava con quien habia estado muy entretenido en el camino, oyéndole contar ciertas particularidades de su hermana, que revelaban ora nuevos primores ó gracias desconocidas, ora cierto relumbre de aficion antigua que ni sospechar osaba el enamorado esposo. Entre uno y otro rasgo con que le traía embobado, es de suponer que no dejase el buen don Pedro Froilaz de exigir alguna concesion y de obtener la confirmacion y ampliacion de las anteriores. Mas no fué el único buen resultado de aquellas suaves y discretísimas lisonjas.

Venia tan satisfecho el Terrible, tan lleno de risueñas esperanzas, que por primera vez habíase desvanecido la espantosa imágen de sus eternos remordimientos; y loco y embriagado de amor, volaba á solicitar de los ojos de Elvira una sola mirada, que corroborase la mas pequeña de las revelaciones del conde.

Presentósele Ramiro en aquellos momentos , al cual miró de arriba abajo; frunció el ceño, subiósele la sangre al rostro , sus labios moviéndose en silencio parece que querian articular alguna orden para Martin el sayon, que al olor de la caza, rondaba el cazadero; por su frente se veian cruzar los recuerdos del juicio de Dios, en su corazon se resentian las heridas de los celos. Pero de repente brilló en su boca una sonrisa de desden.

—¡Ola! ¿con qué tu eres el paje del obispo de Santiago? le dijo el Terrible con sosegado acento.

—Sí señor; contestó Ramiro preparándose para sostener un largo interrogatorio, en que pensaba dejar bien puesto el pabellon de los Gelmirez.

—Pues bien..... te he traido para decirte que..... que vuelvas á dar memorias á su reverencia.

Y le volvió la espalda murmurando con la arrogante sonrisa de la felicidad:

—¡Qué diablos, harto trabajo tiene, si la ama!

Martin , que no hallaba verosímil semejante desenlace , se le presentó delante en una de sus vueltas de hiena alrededor de la presa.

—¿Qué quieres tu, mastin? le dijo el rico hombre, tan satisfecho que queria hasta jugar del vocablo.

—Saber qué tormento le damos.....

—Que se vaya.

No aguardó Ramiro á que se lo dijeran dos veces: salió presuroso, puesto que nada contento, del castillo. Sin duda hubiera querido sostener una lucha con Ataulfo y darle á conocer que tenia tanta firmeza de carácter como de brazo: sin duda le mortificaban un poco la inesperada generosidad y el soberano desden de su enemigo.

Pero cediendo al primer deseo del hombre (el héroe *inclusive*), que en semejantes ocasiones es siempre el de salvar el pellejo, salió como hemos dicho dando gracias á Dios por haberlo sacado con bien de aquella madriguera.

Bajó parte de la colina, en cuya eminencia está fundado el castillo, y al llegar al pie de una roca de granito sombreada por brezos y matorrales, como venia cansado, sentóse un rato para tomar aliento y refrescar sus ardientes labios en un manantial que de las grietas del peñasco salia. Ni de tan pequeño consuelo pudo disfrutar: el agua corria turbia formando un pequeño arroyuelo, y

lo mas particular era que brotaba del mismo modo de la roca.

—Esta agua debe filtrarse de los fosos, pensó Ramiro: ¿por qué pues no sale cristalina como está arriba?

El arroyuelo en su prolongado y rápido descenso habia labrado una especie de cauce ó lecho profundo que surcaba en línea recta la falda de la colina hasta perderse en el valle. Por el fondo de esta torrentera, cuyas márgenes estaban erizadas de espesas matas y arbustos, vió Ramiro subir un hombre de traza descomunal, cubierta la frente con la capucha del sayo, embozado en una capa leonada, por debajo de la cual sacaba las manos para sacudir fuertes bastonazos á diestro y siniestro, sin duda para apartar la maleza, ó quizá para llamar la atención del paje del obispo.

Esto último parece lo mas probable, como quiera que apenas se convenció Pelayo, que no era otro el que subia, de haber sido conocido, cesó de dar golpes y continuó su camino por el fango, apoyándose en el baston.

Tentaciones le vinieron al paje de esconderse y huir de la presencia del padre de Munima: tanta vergüenza le daba su propia conducta en aquella mañana, y sobre todo el desenlace de la aventura de la cita; pero no tuvo valor para hacer un desaire al hombre á quien tanto debía, y sin esperar su llegada, se adelantó á recibirle, resuelto á no decir una palabra de cuanto le habia pasado. A bien que nada le preguntó el mendigo, que parecia estar enterado del riesgo que el paje acababa de correr, porque al aproximársele, tendióle los brazos apretándole contra su corazon y derramando lágrimas de sus hundidos ojos.

En seguida, con no poco asombro de Ramiro, le desabrochó el jubon, y mirándole la espalda por sobre el hombro, cayó á sus pies de hinojos, levantando con júbilo las manos al cielo, y haciendo los mayores esfuerzos por pronunciar una sola palabra.

—Gon..... Gon..... Gon..... gritaba el mudo con un berrido gutural; pero no pudo terminar la palabra.

—¿Qué tienes? ¿Qué es esto, Pelayo? ¿Qué significan esos estremos, esas miradas.....? Saca tus tablas..... yo que tu maestro he sido, te comprenderé al momento: ¿vienes á buscarme?

El mudo le respondió poniéndole la mano sobre la ropa, en el mismo sitio en que tenia la marca indeleble que probaba la identidad del paje del obispo con el niño abandonado en el bosque por Ataulfo el Terrible.

—¡Ah! ¡Esa mancha, esa señal que tengo ahí de nacimiento!

¿Qué sabías tu....? ¿Has venido á verla por ventura? Escribe..... aquí..... aunque sea en la arena.

Pero en vez de escribir, sacó Pelayo del zurrón una carta, y con tanto gozo y ufanía como respeto, se la entregó al mancebo.

—¡ De la Reina! exclamó este ruborizado al conocer la letra.

Doña Urraca, en efecto, quizá con las interesadas miras de ganar en albricias la gratitud de Ramiro, á nadie había querido ceder la satisfacción de participarle las primeras nuevas de su ilustre nacimiento. Comisionado por ella venía Pelayo: uno de los mejores jacos del país, gran trepador de montañas, para quien no había caminos malos, ni veredas desconocidas, lo trajo de Compostela en poco mas de una hora hasta las cercanías del castillo, y en un bosque del valle mismo de Altamira, juzgó conveniente el mudo apearse, para no llamar la atención de los centinelas.

Vagando al pie de la colina, vió descender al paje y lo siguió con la vista hasta tropezar con él cerca del peñasco, de donde brotaba aquel hilo de agua turbia que parecia ser desagadero de los fosos: y como quisiese adquirir nuevas pruebas acerca del principal objeto que allí le llevaba, su primer movimiento había sido asegurarse de que en la espalda del mancebo subsistía aun la señal indeleble que tenía el niño que abandonó Gontroda no lejos de aquellas selvas. Satisfecha apenas tan legítima curiosidad, adquirido un nuevo irrecusable dato, no vaciló el mendigo en entregar la carta.

Era de ver ahora como seguía con sus miradas, con su cabeza, con sus brazos, con todo su cuerpo las impresiones que la lectura producía en el rostro del paje; el cual despues del rubor, del orgullo, del asombro, del contento, de la duda, del mas inefable trasporte de gozo que sucesivamente fueron cruzando por su cándida frente en los breves instantes que le costó devorar con los ojos el pergamino, acabó por estrujarlo en sus manos llevándolo al corazón y lanzando al mismo tiempo un grito de alegría, y sin decir mas palabras, volvió bruscamente las espaldas, y corriendo cuesta arriba, se dirigió segunda vez al castillo del Terrible. ¡Oh, si Pelayo hubiera tenido una voz para detenerle! ¡ Si el jóven hubiese tornado siquiera una vez los ojos para mirarle! Pero la felicidad es siempre en sus primeros instantes egoísta, inconsiderada, desagradecida.

Subió el paje casi falto de aliento, ébrio de gozo, ciego de amor filial: digamos sin embargo en honra suya que tan solo estos dos afectos, ó mas bien este único sentimiento le conmovía, y que no se acordó siquiera de que el alcázar en que iba á poner los pies era

suyo, y que de allí tenia que arrojar al bárbaro usurpador que por humilde lo habia desdeñado.

—¡ Mi madre vive! ¡Aquí está: voy á verla: voy á abrazarla!

Tal era el círculo de sus pensamientos, de sus ideas, de sus palabras. Para él mas allá no habia nada.

Con ademan resuelto, sin pensar siquiera en los obstáculos que podrian oponérsele, acercóse al puente, y los centinelas que poco antes lo habian visto salir, ninguna repugnancia manifestaron en permitirle la entrada. La confianza le abria paso por todas partes. Pasado el primer puente, tomó á la derecha el camino de la barbacana, y entonces fué cuando al verse metido en aquel laberinto de fortificaciones, le asaltó la idea de la dificultad de encontrar á su madre.

—Preguntaré por ella á cualquiera que por aquí pase, decia el paje dentro de sí con esa confianza que en su edad se tiene en la primera idea que ocurre, en el primer hombre que se nos presenta: diré que soy su hijo, y..... se acabó. Todos se apresurarán á conducirme á sus brazos. ¿Y Ataulfo? murmuraba luego: ¿llevará á bien que venga su rival á desposeerle de sus dominos? ¡Ca! Se los dejaré: yo me contento con mi madre, con vivir con mi madre, con ser quien soy. ¡Pero ese maldito Ataulfo....! volvía á decir tras de breve pausa. Preciso es tener juicio..... disimular siquiera hasta que ella lo disponga como quiera, que siempre será del modo mas acertado: afortunadamente Dios me devuelve no solo una madre, sino la mejor de todas las madres.

A vueltas andaba con estas ideas y mirando á todos lados en busca de una persona que pudiese servirle de guía en el castillo; quizá le animaba tambien la esperanza de tropezar con el objeto de sus ansias sin mas auxilio que el de su buena estrella, cuando apareció Elvira en una de las rejas.

El lector recordará que entonces Ramiro dió un grito y pronunció ciertas palabras que en los oídos de la madre resonaron dulce y regaladamente: el lector podrá juzgar ahora si Elvira se engañaba.

Todos los escrúpulos, todos los inconvenientes, todas las reflexiones desaparecieron para el mozo en vista de aquel rostro amado, de aquella mirada de irresistible atractivo. Partió como un rayo en direccion del segundo puente levadizo, y entró en el zaguan sin dificultad alguna, preguntando por Elvira. Si el mismo Ataulfo se le hubiese presentado delante, á él se hubiera dirigido con igual resolucion.

—Soy hijo de vuestra esposa y de vuestro hermano don Bermudo de Moscoso; llevadme, llevadme al seno de mi madre y todo os lo perdono, y todos mis derechos os cedo.

Esto es lo que el paje le habria dicho.

El cielo coronó los deseos de aquellas dos personas, para las cuales quizá no restaba mas felicidad en el mundo que la que iban á disfrutar por breves instantes. Halláronse al fin en uno de los corredores, no lejos de la habitacion de Constanza, y tendiendo al divisarse los impacientes brazos á los gritos mal reprimidos de : «hijo mio » y « madre mia, » que les sirvieron mutuamente de consuelo en su desgracia y confirmacion de su dicha, entrambos tierna y estrechísimamente se abrazaron.





CAPÍTULO V.

Que es uno mas en esta crónica y donde quiera que haya otra.



BRAZADOS permanecieron largo rato, completamente olvidados del lugar en que se hallaban, de los peligros que encima tenían. Elvira sobre todo, con una espresion de celestial arrobamiento apretaba con ambas manos la cabeza del hijo de su amor, besaba mil y mil veces sus rojas mejillas, rizados cabellos negros, y deshecha en lágrimas y sollozos, apartábala de sí radiante de gozo para contemplarla mas de lleno, para admirar las gracias del conjunto del rostro, de la figura, y precipitarse otra vez en brazos del mancebo con nuevo ardor, con nuevo llanto, con un afán, con un placer siempre crecientes.

La pobre madre necesitaba de aquel exámen ó revista para persuadirse mas y mas de que su dicha no era ilusoria, de que ni Gontroda, ni Ramiro la engañaban, de que era su hijo, el hijo de Bermudo, aquel jóven que estrechaba contra su seno. Pero el convencimiento de un instante á otro hacia los mas rápidos progresos en su corazon, hasta tal punto, que ella secretamente se inculpaba



Lám. 21.

Imp. de Gaspar y Ros.

de no haber antes descubierto por sí misma y sin otro auxilio que el de sus ojos, lo que tan claro y tan patente ahora se le aparecía.

Las palabras que en aquellos supremos instantes se dirigian, trasladadas aquí fielmente, serian para el lector una jerga insufrible y monótona; pero la espresion mas corta, mas insignificante, tenia para ellos un precio infinito, un sabor inefable, porque no eran los labios sino los corazones los que se hablaban, y el gesto, el acento, y las miradas suplían, ó mas bien escedian con inmensas ventajas á los mas discretos razonamientos. La felicidad tiene el privilegio de hacer trasparente, diáfana, la ruda corteza del alma: es una especie de fluido magnético que pone en completa comunicacion á las personas que en él estan envueltas. Elvira, que nunca apartaba de su fantasia la imagen de su hijo desastrosamente perdido, hallábalo de repente mozo, ya formado, hermoso, valiente, lleno de los mas generosos sentimientos, muy mas bello y completo de lo que ella en sus mas dulces ensueños se imaginaba. Con él simpatizó desde el primer instante, y tambien él con igual facilidad se habia dejado prender en esa misteriosa cadena de instintivo afecto, que algunos llaman fuerza de la sangre, y que con mas propiedad debe llamarse fuerza del espíritu, vago recuerdo del alma que se ha desprendido de otra alma para venir al mundo; porque la familia, como la gerarquía, como todas las bases del orden social, tiene su raigambre, su tipo en el cielo.

Pasados los primeros arrebatos de santa pasion, aquellos dos seres, momentáneamente dichosos, comenzaron á ver el horizonte, como está ordinariamente el de la vida, cubierto de nubes amenazadoras. Temblaba Elvira tan solo por su hijo; y, para que se note en que singulares contradicciones incurre el corazon humano, el mismo sentimiento que antes le sirvió de escudo, que la confortó y la dió valor y serenidad hasta para aprovecharse de involuntarios terrores, y esforzándolos, convertirlos en fingimiento; este sentimiento mismo en aquel instante la rendia y postraba. Sea que haya esfuerzos que no puedan exigirse dos veces, sea que la presencia del objeto que se intenta defender á costa de la vida nos embarace en la defensa, lo cierto es que la desdichada madre midió de una mirada su pecho, y se estremeció al considerar que no era capaz de sostener serena el papel que poco antes habia desempeñado. ¿Quién sabe si no le parecia noble representarlo delante de su hijo? ¿Quién sabe tambien si la pobre bastarda, que hasta entonces nada tenia que echarse en cara, se acusaba de haber obedecido con demasiada docilidad los mandatos del conde de Trava? ¿Y quién ignora, por otra

parte, lo mucho que para el ataque debilita la preocupacion de llevar un flanco descubierto?

Para colmo de sus males, las primeras concertadas razones que le dirigió Ramiro fueron para preguntarle el motivo de hallarse casada tan silenciosa y repentinamente con Ataulfo.

—Hijo mio, respondió Elvira, tus palabras me hacen volver del éstasis de felicidad á que me habia trasportado. Pero no es tiempo de responder á tus preguntas; es preciso salir al punto de este alcázar, donde tu vida y la mia se hallan en el mayor peligro.

—¡Vuestra vida! exclamó el mancebo: no concibo cómo, ni por quién pueda estar amenazada, siendo vos esposa del Terrible..... digo, de Ataulfo y señora de Altamira. Con respecto de mí podeis vivir tranquila. Verdad es que mi brazo inesperto, sostenido por Dios, derribó de su silla al rico hombre en un encuentro, del que no debió salir muy bien parado: verdad es que valiéndose de ruines artificios..... y lo digo así, porque creo firmemente que vos no le amais, no podeis amarle..... me ha traído aquí para castigar por manos de sayon ofensas que no sabe vengar por mano de caballero; pero al llegar yo al alcázar, no ha mucho rato, creyó que me castigaba mas cruelmente dándome en el rostro con su ventura, y echándola de generoso, y hame dejado salir y aun entrar luego libremente. Nada debeis temer de mí, de consiguiente, madre mia. Al volver á Santiago he tropezado con un mensajero de la Reina, que espresamente ha venido á traerme las noticias que me han precipitado en vuestros brazos: nadie, como he dicho, se ha opuesto á mi entrada, nada pues tengo que temer aquí; y si yo no temo, madre mia, claro es, dijo el mozo concluyendo con uno de aquellos rasgos de sencilla arrogancia que tan bien le sentaban, claro es que vos no debeis abrigar el menor recelo.

—Tus palabras algo me sosiegan, hijo mio; pero no del todo disipan mis temores. Ramiro, ó por mejor decir, Gonzalo, que este es el nombre con que yo te llamé desde el primer instante de tu vida, es preciso que salgamos de aquí: Ataulfo queda privado de la mayor parte de sus títulos y haciendas una vez probado tu legítimo nacimiento, y si nos ve, y si nos escucha, no querrá ser tan generoso con el hijo de..... de su hermano, como lo ha sido con el paje del obispo.

—Yo le abandono todo: yo cedo todas mis tierras y castillos al esposo de mi madre.

—No: eso no basta..... ademas de que Ataulfo no es mi esposo,

murmuró con tremula voz Elvira: te lo juro, Gonzalo: no ha recibido de mí la menor prueba de afecto, de cariño: no es mi esposo, no puede serlo.

La pobre madre andaba luchando con mil deseos opuestos y encontrados sentimientos: no queria descubrirle aun toda la verdad de su situacion; temia aparecer culpada á sus ojos, y se justificaba con calor de faltas que ni siquiera podia concebir ni sospechar el inesperto jóven. Así fué que de todas aquellas razones, solo llegó á comprender que su madre estaba presa, cautiva contra toda su voluntad en el castillo de Altamira, y el lector conoce demasiado los arranques del mancebo, para esperar que llevase en paciencia semejante ultraje.

—¡Cómo! exclamó Ramiro: ¡no sois esposa de Ataulfo! ¿Con qué es decir que os retiene aquí mal vuestro grado? ¿Que estais presa en el castillo? Bien me lo pensaba yo, que era imposible amar á semejante monstruo. Afortunadamente, Dios ha querido traerme aquí, no solo para conoceros, sino para salvaros. Tengo madre, tengo derechos, y espada tengo, aunque no de caballero. Salgamos, salgamos, que me siento con brios para esgrimirla contra cualquiera que se presente á disputarnos el paso.

Y al decir estas palabras echó mano al cuchillo que en el cinto traía, como pudiera el Cid á su tizona.

Por grande que fuese la idea que acerca de Gonzalo Elvira hubiese concebido, nunca podia ser tal que al arrojo fuese á fiar el éxito de su fuga, y sin disminuir en un ápice el valor del mancebo, antes bien alarmada con las muestras que de él queria dar, consideró que lo prudente por entonces era abstenerse de ponerlo en ejercicio, reservándolo para ocasion mas oportuna.

—Bien, hijo mio, norabuena que tan decidido te muestres á sacarme de este cautiverio, y tan generoso en arriesgar tu vida por la salvacion de tu madre; pero guarda tus brios para mejor sazon, que no tardará en llegar, y no son menester por ahora, si en vez de seguir por la escalera principal, nos dirigimos á otra secreta, por donde sin ruido ni pendencias podremos escapar.

—No me opongo; pero si lo dejais por temor.....

—No, no, hijo mio; ¿qué he de temer contigo? Sígueme: una dueña, una bendita mujer, que el cielo me ha deparado, se ha quedado esperándome en mi aposento y nos servirá de guia. No, no es posible que Ataulfo te permita salir tan fácilmente como la vez primera..... mejor es fiarnos de Gontroda.

—¿Quién es Gontroda?

—Una santa mujer, á quien debo yo la dicha de conocer á mi hijo. Tengo en ella completa confianza.

Poco despues llegaron á la habitacion de Constanza de Monforte.

—No hay nadie, dijo Ramiro despues de haber recorrido el aposento con una rápida mirada.

—Quizá en la alcoba.

—Tampoco.

—¡Tampoco! repitió Elvira con agitado pecho, viendo tornar á su hijo un poco desasosegado.

—Madre mia, hemos perdido mucho tiempo, volvamos por la puerta principal.

—Gontroda se habrá cansado de esperarme, ó mas bien, habrá temido por sí; pero en esa alcoba debe haber un postigo.....

—Lo he visto y está cerrado.

—¡Cerrado!

—No lo dudeis: volvamos.....

—¡Volver! exclamó Elvira cerca de la puerta á donde habia acudido para observar los tránsitos por la cerradura: ¡no, por Dios! hijo de mis entrañas, por el amor de tu madre, escóndete en ese dormitorio..... veo venir á don Ataulfo.

—¿Y qué?

—Con algunos criados..... ¡Por Dios, escóndete! Seria temeridad, mostrar deseos de perderme el apelar á la fuerza..... Te lo pido de rodillas, hijo de mi corazon..... en esa alcoba..... si por casualidad aparece una anciana por esa puerta secreta, es Gontroda..... síguela..... ella te salvará. Yo no tengo peligro ninguno..... con tal de que tu salgas de aquí, yo no tardaré en seguirte..... á mí me es muy fácil..... mucho, con tal que me dejes sola. ¡A Dios, hijo de mi vida....! ¡por ahí..... cualquiera cosa que oigas, permanece tranquilo, y sobretudo, créeme siempre inocente..... á Dios, hasta luego..... es preciso alejar de aquí al rico hombre!

—Os obedezco, dijo Ramiro; pero..... no es porque tiemble.....

—¡Gonzalo..... á Dios! le interrumpió la madre, empujándolo detras del cortinaje.

—¡Madre mia! ¡Madre mia! murmuró este desapareciendo.

Cuando entró el Terrible todavía ondeaban los magestuosos pliegues de las cortinas de la alcoba. Este movimiento no pudo menos de ser advertido por el caballero, que despues de examinar con

torvas miradas la estancia toda, detúvose un momento contemplando con curiosidad la colgadura de brocado.

Elvira estaba haciendo los mayores esfuerzos por ocultar su inquietud, y maquinalmente echó mano del cortinaje de la ventana para agitarlo lo mismo que el otro.

El Terrible no pudo menos de sonreirse, y volviendo luego á la dama le dijo con estudiada suavidad:

—Querida esposa mia, ya teneis dispuesta otra habitacion mas conveniente para el estado de vuestra salud: como preparada de prisa no tendrá todas las comodidades que fueran menester; pero alli al menos no os atormentarán las lúgubres imágenes y pensamientos que esta suscita.

—Gracias, don Ataúlfo, respondió con timidez Elvira; pero me siento mejor..... estoy bien aquí.

—Pues no creí, vive Dios, que aquí os fuese nunca ni medianamente.

—Mejor que en ninguna otra parte.

—¡Imposible! ¿Pues y aquel fantasma, aquel esqueleto que dormía, aquellas carcajadas, aquel baturrillo de..... de mil demonios?

—Como habeis dicho, fueron todas ilusiones, delirios de una imaginacion exaltada con ciertas noticias.....

—Y con la presencia de estas sombrías paredes, de ese lecho, de objetos repugnantes para toda persona delicada como vos; y por lo mismo para que esos delirios no tornen, debeis alejaros de aquí, trasladaros á otro aposento preparado por el amor.....

—No, no: os juro, don Ataúlfo, que aquí me hallo mejor que en ninguna parte, y os suplico encarecidamente me permitais algunos momentos de reposo, de soledad.

—Y yo juro y perjuro, esposa mia, que á ser vuestro médico no me conformaría con semejante manera de curar esa demencia producida por el aspecto de estos lugares, obstinándose en permanecer en ellos. Pero ya veo que teneis razon poderosa para solicitarlo.

—¿Cuál? preguntó la dama sobresaltada.

—¿Qué diablos, tan clara es que salta á los ojos! Os dejé enferma, delirante, totalmente fuera de juicio, y os encuentro buena y sana, y con mas seso que el buen Peranzules, que pasa por ser uno de los varones mas prudentes de estos reinos. Vuestra locura provenia de haberos traído torpemente, lo confieso, á la misma cámara de Constanza, y con seguir en ella os habeis curado: teneis pues mas razon que los santos en esforzaros porque aquí os deje, hasta asegurar

vuestro completo restablecimiento. ¡Pésia mi, que no os he de incomodar por eso! Y una vez que estais á gusto, sentémonos, si os place, doña Elvira, y hablemos como dos buenos amigos, como dos esposos que acaban de unirse en el altar para toda la vida. Venid aquí, señora, venid á mi lado: dejad que os hable de lo mucho que os amo, y no esperéis á que yo invoque el nombre de marido, para vencer esa indiferencia, si ya no es desvío ó repugnancia, que en vos advierto.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! exclamó Elvira, retorciéndose las manos y levantando los ojos con desesperacion.

—¡Elvira! repuso el Terrible dando un paso hácia ella.

—Apartaos de mí.

—¡Cómo es eso! ¿Volveis á las andadas? ¿Otra vez el delirio? ¿Tornarán tambien las mismas apariciones? Vive Dios, doña Elvira, que aborrecia demasiado á mi primera esposa para sufrir con cachaza que la segunda me zumbe con su nombre los oidos. ¡Ea! Pensadlo bien: no me hagais recordaros que soy vuestro marido.

—Sois mi marido, porque un sacerdote nos acaba de echar las bendiciones nupciales; pero no por mi voluntad, no por mi eleccion; he venido aquí obligada de mi hermano, por la fuerza, y hasta ahora ni el mas pequeño favor, ni la mas leve muestra de cariño os he dispensado.

El Terrible la dirigió una mirada fria, y dijo despues con calma:

—Efectivamente, ha sido así.

—¡Oh! ¿Ha sido así, no es verdad? repitió la bastarda con viveza.

—Verdad es, señora, mucha verdad. ¿Quereis testimonio de ello? ¿Quereis que os lo jure por la cruz de mi espada? ¿Quereis estender un escrito para que yo os lo firme, haciendo una cruz, que es todo lo que pude aprender de mi maestro el capellan del castillo? ¿O basta para vuestros fines que lo diga aquí, clara y terminantemente de modo que pudiese oirme cualquiera que, pongo por ejemplo, estuviese en esa alcoba?

—¡Ah! gritó Elvira, y al mismo tiempo oyóse leve rumor de pasos en el dormitorio.

—¿Qué aspavientos son esos? ¿Por qué mirais ahí despavorida? ¿Volveis otra vez á los delirios? ¿Temeis que resucite Constanza, cuya alma debe estar en el infierno, y cuyo cuerpo es ahora pasto de gusanos?

—¡Callad, malvado, callad!

—¡Silencio, pésia vos! Estoy harto de farsas, de insultos y sufrimientos. Lo sé todo: sé que teneis escondido un mozo de veinte años; un amante, señora, un amante, y sé que por él son los apuros y congojas que estais pasando.

—¡Un amante....! ¡Oh! ¡no....! es mentira, mentira..... no lo creais, Ataúlfo, no lo creais.

—¡Que no lo crea, cuando yo mismo lo he visto entrar aquí, cuando no he perdido de vista esa puerta, cuando me consta que no ha salido de este aposento....! ¡Cuando solo me he detenido el tiempo suficiente para tomar mis medidas á fin de que no podais salir de aquí vos ni vuestro infame cómplice!

—¡Ah!

—¡Nadie, nadie! Prohibida está para todos la entrada y la salida en el alcázar: tengo completa seguridad de que no habeis de escapar por ninguna parte.

—¡Don Ataúlfo, si me amais, si me habeis amado alguna vez, en nombre de ese cariño os conjuro á que no lo creais!

—¡Voto al diablo....! Si queriais que yo nada supiese, ¿por qué no encargais al galan barbiponiente que gaste mas prudencia, ya que no me teneis por sordo, ni ciego? Cuando vino de Mérida, iba publicando su amor por los caminos reales; cuando tuvo la avilantez de presentármese en el juicio de Dios me lo repitió, por si en aquella ocasion no lo habia comprendido. Ya veis, Elvira, que aunque yo quisiese dudarle, el muy necio no me lo permitia. Y por si acaso me imaginaba que todo era presuncion juvenil, devaneos de los cuales no debia haceros responsable, señora, os habeis empeñado en arrancarme esa venda con que voluntariamente me habia cegado. Ese mozo ha venido aquí esta mañana, y por singular milagro ha vuelto á salir sano y salvo del castillo. Pero arrostrando todos los peligros, desafiando toda mi indignacion, torna otra vez y se lanza en la caverna del Lobo de Altamira, que no puede olvidar dos veces de que por él ha sido escarnecido y pisoteado. Esta accion solo puede ejecutarse por un grande amor, alentado por una grande esperanza. Y su esperanza no era vana, señora: las farsas de antes, el desasosiego de ahora, todo, todo está revelando que le correspondeis con una pasion inmensa, una sombra de la cual hubiera bastado para enloquecerme de gozo. Sí, aquí está: es vuestro amante querido; pero mis criados entrarán apenas levante yo la voz, y le harán espiar á vuestros pies.

—No, no, matadme á mi primero: de rodillas os pido su vida.....

—¡Desdichada!

—La vida de mi hijo.

—¿De quién, señora?

—De mi hijo, de mi hijo, repetía la pobre madre, esforzando la voz y renunciando á la esperanza de salvarle por otro medio.

Ataulfo perdió el color, y despues de breve pausa dijo con rostro sombrío:

—No: esa es una *piadosa* superchería inventada para salvarle.

—Esa es una verdad, respondió la madre levantándose con orgullo: una verdad que acaba de descubrirnos la Bondad divina.

—Sin embargo de que apelais á buenos testigos, permitidme que no os crea, repuso el Terrible con oscuro acento: vos no habeis tenido hijos, ó si los habeis tenido han muerto.

—Eso nadie debe saberlo mejor que vos, don Ataulfo.

—¿Pues qué....?

—Repasad vuestra memoria, escuchad el grito de la conciencia, y adivinad lo que yo he descubierto.

El rico hombre guardó otra vez silencio.

—Lo que yo adivino, dijo despues haciendo un gesto feroz, lo que yo adivino es que ha llegado su última hora.

—¡Cómo!

—¡Voto al diablo! Creo que no se necesita ser brujo para semejante adivinanza.

—¡Ataulfo, Ataulfo! No le mataréis; estoy segura de que no le mataréis..... porque..... el pobre..... á trueque de salvarme y de salvarse queria cederos todos sus derechos.....

—¡Ah! ¡ah!

—Aunque os sonreis..... así..... de esa manera, no lo mataréis, decia Elvira temblando: todo es por amedrantarme; le dejaréis salir libremente..... y Dios nuestro Señor, por esta buena accion, os perdonará cuantos crímenes hayais cometido.

—¡Aun pudierais salvarlo! exclamó el Terrible con un sollozo.

—Proseguid.

—Si os resignárais á vivir conmigo como buena esposa..... si os mostrárais conmigo siquiera agradecida.....

—No, no, cien veces no. Perezca mi hijo, perezca mi único, mi verdadero esposo; pero ni tus brutales instintos, ni tus feroces deseos de venganza serán satisfechos.

—Tienes razon, Elvira, ha llegado el dia de extinguir toda una raza de sobre la faz de la tierra.

Y al decir estas horrendas palabras avanzó el rico hombre hácia la alcoba; pero antes que llegase lanzóse la madre á la puerta con resolucion, y desnudando el puñal que oculto tenia, gritó:

—Tú el primero, tu morirás, miserable, si das un solo paso.

Y blandia el acero con una mano, mientras sostenia con la otra el cortinaje de brocado.

El de Moscoso, que no se habia acordado de proveerse de armas despues que en la conferencia anterior se dejó arrebatat la que al pecho traia, no creyó conveniente esponerse al golpe que le amenazaba, y desviándose un poco de la línea recta que seguia, fué á parar delante de la puerta principal del aposento: entreabrió una de las hojas, y como se le presentase al punto el escudero Gil Perez, que estaba aguardándolo en el corredor, departieron algunos instantes, despues de los cuales, tornó el rostro don Ataulfo para decir á la madre, que con la mayor ansiedad espiaba todos aquellos movimientos:

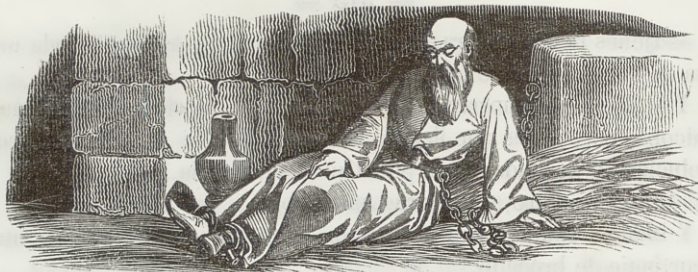
—Para que veais, señora, que no soy tan despiadado como parececo, os dejo sola: así tendreis todavia algun rato de desahogo en vuestra ternura maternal.

Y con sonrisa de mal agüero se marchó, cerrando con llave la puerta.

—¡Gonzalo, Gonzalo! ¡Hijo mio! exclamó Elvira levantando presurosa el cortinaje y buscando al mancebo, aguijada al mismo tiempo por el temor y la esperanza de encontrarlo.

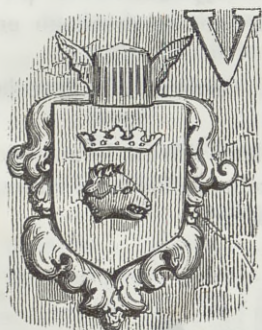
Gonzalo habia desaparecido.





CAPÍTULO VI.

De cómo el paje del obispo fué convertido en murciélago.



AMOS á seguir sus pasos, si gusta el lector de acompañarnos.

Pero antes será preciso no perder la pista de uno de los muchos personajes, que, en el curso de la narracion, se nos ha desmanado.

Desde que Gontroda recogió la confesion escrita y las últimas palabras de Constanza de Monforte, no sosegaba un punto siquiera hasta averiguar si era cierto el crimen que la moribunda esposa de Ataulfo le habia denunciado. Muy mala idea tenia formada de este; como que para templar y contener sus bárbaros instintos, de acuerdo con el viejo Ordoño, habia inventado y sostenido la supersticiosa fábula que le condenaba á morir el mismo dia en que indebidamente diese á cualquiera la muerte: la historia del niño Gonzalo, en cuya desaparicion ella habia tenido parte, daba grandes visos de probabilidad á cuantos horrores se atribuyesen al rico hombre, con tal que condujesen al fin de apoderarse á todo trance de los bienes y dignidades que al hermano mayor correspondian; pero con todo, Gontroda era cuasi madre suya, le amaba al menos con el cariño de tal, y no se atrevia á condenarlo, sin tener evidencia de la crueldad que se le imputaba.

Con nadie quiso, de consiguiente, darse por entendida del secreto. recogió el escrito de Constanza, guardólo cuidadosamente, y formó empeño en penetrar con el mayor sigilo en la torre de los calabozos. Ya hemos dicho que Ataulfo guardaba por sí las llaves de esta parte del castillo; pero la buena anciana, entendiéndose con el alarife Sisnando, se habia procurado ya los medios de abrir las primeras puertas, aprovechando todas las ocasiones y los descuidos del carcelero.

Solo consiguió, sin embargo, poder dar en la torre algunos pasos, hasta ahora completamente estériles: el prisionero que buscaba no debia hallarse tan á la mano, y el celo de Gontroda estaba á punto de desmayar, cuando aquel dia, tan fecundo en acontecimientos, tuvo la feliz inspiracion de seguir á don Ataulo hasta la mazmorra de donde salieron aquellos acentos conocidos, aquellas palabras entre resignadas y amenazadoras, las cuales ni rastro de duda le dejaron acerca de la existencia de Bermudo de Moscoso y del paraje en que yacia.

El lector ha visto los valerosos esfuerzos de la decrepita nodriza para impedir la profanacion, el sacrilegio que iba á perpetrarse en la capilla de Altamira: el lector la ha visto desafiar la muerte, la perpetua prision á que la espuso su generoso intento; pero, sin rebajar lo mas mínimo los quilates de su heroismo, ya se deja conocer que si la preocupacion agorera de Ataulfo la salvaba del primer riesgo, las buenas llaves de hierro que ella se tenia guardadas en el bolso, la tranquilizarian respecto del segundo.

El *quid* estaba en salir de la torre sin ser observada de los guardas y criados del alcázar, que pudieran ponerle graves obstáculos, y dar noticia de la fuga al Terrible; pero no tardó en presentársele un momento en que el patio, á donde caia la puerta principal de la prision, quedó desierto, limpias las cercanías, y la casa toda en el silencio mas profundo: era precisamente cuando se estaban celebrando los desposorios en el altar, al rededor del cual habia acudido la gente, como si hubiese menester de presenciar la ceremonia, para acabar de convencerse de que real y verdaderamente la boda se verificaba.

Salió Gontroda de la torre: una vez fuera de allí, solo podia temer encontrarse de manos á boca con el rico hombre; pues ya suponía ella que nadie tendria noticia de su encierro, ni de la escena del cuarto de la chimenea: acercóse, pues, sin afectacion ninguna á la primera persona que halló, y supo que la impía ceremonia se habia efectuado: vió luego salir del alcázar al rico hombre, acompañando

al conde de Trava: vió entrar á la bastarda en el aposento en que murió Constanza de Monforte; acudió allí por la puerta del dormitorio y depositó el pergamino de la confesion, de manera que llamase la atencion de Elvira, y fuese á parar á sus manos, si entraba en la alcoba.

Atisbando desde aquel punto, fué testigo de las terribles ansias y apuros de aquella desdichada, y de ella compadecida, acudió á su socorro para sacarla del alcázar, siendo de presumir que lo hubiera conseguido, si en la impetuosidad del amor maternal no hubiese olvidado Elvira los atroces peligros que la acosaban.

Cuando Gontroda la vió lanzarse al encuentro de su hijo, no creyó que tornase otra vez al punto de donde habia partido: ó lograba escapar con él, ó caian ambos en poder del rico hombre; y la buena anciana, con ánimo de favorecerlos en cualquier extremo, fué á situarse en un paraje por donde necesariamente tenian que pasar, si intentaban huirse. Sus cálculos como acabamos de ver, salieron fallidos: Elvira, tal vez con sobrado motivo, consideró que la fuga era difícil, si no imposible, pues Ataulfo habria adoptado disposiciones para retener en el castillo á la mujer de quien debia presumir, á pesar de las protestas del conde, que no de muy buen grado le recibia por marido: y aunque estas órdenes no se estendiesen á Gonzalo, no queria envolverlo en ellas, llevándolo en su compañía, ni menos exponerlo á un choque con la gente de la fortaleza, en el que, de seguro, aunque fuese mas bravo que Roldan, tendria que llevar la peor parte. Esta razon poderosa y la esperanza de hallar todavía á su libertadora, la determinaron á volver al fatal aposento, menos horrible ya desde que pudo considerarlo como su único refugio.

Cayó luego en la cuenta Gontroda de aquella resolucion, y en alas de su generosidad, ó mas bien, del afan de evitar á don Ataulfo nuevos delitos, acudió tambien allí, entrando poco despues en la alcoba, en sazon de hallarse Ramiro cabe la portezuela, escuchando á su madre y al Terrible, que adentro departian, y aterrado con algunas palabras que á sus oidos llegaban.

Acababa Elvira de asegurarle que no era mujer de Ataulfo, y este la llamaba su querida esposa: como tal la trataba y ella lo consentia y confirmaba, con el silencio unas veces, con las razones otras.

En aquel estado de amargura y estupor en que llegaba á dudar de su propia madre, la nodriza de Ataulfo abrió silenciosamente la puerta, sin ser percibida del mismo Gonzalo, que á su lado estaba. Hízose al punto cargo de la situacion de todos; conoció que era imposible ya salvar á Elvira, y no sin dolor tuvo que resignarse á li-

mitar su socorro al paje del obispo. Asiólo del brazo, y el mismo asombro y letargo de que estaba sobrecogido, fueron causa de que en los primeros momentos no pudiese Ramiro exhalar una sola exclamacion de sorpresa, ni oponer resistencia alguna. Cuando llegó á pensar, cuando quiso interrogar á la anciana, ya estaban fuera del aposento.

—¿Quién sois?

Gontroda no le contestó por el pronto: acabó de cerrar la puerta, y le dijo con su voz cascada, en la cual, sin embargo, se percibía alguna dulzura y la satisfaccion que á todas las buenas acciones acompaña:

—Andemos, andemos, hijo mio: pocas preguntas, si no quieres entregar la piel para que el lobo la desgarré.

—¿Sois Gontroda?

—La misma, la misma. ¡Quién te ha visto y quién te ve! ¡Jesus, cómo pasan los años! Dos veces te he salvado ya con esta, si Dios quiere. Tu no recuerdas, ¡pobrecillo! ¡Ca! Si no tenias mas que algunos meses..... Pero ¡qué pulmones! ¡qué berrear aquel, en medio del bosque! ¡Si parece que te estoy oyendo! Buenos apuros me hiciste pasar. ¿Y conservas todavía aquella mancha en la espalda, hácia el lado derecho..... no, al izquierdo....?

—Al derecho, señora. Pero..... ¿y mi madre? ¿á dónde vamos sin ella?

—Silencio, maldito charlatan, exclamó la anciana, que no podia ocultar su alborozo: todos los pajarillos que apenas saben revolar un codo mas allá del nido, se pierden por el pico. Imítame á mí, que no te hablo mas de lo puramente preciso. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué estiron has dado desde la última vez que te ví! Yo tambien te hacia algunas visitillas: yo tambien te solia ver cuando detras del obispo ibas tan morenillo y colorado teniéndole la capa, que daba gusto de verte. Y yo me decia: «¡Qué feliz es! hijo de un hidalgo, paje de un príncipe de la iglesia, que lo hará canónigo ó cardenal, y que algun dia quizá llevará la mitra; mejor le ha de ir mil veces que con los estados de Altamira, teniendo como tiene un tio tan mal cristiano.» Pero mira, hijo mio, no te vayas á vengar de Ataulfo; este es el precio que exijo por tu salvacion.....

—Y la de mi madre.

—Y la de tu madre. Ataulfo en el fondo no es tan malo como á primera vista parece; sino que el pobre ha tenido mala crianza; y luego todo el mundo le aborrece, lo detesta; no tiene un cristiano

que bien lo quiera. ¡Pobrecillo! Yo no sé si estoy trabajando contra él al favorecerte; pero hágase lo que Dios quiera: las cosas han llegado á tal extremo que.....

—Pero ¿y mi madre? ¿mi madre? Sin ella no doy un paso mas. Vos, señora, podeis sacarme de la confusion en que mi espíritu se encuentra, confusion muy mas terrible para mí que todos los peligros que me amenazan. Hame dicho mi madre que no está casada con Ataulfo, ¿cómo es que permite á este llamarla su esposa?

—Nada le ha dicho, pensó la anciana para sus adentros, acerca de Bermudo: no creia yo que hubiera podido contenerse: imitemos su prudencia.

Gontroda dió luego á Ramiro contestaciones evasivas, encareciéndole la necesidad de guardar silencio, aunque semejante á los cangrejos padres de la fábula, no se cuidaba de poner en armonía los conséjos con el ejemplo. Tranquilizóle sin embargo asegurándole dos cosas á cual mas importantes para Ramiro: primera, que su madre no corria tanto peligro como él, y podria luego salvarse fácilmente; y segunda, que fuese cualquiera la contradiccion de las palabras y la conducta de Elvira, estuviese seguro de que podia ser completamente justificada.

Solo despues de haber obtenido el mancebo semejantes seguridades, pudo alejarse un paso mas de aquel aposento. La puertecilla de la alcoba daba á un largo pasadizo, que comunicaba con una secreta escalera, por la cual pensaba Gontroda salir mas fácilmente del castillo. Mas apenas pusieron en ella el pie, cuando en lo profundo sintieron ruido de criados que subian departiendo misteriosamente. Gontroda retrocedió: llevó al mancebo al extremo opuesto de la puerta de Constanza, algunos pasos mas allá de la boca de la escalera, y en el fondo del pasadizo aguardó á que pasasen los criados, calculando que debian ir á guardar la salida de la alcoba. Mientras llegaban, salieron los fugitivos del oscuro rincon en que se hallaban, y dándoles la espalda sin ser vistos ganaron la escalera.

—Vienen en tu busca, murmuró Gontroda al oido del paje para alejar de él la idea del peligro de su madre: por ahora quédense ahí con un palmo de narices: vamos á ver si en la puerta de abajo tenemos algun tropiezo.

—No os olvideis, buena anciana, dijo Gonzalo, que traigo conmigo un arma, y que tengo un brazo dispuesto.....

—A echarlo todo á perder, metiéndonos en algun mal fregado. Cepos quedos, y no hacer disparates.





Afortunadamente hallaron franca la salida, que daba á un patio pequeño y sombrío, al pie de la torre de las prisiones.

—No me atrevo á proseguir contigo, dijo la anciana; quédate aquí oculto entre estos haces de leña hasta que traiga una capa. Vamos, no hay que replicar, ni hacer observaciones. Ahí dentro, y se concluyó. Yo vendré á buscarte.—Perfectamente: buen muchacho.—¡Jesus, cuando uno piensa quién es, y lo ve andar como un ladrón, y en su propia casa!

La infatigable dueña salió de allá, y con alguna precaucion se informó acerca de las probabilidades de la fuga. No las habia de ninguna especie: el Terrible habia dado las órdenes mas terminantes para que á nadie, absolutamente á nadie, se permitiese salir del alcázar. Pensar que ninguno de los centinelas se dejase vencer por ruegos ni corromper con dádivas, era pensar en lo imposible, porque todos temian que Ataulfo estuviese espiándolos, para caer como ave de rapiña sobre el infeliz que titubease en el cumplimiento de su deber. Sabedor el Terrible de que el paje habia logrado escapar del dormitorio de Constanza, acababa de ordenar asimismo que se hiciesen las pesquisas mas minuciosas por todo el castillo.

Si la fuga era imposible, parecia en cambio sumamente fácil descubrir á Gonzalo, oculto en un paraje tan próximo á la escalera secreta. Gontroda en este apuro, no trataba ya de echar fuera del alcázar á su jóven compañero, sino de evitarle los tormentos, los suplicios que le esperaban, si caia en manos de Ataulfo; y no sabiendo que hacerse, y acosada por la proximidad del peligro, túvose por muy dichosa cuando le ocurrió cierta idea, y se halló con los medios de ponerla por obra.

Acudió á la leñera: llamó á Gonzalo, el cual salió tan alterado, que por encima del sayo se le marcaban los latidos del corazón.

—Si tardais un poco mas, murmuró el paje, no me encontrais aquí: hubiera salido para morir como quien soy, y no como un animal de bellota. Poco despues de haberos marchado, bajaron dos de los de arriba, y los muy pícaros sospecharon que ahí pudiese estar escondido: iban á levantar los haces, cuando mudaron de parecer, por considerar mas urgente dar parte á su amo de lo que pasaba, y se alejaron prometiendo volver con un tizon á dar fuego á la leña. ¿Qué noticias me traeis?

—Sígueme y embózate bien, le dijo la anciana, echándole una capa sobre los hombros.

No le pareció de muy buen agüero al pajecillo tan inusitado laco-

nismo; pero obedeció á Gontroda, la cual se dirigió al torreón, que se alzaba en uno de los frentes de aquel patio. Sacó del pecho una llave, y abrió la puerta sin dificultad.

—¡Dios me salve! exclamó Gonzalo: este postigo y los escalones que se presentan, mas parecen de prision que de nada que pueda conducir á la libertad.

—En efecto, hijo mio, tan desdichado eres, que ningun otro sitio ofrece para tí seguridad sino la cárcel: entra aprisa: aquí nadie penetra sino Ataulfo y yo.

—El Terrible para llevar el espanto, y vos sin duda para llevar el consuelo á los cautivos. ¡Ah, Gontroda, cuán buena sois! Pero no sé por qué siento un horror al respirar el aire que baja por esas escaleras.

—Toma, le dijo Gontroda dándole una llave: entra: respira ese aire con afán, y sé como el sabueso, que por el viento llega á levantar la caza. ¡A Dios! repuso luego con viveza, respondiendo á un ademán de curiosidad, qué no pudo reprimir el paje al escuchar aquellas misteriosas palabras. A Dios: te veré luego: entretanto prudencia, jóven, prudencia, si quieres salvarte y salvar á toda tu familia.

La puerta de la torre se cerró entonces tras del mancebo, el cual, con la llave en la mano, quedóse perplejo rumiando en su mente las razones de Gontroda: «Respira con ansia el aire del calabozo: sé como el sabueso, que por el viento llega á levantar la caza.» ¿Qué tenía él que ver con aquellos calabozos? ¿Para qué le habian entregado la llave?

Era evidente que la anciana le daba un aviso, ó mas bien, le aconsejaba que anduviese rastreando como el sabueso las huellas de alguna persona, ó de algun hecho que á él le importase conocer, y que despues, temiendo quizá que el deseo de inquirir le hiciese perpetrar alguna falta de precipitacion ó de esceseivo arrojio, le habia recomendado la prudencia, porque de ella dependia «la salvacion de toda su familia.» ¿Por qué no le habia dicho simplemente la suerte de su madre? ¿Qué tenía que ver él con Ataulfo, que era el único que podia ser comprendido en el nombre genérico de familia?

Como quiera que fuese, Gonzalo comprendió que debia ser curioso investigador en aquella torre, y al mismo tiempo tener cautela y mesura en sus investigaciones, y determinó seguir al pie de la letra consejos, que por lo sanos, y por venir de unos labios, ya para él tan autorizados, no le parecieron sospechosos.

Como un muchacho de su edad, ora siga el camino de la teme-

ridad, ora el de la prudencia, procede siempre con fê y calor estre-
mados, no daba un solo paso sin hacerse cargo de los objetos que cer-
ca de sí tenia, examinándolo todo y sacando consecuencias, muchas
veces extravagantes, de las cosas mas naturales, y formando miste-
rio de las mas sencillas. Pero este prolijo exámen le sirvió tambien
para hacerse cargo de la distribucion de aquella parte, la mas som-
bría y retirada del edificio, de manera que á la media hora de haber
estado allí, ya se andaba por los parajes que se le presentaban acce-
sibles, con la misma seguridad que por su propia casa.

Nada adelantó, sin embargo, subiendo al piso principal y de allí
á los adarves de la torre; nada, sino convencerse de que estaba cons-
truida con la mayor solidez; que las paredes eran tan robustas que
podian desafiar todos los embates del tiempo y de los hombres, y
ahogar los gemidos de las víctimas que allí estuviesen encerradas;
que habia otra comunicacion con el resto del alcázar, distinta de la
del patio, y que las puertas de un lado y otro de la escalera y de los
angostos corredores, aseguradas con enormes candados y cerrojos,
debían conducir á otros tantos nichos ó calabozos, ó tal vez á mas
anchos y profundos departamentos.

—Hasta ahora, pensó el mancebo, no he hecho uso de esta llave;
sin embargo, para algo me la ha dado.

Aplicóla á varias cerraduras sin resultado alguno, hasta que
llegó á un postigo, que cedió al punto y le permitió el paso á cierta
escalera que descendia á nuevos pasadizos, en los cuales tambien se
veían nuevas puertas y comunicaciones. Tuvo cuidado Ramiro al qui-
tar la llave, de volver á cerrar, y se quedó completamente aislado en
aquel paraje. Despues de haber malgastado mucho tiempo en abrirse
camino hácia adelante, sintióse rendido con el peso de tantas fatigas
de espíritu y de cuerpo como en aquel día habia experimentado, y
se le cayó el alma á los pies al considerar que la noche se acercaba,
y que Gontroda no parecia ni á traerle noticias de su madre, ni liber-
tad, ni alimento.

Luchando estaba con el sueño, que muy á pesar suyo le cerraba
los pesados párpados, cuando volvió á recobrar toda su energía al
sentir ruido por donde habia entrado.

—¡Gracias á Dios! exclamó: si tarda mas, creo que me encuentra
tendido como un tronco. Preciso es confesar que el sabueso tiene
muy malas narices, ó que no hay un pelo de res en este cazadero.
Cuánto mas me agradaria, ya que tengo que imitar al perro, ser como
el pobre Luzbel, defensor de los que amo, hasta dar por ellos la vida

en campo raso, que no andar al husmo, como un huron, por estas madrigueras. Pero Gontroda no viene sola: yo siento un murmullo..... ¡Santa María me valga! Hombres son..... traen luz..... «Aquí no entra nadie sino Ataulfo y yo.....» ¡Cielos, es él!—¿Si será esta la caza que tengo que levantar....? dijo Gonzalo echando mano al cuchillo. Pero me han encargado prudencia, de la prudencia depende nuestra salvacion..... Observemos.

Pegóse á la pared bien embozado en el hueco de una saetera, y vió detenido en el umbral dos bultos de colosal estatura, el rico hombre y el jayan desayo colorado; el primero pálido, indeciso, turbado, y el segundo con el hacha en una mano y la luz en la otra, esperando con brutal indiferencia la resolucion de aquella lucha mental.

Como esta se prolongase demasiado, el sayon osó preguntar:

—¿Qué hacemos?

—Estoy pensando, vive Dios, respondió el Terrible, echándose la mano á la frente, en que brillaban frias gotas de sudor, como el rocío en una planta marchita; estoy pensando que esta mañana dejé yo encerrada una persona en el espacio que hay desde esta puerta á las que comunican con el interior del alcázar, y la tal persona no parece.

—Volvamos, si os place, á registrarlo, sin seguir adelante.

—Volvamos: tal vez se haya quedado dormida en cualquier rincón: ¿qué otra cosa podia hacer esa maldita vieja?

—¿Vieja es? preguntó Martin.

—No la hay mas en el castillo.

—¿Gontroda?

—Si.

—¡Ah! Pues, lo que es á Gontroda, escusado me parece que por aquí andemos buscándola, porque esta misma tarde la he visto yo y todo el mundo fuera de la torre.

—¡Esta misma tarde! Mirá bien lo que dices, Martin, porque yo la tenia encerrada, y.....

—¿Y de qué sirven los encierros para las brujas?

—Anda, bruto; ¿me querrás hacer creer, voto á brios, que una mujer que á mí me ha sustentado á sus pechos....?

—Perdon, señor; pero tal fama tiene; y lo que es para salir de esta torre, el que á Dios no se entrega, no tiene mas remedio que darse al diablo.

—Y vamos, en tal caso, preguntó Ataulfo con una sonrisa forzada, teniendo por hechicera á Gontroda, no dudarás de sus predicciones.

—La verdad es, señor, que no querría que nada malo me pronosticara.

—¡Cobarde! ¡Mentecato, vive Dios! ¿con que si te dijere, por ejemplo, has de morir en el mismo día en que mates al reo que vas á ejecutar....?

—Al tal reo lo cuidaría yo como á las niñas de mis ojos.

Ataulfo volvió á caer en el mas profundo silencio. El paje, que no habia perdido un ápice de la conversacion, escuchaba ahora con terror el resuello de aquel pecho rudamente agitado por la tempestad.

—¿Y si te dijese yo: Martin, si no degüellas á ese hombre, pereces á mis manos? preguntó Ataulfo con voz sombría.

—En tal caso, se apresuró á contestar el sayon; por grande que fuese mi fé en las predicciones de una vieja, seria mayor mi miedo al filo de ese puñal.

—No: este ha sido un ejemplo que nada tiene que ver contigo.

—Así lo espero.

—Bien: figúrate, murmuró Ataulfo, pensando á media voz, que el paje se nos ha escapado del castillo, por arte de Satanás: que Gontroda ha hecho otro tanto: que á uno y á otro les faltará tiempo para ir á Compostela y alborotar el cotarro: que *ella* con el puñal en la mano se defiende como una leona: que veo venir sobre Altamira un nublado mas negro que estos calabozos: que..... no hay remedio, Martin, no hay remedio, adelante. ¡Morir matando!

Y sonó el golpazo de la puerta cerrada tan brusca y violentamente, que hizo retemblar aquellos macizos murallones. A este estrépito sucedió luego el de los pasos lentos, pero fuertes, de los dos gigantes que cruzaban en silencio terrible aquellos ánditos, eternos arcaduces de la venganza.

Gonzalo, embozado cuidadosamente en la negra capa, procuraba coserse á las paredes; pero temiendo con harta fundamento ser, á pesar de todo, descubierto, habia desnudado su cuchillo, resuelto tambien, como Ataulfo, á morir matando.

Pasaron por fortuna á cual mas preocupados, el rico hombre y el sayon, delante de la saetera, mirando el uno su camino, que no debia serle muy conocido, y el otro sin mirar á ninguna parte con semblante pálido y ceñudo y el cabello erizado; y el paje cuando los vió de espaldas no pudo menos de exhalar un tenue suspiro.

El rico hombre se detuvo: Martin siguió andando con la antorcha y preguntó luego, viendo inmóvil á su amo:

—¿Es ahí?

Pero este creyó que aquel gemido era puro efecto de su imaginacion, y tuvo vergüenza de confesar su debilidad al fiel ministro de sus maldades.

—No, aun tenemos que andar; respondió con trémulo acento.

Y siguieron adelante. Paráronse en frente de una puerta, cuyos candados Ataulfo quitó casi convulso.

Ofrecióse á la vista una escalera de piedra, que sudaba por todos sus poros una humedad pegajosa.

—¿Aun mas? preguntó el sayon.

—Adelante.

—Lo que es al que aquí se albergue, tan seguro lo teneis como en la huesa ¿Van cuatro, ó cinco puertas?

—Cinco.

—¿Sabeis, señor, que creo, á fé, que voy á hacer un servicio al desdichado que gime en tan profunda mazmorra?

—Yo tambien lo creo, Martin. El seria mas dichoso y yo menos desdichado, si hace veinte años hubiese tenido la resolucion que ahora.

—¡Cuánta precaucion para un solo hombre!

—Y si una persona dotada de un poder sobrenatural se empeñase en protegerlo, ¿quieres decirme tu, Martin, de qué servirian todas estas precauciones?

—De nada.

—Quien abre una puerta....

—Lo mismo puede abrir otra y otra.

—Pues bien: te he cogido en tus propias redes, repuso el Terrible animándose por grados: Gontroda, á quien teneis por bruja, quizá solo porque es vieja, se muestra, segun hoy he visto, decidida protectora de..... del reo á quien vas á ejecutar, y, sin embargo, con todo su poder no ha conseguido mas que darme cuatro gritos como un monje en cuaresma, y abrir la primera puerta de la torre.

—¡Es singular....!

—Hay mas: ese reo ha mucho, muchos años, que está aquí encerrado, y Gontroda hace tan solo unos dias que tiene noticia de su existencia.

—¿Y bien?

—Y bien, cuerpo de tal, ¿qué caso debes hacer tu de las predicciones de una mujer que se pone á revelar lo futuro, y no conoce lo presente, que quiere robar sus secretos al cielo, y no sabe lo que tiene á sus pies?

—Teneis razon.

—¡Oh! ¡Tengo razon, voto al diablo! Sí, tengo razon: todo es una superchería inventada para contener mis ímpetus, para favorecer á..... Ella, mi padre, todos, todos se han burlado de mí tratándome como un niño. Pero..... con todo..... Martin, por si acaso ¿no te parece que seria mejor contentarnos con dejar al reo mudo, ciego....? No, no basta, gritó sin aguardar respuesta: ¡que muera!

Y queriendo terminar pronto una lucha tan cruel, bajó Ataulfo precipitadamente sin cuidarse de cerrar la puerta como las anteriores. Bien es verdad que aquella tan solo podia entornarse, pues su cerradura, como hemos visto, consistia en candados exteriores.

El paje del obispo salió de su agujero murmurando:

—Aquí, aquí es donde el sabueso debe aprovecharse del viento para levantar la caza.

Y con tanta resolucion como cautela, deslizóse suavemente hasta el umbral que acababan de abandonar los dos hombrones.

Llegaron estos á un aposento abovedado, en el fondo del cual habia una puerta pequeña, pero estremadamente sólida y asegurada con todo género de palancas, barras y cerrojos. El artífice habia echado en ella el resto de su habilidad poniendo cuanto hierro hubo á las manos. Ataulfo tardó mucho tiempo en desarmar una por una todas las piezas cubiertas de herrumbre.

—Este guerrero, dijo el sayon, con ser tan enano, lleva una armadura que no podria sustentar un gigante.

—¿Estás dispuesto? preguntó Ataulfo con una voz que apenas podia llegar á los oidos de su compañero.

—Dispuesto estoy; pero como no me soleis dar ocupaciones de esta especie, no sé si andaré torpe en el oficio.

—Si de esta salimos con bien, te juro que no han de faltarte ocasiones de adiestrarte. ¡Ea, adentro!

—¿Y ese hombre está solo?

—Solo.

—¿Y es robusto?

—Míralo, dijo el Terrible entreabriendo la puerta.

—Lléveme el diablo si veo gota.

—Llévete amen, maldito ciego: ¿con que no ves allá en la oscuridad un viejo cubierto de barba blanca, sentado tranquilamente en un banco de piedra, y mirándome con unos ojos de piedad que me rasgan las entrañas?

—Será lo que vos decís, señor, pero nada alcanzo.

—¡Oh! ¡Si cada mirada suya es un puñal que se me clava aquí en mitad del corazón!

—Cerrremos pues: esa mazmorra está negra como un horno apagado.

—¡Oh! ¿Tienes miedo, miserable, tienes miedo?

—Pues vos no tembláis menos que yo.

—¡Si tu supieses lo que yo hago! Tu tiembles con el cuerpo, yo con el espíritu: tu temes la muerte, yo la ejecución y el malogro de una venganza que es el pensamiento de toda mi vida: tu frente está cubierta de gotas de sudor, mi corazón está sudando gotas de sangre: tu tienes una hacha, una cota de malla para defenderte, yo no tengo ni una sola idea para detener las flechas que me asestan á porfía la desesperación y los remordimientos: tu eres el brazo que ejecuta, yo la cabeza que manda: tu te cansas, pero no piensas, no te vuelves loco....

—A la verdad, exclamó el sayon, que semejantes andanzas no son para una noche de boda....

—Entra; todo lo acabas de decir.

Y empujando la puerta, dejó un hueco por el cual apenas cabía el jayán.

Al mismo tiempo resonó un grito que salía del medio de las bóvedas, diciendo:

—¡Asesino! ¡asesino!

El sayon dejó caer la luz y todo quedó sumergido en tinieblas.

—¡La bruja! dijo Martín retrocediendo despavorido.

Ataulfo, cuya primera acción había sido empuñar la espada, quedó inmóvil de terror, sin fuerza para desnudarla, con la mano en el pomo.

Un instante después se deslizaba silenciosamente por entre los dos una figura que, al llegar á la puerta de la mazmorra, cuyo umbral estaba algunos pies más alto que el pavimento, cayó adentro sin poderse detener.

El jay! que lanzó al sentar la planta en el vacío, hizo volver á Terrible de su estupor, y asiendo la puerta, volvió á cerrarla de golpe, corriendo el primer cerrojo que halló á mano: poco después fué asegurándola á tientas lo mejor que pudo, y desnudando un puñal, lanzóse al oscuro espacio en busca de la salida. Como llevaba los brazos abiertos y la estancia era pequeña, tropezóse luego con Martín.

—¿Quién va? gritó el sayon.

Tentaciones tuvo el rico hombre de clavar el puñal en la garganta de aquel siervo que habia sido testigo de sus debilidades. Su intencion por lo menos era de dejarlo encerrado para siempre en la mazmorra con el cuerpo de su víctima, pero ahora lo necesitaba para salir de allí, y le respondió afectando tranquilidad:

—¡Soy yo, voto al diablo! ¡La has hecho buena con tus miedos!

—¿Qué teneis en la mano?

—El puñal para encender lumbre. ¡Ea!

—Salgamos presto de aquí, señor.

—¡Cómo! ¿no te atreves á....?

—Ni por todo el mundo. Desde ahora declaro que tengo mas miedo á la bruja que á vuestro puñal; y si antes he dicho otra cosa, me desdigo.

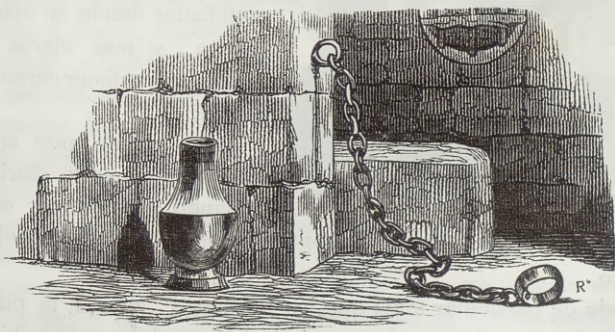
—Está bien; ya tornaremos cuando estés mas tranquilo, y haremos despacio la prueba. Pero, ¿á quién has visto tú?

—A la vieja.

—¿A Gontroda?

—Lo mismo que á vos, es decir, mejor que á vos, porque á vos no os veo, sino que os palpo y os oigo; pero á ella la he visto cabalgar en su báculo, y venir por los aires, y entrar por esa puerta como un murciélago..... y aun juraria que llevaba por brazos alas de tal, bien que esto último no puedo asegurarlo tan fijamente.

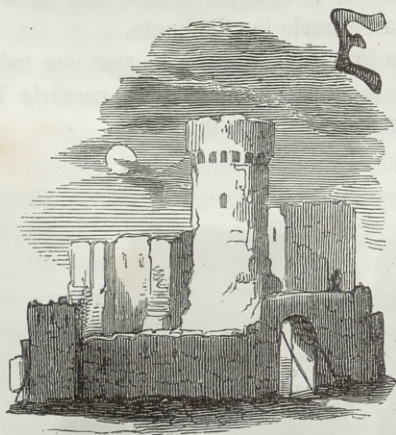
—Una por una, encendamos luz. Aquí traigo pedernal con todo cuidado; ese pajarraco está en la jaula; acabemos de cerrarle la puerta, y ya veremos como hace para salir de la prision.





CAPÍTULO VII.

De cómo el sabueso se metió en la madriguera.



ERA espaciosa la mazmorra, y abarcaba gran parte de los cimientos del alcázar: robustos pilares colocados sin ninguna simetría, sustentaban las altas bóvedas de granito, mas gruesos y apiñados donde se alzaba un torreón, y mas claros donde tenían que sostener carga menos pesada.

En el rincón mas apartado ardía una lámpara moribunda, luchando por romper con sus

trémulos rayos la atmósfera impura y nebulosa de aquel vasto recinto.

Nada de particular tenía que los verdugos, que á la puerta se asomaron, ofuscados con luz mas viva, no hubiesen percibido tan débil claridad; pero Gonzalo, que despues de un rato de encierro, se

fué acostumbrando á la oscuridad, creyó vislumbrar algun reflejo y oír un ruido apenas perceptible, pero constante y monótono, únicos indicios de vida en aquel paraje, separado al parecer del comercio del mundo.

Guiado de una y otra sensacion, fué avanzando lentamente y estremecido, entre las sombras misteriosas, y casi resonaban mas alto los latidos de su corazon, que el murmullo, cada vez mas claro, que turbaba el silencio de aquella soledad. A cada paso temia el mancebo ser detenido por una voz cavernosa y bronca, ó tropezarse con un viejo de horrible catadura, uraño, ceñudo, enemigo de los hombres de quienes tantos agravios tenia que vengar, divinidad tutelar de aquel averno, especie de sátiro ó demonio, guarda maligno del subterráneo.

¿Cuál otra podia ser la condicion de un hombre privado tantos años del sol, del aire libre, del campo, del trato y comunicacion con sus semejantes?

Esta reflexion hízole caer en la cuenta de que él tambien estaba condenado á las mismas privaciones, al suplicio de vivir en compañía de un ser desconocido, y acaso repugnante, teniendo que renunciar para siempre á las caricias de una madre, á quien pocas horas antes habia dado el primer y último abrazo; á los consuelos de un amigo, y mas que amigo, de un padre, como el obispo de Santiago; á las miradas lisonjeras de la Reina doña Urraca, á quien era deudor de la dicha, que por algunos momentos habia disfrutado.

¡Morir enterrado en vida, cuando la vida le presentaba una perspectiva mas que nunca deslumbradora y de tan vastos horizontes!

—Pero es imposible, decia para sí; es imposible que yo permanezca encerrado mucho tiempo. Si mi madre, si Gontroda no tienen poder alguno sobre ese monstruo, que no parece sino que ha hecho pacto con el diablo, segun este le favorece, el obispo mi señor no me abandonará, y la Reina, la Reina de Castilla, que me ama, no hay duda, que me ama, será capaz de no dejar piedra sobre piedra hasta encontrarme. Sin embargo, añadia despues con desconsuelo: este hombre entraria jóven, como yo: tendria acaso por amigos princesas y magnates, como yo, y como yo se echaria las mismas cuentas que me estoy echando. ¡Y aquí ha envejecido! ¡Y hora tras hora, dia tras dia, año tras año ha pasado aquí diez y nueve ó veinte, ese mismo período que llevo yo en el mundo, que me parecia un soplo en la libertad, y que debe ser una eternidad en el cautiverio!

En esta alternativa, en este vaiven del temor y la esperanza, que

mas ó menos violento es el curso ordinario de la vida, Gonzalo íbase acercando á la luz, y poco á poco tomaron cuerpo algunos objetos informes, algunas sombras caprichosas, que alrededor confusamente se dibujaban. Distinguía las macizas columnas, los toscos arcos de la bóveda, y creyó hallarse en alguna iglesia subterránea, que los arquitectos de aquella época solían poner por cimiento de otra iglesia. Así Diego Gelmírez sobre una catedral habia echado otra catedral en Compostela, como los gigantes montes sobre montes para escalar el cielo.

Poco despues sintió el paje algun oreo en el rostro: la atmósfera iba siendo cada vez menos espesa: detúvose delante de un arroyuelo que descendia, ó se filtraba mas bien, por un extremo en forma de cascada, atravesando la cueva hasta salir por otro, y produciendo aquel murmullo que en cualquier otra parte se hubiera confundido con los cien imperceptibles murmullos de la soledad, y que allí, por ser el único, resonaba magestuoso, y parecia ser escuchado con religioso respeto.

Tendió, no obstante, los ojos por todos lados, y aunque hallaba señales de estar aquello habitado, no podia el mancebo vislumbrar ningun ser viviente. Tentaciones tuvo de dar un grito ó de hacer algun estrépito para prevenir al huesped de la sombría morada; pero el temor que le inspiraba un hombre á quien tan largo infortunio debia de hacer salir de la esfera comun de los hombres, paralizaba sus movimientos, y detenía la voz en la garganta.

Por fin sus vagas miradas se fijaron en un anciano venerable, tendido en un lecho de paja, que dormia al parecer profundamente, con la cabeza inclinada sobre un rollo de estera que le servia de almohada. La luz de la lámpara de bronce colgada en un poste cercano, le daba de lleno en el rostro, cuya magrura y palidez eran cadavéricas.

Vestia larga túnica de tela grosera, por cuyas orlas asomaban los pies descalzos y amarillentos, sujeta á la cintura con una cuerda de cáñamo.

—¡Muerto! ¡está muerto! quiso exclamar Gonzalo, al observar su inmovilidad despues de aquellas tristes apariencias; pero agitando los labios le faltó el impulso para emitir la voz y pronunciar una sola palabra.

El Terrible, al percibir la figura de un viejo de cabellos blancos, que sentado en una piedra le dirigia suaves miradas de cariño y misericordia, no hizo mas que ver reflejada en el negro fondo de la maz-

morra, la imagen vivamente pintada en su fantasía. Todo era pura ilusion; pero esta ilusion, como veremos, distaba poco de la realidad.

El anciano no estaba muerto, dormia tranquilamente, y quiso, al parecer, sosegar al huésped con una dulce sonrisa, triste, pero serena aurora de un apacible ensueño.

Mientras las víboras de los remordimientos, hallaban sabroso pasto en las entrañas del implacable carcelero, mientras la noche de bodas era la hora prefijada por las furias desencadenadas de la supersticion y de la venganza para los terribles combates, mortales sudores, y congojas del desposado; el prisionero, como en un lecho de flores, reposaba y se sonreía.

Su aspecto era tal, como Ataulfo, sin duda por tenerlo bien conocido, vivamente le habia retratado. En él se traslucia al punto la resignacion, esa satisfaccion del alma que resulta de haber vencido al dolor con el dolor, que brilla con alegría melancólica, como el sol que desde el horizonte lanza sus rayos postreros por el claro que le deja el toldo, que cubre la bóveda azul del firmamento. Luengos cabellos de singular blancura brotábanle con fuerza de las sienes y la barba, atestiguando una vejez prematura, el vigor y lozanía de un árbol joven y robusto sorprendido en medio de su pompa por los intensos hielos de la desgracia. La frente, pálida y descarnada, un poco morena, como el marfil de un Júpiter antiguo, estaba surcada por arrugas que con ser tan hondas, no habian podido borrar el sello de nobleza profundamente impreso en todas sus facciones, las cuales aun se distinguian por una dulce regularidad. Los labios parecían afables y delicados: las cejas como los bordes nevados de un negro peñasco, resaltaban sobre las azuladas cuencas de los ojos, en curvas correctas y vigorosas que se habian mantenido inflexibles bajo el peso de tantas calamidades, como entre las ruinas de una iglesia gótica quedan en pie los arcos mas lijeros, desafiando las tempestades.

Gonzalo no pudo verle sin sentirse inclinado á venerarle; porque entre tantas huellas de los trabajos y pasiones, brillaban todavia algunos rasgos delicados, tristes reliquias de la hermosura, nobleza y arrogancia de sus años juveniles, suave vislumbre de una alma fuerte y de una conciencia tranquila.

Bermudo de Moscoso habia sufrido de tres dias á esta parte, quizá mucho mas, que en los veinte años de cautiverio. Pero el Señor se habia compadecido de él enviándole, por fin, un sueño no turbado, como el de Ataulfo, por horribles pesadillas, flechas rezagadas de la

batalla, que van á sorprender al vencido en la fuga, al vencedor en el desvanecimiento: el sueño en el cautivo era profundo, reparador, regalado por imágenes risueñas, delicioso perfume que derrama el ángel de la noche al batir sus alas en torno de nuestro lecho, para refrescar la frente del que reposa confiado en la misericordia de Dios.

Sacrilegio le pareció al mancebo turbar aquella calma, desvanecer aquella ilusión, único alivio de un preso destituido de toda esperanza de los hombres, y se apartó de allí, recostándose contra una pared, de manera que podía observar al anciano, sin que este, en el caso de despertar, pudiese verle de pronto.

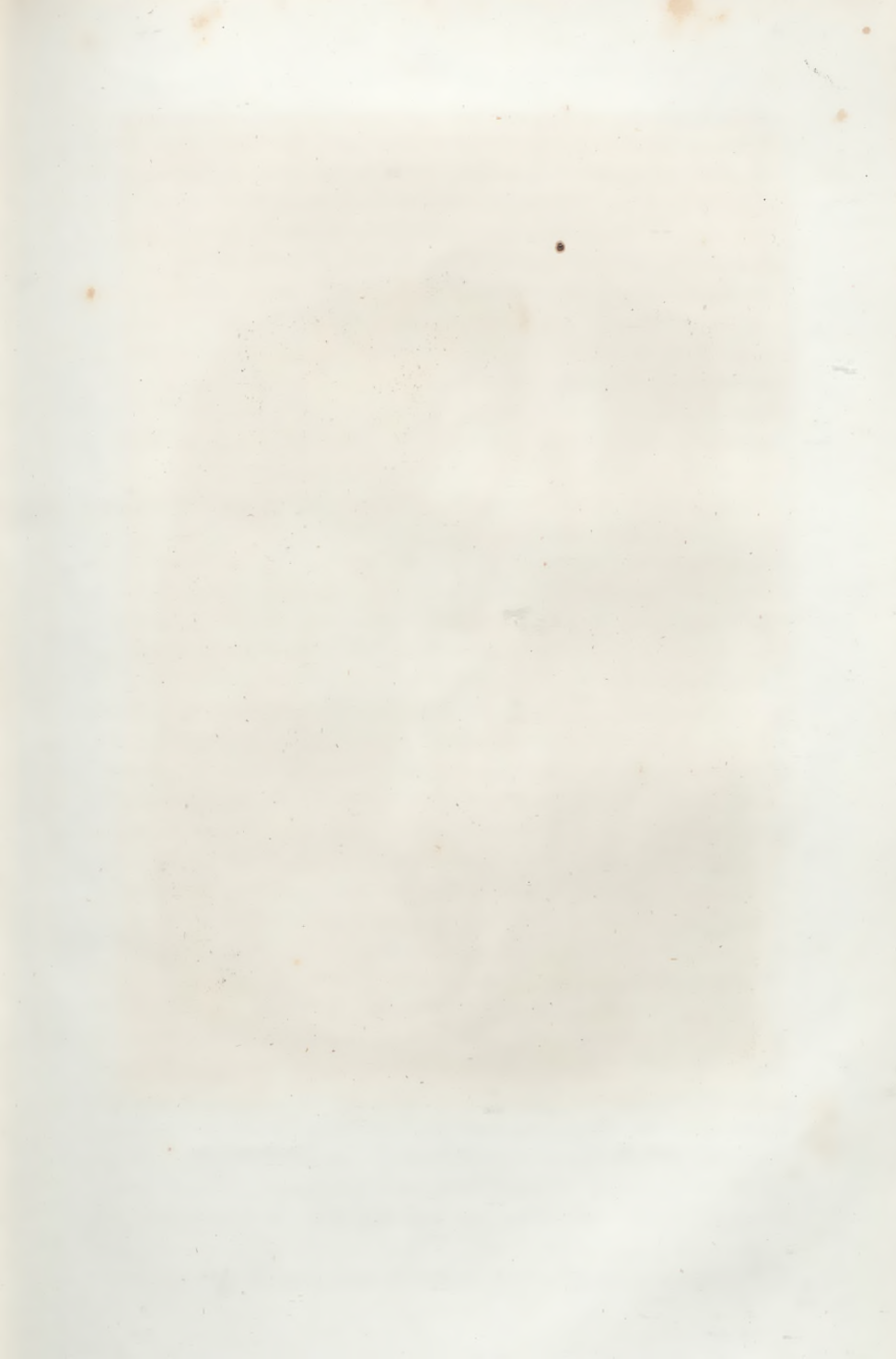
Así permaneció largo tiempo, teniéndolo para reflexionar de nuevo sobre su situación, y al cabo de mil contrarios pensamientos con toda la confianza que pueden inspirar los pocos años (la juventud es rehacia para admitir el infortunio), se vino á fijar en que, pues él no había hecho otra cosa que intentar una buena acción, impidiendo la perpetración de un crimen, pues había seguido los consejos de Gontroda con la mayor puntualidad, Dios y la anciana lo sacarían de allí con bien, precedido del cautivo, cualesquiera que fuesen las causas que le hubiesen detenido.

—¡Diantres! decía Ramiro dentro de sí: veinte años de encierro en este vasto sepulcro, ya son para purgar los delitos mas graves. ¿Y qué delitos ha podido cometer un hombre que duerme tan sosegado, y tan afable se sonríe? Por mí puedo sacar la consecuencia: ¿estaría yo tan seguro de salir de aquí, tan sereno, puedo decirlo, tan sereno, si hubiera obrado mal? No: Dios me ha traído y Dios me sacará.—Pero, ¿y si tarda Dios en sacarme otros veinte años? ¿Podré decir que soy tan inocente como ese venerable anciano? De ninguna manera. Y sin embargo.....

Estos *sin embargos* le producían el efecto que un cubo de agua fresca por la cabeza abajo, al que está sudando á mares en un baño ruso.

—No, no: lo mejor será, prosiguió el mancebo, volver á la puerta de la mazmorra: los asesinos se han quedado á oscuras, tenían mucho miedo, y no creo imposible que hayan cerrado mal, en cuyo caso, tengo yo fuerzas, como encuentre á mano cualquier cosa que me sirva de palanca, para hacer saltar mil cerrojos.

Para tornar á la puerta necesitaba luz, pero no habría osado descolgar la lámpara, si de ello dependiese su misma libertad, y prefirió volver á tientas, procurando seguir el camino que había traído.





Lám. 23

Imp. de Gaspar, y Reig.

Entre tanto el anciano se removió en su lecho, incorporóse, dejando caer su blanquísima barba sobre el pecho como una cascada espumosa, y con sus manos descarnadas se restregó los ojos, que brillaban como diamantes en la oscuridad de sus órbitas, y luego exclamó con voz profunda y dolorida:

—¡Sueños, siempre sueños! Soñé que al fin me enviaban un verdugo: pensé que al fin dejaba de padecer. ¡Dios mio! ¡Dios mio! tan cobarde soy que me alegraba de morir.

Arrodillóse luego delante de una cruz de madera toscamente labrada, y parecía pedir á Dios perdon de aquella debilidad de su naturaleza: pero al cabo de algunos momentos alzó la frente aspirando fuertemente y volviendo el rostro á uno y otro lado, como el ciego Isaac, cuando por el olfato quiso reconocer los vestidos de Esau.

—Esta atmósfera, pensó el anciano, no parece la misma de antes: hallo yo aquí alguna novedad.

Y como la novedad, cualquiera que fuese, en la prolongada y monótona existencia del prisionero, debía producirle una sensación agradable, brillaron sus ojos con mas apacible lumbre, y se contrajeron sus labios con la misma sonrisa que en su sueño.

Fijó entonces las miradas en el suelo, y como á fuerza de tener delante por tanto tiempo unos mismos objetos los conocia por átomos, si es lícito decirlo así, no le quedó duda de que otros pies que los suyos habian removido la arena, por mas que ninguna huella, á otros ojos perceptible, hubiesen dejado las plantas del mancebo.

Levantóse, anduvo rastreando á guisa de podenco, y luego retrocedió, levantando al cielo las manos y clamando con alborozo:

—¡No me engañé, Dios mio! ¡Mi verdugo!

Y volvió á caer de rodillas.

Gonzalo apareció poco despues con una hacha en la mano: la turbacion le entorpecia la lengua: contentábase con lanzar á su padre miradas compasivas y que á la vez tambien pedian compasion.

—Te estaba aguardando, amigo mio, le dijo con voz hueca, lenta y solemne; te estaba aguardando. No hace muchas horas me decia yo: «el dia de mi libertad se acerca, creo firmemente que Dios va á mandarme presto un redentor, ó un verdugo.» Acabo de verte en mis sueños: ¡Bendito sea Dios! Su misericordia es infinita para conmigo; quiere darme la felicidad por completo: quiere llevarme á su seno, sin hacerme pasar otra vez por ese purgatorio que se llama el mundo.

El paje del obispo arrojó el hacha con indignacion, suponiendo

que ella era la causa de que el anciano le tomase por ministro de la venganza de Ataulfo.

El cautivo interpretó aquel movimiento como de impaciencia, de ira.

—Pronto, pronto despacharás tu encargo. Déjame siquiera algunos instantes para prepararme á ver á Dios: déjame decirle que, si él lo ordena, estoy dispuesto á vivir, á permanecer otros veinte años en este calabozo.

Aquí Ramiro, falto siempre de palabras para contestar, prorumpió en sollozos, que terminaron ahogados en un torrente de lágrimas.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! repuso Bermudo levantándose conmovido y mirándole mas de cerca. No: tu no eres el sayon que yo he visto en mis sueños; tu eres..... ¡infeliz! ¡infeliz! ¡cautivo como yo! ¡Cuánto, cuanto tienes que llorar! Perdóname, el brillo de esa arma fatal me ha deslumbrado. Sosiégate, hijo mio, ven conmigo: te daré agua: contigo partiré mi pan, mi pobre lecho. No soy tan desgraciado, cuando en mi miseria todavía puedo ser útil á uno de mis semejantes.

—¡Y vuestros semejantes, dijo por fin el jóven, todavía anegado en llanto; vuestros semejantes os tienen aquí olvidado, os tratan peor que á una fiera, os privan del aire, de la luz, del sol!

—¿Qué importa, jóven, qué importa? Dios nos manda volver bien por mal: la injusticia de uno, dos, ni mas hombres no nos autoriza á detestar al género humano: esas mismas personas, de quienes podemos quejarnos con razon, son hermanos nuestros, hijos de un mismo padre: en medio de esos goces envidiables que Dios derrama para todas las criaturas y de que ellos me han privado, son acaso mas desdichadas que yo, mas dignas de lástima que de aborrecimiento. Siéntate, hijo mio, en estos groseros escaños por mí preparados: dime quién eres y á que has venido aquí, porque voy creyendo que no estás preso, al verte tan pertrechado.

—¿Y no presumis que yo venga á ponerlos en libertad?

—¡En libertad! No..... confieso que no me ha ocurrido..... así..... de esa manera..... Morir era toda mi ambicion..... y creí..... pero..... ¡Libre! exclamó Bermudo de repente con un acento que al salir con ímpetu hízole levantar de gozo toda la tabla del pecho. ¡Libre! ¡Ver otra vez el sol, el cielo tendido, inconmensurable, todo azul y tachonado de estrellas! ¡El mar, casi tan grande como el cielo! ¡El campo, las flores, los rios, los prados, los montes, las selvas y las flores! ¡oir el cántico de las aves, el murmullo de los torrentes,

el susurro de los céfiros, el silbo de los vientos! ¡Oh! ¡Ver otra vez las olas con sus cambiantes y espumas, los celajes y ráfagas con sus nácares, y arreboles, y púrpura, y oro! ¡Ver las súbitas mudanzas del cielo, el magnífico aparato de las tormentas, el vivo fulgor de los relámpagos, la triste claridad de la luna silenciosa! ¡Oh! Jóven, tu no sabes lo que me propones, ni yo lo que me digo. Me creía fuerte, domador de mí mismo, vencedor de mis pasiones, y con una sola palabra has echado por tierra toda mi ciencia, toda mi virtud. Me creía un roble secular, que puede desafiar al huracan y sus rugidos, y soy como un campo de espigas que ondea á merced del aura caprichosa..... ¡Mentira, mentira; el mundo no es un infierno, como yo te he dicho, es la antesala del cielo! ¡Llévame....! ¡La libertad, amigo mío, la libertad antes de morir! Los hombres, el trato con los hombres, las casas, los templos, las fábricas insignes, puentes, castillos y ciudades, todo, todo lo que es el mundo. ¡Cuán bellas son las obras del señor! No sabeis lo que teneis, vosotros los que vivis en libertad, los que no hallais coto que no puedan salvar vuestros pasos, límites que no traspasen vuestros ojos, los que no veis un día lo mismo que habeis visto el anterior! ¡No sabeis lo que teneis con lo que Dios derrama generosamente para la mas miserable criatura....! ¡Hombres, hombres, no sabeis siquiera lo que sois, lo que valeis para vosotros mismos! Salgamos, salgamos presto de aquí.

Pesóle á Gonzalo de haber despertado imprudente, con una sola palabra, deseos que no podia satisfacer, y queriendo recoger velas tan ámpliamente desplegadas al menor soplo de viento, interrumpió al anciano, el cual á pesar de todo su entusiasmo soltaba la voz con harta lentitud, como quien habia perdido la costumbre despues de veinte años de casi absoluto silencio.

—La libertad no puedo yo proporcionárosla inmediatamente. Seguro estoy, sin embargo, de que pronto la recobraréis. Yo estoy preso como vos; pero he dejado personas en el mundo que se interesan por mi suerte, las cuales no tardarán.....

—¡Ay, desdichado! exclamó el anciano, despues de un hondo gemido: eso mismo es lo que yo decia las primeras horas, el primer día, los primeros meses, los primeros años de estar aquí: se pasó mucho tiempo antes que yo acertase á desconfiar de los hombres; pero, bien á costa mía, he aprendido á poner solo mi confianza en aquel que es incapaz de engañar. ¡Infeliz, infeliz de tí, si abrigas semejantes ilusiones! Cada momento que pasa, dejará en tu corazon la huella amarga del desengaño; y como los momentos son tantos, y

pasan con tal rapidez, las huellas serán innumerables, y secarán tu corazón, aunque lo tengas mas rico de savia que una planta en primavera, mas dulce que un panal de miel.

El paje le miraba entre turbado y compasivo, y viéndole esponer razones al parecer contradictorias, llegó á temer que su juicio no estuviese muy seguro.

—Pues qué, ¿no acabais de decir....?

—Que el hombre es el mayor tesoro para el hombre, repuso el anciano, que al vuelo habia comprendido su pensamiento. Sí, hijo mio; esa verdad nadie la siente mejor que yo: la soledad completa, castigo es mas terrible que la muerte. Si tu fueses un sayon que hubiese venido á degollarme, te habria mirado con cariño, porque eres hombre. Si mi mayor enemigo, si el que me tiene aquí sepultado viniese á morar conmigo, puede ser que las pasiones me cegasen en los primeros momentos, y que sobre él me lanzase como una fiera para devorarle; pero si de estos brutales ímpetus se salvaba, no dudes tu que venceria el instinto de la naturaleza que me grita, «ámalo: es un hombre.» Las aguas corren tras de las aguas y el hombre tras de la sociedad. ¿Qué importa que los mas puros y cristalinos manantiales, reuniéndose, formen rios para correr mas raudos al Océano y perder su dulzura y suavidad? ¿Qué importa que el hombre, saliendo del modesto rincon de su familia, sepa que el mundo ha de estrujar y retorcer su corazón, y lo ha de alimentar de hieles? Sin que las aguas del mar, ni los desengaños del mundo dejen de ser nunca menos amargos que lo que son, la fuente mas pequeña y el hombre mas oscuro anhelarán siempre mezclar su linfa pura con las salobres ondas, padecer y morir en compañía de los demas hombres.

—Pues bien, dijo Ramiro con sencillez: dad gracias á Dios, porque os envia un compañero, como yo se las doy, por haberlo encontrado.

—Jóven, exclamó Bermudo enternecido: tu crees en Dios, tu lo reconoces en los trabajos; yo ciego de mí me desesperé, blasfemé en un principio; tu no serás tan desgraciado como yo he sido.

Y asíéndolo de la mano lo puso delante de la cruz, y permanecieron de hinojos algun tiempo.

—Lloras, hijo mio; lloras, le dijo el anciano, viendo correr las lágrimas de los ojos de Ramiro: tu verás no obstante que el bálsamo de la felicidad puede filtrarse aun de las bóvedas de este negro sepulcro.

—¡ Oh! vais haciéndome creer, dijo el pobre paje sollozando, que aquí se ha de pasar el resto de mi vida.

—Tienes razon, amigo mio: tu venida ha sido para mí un consuelo, nuestro espíritu siempre egoista se complace en prolongar la dicha aun á costa de la desdicha agena. Habla: tu no has entrado aquí con las mismas condiciones que yo: te veo armado, fuertemente armado. ¡ Con un cuchillo como ese, con una hacha como esa, cuánto no hubiera podido hacer en veinte años! Habla: tu suerte no puede ser igual á la mia. ¿ Quién eres?

—Me llamó Ramiro Perez de Mellid.

—Perez de Mellid: ¿ con que eres hijo de Pedro ⁽¹⁾ de Mellid el de Santiago? Conozco á tu padre..... ¡ Ah! ¿ con que eres el fruto de bendicion tan ardientemente deseado por el buen hidalgo, que no se conformaba con carecer de un heredero de su nombre y de su escudo? ¡ Bravamente suele blandir la lanza! ¡ Buen vasallo del rey don Alfonso VI, cuya vida guarde el cielo muchos años! Pero, ¿ qué digo, triste de mí? ¿ Dónde estará el rey, dónde los vasallos que yo conocia, dónde los hombres de mi tiempo? ¿ Quién reina en Castilla? ¿ Quién en Santiago? ¿ A dónde habeis barrido ya los enemigos de la fé? ¿ Siguen los hijos de la cruz haciendo alianzas con la media luna, y los príncipes cristianos despedazándose mutuamente, mientras el musulman, sentado en muelles cojines, cruzado de brazos, los contempla y se sonrie?

—¡ Ah señor! contestó Ramiro: los hombres, al menos todos los que habeis citado, todos han desaparecido; pero segun de vuestras palabras infiero, subsiste el mundo tal como lo habeis dejado.

—Así lo creo, Ramiro: el que observa el piélago de cierta distancia, lo ve siempre igual, lo mismo en calma que irritado. Los hombres son como el raudal con que muele el molino: descienden con rapidez, chocan contra la rueda de los acontecimientos, la mueven y desaparecen: la corriente siempre es distinta, la rueda la misma siempre: los hombres pasan, los sucesos giran. Pero no me cansaria nunca de hablar.....

—Ni yo de escucharos toda la vida.

(1) Sabido es que en aquella época los hijos siempre llevaban patronímico. Pedro Froilaz de Trava queria decir: Pedro, hijo de Froilan, ó Fruela, de la casa de Trava: los hijos de Pedro tomaban el patronímico de Perez, v. g. Fernando Perez de Trava. De esta suerte por el primer apellido se conocia el nombre del padre. Posteriormente fué aboliéndose esta costumbre, y los apellidos patronímicos que hoy subsisten indican el nombre del principal ascendiente ó progenitor.

—¡Dios mio! ¡Cuántas cosas tengo que preguntarte! Algunas..... de ellas..... ¡Ah!.... No me siento con valor para saberlas, murmuró Bermudo. Hágase tu voluntad, Dios mio..... Olvidémoslas, y dime en primer lugar como has entrado aquí.

Gonzalo le refirió, que perseguido por Ataulfo en el castillo, halló un refugio en aquella torre, y callando todos los antecedentes de su historia, se extendió en los pormenores de su postrera aventura.

—¿Con que tu generoso arranque, tu noble deseo de salvarme te ha valido el cautiverio?—No murmures de Dios, amigo mio, no blasfemes de la divina Providencia. Los que aquí lloran, reiran en la otra vida. Ten fê, hijo mio, que si sientes fê, te alegrarás de padecer. Pero, ¿tu me conoces? ¿Te ha movido á favorecerme....?

—Saber que erais desdichado, contestó el paje con sencillez.

—¡Ah! exclamó el anciano, abrazándolo con ternura. Ramiro, ¿cómo he de aborrecer á los hombres, siendo tu uno de ellos? Tú, como el Niño de doce años á los doctores de la ley, confundes al necio charlatan, que no hace mas que hablar, hablar de virtud estérilmente, mientras tu callando la practicas. ¿Quién te ha enseñado esas cosas? ¿quién ha inclinado tan bien tu corazon?

—El obispo de Santiago, cuyo paje soy.

—¡El obispo! Cuando yo desaparecí del mundo, la iglesia de Santiago estaba viuda. Diego Pelaez, el último prelado, acababa de salir de un calabozo, donde permaneció casi tantos años como yo. ⁽¹⁾ Gobernaba un monje de Cerdeña llamado Pedro.....

—Luego cayó el gobierno, prosiguió el paje, en manos de un seglar, Pedro Vimara, el cual habiéndose hecho odioso por sus crueldades, fué depuesto, y le sucedió el merino Arias Diaz, seglar tambien, que con sus rapiñas oscureció la fama del primero. Luego vino Dalmacio.....

—¡Cuánta, cuánta mudanza, cuánta desaparicion!

—Y luego, prosiguió Gonzalo.

—¡Todavía mas!

(1) Puede acaso parecer hoy inverosímil un encierro tan largo y riguroso como el que la tradicion atribuye á Bermudo; pero el ejemplar citado en el testo, y otros muchos de que nos hablan los romances y libros de caballería, que entre paréntesis, son las mejores fuentes para empaparse en el espíritu de la edad media, hacen el hecho á nuestro modo de ver muy admisible. El que esto lea habrá recordado ya la historia del conde de Saldaña, libertado por su hijo Bernardo del Carpio. Quizá tan bárbara costumbre nos vino de los árabes, como indudablemente de ellos nos ha venido la voz *mazmorra*.

—Y luego Diego Gelmirez, mi señor.

—¡Gracias á Dios! dijo el prisionero: cada nombre de ese catálogo era una losa mas sobre mi sepulcro. Ese Diego Gelmirez debe ser un mozo de grandes brios, ciencia y virtud, hijo de Gelmiro, gobernador de Padron y de todas las tierras entre el Ulla y Tambre.

—Ese don Diego es mi segundo padre.

El buen paje se detuvo encomiando tierna y fervorosamente á su protector, y prosiguió diciendo:

—Me habeis preguntado tambien quién reina en Castilla: difícil es la respuesta, porque despues de la muerte del rey don Alfonso.....

—¡Con que es cierto! tornó á esclamar Bermudo, que á cada palabra interrumpia al narrador. ¡Aquel monarca, á cuyo lado he peleado, que me armó caballero.....

—Como tambien habia muerto el príncipe don Sancho.....

—¡Ah, no solo los ancianos, los niños tambien! Cuasi no me atrevo á tomar en boca el nombre de una persona querida..... tu contestacion es igual para todo; la suerte de todas es una misma; grandes, pequeños, queridos, indiferentes, todos yacen en el sepulcro. Sin embargo, prosigue: despues de la muerte del rey Alfonso y del príncipe heredero, quedaba en Castilla una infanta celebrada ya por su peregrina hermosura, por sus virtudes.....

—¿La Reina? respondió Gonzalo con viveza.

—Con que Urraca de Castilla.....

—¡Vive, señor, vive!

—¿Y reina sola, por ventura, en el trono de su padre?

—Sola, sí señor.

—¿Es decir que no se ha desposado.....? preguntó Bermudo, dulcificando un poco la natural aspereza de voz.

—Se ha casado dos veces, y repudiada por su segundo marido, ha conseguido, ó debe conseguir muy presto, la anulacion del matrimonio.

Ramiro en sus relatos era breve, sencillo y fiel; pero estas prendas no las consideraba suficientes para dar á conocer los hechos concernientes á ciertas personas, y despues de cumplir con el severo deber de historiador, iba á llenar las gratas funciones de panegirista, con tales brios como si un liceo hubiese propuesto el elogio de doña Urraca por tema de un certámen y el paje contase con bastantes amigos para conseguir el premio.

Pero se quedó agradablemente sorprendido al ver que en este camino le habia tomado la delantera el anciano de la mazmorra.

—¡Cómo! ¡Repudiada una Reina de Castilla! ¡Una infanta que era en mi tiempo dechado de princesas, espejo de las damas....! ¿Quién, quién ha osado afrentarla de tal manera? ¿Qué castellanos hay en Castilla que lo sufren, que no vuelven por el honor de su Reina mancillado?

—Teneis razon, mucha razon; pero como el marido es un rey, don Alfonso de Aragon; como el primero que mira impasible la afrenta es el hijo de doña Urraca, habido en el primer matrimonio; como ella está en guerra con su esposo por un lado, con su hijo por el otro, y como en esta confusion de lides y pretensiones el partido mas débil es el suyo.....

—Esa Urraca no es la Urraca que yo he conocido, dijo con triste y grave acento Bermudo de Moscoso. ¡Ah! Si es cierto lo que me cuentas, jóven, la suerte mas desdichada no es la de los que mueren, no es siquiera la de los que viven privados de todas las delicias del mundo.

Y el anciano dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Bastante he sabido ya, añadió despues: ven, Ramiro: tu necesitas descansar y tomar alimento: partiré contigo el negro pan de la cautividad, que yo solia sazonar con lágrimas, cuando no se habian agotado mis ojos.

—Antes de aceptar vuestros ofrecimientos, permitidme, señor, que os pregunte quién sois, cuál es vuestro nombre.

—¡Mi nombre! contestó el anciano estrañamente conmovido: ¿para qué? Yo he muerto hace veinte años..... mi nombre ha pasado, ha desaparecido, se ha borrado de la memoria de los vivientes..... ¿quién tiene la imprudencia, la vanidad de querer resucitar al cabo de veinte años? El padre mas querido, el esposo mas amado, el hermano, el amigo, serian un estorbo para el hijo, para la esposa, para los hermanos, para los amigos, para todo el mundo. Todos tendrian que avergonzarse delante de él, tendrian que huir de su presencia ó vivir mortificados. Estorbo para sus intereses, estorbo para sus afecciones, estorbo para sus nuevos vínculos y conexiones. Por mas que haciéndose cargo de la debilidad, de la flaqueza humana, les perdonara su olvido, su inconstancia, la falta de cumplimiento en todas las promesas; ellos, que no han sido huéspedes de la tumba, escuela de la miseria, donde se aprende á compadecer la miseria, á vivir con la miseria, ellos no podrian comprender el perdón de ese hombre, su grandeza de alma, su sonrisa desdeñosa. No: los muertos no deben resucitar jamás: bien estan en el sepulcro.

—Por desgracia no teneis que salir de él, para revelarme quién sois, repuso Gonzalo; encerrado aquí con vos, debiendo sufrir ambos una misma suerte, es lo mismo que si murmuráseis vuestro nombre delante de otro cadáver.

—Ni aun á otro cadáver, dijo con inflexible acento el de Moscoso. Vienes ahora del mundo y podrias escandalizarte, podrias murmurar de una persona, á quien solo Dios y yo tenemos derecho de juzgar.

—¡Cómo!

—Basta, basta, no me preguntes mas. ¿Qué has visto hoy en el castillo de Altamira?

—Una mujer que ha sido arrastrada á dar su mano al hombre que mas detesta; una mujer que, por yo no sé que causas, ó sospechas acerca de su matrimonio, ha querido huir conmigo del alcázar.....

—¡Contigo!

—Sí, conmigo, que por verla, por libertarla he venido de Santiago.

—¿Con que esa mujer está ya casada con Ataulfo? ¿Y no te figuras tú, ó no sabes, por mejor decir, pues tan decidido protector suyo te muestras, no sabes qué linaje de sospechas tiene ella acerca de su matrimonio?

—Yo nada sé, dijo el mancebo estremeciéndose: figúrome que las sospechas deben recaer acerca del parentesco de afinidad de los cónyuges; porque como estuvo casada con don Bermudo de Moscoso.....

—¡Has pronunciado ese nombre con cierta conmocion....! advirtió el anciano.

—¡Ah! Tengo mis motivos.

—¡Tus motivos! ¿Qué tienes tu qué ver con Elvira de Trava para protegerla, y con Bermudo de Moscoso para turbarte?

—Quiero ser reservado con quien de mí se reserva.

—Sin embargo..... tu no eres deudo de ninguna de las dos familias.

—La de Mellid es muy inferior á entrambas, dijo Gonzalo con orgullo absolutamente inesplicable.

—¿Cuántos años tienes? Creo que la reserva no llegará al extremo de que lo calles.

—No, no señor; he venido al mundo en el mismo año en que vos habeis desaparecido de él, respondió el paje reprimiendo su turbacion.

—Yo tuve un hijo de tu misma edad, añadió Bermudo enjugándose una lágrima.

—¿Y se llamaba?

—Gonzalo.

—¡Ah!

—¿Qué tienes?

—No es nada, dijo Ramiro, mordiéndose los labios casi hasta el punto de hacerse sangre: tengo así, como ganas de llorar; pero luego se me pasará.—¿Y qué ha hecho Dios de vuestro hijo?

—Mi carcelero me manifestó ha mucho tiempo que era muerto.

—¡Dichoso de él!

—¿Por qué....?

—Antes habeis dicho con razon: « los que mueren no son los mas desdichados. » Figuraos que yo no he conocido á mi padre , y que á la vuelta de una larga peregrinacion me dicen: « ha muerto tu madre; pero al espirar, ha declarado al confesor que tu no eras hijo suyo, que te halló desnudo, abandonado en una peña, y no puede dar razon alguna de tí. »

—De manera que tu, pobre mozo, te has visto en el mundo sin arrimo, sin amparo, sin nombre?

—Hasta hoy, hasta hoy que he conocido á mi verdadera madre y la he dado un abrazo..... ¡Ay! ¡el primero y el último!

Y el paje pronunció estas palabras con tan débil acento, como si fuese á espirar.

Bermudo acudió á sostenerle.

—Sosiégate, sosiégate, Ramiro: no te acongojes, no te apures así. ¡Oh! ¡ Pierdes el color....! ¡ Ven aquí: ven! Ponte ahí, al lado del arroyo por donde corre un poco de aire..... ¡ Tanto hablar, tanto hablar! ¡ Tantas emociones!

Pero el anciano tuvo que soltarle, porque temblaba todo de pies á cabeza.

—¿Y vos? ¿Qué teneis? Sentis sin duda verme padecer..... hallo en vuestros ojos una novedad..... ¡Si apenas podeis sosteneros!

—¡Ca! Yo estoy firme, sereno..... se..... re..... no, repetia Bermudo con labio balbuciente: yo soy feliz contigo.

—Yo tambien con vos.

—Acuéstate en mi lecho, Ramiro. Sosiégate, por Dios: aquí vas á enfermar con semejantes alternativas y agitaciones, que son capaces de trastornar á un bronce: hoy has encontrado á tu madre, hoy la has perdido: hoy has estado á pique de perecer, hoy te has salvado: hoy eras libre, hoy cautivo..... Y luego esta atmósfera húmeda, insalubre..... Eso, eso, no es otra cosa.

—¿Y vos?

—Por mí no te apures: aquí cerca de tí.... detras de aquel pilar descansaré tambien un rato. Vamos, no puedo verte padecer..... Me retiro.

—¡A Dios! exclamó el paje con el tono de una persona que desea hallarse libre de un importuno, y pareciéndole demasiada dureza añadió como arrepentido: pero..... antes de dejarme, ¿no me direis vuestro nombre?

—No: despues que te tranquilices y descanses.

—Descansad vos igualmente, que tenemos muchas cosas que decirnos.

Ramiro se quedó cerca del lecho de paja; pero en vez de tenderse en él, hincóse de rodillas delante de la cruz, y comenzó á llorar á rienda suelta.

Habia conocido á su padre: no le quedaba duda ninguna de que aquel anciano era Bermudo de Moscoso; pero viéndole tan débil, no queria lanzarse tan pronto á sus brazos, por temor de que la impresion de gozo que aquel arranque debia causarle, fuese funesta para la salud. Reprimióse cuanto pudo, y la misma violencia que se hizo le habria costado cara, si ahora, sin testigos, no desahogase el corazon del llanto y las congojas que le oprimian.

El anciano no tenia la misma certidumbre acerca de los vínculos que le unian con su compañero; sus sospechas, sin embargo, eran tan vivas que solo necesitaban de una palabra, de una pequeña circunstancia para convertirse en evidencia. Pidióle á Dios con igual fervor y ternura que Gonzalo, que les diese fortaleza en aquel trance, y así permaneció largo rato, mientras oia los sollozos que resonaban detras de sí.

Pero cuando el habitual silencio de la mazmorra volvió á tender por todos los ángulos su grueso manto que apaga todos los sonidos, se levantó el cautivo, y con las mayores precauciones, para no turbar el sueño de Ramiro, se encaminó á su lecho con ánimo de contemplar aquella noble faz, no ya con ojos de hombre, sino con ojos de padre.

El hijo no dormia: segunda vez habia logrado sofocar sus sollozos para no alarmar al anciano: reclinóse en la grosera cama creyendo burlar piadosamente su vigilancia, si acaso era observado como presumia. Mas apenas lo juzgó satisfecho, retirado y dormido, se levantó tambien, se dirigió hácia él, y entrambos se encontraron en el camino.

El paje entonces no pudo contenerse, en vista de aquella providencial coincidencia de ideas y sentimientos.

—¡Don Bermudo! ¡Padre mio! exclamó corriendo desalado á los brazos del venerable anciano.

—¡Hijo mio Gonzalo! gritó el cautivo con un acento de gozo, cuál nunca habia resonado en aquella mazmorra.





Lám. 24.

Imp. de Gaspar y Rosg.



CAPÍTULO VIII.

Que no debemos fiarnos del agua mansa



La historia de Bermudo Ordoñez de Moscoso en gran parte es conocida del lector: pasarémos, pues, rápidamente por el terreno trillado si en escritos tan humildes es lícito valernos de las altas frases parlamentarias, para llegar presto al campo virgen de los nuevos acontecimientos.

El primogénito de Altamira con sus naturales prendas de todos reconocidas, con su gran fortuna en la corte y en las lides, tuvo la desgracia de escitar la envidia de Ataulfo, predispuesto á tan ruin pasión por el insensato y ciego cariño de su padre, y funesta educación que recibió desde los primeros años.

—Dejadme, solia decir el viejo Ordoño á los que le argüían

con la injusticia y fatales consecuencias de aquella predileccion. dejadme: todo debe estar compensado en el mundo: herede el primogénito los bienes y la gloria de sus antepasados; este infeliz, proseguia con ternura, imprimiendo un beso en las flacas y macilentas mejillas de Ataulfo; este debe consolarse con los mimos y caricias de su padre.

El Benjamin de los Moscosos, sin embargo, como regularmente sucede, lejos de creerse equilibrado con el hermano mayor, aprendió muy presto á codiciar lo que no tenia, para despreciar lo que tan fácil y generosamente le daban. La envidia es una pasion estéril: á los triunfos, al renombre, á las conquistas con que el hermano mayor acrecentaba su fortuna, el menor tan solo oponia el ceño, el odio, la tristeza que le roia el corazon.

Cuando el ambicioso Ordoño llegó á persuadirse de que Bermudo podia enlazarse con la infanta de Castilla, admitióle al goce del cariño paternal, y el hijo menor se vió privado hasta de la única compensacion de su miserable suerte. No importa que poseyendo todo entero ese amor lo desdeñase, para suspirarlo ahora, y reclamarlo como un derecho precioso y exclusivo, cuando los demas participaban de él.

El odio llegó á su colmo al ver Ataulfo que el primogénito amaba á la mujer en quien él habia puesto los ojos, y á quien idolatró desde entonces, solo por haber sido del otro requerida. Nunca pensó en elevar á la bastarda al tálamo nupcial; pero ya ningun otro pensamiento le ocupaba. Declaróselo á Elvira, como quien deseando terminar de un golpe la vacilacion de aquella competencia, descarga en la balanza un peso irresistible. Júzguese de su sorpresa, de su furia, de su desesperacion, cuando la de Trava le confió su casamiento secreto con Bermudo: allí, allí mismo, delante de Elvira, aunque en el fondo de su corazon, juró la ruina de aquel su eterno antagonista, su rival siempre favorecido.

Pero oigamos ahora al primogénito de Altamira la relacion que de sus desventuras estaba haciendo en la mazmorra, sentado á par de Gonzalo, algunas horas despues de haberle reconocido.

—Disimuló, sin embargo, decia, y nunca se mostró conmigo mas fino y amable que despues de aquella revelacion. Yo, que al principio sentí en el alma la imprudencia de tu madre, la felicitaba de ella por sus buenos resultados. Mi alucinacion fué completa cuando le vi casado poco despues con una de las principales y mas ricas damas de Galicia: llegué á confiarle el secreto de tu existencia, que

él habia adivinado ya en la alegría que rebosaba mi semblante, y me aconsejó que todo se lo descubriese á nuestro padre. Quizá llevaba la intencion de que el anciano, que se hallaba al borde del sepulcro, cada vez mas empeñado en que yo correspondiese á los amores de la infanta doña Urraca, viéndose lastimosamente engañado me desheredase: quizá su satisfaccion provenia de poseer aquella arma que discretamente manejada podia serme fatal.

Pero si tales fueron sus cálculos, saliéronle muy fallidos. Mi padre en las postrimerías de su vida, asustado tal vez de su propia obra, llegó á temer las consecuencias del carácter de Ataulfo, y trataba de contener sus feroces instintos, pronosticándole una muerte cierta en el mismo dia en que se hiciese reo de homicidio: este era su pensamiento de todas horas, esta su pesadilla, su preocupacion, esta, en una palabra, su manía. En la debilidad de su cerebro no podia admitir ninguna otra idea; descubrióle, por fin, el hijo predilecto mi casamiento, y recibió la noticia con indiferencia; no le hizo absolutamente impresion alguna, ni buena ni mala.

—Ataulfo, le contestó; ya sabes que siempre te he querido mas que á él, por lo mismo te encargo que á no ser por causa justa á nadie des muerte, porque aquel mismo dia bajarás á la tumba.

Hé aquí todo lo que pudo sacar del ya casi moribundo anciano: no eran estas por cierto las maldiciones, la desheredacion que mi hermano esperaba. Guardóse bien de comunicarme el éxito de las gestiones practicadas con mi padre; antes bien afectó participar de mis temores de que semejante nueva abreviase el término de su existencia. Entre tanto, como el honor de tu madre exigiese separarte de ella, mientras el matrimonio no se hacia público, te llevé á criar á una aldea de Noya: parecióme que por pobre la despreciarian los piratas normandos que entonces solian talar nuestras costas, sorprendiendo bruscamente las villas y castillos desapercibidos. Desembarcaron á la sazón, y su insolencia llegó á tal punto, que, segun noticias que tuvimos, se internaban con ánimo de asaltar este castillo. Dijome Ataulfo que debiamos recorrer el edificio á fin de prevenirnos para el ataque; y aunque mi intencion no era de esperar á los piratas, sino de salir á recibirlos para escarmentarlos de una vez, me pareció prudente hacer esa inspeccion para calcular cuánta gente debia quedar dentro, mientras con el resto disponible saliamos al encuentro de los merodeadores.

Como él habia residido en Altamira mucho mas tiempo que yo, que casi toda mi vida seguí las banderas del rey de Castilla; como

en su tiempo y por su direccion se habian hecho grandes obras en la fortaleza, él me sirvió de guia y me trajo á esta mazmorra, de la que no he vuelto á salir.

Mientras andaba yo recorriendo con él los subterráneos, donde nuestros antepasados solian encerrar los cautivos, aquel desgraciado que aparentemente habia dado treguas á sus odios para mejor preparar su venganza, pudo escurrírseme sin ser notado, dejándome esa misma lámpara que nos alumbraba. Creí al pronto que se habria detenido en alguno de estos pilares, y le llamé suavemente y sin inquietud; pero como no respondiese, sospeché que podria haberle dado algun mal, con tanto mas fundamento, cuanto que poco antes habia notado la palidez de su rostro, el temblor de sus labios y de su acento. Registré con el mayor cuidado estas bóvedas, y no encontrándole, todavia creí que se habria retirado enfermo en busca de mejor aire que el que aquí se respiraba: acudo á la puerta y la encuentro cerrada: ni aun entonces pude sospechar el crimen que se estaba perpetrando, á pesar de que los saltos del corazon ya me presagiaban alguna desgracia. Yo creo que semejante incredulidad era efecto del embotamiento de mis sentidos y confusion de mi cabeza. Permanecí delante de la puerta, como aturdido, hasta que, no pudiendo sostenerme de pie, arrimado á un poste, me tendí en el suelo, y sin poder remediarlo quedé dormido en medio de las imágenes queridas de mi mujer, de mi hijo, de mi padre y hermano, que revolaban en torno de mí, sin que ninguna de ellas me produjese una impresion desagradable.

Al despertarme creí que entonces era cuando principiaba á soñar: me acosté con armas, estaba sin ellas: nada dejé á mi lado, sino las arenas del pavimento, y hallé un cántaro de barro, algunos panes, y haces de paja. Todo aquello que yo veia y palpaba era necesario para que pusiese en duda la sinceridad de la reconciliacion de mi hermano, y tantos y tantos años pasados bajo estas bóvedas impenetrables, para persuadirme de su negra perfidia, de la dureza de su corazon.

—Pues el infame, Gonzalo dijo á la sazón, aprovechando la pausa que hizo aquí el anciano: el infame tuvo arte para ocultar á todo el mundo su iniquidad. Cien rumores habrán llegado de niño á mis oídos acerca de vuestra supuesta muerte; pero el que corria por mas autorizado, era que aquella misma noche salisteis armado de vuestro mas precioso arnés, en compañía de Ataulfo, á recibir á los normandos. Como brillaba vuestra armadura mas que ninguna

otra, los piratas cargaron sobre vos y os hicieron prisionero.

—¡A mí! ¡á mi prisionero unos salteadores de caminos! exclamó Bermudo con el acento y el orgullo de su juventud. ¡Y se ha dado crédito á tan absurda fábula!

—Por eso añadian otros que los normandos os cogieron muerto, y se retiraron á sus barcos con vuestro cadáver, y dando á entender que erais vivo, pidieron por vos un gran rescate que se negó á pagar Ataulfo, dicen unos, por tener noticia de la superchería de los piratas, y segun otros porque le tenia mejor cuenta que os tirasen al mar, como lo hicieron.

—Ataulfo, sin duda para llevar adelante sus inicuos planes, hizo vestir mi armadura á uno de sus criados, cómplice suyo, que, como siempre sucede, fué la primera víctima. ¿Pero el soldado se distingue acaso por sus arreos? ¿Es posible que Bermudo de Moscoso vencedor en cien combates, fuese sustituido por el primer bribon que se disfrazó con sus armas?

—Por eso dicen que Ataulfo no se apartaba de vuestro lado.

—¿Y Pelayo, mi fiel escudero, que tantas veces me habia visto pelear contra los infieles....?

—¡Pelayo! exclamó Ramiro. ¡Oh! ese es el único que debió conocer el engaño. Me lo da el corazon. ¡Por eso el bárbaro le arrancó la lengua: por eso anda mudo, para que nunca pueda dar testimonio contra Ataulfo! Mas..... ¡Oh, Providencia.....! el obispo de Santiago que me criaba para la iglesia, me enseñó á escribir en la escuela de los canónigos; yo, vecino de Pelayo, le fuí transmitiendo una por una mis lecciones, y él, á pesar de ser mendigo y villano, aprendió el arte con el mayor afan, con animo sin duda de vengaros algun dia, publicando su secreto.

—¿De qué servirá? repuso tristemente el legítimo señor de Altamira. Esta prision comienza á serme tan insoportable como en los primeros tiempos de mi cautiverio; entonces yo me desesperaba, prorumpia en gritos frenéticos, llamaba á mi mujer, á mi hijo, á mis deudos y amigos, levantaba mi frente contra Dios, con la soberbia de Satanás, hasta que al fin ese Dios, de quien blasfemaba, se compadeció de mí, puso en mis ojos lágrimas, suspiros en mi pecho, oraciones en mis labios, arrepentimiento en mi corazon: ofrecí al Señor todos mis dolores en satisfaccion de todas mis culpas, y tal horror tuve de ellas, que las privaciones que sufría me parecieron pocas, y voluntariamente las aumentaba. Entonces, hijo mio, sentí consuelos que nunca habia tenido, probé dulzores que jamás habia

saboreado: la religion convirtió para mí este infierno en paraíso; mas ahora, cuando veo á un hijo participar de mi suerte, cada instante que aquí pasa me parece un siglo; cada privacion que sientes un tormento mas cruel que todos los que he pasado; cada latido de tu inquieto corazon es una puñalada para el mio..

—No os apureis, padre; Dios me dará conformidad como á vos.

—¡Y hasta entonces....! exclamó el anciano: ¡no sabes tú qué cosa tan terrible es estar tantos años privado de libertad! ¡No sabes cuán vehementes son los deseos de gozar de aquellas cosas que, por sencillas y comunes, nadie repara en ellas! ¡No sabes lo que es recibir el alimento de manos de tu verdugo, cuyo olvido, cuyo capricho, cuyo abandono te esponen á morir de hambre á cada momento! No sabes tu.... ¡Mas quisiera no haberte visto, que conocerte para saber que vas á sufrir la mitad de lo que yo he sufrido!

—¿Pero en tantos años no habeis hecho alguna tentativa para escapar de aquí? ¿No habeis podido sorprender al carcelero cuando viene á traerlos alimento?

—Siempre me lo arroja por ahí arriba; respondió Bermudo; por esa trampa que ves en la clave de la bóveda.

—Allí observo tambien una pequeña claraboya, que aunque muy alta....

—Tiene diez y ocho pies de ancho la pared en que está abierta, y seis robustas rejas de hierro, de vara en vara: cae á un tránsito de esta misma torre, la cual, como tu sabes, comunica con el patio del alcázar y á las habitaciones de Ataulfo.

Gonzalo, que miraba á todos lados en busca de salida, insistió todavia:

—Pero esta agua, que se filtra sin duda de los fosos, tendrá algun conducto para huirse de aquí.

—Sí, hijo mio, y si ese conducto se cierra, y al mismo tiempo se levanta la compuerta que sirve para desaguar los fosos, toda el agua entra aquí; inúndase esta mazmorra, y los pobres cautivos tienen que perecer ahogados.

—¡Oh!

—Por eso, continuó el señor de Altamira, por eso me fijé siempre en abrirme camino por esa parte, siguiendo la corriente del arroyuelo y ensanchando el canal. Allí estaba mi mayor peligro y allí mi salvacion. Si el conducto se cerraba, el agua iria cayendo, cayendo de los fosos y deteniéndose aquí y llenando poco á poco el subterráneo: si lograba á fuerza de paciencia ensanchar el desagadero, de

manera que por él cupiese mi cuerpo, puesto que arrastrado como una culebra, lograria salir, no al tránsito de la torre, no al patio del alcázar, sino al campo, al aire libre.....

—Sí, sí, exclamó Gonzalo; á una de las vertientes de la colina, á una roca casi oculta entre zarzas y maleza.

—Justamente. Pero ¿cómo has caido tu en la cuenta?

—Ayer me detuve en ese mismo sitio; estando en él recibí la carta de la Reina; en él dejé á Pelayo, con harta precipitacion, lo confieso, y me llamó la atencion que el agua brotase turbia, cuando en los fosos parece tan mansa y cristalina.

—¡Turbia! dijo Bermudo con inquietud. Pues yo procuro siempre no alterarla, para que nadie infiera que estoy trabajando en el canal. Me descuidé sin duda.

—¡Ah! ¡Con que erais vos, padre mio, que estabais á pocas varas de mí!

—¡A pocas varas! Eres jóven, y la menor palabra es una esperanza que brota en tu corazon. Lo que sé decirte es que ha cerca de veinte años que no ceso de trabajar; que aun en los tiempos de mi mayor resignacion á la voluntad de Dios, he empleado muchas horas todos los dias en esa ocupacion; porque el Señor nos ha impuesto el deber de hacer los mayores esfuerzos para la conservacion de la vida, y sin embargo.....

—¿Qué?

—He taladrado veinte pies de cimientó.

—¡Cielos! exclamó el paje con júbilo.

—No, no te alegres hijo mio, porque aunque despues he abierto veinte varas mas de terreno arcilloso y fuerte.....

—¡Veinte varas!

—He tropezado, al fin, dijo el anciano con desesperacion, he tropezado con una roca de granito, para romper la cual se necesitan acaso otros veinte años de paciencia y de continuo trabajo.

—¡Oh!

—Ven, ven, Gonzalo, añadió Bermudo asiéndolo del brazo y llevándolo por la negra márgen del canal; verás de lo que es capaz la constancia del hombre.

El arroyuelo, despues de atravesar á lo largo toda la mazmorra sepultábase en una pared de sillería por un agujero de cuatro pulgadas de diámetro.

—Yo no veo, dijo el mancebo, que por aquí pueda caber el brazo

de una persona robusta, cuanto mas el cuerpo de un hombre que tiene que revolverse para trabajar.

—¿Tu no ves, eh? respondió el preso sonriéndose con esa satisfacción tan propia del que está seguro del efecto que han de producir sus palabras. Sin embargo, repara en esa piedra de media vara en cuadro, que está á la derecha, tocando al desaguedero.

—Efectivamente, observándola despacio se ve que está removida, que ha perdido la mezcla en todas sus junturas.

—Mira, dijo el anciano; y metiendo las uñas en ambos costados, arrancó de cuajo aquel sillar, que era una tapa de piedra de dos pulgadas de grueso.

—Antes no era así; tenia lo menos dos pies de profundidad; pero yo principié por arrancar una barra de hierro, en cuyo trabajo invertí un año y quince dias: con la barra hice una especie de pico, ó palanqueta, y en sacar esta piedra, aislándola primero de las demas, gasté cinco años y medio.

—¡Dios mio! exclamó Gonzalo asombrado.

—La obra avanzó luego prodigiosamente, prosiguió Bermudo, que gozaba en el asombro de su hijo; tras de sillares, ripio y argamasa: todas las cosas de los hombres se distinguen por ser siempre en apariencia mas sólidas, mas bellas que en realidad; al contrario de la naturaleza, que oculta en sus entrañas los metales mas preciosos, y tras de rudas cortezas los frutos mas delicados. Asómate ahí: verás que la mina es cada vez mas espaciosa, de tal manera, que dentro puedo estar por de pronto en cucillitas y mas adelante derecho: con todo, el horadar esos diez y ocho pies restantes, me llevó cosa de seis años, y eso por haberseme desgastado la barra de hierro, y tener que valerme de palancas de madera y de mis uñas.

—¡Padre mio! ¡Padre mio!

—Cuando llegué á la arcilla, siempre, por supuesto, siguiendo la corriente del agua, me tuve por dichoso: á pesar de su dureza fui escavando y abriendo una especie de galería, en la cual ya cabe un hombre de pie. Figúrate lo que adelantaria acostumbrado á remover arena por arena las piedras de granito. Miné, como te dije, hasta veinte varas: ya veia yo por el conducto del arroyo la luz á cuatro varas de distancia, recibia la corriente de aire, y con esto solo me tenia por dichoso: ¡cuatro varas para quien llevaba veintiseis abiertas! La proximidad del logro de mis deseos alimentaba mi ardor en el trabajo; pero me encuentro con un peñasco duro

como el pedernal, y sin herramientas, sin un pedazo de hierro siquiera, anciano y sin fuerzas; y acabé de convencerme de que no era la voluntad de Dios que yo saliese nunca de este sitio.

—Tanto trabajo perdido, es capaz de desesperar al hombre de mas paciencia, dijo el mancebo moviendo tristemente la cabeza.

—¡Trabajo perdido! contestó el padre; no, reflexiona bien, y verás que acaso debo la vida á semejante ocupacion. Ella me ha traído de mis pesares: ha hecho que con la fatiga mi sueño fuese profundo y sosegado; que mis miembros no se entumeciesen por falta de ejercicio; me ha obligado á permanecer muchas horas en el paraje donde se respiraba un aire saludable..... ¡Oh! no sabes tú, hijo mio, los bienes que produce el trabajo, cuando se toma como una obligacion, que pesa sobre todos los hombres, y que á un mismo tiempo nos corrige, contiene y perfecciona. El trabajo y la oracion son dos corazas en las cuales se quiebran los dardos mas agudos de la desgracia.

—¿Y habeis abandonado del todo vuestra empresa? preguntó Gonzalo, inquieto acerca de su suerte y de la de su padre.

—Estos dias pasados, cuando Ataulfo me anunció que iba á consumir su venganza, haciéndose dueño de mi propia mujer, renováronse en mi corazon las antiguas llagas; creí volverme loco de pesar, y con mas ardor que nunca, acudí á la fuente de toda consolacion, á Dios en el cielo y al trabajo en la tierra: oré y me fatigué golpeando en la roca.....

—¿Y qué conseguisteis?

—Conseguí todo lo que apetecia: dormirme profundamente al cabo de tres dias de desvelo, y soñar que iba á dejar luego esta morada.

—¿Cómo?

—Ya te lo dije, por mano del verdugo.

—¡Oh! repuso el paje con un gesto que queria decir: no es eso lo que yo preguntaba. ¿Y en la roca, prosiguió, no hicisteis mella, no adelantasteis nada?

—Nada.

—Bienes verdad, continuó Ramiro, como hablando consigo mismo, que no teniais herramienta alguna; pero yo traigo un cuchillo, y ademas el hacha que Martin, el sayon, desde el umbral de la puerta se dejó caer con el susto.

—Mucho podria haber adelantado yo con semejantes instrumentos, respondió el anciano; ¿pero qué sirven para horadar un peñasco?

Me aterra calcular el tiempo que se necesita para esta empresa, en el cual has de estar espuesto á morir de hambre, si Ataulfo no se digna arrojararnos el alimento, y á morir ahogado, si ese conducto se cierra, y las aguas del foso se precipitan en esta caverna.

—¿Pero en lugar de seguir la direccion del desaguedero, empeñandoos en taladrar la roca, no habeis pensado en cavar hácia arriba, buscando la superficie de la colina?

Bermudo quedó pensativo y dijo despues:

—Tienes razon: yo no recuerdo fijamente qué altura hay desde ahí á la faz de la tierra; pero de todas maneras, bueno será tentarlo, y trabajando los dos.....

—Entremos, padre, entremos á ver.

—Sigueme, hijo mio. Al principio tienes que agacharte; pero despues, ya podrás andar mas desembarazado. Ven, que este es el sitio de mi predileccion: por aquí llego á percibir la luz: es débil, tenue; ¡pero si vieras cuánto me consuela y me regala! Cuando penetra un rayo horizontal desde el oriente, no por reflejos, sino directamente, puro, brillante, encendido: ¡si vieras cómo lo acaricio, cómo me deleito y estasio contemplándolo! ¡Oh!—¿Comienzas á ver algun vislumbre?

—Yo no, contestó Gonzalo, que ya se habia introducido en la galería.

—Sin duda será de noche, porque yo nada columbro tampoco. ¡Cuán presto se ha pasado este dia! Alarga la mano y coge la luz: ten cuidado de que el viento no la apague, que aquí suele correr muy fuerte.

—Ahora parece que todo está en calma, porque la llama ni siquiera oscila.

El anciano tornó el rostro para ver el pábilo, y murmuró turbado:

—¡Es particular! ¡pocas veces me ha sucedido otro tanto!

—¡Padre! exclamó el mozo asustado, si nos habrán cerrado el conducto por donde sale el agua de la mazmorra.

—Cerrado está, no hay duda, contestó Bermudo; porque el agua se va deteniendo. Pero el conducto se ha podido obstruir casualmente y es muy fácil el limpiarlo, ahora sobre todo que es tan corto. Dame tu espada: con ella removeré cualquier obstáculo, que se haya interpuesto en el pequeño canal que hay desde aquí á la salida del agua.

Arremangóse Bermudo, y tendido en el suelo, metió la espada y

casi todo el brazo por el caño: bien pronto tropezó con la punta en un cuerpo duro. Por mas golpes que dió, por mas esfuerzos que hizo, no consiguió abrir paso al agua detenida. Levantóse fatigado y dijo despues:

—Hijo mio, vamos á dar gracias á Dios porque nos permite morir abrazados.

—¡Cómo! exclamó Gonzalo despavorido.

—Ataulfo no encuentra un solo viviente que quiera ser nuestro verdugo, y encomienda este oficio á los seres inanimados, al agua del foso, que hasta ahora me ha servido de sustento.

En efecto, el Terrible, que no ignoraba el gran partido que podia sacar para su venganza de aquella disposicion del subterráneo, habia mandado cerrar á cal y canto el desagadero, y despues de presenciar esta operacion, hecha muy á satisfaccion suya, subió al castillo para dar orden de levantar las compuertas, con lo cual toda el agua depositada en los fosos se sumia en la mazmorra.

Pero estimulado de la pasion que por Elvira habia concebido, se dirigió al aposento en que la tenia encerrada con guardas de toda confianza, y en donde habia procurado que de nada hubiese menester, excepto de compañía y libertad.

Entró muy demudado de como lo hemos solido ver en otras ocasiones, con la mirada mas lánguida que altanera, con aire mas abatido que terrible, y la voz mas triste que imperiosa y bronca.

—¡Elvira! exclamó.—Pero ante todas cosas no huyas de mi como la oveja de la presencia del lobo; no acaricies el puño de ese cuchillo, que hartas puñaladas me das con tus miradas y razones. Elvira, conozco que soy un monstruo insoportable á los ojos de Dios y de los hombres; pero tu debes tener compasion de mí, porque te amo, como jamás ha sido mujer amada de caballero: he perpetrado crímenes atroces, cuya enormidad no he comprendido hasta que te he tenido á mi lado; pero todos tienen un mismo origen: el amor que me has inspirado. ¡Elvira! Por uno solo de tus cabellos daria la vida; con una sola de tus miradas apacibles me volveria loco, loco rematado. ¿Quieres verme, Elvira, arrepentido de mis pecados, vestír cilicio, arrastrar cadenas de hierro, y sustentarme de yerbas y raices del campo? Pues dime que así podrás mirarme compasiva, que así podrás amarme, siquiera como me amabas antes de conocer á Bermudo.

—Calla, impío, replicó la bastarda: tu no tienes derecho ni para tomar en tus labios ese nombre. Calla, no me recuerdes la falta que

por mí excesiva docilidad he cometido : la de darte derecho con mi sumision para que creyeses que te amaba.....

—Sí, tu me amabas, Elvira, tu me amabas, entonces que apenas tenias quince años, capullo que abrias tus hojas perfumadas : tu me amabas : yo fuí quien te hizo sentir el primero el fuego, entonces ¡ay! suave, dulce y regalado del amor : no me lo niegues, por Dios, no me arrebatas esa ilusion, único soplo de vida que me queda.

—No, vergüenza tendría de mí misma, si hubiese sido capaz de corresponderte un solo instante. Yo he sido esclava, no hermana del conde de Trava : te vió prendado de mí, me mandó no rechazarte con desden, y no te desdeñé; pero ni antes, ni ahora tuviste cabida en mi corazon.

—Pero ¿y si mi hermano te hubiese ordenado casarte conmigo?

Elvira calló y bajó los ojos.

—¡Oh! Te hubieras casado como ahora, y como eres buena y virtuosa, y como yo entonces no estaba gangrenado por los crímenes que ahora me corroen el corazon, habrias sido mia, mi esposa fiel : me habrias amado..... ¡oh.....! ¿Y quieres que no deteste al hombre que henchido de riquezas, soberbio con su poderío, ufano con su valimiento, vino á robar al pobre, al menguado, al desvalido Ataúlfo la única porcioncilla de ventura que le habia tocado; él, que lo tenia todo, oro, vasallos, castillos, amores, amores de princesas, fama....?

—Sí, todo lo tenia, porque nada solicitaba; pero tu, que lo querias todo para tí; tu, que cuanto en los demas veias al punto lo codiciabas; tu, incapaz de apreciar las cosas por sí hasta que las apreciaban los otros, tu debias verte privado de todo.

—Calla, Elvira, calla por Dios, exclamó el Terrible, que exhaló un gemido al sentir que le tocaban en la mas profunda llaga de su ánima ulcerada. Pues ¿ves ese hombre tan aborrecido? ¿le ves encerrado en una mazmorra, privado hace veinte años de libertad? Di una sola palabra, di que me amas otra vez; no, que me amabas al desposarte conmigo, di esto solo, y antes de una hora lo tendrás aquí, en tus brazos, dueño de este castillo, al lado de su hijo, y yo me habré retirado á un monasterio, raído el cabello, cubierta la frente de ceniza; pero conservando eternamente en mi corazon los dulzores de una sola palabra de amor.

—Apártate de mí, insensato. Casi me causan lástima tus desvarios.

—Elvira, dijo el rico hombre : ó eres dueña de este castillo con tu esposo y tu hijo, ó tu misma ves morir al primero y á la bruja Gontroda, que con él está encerrada.

—¡ Ah !

—Con solo levantar una compuerta de hierro, que puedes ver desde la reja, toda el agua se sumerge en menos de una hora en el subterráneo.

—¡Ataulfo....!

—No hay remedio: ó me salvas con Bermudo, ó con él pereceremos todos.

—¡ Todos ! No, márame á mí, que soy la única culpable ; á mí, que te amé.....

—¿ Me amaste ?

—Sí, lo que tu quieras, que te amé, que te olvidé.....

—Y que vuelves á amarme. Dilo así, y arrójate en mis brazos.....

—¡ Ah ! ¡ No, no ! ¡ Mentira, mentira delante de Dios !

—Sin embargo, Elvira, reflexiónalo bien: yo no te exijo mas: será una puerilidad, será una locura, pero toda mi venganza se reduce á poder decir: « se ha casado conmigo porque ignoraba que su primer marido hubiese muerto; pero me amaba antes de saber la verdad, y si él no hubiera aparecido, quizá, quizá me amaría..... »

—¡ Nunca ! ¡ Jamás !

—Hasta mañana, Elvira; si mañana no has mudado de parecer, tu verás alzarse la compuerta, y por ella precipitarse las aguas en la mazmorra.

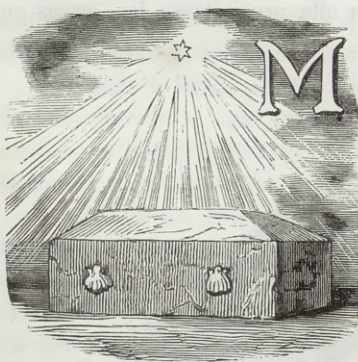




LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO I.

Que Gutierre Fernandez de Castro era muy duro de pelar.



MIENTRAS en Altamira se verificaban semejantes acontecimientos, en la ciudad de Santiago pasaban otros de los cuales debemos informar al lector, que ha tenido aguante para seguirnos hasta aquí.

Recordará nuestro amigo, pues amigo es siempre del narrador cualquiera que por tanto tiempo le escucha, y en un largo viaje le acompaña y sufre sus impertinencias, recordará sin duda, y si no se lo repetimos para que lo recuerde, que doña Urraca, viéndose cautiva á su parecer en Compostela, tomó la resolución de llamar en su auxilio al conde de Lara y á Gutierre Fernandez de Castro, dos de sus mas poderosos y constantes partidarios, los cuales, no por defender una misma causa, solian andar entre sí muy bien avenidos.

El conde de los Notarios estaba sumamente resentido con la Reina,

despues de las escenas del alcázar de Lugo: no podia sufrir tantas y tan públicas debilidades, como él las llamaba con áspera franqueza, y condenaba sobre todo la traslacion de la córte, llevada á cabo sin su consentimiento y de una manera furtiva, claro indicio, en su entender, de que envolvía ocultos y vergonzosos fines. Por otra parte, como todo cuando él podia prometerse, arreglados los asuntos de la córte, era que don Pedro Gonzalez de Lara siguiese en preponderancia y valimiento con la Princesa, harto de desengaños, meditaba á sus solas alguna grave resolucion.

Fué el primero, sin embargo, en acudir con su mesnada ó compañía de vasallos armados al llamamiento de la Reina, para sacarla de manos del obispo; pero llegó á Santiago precisamente cuando esta acababa de reconciliarse con Diego Gelmirez.

Estaba aguardando Urraca la vuelta del mendigo encargado de advertir á Ramiro el peligro que corria en Altamira, y de poner en sus manos la carta donde muy por estenso le informaba de su ilustre nacimiento; y en la completa incertidumbre acerca del éxito de tan importante y delicada comision, poco dispuesta debia hallarse para recibir á su adusto ministro.

Era imposible, sin embargo, evitar su visita: semejante desaire hubiera parecido el colmo de la ingratitud: harto desairado tenia que tornarse de todas maneras el de Castro, cuando la Reina, á vuelta de mil disculpas y artificios, le hiciese comprender que el socorro tan apretadamente pedido y tan prontamente otorgado, era ya enteramente inútil. Vióle entrar grave y severo, como de costumbre, completamente armado con escudo de roeles al pecho, y procuró serenar su semblante, buscando un medio entre la dignidad de mujer ofendida, y la sonrisa de Reina desagraviada y satisfecha.

—Aquí me teneis, señora, dijo el conde desanublando su faz y con el tono de voz mas apacible: aquí me teneis todavía dispuesto á libertaros de la cautividad á que vasillos rebeldes os han reducido: los míos han acampado no lejos de la ciudad, prontos como yo, á á dar la vida por su Reina y señora.

—Gracias, don Gutierre, gracias, contestó doña Urraca con acento vibrante y dulce; de buen grado se os perdona la aspereza con que tratais á los que se sientan en el trono, cuando se observa el celo y puntualidad con que acudis á servirlos.

—De uno y otro modo creo servirlos igualmente: el que dice la verdad al monarca, tanto bien le hace por lo menos, como el que espone la vida en su defensa.

—Sois el primero que ha venido, le dijo la Princesa, creyendo halagarlo.

—Los lisonjeros, repuso Fernandez de Castro, son tan diligentes en la prosperidad, como perezosos en la desgracia.

Callaba la Princesa, como si estuviese meditando las sentencias que brotaban á raudales de los labios del ministro; pero en honor de la verdad, debemos confesar, que por profundos y peregrinos que fuesen aquellos apotegmas, no paraba mientes en ellos, por andar muy ocupada en inventar el medio mas suave de decirle, que si bien no consideraba á propósito la aspereza de lenguaje, para ganar la voluntad de una dama, la Reina le habria perdonado en la ocasion presente alguna tibieza en acudir á su ayuda; pues que las circunstancias en poco tiempo habian variado completamente. Quería mostrarse constante y firme, por lo mismo que conocia no haberlo sido en épocas recientes; pero la suerte se empeñaba en hacerla aparecer cada vez mas veleidosa y mudable.

Gutierre de Castro interpretó el silencio por el lado mas lisonjero á su amor propio, y prosiguió:

—Sí, señora: mi lenguaje puede ser brusco; pero la corteza no es tan bronca ni dura, que no deje traslucir las intenciones mas leales. Habeis mandado á decirme que en Santiago no erais tratada como soberana; que el obispo era un rebelde tan temerario, que os tenia cautiva en un monasterio; que fiada en los inmerecidos favores que acababais de dispensarle, habiais entrado imprudentemente en su ciudad, de donde no esperabais salir, si vuestros leales vasallos no acudian presto á sacaros de las garras de los facciosos: en Santiago estais; pero desde este instante podeis reputar que la ciudad es vuestra corte: en prision os encuentro, pero la cárcel se ha convertido en palacio: mandad y sereis obedecida.

—Gracias, conde, gracias, contestó la Reina, que trataba de ocultar la esterilidad de su imaginacion, con la abundancia y repeticion de palabras: jamás olvidaré el mérito que habeis contraído en la ocasion presente. Escojed en todos mis reinos el castillo que mas os convenga, y con él premiaré gustosa vuestro celo y lealtad.

—Bésoos las manos por tanto favor; pero no puedo aceptarlo.

—¿Por qué?

—No he hecho mas que cumplir con mi deber; y en el puesto que tengo, no daré á los cortesanos el funesto ejemplo de admitir recompensas extraordinarias por servicios comunes. No me agravieis, señora, dando á entender que soy incapaz de dar un paso mas en

vuestra defensa, sino estimulado por la esperanza de alta prez. Terminemos la obra primeramente. Supongo que no permanecéremos un solo día en la ciudad: con vuestra escolta y seis escuderos que yo he traído, y me esperan abajo bien armados, emprenderémos la marcha por las calles. ¿Quereis antes imponer alguna multa á los vecinos por desacatos que hayan podido cometer con vos? ¿Quereis castigar al obispo por su rebeldía? O si en él, por lo sagrado de las órdenes, teneis escrúpulo de poner manos violentas, ¿quereis que demos tormento á sus amigos seglares? Cerca está mi mesnada: con ella me atrevo á poner freno á toda Compostela.

—Gracias, don Gutierre, gracias, repitió doña Urraca con su frase estereotipada, que por lo visto le servia lo mismo para espresar su agradecimiento, como sus quemazones: por ahora creo prudente permanecer aquí.

—En tal caso, los mesnaderos se alojarán en la ciudad; vendrán al monasterio á daros la guardia, y.....

—No, que el prelado pudiera recelarse, dijo la Reina con viveza.

—¡Recelarse! ¡Cómo! exclamó atónito Gutierre de Castro: andais en contemplaciones con un hombre á quien llamais rebelde á boca llena en vuestro mensaje....?

—Tal me lo parecia.

—¿A quien acusais de ingratitud, de perfidia....?

—Sí, pero luego..... á veces las apariencias..... y yo misma tuve en parte la culpa.....

—¡Ah! Señora, repuso el conde sonriéndose; si con un castillo queriais pagar mi puntual obediencia, ya me habriais dado media docena porque os hubiese desobedecido.

—Don Gutierre, respondió la Reina picada, prudencia es mudar de parecer, y sobre todo, cuando en ello ganan los negocios del Estado.

—¿Y puedo yo saber qué ganais vos con esta mudanza?

—Mas de lo que pudierais figuraros, contestó doña Urraca, que creyó sentar entonces su planta en terreno firme.

—En tal caso, doy por bien empleados los gastos hechos en reunir la gente y traerla hasta aquí.

—El obispo ha venido á verme esta mañana, se ha disculpado de su proceder, se ha justificado plenamente, hemos quedado amigos, y en prueba de ello.....

—¿Qué?

—Ya sabeis que tiene amplias facultades del Papa Pascual II para arreglar, como crea conveniente, el asunto de mi malhadado casamiento con el Rey de Aragon ⁽¹⁾.

—Despues de vuestro divorcio, este asunto ha quedado en olvido: por mas donaciones que habeis hecho á la iglesia compostelana, el obispo no se ha dado por entendido, y acudisteis á Roma solicitando la completa disolucion del matrimonio.....

—Pero como el Pontífice romano, prosiguió doña Urraca, habia puesto el negocio en manos de Diego Gelmirez, no era fácil que llegase el breve de su Santidad.

—¿Y el obispo....?

—El obispo, respondió ufana la Princesa, hoy, despues de nuestra entrevista, ha declarado nulo mi matrimonio con Alfonso de Aragon.

—¿Con que es decir que sois libre para contraer nuevas nupcias? ¿Que al Batallador ningun pretexto le queda para retener vuestras tierras? En efecto, señora: habeis ganado gran victoria, si de ella os sabeis aprovechar. Doña Urraca, por Dios os ruego que me escuchéis con atencion: aun estais á tiempo de reparar vuestros errores y extravíos, de reconquistar vuestra fortuna y vuestra fama: aun podeis ser una Reina digna de tan grande monarquía.

—Sí, lo seré, don Gutierre, no lo dudeis; borraré todas mis faltas; las conozco, y pondré remedio en ellas.

—Desterraréis de la corte á todo vasallo que ose mirar á vuestra augusta frente, si no para adoraros como á representante de Dios: escogeréis luego un esposo de régia estirpe, superior á todos nosotros los ricos hombres, para que obtenga nuestro respeto: varon justo, recto, severo, tan avezado en lides palaciegas, como en el campo de batalla; que no dé treguas á los infieles, y sepa refrenar á los grandes señores; pues por mas que el freno incomode al caballo que lo tasca soberbio y espumoso, el generoso bruto no puede menos de sentir orgullo y placer cuando va guiado por una mano robusta y experimentada, que lo doma y lo lleva á los combates.

Doña Urraca, que estaba distraida mirando á la puerta, dijo, atajando al de Castro en medio de su entusiasmo:

—Sí; pero entre tanto, es preciso que no entreis en la ciudad con vuestra mesnada, para que no piense el obispo que venis á prenderlo; y aun, para que no crea que tratais de asediar la ciudad, no seria malo que os alejáseis de estos alrededores.

(1) HISTOR. COMPOST., lib. I., cap. 47, pág. 98.

Fernandez de Castro insistió diciendo:

—Reina de Castilla, os hallais en la época mas crítica de vuestra vida. Cuidado con lo que haceis en estos momentos: de ellos depende la suerte de los reinos que os estan confiados.

—Os digo, don Gutierre, replicó la Princesa, que nunca podiais hallarme mas conforme con vuestros deseos y pensamientos: que estoy dispuesta á los mayores sacrificios, á.....

En aquel instante la puerta se abrió suavemente, y se asomó una dueña, en cuyo semblante se veia luchar el mas vivo deseo de hablar á solas con su señora, y el temor de interrumpir una conversacion acaso interesante.

Al vuelo comprendió la Reina cuál podria ser el motivo de semejante interrupcion, y si no le hubiera comprendido, la figura de Pelayo el mudo, que aparecia detras inquieto y afanoso, se lo habria revelado.

—Perdonad, prosiguió doña Urraca con voz y pecho alterados: aguardad aquí, don Gutierre; al punto vuelvo.

Y sin esperar respuesta y sin mirar al caballero, que se sonreia con aquella sonrisa maliciosa, única modificacion de su adusta gravedad, salióse de la habitacion con no muy digno apresuramiento.

—¡ Oh! exclamó el conde de los Notarios apenas se vió solo; ¡ Pelayo, Pelayo anda aquí en privanza con la Reina de Castilla! No es difícil de adivinar el motivo. No estará lejos el pajecillo del prelado..... tal vez ese muchacho haya allanado las dificultades para la reconciliacion de una Reina ofendida con un vasallo rebelde..... quizá la disolucion del matrimonio..... ¡ Qué horror! No puedo creerlo, no. ¡ Gutierre, Gutierre..... solo te quedan dos caminos que seguir..... ó salvar el trono, segando con dura mano cuanta cizaña encuentres alrededor de la espiga, ó.....!

—O arrancar la espiga, que nunca llegará á granar por mas esmero que pongais en su cultivo, dijo á la sazón, saliendo de entre los tapices, un hombre de mediana estatura, embozado hasta los ojos con una larga capa, y cubierto hasta la frente con una gorra de pieles.

El conde le dirigió una mirada investigadora y severa, como habria podido hacerlo desde su sillón de juez. Al mismo tiempo empuñó su larga espada de combate.

—¿ Quién sois?

—Quien os conoce, respondió el embozado: quien os aprecia por el único rico hombre de estos reinos, que tiene un alma tan fuerte

como el brazo, y un corazon que rechaza como mortífero el humo de la lisonja.

—Señales das, par diez, de conocerme; pero no de conocer el pueblo en que has nacido.

—Ea, don Gutierre, el tiempo urge, repuso el recién llegado: vos no podeis seguir el partido de doña Urraca, porque nunca dejará de ser inconstante, recelosa y antojadiza: tampoco podeis serlo del rey de Aragon, porque, severo como sois, aborreceis la tiranía: ni del príncipe don Alfonso.....

—¿Por qué? preguntó el conde, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué? Porque si en él aparece claro el derecho al trono de Galicia; porque si en él se cifran todas las esperanzas para lo porvenir, vos no sois necio, y no siéndolo, no querreis trabajar en provecho del conde de Trava y del obispo de Santiago, que serán los consejeros del futuro rey, los verdaderos reyes de esta tierra.

—Veo que no te falta audacia y talento, dijo el de Castro, y que te sobra travesura; pero, dime, así Dios te salve de las centinelas de palacio.....

—De esas yo procuraré salvarme, replicó el desconocido con firme acento, y los reverendos padres de este monasterio me guardarán la espalda.

—Dime, pues, á qué rey quieres que rinda vasallaje, ¿al de Córdoba, al de Sevilla, ó Granada?

—A ninguno.

—¡A ninguno! No lo comprendo.

—Queremos alzar por rey un hombre valiente, inflexible, justiciero, que sepa hacer tascar el freno al caballo soberbio y espumoso, de tal manera, que el mismo generoso bruto, viéndose tan bien domado, relinche de gozo, y parta como un rayo por el camino del honor y de la gloria.

—¡Ah! ¡Me habeis escuchado! Pero, ¿ese hombre, ese rey....?

—¡Sois vos!

—¡Yo! Tu estás loco.

—¿No habeis oido hablar de una secreta hermandad, que no ha muchos dias ha sido descubierta, y de la cual forman parte los principales caballeros, hidalgos y villanos, clérigos y monjes de Santiago?

—Ya yo me figuraba que me hablabais en nombre suyo.

—Si, en nombre suyo, es decir, en nombre de los que en ella tienen mas poder, dijo el desconocido: habiamos elegido por cabeza

á la Reina de Castilla, y nos ha vendido: esta doble perfidia ha exasperado los ánimos de tal manera, que todos estan deseando una ocasion, un pretexto para lanzarse á las calles y prorumpir á voz en grito manifestando sus deseos: la hermandad se ha propagado estos dias con la mayor rapidez; tan solo necesitamos de un hombre que sepa conducirnos, reprimir nuestros escesos, dominar á los nobles, sentarse en el trono..... ⁽¹⁾

—¡Atrás! ¡atrás, demonio tentador! gritó Gutierre, ardiendo en noble y generosa indignacion: no pongas nunca la perfidia y la traicion á un caballero castellano, aunque lo veas resentido, perseguido por la injusticia del monarca; aunque lo veas humillado, aunque lo sorprendas murmurando á solas de las faltas ó flaquezas del rey. ¡Atrás, que la sombra, el aliento de la deslealtad me contamina, me atosiga! ¡Atrás! no me hagas recordar que soy conde de los Notarios, encargado de la justicia del reino, que soy rico hombre castellano, y no puedo dejar de vengar con el acero las ofensas de una dama!

—Pero esa dama, replicó el embozado con acento sarcástico, en este momento, mientras arde un volcan bajo sus pies, se halla muy bien entretenida, recibiendo noticias de un galan barbilampiño, por quien sacrificará la mitad de su reino; esa Reina ha sabido hoy la disolucion de su matrimonio, y acaso se verá obligada á dar la mano á vuestro mayor enemigo, á vuestro rival en privanza, el caballero mas conocido por sus afeites que por sus proezas.....

—¡Al conde de Lara! ¡Es imposible! ¡Mientes, villano! Antes que tal suceda..... antes que ver en tal mengua el trono de Pelayo.....

—Nos ayudareis, os pondreis al frente del pueblo irritado, sereis nuestro caudillo, nuestro monarca.....

—¡No, jamás! Clavaré un puñal en el pecho del pajecillo, en el pecho de Lara: levantar los ojos para ver la hermosura de la Reina, será un crimen que atraerá en el acto el rayo de la justicia: será lo mismo que precipitarse desesperado para recibir la muerte; pero despues que haya purgado la corte de atrevidos, la emprenderé con vosotros, canalla ruin, que no podeis observar una falta, una debilidad, sin concebir un crimen, el mayor de todos los crímenes.

—¡Don Gutierre, don Gutierre! exclamó desembozándose maese Sisnando, y tendióle los brazos con entusiasmo: ¡así me lo esperaba

(1) «E si alguno de los nobles les diese favor é ayuda, á tal como este deseaban que fuese su Rey y señor.» HISTORIA DEL MONJE ANÓNIMO.

yo! No hay un hombre de vuestro temple, de vuestra firmeza en toda España: sois el único que puede salvarnos á todos. Poneos al frente de esa muchedumbre exaltada: abrid un hondo cauce al torrente que se desborda: guiad por buen sendero esas pasiones que se estravian: asid ese pensamiento que brota rudo y sin órden de las entrañas del pueblo, y si no, desde ahora os hago responsable de las injusticias, de la violencia, de los horrores que sobrevengan: vos podeis evitarlos y nadie mas que vos.

En aquel instante comenzóse á percibir en el interior de la ciudad un murmullo sordo, que cada vez iba arreciando como un aluvion que llega de valle en valle, arrasando las campiñas, turbio y espumoso.

—¿Qué es esto? preguntó el conde: ¿tu debes saber de que proviene ese tumulto? Te sonries; aspid maligno, habla: parece que siento vocería, estruendo de armas.

—Eso es que ya el dique se ha reventado, y que el torrente corre con ímpetu irresistible. Pero no temais, añadió maese Sisnando; la hermandad levanta por vez primera su brazo, pero lo alza para haceros un servicio: teneis un enemigo, un hombre que os es profundamente antipático; pensabais hace poco clavarle un puñal en el corazon.....

—¿Lara?

—Sí, el conde de Lara, traidor á la hermandad, acaba de entrar en Compostela en pos de la Reina, y los hermanos no pueden sopor-
tar ni su perfidia, ni su privanza; se han pronunciado contra él, y si venis á ponerlos al frente de los amotinados.....

—¡Sí, voy, voy! exclamó Gutierre Fernandez de Castro: voy á mostrarte lo que valen los traidores á cuyo frente quieres ponerme.

Y diciendo estas palabras el noble y generoso caballero, sin dignarse mirar siquiera á maese Sisnando, partióse á pasos agigantados y espada en mano en direccion de la plaza.

El viejo de la gorra de pieles desapareció detras de los tapices.

—¡Qué lástima! con un hombre como este á la cabeza, lo teniamos todo; sin él..... Pchs..... ¡Pero..... contra él..... imposible!

Entró en la ciudad el conde de Lara armado de punta en blanco, caballero en un hermoso corcel normando, y rodeado de escuderos y pajes que deslumbraban por el lujo de sus arreos, y por las brillantes armaduras que ostentaban. Cotas de hierro bruñido ó de escamas y de malla con golpes de plata, garzotas y penachos de todos colores, blancas sobrevestas con franjas doradas, gualdrapas de





Lám. 25.

Imp. de Gaspar y Roig.

pesada sedería y paramentos de hierro empabonado con labores y filetes de oro, escudos con las calderas jaqueladas, con serpientes por asas, capacetes brillantes y celadas enteras, lanzas con pendoncillos, formaban un conjunto magnífico, que contrastaba notablemente con el modesto acompañamiento que trajo el conde de los Notarios, cuando algunas horas antes llegó con el mismo objeto de libertar á la Reina. Uno y otro caballero tuvieron que dejar sus mesnaderos fuera de las puertas, trayendo consigo únicamente sus propios criados.

Como el de Lara hubiese sabido en el camino que ya Gutierre de Castro se le había anticipado, avanzó sin ningun recelo con mucha lentitud y magestad para que pudiesen lucirse su soberbio equipaje y servidumbre.

La proximidad de su llegada alteró profundamente el ánimo de los conjurados, indignados por la falsía que atribuían al enamorado conde, el cual, como sabe el lector, solo podía ser acusado de una excesiva confianza en su valimiento cerca de la Reina, y de alguna facilidad en caer en el lazo que le tendió Ramiro en el monte del Gozo. Desde la Puerta del Camino, comenzaron á sentirse denuestos medio vergonzosos de los mas atrevidos, cuya impunidad alentó á los mas cautos ó medrosos: los murmullos se convirtieron luego en gritería, en silbos, en injurias atroces, que salían con estrépito de todas partes. De las ofensas de palabra á las de hecho, no hay mas que un solo paso y ese muy resbaladizo: á los silbidos sucedieron las pedradas, y luego los saetazos, los embates y acometimientos formidables, aun para mas serenos y formidables pechos.

Lara, despues de haber intentado al principio una débil resistencia, tomó el partido de huir á toda rienda hácia la plaza del palacio episcopal y monasterio de Pinario. Los amotinados, viéndolo tan atorolado, tomaron alas y se precipitaron tras él, sin descuidarse de enviar delante algunos proyectiles por vía de batidores.

En tan vergonzoso estado, asomóse á la plaza acosado muy de cerca por los sublevados, cuando Gutierre Fernandez de Castro apareció montado en su corcel á la puerta del monasterio, y en pos fueron saliendo los escuderos que estaban esperándolo sin quitar bridas.

—¡Castro! ¡Castro! gritó blandiendo la espada y lanzándose al encuentro de los que huían.—Conde de Lara, prosiguió cuando estuvo cerca del rico hombre, allí está la Reina; id á refugiaros debajo de su manto, pero dejadme vuestros escuderos, siquiera para que alguna vez vuelvan cara al enemigo.

Don Pedro Gonzalez no supo contestar á tan sangriento y merecido sarcasmo. Pero callando, acertó con la única respuesta, que fué volver grupas y lanzarse como el rayo con todos los suyos en medio de la muchedumbre, dando tajos y rebeses, sin orden ni concierto, pero con desesperacion.

—¡Bien! ¡bravo! ¡buen golpe! ¡Otro! ¡Cierra, cierra! ¡Lara y Castro! ¡Calderas y roeles! ⁽¹⁾ gritaba don Gutierre, combatiendo á su lado y animándolo con sus palabras y sobre todo con su ejemplo.

Para el aguerrido conde de los Notarios aquella no era lucha formal, era una especie de alarde, un simulacro en que podia llevar la mejor parte, sin dejar de atender á los demas y de insultar al mismo tiempo á los amotinados con desaforadas voces. Lara, sin embargo, pasado el primer ardimiento producido por la vergüenza, comenzó á cejar con los suyos que componian el mayor número, y como los revoltosos crecian como las oleadas con el viento, y Castro estaba solo con cinco escuderos, el éxito de la refriega se presentaba dudoso, cuando Gundesindo Gelmirez, gobernador de la ciudad, apareció al extremo opuesto de la calle y cargó á los conjurados por la espalda.

Huyeron entonces despavoridos por todas partes los que no perecieron al filo de las espadas, que se cebaron en ellos, y ya no los volveremos á encontrar en esta historia.

Sus hechos, sin embargo, fueron algo mas adelante tan notables, que los hemos creido dignos de figurar en primera línea en otra obra, que será la continuacion de la presente.

Hartos ya de matanza, se retiraron los tres campeones, Castro, Lara, y el gobernador, despues de haberse saludado cortesmente, los primeros al monasterio de Pinario, el último al palacio del obispo.

En el estado de agitacion y acaloramiento, de temor y suspicacia de todos los ánimos, no se necesitaba menos que la pronta y espontánea concurrencia de los tres caballeros para que unos y otros no se hubiesen tenido mutuamente por autores de aquella asonada.

Era ya de noche cuando la Reina recibió á los dos ricos hombres de Castilla. Apareció turbada, con cierta animacion febril, que le hacia no fijarse dos instantes seguidos en un mismo objeto. En breve tiempo dió gracias al conde de Lara por su socorro, se informó del de Castro acerca de la refriega, en cuyo cuento tuvo el narrador la

(1) Ya se ha dicho que la caldera jaquelada era el escudo primitivo de la casa de Lara: los roeles, el de Castro.

delicadeza de callar ó disimular la vergonzosa fuga de su antagonista. Recordó Urraca que el monasterio estaba plagado de rebeldes, y que en aquel edificio solian celebrarse las juntas de la hermandad, prometió abandonar al punto semejante morada, y cuando ya le pareció que habia departido bastante de cosas que poco ó nada le importaban, para disimular el interés que tenia en hablar de lo que tan inquieta la traia, soltó la voz con semejantes razones:

—Conde de los Notarios, os he dicho cuán conveniente seria para el completo arreglo de los negocios del reino, por tan buen camino enderezados, que os alejaseis de aquí por ahora con vuestra mesnada, no fuera que el obispo creyese que veniamos á llevar la paz y reconciliacion á punta de lanza; eso mismo pensaba deciros, conde de Lara, añadió dirigiéndose al favorito, que parecia asaz ceñudo y silencioso contra su costumbre; pero despues de una noticia que acabo de recibir, es indispensable que pongais vuestros soldados á mi disposicion, y que esta misma noche nos dirijamos á castigar á un tirano, que contra todo fuero, contra toda ley y conciencia, usurpa las tierras y dignidades que no le pertenecen, en perjuicio de su legitimo dueño y señor, que se ha puesto bajo mi amparo.

—Obligacion es nuestra acudir siempre con determinado número de lanzas á las guerras que en justicia creais deber emprender, respondió Fernandez de Castro: yo por mi parte, como leal vasallo, dispuesto estoy á cumplirla; ahora, vos, como Reina, debeis pesar en la balanza de vuestra prudencia, si cuando estamos acosados de tantos enemigos domésticos y estraños, es conveniente empeñaros en una reyerta particular.

—Digo lo mismo, añadió Lara secamente.

—Jamás, jamás monarca alguno, repuso la Princesa, ha tenido tanta razon para castigar las demasias de un vasallo, como yo las de Ataulfo de Moscoso.

—¡Moscoso! exclamó el conde de los Notarios sorprendido: mirad como yo decia bien: recio soy, inflexible con el rebelde y criminal; pero no tanto que apruebe las crueldades del rico hombre de Altamira: él sin embargo las ejecuta con sus vasallos, de los cuales puede disponer como le plazca, guardando á su señor feudal la debida lealtad y homenaje; pero Ataulfo de Moscoso, no solo es un súbdito leal, sino que por lo presente su amistad os conviene mas que nunca para contener al conde de Trava, que sin el obstáculo de Altamira, pudiera presentarse el dia menos pensado con el Príncipe don Alfonso en Compostela.

—Vos, conde, os olvidais de una cosa y no sabeis otra: os olvidais de que Ataulfo usurpa las tierras, castillos y señoríos de su padre, que no le pertenecen, é ignorais sin duda que se ha separado de mi obediencia.

—Si lo ha hecho con las solemnidades de costumbre, ha obrado en toda ley; si os ha dado las razones que tiene para usar de este derecho y os ha prevenido con la debida anticipacion para que vuestros intereses no sufran menoscabo, se habrá portado como caballero.

—Ni uno ni otro, Gutierre, exclamó la Reina gozosa, porque tácitamente acababà de darle la razon el conde de los Notarios: Ataulfo no solo se ha separado de mi obediencia, sino que ha reconocido por su señor feudal al Príncipe mi hijo, que aun no está en posesion del reino; pero tan estraña noticia no la sé yo directamente por él, ni ha venido á besarme la mano para hacerme entrega de las tierras que yo le he donado, ni menos ha tenido esos miramientos y delicadas atenciones de que habeis hablado.

—Entonces, señora, no teneis derecho para dudar de su fidelidad.

—Lo tengo con tanto mas motivo, repuso amohinada doña Urraca, cuanto que os digo por tercera vez que él no es señor de Altamira.

—Perdonad, señora; pero tan de nuevo me coje esa especie..... ¿Y quién es el legítimo dueño de esos estados? Despues de la muerte de don Bermudo de Moscoso, que fué arrojado al mar por los piratas normandos, ¿quién osa disputar esos dominios al único heredero despues de veinte años de pacífica posesion?

—¿Quién? Un hijo de Bermudo, respondió la Reina con ufanía.

—¿Un hijo..... bastardo?

—No, no es bastardo, es fruto de legítimo matrimonio.

—¿Y ha tenido oculto su nombre y sus derechos, nada menos que veinte años? repuso el conde de los Notarios con tono de incredulidad.

—No los ha descubierto hasta hoy, y hoy mismo el infeliz ha caido en manos de su tio, del usurpador, del bárbaro Ataulfo, el cual apenas el mozo ha puesto el pie en el castillo de Altamira, ha dado órden de que nadie entre ni salga en él sin ser reconocido: y es preciso que vos, que administrais justicia en mis reinos, acudais al punto para impedir un crimen horrible, un asesinato.....

—¡Un asesinato!

—Sí, que no será el primer deudo que haya perecido á manos de ese monstruo.

— ¡Cómo!

— ¡También su hermano, exclamó la Reina con exaltación, también Bermudo de Moscoso! Antes de que saliese á combatir á los normandos, fué muerto por Ataulfo, el cual, para ocultar el fratricidio, hizo vestir á uno de sus criados la armadura de Bermudo: el criado fué herido y cautivado en la pelea y luego arrojado al mar por los piratas, cuando vieron que nadie acudía á rescatarlo. Aquí, aquí tenéis la declaración de Pelayo, escudero de Bermudo, que conoció el disfraz de su supuesto amo. Conde de los Notarios, si como juez debéis hacer justicia, yo como Reina acudiré también á vengar á mis amigos, á los amigos de mi padre.

— Bien, señora; pero ¿de qué nace ese interés tan vivo que os tomáis en tan críticos momentos por un negocio particular? Antes de mover nuestra gente, antes de dar un paso hostil contra Ataulfo, es preciso que yo me informe como juez, si es ó no cierta la existencia de ese hijo del primogénito de Altamira; porque bien puede ún impostor traeros enredada en una trama mas ó menos bien urdida; luego es indispensable enviar mensajeros á don Ataulfo, para que deje en libertad á esa persona, y mirarse mucho para declarar la guerra á un rico hombre, que puede defenderse por largo tiempo y en circunstancias como las presentes en que tan acosada estais por todas partes. Despues de la paz llega el reinado de la justicia; hasta entonces no debéis desatender los negocios del Estado por querellas particulares.

— Don Gutierre, exclamó la Reina levantándose con resolucion: al amanecer marchó yo sola con mi pequeña escolta á libertar á Ramiro: el que de vasallo leal se precie, que me siga.

— Para acabar de persuadirnos á seguiros en tan brillante jornada, dijo por fin el conde de Lara, todo trémulo y descolorido y con amarga sonrisa, habeis hecho bien en declararnos el nombre del mozo á quien vuestra imaginacion, ó vuestro corazon, no menos fecundo, se complacen en revestir con los ilustres atavios que le faltaban.

— ¡Cómo! prosiguió el conde de los Notarios: ¿ese mancebo, ese Ramiro, es por ventura el paje del obispo de Santiago?

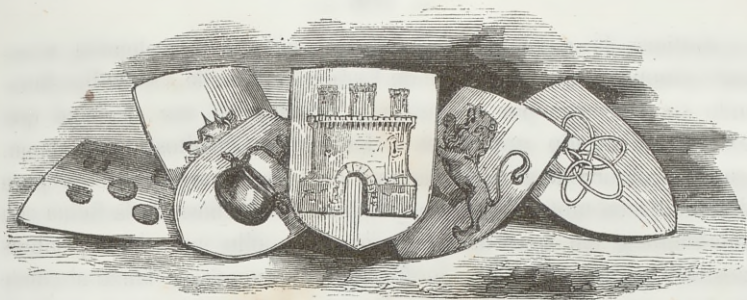
— Sí: la Reina de Castilla, respondió don Pedro con el resentimiento de los celos, quiere ser mas poderosa que el supremo Autor de lo criado: el Señor no puede hacer que no sea lo que ha sido, y la señora se empeña en que el hijo de un hidalgo sea el hijo de un rico hombre.

—¿Con que es cierto? añadió el juez cruzándose los brazos: ¿con que pretendéis elevar al pajecillo á una dignidad, que no dista mas que un escalon del trono, y al mismo tiempo el amo de ese paje, el obispo de Santiago, rompe y disuelve los últimos lazos de vuestro matrimonio, para dejaros en libertad de dar vuestra mano á un príncipe como vos, ó tal vez á un tan grande caballero como Ramiro?

—¡Oh! Eso no será, doña Urraca, Reina y señora mia, dijo Lara, que al oir la noticia de la disolucion del matrimonio, tomó un tono menos arrogante: yo os amé mil veces mas que pudiera amaros ningun otro mortal: mi alcurnia es tan esclarecida que á ninguna cede en la tierra: tengo derechos..... bien lo sabeis, tengo derechos á vuestra mano, y nunca ni por nada los cederé. Doña Urraca, seré capaz de sacar por las calles.....

—¡Silencio, silencio! gritó doña Urraca con herido acento: ¿no hay un sayon que os cierre la boca con una mordaza? ¿No hay un caballero que venga con la punta de su espada las ofensas que estais haciendo á una dama, á una Princesa? Callad y obedeced, vassallos: soy libre, soy Reina: si doy la mano á Ramiro, Ramiro IV se llamará el Rey de Castilla y de Leon: si no quereis obedecerme, devolvedme ahora mismo vuestros condados; pero si los reteneis, si quereis seguir fieles al pleito—homenaje que me habeis prestado, vos, conde de los Notarios, id á informaros presto del obispo y de Pelayo el mudo acerca del verdadero origen de ese mancebo, y vos, conde de Lara, vos..... id á cuidar del niño que habeis dejado en Lugo, que, á fé mia, mejor os estará en los brazos, que una lanza que nunca habeis podido sustentar.





CAPÍTULO II.

Cómo el obispo y el conde de los Notarios hacían la cuenta sin la huésped.



PERDONAD, exclamó compungido el favorito, echando atrás los bucles de su perfumada melena; perdonad, señora, si con mis indiscretas palabras he provocado las que acabais de dirigirme, hijas tan solo del resentimiento. Yo os amo, doña Urraca, yo os amé antes de sospechar siquiera que pudierais galardonar un día mi constancia con una recompensa que no osaba ambicionar. Mi cariño es puro, desinteresado, exento de miras de engrandecimiento, y por lo mismo tiene mas derechos que ningún otro. ¡Vuestra mano, señora, vuestra mano.....! siquiera hagais renuncia del trono, siquiera partamos después al último confin del universo, donde ocultéis, si es posible, los fulgidos rayos de vuestra régia estirpe.

Gutierre Fernandez de Castro, que con talante de alejarse, acaso para siempre, de la presencia de Urraca de Castilla, se habia detenido sin embargo por un instante, curioso de ver el efecto que en el almivarado pretendiente hacian los insultos de la dama, quedó profundamente indignado al oirle espresarse con tan poca dignidad, con tanta afectacion y bajeza. Despidióse de la Reina con semblante grave, pero inmutado: gastó en ello las menos palabras posibles, aunque procuró que fuesen respetuosas, y lanzó al conde de Lara una mirada con que se desquitó del respeto que se vió en precision de tener con su soberana. Al conocer esta su turbacion, al advertir que ni siquiera habia alegado la menor disculpa de sus duras palabras, sintió impulsos de llamarle, para darle á entender que estaba pesarosa del rigor que con él habia usado. Pudo mas el orgullo, sin embargo, y el conde de los Notarios no fué interrumpido en su marcha, hasta salir de las régias habitaciones.

Mas apenas se vió en los ánditos del monasterio, desiertos á la sazón, oscuros y silenciosos, apareciósele un monje muy envuelto en la negra y ancha cogulla de la órden de San Benito.

—¿Y ahora? le preguntó el religioso, tirándole suavemente de la roja sobrevesta.

El caballero detuvo sus pasos, cuyo estruendo el eco repetia en los ángulos del claustro, y cruzándose de brazos, miró tranquilamente á su interlocutor.

—Ahora, lo mismo que antes, respondió despues de haber conocido al conjurado del gabinete de la Reina.

Y cómo intentase proseguir su camino sin mas palabras, asióle otra vez el arquitecto de aquella especie de dalmática que sobre el arnés llevaban los guerreros, pendiente de los hombros y abierta por los costados.

—Hombre de hierro, le dijo; corazon de bronce, ¿no veis perdidos, enteramente perdidos, tantos servicios eminentes, tanta fatiga, tanta sangre derramada en los ásperos campos de batalla, tanta energía y tesón en los artesonados salones de la corte? Vos derrotais al enemigo, le acosais, le estrechais, le reducis al último trance, y *ella* viene luego á transigir con él, como si nada hubiese pasado: vos procurais hacer justicia con el delincuente, y *ella* es la primera que delinque: os afanais vos porque el escándalo no cunda en el pueblo, tanto como *ella* por hacer públicas sus faltas escandalosas. ¡Y el pueblo murmura de vos, porque sois débil, y *ella* os insulta, os aborrece, porque sois un tirano!

—¿Cómo os gobernais para buscar escondrijos y disfraces? repuso don Gutierre, desentendiéndose afectadamente de la conversacion, por lo mismo que le llegaba al alma.

—Nosotros tenemos la justicia de nuestra parte; por eso nos ayudan los monjes, respondió Sisnando, siguiéndole tambien á este terreno: tenemos el talento, por eso los arquitectos y demas artífices nos proporcionan medios de introducirnos en todos los edificios, cuyos secretos conocen mejor que los dueños para quienes han sido hechos: nosotros tenemos.....

—Valor, valor sobre todo, dijo el conde interrumpiéndole con ironía; y por eso habeis huido tan vergonzosamente de docena y media de lanzas, cuyas dos terceras partes eran mandadas por el invicto don Pedro Gonzalez de Lara.

—No nos falta mas que un caudillo, bien lo habeis podido conocer, don Gutierre; organizad esa muchedumbre exaltada, pero sin disciplina; yo os ayudaré en la empresa, yo desterraré de la hermandad los nobles que puedan haceros sombra: no queremos mas que á vos.

—Gracias, señor villano, contestó el caballero; en esta conferencia he aprendido que los hermanos de la orden de..... de la traicion, sois parecidos á los ratones, en esto de minar edificios; que teneis el oido mas fino que un jabali, en eso de escuchar conversaciones privadas, y piernas de liebre en aquello de huir al asomo del peligro.

—Sí; pero tenemos mas altivez que el ilustre conde de los Notarios, para no humillarnos en reconocer por rey á don Pedro I de Castilla.

—¿Don Pedro I?

—Sí, don Pedro..... el *Invicto*, como le acabais de apellidar. Y si el nombre no os parece bien, llamemósle don Lindo.

—¡Oh! Callad, callad; es imposible: ¡mientes como un bellaco, vive Dios! ¡Lara en el trono de Castilla! Semejante escándalo no podria tolerarse: no ya las hermandades secretas, la nacion entera lo rechazaria.

—Y vos el primero, ¿no es verdad?

—Yo el primero: antes, antes dejo á doña Urraca tomar parte en esa romancesca empresa de libertar al pajecillo. ¡Lara! Miserable ambicioso, necio y cobarde, que se cree de superior alcurnia que todos los reyes y emperadores de la tierra. «No descendemos de reyes, sino los reyes de nos.» Esta es su divisa. ¡Primero Ramiro,

primero el paje, primero un sarraceno!—Pero no, tan imposible es uno como otro: tu me engañas, sierpe tentadora, me engañas.

—Id á preguntárselo al obispo de Compostela, contestó maese Sisnando, y él os dirá que siendo ya tan públicos los amores de la Reina con Pedro Gonzalez de Lara, no hay mas remedio para reparar el escándalo que una separacion completa, una penitencia pública, ó el matrimonio.

—¡El matrimonio! exclamó Castro, á quien al repetir esta palabra se le abrasaban los labios de coraje.

—Y como la separacion, dijo el alarife con mucha sorna, como la separacion es difícil, si no imposible, por ser la casa de Lara el principal apoyo de la Reina de Castilla, y mediando tambien yo no sé que prenda de amor.....

—¡Oh! tiene razon..... ¡Doña Urraca es madre!

—De consiguiente, prosiguió maese Sisnando sin mudar de tono, la Iglesia, que no transije con ricos hombres, ni con monarcas, debe exigir ese casamiento.

—¡El casamiento de una Princesa con un vasallo!

—Os olvidais de que el vasallo es mas poderoso que algunos príncipes: os olvidais de su lema: «no descendemos de reyes.....» os olvidais de que esa misma doña Urraca casó en primeras nupcias con un aventurero, que no agregó á la corona de Castilla una sola almena.

—Pero el conde de Lara es un hombre aborrecido.

—No todos los reyes han sido amados.

—Un cobarde.

—Tendremos un reinado pacífico.

—Y os olvidais sobre todo, dijo por fin el de Castro con un bufido, y echando mano del puñal, os olvidais de que yo le detesto.

—Precisamente es lo que nunca he dejado de tener presente, repuso el arquitecto sonriéndose.

—Le detesto, repitió Gutierre con mas energía: no consentiré jamás en semejante mengua: evitaré este oprobio al suelo castellano; mas no por eso transigiré con vosotros, miserables, que especulais con las pasiones, con las calamidades públicas, como logreros judíos con el hambre de los cristianos.

—¡Bah, bah! contestó el alarife con su acostumbrada calma: ya mudareis de parecer, sobre todo despues que hayais oido al venerable obispo. Os emplazo para entonces. Si habeis menester de mí

preguntad en la portería por el padre Prudencio. ¡A Dios! No creo que tardeis en devolverme la visita.

Y desapareció en las sombras de los claustros,

—Jamás, no esperes verme sino en la lid: si vistes loriga como hábitos monacales, si tan sereno y audaz eres en el campo como en el monasterio, allí me encontrarás, exclamó don Gutierre, como si aun le tuviese presente; pero advirtiéndole su desaparición, prosiguió diciéndole dentro de sí: Y en muchas cosas tiene razón: su pensamiento es el mío: no le habría espresado yo con mejores palabras; pero nunca sacaré yo las consecuencias que él deduce. Traidor, desleal, eso no: servidor de una Reina voluble y caprichosa, tampoco. Francamente se lo anunciaré á doña Urraca; iré á devolverla todo cuanto me ha dado. No es mucho, por cierto: con mas frecuencia se han sentado otros cortesanos en el festín de las mercedes: el ambicioso galán que tiene á menos descender de sangre real, no se desdena de recoger hasta las migajas de la régia mesa. Me apartaré de esa Reina, á quien he servido con tanto amor, con tanto celo y constancia; pero hasta entonces procuraré servirla del mismo modo, con mas lealtad, si cabe, con mas esmero que nunca. ¿Ha determinado que me informe acerca del nacimiento del paje? Me informaré. No le aborrezco tanto desde que veo que detesto á Lara mas de lo que creía. ¡Lara! yo probaré á los que quieren sentarte en el trono, que doña Urraca puede cumplir como cristiana, sin degradarse como Reina.

No tuvo necesidad de salir del monasterio para ver á Pelayo, que estaba allí, aguardando con impaciencia la resolución que acerca de Ramiro se tomara. El mudo, en una larga entrevista, le manifestó cuanto averiguó por Gontroda acerca de la desaparición del hijo de Bermudo. Nada de nuevo añadió á lo que nosotros sabemos: su relación fué bastante imperfecta, por la escasez de medios de darse á entender con un hombre mas aficionado, como recordará el lector, á sacudir mandobles y á disponer tormentos que á descifrar inscripciones. Del exámen de un testigo habria pasado el juez inmediatamente á la comprobación del otro, si el tiempo, que tambien corre en las novelas; no hubiese traído la hora de queda, mas á propósito para cenar y dormir, tras un día de fatiga, que para pesquisas judiciales. Pidió pues hospitalidad al abad del monasterio, cuyo nombre no hemos podido averiguar por mas libros, archivos, lápidas y sepulcros que hemos revuelto. Y lo sentimos á fé, pues aunque de él no se cuenta mas que una cosa, es una cosa buena, á saber: que accedió

al punto á la peticion de don Gutierre, dándole cena y lecho para sí y para los escuderos. ¡Cuántos nombres de personajes conserva la historia, de quienes se ignoran mayores ó semejantes proezas!

Pero dejando aparte tan injusto capricho historial, proseguiremos el cuento diciendo, que al siguiente día, abandonando el conde de los Notarios los blandos y hospitalarios jergones y mantas..... Y aquí se renueva nuestra pena, pues constando como consta de documentos contemporáneos y fehacientes la existencia de semejantes utensilios ⁽¹⁾, ¿por qué no ha de aparecer el nombre del susodicho abad, que tan generosamente proveyó de ellos á don Gutierre?

El cual, saltando del lecho no muy de madrugada, enderezó sus pasos al palacio episcopal, cuya fachada forma uno de los frentes de la plaza, que cierran en ángulo recto la catedral y el monasterio de Pinario. El venerable Diego Gelmirez salia de su propia capilla construida sobre el pórtico del alcázar. Acababa de decir misa por el pobre paje Ramiro, que debia andar á la sazón asaz menesteroso de auxilios espirituales y temporales. El prelado tampoco habia descuidado los últimos: era de los que rogaban á Dios dándole al mazo; y atendiendo al nuevo estado de sus relaciones con el rico hombre de Altamira, mandóle un mensaje muy atento reducido á pedir la devolucion de la persona de Ramiro Perez de Mellid, paje de su reverencia, en el caso de que lo tuviese encerrado en el castillo, prometiendo si, lo que no era creible, hubiese cometido algun delito contra él, castigarlo con toda severidad en Compostela. Contestó Ataulfo con no menos formalidad y atencion, que si bien era verdad que el paje Ramiro habia llegado, el conde don Pedro Froilaz se lo habia remitido, y que él lejos de castigarlo como merecia por su insolente conducta en el juicio de Dios, por un raro capricho lo habia perdonado: que luego lo vió salir del alcázar, y podia afirmar á su paternidad que nadie le igualaba en deseos de saber su paradero.

Con esta respuesta ambigua, volvieron los del mensaje, y el obispo quedó por de pronto satisfecho, y esperando ver á Ramiro la hora menos pensada. Pero llegó Pelayo, comisionado, como dijimos, por la Reina, y trajo noticias mas circunstanciadas, que no desmentian por cierto al rico hombre, pero que no eran para satisfacer ni tranquilizar al mas templado y contentadizo. El paje efectivamente salió salvo y perdonado de Altamira, mas al poco tiempo volvió á meterse dentro en busca de su madre, y desde entonces se habia cortado

(1) En la HISTORIA DE SAHAGUN, tantas veces citada.

absolutamente toda comunicacion en el alcázar. Con estas nuevas, Diego Gelmirez habia mandado otro mensaje á don Ataulfo, reclamando formalmente á Ramiro, y amenazando con todo género de armas al que injustamente lo retuviese.

Así andaban las cosas, cuando el conde de los Notarios llegó á presencia del pontífice compostelano, que satisfizo completamente los deseos del juez, respondiendo sin rebozo á todas sus preguntas. Conferenciaron despues amistosamente acerca de las estrañas aventuras que al paje acaecian, y convinieron ambos en que si bien existia el convencimiento moral de que el hijo de Bermudo y el Ramiro Perez eran una misma persona, no podian darse de esta identidad pruebas legalmente irrecusables: que lo mas prudente por lo pronto era no invocar los derechos que pudiera tener á los estados de Altamira, hasta que con mayores datos y menos disposicion del interesado se reclamasen: que por consiguiente, la Reina no debia mezclarse en este asunto, ya por el bien parecer, ya porque exclusivamente correspondia al obispo, cuyo vasallo y criado era el mancebo.

Al ver Fernandez de Castro á Diego Gelmirez tan razonable y tan de acuerdo con su modo de pensar en las cuestiones de dignidad, de honra y de prudencia, antes de retirarse y de llevar á la Reina el resultado de sus investigaciones, quiso probar si era cierto lo que el misterioso desconocido de la hermandad le habia asegurado acerca de los planes de casamiento con Pedro Gonzalez de Lara.

A poco que metió la tienda, se halló con mas grave mal de lo que se imaginaba. El afeminado conde, que sabia deponer su arrogancia cuando á su ambicion convenia, del cuarto de la Reina se habia ido en derechura, la noche anterior, al del obispo, y tan viva pintura hizo de sus amores, de las dificultades insuperables para la separacion, descubrió tan á tiempo la existencia del niño Hurtado, y con el manto de la hipocresía disfrazó tan bien sus deseos de subir al trono, que el piadoso pontífice se aferró en la opinion de que no habia otro remedio para la salvacion de aquellas dos almas díscolas y estraviadas, que volverlas al rebaño atrayéndolas con la sal de sus propias pasiones, y sujetarlas al redil con los vínculos del matrimonio.

Fatigóse en vano el conde de los Notarios, queriendo demostrar los perjuicios que al reino se ocasionaban de semejante enlace: el prelado hizole ver que el lente de su enemiga exajeraba los inconvenientes, y que él, como delegado del romano Pontífice, para remediar los desórdenes de la corte de Castilla, no podia con-

temporizar con el escándalo, el cual debia terminar presto, ó con la separacion de los amantes, ó con la santificacion de sus amores.

Íbase á marchar el de Castro asaz mohino, puesto que asombrado de haber visto mayor teson que el suyo en un corazon tan lleno de mansedumbre; pero habiendo llegado de Altamira á la sazón los segundos mensajeros, detúvose hasta saber que novedades traian. Diego Gelmirez se adelantó á recibirlos, y tornó despues con un pergamino al lado del conde, diciendo consternado:

—Hijo mio, lo que está pasando en este castillo, ya no solo me interesa á mí, como señor, como amigo y padre de Ramiro, sino á la Reina, á vos, á cualquiera cristiano y caballero. Toda mira terrestre, todo interés humano debe desaparecer ante la necesidad de poner término á los horrorosos crímenes que allí se estan perpetrando.

—Esplicaos, santísimo padre, respondió el conde frunciendo el ceño, al ver que se desvanecian sus esperanzas de alejar á doña Urraca de aquella empresa. Esplicaos por Dios, que no acierto á discurrir cómo vuestra santidad quiere envolver á todo el mundo en las aventuras de un pajecillo.

—Oid, y vereis como á nadie es lícito permanecer indiferente en presencia de los hechos que voy á referiros. Y ahora observo que la divina Providencia ha dispuesto la concentracion de fuerzas y mesnadas en las cercanías de Santiago, verificada con diverso fin del que, Dios mediante, ha de alcanzarse.

—Os escucho, no solo con atencion, sino con la mayor impaciencia.

—Sabreis en primer lugar que los mensajeros fueron bien recibidos en el castillo, y que Ataulfo les dijo, que si bien era cierto cuanto me habian relatado acerca de la segunda entrada del paje en Altamira, no lo era menos que ignoraba su paradero; bajo palabra de honor lo aseguraba.

—Hasta ahora, padre, replicó Gutierre interrumpiéndole, no encuentro motivo para ese general llamamiento que quereis hacer de todos los fieles.

—Aguardad un poco, amigo mio, y juzgareis por vos mismo. Al salir los mensajeros así despachados, tropezaron en el angosto camino que hay entre la barbacana y el foso del alcázar con este rollo de pergamino, que no parecia sino que adrede estaba allí puesto para que en él reparasen: cojiéronlo con disimulo, y aun creyeron que de una de las rejas salia una voz femenil que les decia suavemente por temor de ser oida de otras personas: « ¡aquí! ¡aquí! »—Tomad

ahora, hijo mio, tomad, añadió el prelado entregándole el escrito.

—Suplicoos, reverendo padre, que lo leais vos mismo, contestó el conde devolviéndoselo: lo hago en obsequio de la brevedad.

—Es una carta de Elvira de Trava.

—¡Cómo! ¿la bastarda está cautiva en las torres de Altamira?

—La bastarda se ha casado ayer mañana con Ataulfo el Terrible.

—Pues, segun me dijo ayer Pelayo y hoy habeis repetido vos, Elvira estuvo casada en secreto con el hermano mayor de Ataulfo.

—Se ha dispensado el impedimento en el caso de que lo haya, pues el conde de Trava me aseguró que el primer matrimonio no se celebró con todas las ceremonias requeridas.

—Hasta ahora, repuso Castro con sequedad, tampoco veo otra cosa sino que vos y vuestro amigo el conde, no habeis descuidado en allanar al príncipe Alfonso el camino de Santiago.

—Así es la verdad, hijo mio, y Dios nuestro Señor hame castigado tal vez por haber cedido á razones algo terrenales.

—Pues..... ¿qué sucede?

—Que Bermudo, el primer amante ó marido de Elvira, el padre de Ramiro vive, ¡vive todavía!

—¿En dónde, en dónde está? exclamó Gutierre fuertemente conmovido.

—¡En las mazmorras de Altamira, sepultado hace veinte años por su propio hermano!

El conde de los Notarios quedó sobrecogido de terror, y al cabo de un rato prorumpió indignado en semejantes palabras:

—¡Infame! ¡villano! ¡mal caballero! Razon teneis, santísimo padre, en decir que libertar al infeliz cautivo, al nobilísimo rico hombre de Altamira, al dechado de caballeros, empresa era de la Reina de Castilla y de todos los nobles de la tierra, ofendidos y agraviados en la persona de Bermudo de Moscoso.

—Si, don Gutierre; yo mismo, repuso el prelado, abandonándose á la confianza que le inspiraba la sincera adhesion del conde; yo mismo por mas que en ello dañe y perjudique la causa del príncipe don Alfonso, romperé las en mal hora trabadas amistades con Ataulfo, fulminaré escomunion al sacrílego que ha contaminado el lecho de su hermano.....

—En eso, reverendo padre, paréceme que debeis andar con tiento, saltó el conde de los Notarios con viveza; y perdonad si un profano se mezcla en cosas que os atañen: habeis dicho que don Pedro Froilaz os aseguró que el primer matrimonio de la bastarda no se cele-

bró tal como la santa madre Iglesia lo tiene dispuesto, en cuyo caso es nulo; y si estais seguro de que el segundo se ha verificado legal y cumplidamente.....

—Seguro estoy; el capellan que echó las bendiciones á los novios es un santo sacerdote amigo mio, que iba provisto de las licencias necesarias.

—Bien; pues á mi modo de ver el casamiento válido y legítimo delante de la Iglesia será el de Ataulfo, aunque vituperable por los medios con que ha sido contraído.

—Teneis razon, hijo mio; y mientras el conde de Trava no nos aclare estas dudas, no fundarémos la escomunion en el sacrilegio, que acaso materialmente no se haya verificado, sino en la retencion de la persona y bienes de Bermudo de Moscoso y de su hijo Gonzalo.

—Fundadla, padre mio, en lo que os plazca, que no creo os falten cien motivos, cuanto mas uno, para escomulgar á un tan insigne malhechor como el Terrible; pero no dejéis de avisar al conde de Trava de cuanto ocurre para que calme presto nuestros escrúpulos; y entre tanto dadme vuestra santa bendicion, que voy á comunicar tan gratas nuevas á la Reina de Castilla.

—¿Gratas os atreveis á llamarlas, don Gutierre? dijo el obispo suspirando con la inquietud de una conciencia timorata.

—Son mas de lo que á primera vista parecen, reverendo padre: doña Urraca amaba en sus floridos años á Bermudo; ella me ha confesado que su memoria renovada en el pajecillo, la daba aliento para dirigirse por el camino de la virtud; no creais, no, que en vida del hombre á quien respetaba tanto, y tanto amaba, dé su mano á nadie, y mucho menos á un caballero tan despreciable como el conde de Lara; por el contrario, casada Elvira con Ataulfo, libre Bermudo, querido siempre de la Princesa, acaso, acaso aclamado por nobles y villanos, ¿será imposible por ventura la union años hace intentada de Urraca y de Bermudo?

—¡Oh! exclamó el obispo alborozado: ¡así el Señor sacaria de los abismos un nuevo Moisés para redimir el cautivo pueblo cristiano! ¡Así los dias de esa pobre Reina, que amanecieron claros y serenos, iluminados por la hermosa luz de un amor puro, terminarian despues de tantas borrascas, brillando en el ocaso la misma suave y apacible lumbré! ¡Y Bermudo de Moscoso, víctima de una usurpacion inicua, no retendria un solo instante al nieto de Alfonso el Magnánimo la corona de Galicia, que tan legítimamente le pertenece!

—Y quién sabe si vos, padre mio, tan prudente y conocedor de

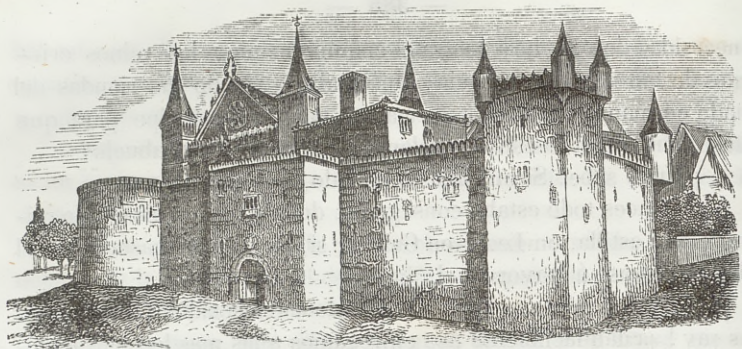
la necesidad de unir hoy contra el comun enemigo los reinos cristianos de tan vasta monarquía, quién sabe si viendo las riendas del Estado en manos tan firmes, ostigariais mucho al príncipe para que antes de adiestrar las suyas reclamase la herencia del abuelo?

—¡Quién sabe! Si mi augusto ahijado consentia.....

—Entonces todo estaba conseguido: doña Urraca y Bermudo reinarían en Castilla, en Leon, en Galicia; sí, en Galicia, hasta que el príncipe llegase á mayor edad.

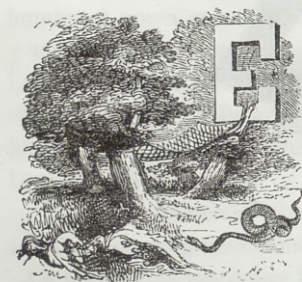
—¡Todo! ¡todo! exclamó el prelado enternecido súbitamente. Mas ¡ay! ¡cuán fácilmente nos entregamos á las mas locas esperanzas! ¡Estamos coronando al pobre Bermudo, y nos olvidamos de que el lobo de Altamira tiene aun entre sus garras al cordero!





CAPÍTULO III.

De cómo el conde de Lara, que siempre estaba de sobra, no acudió al lado de la Reina la única vez que hizo falta.



El conde de los Notarios pasó inmediatamente al monasterio, pero en lugar de dirigirse á las habitaciones de la Reina, preguntó por el padre Prudencio. Con-
testóle el portero con una guiñada espre-
siva, y le condujo á una celda á piso bajo,
arremangándose en el camino las haldas para andar mas listo.

Maese Sisnando, que estaba allí con su disfraz de religioso, no pudo disimular cierta sonrisa al advertir la confusion y el empacho que al entrar sentia el pundonoroso y rehácio caballero.

—No os deis el pláceme por mi venida, señor villano, le dijo don Gutierre algo picado: pues así como de mí podeis estar seguro mien-
tras vuestra vida dependa de mi lealtad, por las espuelas de Santiago,

os juro que no tendré mayor gusto que ahorcaros, si agenas manos llegan á ponerlos en las mias.

—Nada de nuevo me decís, señor conde, contestó el maestro, pues así ni mas ni menos me lo habia figurado. No penseis, con todo, que me lleváis mucha ventaja en punto á combatir con armas de buena ley; ya podeis presumir que quien llega al aposento de la Reina cuando está departiendo con sus ricos hombres, puede acercarse tambien cuando está sola; no dejareis de sospechar que tampoco nos faltan medios de aproximarnos al obispo, al conde de Lara, á vos, á vos mismo, que esta noche habeis dormido aquí....

—A pierna suelta, señor conjurado, porque ni por la imaginacion se me pasa que haya en estos reinos gente tan ruin, que armada de puñal, sea capaz de deshacerse de un enemigo indefenso.

—Con que así pelitos á la mar, amigo mio, prosiguió el alarife, y pasemos al gozo que tengo en veros por aquí, aunque no sea sino por la satisfaccion que me cabe de haber sido adivino.

—A medias, padre Prudencio, ó como quiera que se llame; pues si mal no me acuerdo, su redomada paternidad pensaba tornar á verme convertido en conjurado, y vengo nada menos que á sacarle de la conjuracion, y á convertirle en bueno y leal.

—En lo duro os pareceis al pedernal, don Gutierre, replicó el arquitecto; mas yo me precio de ser como el acero.

—¡Qué diablos! exclamó el conde; de uno y otro sale la luz que alegra y esclarece, ó la llama que consume y devora. ¡Ea, pues! presto, uno ú otro. ¿Quereis un rey valeroso, recto, justiciero....?

—Domador de la soberbia y preponderancia de los nobles; señor, verdadero señor de todos sus vasallos; añadió el alarife.

—Vengo á traéroslo.

—¿Sois vos?

—¡Voto á tal! exclamó el conde amohinado.

—¡Oh! murmuró el maese, meneando la cabeza: no le hay, pues, en la tierra.

—Es que yo le traigo de debajo de la tierra.

—¿Cómo?

—Del sepulcro.

—¿Quién es? Explicaos.

—Escuchad una larga historia. Veinte años há que yace en una mazmorra....

—¡Ah! ¿Bermudo de Moscoso?

—¡Cielos! ¿sabeis tambien....? preguntó el rico hombre atónito.

—Tanto como vos, mas que vos.

—¿Y qué os parece?

—Que Bermudo de Moscoso es digno de sentarse, no en el trono de Castilla, sino en el trono del sol; pero Bermudo ha vivido privado mucho tiempo de bienes tan reales y verdaderos como la libertad, la luz, el aire y la sociedad, para pagarse de bienes tan ficticios y aparentes como el cetro y la corona.

—Tampoco me dices ahora nada de nuevo, respondió el de Castro, encogiéndose de hombros y paseándose por la celda con torvo ceño: si fuese una cosa tan fácil hacerle aceptar la corona, ¿habria yo venido á verte? Es preciso obligarle; es preciso que la Reina lo solicite, y de eso responde un corazon enamorado: que el partido del principe lo aclame, de lo cual responde el obispo: que los ricos hombres lo empujen, y corre esto de cuenta de Gutierre Fernandez de Castro; y es preciso que los villanos se pronuncien en su favor, de lo cual tu debes responderme.

—Una sola dificultad me ocurre, dijo maese Sisnando: don Bermudo de Moscoso estuvo casado.....

—Basta; veo que estás menos enterado que yo, con esas ínfulas de saberlo todo: el matrimonio de Bermudo y la bastarda es nulo.

—¡Nulo! ¿Por qué?

—Eso es lo que yo no puedo decirte; mas no será extraño que el conde de Trava nos entere luego de todo. Presumo, sin embargo, que á veces la demasiada suspicacia nos hace cometer las mayores necedades, y que tanto, tanto aguzar la espada es esponerse á que de puro fina se quiebre la punta.

—Por eso vos os quitais de cuentos, y fiándoos mas de la pujanza de vuestro brazo, que del filo del acero, no os tomais siquiera el trabajo de aguzarle, y os presentais en todas partes echando por delante vuestra última palabra.

—Así es sin quitar ni poner una tilde, padre conjurado; y en el negocio que acá me trae, he dicho todo cuanto tenia que manifestarle.

—Con que Bermudo de Moscoso casado con la Reina, repuso el alarife resumiendo la conferencia; el obispo de Santiago.....

—A fuer de buen pastor, cuidando de sus ovejas, añadió Gutierre.

—¿Y los nobles?

—Bajando la cerviz al yugo del monarca, y concediendo alguna participacion en el régimen de cada pueblo á los mas honrados de vosotros, pícaros villanos.

—Ni tanto me atrevia yo á pedir, señor caballero. Salga don Bermudo del calabozo, que no faltará quien por esas calles grite, vocifere, y lo aclame, y proclame, y haga por él todo género de locuras.

—Poco á poco, don villano; la cabra siempre ha de tirar al monte, y el rebelde á los motines. Yo no quiero tumultos, ni asonadas, ni por bien ni por mal: dejemos las griterías, y lelilies para los árabes cuando arremeten; nosotros los cristianos debemos ser mas circunspectos y contentarnos con muestras de amor y de respeto.

—Es decir que vos quereis una locura cuerda. ¡Ah! señor conde, mucho me temo que la cuerda no sea el fin de semejante locura.

—Recelas de mí, ¡vive el cielo!

—No, señor; no es de vos, es tal vez un presentimiento, ó siquiera un remordimiento de haberme metido á conspirar con razon y con juicio. En fin, vamos ajustando cuentas: Bermudo será rey; Lara.....

—Con respecto de Lara no os habeis de mostrar exigentes; dejádmelo y basta, dijo Castro interrumpiéndole con una de sus mas crueles sonrisas.

—Lara queda encomendado á vos, y aunque no saque la hermandad por ahora mas que el castigo de ese traidor, debe holgar en ello.

—Antes de holgar un punto, es necesario pensar en que el futuro monarca salga de la prision.

—En efecto; pero disponiendo como disponeis de las tropas del obispo, de la Reina y de las vuestras, es segura.....

—La toma del castillo, el castigo de Ataúlfo; pero no la salvacion de Bermudo, que puede perecer á manos del implacable carcelero. Ahora bien: segun ayer me dijisteis, y segun voy viendo, vosotros tenéis medios de penetrar en la mayor parte de los edificios.....

—Hay en nuestra hermandad, contestó maese Sisnando, un cierto alarife amigo mio, que ha hecho ó reconstruido la mayor parte de las iglesias y castillos de seis leguas á la redonda.

—Pues bien, si ese arquitecto amigo vuestro pudiese entrar en Altamira.....

—Y aun llegar á la mazmorra: porque el tal mi amigo, lo es mucho de una cierta bruja llamada Gontroda, que reside ha mas de cien años en el castillo, la cual ha llegado aquí esta noche pasada, y le ha contado todo.....

—¡Oh! preciso es que ese artífice me facilite los medios de penetrar en el castillo y de poner en salvo al infeliz prisionero.

—Eso es punto menos que imposible; porque el susodicho alarife se ha desprendido ya de esos medios.....

—¡Oh!

—En favor de dos pobres villanos amigos suyos, que apenas han sabido el terrible aprieto en que se hallaban don Bermudo y su hijo, han corrido á libertarlos, esponiéndose á caer en manos del Terrible y á morir descuartizados. Ya se ve, vosotros los repúblicos, los hombres de estado, para dar un paso, aun en favor de vuestro mayor amigo, habeis menester consultarlo con yo no sé cuantos intereses; ellos, pobres petates, tan solo necesitan consultarlo con su corazon.

—No basta, es preciso acelerar la marcha de las tropas, aunque maldito si estamos dispuestos para un asedio: pero no importa, asalto sobre asalto, y acabaremos presto. Con que, dadme vuestra mano, en señal de paz y alianza, pues ya desde este punto dejais de ser un rebelde.

—Soy siempre maese Sisnando el arquitecto, señor conde, y la mano que da vida á los mármoles, y alza templos al Dios vivo, puede sin mengua enlazarse á la de un noble valiente y honrado como vos. Pero advertid que el trato no está cerrado: que todo depende de que la Reina lo acepte.

—¡Cómo, maese Sisnando! ¿presumis de conocer los secretos de los edificios, y no comprendéis los del corazon humano? Ahora mismo subo á ver á la Reina: venid á presenciar desde vuestra huronera, no ya su aprobacion, sino su alborozo, su vivo agradecimiento: dentro de breves instantes podreis estar satisfecho.

Cuando anunciaron á la Princesa el arribo del ministro, estaba lamentándose á solas de la servidumbre en que la tenian los ricos hombres, la cual le impedía volar al socorro de un amigo injustamente perseguido, y castigar á un vasallo tirano y caprichosamente cruel. Era doña Urraca doblemente infortunada en aquella ocasion, pues conocia que tan molesta dependencia no solo dimanaba de la organizacion feudal de la monarquía, sino de los errores y extravíos del monarca, y se revolvía furiosa contra sí misma, como una serpiente irritada que se azota con la cola y se muerde con rabia, no pudiendo devorar á su perseguidor.

Entró el conde de los Notarios y hallóla en pie, dispuesta al parecer á salir del monasterio, las mejillas encendidas de cólera y vergüenza, próxima á prorumpir en insultos y amenazas, por lo mismo que conocia su impotencia.

—¿Habeis cumplido mis órdenes? dijo al de Castro con un acento que debía ser altivo, y fué mas bien turbado.

—Puntualmente, señora, respondió modesto el conde: he visto á Pelayo el mudo; he examinado al obispo.....

—¿Y bien? exclamó doña Urraca, temiendo todavía hallar en el ministro la resistencia de otras veces. ¿Habeis acabado de convenceros de que Ramiro es hijo de....?

No se atrevió á terminar la pregunta. Cierta respeto religioso le impedía pronunciar irritada el nombre que faltaba para completar la frase.

Fernandez de Castro comprendió que tan esquisita delicadeza suponía un amor inmenso, y que este amor exigía en aquellas circunstancias las mayores atenciones y miramientos.

—Sí, señora, respondió como impregnado de estas consideraciones: tengo el convencimiento moral de que Ramiro es hijo del inolvidable don Bermudo de Moscoso.

—¡Oh! dijo Urraca suspirando: diómelo el corazon desde el primer instante en que le ví, y mi corazon es el único que no me engaña.—Perdonad, Gutierre, añadió luego sonriéndose ya desenojada: me olvidaba de que si vos me ofendeis á menudo, no me engañais jamás.

—Jamás; permítame vuestra señoría que lo repita ahora, para no tener que recordarlo luego.

—¿Venis ya con enigmas y misterios, conde de los Notarios? repuso la Princesa con pecho palpitante. De veras, os tengo miedo.

—¿Qué reparo teneis en ir al castillo de Ataulfo, y rescatar al verdadero rico hombre, y castigar al bárbaro fratricida?

—Ninguno.

—¡Oh! ¿Lo veis cómo yo tenia razon? ¿cómo el corazon de una pobre mujer es superior á vuestra bien organizada cabeza? No perdamos un momento mas.

—Antes de partir, señora, es preciso que acabeis de saberlo todo.

—¡Gran Dios! ¿Ataulfo ha sido capaz....? exclamó bruscamente doña Urraca, perdiendo el color de sus hermosas mejillas.

—Nada temais, respondió el conde con marcada intencion; la vida de cuantas personas os interesan, ha sido respetada. Yo solo queria participaros, para que obreis con todo conocimiento de causa, que Ramiro no es hijo legítimo de Bermudo de Mocosos.

—¡Pero es hijo suyo!

—Eso sí.

—Basta; creo sin embargo, que estais engañado. Moscoso estuvo casado en secreto con Elvira de Trava.

—Fué nulo el matrimonio.

—¡Nulo! Bueno, ¿y qué nos importa?

—Mucho pudiera importaros, contestó Gutierre con misterio, si el padre de Ramiro existiese; porque en tal caso, Ataulfo quedaria legítimo dueño de Elvira, y Bermudo absolutamente libre..... Libre, no solo ante de Dios y los hombres, sino ante su corazón: quedaria probablemente curado de su afición á la infiel bastarda, y.....

—Pero ¿á qué renovais esas llagas de mi alma? exclamó la Reina con un gesto de amargura. Bermudo no existe: murió asesinado por su hermano, y deber es de cuantos en vida lo quisimos, vengarlo en muerte.

—¡Pues ahí está, señora! Hay quien dice que aquel leal y cumplido caballero no murió.....

—¿Cómo?

—Tan presto; añadió Gutierre con viveza, creyendo haber avanzado mucho.

—¡Ah! contadme, contadme, conde, dijo la Princesa trémula de impaciencia: ¿qué se dice? ¿qué se sabe? Corrieron acerca de su muerte tan estraños rumores.....

—Que no seria estraño que la verdad hubiese quedado oscurecida. También Bernardo del Carpio creia que su padre habia perecido víctima de la venganza de vuestro ilustre abuelo Alfonso el Casto.....

—Y el conde de Saldaña vivia en una torre, de donde jamás pudieron sacarle todos los esfuerzos, todas las hazañas del hijo.

—¿Quién sabe si nosotros seremos mas afortunados?

—¡Cielos! gritó la Reina mirándole con ojos desencajados: ¿qué quereis decir?

—Que Bermudo de Moscoso vive, vive encerrado en el castillo de Altamira, y esta noticia es cierta: yo no os engaño jamás: ha llegado á mis oídos por dos opuestos conductos. Vive, señora, y con el favor de Dios, luego se verá en libertad: volverá al mundo que tanto echaba de menos sus proezas, sus virtudes, su dignidad, su tesón y bizarría.

Este discurso podia haber terminado muy bien en la primera frase; pero Gutierre Fernandez de Castro iba estirándolo y amplificándolo, sin temor de ser molesto, esperando ser interrumpido por los transportes de júbilo y regocijadas exclamaciones de la Reina.

No era fácil que tal sucediera; porque doña Urraca se quedó sin voz y sin aliento, como sobrecogida de un pasmo, y vaga y turbia la mirada. Apenas daba otra señal de vida que el mantenerse en pie con los brazos lánguidamente abandonados á su propio peso.

El color fué poco á poco subiendo á sus mejillas, agolpándose sobre todo, alrededor de los ojos, en los cuales apareció luego un velo cristalino formado de las lágrimas cuajadas, que aun no tenían fuerza para rodar convertidas en líquidas perlas.

—Señora, no temais regocijaros delante de mí, prosiguió don Gutierre; el que os dijo que despues de Lara no podria venir nadie, sabe muy bien que Bermudo de Moscoso estaba antes que Lara, antes que todos. Ahora repito yo vuestras palabras: no perdamos un momento mas; vamos á libertar al mas noble de todos los caballeros, á vuestro futuro esposo, al rey de Leon y de Castilla.

Al oir estas palabras la Reina inclinó la cabeza sobre el pecho, dejando caer raudales de llanto. Sentóse luego en un sitial inmediato, y cubriéndose el rostro con un lienzo, dejaba adivinar por el estremecimiento de las tocas, la ajitacion de su seno, y por el ruido de los sollozos la angustia de su corazon.

El conde de los Notarios no sabia á qué atribuir el efecto producido por una nueva que debia serle tan grata, y mucho mas viniendo acompañada de circunstancias tan lisonjeras á una persona enamorada. Guardaba silencio, como el respeto exigia; pero no era dueño de reprimir algun movimiento que el roce del arnés al punto revelaba.

—Id, don Gutierre, le dijo por fin doña Urraca con voz interrumpida por los gemidos: id presto á salvar á ese desventurado y á su hijo; y no esquivéis ningun sacrificio por duro y costoso que os parezca, para que consigan la libertad. ¡Libres! ¡Bermudo, Ramiro, Elvira..... todos libres, amigo mio, y aun á costa de mi vida, y será un favor que nunca os podré premiar como merece!

—¿Y vos?

—¡Yo! exclamó la Reina descubriendo su bello semblante encendido de lágrimas brillantes; y se quedó parada mirando fijamente á don Gutierre.

—Vos, señora, dijo este casi conmovido: vos no debeis ceder á nadie la gloria, el vivísimo placer de reparar una tan atroz injusticia, de castigar tan barbaro crimen. Venid, señora, y abrireis la mazmorra de Bermudo.....

—¡Ay! clamó doña Urraca con un hondo gemido; yo no debo verlo jamás.

Y dejó caer otra vez la cabeza contra el respaldo del sitial, tapándose el rostro con la palma de las manos.

—¿Por qué, señora, por qué rehusais ver el objeto mas digno de vuestro amor?

—¡Por qué, don Gutierre! ¿No lo adivinais? ¡Porque me moriria de vergüenza si lo viese! dijo la Reina con acento profundamente sentido, y sin apartar las manos del semblante.

El conde se cruzó de brazos, frunció las cejas y guardó silencio.

—Bueno es el arrepentimiento, decia dentro de sí; pero no llevado á tal extremo. Ahora por evitar hasta la sombra de faltas anteriores, será capaz de dejar de hacer lo único bueno que habria hecho en toda su vida. Yo debia presentarle aqui á Bermudo, seguro de que ellos despues se arreglarian; pero el alarife estará escuchando, y es preciso arrancar una respuesta definitiva.

—Ya sabeis mi resolucion, añadió luego doña Urraca un poco mas serena: no os detengais, por Dios; id á salvar esa familia, á quien he amado tanto, y os repito que prefiero su libertad á mi vida, á permanecer un dia mas en el trono.

—Esas lágrimas, señora, repuso don Gutierre, esa generosidad son capaces de borrar las mayores faltas, y mucho mas cuando el bien de la patria lo exige. Descuidad acerca de la vida de don Bermudo, que ya se han tomado medidas para salvarle, y pensad únicamente en la dicha que os espera cuando lo veais en vuestros brazos, cuando el obispo os ruegue que lo acepteis por esposo, y nobles y plebeyos vengán á hincarse de rodillas delante de vos con la misma súplica.

—Conde de los Notarios, una mujer que se estravia, pero que ama noblemente, veo que todavía tiene mas delicadeza que un hombre que no ha delinquido. ¿Quereis que despues de lo pasado tienda yo mi mano á Bermudo de Moscoso, que no la aceptó cuando era mas pura que los armiños de mi regio manto? ¿Quereis que sobre el hombre á quien amé desde mi niñez, descargue el insoportable peso de mis propias faltas? No: las lágrimas podrán borrarlas de la memoria de Dios misericordioso, del mundo mismo, que suele olvidar, aunque no tiene misericordia; pero nunca, nunca lograrán desenclavarlas de mi corazon, y cuanto mayor sea el cariño que profese á Bermudo, mas presente, mas viva será la imágen de mis extravíos. ¡Oh! Gutierre, si jamás he podido pensar en él sin ruborizarme, ¿podré tenerle delante sin caer muerta á sus pies?—No me repli-

queis, añadió conteniendo con noble ademan al conde, que iba á mover los labios. Vos discurriréis muy bien como hombre de estado, como consejero de un monarca: « no se ofende á nadie en casaros con Bermudo, el cual conviene á la nacion; pues casáos. » Pero yo discurro como amante, como mujer arrepentida, y digo, sí, lo digo francamente: « soy indigna de ese hombre, y no me casaré. » Los ojos de Bermudo son para mí como los ojos de la Divinidad: yo procuraré hacerme menos indigna de sus miradas.

—¿Y cómo, señora, de qué manera mejor que sacrificando vuestro bienestar por el de la patria?

—¿De qué manera? A vuestros consejos, á vuestra conciencia me abandono, don Gutierre. Decidme, por vida mia: si yo supiese que mañana mismo tenia que comparecer delante del tribunal de Dios, ¿qué debía hacer en el día de hoy?

—Llamar á un confesor.

—El confesor sois vos, don Gutierre: á la severidad de vuestro juicio me encomiendo. Escuchadme. Fundada en motivos de conveniencia, yo retengo un reino que pertenece en rigurosa justicia á mi hijo Alfonso.....

—Devolvedselo.

—El conde de Lara y yo podemos disponer de nuestra mano.....

Y doña Urraca quedó aguardando con ansia la respuesta.

—¿Qué me aconseja el confesor en esta hora suprema, en que es responsable de mi alma por toda una eternidad?

—Casáos con el padre [de vuestros hijos, contestó el severo juez con un esfuerzo sublime, y arrastrado por el amor á la justicia.

—Pues bien, conde; si mañana comparezco ante Bermudo de Moscoso, será sin la corona de Galicia en la cabeza, y con un esposo á mi lado.

—Y en parte habreis salvado vuestra honra; pero habreis perdido del todo la nacion, dijo gravemente don Gutierre.

La Reina pareció aflijida al oir estas palabras, que le hicieron grande impresion, por salir de labios tan autorizados.

—¿Y no hay ningun medio para evitar tan peligrosos extremos? preguntó luego con ansiedad.

—Sí, hay dos.

—¿Dos nada menos? Hablad, don Gutierre: bien sabeis con cuánto interés y respeto os escucho.

—El primero, señora, es muy sencillo: consiste en que pocos

momentos antes de desposaros con el conde de Lara hagais tambien renuncia del trono de Leon y de Castilla.

—¡Renunciar el trono! exclamó doña Urraca perdiendo el color: ¡Oh! ¡Eso es demasiado!

—Teneis razon: es demasiado para vos, que ciñendo tres coronas no habeis reinado nunca.

—Y cuando veis que me desprendo de un reino.....

—Desprendiéndoo de los dos restantes se evitaba el daño mas grave que pudiera resultar de semejante paso: la desmembracion de la monarquia.

—Confieso que no tengo valor para tanto, contestó sencillamente la Princesa, y mucho mas cuando todavia nos queda otro medio.

—¿Cuál?

—¿No habeis dicho que eran dos?

—Sí, señora; pero este segundo no está en vuestra mano, sino en la mia, y por eso me lo reservo.

—Don Gutierre, dijo la Reina resentida, habeis principiado por reconciliaros conmigo, para acabar por ofenderme nuevamente.

—Sí, señora, respondió con toda gravedad el rico hombre, y volveré á pedir á vuestra señoría perdon de mis ofensas, que serán las últimas que cometa contra vuestra grandeza.

Y se despidió de la Princesa aprovechándose de la perplegidad en que la tenian aquellas palabras.

Despues de su marcha llamó Urraca al pontífice compostelano para consultarle en negocios tan graves, y que tan de cerca la tocaban.

Los consejos de Gelmirez parecian el eco de los que al conde arrancó la fuerza de sus sentimientos de justicia.

—Nada, le dijo, nada se opone á vuestra union con Bermudo en el caso de que el conde de Trava nos declare terminantemente de qué defectos esenciales adoleció el primer matrimonio de su hermana bastarda; nada, ni aun la existencia del niño Hurtado, á quien no podeis legitimar. De consiguiente, si alcanzamos la salvacion del ínclito cautivo, si contaís luego con la voluntad de un hombre que despues de veinte años de mazmorra debe salir aborrecedor de sus semejantes, ó, como yo lo espero, compadecedor de sus miserias, y superior á todos los halagos y vanidades del mundo, casaos; la patria ganará en ello. Pero el enlace con Lara será un acto mas ejemplar, y mas perfecto por lo mismo. Si va precedido de la entrega del reino de Galicia al príncipe don Alfonso, nadie dudará de vuestro

arrepentimiento. Con respecto de la abdicacion completa, nada me atrevo á decir, por lo mismo que yo, tan íntimo y deudo espiritual del infante, puedo ser considerado como parcial. No lo soy, sin embargo, y en prueba de ello os diré, que si el conde de Lara no es el varon fuerte, llamado á sustentar el peso de dos coronas, un niño de doce años es fácil que perezca abrumado con las tres.

Calló el obispo, y contestó la Reina con gravedad :

—Estended la renuncia.

—¿De cuántos reinos? preguntó Gelmirez tan sencillamente como si se tratase de un palmo de tierra.

La Reina tardó en responder algunos minutos, que fueron para ella de terrible conflicto.

—De uno, dijo por fin con apagado acento.

—Entonces la renuncia es escusada, y debe convertirse en una autorizacion para que vuestro hijo sea proclamado rey de Galicia.

—Enhorabuena, exclamó la Reina encogiéndose de hombros: siempre resultará que tengo un reino de menos.

El prelado escribió algunos renglones, que la Princesa firmó suspirando.

—Ya no dirá que soy injusta, murmuró con cierta espresion de gozo al dejar la pluma. Ahora, santísimo padre, añadió, avisad al conde de Lara que al anochecer será esposo de la Reina de Leon y de Castilla.

Y repitiendo sus títulos anteriores, aquella mujer naturalmente ambiciosa, queria hacerse ilusion de que nada habia perdido.

Poco despues de anóchecido, el obispo de Santiago, revestido de pontificales, estaba aguardando en su misma capilla á la Reina y al conde don Pedro Gonzalez de Lara.

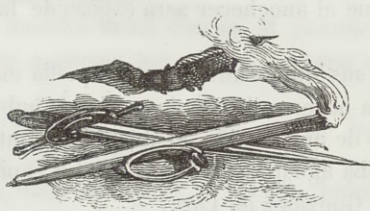
Ningun amigo nuestro iba á ser testigo de la sagrada ceremonia. El conde de los Notarios y Gundesindo Gelmirez, gobernador de la ciudad, marchaban á la sazón con sus mesnadas al castillo de Altamira. Pelayo y Munima tambien se hallaban fuera, y mucho mejor ocupados, y maese Sisnando, desesperanzado de obtener por entonces el logro de sus deseos, se habia retirado á descansar de las inútiles fatigas de los dias anteriores, cavilando siempre en la reorganizacion de la hermandad. Tan solo algunos canónigos, á quienes apenas conocemos mas que de nombre, y otros caballeros que se han presentado tarde en nuestra crónica para que nos tomemos el trabajo de nombrarlos, presenciarian de órden de la Reina y del

obispo el acto religioso y reparador con que terminaban los escándalos de la corte de Castilla.

Doña Urraca debía atravesar en litera el corto trecho que hay desde el monasterio al palacio, recibir las bendiciones nupciales, y marchar en seguida á reforzar con su gente y animar con su presencia el ejército sitiador. Acaso en este plan se habia propuesto otro fin que la delicadeza del lector puede adivinar. Mientras Bermudo jemía en el calabozo, ella no tenia reparo en celebrar aquella boda; pero sí en reposar un solo instante despues hasta conseguir la libertad y restauracion del respetado y querido rico hombre de Moscoso.

Tantos y tan magníficos planes vinieron abajo, sin embargo, por un solo accidente. Cerró la noche, y el conde de Lara no parecia. Cuando por Diego Gelmirez supo la resolucion de la Reina, estuvo á punto de perder el juicio de puro regocijado; aquella boda era el blanco de sus deseos. Todo el dia anduvo impaciente, desasosegado, anhelando por el feliz instante en que podria llamarse esposo de la Reina, rey de Castilla y de Leon.....

¿A qué debía atribuirse su ausencia en aquella hora?

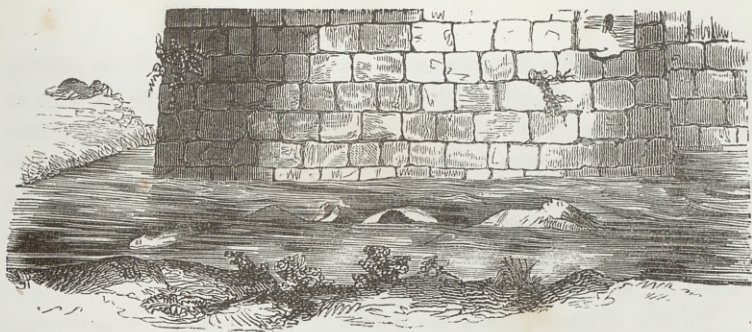




Lam. 26.

Int. de Compost y Po 84





CAPÍTULO IV.

De cómo á los ojos de Ataulfo tornóse berbemeja el agua del foso.



ARA no pareció tampoco en el resto de la noche, y se cumplió entretanto el plazo fijado por el Terrible para la venganza.

Dos dias habian transcurrido ya desde el casamiento, sacrilego siempre para Ataulfo, aunque tal vez fuese válido; dos dias desde el ignorado encierro de Ramiro y de los apuros de Elvira de Trava; dos dias que los amigos y favorecedores de los encarcelados perdieron lastimosamente, y que el rico hombre supo aprovechar apercibiéndose para el asedio.

Ya hemos visto con qué blandura recibió á los mensajeros del obispo, permitiéndoles entrar en el alcázar, y despachándolos con toda aquella cortesía á que pudo doblegarse su ruda condicion: no era esta mudanza hija de su reciente conversion á la causa del príncipe, sino del deseo de ganar tiempo para mejor prepararse á la

defensa del castillo. Dominaban en su espíritu dos ideas al parecer opuestas, y que él sabia conciliar á maravilla: por un lado en su desesperacion le importaba poco morir; por otro, hacia los mayores esfuerzos para salvarse de manos de sus perseguidores; despreciando la vida no queria, sin embargo, ceder á nadie la satisfaccion de ser instrumento de su muerte. Refinamientos de la envidia y del orgullo; pero de los actos mas trascendentales del corazon humano, móviles suelen ser las sutilezas de pasiones.

Ya sabe el lector que si los nobles y ricos hombres se mostraban exigentes y soberbios con los monarcas, no era porque estos fuesen todos tan débiles que sufriesen de buen grado sus pretensiones y arrogancia, sino porque los caballeros tenian vasallos y castillos inespugnables, como el de Altamira, en que apoyarlas.

Hizo escursiones el Terrible por la comarca, trayendo al alcázar rebaños, harina y todo género de bastimentos; llamó á las armas á sus mesnaderos; reparó la fortaleza; y como una de tantas precauciones de seguridad, mandó cerrar aquel pequeño desaguadero de la mazmorra, que daba, segun dijimos, á una roca de la colina. Con tales preparativos, con la solidez de las murallas, profundidad de los fosos y elevacion de las torres, Ataulfo podia muy bien reirse de un cerco atropelladamente dispuesto en favor de una persona, cuya vida estaba pendiente de su voluntad.

Tranquilo respecto de la lucha material á que se veia arrastrado, no lo estaba acerca de las batallas que con su corazon y conciencia sostenia. Mil pequeñas circunstancias multiplicaban sus terrores. La inesplicable desaparicion de Ramiro, á quien no se encontraba en ninguna parte; el encierro de Gontroda, á quien suponía en la mazmorra de Bermudo; el descubrimiento y rápida circulacion de todos sus crímenes, le tenian confundido.

Pero lo que mas le atormentaba era el respeto que le infundia aquella mujer valerosa, que encerrada en un castillo dos dias y dos noches, sin tener siquiera un rostro amigo á donde volver los ojos, habia conseguido salvar la honra de su esposo, contra las brutales asechanzas del hombre á quien todos obedecian como siervos en la comarca, y que veia venir sobre sí las fuerzas reunidas de la Reina, del obispo, de Castro y Lara, y tranquilamente se sonreía.

—¡Bendito seas, Dios mio, en quien he puesto toda mi confianza! exclamaba Elvira, de hinojos en su aposento. Solo á vos es debida la victoria que hasta ahora he conseguido sobre ese miserable, que ofendiéndome, os ofende. Vos, Señor, habeis sostenido mi corazon

para que desfallezca al cruzar ese tormentoso piélago de amargura, cuyo término ni siquiera se vislumbra. Vos habeis mantenido mis párpados firmes dos dias enteros, sin que la mano del sueño importuna, irresistible, se haya atrevido á cerrarlos un solo instante. Vos, sobre todo, gran Dios, habeis infundido al tirano tal veneracion hácia mí, que no parece sino que me ve revestida de un rayo de vuestra gloria que le deslumbra: le habeis inspirado un amor, que es el escudo que me protege. Yo le veo temblar en mi presencia, enmudecer con mis palabras..... Hacedlas, Señor, tan eficaces, que lleguen á mudar su corazon: haced que arrepentido dé libertad á mi esposo y á mi hijo, y que aunque yo perezca no les quede duda de mi constancia; pues creo, Señor, que si en vida esta duda es capaz de darme cien veces la muerte, despues de morir turbaria mi felicidad en el mismo cielo. ¡Oh, Señor! perdonadme; no sé lo que digo. Ni yo merezco la dicha de los justos, ni esta es de tal condicion que pueda alterarla nada. Pero, Señor, mi mayor castigo seria una mirada de recelo y desconfianza de mi desgraciado esposo.

Los sollozos y las lágrimas interrumpieron tan fervorosa oracion, y la bastarda prosiguió luego de semeiante manera:

—Hoy, Señor, os necesito mas que nunca: hoy vence el plazo señalado para la muerte de los objetos mas queridos de mi corazon: desde aquí estoy viendo la compuerta que ha de abrir paso á las aguas homicidas..... ¡Dios mio! nada hay imposible para vos: haced que hoy sea el dia del triunfo de la inocencia y de la humillacion del malvado. Y si no, dadme valor para ver morir á mi hijo y á mi esposo, para despreciar la vida, si he de conservarla á costa de mi envilecimiento.

Desde la reja en que se hallaba Elvira habia visto entrar á los mensajeros del obispo, y desde allí arrojó el escrito en que pintaba su horrible situacion: desde allí observó tambien los aprestos militares de Ataulfo, la llegada de los mesnaderos y de la vitualla. Todo indicaba la proximidad de un asedio; y así fué, que no se maravilló de hallar aquella mañana coronadas las alturas del oriente y medio-dia de guerreros que la noche anterior acampaban en los vecinos bosques.

Las alegres fogatas, cuyos vivos reflejos serpeaban en las inquietas armaduras, el confuso murmullo de la bulliciosa soldadesca, el continuo movimiento de los defensores del castillo, pudieron haber servido á la bastarda de nuncios ó precursores mas inmediatos de tan fausto acontecimiento; pero temerosa de distraerse un solo instante

en las horas de soledad, de tinieblas y reposo, lejos de asomarse á la ventana, permaneció toda la noche delante de la puerta del aposento, con el puñal en la mano, orando con el corazón, no con los labios, para que su mismo murmullo no encubriese rumores peligrosos.

La luz del sol, que alivia al enfermo, consuela al triste, da esperanza al cautivo, rejuvenece al anciano y alegra y restaura á toda la naturaleza, infundiale mas confianza, y le permitia permanecer en la reja, que dominando la barbacana, dejábale ver, aunque de lejos, el campo de sus libertadores.

Poco á poco fueron estos descendiendo de las posiciones que habian tomado, y llegaron al barranco donde moria la esplanada. Elvira dejó de verlos por impedírsele la primera línea de fortificación; pero escuchó estrépito de trompetería que retumbó de valle en valle.

De las torres del alcázar salieron luego sonidos semejantes, y despues quedó todo en silencio, como si nadie hubiese al rededor y dentro del alcázar.

Rechinaron las cadenas del rastrillo, y crujió la puente levadiza echada para abrir paso á los farautes del ejército sitiador: y por el camino del segundo foso apareció un heraldo en cuya cota brillaban las armas reales. Precedíanle seis trompeteros con los roeles de oro en campo de gules del conde de Castro, y cerraban la comitiva cuatro escuderos con las armas de Compostela, todos á caballo y bizarramente aderezados, como la importancia del acto lo requeria. Elvira, inteligente en la heráldica, al punto conoció que concurrían al cerco los soldados de la Reina y las mesnadas del conde de los Notarios y del obispo de Santiago, y que sin duda para intimidar al Terrible, se habia dispuesto que en el parlamento brillasen los escudos de los caudillos sitiadores.

Ataulfo, sin embargo, debió quedar intimidado, pero no intimidado, porque el rey de armas tornó á salir presuroso, con rostro altivo y miradas impacientes, como si acabase de oír alguna ofensa y ardiese en vivas ansias de vengarla. Tras él alzóse la puente, echóse el rastrillo, y las almenas de la barbacana al punto se vieron erizadas de arcos y ballestas, picas, chuzos, alabardas y otras armas propias para ofender de lejos al que se asomase á tiro, y rechazar al temerario que intentase el asalto.

Apareció luego el Terrible acompañado de sus hidalgos feudatarios. Iba recorriendo todas las líneas de fortificación, y animaba á los suyos, diciéndoles que defendían la causa de su dignidad, villa-

namente ultrajada por la Reina y el obispo, puestos de acuerdo tan solo para perderle: que aquella queria apoderarse de Elvira, cuya ruina habia jurado desde los tiempos en que de ella anduvo celosa, y este usurparle sus dominios para ensanchar los suyos.

Seguiale el sayon, su *ultimaratio*, su mas concluyente argumento. Y mas efecto hacia al parecer en los vasallos del Terrible la postrera razon, que todas las anteriores; pues en el hacha de Martin hallaban tan funesto atractivo, que no apartaban de ella los ojos alucinados hasta perderla de vista.

Elvira notó, sin embargo, que no todos los villanos eran de condicion tan asustadiza. Habia un mozo, pequeño, sin pelo de barba, de rostro no muy limpio, pero vivo y hermoso: vestia tabardo de bu-ri-el y una especie de celada de alambre grueso que le bajaba desde la cabeza hasta el pecho, dejando descubierta la cara: sus armas ofensivas consistian en un cuchillo de monte, medio escondido debajo del ropon, y en una pica que manejaba con tanta viveza como soltura. Este tal, apenas vió alejarse al rico hombre y á su temido apéndice, se echó á reir con singular frescura; y como estrañasen los demas una risa tan intempestiva, él debió satisfacer su curiosidad hablándoles al oido con mucho misterio y animacion. Qué era lo que les decia no podia adivinarlo Elvira; pero advirtió que sus palabras producian en todos grande impresion; que unos se apartaban de su lado furiosos, otros horrorizados, aquellos con aire de incredulidad, y estotros taciturnos y cabizbajos; que luego formaban entre si corrillos en que se departia muy quedo, pero acaloradamente; y que el villano barbilampiño no era el único que comunicaba el secreto, sino que le ayudaban en esta empresa sus mismos compañeros, de manera, que á derecha é izquierda iba cundiendo la noticia, como chisme entre comadres.

La bastarda sacó entonces la cabeza mas de lo que solia, para seguir con la vista aquel admirable progreso, cuando sintió que de abajo la llamaban á media voz.

—¿Señora? ¿señora?

Volvió el rostro, y vió al mozuelo atrevidillo que tenia la frente alzada, la mano izquierda tras de la oreja para recoger las palabras que de la ventana descendiesen.

—¿Sois doña Elvira? le preguntó el barbilucio con interés, pero sin soltar toda la voz.

—Elvira soy, respondió la dama del mismo modo.

—¿No es verdad que estais aquí presa?

—Sí.

—¿Que don Bermudo, vuestro legítimo esposo, el verdadero señor de Altamira, está preso tambien en este mismo castillo?

—¡Oh! ¡sí, sí!

—¿Y que los sitiadores vienen á ponerlos á todos en libertad?

—Sí, dijo Elvira; yo les he pedido auxilio.

El villano se volvió luego á sus compañeros con un ademan que interpretó la dama de esta manera:

—¿Lo veis, cómo no he mentido? ¿Estais ya convencidos de que es verdad todo cuanto os he dicho?

Soldados tan de aluvion, naturalmente debian ser 'muy laxos en achaque de disciplina. Volvieron á formarse corrillos, los murmullos fueron tomando cuerpo, y acaso, acaso habria estallado una insurreccion, si en aquel punto las trompetas de uno y otro bando no hubiesen anunciado con vivos ecos el rompimiento de las hostilidades.

Cada cual volvió á su puesto, arrastrado del instinto de obediencia, que es el primer movimiento del que vive en servidumbre, y entonces se echó de menos al villano del tabardo y de las preguntas, que aprovechándose del desórden habia desaparecido.

No escasos comentarios se habrian hecho de la misteriosa fuga del mozo desconocido, si una nube de flechas y bodoques, acompañada de gritos desaforados, no viniese á recordar á los del castillo que tenian negocios mas urgentes en que ocuparse. Los arqueros y ballesteros de la barbacana contestaron de igual modo, con flechas, bodoques y vocería; y desde aquel momento las preguntas y respuestas menudearon tanto, que no parecia sino que los proyectiles lanzados del campo, volvian al campo apenas tocaban en las murallas, como pelota manejada por diestros jugadores.

Cayó Elvira de rodillas en el mismo alféizar, pidiendo á Dios concediese presto la victoria á quien mas fuese de su agrado, para que no se derramase la sangre inocente de tantos infelices que peleaban en uno y otro bando, tan solo por obedecer á sus señores. No pudo ver, de consiguiente, que generalizado el ataque, y pasado el primer ímpetu, los villanos, sabedores de los horribles secretos del alcázar, sin rebozo tornaron á murmurar de Ataulfo, y haciéndose remolones en sacar la cabeza por entre las almenas, decian: que viviendo como vivia don Bermudo de Moscoso, su único dueño y señor, era una insigne tontería y maldad dejarse matar por gentes que no traian otro afan que el de restituirle su libertad y sus estados. Al mismo tiempo que así platicaban, agachados por supuesto,

detrás de la barbacana, los sitiadores, que notaron la flojedad de la defensa, arremetieron por allí con lo mas granado de sus fuerzas, arrastrando un puente de tablas que á prevencion habian construido para atravesar el primer foso. Cuando llegaron á flor de agua, alzaron la tablazon, dejándola caer de golpe sobre la orilla opuesta.

Gutierre Fernandez atravesó el primero; cuatro escuderos le seguian con escalas, y en pos se precipitaron los mas valientes con tal ímpetu, que estalló el puente con la violencia y pesadumbre. Castro empezaba á trepar entonces por una de las escaleras de mano, y al levantar la frente, vió las almenas coronadas de partidarios decididos del Terrible, mandados por su principal caudillo.

En efecto, Ataulfo echó luego de ver la tibieza de la defensa en aquel punto, el mas importante de todos desde que en él se fijó el enemigo para el asalto; acudió allí con un cuerpo de tropas de refresco que se habia reservado para semejante caso, y como al llegar viese la inaccion, la cobardía, el abandono de los arqueros, como escuchase algunas excusas fundadas en la poca satisfaccion que tenían de la causa que se les obligaba á defender, allí mismo hizo que Martin cortase la mano á los dos únicos que se habian atrevido á mover los labios.

La leccion produjo el escarmiento: todos se lanzaron otra vez á la muralla, y mezclados los celosos con los escarmentados, rivalizaban en valor, los unos por adhesion, los otros por miedo. Ataulfo les animaba, sobre todo, con su ejemplo. En pie sobre la barbacana ningun temor manifestaba en presentarse por blanco de todos los tiros. Con ambas manos sostenia y columpiaba una peña enorme, para dejarla caer á plomo sobre el conde de los Notarios, apenas hubiese llegado á la mitad de la escalera.

Don Gutierre, molestado por los saetazos que de todo el lienzo y de los flancos le dirigian, solo paraba mientes en aquel peñasco que tenia sobre la cabeza, y que de un momento á otro podia caer y aplastársela: subia impávido sin embargo, hasta que dando un brinco se trasladó á otra escala que sus escuderos acababan de armar, y trepó con la mayor agilidad al adarve, abriéndose paso con el hacha y colocándose frente á frente del Terrible. El cual un instante despues arrojó la piedra con tal rabia y violencia, que dando en mitad del puente, rompió la tablazon ya resentida, que en pedazos quedó flotando entre cadáveres y despojos. No habia medio de salvacion para Castro y los que á la orilla opuesta del foso le habian seguido; pero sin hacer alto siquiera en aquel contratiempo, el ca-

ballero de los roeles se lanzó con el hacha levantada contra Ataulfo, que tambien lo esperaba con un arma y actitud iguales. No tenian mas campo que el espesor de la muralla, cortado por las almenas, como dientes de sierra: á uno y otro lado un precipicio.

—¡Ataulfo ! ¡ Ataulfo! gritó el conde antes de descargar el golpe: hemos sido amigos, vasallos de un mismo rey , defensores de una causa; no derramemos mas sangre; pon en libertad á tu hermano..... y la Reina te dará mas estados que tienes que devolver á Bermudo.

—¡Ataulfo! ¡Ataulfo! dijo entonces una voz , trémula y femenil, desde la ventana: yo te ofrezco en su nombre perdon y olvido.

—¡Ella! ¡Ella otra vez en sus brazos! murmuró el Terrible, que habia quedado suspenso al escuchar á don Gutierre. ¡Mentís, mentís! gritó luego con rabia: mi hermano ha muerto. Habeis inventado esa patraña para usurpar las tierras de mi padre.....

Una idea infernal, desesperada cruzó entonces por su abrumada frente.

—Martin, tornó á clamar: ¡á la compuerta, á la compuerta!

Y mas veloz que su mismo pensamiento, el sayón puso las manos en el torno con que se alzaba la tabla que contenia las aguas del segundo foso.

Al mismo tiempo salió de la reja un grito agudo.

—¡Detente! ¡Detente!

—Elvira, exclamó el Terrible levantando los ojos; desmentid á los malvados: decidles que libremente os habeis casado conmigo; que sois mia; que no dais crédito á las fábulas que han inventado.

—¡Detente, detente! repetia la pobre bastarda, maltratándose la cara con la fuerza que hacia para sacar la cabeza por el enrejado de hierro.

—¡Desmentid á Gutierre de Castro que os escucha!

—¡Jamás! ¡jamás! ¡No sois mi marido! ¡Reteneis á mi esposo en la prision hace veinte años!

—¡Martin, Martin! gritó el rico hombre haciendo un ademan significativo.

Y la compuerta se alzó dejando paso á las aguas del foso, que se precipitaron á la mazmorra con sonoro estruendo.

—¡Aquí mis lobeznos! prosiguió: ¡guerra y muerte á los cobardes que quieren reemplazar el valor con la superchería!

Y dando un ahullido cual rabioso lobo, lanzóse contra el conde de los Notarios, que en pie sobre el adarve estaba calculando friamente el daño que resultaba á sus contrarios de aquel diálogo in-

moral, y de aquella pantomima, que solo á medias comprendia. Paró el hachazo con el escudo, y aunque el golpe le desconcertó la muñeca, lo devolvió con tal presteza y furia, que el Terrible cayó sin sentido en las almenas, y de allí habria rodado al suelo como un tronco, si sus escuderos desde abajo no le hubiesen sostenido.

No tuvo tiempo don Gutierre de repetir el mandoble; allí estaban los mas feroces y resueltos servidores del castillo, que al punto se dirigieron contra él. Ataulfo se levantó entretanto, medio aturdido y con el rostro ensangrentado, y cerró otra vez con su contrario, que viéndose solo en la muralla y acosado por tantos enemigos, trató de volver á una de las escaleras.

Pero los defensores las habian derribado, despues de dar muerte á cuantos iban asomando por ellas. No tuvo mas remedio que descolgarse del muro con una mano, mientras con la otra se defendia, y dejarse caer al borde mismo del foso.

Allí fué recibido por uno de sus fieles escuderos, el único que quedaba con vida de los que atravesaron el foso para el asalto. Con las dos escalas derribadas habia formado un nuevo puente; pero tan flexible y endeble, que mas semejaba un columpio. Para premiar su celo, obligóle el conde á salvarse el primero, y el buen servidor pasó á gatas temeroso de caer al agua.

Mas sereno don Gutierre no temió perder el equilibrio: siguióle de pie saltando con firmeza de travesaño en travesaño, y eso que la escalera tendida horizontalmente azotaba el agua cimbrándose con el peso y los brincos de un hombre tan robusto cubierto de hierro; y eso que sobre él caian granizadas de saetas y pelotas con tal fuerza, que abollaban su armadura.

Cuando tocó en la opuesta margen, propios y estraños, amigos y enemigos, aplaudieron su valor y serenidad.

Con menos precipitacion en el ataque, con un puente siquiera de repuesto, los sitiadores se habrian hecho dueños de la barbacana, ó primera muralla del foso. Les sobró audacia y les faltó prudencia. Afortunadamente el arte de templar una con otra ambas virtudes, se aprende muchas veces en una leccion, con tal que sea dura y costosa.

Gundesindo Gelmirez por el opuesto lado seguia destruyendo hábilmente las fuerzas de la guarnicion con simuladas arremetidas, que á veces la ponian en aprieto; pero Castro ordenó la retirada general para dar algun descanso á los mesnaderos y tornar en seguida, si no mas briosos, al menos mejor apercebidos.

En periódicos de la oposicion leemos todos los dias que hay victorias mas funestas que una derrota. Ataulfo, que no era ministerial, debia conocerlo así. Habia triunfado en el primer encuentro ; pero su causa al triunfar quedó herida de muerte. Los enemigos se retiraban de los muros despues de haber vomitado dentro el veneno de la discordia. Las declaraciones del heraldo , las murmuraciones del villano barbilampiño, las arengas de Gutierre Fernandez de Castro, y los gritos de la bastarda, habian hecho llegar la verdad á los oidos de los defensores del alcázar, y la verdad es pan del bueno y ponzoña del malvado , como el aceite que alimenta al hombre y mata á los reptiles.

No eran estas, empero, las reflexiones que á la mente del Terrible se agolpaban á la sazón.

En pie, vuelta la espalda al campo enemigo y recostado en las almenas , tenia los ojos fijos con espanto en las aguas del foso , que lentamente se habian ido sumiendo y bajando, mientras pasaban los lances que acabamos de referir. Hacía un rato , sin embargo, que estaban inmóviles, como el rostro del hombre que las contemplaba.

La compuerta seguía alzada, y de consiguiente aquella inmovilidad era señal infalible de que la mazmora estaba completamente inundada.

Ataulfo quedó asustado de su propia obra ; no se atrevia á volver los ojos á ningun lado, ni andar un paso , ni á levantar la mano para enjugarse el frio sudor en que sus sienes estaban empapadas. No tenia mas que un pensamiento : habia dado muerte, no por justa causa, ni accion de guerra , ni en duelo autorizado, ni en castigo de un crimen, á su hermano y su nodriza: á su nodriza, que pocos dias antes le desafió diciéndole: « márame, márame, y al espirar me despediré de tí..... A Dios, hijo mio, á Dios, hasta luego. »

Entonces creyó inevitable su muerte, y viéndose tan malo, tuvo miedo de morir. No daba un paso por no hundirse en el abismo; no alzaba la mano, por no clavarse un puñal en el corazon ; no volvía el rostro por no encontrarse con un asesino al lado , y permanecía fijo como una estatua, inmóvil y sombrío como una momia.

Pero de repente le pareció que las aguas del foso se agitaban , y con la sacudida perdian su color natural , tornándose rojas , encendidas, hasta convertirse en olas de sangre pura, hirviendo y vaporosa, y que de la compuerta saltaron dos cadáveres, que luego flotaban en el foso: eran dos ancianos de distinto sexo ; jerau Bermudo y Gontroda ! En pos venian otros, y todos ellos se levantaron y se dirigie-

ron hácia él para agarrarle y sumerjirle en aquellas ondas, y saturarle de sangre. No le fué posible permanecer en aquel sitio; huyó Ataulfo; pero los cadáveres alargaban las manos á donde quiera que se detuviese. ¡Oh! ¡qué angustia, qué ansiedad, qué tormento!

El rico hombre no pudo sufrir mas, y cayó desmayado al pie del adarve, de donde no se habia movido.

—¡Ataulfo, Ataulfo, hijo mio, vuelve en tí! le decia poco despues una voz conocida.

Alzó los ojos el Terrible y lanzó un grito de pavor. No era ilusion de su fantasía, no era vana sombra evocada por los remordimientos; era Gontroda, que le llamaba, que en sus brazos le tenia, y enjugaba con sus manos secas, pero cariñosas, las gotas de sangre y de sudor que corrian por el desfigurado rostro de su hijo.

Al miedo de morir sucedió el estupor de la supersticion; creyó entonces Ataulfo en el poder sobrenatural de aquella mujer, en virtud del cual se habia salvado con Bermudo; y el miserable se alegró, no por tener un crimen menos sobre su conciencia, sino por apartar de sí la sentencia de muerte que le aterraba.

—¡Gontroda! exclamó con voz desfallecida; dime si hay remedio para mí, dime.....

—Ven, hijo mio, ven: haz lo que yo te diga, y no desconfies de tu salvacion.

El Terrible obedeció: bajó de la muralla conducido del brazo por su madre, y al llegar á orillas del foso, junto á la compuerta, tropezó en un cadáver.

—¿Qué es esto? gritó estremecido.

—Es tu cómplice, es el ministro de tus venganzas, es Martin, el sayon, que al acabar de alzar esa tabla, ha muerto atravesado de una flecha, disparada por la hija de un antiguo escudero de Bermudo.

—¡Oh! ¡No hay remedio para mí! contestó Ataulfo, echando á correr precipitadamente hácia el castillo, con la desesperacion pintada en el semblante.

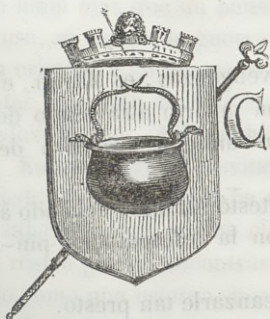
Gontroda tenia demasiados años para alcanzarle tan presto.





CAPÍTULO V.

En que se refieren las aventuras del villano barbilampiño, con otras cosas.



CUANDO la vieja nodriza se persuadió de que el paje del obispo, escondido en la torre de las prisiones, habia caído en manos de Ataulfo, renovó la firme resolución de salvarlo á todo trance, por lo mismo que sus anteriores esfuerzos produjeron tan fatales resultados.

Poco ó nada podia hacer Gontroda dentro del alcázar, y para salir, no titubeó en valerse de su prestigio con el vulgo, y en aprovecharse de la ocasion que le brindaba el rastrillo levantado para los mensajeros del pontífice compostelano. Aparecióse repentina y misteriosamente cerca del puente levadizo, y llenó de temor al supersti-

cioso centinela; pero acabó de alucinarle murmurando á su oído ciertas palabras árabes, griegas ó latinas, en lo cual aun no estan conformes los autores, tan al alcance de quien las escuchaba, como de quien las proferia.

Fuera ya del castillo, no le costó mucho trabajo encontrar un labriego de los alrededores, mas dispuesto al acarreo de brujas, que al manejo de la ballesta, el cual la condujo á Santiago en una bestia, que el hombre suele nombrar con desprecio, quizá porque le debe mas útiles y desinteresados servicios que á ninguna otra.

Gontroda podia dirigirse en la ciudad al obispo, á la Reina misma, segura de hallar buena acogida: prefirió, sin embargo, á Pelayo el mudo, y al arquitecto, escultor, y alarife; que todo esto, y conspirador por añadidura, era Sisnando en una pieza.

Pelayo habia vivido con la anciana bajo un mismo techo, y servido á unos mismos señores, y mutuamente se confiaron importantísimos secretos. A los pocos dias de la desaparicion de Bermudo de Moscoso, sucedió la de su hijo. Pelayo achacaba al Terrible la muerte del primero, Gontroda conocia muy bien al autor del rapto del segundo: reunianse los dos amigos en aquel tiempo con mas frecuencia que nunca: se buscaban con afan y permanecian taciturnos, tristes y cavilosos: querian ambos desahogar su pecho aliviándole del peso que les oprimia; pero ninguno osaba ser el primero en romper el silencio. Por fin, media palabra que este soltaba á fuerza de ruegos importunos, y media que aquel decia para animarle, solian coincidir perfectamente y formar una palabra entera, y por una palabra se adivina una frase, y á quien sabe una frase no hay mas remedio que recitarle el discurso completo.

Gontroda se reservó, sin embargo, una parte del suyo. No tuvo inconveniente en descubrir que Ataulfo abandonó en el bosque de Luparia al hijo del primogénito de Altamira, y que ella lo habia salvado, aguardando oculta á que una persona de piadosas entrañas lo recogiera; pero jamás quiso confesar que conoció á la mujer que lo llevó en brazos. Este último secreto no era suyo: de él pendia la vida, la dicha de la criatura adoptada por padres tan honrados como Nuña y Pedro de Mellid, y educada por el obispo de Compostela. El escudero no fué tan cuerdo como la nodriza, y ya sabemos que su imprudencia le costó la pérdida del habla.

No eran tan estrechas las relaciones de Gontroda con maese Sisnando, pero sí tan antiguas. Traian su origen de la época en que el alarife estuvo por primera vez en Altamira recomponiendo el castillo

de orden de Ataulfo , antes de la supuesta muerte del hermano.

Verificóse la entrevista de tan humildes personajes en casa del mudo. Principió la vieja esponiendo los hechos con toda verdad y sencillez, procurando, no obstante, atenuar los cargos , que no podía menos de dirigir á su hijo , y terminó pidiendo el auxilio de sus amigos para sacar á los cautivos de la mazmorra. Grande impresion hicieron sus revelaciones , singularmente á Pelayo , que se encerró en una profunda inmovilidad que en él equivalia al silencio. Sisnando, mas sereno, se encargó de contestar y de discurrir trazas para libertar á los presos sin ruido ni aparato, y sobre todo , sin violencias ni amenazas, que podrian fácilmente dar fatales resultados.

Nadie mas á propósito para llevar á cabo este pensamiento que las dos personas á quienes la vieja recurria : el arquitecto , conocedor á palmos del castillo cuyas obras dirigia siempre , previsor y lleno de travesura para idear planes ; y el mudo , inteligente y fiel para ejecutarlos , resuelto y decidido sobre todo á morir por su antiguo señor.

Por las esplicaciones de la anciana al punto cayó maese Sisnando en la cuenta del sitio en que don Bermudo estaba encerrado.

—Ahora bien, dijo: por deseos que tenga de serviros, amigos míos , yo no puedo hacer milagros : ni sé penetrar en las murallas, como cuerpo glorioso , ni atravesar invisible por medio de centinelas; el castillo de Ataulfo carece de caminos subterráneos, de poternas y portillos en que otros abundan: la primera muralla ó barbacana tan solo tiene una entrada, y esa defendida por cubos, foso, puente, rastrillo y guardias correspondientes.

—Vamos, maese , respondió la vieja; cuando dias pasados os pedí una llave para abrir la primera puerta de la torre , ninguna dificultad pusisteis, amigo mio , y como luego volviese por otra llave.....

—Os la proporcioné tan pronto como la primera , y si en vez de ocultarme los motivos que teniais para andar registrando las entrañas de los calabozos , me hubieseis manifestado francamente que queriais llegar hasta la mazmorra, ya estaria don Bermudo de Moscoso harto de haber resucitado; pero callasteis, y yo me limité á daros lo que pediais.

—Yo no podia manifestar mis sospechas sobre un punto tan delicado, hasta que se convirtiesen en certidumbre. Pero ya que entonces malogramos la ocasion, no la desperdiciemos ahora.

—Es que entonces entrabais y saliais en el alcázar libremente;

andabais por él sin el menor tropiezo, y ahora teneis delante las pequeñas dificultades que acabo de mencionar.

—¿Con que si uno de nosotros llega á verse dentro del castillo....? preguntó Gontroda.

—Yo le llevaré hasta el calabozo, respondió Sisnando.

—¿Teneis todas las llaves?

—Tengo una sola, con la cual no hay puerta que no se abra en Altamira.

El mudo dió entonces un golpe en el hombro al alarife como diciéndole: «aquí estoy yo.»

—En efecto, prosiguió Sisnando; tu no careces de maña y menos de puños, y tampoco te falta valor para arrostrar los peligros á que te espones. Pero nos olvidamos de lo principal: ¿cómo entramos en el alcázar? Y tu sobre todo, con esa figura tan estraña, con esas barbas y ese rostro tan conocido, ¿cómo pretendes pasar el puente levadizo? Mas fácil es, si estás desesperado, echarte de una muralla de cogote. Fuera de que es preciso decirlo todo: el que está en la mazmorra tiene la vida vendida si le cierran el desagadero del foso, y yo quiero que tu cuides de que siempre se conserve corriente, descubriéndolo á punto si lo cierran; en cuya operacion no arriesgarás menos el pellejo, que el que adentro vaya.

—¿Y no pudiera yo servir? dijo Gontroda.

—Aun quando á vuestras setenta y tantas navidades tuvieseis fuerza y memoria para acordaros de las puertas que habeis de atravesar, lo cual os explicaria yo en un plano, ¿cómo os disfrazais de villano pechero, con armas ofensivas y defensivas, único medio que me ocurre para que un desconocido pueda entrar ahora fácilmente en Altamira?

Todos guardaron silencio no sabiendo como vencer aquella dificultad, quando se presentó Munima, y Pelayo adivinando sus intenciones, se estremeció al verla.

—¿Os parece, dijo la doncella, entre ruborosa y decidida, os parece que yo podré contribuir á la obra generosa que estais meditando?

—¡Cuerpo de tal! exclamó el arquitecto; si no porque da lástima sacrificar una tan linda muchacha....

El mudo al mismo tiempo le rechazó con gesto desabrido, temiendo dejarse arrebatar de la ternura que le inspiraba la resolucion de su hija.

—¡Los dos, padre mio! repuso la doncella con una mirada tan

tierna como profunda: los dos solos, el padre y la hija. Cuando el criado no basta para hacer el bien de su amo, sus hijos le ayudan.

El anciano escudero no pudo contener sus lágrimas, y dándole un apretón de manos la presentó á maese Sisnando, con una espresion que queria decir: «hénos aquí prontos.»

Nuevo Abraham aceptó el sacrificio, aunque mas débil que el antiguo patriarca, hizo algun esfuerzo para evitarlo.

Munima se enteró á fondo del compartimiento interior del castillo y principalmente del de la torre de las prisiones.

El alarife trazó una especie de plano, indicando el camino que habia de seguir para llegar á la mazmorra, y la vieja le esplicó la situacion del aposento en que Elvira se hallaba custodiada.

Quedaba un solo punto por arreglar. ¿Qué hacian de los prisioneros una vez fuera del calabozo? Gontroda le indicó un paraje donde podia ocultarlos por algun tiempo; pero era menester abreviar este tiempo todo lo posible. La doncella se informó del ánimo en que la Reina estaba de asediar el castillo, y concibió un pensamiento que se guardó de revelar á nadie.

—No basta, decia entre sí; no me basta esponer la vida para bajar á la prision: despues de libertar á los cautivos y ponerlos en el sitio que esa anciana ha señalado, tengo que ayudar á las tropas, que segun dice mi padre, no dejarán de acudir presto á sitiar el castillo. Para que el cerco sea menos prolongado, menester es que yo conspire y subleve la guarnicion á favor del legítimo señor de Altamira. De lo contrario, á juzgar por el jesto del alarife cuando oye hablar del asedio, creo que los sitiadores deben tener pocas esperanzas de salirse con la suya.

Así pensaba la villana, cuya valentía y arrojo siempre que se trataba del bien del paje su vecino, no ha debido olvidar el lector.

Aquella noche se pasó en preparativos para la empresa. Munima se disfrazó con la celada y tabardo. Pelayo la dió su cuchillo de monte. Tambien el buen escudero dejó sus hábitos de mendigo por el traje que gastaba cuando servia á Bermudo, y llevó un criado que le dió Sisnando con las herramientas necesarias para su empresa. Gontroda quedó en levantar la gente comarcana en favor de la justa causa, y en entrar cuando pudiese al castillo con ánimo de salvar á su hijo Ataulfo, única condicion que de todos iba exigiendo.

Muy de madrugada salieron así pertrechados el padre y la hija, los cuales se separaron luego con las angustias que son de imaginar. ¡Ah! á no ser por la certidumbre de que nadie, nadie en el mundo

osaria acometer tan descomunal empresa, ni llevarla á cabo con la resolucion y acierto que Munima, ¡cómo Pelayo habia de consentir en aquella separacion, que tenia tantas probabilidades de ser eterna!

No fué difícil al gentil villano del tabardo incorporarse en alguno de los grupos de mesnaderos que acudian al llamamiento del rico hombre. Una vez dentro del castillo considerábase feliz, por parecerle que tenia en la mano la salvacion de los presos.

—Y si perezco, murmuraba, ¿de qué manera mejor puedo morir que en servicio de mi señor?

Munima por respeto de sí misma, no osaba decir *de mi amado*. Mas ¿qué importaba que lo dijese si así lo pensaba?

Pronto se persuadió de que nada podia conseguir durante el dia: el alcázar estaba henchido de gente, la confusion era grande por todas partes. Andaban los pecheros de aquí para allí como rebaño de cabras sin pastor: el hombre de instinto belicoso, de genio atrevido y deseoso de distinguirse de los demas acudia á la barbacana, á las almenas mas descubiertas, al sitio de mas peligro: el tímido, el prudente ó desengañado se refugiaba á la torre mas alta, al patio mas retirado. Todos hacian escesos en la comida y bebida; andaba el pan y el vino por los suelos. Ataulfo, que no contaba con la justicia de la causa para escitar el entusiasmo, artificialmente lo creaba con la profusion, la embriaguez y la crápula. Y para que se vea lo que es el hombre, los villanos degollaban sin tino sus propias reses, comian y bebian y celebraban la grandeza y prodigalidad del rico hombre, que les hartaba con lo que acababa de robarles.

Complaciase tanto Munima en aquel desórden, como le habria desagradado la disciplina que no le permitiese salirse de las filas ni cambiar de posicion á su antojo; no creyó prudente, sin embargo, sacar delante de todos una llave y abrir la puerta de la única torre en donde nadie penetraba. Aguardó pues á la noche para obrar á favor de las tinieblas, y aprovechó el tiempo en adquirir noticias acerca de Elvira, que seguia encerrada en la cámara de Constanza y custodiada por Gil Perez; en repasar el plano del arquitecto, y en observar las disposiciones que tomaba el Terrible para la defensa. Era una de ellas el hacinar leña en los sótanos del alcázar, que estaban abiertos con este objeto, escepto el de la torre. De aquí dedujo la villana que los cálculos del alarife, acerca del lugar que los presos ocupaban, eran exactos.

Pero antes del anochecer llegó á sus oidos una noticia conternadora. El desagadero de los fosos acababa de cerrarse, claro

indicio de que la mazmorra iba á ser anegada. Verdad es que Pelayo tenia el encargo de desbaratar la obra, pero ¿podria conseguirlo?

En duda semejante, no tenia mas remedio que observar los pasos de Ataulfo, y ver si intentaba levantar la compuerta; mas por dicha pudo sorprender un diálogo del rico hombre con el sayon, del cual dedujo Munima que hasta el siguiente dia nada habia que temer en este punto.

Llegó la noche tan deseada, la noche, que á todo trance debia aprovechar. Al villano que cogian los capitanes lo ponian de guardia, y no lo soltaban tan fácilmente. Munima, como puede suponerse, se guardó bien de colocarse al alcance de sus gefes. Situóse en el apartado patio de la torre de las prisiones: se acostó en los haces de leña y de paja que por allí estaban esparcidos, y cuando los párpados de sus camaradas cayeron abrumados con el doble peso del cansancio y del vino, se levantó despacio, y suavemente se dirigió á la puerta del torreón.

¡Oh! ¡con qué alegría, turbada sin embargo por el temor, metió la llave maestra en la cerradura! ¡con qué gozo sintió correr el pestillo! ¡pero con qué terror, con qué mortal angustia observó que la puerta empujada dos ó tres veces violentamente no se movia!

Estaba asegurada por dentro con cerrojos, y era imposible entrar en la torre á no ser por la puertecilla secreta de la cámara del Terrible, que ahora estaria en ella durmiendo, ó lo que era peor, desvelado por los remordimientos ó por los cuidados de un caudillo en visperas de la batalla.

Munima se estremeció á la idea de intentarlo.

—¡Imposible! Solo me resta el gozo de dar la vida por *él*, dijo con profundo desaliento, apartando la inútil llave de la cerradura.

Sumida en un estupor muy semejante á la desesperacion, oyó la voz de los centinelas que gritaban:

—¡El enemigo! ¡El enemigo!

Esta voz encontró eco en todas partes: los adalides iban por cuartos, patios y corredores despertando á los villanos y repitiendo, ¡el enemigo! y ¡el enemigo! era la primera palabra que el ballestero pronunciaba balbuciente, saliendo de su letargo. Dentro de poco se renovó la confusion acrecentada por el sobresalto, por las tinieblas y por la inquieta luz de efímeras antorchas.

Ataulfo descendió de su cuarto y salió á la barbacana para observar las fogatas de los sitiadores, objeto de la alarma, y tomar al-

gunas disposiciones para el caso de que el alcázar fuese acometido aquella misma noche. Al verle pasar el puente, ocurrióle á Munima una idea atrevida.

—Esta es la ocasion, dijo para sí; si me descubren me matan; pero si no, los salvo.

Y con impavidez y arrojo subió al aposento principal apartando desenfadadamente á los que la estorbaban.

—¡Plaza! ¡atrás! ¡atrás! exclamaba poniendo la llave en la cerradura: el señor me envia, y me ha dado la llave para entrar.

Así logró pasar á la temida habitacion del Terrible. Allí tomó una de las lámparas que la iluminaban, abrió la puertecilla secreta, y ya dentro de la torre, prosiguió su marcha con mas sosiego, consultando á cada paso las líneas y puntos que el alarife habia marcado en el camino. No tardó en llegar al dintel de la mazmorra, y uno por uno fué quebrando candados y barras, hasta que de un golpe abrió de par en par la ferrada puerta de rechinante quicio.

La doncella quiso dar un grito, pero no pudo; le faltó el aliento, sintióse rendida, postrada, y cayó en el umbral de rodillas exclamando:

—¡Madre mia!

Gran rato transcurrió sin que pudiera moverse ni pronunciar una sola palabra: no habia perdido, sin embargo, el uso de los sentidos; pero estaban como embotados: el corazon absorbia la vida de aquella mujer, que reunia la audacia varonil á la ternura mas delicada.

—¡Ramiro! ¡Ramiro! exclamó por fin asustada de su propio valor.

Pero las broncas paredes de la mazmorra no tuvieron siquiera un eco para repetir aquellos dulcísimos acentos.

—¡Ramiro! ¡Don Bermudo! tornó á gritar con igual fortuna.

Tembló de nuevo, imaginándose que su socorro era tardío, y que los presos habrian perecido. Sentia cierta repugnancia de entrar en el calabozo, hija quizá del pudor de que nunca se desprende una doncella, aun en medio de su mayor audacia; pero aquella idea desvaneciò completamente sus temores. Saltó á la prision, despues de haber dejado la luz en el umbral, y volviendo á cojerla, fué recorriendo con ansiedad aquel pavoroso recinto, observándolo todo, y haciendo resonar de vez en cuando, pero siempre en vano, el nombre de aquellos á quienes buscaba.

No tardó en percibir señales evidentes de que la mazmorra estaba habitada: vió en los parajes mas húmedos huellas de dos per-

sonas, una descalza y otra calzada de borceguíes de punta. Figúrese el lector si Munima dejaria de hacer de estos indicios las aplicaciones convenientes. Descubrió el lecho de Bermudo, y una prenda por último que le hizo exhalar un grito de sorpresa y de alegría. Era la gorra del paje: ¡era la obra de sus propias manos!

Reinaba sin embargo el mas profundo silencio: ni rastro de sangre, ni huellas de otras personas, ni señales de desórden ó de violencia, nada aparecia. El conducto de las aguas cerrado, y en la parte mas baja del piso, una especie de balsa que iba formando el agua detenida. Era evidente que los dos cautivos habian escapado; pero ¿cómo? ¿á dónde?

De repente sintió golpes de azadon ó pico en las entrañas de la tierra y por la parte del desagadero.

—Es mi padre, murmuró Munima; mi padre, que estará trabajando para abrir el conducto.

Y aproximándose cuanto pudo á la pared, comenzó á dar voces llamando á Pelayo. Los golpes cesaron, como si los trabajadores temiesen haber sido sorprendidos. Pero Munima redoblaba sus gritos diciendo:

—¡Soy yo, Munima....! proseguí, no tengais miedo, y si quereis yo os ayudaré de aquí dentro: pero tened cuidado, no entre de pronto el agua detenida: os advierto que los presos no estan aquí.

Entonces percibió una voz que parecia salir de debajo de la balsa.

—¡Munima! ¡Munima!

—¡Ramiro! ¡Ramiro! exclamó la doncella, que hubiera reconocido entre mil aquel acento querido, aunque saliese de las entrañas de la tierra. ¿Dónde estais?

—Estamos aquí, en el desagadero, trabajando para abrírnos camino al campo. Tu padre nos ayuda por la parte de afuera, y un mozo nos instruye de todo cuanto pasa. Sí, nuestra salvacion se asegura, gracias á vuestros generosos esfuerzos. Han llegado esta noche mil guerreros á redimírnos con su espada. Pelayo tiene ya quien le defienda y ayude en su trabajo. ¿Y mi madre? ¡Munima, dame noticias de mi madre! decia con tierno acento el paje del obispo.

—Vuestra madre, respondió la doncella con cierta melancolia, al verse obligada á tratar tan respetuosamente al hijo de su vecina: vuestra madre continúa encerrada en el mismo aposento en que la dejasteis ha tres dias, despreciando con heróico valor las intimidaciones y halagos de Ataulfo.

—Espera, Munima, hermana mia, espera: quiero que otra per-

sona te escuche, dijo Gonzalo conmovido. Repite ahora lo que me estabas contando, prosiguió algunos instantes despues.

La hija de Pelayo comprendió que su voz era entonces invocada en testimonio de la fidelidad de la esposa de Bermudo, y se propuso ser tan estensa y esplicita como la ocasion y el lugar se lo permitiesen.

Al mismo tiempo observó que el agua detenida cada vez iba á menos.

—Os decia, repitió la doncella, que vuestra noble madre todavía sigue lo mismo que cuando de ella os separasteis. Por Gontroda he sabido su execrable matrimonio, con mil circunstancias que acaso vos ignoreis, y tal vez os agrade escuchar.

—Sí, sí, Munima, todo cuanto quieras; para oirte bien he removido la piedra que cierra el conducto, y el agua va saliendo poco á poco por la abertura.

La jóven aproximábase á la pared conforme el terreno se quedaba en seco, hasta que por último, despreciando un pequeño charco que faltaba, llegó á situarse junto á la misma losa, á pocas pulgadas de distancia de su amante.

Así pudo referir todos los pormenores del enlace de Elvira, y la absoluta ignorancia de esta sobre la existencia de Bermudo; el descubrimiento de la confesion de Constanza, verificado pocos momentos despues de la profanacion de los ritos religiosos y debido á Gontroda, y el de la existencia del hijo de que tambien era deudora á la misma persona.

—¿Y qué vínculos unen á esa anciana con nosotros, para otorgarnos tantos favores? preguntó Ramiro.

—Ningun otro lazo, sino el de la gratitud y el deber, á lo que creo. Ha sido siempre servidora de vuestra noble casa y nodriza de Ataulfo: supo en cierta ocasion que este se habia apoderado de un tierno niño, y que trataba de abandonarlo en un bosque, siéndole indiferente que fuese devorado por las fieras, consumido por el hambre, ó recogido por cualquier persona que ignorase el nombre y procedencia de la pobre criatura. Gontroda fingióse cómplice del malvado por salvarla..... por salvaros, Ramiro..... Perdonad si os doy todavía este nombre, al cual estoy mas acostumbrada: os guardó en su regazo hasta que vió venir á la difunta Nuña, que os recogió y crió como hijo propio. Jamás la buena nodriza quiso decir á nadie, y menos á don Ataulfo, que le habia conocido, pero Dios permite que ahora todo se descubra, y.....

Munima calló, porque sintió la voz hermosa del paje, que en tono

de súplica se dirigia á don Bermudo, el cual le contestaba con acento cariñoso, pero bronco y firme.

Así transcurrieron algunos instantes, hasta que Ramiro tornó á dirigirse á su libertadora diciéndole:

—Munima, yo queria entrar otra vez en el castillo, y acudir al socorro de mi madre; pero tengo que obedecer á mi padre, que me ordena permanecer aquí por mil razones.....

—Que yo sé apreciar mejor que vos, don Gonzalo.

—Munima, yo siempre soy el mismo para tí: á tí y á tu padre os debemos la vida..... mas que la vida..... todo, todo cuanto vamos á gozar. ¡Munima, siempre soy tu vecino, tu hermano!

—¡El mismo! ¡mi amigo, mi hermano! repitió la doncella con un gesto de profunda tristeza, que no tuvo que reprimir en aquella soledad. Pero alzando la voz prosiguió, como si nada hubiese oido: sí, vuestro padre tiene razon, don Gonzalo; vos nada podeis hacer dentro del alcázar en favor de doña Elvira: nada mas que entregaros inútil y voluntariamente en manos de Ataulfo. No tengais cuidado por ella: segun noticias seguras que he recibido, firme y valerosa, se hace respetar del bárbaro rico hombre, á quien los cielos que velan en defensa de los oprimidos, han infundido una pasion, una idolatría que la sirve de escudo: salvaos vosotros, mis nobles señores, recobrad la libertad y acometed al frente de las tropas, y dejad á la Providencia el cuidado de la fiel esposa, de la tierna madre.

—¡Hija de mi leal escudero! exclamó Bermudo con un acento ronco, pero trémulo de gozo; ¡magnánima doncella, la sabiduría habla por tu boca, y tus labios como tus plantas no se mueven sino para dar la vida! No te espongas á nuevos peligros: aquí en esta mina podrás salvarte, por aquí saldrás del alcázar. Acabaremos de apartar esta losa, que cubre la entrada de la galería que hemos labrado. ¡Harto has hecho ya por esta pobre familia de cautivos y desterrados! ¡Ven á salvarte, no sea que las aguas descendan súbitamente y quedes sumergida.

—¡Oh! No, no, don Bermudo; mi tarea no está concluida: he llegado á mitad del camino, y no debo detenerme hasta el fin de la jornada. ¿De qué sirve que los mesnaderos de la Reina y los del obispo asedien el castillo de Altamira? Sus esfuerzos y su furia nunca serán comparables á los del mar bravío, cuando se empeña en derrocar el negro peñon, que se burla siglos enteros de las olas espumosas: sus esfuerzos de nada servirán si yo con mi disfraz y mi llave no penetro en todas partes revelando los crímenes de Ataulfo, qui-

tándole poder y autoridad, sublevando los ánimos en favor vuestro: es preciso, Ramiro, que yo haga por vuestra pobre madre lo que vos no podeis hacer aquí encerrado.

—¡Munima! ¡Munima! gritó el jóven descendiente de los Moscosos: no tengo palabras con que manifestarte mi agradecimiento; pero si nos amas (Ramiro no se atrevió á valerse del singular), no espongas tu vida, que despues de la de mi madre es la que mas nos interesa.

—¡A Dios! exclamó la doncella con el acento del entusiasmo: las espresiones de gratitud que me habeis dirigido, don Bermudo..... (tambien la villana sabia poner á sus sentimientos pantalla de palabras) acabarian de precipitarme á los mayores peligros, si hubiese menester de nuevo impulso. No os olvideis de rogar al cielo que corone mis esperanzas. ¡A Dios....!

Pero antes miró á la losa que le separaba de su amado, como con deseos de estampar en ella un beso ardiente. Un instante despues ya se habia ruborizado de aquel pensamiento apenas concebido, y se partió entre ufana y confusa.

—¿Con que esta es aquella jóven que el obispo y tu supuesta madre te habian escogido por esposa? preguntó Bermudo á su hijo, que habia quedado suspenso despues de la marcha de Munima.

—Sí, señor, respondió el noble paje: antes de presumir que yo fuese hijo de un rico hombre de Galicia.

—¿Tú, sin embargo, me has dicho que estuviste á punto de casarte con ella?

—Tan á punto, que si me descuido un poco en ver á la Reina, que fué la primera en concebir sospechas acerca de mi ilustre nacimiento, ya estoy desposado con una villana.

—Gonzalo, dijo gravemente Bermudo: el ser nobles ó villanos no nos despoja de la cualidad de ser hombres, y las promesas que hayas hecho, las esperanzas legítimas que como Ramiro Perez hayas infundido, debes satisfacer como Gonzalo de Moscoso. Así darás una prueba de que no eres indigno de tu nuevo estado, y mucho mas cuando la divina Providencia, á quien se lo debes, se vale de esas mismas personas para instrumento de sus beneficios. Pero no es tiempo, hijo mio, de pensar en esto: asegura bien esa piedra que cierra la comunicacion con el calabozo, no sea que las aguas desciendan con ímpetu y rompan el dique.—¿Por qué estás triste, Ramiro, cuando la hora de la libertad se acerca, cuando recibimos á cada paso tan visibles y eficaces socorros del cielo, como si él y

no otro se hubiese encargado de nuestra salvacion? ¡Oyes esos golpes que sordamente retumban en este hueco? ¡Ellos nos anuncian que Pelayo, mi escudero, y sus amigos siguen trabajando sin descanso hasta encontrarnos! Aquí encerrados en este angosto recinto para evitar la inundacion, nos faltaba ya el aire vital, la luz se iba estinguendo, el alimento escaseaba y caíamos ya casi desfallecidos, cuando el Señor misericordioso encaminó á Pelayo, que abrió el conducto y dió entrada al aire puro que restauró nuestras fuerzas. Hicimos llegar á sus oídos nuestra voz, y hénos aquí contando los minutos que faltan para abrazarle. ¡Gonzalo....! ¿esa tristeza no es una ofensa á Dios que nos colma de favores?

—¡Padre mio! exclamó el paje, teneis razon; pero al considerar que mi madre sigue aun en las garras del Lobo, espuesta á su capricho, á su venganza; ¡al considerar que Ataulfo acaso querrá desquitarse en ella de la mala suerte que va á tener con nosotros....!

—Ten confianza, hijo mio, en aquel que se ha constituido en nuestro guia y amparo. Elvira es inocente y se salvará tambien.

—Sí, padre mio, repuso Gonzalo con tierno entusiasmo: es inocente, es digna de vos, lo habeis dicho, y esa palabra me consuela y tranquiliza. Ahora vamos á continuar trabajando.

Dirigiéronse al extremo opuesto de la mina, que habian prolongado hácia la superficie de la roca.

—¡Ola! ¡Eh! señores cautivos, dijo una persona de voz alegre y atiplada asomándose á la boca del conducto: ¿Hay ánimo? Vamos, que no falta tanto como al principio. ¡Mejor estais ahí que afuera....! Sabed que ha comenzado el ataque, y silvan las flechas y bodques, como el viento en los pinares. ¡A Dios, á Dios, que vuelvo á mi trabajo....!

—A prisa, á prisa, padre mio, exclamó Gonzalo con impaciencia juvenil: yo quiero salir á tomar parte en la gloriosa empresa de rescatar á mi madre y de vengar vuestros agravios. ¡Oh! yo quiero asaltar esas murallas, entrar á sangre y fuego, y....

—¡Gonzalo, Gonzalo! respondió Bermudo, calla por Dios: no acabes de traspasarme el corazon con tus palabras. Yo me separé del mundo y dejé al hombre combatiendo con el hombre, y torno al mundo en medio de un combate. ¡Y eso te escita el entusiasmo, eso te exalta y te vuelve el juicio....! A prisa, á prisa, digo yo tambien: ¡á ver si llegamos á tiempo de impedir que se derrame una gota mas de sangre!

El combate empero habia cesado, cuando dentro de la cueva que





Lám. 27.

Imp. de Gaspar y Roig

Pelayo y los trabajadores abrieran aquella noche detras de la roca, resonó un clamor vivo y profundo de alegría, y poco despues el mundo salió lanzando gritos frenéticos con el anciano venerable en los hombros, y tomando el cauce abajo, no paró hasta llegar á la barranca, y allí en el suelo depositó su dulce carga.

No habia un sitio mas delicioso en las cercanías. Blando césped de menuda yerba, matizada de blancas margaritas, cubria la angosta pradera, que partida por un arroyuelo, se estendia á lo largo de dos colinas, en la mas alta y prolongada de las cuales descollaba el alcázar bañado ya por la rosada luz del sol naciente y medio cubierto por el sombrío peñasco: las hayas, los robles y los olmos quebraban los rayos luminosos con su vicioso ramaje, coronado de las tiernas hojas de primavera, de un verde suave y lozano. A lo largo de la cañada y por la parte del medio dia, descubriase un horizonte lejano, un campo dilatado y ameno, donde la luz desplegaba toda la variedad y magnificencia de sus cambiantes y matices: el aura de la mañana recogia en sus alas el hálito de los rios, el humo de las cabañas y del campamento, y agitaba con dulce susurro la hojarasca y los pendones y cimeras de los soldados: nada hacia recordar que una hora antes aquellos parajes eran teatro de matanza y desolacion.

Bermudo de Moscoso no percibia á la sazón todas estas bellezas que para él debían tener un encanto inesplicable. A la salida de la cueva abrió y cerró los ojos en un punto, y deslumbrado con el resplandeciente azul del firmamento, guardaba escondida en su pecho aquella vision, aquel rayo celestial que debia bastarle para la felicidad de toda su vida.

Desprendido de los brazos del leal escudero, cayó de rodillas y se prosternó delante del sol, como un sacerdote del Oriente, y aunque siempre mantenía cerrados los ojos, gozaba nuevos placeres que inundaban de júbilo su corazón. El sentimiento religioso y el sentimiento de libertad, que penetran hasta la medula de nuestros huesos, las caricias del aura, la blandura del esponjoso césped, cubierto de rocío, y ese murmullo indefinible de la naturaleza, armónico agregado de mil voces distintas, todas sonoras y templadas por la distancia de donde llegan, y por la inmensidad del espacio en que se pierden, tenían como arrobado al pobre cautivo, que en aquel instante se consideraba indemnizado de todos sus padecimientos. Por fin despues de largo rato, abrió los ojos debajo del toldo de los árboles, y apenas podia sufrir aquella dulce claridad. A su lado estaba Gonzalo, el hijo de su amor, á quien abrazó entonces con la misma alegría

que si lo viese por vez primera. Todos los demas, incluso Pelayo, por un sentimiento delicado y generoso, se habian escondido para no profanar con su presencia aquel espectáculo casi religioso.

Pero el corazon del hombre no se ha hecho para gozar mucho tiempo de una dicha tan pura: Bermudo, agobiado por el placer, perdió la casi imperceptible tinta de carmin que arrebolaba sus blancas mejillas, y con hondos jemidos cayó cadavérico sobre el mullido césped, pronunciando el nombre de su hijo. La felicidad tiene tambien su asfixia como las flores.

Entonces salió un grito de entre los árboles, y apareció una mujer cubierta de negro manto y seguida de Pelayo y de algunos criados del obispo, los cuales cojieron al venerable anciano, y conducidos por la enlutada, llegaron á una choza, situada detrás de la colina del Oriente, que la defendia hasta de las torres mas elevadas de Altamira.

Era la cabaña de pobre y miserable aspecto, pero dentro habia cuantas comodidades podian apetecerse en aquella situacion. Bermudo fué depositado en blando y aseado lecho, á cuya cabecera estaba esperando un clérigo docto en las ciencias entonces conocidas, y no estraño en el arte de curar. Ramiro al punto le conoció: era el canónigo Gerardo, autor de las Memorias del obispo.

Pero la mujer no se habia limitado á tener prevenidos la cama y médico, sino las medicinas y los alimentos de que principalmente se debian sentir necesitados los cautivos. Como una madre tierna y cariñosa todo lo preveia, y no estaba satisfecha si no lo preparaba todo con sus manos.

No es nuestro ánimo referir los medios de que ella y el sabio canónigo se valieron para volver á la vida al débil y desmayado rico hombre, ni su prudencia y solicitud para que la transicion se verificara suave y apaciblemente, de manera que ya no fuesen temibles nuevos desmayos; diremos tan solamente que tanto el anciano como el jóven Moscoso hicieron varias preguntas acerca de aquella mujer misteriosa, sin obtener ninguna respuesta satisfactoria del canónigo y de Pelayo. Pero Ramiro, acordándose de un cierto mancebo de atiplada voz, que les hablaba por el conducto del subterráneo, anduvo buscándolo, y creyéndolo mas suelto de lengua que el mudo, y aun que Gerardo, llevóle aparte y le dijo:

—Si mal no me acuerdo, tu eres aprendiz de maese Sisnando.

—Para serviros, señor; he venido aquí enviado por mi maestro como auxiliar del mudo, y he puesto en la empresa mis brazos y mis herramientas.

—Y tambien tu lengua; porque has tenido buen cuidado de ir dando noticias de todo, de manera que yo juzgué que servias de intérprete á Pelayo. No tengo ahora ni un sueldo con que recompensar tu triple servicio; pero dime entretanto, así Dios te haga tan buen alarife como tu maestro, ¿quién es esta mujer que parece dueña de la cabaña, y que para morar en cabañas se me figura de modales un poco imperiosos y arrogantes?

—Eso es lo que no puedo deciros, señor caballero paje; preguntadselo al canónigo, pues que con él apareció.

—¡Hum!

—Y al mudo, única persona á quien dirige la palabra.

—¡A Pelayo!

—Escepto á mí, que apenas me ha dejado trabajar en toda la mañana. Sí, señor; dos ó tres horas antes de amanecer, cuando os sentimos en el agujero, el mudo fué en busca de trabajadores, pues los dos solos no éramos suficientes para abriros paso: vinieron cuantos fueron menester, y mucho mas por cierto, y los sobrantes se situaron cerca de nosotros para defendernos en caso de que los enemigos hiciesen alguna salida, y á poco llegó esta mujer cubierta así como veis, y se acercó á mí, mandándome que os hablase, que os dijese tal y cual cosa.....

—¿Qué cosas?

—Esas vos las recordareis, á mí se me han olvidado. Por mis labios ella os decia todo cuanto pasaba. ¡Ay, señor paje! digo, señor caballero, ¡ese es mi sino! Yo puedo hablar mucho; pero hablo siempre por boca de ganso: siempre digo cosas que para otros deben ser de mucha miga, y de las cuales me quedo en ayunas. No hace dos semanas que con ciertas *Ave marías*.....

—Pero en fin, esa mujer.....

—Esa mujer no se apartó de ahí en toda la mañana, y de la cabaña á la roca, y de la roca á la cabaña, andaba sin cesar disponiéndolo todo, y así temia á las flechas y pelotas del castillo, como si fuesen copos de nieve; y eso que trajo una vez dos saetas, nada menos, clavadas en el manto.

—Ya sé quién es, dijo Ramiro alejándose.

—Pues, señor, está visto, se quedó murmurando el aprendiz; mis palabras son siempre sustanciosas y significativas. ¡Si entendiese yo siquiera la mitad de lo que digo, era mas sabio que Salomon!

Ramiro andaba poco despues buscando por la choza á la mujer enlutada, y vió que acompañada del canónigo desaparecia por en-

tre los árboles: corrió hácia ella tendiéndola los brazos y exclamando:
—¡ Ah! señora, os he conocido al fin: no os librareis de nuestro eterno agradecimiento.....

—Silencio, contestó la mujer; vuelve atrás, y si algo tienes que agradecerme, por única recompensa te pido que nunca reveles mi nombre á Bermudo de Moscoso. Jamás debe saber que lo ha visto la Reina de Castilla.





CAPÍTULO VI.

Cómo Ataulfo de Moscoso cumplió al conde Pedro Froilaz cierta palabra; lo cual se aclara y se demuestra en el capítulo siguiente.



ABÍASE divulgado para entonces en el campamento la huida de los cautivos; pero Gutierre Fernandez de Castro, ocupado en los preparativos para un segundo ataque, y en recibir ciertos importantes mensajes que á cada paso le llegaban del camino de Lugo, fué el último en saber tan gratas nuevas, que á nadie menos que á él debian sorprender, si recordaba las palabras del supuesto padre Prudencio en el monasterio de San Martin de Pinario.

Sorprendiéronle no obstante, y si ha de valer la verdad, tambien le mortificaron un poco. No porque en su noble aunque duro corazón cupiese la envidia: no porque le pesara de la libertad de aquellos por quienes generosamente esponia la vida y el honor de sus armas; sino porque habria preferido en igualdad de circunstancias, romper con su hacha las puertas del calabozo y dar la mano á los encarcelados al sacarlos de la mazmorra.

Este primer sentimiento del guerrero, cedió luego al sincero anhelo del amigo por abrazar al infortunado rico hombre de Altamira. Mientras se disponia en su tienda de campaña para dirigirse á la choza de Bermudo, escuchó algunos pormenores de la escapada, y dando por autores de ella á los emisarios de Sisnando, no pudo menos de admirar en el fondo de su alma el gran poder de aquella hermandad de conjurados, que con tan pocas personas habia obtenido lo que él quizá con todo su ejército no hubiera logrado. De aquí volvió naturalmente á tropezar con su pensamiento de reunir todas las fuerzas desparramadas de la nacion, elevando á Bermudo al regio tálamo, y consolidando la castellana monarquía con un rey digno y por todos los bandos aclamado.

Armado ya de todas armas, y acompañado de los nobles adalides y de la muchedumbre de las aldeas vecinas, que Gontroda habia levantado con su palabra revelando los crímenes del Terrible, enderezó sus pasos el conde de los Notarios hácia la cabaña, y mientras llegaba discurría de semejante manera:

—Es preciso hacer que Bermudo de Moscoso acepte la mano de la Reina; porque lo que es de los escrúpulos de esta me parece que hemos dado buena cuenta. ¡Que vaya, que vaya don Pedro de Lara con sus ínfulas de grandeza y de conde por *la gracia de Dios*, con sus vergonzosos derechos de padre de niños *hurtados*, que vaya á sentarse en el trono de Castilla! Fuerte golpe ha sido; pero no me arrepiento: tal y tan duro lo exigía lo apretado del lance. Lara no es, no puede ser, no será nunca marido de la Reina, y la Reina es libre despues de haber cumplido como cristiana, prestándose á dar la mano de esposa á un hombre á quien ya no amaba. No nos costará mucho inclinarla hácia Bermudo. ¿Qué ha de costar, si es el único á quien ha querido de veras? ¿No fuera bueno, sin embargo, que se empeñara en ser constante en su último propósito, solo porque la mudanza es ahora conveniente y provechosa?

Y al decir estas palabras dentro de sí, Gutierre se sonreía meneando la cabeza entre ceñudo y regocijado.

—Demos por sentado, proseguia, que no hay por este lado grandes asperezas que allanar. Vamos á ver por otro. El obispo, que sabia mi impaciencia por ver aclarada la nulidad del matrimonio de Bermudo y la bastarda, ha mandado á decirme que el conde de Trava ha respondido, prometiendo acelerar su viaje á Compostela y satisfacer de viva voz todas las dudas que se nos ofrezcan. Esto no es nada, y es todo. Algun fin oculto puede llevar en este silencio, en

estas dilatorias; pero si el casamiento fué válido, ¿qué le costaba al conde haberlo declarado así desde luego? ¡Oh! ¡todo es que Bermudo quiera; todo es que penetrado de las necesidades del reino, que yo trataré de esponerle vivamente, de la voluntad de los nobles y de las aclamaciones de los pecheros, manifieste el mas pequeño deseo de empuñar el duro cetro....! ¡Todo es que le haya quedado una leve chispa de ambicion, que de mi cuenta corre soplar y atizar y hacer revivir el fuego y levantar un incendio!

Con tales pensamientos llegó á la choza, y dejando á la puerta el numeroso y brillante séquito de adalides, traspasó solo el umbral, donde fué recibido por Gonzalo y el mudo. Al verlos no pudo menos de sonreirse, y dirigiéndose al último le dijo afable:

—Destinado estás, Pelayo, á salvar en todas ocasiones al paje del obispo. Yo voy alternando: unas veces conspiro contra su vida, tan torpemente, que encargo la ejecucion al padre de su querida, y le obligo á brindar por su futuro yerno: otras espongo con gusto el pellejo porque el Terrible no haga del suyo una criba. Pero si mis esfuerzos de antes fueron impotentes, no lo son menos los de ahora: amigos mas constantes y venturosos se han adelantado.—Está visto, Ramiro, prosiguió dirigiéndose á este con el mismo aire de lijereza y de superioridad: está visto; ni sirvo para matarte, ni para darte la vida: acaso porque no serví jamás para entenderme con rebeldes y conspiradores. Y entiéndame quien me entienda.

—Todavía os queda un campo para la fortuna y para la gloria, respondió el mancebo; todavía podeis mostráros tal como sois, severo, noble y generoso; mi pobre madre sigue en poder del tirano..... ¡libertadla! Ataulfo vive en el castillo que nos usurpa..... ¡vengadnos!

—¡Tu madre..... tu madre! contestó el de Castro con alguna frialdad; tienes razon, ahora lo pensaremos. En cuanto á vengaros y á desalojar del alcázar á don Ataulfo, el honor de mis armas está en ello comprometido.

—Don Gutierre, un favor os pido aun: en el primer asalto habeis sido el único que ha puesto el pie en las almenas enemigas; permitidme acompañaros en el segundo, y no me apartaré de vos un solo paso, aunque trepeis al adarve de la torre mas elevada.

—¡Hola! ¡hola! contestó el conde en tono chancero; no me fiaria en llevar detrás en un asalto galanes á quienes he regalado con cierto lecho de tablas, y cuya existencia he creído, y aun quizá siga creyendo, incompatible con la tranquilidad del estado.

—Y si no quereis llevarme detrás, ¿que inconveniente teneis en que vaya delante? contestó Gonzalo con prontitud.

—¡Bravo mancebo! Venga esa mano, repuso Castro con franqueza caballeresca. A donde quiera iré muy honrado contigo. En pago de tu confianza, te juro no quitarme el capacete hasta hacer á tu padre dueño del castillo. Pero llévame, llévame á los brazos del noble y desventurado caballero, flor de la bizarría, y espejo de los donceles de Castilla; y mientras con él arreglo el plan del nuevo combate, escoje de mis arneses las piezas que mejor te vengan, para no entrar en la lid vestido de lana como un villano.

Un tabique dividia la cabaña en dos habitaciones, aunque mezuquinas, en la última de las cuales estaba el rico hombre de Altamira. Al verle don Gutierre tan flaco y estenuado, cubierto de harapos, y el cabello blanco, tendido y desgredado, en vez de arrojarle á su seno, retrocedió entre suspenso, irritado y compadecido.

—¡Don Bermudo! exclamó: ¿sois vos? No puede ser.... ¡Ataulfo, Ataulfo! ¡villano! ¡infame fratricida....! ¿Sois don Bermudo de Moscoso?

Y como el anciano, no menos atónito de las impetuosas exclamaciones de aquel desconocido, tardase en responderle, prosiguió el caballero diciéndose á sí propio:

—¡Oh! ¿quién es el loco que intenta hacer un monarca de un cadáver?

Y le cayó un velo de tristeza, que súbitamente nubló su rostro.

—Yo soy, contestó entre tanto el cautivo: yo soy, ó por mejor decir, yo he sido ese Bermudo por quien venis preguntando. ¿Y vos, caballero....?

—¿No os acordais de haberme visto pelear á vuestro lado bajo las banderas del rey don Alfonso VI? ¿No conoceis á Gutierre, hijo de Fernando de Castro?

—¡Gutierre, Gutierre! Sí, ya recuerdo.... Venid á mis brazos, amigo mio: ¡cuán pocos años os llevaba entonces, en comparacion de los que ahora parezco llevaros! Soy extranjero en mi patria, huésped en mis hogares, anciano entre mis compañeros, extraño entre mis amigos. No me pasmo de ser para todos desconocido: á mi solo me conocen las cadenas, los calabozos, las tribulaciones. La alegría, el contento parece que en mi pecho se albergan como huéspedes mal contentadizos.

Ni en estas palabras de Bermudo habia grande amargura, ni en el abrazo que dió á su amigo y libertador un extraordinario afecto y

regocijo: aquella alma parecia curada ya de grandes impresiones, despues de las terribles y profundas de dolor y de placer que habia recibido; como las ondas dormidas de la laguna Estijia, que ni se hinchaban en tumulto con la tempestad, ni se rizaban dóciles á las caprichias del aura.

—Don Bermudo, repuso el conde queriendo tentar su ambicion, y asiendo una de sus yertas manos: don Bermudo, todavía respirais el aire del sepulcro; pero luego que esos miasmas se disipen, renovaréis no solo vuestras amistades, sino vuestros antiguos hábitos y aficiones. Recobrarémos el alcázar y todos los dominios que os pertenecen; sereis el rico hombre de Altamira; volvereis á la córte de Leon y de Castilla, donde hallaréis personas que no os han olvidado. Mientras se robustece vuestro brazo para esgrimir el acero, ilustraréis la conciencia de los príncipes y nobles poderosos con sanos y prudentes consejos, de que tan menesterosos nos hallamos. Sí, don Bermudo: para la Reina sereis un oráculo, para los ricos hombres el verdadero monarca, hasta que llegue el dia en que un varon digno de este nombre ocupe el trono castellano.—¿Os sonreis, Moscoso? ¿Dudais, por ventura, si no de la sinceridad de mis palabras, del logro de mis esperanzas y promesas? Venid, asomaos á la ventana; mirad esa inmensa muchedumbre ansiosa de veros y de vengaros. Ha bastado que una vieja decrépita haya revelado vuestra existencia y denunciado la usurpacion de Ataulfo, para que toda la comarca se conmueva y se despueble para venir á salvaros.

—¡Ah! don Gutierre, contestó el anciano, en el alma os agradezco ese interés que me mostrais; pero un rayo de sol es mas preciado de mí que todos los alcázares y tesoros de la tierra. Veinte años he vivido en una mazmorra, porque tenia algunos mas privilegios y riquezas, alguna mayor nombradía que otros hombres; no pueden alucinarme ya distinciones que tan solo acarrean persecuciones y desdichas. Y si no tuviese un heredero, si ese castillo me perteneciese esclusivamente, le volveria la espalda con la mayor indiferencia, y donde quiera hallaria lo poco que necesito para vivir.

El tono tranquilo, dulce y poco variado con que fueron pronunciadas estas razones, ninguna esperanza dejaron á Fernandez de Castro de reanimar un corazon yerto, inaccesible á las ilusiones mundanales; pero como le pareció ver un pequeño resquicio de debilidad en el amor filial, por allí trató de introducirse.

—Sí, le contestó: conquistarémos el castillo para vos y para vuestros sucesores, y la venganza (no quiero darle este nombre),

la mas severa justicia caerá sobre el opresor inicuo que lo ha usurpado. La justicia no es una palabra inventada para intimidar á los pequeños; del rey abajo debe alcanzar á todos; en mi mano ha puesto doña Urraca la espada de la ley, y la espada de la ley llega en mi mano á nobles y plebeyos, sin que sirva de escudo la soberbia del que presume mas que el monarca. Lo sabreis algun dia; no será don Ataulfo el primer rico hombre á quien el conde de los Notarios ha castigado. Aquí estan mis vasallos, aquí los del obispo de Compostela, aquí los de la Reina, á cuyo celo, á cuyo obstinado afecto sois en gran parte deudor de vuestra libertad. No tengais duda; la justicia se cumplirá, y vuestra restauracion será completa.

—Si mi restauracion, si la de mi hijo ha de costar la vida del último vasallo, desde ahora os ruego que no deis un paso mas; creedme, mis estados no valen una gota de sangre.

—Pero es imposible, dijo el conde, que no esperaba semejante salida, es imposible recobrarlos de otro modo que á viva fuerza.

—A Gonzalo y á mí no nos será imposible vivir sin ellos.

—¿Y vuestra esposa? replicó Gutierre, que en último apuro echaba mano de un recurso á que no hubiera querido tocar, ¿os habeis olvidado de ella....? ¿la dejais abandonada?

—No permita Dios, contestó Bermudo, que en la libertad me olvide nunca de los que jimen en cautiverio. ¡Ay! ¡harto he tenido presente á la pobre Elvira, y desde que he sabido su horrible estado no he dejado de ofrecer á Dios por ella el sacrificio de mi vida, de mi felicidad! Estas palabras no son estériles, ni vacías de sentido: me presentaré á don Ataulfo, le pediré de rodillas por ella, le ofreceré el perdón en su nombre, y si necesario fuese para redimirla me quedaré cautivo y tornaré á la mazmorra.

—Eso jamás pudiera yo consentirlo: mi honor está interesado en no admitir capitulacion ninguna, en entrar á sangre y fuego, si el tirano no se rinde á discrecion. Aunque desistieseis de toda pretension y renunciaseis todos vuestros derechos, Gutierre Fernandez de Castro despues de haber disparado la primera flecha tiene que entrar en el alcázar de grado ó por fuerza, ó por los adarves, ó por la puente. Pero no insisto mas, sois caballero y ya me habeis comprendido.

—¡Oh! de cuantas caballerías cura un encierro de veinte años, amigo mio!—Aguardad, aguardad, sin embargo, dijo Moscoso como súbitamente herido de una idea: aun voy á ser caudillo, aun voy á presentaros un plan de batalla.

—Veamos, contestó Gutierre con la misma alegría que una madre al observar la sonrisa del niño que despierta de sospechoso letargo.

—Nada adelantais con asaltar otra vez con mayor ímpetu, ni repetir los ataques con redoblada furia: podeis hacerme dueño del castillo; pero no de Elvira, cuya vida pende del capricho de ese desgraciado.

—Pero Elvira..... Quizá.....

El conde de los Notarios se detuvo. Iba á manifestar sus dudas acerca de la validez del matrimonio de Bermudo y la bastarda; pero reflexionó al momento que no debía tocar este punto hasta hallarse enterado á fondo de los hechos, acerca de los cuales solo podia hablar con seguridad el conde de Trava. Por otra parte, desesperanzado ya de hacer revivir en el pecho del cautivo la llama de la ambicion, poco le importaba que su proyecto tropezase con un imposible.

—Dios ha hecho, prosiguió el anciano, que Elvira haya sido hasta ahora respetada: Dios ha hecho que una persona valerosa y fuerte pudiese entrar á socorrerla. Esta misma persona está conspirando en Altamira á favor nuestro, revelando á los pecheros la existencia de su verdadero señor.....

—Eso no va tan mal, amigo mio: los trabajos del tal conspirador, que desde ahora lo califico y reputo por hombre de un valor á toda prueba, quizá han comenzado á dar su fruto, pues en el primer ataque pude yo llegar al pie de la muralla sin ser molestado de un flechazo siquiera. Así pudiéramos introducir otros cuantos atrevidos que auxiliasen á ese valiente.....

—Es una mujer, don Gutierre, la que tal concepto os merece.

—¿Gontroda, por ventura? Si es la vieja, heme equivocado en atribuirle el mérito de aquel recibimiento, pues la he visto entrar despues del asalto.

—No; es una tierna doncella, es Munima, hija de Pelayo mi escudero.

—¡Pardiez! ¡Raza de valientes y de leales es la del mudo!

—Pero como esa doncella, podeis introducir en el corazón del alcázar, en la torre mas robusta y central, todo un ejército, si os place.

—¡Si me place! exclamó el de Castro: ¿podeis dudarlo? ¿Pero cómo.....?

—Nada mas fácil. Por donde Gonzalo y yo hemos salido, me parece que pueden entrar cuantos sean menester..... bien provistos

de antorchas y de hachas y palancas de hierro, para derribar algunas puertas.

—¡Escelente idea!

—Apoderados de la torre de las prisiones.....

—Arremetemos nosotros, espada en mano, por la muralla.....

—No: me presento yo á las puertas del castillo, agitando un blanco lienzo en señal de paz; llamo á don Ataulfo, le declaro su desesperada situacion, y le ofrezco el perdon si abandona el alcázar y me entrega mi esposa. Creedme, amigo mio: dueños de la torre, persuadidos los mesnaderos de que yo soy su legítimo y natural señor, acaso allí mismo me reconozcan y proclamen, y nuestra restauracion, como vos la llamais, se verificará sin necesidad de armar una ballesta.

—Tal poneis las cosas, don Bermudo, que..... Pero lo que yo encuentro enteramente inútil, es el perdon que le ofreceis, cuando no tiene mas remedio que caer en nuestras manos.

—Inútil no será para el sosiego de mi conciencia, para mi dicha futura.

—La justicia de Dios debe cumplirse, sin embargo, replicó el de Castro insistiendo en su propósito.

—Se cumplirá, no lo dudeis, y será tanto mas completa cuanto menos la compliqueis con venganza humana.

El plan de Bermudo era inmejorable, pues si del todo no evitaba el derramamiento de sangre, como su autor se complacia en creer piadosamente, exigiála menos que ningun otro. Así le pareció á Gutierre de Castro cuando se asomó con el venerable cautivo á la puerta de la cabaña, al rededor de la cual se habian apiñado, no solo los nobles adalides, sino turbas de guerreros, de mujeres, ancianos y niños, que ansiaban por contemplar al noble y afamado caballero, santificado por tantos años de infortunio.

Cuando vieron á la luz del dia aquel rostro pálido y macerado, aquellos ojos llenos de bondad, aunque sepultados en dos azuladas cavernas, aquel cabello blanco y desparcido que resaltaba sobre la túnica, como la espuma que dejan las olas cuando se estrellan contra el negro peñasco de la orilla, salió de todos los labios un alarido, un gemido, un murmullo inefable de amor, de simpatía, al que sucedieron luego gritos tremendos de indignacion y de venganza.

Los mas próximos cayeron de hinojos delante de aquel mártir, y los mas lejanos empujaban á los primeros con el ansia de examinar de cerca, de palpar al preso, de manifestarle individualmente su

cariño y su indignacion, y de recoger las palabras que salian de sus labios.

El conde de los Notarios dispuso que Bermudo cabalgara en un manso palafrén para evitar que fuese atropellado y facilitar su aspecto á la muchedumbre, en cuya operacion Pelayo el mudo volvió á desempeñar sus antiguas funciones de escudero: en seguida se acomodó en su jaco detras de su señor, ufano por las vivas demostraciones de que era objeto.

Gonzalo habia tomado el mando de unos cien hombres escogidos, que le siguieron al subterráneo por disposicion de su padre y del conde don Gutierre. A este último le pidió una bandera.

—La enseña de Castro, le dijo, será la primera que ondee sobre las torres de Altamira.

—Cada vez me persuado mas, respondió el juez, de lo acertado que anduve en apartaros del lado de la Reina: sobre galán, valiente, y sobre valiente, generoso y delicado..... Al punto barrunté yo que habiais de ser muy temible.

Como la mazmorra estaba para entonces inundada, la primera operacion del mancebo fué romper el dique y desaguarla completamente. Mas no tratamos de referir ahora las aventuras del hijo, sino las del padre; y eso que, todo bien considerado, nos tiene mas cuenta dejarlos absolutamente iguales, abandonando á entrambos por algunos momentos.

Entremos en el alcázar, ya que podemos hacerlo sin atravesar minas ocultas, sin mover el puente, ni quebrantar siquiera regla ninguna del arte, pues el buen Aristóteles, al recetar las famosas unidades, no se acordó, ¡Dios se lo premie! de nosotros los pobres coronistas. Hémos aquí en el patio principal, triste y sombrío, con sus dos torreones que se elevan uno enfrente del otro y le roban hasta los rayos del sol de medio día. Por entre las pequeñas columnas bizantinas del claustro bajo, se ve el anchuroso y negro zaguan abovedado, en cuyo fondo aparece la puerta y tras ella, en último término, iluminadas y destacándose con sombras vigorosas, las almenas de la barbacana, coronadas de centinelas, inmóviles como estatuas de una balaustrada, y el enrejado del rastrillo y los postes y cadenas del puente levadizo.

Para nadie eran un misterio los crímenes de Ataulfo. Despues de las revelaciones de Munima, confirmadas por la bastarda, muchos villanos le vieron en pie, recostado contra el muro, contemplando con aire de estupor el descenso del foso, sin reparar en el cadáver del



sayon que tenia delante, traspasado por una flecha lanzada del interior del edificio: le vieron luego caer sin sentido, y volver en sí al lado de Gontroda, á cuya imperiosa voz se abrieron despues del combate las puertas del castillo, y le vieron por último alejarse con un semblante en que parecia impresa la señal de Cain, la señal de los fraticidas. Todas estas noticias circularon con rapidez en el alcázar, y naturalmente debian infundir consternacion en los sencillos mesnaderos de Altamira.

Sin embargo, los lugares que hemos descrito, poblados á la sazón de pecheros, resonaban con brava gritería, que aunque se quisiese interpretar como sospechosa, nada tenia de semejante á los murmullos y gritos de descontento que preceden á las rebeliones y motines. Era una algazara jovial, en la que se confundian cánticos desentonados de puro alegres, chillidos prolongados con que los montañeses tornan á sus hogares despues de la fiesta, carcajadas harto repetidas y bulliciosas para que fuesen siniestras disputas y pendencias, que principiaban sin motivo y que sin él se terminaban.

Rui Perez habia abierto de par en par las bodegas y despensas del rico hombre, y entre rimeros de pan blanco ⁽¹⁾ y témpanos de cecina y de mojama, salieron á luz toneles tan desdichados que no la habian visto de tiempo inmemorial. Bien que todos ellos merecida se tenian tan dura cautividad; pues con permanecer tantos años en tierra de cristianos, eran unos perros infieles del mismo riñón de Andalucía, tan rehacios que jamás recibieron una gota de agua por via de bautismo.

Pero el cautiverio en concepto de los villanos no debia ser castigo digno de su rebeldia, y apenas aparecieron en el patio, fueron divididos, subdivididos y descuartizados y hechos trizas en menos que canta un gallo.

Odres, botijos, zaques y ollas y vasos de cuerno eran las mejores armas ofensivas; y hombres hubo tan encarnizados, que arremetieron con celadas, cascos y capacetes, aunque pagaron bien cara la imprudencia de dejar la cabeza sin armadura, pues en ella recibieron los principales golpes de su adversario.

Jamás los buenos gallegos se habian visto en una refriega en que sintieran mas ardor, mas contento y bazarria. Verdad es que el enemigo de puro noble y generoso se hacia de querer, ó de atacar: con-

(1) Así se llama en Galicia al pan de trigo, en contraposicion al de maiz ó centeno.

fiado en su fortaleza, anunciaba su presencia á larguísima distancia: respetaba á los que no le ofendian, y usaba de armas corteses con los que guerreaban moderadamente; pero implacable con los fuertes y atrevidos, no cejaba hasta dejarlos rendidos, postrados y mas muertos de sueño que de sed.

Desde las almenas de la torre que caia perpendicularmente al patio por un lado y por el opuesto á la fachada principal, un hombre contemplaba aquel espectáculo, que contrastaba horriblemente con su negra tristeza, con su desesperada situacion.

Era Ataúlfo, que huyendo despavorido de los brazos de Gontroda, se habia refugiado en aquella torre.

Deseando estar absolutamente solo, mandó que todos los defensores la evacuasen, y mientras semejante operacion se verificaba, Rui Perez, abandonando por un instante la guardia de Elvira, acercósele y le dijo:

—¿Qué hacemos, señor?

—Lo que quieras, contestó el Terrible con desaliento.

—La gente empieza á murmurar.... dice.....

—¿Qué? preguntó con un acento que exigia pronta respuesta.

—Dicen que don Bermudo.....

—¿Que Bermudo vive?

—Sí, señor.

—Diles que mienten; que acabo de matarlo.

—¿Os parece, prosiguió temblando el escudero, que en vez de contentarles de esa manera, les demos vino en abundancia para que se olviden....?

—Todo lo que quieras..... ¡dales vino, dales oro, cuélgalos de una almena! repuso el caballero, encogiéndose de hombros.

—Tambien os advierto que he mandado seguir la pista de cierto duende que está conspirando y esparciendo voces..... ¿qué he de hacer si lo cojo?

—¿Qué has de hacer, ¡vive Dios! Ahorcarlo.

Y entró en la torre con su envidia, con su amor desesperado, con sus remordimientos y supersticiones.

Cerróse por dentro temiendo que el puñal de la venganza le siguiese, subió al terrado, y allí defendido con las almenas, tendió los ojos al campo enemigo. Turbas innumerables asomaban por las gargantas de los montes, por la cima de los collados, indistintamente mezcladas, prorumpiendo en imprecaciones contra él y sus defensores y en vivas á Bermudo. Al ver aquellos enjambres de jente,

parecia que toda la tierra se levantaba contra el usurpador y brotaba por todas partes enemigos, y que los árboles y las peñas tomaban formas humanas para volverse contra él y voz para maldecirle.

¿Qué tenia que oponer á semejante inundacion de odio, de indignacion, de furor y de entusiasmo?

¡Ay! Ataulfo daba entonces algunos pasos por el terrado, asomábase al patio, y contemplaba aquella escena de tumulto, de crápula y de locura. Allí le aclamaban, allí le victoreaban con estruendo, con alegría; pero ¡qué estruendó tan repugnante! ¡qué alegría tan artificial! ¡Qué efímero encanto, que habia de disiparse con los vapores del vino!

Y ni aun podia contar con los guerreros que dentro del alcázar empuñaban las armas. Los defensores de la barbacana fueron seducidos por un compañero: Martin, el sayon, habia muerto de una flecha disparada de la fortaleza.... ¡por mano de una mujer....! ¡los villanos murmuraban, y los murmuradores se trocarian en rebeldes cuando los toneles se agotasen....! ¡Oh! ¡su poder, sus riquezas, su elevada posicion se desmoronaba mas á prisa de lo que él creia!

¡Y cuán viva era entonces su aficion hácia lo que perdía! ¡Qué atractivo, qué brillo seductor y desconocido tenían ahora aquellos campos y sembrados en que jamás puso los ojos; aquellas selvas llenas de jabalíes, de lobos, de corzos y venados..... aquellos cazaderos testigos de sus proezas y fatigas! ¡Aquel cielo, que tantas veces hendian sus halcones favoritos, cuando libres apenas del capillo se lanzaban como el relámpago en pos de las aves inocentes! ¡Aquel alcázar lleno de comodidades y riquezas! ¡Aquellos muros testigos de los juegos de su infancia! ¡Aquellos tesoros que ahora prodigaba por alargar una hora mas su dominacion y su existencia! Y sobre todo, ¡aquella mujer querida, verdadera manzana de Tántalo, fruta sabrosa, delicada, fruta de oro, de delicias, tan imposible de ser alcanzada y conseguida, como de ser mirada sin codicia!

¡Todo, todo cuanto él perdía, todo pasaba á manos del mancebo barbigoniente y presuntuoso que en el juicio de Dios le habia humillado y escarnecido! ¡Aquella mujer era su madre, aquellos campos, aquellos bosques y vasallos y castillos eran suyos! ¿Y quién sabe si su desdicha llegaría al extremo de que su hermano apareciera, y tornara á los brazos de su legítima esposa? Gontroda estaba en salvo, y Bermudo, ¿no podia haberse igualmente salvado?

—¡Oh! si en este mismo instante me hundiese en el abismo, arrastrando conmigo todo cuanto veo! murmuraba Ataulfo tendiendo

en torno sus miradas.—¿Quién sabe? proseguía con un gesto feroz, que parecia ser una sonrisa: esa leña amontonada en los sótanos puede reducir en pocos minutos á pavesas este edificio. ¿Y ella? ¡Qué compasion debo tener de ella, que jamás se ha compadecido de mí! ¡Ella sufrirá mi suerte..... la suerte de todos!

Y al mismo tiempo llegaron á sus oidos clara y distintamente voces del patio, que parecian el eco de sus palabras, de sus pensamientos.

—¡Ella, decian, ella tiene la culpa de todo!

El Terrible contuvo su aliento, sacó la cabeza fuera de las almenas para escuchar mejor aquel grito, al parecer misterioso, y vió á los mesnaderos apiñados al rededor de un soldado que debia referirles algun cuento sabroso.

—¡Muera, muera! gritaron despues de un rato de silencio.

Siguió luego otra pausa, durante la cual tan solo se oia el confuso y monótono murmullo del narrador, que fué interrumpido con semejantes gritos:

—¡Puro embrollo! ¡embustes de esa villana, mal nacida!

—¡Al aposento de doña Constanza! ¿Quién lo sabe? ¿Quién nos guia? ¡Qué nos la entreguen! ¡Abajo las puertas, si se ha cerrado por dentro! ¡Viva don Ataulfo! ¡Viva el vino de Andalucía!

Con tan horrible estruendo empuñaron las armas que mas á mano habian, y se encaminaron por la escalera principal.

El terror que se apoderó de Ataulfo parecia haber borrado de su alma todos sus pensamientos y paralizado su corazon.

—¡Vive Dios! exclamó luego volviendo en sí, pálido y tembloroso: ¡esos infames van á matar á la bastarda! ¡esos bandidos van á poner sus manos donde el Terrible apenas osa poner sus ojos!

Y aquel hombre, que pocos minutos antes pensaba en dar una muerte cruel, en envolver en su propia ruina á la esposa de Bermudo, bajaba ahora de dos en dos, de cuatro en cuatro los escalones para salvarla; y desenvainando el acero salió al corredor, dió alcance á los malvados, atraido de su horrenda vocería, á tiempo que ya la puerta de la cámara de Constanza rechinaba con el formidable empuje de los acometedores.

Ciego de ira, arremetióles por la espalda acuchillándolos sin piedad, sin advertir que los villanos al conocerle le abrian paso respetuosamente, y ni siquiera se atrevian á defenderse.

—¡Atrás, canalla! gritó cuando la punta de su espada tropezó en la hoja de la puerta: ¡atrás! ¿de cuándo acá los gusanos se atreven

á encumbrarse á las regiones donde moran las águilas? ¡Atrás! Nadie tiene derecho de castigar á esa mujer, si yo no la castigo!

—Gracias, don Ataúlfo, respondióle desde adentro una voz dulce y conmovida.

—¡Oh! ¿qué decis? exclamó el rico hombre, volviéndose embelesado.

—¡Gracias! repitió Elvira: habeis hecho una buena obra salvando la vida de esta mujer desdichada.

Sintióse el rico hombre tan trastornado y enternecido, que echó á correr apresuradamente hácia la torre para ocultar á todo el mundo su debilidad, y con el corazon hinchado, y el rostro encendido, pasó por medio de los miserables que, con el asombro de aquel espectáculo y el estupor de la embriaguez, se quedaron encogidos de hombros, y con la boca abierta, como quien ve visiones.

—¡Dios mio! murmuraba Ataúlfo ya dentro de la torre; parece que respiro con mas placer, con mas facilidad que nunca. «¡Gracias, Ataúlfo!» ¡Sí, ella era: su acento suave, dulce, conmovido, trémulo y apacible! ¡Ella se muestra agradecida, y me lo dice, y me lo repite! ¿Y por qué? ¡solo por haberla salvado de las garras de esos villanos! ¡Y pocos momentos antes abrigaba yo el designio de hacerla morir conmigo! ¡Qué horror! ¡qué vergüenza! ¡Estaba loco, debia estar loco..... es imposible que en mi sano juicio pensara yo en tocar siquiera uno de sus cabellos! ¿Y lo que acabo de ejecutar se llama una buena accion? ¡Cuán fácil es! ¡cuántas gracias semejantes podia yo haber merecido! ¡cuántos consuelos he malogrado! ¡Oh! ¡ese acento, esa bondad, esa dulzura me han penetrado! ¡Elvira! Pero esos infames serán capaces de volver y de vengar en ella la sangre que acabo de derramar. Es preciso completar mi obra.

Y al tornar el rostro para bajar por la escalera se halló frente á frente de Gontroda.

Ataúlfo era capaz de una buena accion, de un sentimiento bello y generoso: conocia el abismo á donde el crimen le arrastraba, sentia impulsos de retroceder, casi, casi se arrepentia; pero como todos los hombres soberbios, no podia sufrir que nadie fuese testigo de su blandura, de su arrepentimiento.

—Vé, hijo mio, vé á completar esa buena accion, le dijo la nodriza; lo que acabas de hacer con esa infeliz, no es aun la reparacion que la debes por la crueldad que tuviste con el padre.....

—¡Gontroda! contestó el rico hombre retrocediendo entre rabio y confundido; te pareces al gozcuelo, que solo sirve de ladrar y

mas ladrar, y ahuyentar la caza. ¿Qué diablos estás diciendo? ¿qué nuevos crímenes vienes á imputarme? ¿qué he tenido yo que ver nunca con el padre de Elvira de Trava?

—¡De Elvira de Trava! exclamó la vieja sorprendida.

—¿No es ella á quien yo he libertado de una soldadesca embriagada?

—Ella, sí, ella estaba encerrada en el aposento; murmuró Gontroda, tratando de remediar el mal que involuntariamente habia causado.

—Pero ¿estaba sola? preguntó Moscoso en ademan de ir á salir de dudas.

—Detente hijo mio: tienes cosas mas graves en que pensar. Vuelve los ojos al campo, díjole la anciana para mejor desviarlo de su propósito. ¿No ves esa muchedumbre que sale dando gritos detrás de aquella colina?

—¿Qué me importan esas turbas desbandadas de gente inerme?

—¡Esas turbas aclaman á Bermudo de Moscoso!

—¿Por ventura le cantan el entierro? dijo Ataúlfo queriendo sonreirse.

—No, le traen en triunfo á sentarse en el trono de sus mayores.

—¿Bermudo vive?

—¡Míralo! respondió la vieja tendiendo el brazo por entre las almenas en direccion del campo, con el ademan de la Pitonisa cuando mostró á Saul la sombra del anciano Samuel.

—¡Bermudo! ¡Bermudo! exclamó el Terrible completamente fascinado: ¿dónde está? Yo no lo veo..... tu me engañas..... ¿dónde está?

—¿No ves un grupo de caballeros que descuellan sobre la multitud?

—Sí, respondió con voz apagada.

—Y en medio no divisas un viejo cuya barba parece desde aquí como los ampos de la nieve? Viste larga túnica de lienzo grosero: viene montado en un palafren, y enseñando los pies amarillentos.....

—No hay duda que es él, respondió el Terrible con el rostro desencajado; tu le has salvado milagrosamente..... ¡No ha muerto! ¡Oh! rabia.....! mas por otro lado parece que se me quita un peso del corazon..... parece como que.....

—¿Como que te alegras? ¿Por qué no, si ante el tribunal de Dios no tienes que responder de la sangre de tu hermano?

—¡Alegrarme, oyendo esas aclamaciones, esos ardientes vítores,

ese entusiasmo loco, esa muchedumbre que hierve de gozo como las olas del mar irritado! ¡Estoy perdido! Y tu, Gontroda, tu, mi nodriza, mi madre, tu, causa de mi ruina! dijo el rico hombre con mas abatimiento que furor.

—Yo tenia que ser tu cómplice ó tu acusador: el instrumento de tus crímenes ó la piedra que te derribase del falso pedestal. Entre mi conciencia y mi cariño opté por la primera. Pero ¿dónde me ves en la hora suprema del peligro? ¿Al lado de los dichosos y aclamados? No, á tu lado, dispuesta á morir contigo.

—¿Y por qué no á salvarme? Tú, que tanto poder tienes para con mis enemigos ¿por qué no has de hacer algo en favor de tu hijo, perdido, arruinado miserablemente?

—¿Y crees que me vengo aquí con las manos vacías? exclamó la vieja con cierta arrogante satisfaccion. No; yo he provocado esas demostraciones en favor de tu hermano; pero nadie, nadie ha dado un solo paso sin haber antes prometido respetar tu vida y concederte el perdon.

—¡Mi vida, mi perdon! repuso Ataulfo con desden, ¿para qué los quiero? Me crees tan miserable, tan cobarde que me humille hasta el punto de pedirte el enorme beneficio de mi perdon y de mi vida? No: yo veo que tienes un poder extraordinario, portentoso..... no me importa que te venga de Dios ó del diablo..... Sálvame con mi castillo. Evítame la vergüenza de ser arrojado de aquí como un usurpador, como un ladron: el oprobio de que me arranquen de los brazos la mujer que adoro.....

—Esa vergüenza, ese oprobio, replicó Gontroda, es el único castigo que el cielo te reserva por tus iniquidades que merecian suplicios mas terribles. ¡Bendice á Dios por la misericordia que usa contigo!

—Calla, vieja chocha, miserable charlatana: saltó diciendo el rico hombre como preocupado súbitamente por un designio: asómate á las almenas, y verás como para nada te necesito. Los prodigios que te pido los obraran mi amor y mi desesperacion.

Y diciendo estas palabras plantóse de un brinco en la escalera y bajó atronando la torre con el choque y estruendo de las armas. Tornó á la cámara de Constanza: los soldados, la guardia habia desaparecido, y del pasado tumulto solo quedaban algunos rastros de sangre.

—¡Pésia mí, jigote tengo de hacer con la carne de esos mochueros! ¡Elvi ra sin guardia! Le habrá faltado tiempo para escapar del nido.

Ataulfo abrió la puerta, sin embargo, con un resto de esperanza que no le salió fallida. Elvira estaba dentro, pero no sola; acompañábala una dueña que sin misterio alguno tenia levantado el velo.

Era Munima.

—Señora, dijo el Terrible con acento conmovido: vengo á corresponder al bien que me habeis hecho hablándome por vez primera con dulzura, y mostrándoos conmigo agradecida: vengo á daros libertad, á restituiros á los brazos de Bermudo.

—Si es cierto, don Ataulfo, respondió Elvira, bendita sea la bondad divina que os ha tocado en el corazón!

—Ni Dios ni nadie tienen que agradeceréme: no doy alcones niegos por neblies industriados: lo que yo hago no puedo menos de hacerlo. Antes os guardaba aquí, mal vuestro grado, pero segura, exenta de peligros; ahora no me atrevo á responder de vos: os habeis visto acometida por una manada de lobos y os he encontrado sin guardia: ni todo el ejército de la cristiandad podia entrar antes en el castillo; ahora desde que se ha dado en publicar mis secretos, no tengo confianza en la guarnicion: si me acometen, me defenderé y si me vencen sereis libertada por mano de otro: y eso no lo sufrirá jamás Ataulfo de Moscoso. Salid del alcázar; pero salid respetada, ilesa; salid porque os abro yo la puerta. Nada me digais.

Conoció la bastarda que con un hombre tan estravagante, conjunto de grandes y ruines pasiones, de orgullo tan refinado y de arranques tan generosos, lo mejor era seguir á la letra su consejo, de callar y obedecer, y sin contestar palabra se limitó á decir á su compañera:

—Vamos.

—¡Cómo! exclamó el Terrible, reparando en aquella desconocida: ¿quién es esta dueña? Atrás: la orden solo se entiende con vos: los demas se han de salvar ó perecer conmigo.

—No saldré yo, replicó Elvira, si esta dueña no me acompaña. Cuando todos me perseguian, ella fué la única que vino á socorrerme..... ¡Vos y ella! añadió en seguida.

Aquel recuerdo, como supondrá el lector, fué de májico efecto para el Terrible. Subyugado por él, respondió:

—Teneis razon; viven los cielos! esa mujer debe acompañaros.

Envueltas en sus mantos y cubiertas con el velo salieron agarradas del brazo las dos amigas y por una oculta escalera llegaron al puente, precedidas del rico hombre. Ni una ni otra osaban despegar sus labios, contentándose con espresar su íntimo gozo y

sobresalto por algun apretón disimulado, por algun tenue suspiro.

Pero como su guía les diese órden de detenerse cerca del rastillo de la barbacana, no pudo Elvira contener su inquietud, y preguntó turbada:

—¿Qué haceis? ¿Por qué nos paramos aquí?

De uno de los cubos de la puerta salió á la sazón el sonido de las trompetas que llamaban á parlamentar.

Ataulfo se volvió entonces á la bastarda y le respondió:

—Pues qué, ¿pensais que las damas salen de mi castillo como un perro á quien se arroja por inútil? Elvira, vamos á separarnos para siempre, y no podeis figuraos cuanta importancia doy en estos supremos instantes á lo que tienda á disminuir la horrible idea que debeis llevar de mí. ¡No me basta ponerlos en libertad, si no os entrego en manos de un caballero!

Las cautivas habrian deseado, no obstante, salir presto aunque fuese sin tantos melindres, ni ceremonias, porque oian en el interior del alcázar una espantosa gritería, que les infundia terror. Pero al fin, las trompetas de los sitiadores resonaron tambien á pocos pasos del muro: echóse el puente, y entró Gutierre Fernandez de Castro acompañado de cuatro escuderos.

—Os doy gracias por el honor que me dispensais en haber venido vos mismo: sois acaso el único de mis enemigos cuya presencia podría soportar, le dijo Ataulfo.

—¿Tratais de rendiros....? preguntó el conde.

—¡Vive Dios....! Pero abreviemos: ahí os entrego á doña Elvira de Trava á quien he tenido contra su voluntad en el alcázar.

—¿Y qué exigis por su rescate?

—Yo pregunto ¡voto al diablo! ¿qué teniais que ofrecirme por redimir á esa señora, si me hubiese venido en mientes venderla como mercancía? Conde de los Notarios, os la entrego libre y espontáneamente, sin rescate, sin condiciones.

—Pero eso no basta.

—Teneis razon, no basta y por lo mismo debo dar aquí público testimonio de su virtud, para que su fama no sufra jamás menoscabo, para que no tenga esta señora en adelante nuevos motivos de maldecirme.

—¡Ah! dijo Elvira cayendo á sus pies con vivas lágrimas de agradecimiento: ¡gracias otra vez, don Ataulfo! ¡así os perdone Dios como yo os perdono!

—Juro por mi honor, por el escudo de mis armas, Gutierre,

que esta es la palabra mas dulce que de sus labios he escuchado.

—Pero no basta, Moscoso; repitió el conde; si no entregais el castillo.....

—¡El castillo....! dijo el Terrible con una mirada de desprecio, venid por él.

Y haciendo señal de alzar el puente levadizo, desapareció gritando con voz estentórea :

—¡Al arma! ¡el enemigo! ¡aquí los lobeznos de Altamira!

Así pasó el zaguán, entró en el patio y en todas partes halló á los mesnaderos en la furia de la embriaguez. Unos bailaban en torno de una hoguera, dando traspieses celebrados con horribles carcajadas; otros arrojaban al aire monteras, gorras y capacetes; estos rompian vasos y tinajas, y aquellos cantaban con infernal algarabía.

—¡El enemigo! ¡el enemigo! clamaba en medio de ellos el rico hombre desesperado.

Pero la mayor parte de los miserables no se hallaba en estado de reconocer aquella voz, pocas horas antes obedecida con miedo, y seguía cantando y brincando sin hacerle caso. Algunos que no habían llegado á semejante embrutecimiento, respondían sin embargo con la osadía que infunde el vino:

—¡Que venga, que venga el enemigo! Mudarémos de señor: pero nos quedaremos pecheros.

—Siempre será un Moscoso el que nos mande.

—Y no tan cruel, ni tan estravagante como este que nos ordena acometer y colgar á la hija de Pelayo el mudo y luego nos acuchilla para salvarla.

No eran aquellos infelices los mas culpables: otros habia que aprovechándose del desorden y previendo una próxima catástrofe andaban por las habitaciones superiores del alcázar, saqueándolas barbaramente.

En confusion tan horrenda, en situacion tan desesperada, Ataulfo alzó los ojos al cielo con la mirada blasfema de Ajax y de Juliano Apóstata, y vió á Ramiro que en las almenas de la torre de las prisiones tremolaba la bandera de Gutierre Fernandez de Castro, gritando con entusiasmo:

—¡Altamira por Bermudo de Moscoso!

—Eso no, murmuró Ataulfo: Altamira no será del Terrible, pero tampoco de nadie.

Y cojiendo un tizon inflamado se dirigió á los sótanos.

Gontroda estuvo presenciando desde la torre los sucesos acaecidos

en la puerta de la barbacana. Al caer el rastrillo y alzarse el puente levadizo, siguió con ansiosas miradas los movimientos de la comitiva de Fernandez de Castro, creyendo observar la tierna entrevista de los esposos.

Pero no fué así: el conde de los Notarios nada quiso manifestar á Bermudo acerca de las dudas suscitadas sobre la validez de su matrimonio, por parecerle inoportuna y cruel semejante revelacion mientras la suerte de la bastarda fuese tan precaria: igual reserva guardó con el Terrible por razones muy obvias, aunque de diversa índole: mas ahora asegurada la libertad de la dama, le pareció conveniente colocarla bajo su amparo en una situacion neutral.

Tomó pues un pequeño rodeo, y en lugar de dirigirse hácia las turbas, llevó las dos heroínas á la cabaña que Bermudo acababa de dejar, y puso en ella suficiente guardia para que ni la curiosidad ni la malevolencia pudiesen molestarlas, y en seguida tornó al lado del rico hombre, á quien lisa y llanamente refirió cuanto habia pasado, templando con lo fatal de una noticia, el vivo gozo que produjo la otra.

No intentaremos reproducir el diálogo de estos personajes, ni pintar las impresiones del antiguo amante al saber los pormenores de la entrega de Elvira: pero sí pondremos, por venir á cuento, la respuesta que dió acerca del asunto capital de sus desposorios.

—Muy precipitado anduve á la verdad, dijo Bermudo, y harto me pesa de haber usado de tan poco respeto en un sacramento: la precision de ocultar el nacimiento de mi hijo, mi cautiverio mismo, castigo fueron de esa falta: pero reconociéndolo así, no creo sin embargo que la circunstancia de haber sido clandestino mi matrimonio baste para invalidarlo. Por lo demas, que yo sepa, de ningun otro defecto adoleció. A no ser que el ministro que nos bendijo no fuese persona revestida con el carácter sacerdotal..... Eso el conde de Trava lo ha de decir, que lo conocia. Pero ¿qué interés pudo tener don Pedro Froilaz en hacer de nuestro enlace una inmunda y sacrilega farsa? No creo que se atreviese á cometer tan inicua, tan estúpida maldad.

Entretanto la impaciencia de la muchedumbre iba arrastrando á los caudillos hasta las murallas de Altamira: el de Moscoso se dejó llevar por ver si lograba impedir el derramamiento de sangre, pues que una vez dentro Gonzalo, ya no podia desistirse del intento de tomar el castillo.

Al verlos avanzar con tanta seguridad y en medio de aquel di-

ludio de aclamaciones, sin ser molestados por una sola flecha, creía Gontroda que Ataulfo no solo entregaba las cautivas, sino el alcázar, y no cabía en sí de regocijo. La pobre nodriza reputaba por arrepentimiento lo que era tan solo efecto del amor, del orgullo y de la impotencia, y así fué que al sentir pisadas detrás de sí, volvióse con la viveza que sus muchos años le permitian y se arrojó, llorando de alegría, en los brazos del Terrible que acababa de subir á la torre.

—¿Qué estás viendo? le preguntó este, con una sonrisa que contrastaba con la mortal palidez de sus facciones y la siniestra espresion de sus ojos.

—¡Ataulfo, hijo mio! exclamó la vieja nodriza sollozando: estoy viendo las maravillas que el Señor se ha dignado obrar contigo.

—Sí, dijo el rico hombre con falsa risa; ya que tu no quieres hacer ninguna, me he puesto á ello y te aseguro que en poco tiempo he ejecutado cosas..... estupendas.

—No lo dudo, hijo mio; mis facultades son mil veces inferiores á las tuyas; no tengo mas fuerza que aquella de que los demas voluntariamente se desnudan. El vulgo insensato, cuanto mayor es la debilidad de una persona, se complace á veces en atribuirle poder sobrenatural. ¿Te parece que si yo lo tuviera, me habria limitado á lo que he hecho por tí, hijo de mi corazon?

—¡Hola! repuso Ataulfo dando vueltas al rededor de las almenas y con una entonacion casi cómica. ¡Hola! ¿con que te parece poco? ¿Aun no estas contenta, vieja ambiciosuela?—Vamos á la habitacion de abajo..... la vista se me turba al contemplar..... Vamos, y allí sentados muy tranquilamente, te referiré lo mucho que te debo, ya que tu ambicion ó tu modestia pretenden ocultarlo.

Gontroda principió á tener miedo al reparar en aquellos ojos alacados, en aquel rostro casi cadavérico: siguióle, sin embargo, á un aposento de la misma torre, con saeteras á todos cuatro costados.

—No te asustes, madre Gontroda; aquí solo se trata de escuchar y de escuchar pláticas tan dulces y sabrosas como la cuenta de los enormes beneficios de que te soy deudor, y que, si el diablo no se empeña, pienso pagártela muy en breve. Siéntate: ya ves..... te doy el ejemplo..... maldita, maldita la prisa que tenemos.—Tu fuiste la inventora del famoso embolismo de juramentos, amenazas, profecías y adivinanzas acerca de la muerte que habia de alcanzarme el dia en que yo fuese reo de homicidio. ¿No es verdad?

—Sí, yo que veia tus sanguinarios y crueles ímpetus, quise contenerlos por ese medio, y persuadí á tu padre.....

—Y sedujiste adivinos, *et cetera*. Lo cual quiere decir, para que veais que os esplico latin sin entenderlo, que á tí se te debe que Bermudo de Moscoso no haya muerto hace veinte años. ¿Eh?

—Sí, respondió Gontroda con ufanía y valor.

—Bueno; pues no contenta con salvar al padre te empeñaste en que el hijo habia de vivir, y ¡por el alma de mi abuela la del olor de santidad! que lo has conseguido. Me dijiste que lo mismo era abandonarlo á las fieras, que á una mujer completamente desconocida de los dos, la cual ignorase, por supuesto, cuyo era el niño. El niño fui yo que me dejé engañar por tí miserablemente..... Ya se vé, entonces ignoraba tus enormes beneficios, y te creia de mi parte! ; Errores, voto á tal, errores que purgué veinte años despues en el campo de la puerta Fagaria, revolcado con un perro delante del populacho..... y de los Gelmirez !

—¡ Oh, no hables así, Ataulfo.... !

—Pero no termina aquí, prosiguió el Terrible en el mismo tono; no termina la série de tus favores. Sigue la cuenta. Tu has revelado á la mujer que libremente se habia casado conmigo, la existencia de Bermudo de Moscoso.....

—Con lo cual he conseguido salvar su honra....! dijo la anciana.

—Con lo cual has conseguido arrebatarme su corazon, el objeto de todos mis crímenes, de todas mis ansias: sí, hasme arrebatado su cariño, que se ha trocado en odio, en desprecio, en horror.

—Pero ¿qué es esto? don Ataulfo, gritó la vieja al notar que el sarcasmo de aquel hombre se tornaba en espresion de su íntimo dolor y de venganza: ¿qué es ésto? ¿serás capaz de asesinarme?

—¡ Yo..... ! ¡ Cállate! No lo creas. Te juro..... ¿por quién diré? te juro por esa misma mujer á quien amo mas que á las niñas de mis ojos, no tocarte, no acercarme á tí con semejante designio, ni en dos mil varas. Sigamos pues con todo sosiego. Tu tambien, segun acaba de decirme Rui Perez, al cual si ha mentido debes perdonar, Gontroda, pues te juro que ya no mentirá mas..... tu tambien has favorecido á cierta muchacha, hija de Pelayo el mudo ...

—Si, yo la proporcioné un traje de mujer porque disfrazada de villano fué conocida por ese Rui Perez : creyó de esta manera burlar su vigilancia y se refugió en el aposento de Elvira, á donde tu acudiste á salvarla, y de donde la has sacado luego para ponerla en libertad.

—Precisamente; el buen escudero mayor no ha mentido : pero téngalo Dios en su santo descanso, como decia aquella otra dueña; te





juro que en adelante ni verdad, ni mentira saldrá de sus labios. Ya yo sabia toda esa historia. De paso te diré que si en salvar á Munima la vez primera me llevé un solemne chasco, lo que es la segunda he procedido con todo conocimiento de causa. Yo presumia que la compañera de Elvira era la hija de Pelayo; pero la proteccion de esa dama es sagrada. Con que en resumidas cuentas, doña Gontroda, si yo pierdo el castillo y mis estados, si Elvira me abomina, si vive mi hermano y mi sobrino, á vos madre mia, á vos os lo debo todo. ¡Y luego direis que nada habeis hecho por mí!

—Si todo eso has perdido, respondió la anciana mas animada, es porque nada de eso era tuyo. Lo único que te queda me lo debes á mí: la vida, el perdon de tus crímenes y el cariño de tu nodriza.

—¡Hola! ¡Con que la vida, el perdon, y vuestro cariño de nodriza por añadidura! ¡Voto al diablo, que soy mas feliz de lo que pensaba, y si me quejo es de puro vicio! ¡Ah! ¡ah!

—¡Sí, mas feliz acaso de lo que piensas! exclamó la vieja con énfasis; mas feliz, pero no debo decírtelo.

—Habla, vieja de Satanás, repuso Ataúlfo con imperioso acento: ¿qué nuevo beneficio quieres que te agradezca?

—¿No estás ciegamente enamorado de la bastarda?

—De Elvira de Trava, se dice en mi presencia. ¿Y por qué has pronunciado ahora ese nombre?

—¿Por qué? Pero..... ¡Dios mio! ¡qué oscuridad! ó la vista se me turba, ó de repente el cielo se ha cubierto de nubes.....

—¡Habla! gritó impaciente Ataúlfo: nada tenemos que ver nosotros con el cielo.

—¡Oh! ¡calla por Dios, no blasfemes! ¡Te lo diré para contener ese raudal de iniquidades que brota de tus labios! Sabe que conservándote la vida, quizá he conservado para tí á doña Elvira de Trava.

—¡Para mí! ¿cómo? Habla..... prosigue.....

—Nada queria decirte, porque estas cosas ó deben saberse de cierto, ó no saberse: pero..... ese ruido..... esos gritos..... ¡Hay aquí una niebla tan espesa.....! ¡No, no! ¡es humo, es humo!

—El humo que tienes tu en los sesos, charlatana. ¿Qué es eso de Elvira? ¡presto, presto!

—¿Tu conoces á maese Sisnando?

—Valiente bribon, que acaba de espulsarnos de cierta hermandad..... Me voy con el sentimiento de no haberlo ahorcado.

—Pues este Sisnando sabe de fijo que el conde de Trava ha puesto en duda la validez del matrimonio de Bermudo.

—¿Y qué me importa?

—¿Qué te importa?—¡Oh! ¡Esto es humo, es fuego....! Aquí no se puede parar de calor..... aquí.....

—Habla, Gontroda, dijo Ataulfo agarrándola con fuerza; no te mueves sin aclarar ese misterio.

—¡Desdichado! ¡desdichado! ¿Con que no te importa que Elvira de Trava al salir del castillo no haya ido á los brazos de Bermudo? ¡Las llamas! ¡las llamas....! Vamos á morir abrasados..... Pero sabe que el obispo de Santiago ha dicho, que si el primer matrimonio de esa mujer es nulo, el verdadero y legítimo seria el tuyo.....

—¡El mio! ¡Elvira, Elvira es mi esposa! ¡Y has aguardado á revelarmelo ahora! Ahora que vamos á perecer en esas llamas encendidas al soplo de mi desesperacion..... ⁽¹⁾

—¡Y de tu envidia! repuso Gontroda acercándose á la saetera de la fachada: pero consuelate, infeliz; ¡todos los que te han abandonado se salvan en brazos de los sitiadores, y solo conseguirás que muera contigo el único ser que te ha sido fiel, el único que te amaba!

Las llamas brotaban ya del pavimento, y tenian cercada la torre, escepto por la fachada principal. Ataulfo y la nodriza subieron al terrado, y vieron arder el edificio por sus cuatro costados: el humo, como el negro penacho de Luzbel, ondeaba cubriendo la mitad de los cielos; parecia que debajo rebramaba el huracan y azotaba el rostro con llamas lijeras, ráfagas sutiles del incendio, invisibles á la luz del medio dia.

—¡Piedad, Señor, piedad de él y de mí! decia la pobre anciana, evantando al cielo las manos descarnadas.

—¡Elvira es mia es mia! gritaba el Terrible; ¡y yo no puedo verla, no puedo decírselo! ¡Y todos, todos mis vasallos la verán menos yo! Muere, proseguia, volviéndose á Gontroda; fatal autor de mis desventuras, muere conmigo. Pero tu muerte es tranquila, serena: tienes confianza en Dios..... llamas á Dios..... y yo..... ¡Gontroda, la memoria de mis crímenes me abrasa la frente, mas que este viento del infierno! Nadie, nadie se acuerda de mí.....

—Salvaos, gritó á la sazón un guerrero apareciendo en el adarve: salvaos, Ataulfo, ya que habeis restituido á mi madre á los brazos de su esposo.

(1) La voz comun atribuye á Gonzalo el incendio de Altamira; pero si el novelista tiene licencia de levantar ciertas inocentes calumnias á matrona tan grave como la Historia, ¿habrá de quejarse de igual trato dama tan traída y tan llevada como la Tradicion?

Era Gonzalo , que acababa de trepar por una escalera de mano arrimada á la fachada principal.

El Terrible, que momentos antes ansiaba la vida, ahora tuvo vergüenza de debérsela á su mayor enemigo y prefirió la venganza. Abalanzóse al mancebo, que habia saltado adentro para cojer á Gontroda, y abrazándolo por mitad del cuerpo, levantólo en peso , y fué á sepultarse con él en el abismo de fuego que rujia bajo sus plantas.

Pero la anciana asió al mismo tiempo las rodillas de Ataulfo, y este pequeño estorbo obligóle á detenerse un instante , que bastó para que Gonzalo sacara un cuchillo y se lo metiera hasta el puño por la garganta.

Hizo el rico hombre un movimiento maquinal , como de apartar de sí aquella hoja fria que penetraba sus entrañas, y su adversario pudo fácilmente desprenderse y, dándole un empuellon , precipitarlo á las llamas, que apoderadas ya de la habitacion inferior, salian con furia por el hueco de la escalera.

En seguida cojió en sus hombros á la nodriza, que yacia exánime, y descendió por donde habia subido, haciendo retroceder á Pelayo, que inquieto por su suerte acudia á socorrerlo.

Cuando depositó en el suelo la carga que traia , vió que tan solo habia salvado un cadáver.





CAPÍTULO VII Y ÚLTIMO.

De cómo el que no es inocente tiene que ser penitente.



BE vuelta de su nocturna expedición al campo de Altamira, la Reina llegó á Santiago con el canónigo Gerardo y demas acompañantes que el obispo le habia proporcionado.

Esperábase la mas agradable acogida que podia apeteer quien viajaba tan oculta y misteriosamente: el silencio, la indiferencia, no muy á propósito para disipar la nube de tristeza que le cayó al separarse

por siempre de Bermudo de Moscoso, frescas y vivas como nunca las heridas del corazon. Atravesó la ciudad sin despertar siquiera la curiosidad de las vecinas y comadres. Diego Gelmirez acababa de partirse al Padron á recibir al príncipe don Alfonso, que habia de entrar en Compostela la hora menos pensada. Los vasallos del prelado que no habian concurrido al asedio, andaban metidos en faena de

levantar arcos de triunfo, tablados y palenques, en adornar calles y plazas con tapices y telas preciosas, y en disponer coros y danzas de mujeres ⁽¹⁾, comparsas y mojigangas para las fiestas reales. A escepcion de las dueñas y pajes, apenas podia disponer doña Urraca de mas gente que la que traia del campamento.

Entonces conoció que aquella autorizacion con tantos suspiros, con tantas ansias concedida, era una fórmula, que si no sobraba, tampoco hacia la mas mínima falta: entonces se desengañó de que al dignarse de permitir al niño Alfonso entrar en Galicia, y ser proclamado rey en Santiago, ya el reino gallego tenia la honra de hospedar á su nuevo señor, y la capital adelantados con admirable prevision muchos trabajos para la augusta ceremonia.

Pero ni el verse desamparada, sola, sin el obispo, sin los ricos hombres, sin guardia apenas en aquellos lugares peligrosos, testigos de su humillacion y del incomprensible abandono del conde de Lara, ni el estar sintiendo á todas horas martillazos de los artífices que alzaban arcos triunfales con los escombros de un trono demolido, nada pudo mover á doña Urraca para que dejase aquel pueblo hasta tener noticia de la completa restauracion del rico hombre de Altamira.

Su permanencia en Santiago no podia ser muy larga, sin embargo: los acontecimientos marchaban con asombrosa rapidez, y al amanecer del dia siguiente entró el conde de los Notarios con todas sus tropas y las de la Reina. No fué inmediatamente á verla; previnola su arribo, y con toda ceremonia le pidió una audiencia solemne.

Creyó la Princesa que á fuer de conquistador tenia Gutierre Fernandez la debilidad de solicitar los honores del triunfo, y para complacer á quien debia tantas finezas de lealtad, dispuso en medio de su mezquina situacion recibirle con la posible pompa.

Posaba desde el dia anterior en el palacio episcopal, y allí suplicó á los canónigos, abades y caballeros recién llegados que concurren á la entrevista, y cuando le anunciaron la llegada del conde, se presentó vestida de gala con sus dueñas y pajes.

Tambien el de Castro habia mudado traje. En vez de la armadura de batalla traia ancha túnica de escarlata recamada de oro, y un manto de la misma preciosa tela. Seis pajes le acompañaban: cuatro

(1) HISTORIA COMPOSTELANA, lib. I, cap. 109.

de ellos vestían sayo-vaquero escotado, también rojo, guarnecido de blanco: empuñaban sendas lanzas y embrazaban sendos escudos con seis roeles de plata en campo de sangre, armas que nadie había usado antes de Castro, y que nadie osó llevar hasta muchos siglos después ⁽¹⁾. Otros dos pajes vestidos de igual forma, en lugar de lanza y escudo, traían bandejas de plata.

Si tales preparativos no anunciaban por sí solos algún acontecimiento importante y peregrino, el semblante del conde lo habría presagiado. Grave y adusto de ordinario, parecía más en la ocasión presente por cierta palidez poco natural, y un no sé qué de vago y turbado en las miradas, que resaltaba más por lo mismo que Gutierre se esforzaba en mostrarlas serenas y apacibles.

—Castro, dijo la Reina un poco alarmada, después de haberle dado á besar la mano: sois el vencedor y os presentáis con el talante de vencido.

—Efectivamente, señora, respondió el caballero frunciendo casi imperceptiblemente las cejas: admiro la penetración de mi soberana, que ha comprendido de una ojeada mi doble situación. Soy vencedor y vencido. Como vencedor os diré, prosiguió con tono más desembarazado, que he cumplido todas vuestras órdenes, y satisfecho vuestros justos deseos, que para mí significan lo mismo. Bermudo de Moscoso está libre y en posesión de sus tierras: Gonzalo Bermudez, reconocido ya por hijo de legítimo matrimonio, y Elvira de Trava al lado de su esposo.....

—Pues que, preguntó doña Urraca sin poder ocultar su conmoción, ¿no se decía....?

—Se manifestaron escrúpulos acerca de la validez del casamiento; pero antes de presentarme á vuestra señoría quise yo que fuesen confirmados ó desvanecidos: sabiendo que el conde de Trava y el obispo de Santiago se hallaban en el Padron, pasé allá desde Altamira, y después de una conferencia con tan ilustres personajes, ninguna duda queda de la legitimidad del matrimonio.

—¿Y Ataulfo?

—Ataulfo castigado, no por la mano del hombre, sino por la mano de Dios.

(1) «Las armas de esta casa son los roeles, que de este escudo no se hallan armas en ninguna familia de toda España sino de pocos años á esta parte, ni sabemos si las usaron ni aun los reyes.» SANDOVAL: *Descendencia de la casa de Castro*.

—¡ Oh ! dijo para sí la Princesa, quizá será malicia mia ; pero se me figura que si el muerto y el abrasado fuese Bermudo , y el Terrible el vivo y el glorioso, Pedro Froilaz habria dado por tan vicioso y nulo el primer enlace de Elvira , como ahora lo da por válido y honrado.

Algunos de los lectores abundarán acaso en el parecer de la preopinante; la crónica, que no emite opinion alguna sobre punto tan delicado, se limita á decir que alzando la voz prosiguió la Reina de semejante manera:

—Conde de los Notarios, nunca se borrará de mi memoria la satisfaccion que vuestros constantes y desinteresados servicios me proporcionan. Solo un recuerdo tan dulce seria capaz de templar el sentimiento de dejar un reino tan querido como el de Galicia, el primero cuyo gobierno recibí de mi padre. Grandes hazañas os debe la patria y vuestra soberana; y aunque de vuelta de la espedicion me halleis con un reino de menos, todavía me quedan dos para sacar de entre ellos el término y castillo de Valderra, de que os hago merced.

—La vuestra, poderosa señora, acaba de otorgarme la única que yo apetecia, dirigiéndome tan halagüeñas palabras: respondió Gutierre con agradecimiento. No anhelaba mas sino oir de vuestros augustos labios que yo os he servido bien y fielmente, á ley de caballero.

—¿ Y eso quién osa ponerlo en duda ? dijo la Reina interrogando con una mirada á los presentes.

—¡ Nadie, nadie ! murmuraron todos.

—¡ Yo ! repuso Fernandez de Castro: mi lealtad y franqueza castellana no me permiten dejaros en la persuasion de que teneis en mi un servidor sin tacha. Yo me acuso de graves faltas, de delitos cometidos contra vos, y por eso quitándome las galas de vencedor y de buen caballero, que no merezco, me presento con el hábito y el continente de reo y de vencido.

Dijo el conde, y arrojando el manto y la túnica de escarlata á las bandejas, quedóse con un saco de lana burda que traia debajo, arrojándose con humilde talante.

Terrible impresion hizo en todos aquella singular metamorfosis: murmullos de sorpresa, de espanto y de curiosidad resonaron entorno, y la Reina entretanto atónita y muda, le contemplaba con aire de descubrir en el ahinjado caballero alguna vena de locura.

—Señora, prosiguió don Gutierre: el conde Peranzules, ayo de vuestra merced, nos ha dejado un ejemplo que imitar. Yo no traigo saga para que me ahorquen; pero vengo vestido del saco que he de llevar al suplicio.

—Pero ¿qué habeis hecho, caballero, qué habeis hecho? dijo por fin la Princesa comenzando á vislumbrar la verdad. El conde de Lara.....

—Yo os he aconsejado que le dieseis vuestra augusta mano, atendiendo solo á deberes de conciencia; pero añadí tambien que en tal caso debiais abdicar la corona de Leon y de Castilla: no lo habeis hecho, quisisteis desposaros con Pedro Gonzalez de Lara reteniendo el cetro de dos reinos, y yo, señora, he querido que conservaseis el cetro sin necesidad de darnos un rey como Lara.

—¡Cómo! ¡Infeliz! ¿Le habeis asesinado?

—No, señora: el conde de Lara y de Medina no ha muerto mas que para vos. Está encerrado en un castillo cuyo nombre no saldrá jamás de mis labios, aunque el verdugo venga á derribar de los hombros mi cabeza ⁽¹⁾.

—¡Desdichado! ¿Y habeis visto á Bermudo de Moscoso y os atreveis á destinar igual suerte á persona humana?

—Su suerte no será igual: no le faltará ninguna de las comodidades de la vida; nada echará de menos, escepto la libertad que no merece, y la corona que no puede sustentar: y el dia en que vuestra señoría se case, ó tenga á bien dejar el trono para que en él se siente vuestro augusto hijo, en aquel mis amigos abrirán á Lara las puertas de su prision.

—No, eso no será: no me contentaré con ahorcarte, iré ahorcando á todos tus cómplices.....

—Nadie los conoce mas que yo.

—¡Conde de los Notarios, con tantos servicios como te debo conseguirás que mande ajusticiarte!

—Sí, repuso Castro con mas ufanía que de un reo podia esperarse: conseguiré que me ahorqueis para escarmiento de los que os ofendan tan osadamente como yo, aunque no con las rectas y puras

(1) El castillo donde Gutierre Fernandez de Castro y sus amigos encerraron al conde de Lara es el de Mansilla, á tres leguas de Leon. Los historiadores señalan la prision de Pedro Gonzalez de Lara como principal origen de los bandos entre esta casa y la de Castro. Vide SANDOVAL, *Crónica del emperador Alfonso VIII*, y SALAZAR y CASTRO, *Historia geneológica de la casa de Lara*. MARIANA, etc.



intenciones que yo; pero tambien habré conseguido que vos sigáis reinando en Castilla y en Leon, que conste siempre que estábais dispuesta á cumplir con un deber de cristiana: habré conseguido que cumpliendo ese deber, no os caseis con un hombre á quien no amais, á quien no podeis amar, á quien no podrian sufrir un solo dia los nobles castellanos: habré conseguido castigar la arrogancia de quien presumia de ser mas que el monarca, y la necesidad de quien, abusando de vuestras bondades, os ha comprometido á la faz del pueblo, y esto lo habré conseguido sin derramar una sola gota de sangre.

La Reina quedóse un rato profundamente pensativa, y dijo despues:

—El conde Peranzules os ha dejado un ejemplo á los nobles que se ven forzados por su fidelidad y su celo á cometer un delito: el rey Batallador nos dió al mismo tiempo un ejemplo de generosidad á los monarcas ofendidos.—*Gutierre Fernandez el de Castro*, añadió con voz solemne, *yo os doy por bueno é por leal* ⁽¹⁾. Solamente os aconsejo que conservando en prenda de mi gratitud todos cuantos castillos y tierras os he dado, hagais pleito homenaje al rey mi hijo, pues para teneros por amigo he menester no miraros como vasallo.

—Señora, respondió el conde inmutado; puesto que vuestra señoría me da por bueno y leal, procuraré servir al hijo tan bien y lealmente como á la madre. Y con respecto á las tierras y castillos tomaré una piedra del último de que me habeis hecho merced, para no pasar nunca por indigno de ella; pero no espero, señora, que me negueis la honra de besaros la mano.

—No, Gutierre, tomadla, le dijo la Princesa, que no recordaba la trascendencia que podia tener aquella ceremonia.

—Gracias, señora, repuso Castro imprimiendo en ella sus labios con afán: pero besándoos la mano devuelvo á doña Urraca de Cas-

(1) Esta respuesta que ponemos en bastardilla está literalmente tomada de la que, en un caso que tiene puntos de semejanza con el presente, dió el mismo Alfonso VII á Rui Fernandez de Castro, hermano de don Gutierre. Rui ó Rodrigo acababa de matar á su esposa doña Estefanía, hija del emperador, por creerla equivocadamente rea de adulterio, y se presentó al padre vestido de sayal, con una soga al cuello, y el puñal con que habia muerto á su mujer en las manos. Trae este cuento el infante don Pedro de Portugal en el libro de Genealogías, y lo reproducen muchos historiadores.

tilla el condado, las villas y alcázares y términos que de ella he recibido.

La Reina sin aguardar á mas razones, despidióse de los canónigos, monjes y caballeros de Santiago, y tomando una pequeña escolta se metió en la litera que desde el día anterior estaba prevenida, dirigiéndose al monte del Gozo por la puerta del Camino.

No habria llegado á la ermita de Santa Cruz, cuando sintió el galopar de un caballo, que soberbio y espumoso subia la cuesta: dióle una vuelta el corazon sin saber por qué, y sin saber por qué enjugóse el llanto que corria por sus mejillas, y compuso sus tocas, disponiéndose á recibir al caballero que tan de prisa venia.

No la engañaron sus esperanzas ó presentimientos: cesó el galope, y al poco rato vió en pie delante de la litera al paje del obispo.

El primojénito del rico hombre de Altamira con ese aplomo, con esa seguridad que infunde una posicion elevada, despues de pedir perdon á la Princesa por haber osado detenerla en su marcha, la dijo:

—Bermudo de Moscoso acaba de llegar á Santiago y ha sentido vivamente no hallaros en la ciudad como creia. Su objeto no era otro que de besar la tumba del Santo Apóstol por los beneficios que le ha dispensado, y á vuestra señoría las manos por los favores que nos ha hecho. Ahora quiere que sepais que, magüer vasallo de vuestro hijo el rey de Galicia, de vos es mas que vasallo, es amigo, y no cesará de rogar al cielo por vos, y por vos dará la vida cuando no se oponga á la fidelidad y pleitesia que ha jurado.

—¡ Ah! ¡ Gracias gracias! respondió doña Urraca echándose un poco atrás para ocultar su turbacion. ¿ Con que se acuerda de mí? Es el único, el único que no me ha olvidado en la desgracia; pero su memoria vale por la de todos.

—Al mismo tiempo me manda poner en vuestras reales manos este pequeño don..... prosiguió el mancebo con timidez.

—¡ Ah!

—Esta crucecita de madera que ha labrado en su prision y ha traído al cuello.....

—¡ Dios mio! exclamó la Reina sin poderse contener, cubriéndola de besos y bañándola con sus lágrimas: dile, Ramiro..... ¡ Mas no, por Dios, no le digas nada! En cambio, añadió sacando un pergamino, toma esa escritura que pensaba remitirte desde Castilla, á donde me parto: es una carta de nobleza para Pelayo el mudo, que como escudero de un rico hombre, debe ser de buena sangre: en ella le

señalo un solar y tierras correspondientes en una de mis villas realengas. Cuando te cases con su hija, vendrás con ella, y te cumpliré mi palabra de armarte caballero.

— ¡Ah! ¡señora! si tal condicion poneis á semejante honra, creo que nunca llegaré á merecerla.

— ¿Por qué?

— Porque Munima, con razon ó sin ella, empeñada en creer que yo..... no la amo..... es decir, que no la amaba con verdadero cariño, ha rehusado formalmente mi mano, que mi mismo padre y yo le hemos ofrecido.

— Entonces, dijo la Reina dando vueltas, como distraida, á la crucecita de Bermudo..... ¿Pero qué lema tiene esta cruz....? ¿qué dice aquí? Léelo, Ramiro: esto no parece romance.

— Efectivamente, es latin, respondió Gonzalo; dice: *Innocentem non secuti, pœnitentem imitemur*.

— ¿Y eso qué quiere decir? preguntó la Princesa ruborizada.

— No lo sé, contestó Gonzalo, encendido tambien como una grana: debe ser una sentencia que don Bermudo querria tener presente en su calabozo, sacada de los libros santos, ó de los santos padres, porque muchas veces se la tengo oida al obispo en sus homilias.

— Está bien: dile á Bermudo que yo procuraré estudiarla y conformar con ella mi conducta, para lo cual le ofrezco no apartar nunca de mi pecho esta reliquia. Con Munima ó sin ella ven cuando quieras á la corte de Castilla, y la Reina te dará la orden de caballería.

El hijo del rico hombre montó á caballo súbitamente, y tornó á Santiago tan á prisa como habia venido. Doña Urraca aguardó en Mellid el resto de sus tropas, y siguió luego hasta Burgos sin detenerse.

Aquel mismo dia, el rey don Alfonso VII hizo su entrada solemne en Compostela. Gutierre Fernandez de Castro rindióle homenaje, al cual permaneció fiel toda su vida. Murió coronado de gloria y de honores á una edad muy avanzada, despues de haber sido mayor-domo mayor, alcaide de Toledo, gobernador de Castilla, y ayo del príncipe don Sancho *Deseado*.

No tuvo mas sucesion que una hija, y la dió por nombre Gontroda, acaso en memoria de la única víctima inocente del incendio de Altamira.

Este alcázar estuvo ardiendo dos ó tres dias; pero las llamas no pudieron devorar del todo sus robustos murallones, cuyos restos al

cabo de tantos siglos permanecen en pie con señales inequívocas de la catástrofe.

Cuéntase que al venir del Padron á Santiago el niño Alfonso, preguntó al conde de Trava la causa de las llamaradas y de la humareda que salía por entre los bosques á la izquierda del camino.

— ¡Qué diablos ha de ser! respondió sonriéndose don Pedro Froilaz: seis dias hace que Ataulfo de Moscoso me prometió tener iluminado su castillo cuando vuestra señoría pasase por sus estados, y aunque ayer murió, no ha querido dejar de cumplir su palabra.





APENDICES.

I.

SOBRE LA PEREGRINACION Y EL CAMINO DE SANTIAGO, LIB. I, CAP. I, PÁG. 10.

DESDE la conversion al cristianismo de las naciones septentrionales que inundaron la Europa, comenzó la aficion á las peregrinaciones. Descubierto el cuerpo de Santiago, su tumba de Compostela fué una de las mas favorecidas de los fieles; de suerte que no solo de España, sino de las mas remotas provincias acudian á venerar sus reliquias. « Visitábanlas, dice Mendez de Silva, francos, normandos, escoceses, sajones, albaneses, bretones, flamencos, italianos, griegos, armenios, sardos, candios, húngaros, alemanes, polacos, dácios, noruegos, jerosolimitanos, asiáticos y otros, peregrinando diversos climas por ganar innumerables indulgencias que han concedido los Sumos Pontífices y prelados, y plenísimo jubileo cada siete años; habiendo ley en Esclavonia que quede libre de tributos quien tres veces la visitare, y así llevan testimonio auténtico de ello. » Han hecho esta peregrinacion muchos santos, reyes, príncipes y caballeros, especialmente franceses, y en los mas de los pueblos del tránsito habia para recibir los peregrinos hospitales con renta, fundados por personas reales ó caballeros devotos. Iban al principio desde Francia á Guipúzcoa, á Vizcaya, á las Asturias, á Galicia, huyendo las tierras

llanas, infestadas de sarracenos. Despues, por no pasar tan ásperas montañas, mudóse el rumbo entrando á Navarra, Álava y Asturias, y si algunos peregrinos caminaban por la Rioja y Burgos, eran solo los grandes señores que, fiados en la mucha compañía de criados y gente, se atrevían á pasar por estos países. Últimamente, espelidos los sarracenos de estas tierras, y allanados los inconvenientes del camino, comenzó este á correr por Rioja, Bureva y Burgos, por ser mejor el clima y mas abundante el terreno. Hacia el año 993 venían ya los peregrinos por Navarra, Logroño, Navarrete, Nájera, Ormilla, por los campos de Valpierre á San Torcuato, y por fuera del monte Ayuela entre las villas de Bañares y Castañares, Villalobar y Sansoto, á Leiva, Villafranca y Burgos. Este era el camino que se seguía en tiempo de Santo Domingo de la Calzada.

En medio de la espesura del monte Ayuela, ó Fayuela, subsistía, aunque ruinoso, un palacio con paredes de muy buena piedra sillar, un patio de arcos de la misma materia, otro de pilares de piedra sin arcos, y algunas piezas maltratadas, y cerca de él una ermita dedicada á Nuestra Señora, con la techumbre arruinada: casa de recreo y de bosque de los reyes de Navarra, que dominaban en Rioja; pero que estos tenían abandonados, porque atendían mas á pelear con los infieles que á divertirse con la caza. En este sitio resolvió el Santo establecer su morada. Remendó primero la ermita, que la tradicion asegura ser la misma que hoy existe en la plaza de la catedral de la ciudad que lleva el nombre de este piadoso varon, y en seguida se dispuso por habitacion una pobre y humilde celdilla. Allí vivía en la contemplacion, y para emplear útilmente sus ócios, labraba un huertecillo en que puso alguna hortaliza y árboles frutales, hasta que viniendo á España san Gregorio Ostiense, salió para hacerse su discípulo, y ordenado por él de sacerdote, le acompañó en el ministerio de la predicacion.

Habiendo llevado Domingo al santo maestro á su retiro de Ayuela, le habló de las penalidades que los peregrinos y pasajeros padecían en aquel monte, guarida de ladrones, y los peligros en que muchas veces se hallaban por lo pantanoso del sitio y por las crecidas del rio Oja, que no tenía puente, y le enteró de la idea que le había ocurrido algunas veces de subvenir á estos daños. Aprobó san Gregorio su proyecto, y examinando ambos el terreno, parecióles que

por aquel sitio se podia guiar mas derecho el camino real, si se desmontaba la espesura, con cuyo medio se lograba ahuyentar de ella á los ladrones, si se hacia una larga calzada, y se fabricaba un puente sobre el Oja.

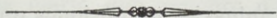
La falta del puente era la mas perentoria, y así determinaron hacer con el auxilio de los pueblos uno de madera, y lo fabricaron por sus manos, sobre unas cepas de piedra, cuyos vestigios aun se ven entre el puente actual y unas heredades, hácia la parte de poniente, no lejos de una ermita consagrada á san Sebastian.

Corriendo la voz de que Domingo asistia con tanto cariño en su celdilla á los peregrinos y pasajeros, y que el monte estaba abierto, libre de foragidos, y atravesado al fin de una calzada construida por el santo, eran innumerables los que torcian hácia su estancia, tomando desde Nájera á Azofra, por cerca de Cirinueta á la Calzada, y desde allí á Grañon, Redecilla, Belorado, Villafranca y Burgos.

Inutilizado el puente de madera, ya porque su poca solidez lo destruyese, ya porque el rio, que es un torrente que corre entre cascajos sin madre fija, hubiese variado de direccion, su caridad ardiente se valió de un medio mas gravoso para ser útil á los transeuntes, pasándolos sobre sus hombros, cual otro nuevo Cristóbal. Pero la caridad hace milagros: aquel pobre ermitaño, ayudado de los pueblos, levantó poco despues el puente de piedra que hoy existe, y ademas un hospital con salas para los pasajeros, divididos por naciones, cuartos para sacerdotes, y para mujeres, y vivienda para la familia que cuidaba del servicio.

Tal es el origen de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, y estas son las razones que ha tenido el autor para llamarla en la novela *Segunda patria de los peregrinos*.

Véase la *Historia de santo Domingo de la Calzada*, Abrahan de la Rioja, etc., por el doctor don JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA. Madrid, viuda de Melchor Alvarez, 1702, 1 tomo folio menor.





II.

LOS LIBROS DE CABALLERÍAS FUERON LA NOVELA DE COSTUMBRES DE SU ÉPOCA,
LIBRO III, CAP. VII, PÁG. 340, NOTA.

EN apoyo de la opinion emitida aquí muy de paso, de que las mejores fuentes para empaparse en el espíritu de la edad media son los romances y libros de caballería, nos ha remitido nuestro amigo don Eustaquio Fernandez de Navarrete la siguiente nota extractada de la *Historia literaria de la Edad Media*, que está escribiendo, *Sección de los libros caballerescos*.

El público nos agradecerá seguramente que le anticipemos algunas páginas de una obra tan útil, tan preciosa, y que á juzgar por lo que de ella hemos visto, debe elevar á su autor, como historiador y como crítico, á grande altura en la república de las letras.

Dice así :

« El ánsia que en la actualidad manifiesta la juventud hácia las modernas novelas, puede dar una idea del entusiasmo que en sus respectivos siglos escitaron los libros de caballerías. Pero esta idea no llega á ser cabal. Las variadas distracciones que ofrece nuestra sociedad, borran en el ánimo las impresiones que puede hacer la novela; la monotonía de la vida antigua las grababa fuertemente en el ánimo y exaltaba la imaginacion; el género novelesco tiene en el día

ancho campo en que espaciarse, y ya nos representa nuestras propias costumbres, ya se entretiene en dibujar las de tiempos pasados, ya se pasea por las aéreas regiones de la fantasía; en la edad media no se alimentaba sino de heroísmo y proezas, y la dama que los leía, se habia adormecido en la cuna al son de cantos guerreros; en la juventud era elegida para adjudicar en los torneos el premio al mas valeroso; y en la edad mas avanzada, armaba á los hijos para los combates y les inspiraba sentimientos de honor; las cuestiones humanitarias, las reformas sociales que forman mas de lo que debieran el fondo de la novela actual, no las interesan directamente; los grandes hechos de armas que los libros caballerescos nos representan, emprendidos y concluidos en nombre de las damas, tenian que conmover dulcemente su vanidad y orgullo. Si en todos tiempos el heroísmo ha entusiasmado el corazon de la mujer que, conociéndose débil, ha querido encontrar en el hombre las cualidades necesarias para ser su apoyo, ¿cuánto mas la entusiasmara en un siglo en que, faltos de fuerza todos los vínculos sociales, su virtud y sus bienes no tenian otra defensa que el respeto inspirado por el valiente brazo del caballero que se declaraba su campeón? Si siempre ha sido sensible á los obsequios y halagos, ¿cuánto mas lo seria cuando en medio del reinado de la fuerza, estos hombres de hierro que, desafiando impávidos la muerte y los trabajos, ante nadie doblaban su orgullosa cerviz, se postraban humildes á sus plantas y respetaban idólatras todos los caprichos de la belleza? La impresion, pues, que estos libros debian causar en imaginaciones frescas y vigorosas, puede conjeturarse mas bien que describirse.»

« Mas algunos, poco conocedores de la historia, los han creido parto de cabezas delirantes, y las costumbres en ellos descritas fingidas y supuestas; basta con todo examinar la historia, y comparándola con ellos se verá por la conformidad que tienen que la novela caballeresca puede llamarse la novela de costumbres de los siglos medios. No era dable que ejerciesen una influencia tan grande en la sociedad, si esta no hubiese visto en su composicion interpretadas al vivo sus ideas. Es cierto que muchos de los autores de libros de caballerías supusieron la existencia de sus héroes en tiempos de la mas remota antigüedad; pero sin embargo, no les dieron otras costumbres que las del tiempo en que escribian, ya por-

que su ignorancia por un lado les hiciese creer que nunca pudo haber otras, ya porque es casi imposible al hombre sin estudios profundos hacer abstraccion de cuanto le rodea. En comprobacion de esta verdad no hay sino comparar con las historias de la edad media sus libros fabulosos. »

« La falta de trabazon entre las distintas partes que componian el estado, ocasionada por la independendencia salvaje de los hombres del Norte y su bárbara ignorancia, hacian muy dificil la organizacion social, si el estado, que como el individuo tiende siempre á su conservacion, no hubiese sabido hallar principios de vida en sus mismos elementos disolventes. Formóse, pues, la caballería; y la existencia que los antiguos lograron en la reunion de todas las fuerzas en el ente moral llamado nacion, se halló entonces en la division casi infinita de esfuerzos individuales cooperando á un mismo objeto; de suerte que si en las sociedades antiguas el individuo desaparecia ante los grandes intereses de la comunidad, en las modernas reinaba el individualismo que la caballería trató de dirigir en beneficio de la misma comunidad. Al órden de la caballería se confió el sostenimiento de la fê, la defensa de la patria, y el amparo de los débiles contra los fuertes, objetos todos que sin ella quedáran abandonados. Para que no se formase de gente indigna de tan sagrado ministerio, no se conferia esta dignidad sino como premio de grandes hazañas y en medio de las ceremonias de la religion que la consagraba. Como el objeto de este instituto era el empleo de la fuerza en favor de la sociedad, permitíase á los caballeros ejercitarla por medio de diversiones guerreras, como los torneos, que sublimaban su valor hasta el heroismo, disponiéndolos á no arredrarse por cuantos peligros pudiesen ofrecerles las expediciones militares y los verdaderos combates. Como era fácil que empleasen en desafueros las armas que se les confiaban, trabajóse con sábias leyes en imbuirles sentimientos de honor: el caballero que faltaba á su palabra era escarnecido, el que no favorecia á la desgracia que acudia á su brazo, vilipendiado, el que ultrajaba una dama, mirado con horror y sujeto á su venganza, y en fin el que manifestaba cobardía, espelido ignominiosamente de la mesa de los caballeros. Otro freno mas suave, y al propio tiempo mas poderoso, se ideó para contenersu ferocidad. Los pueblos del Norte rendian cierta especie de adoracion á la mujer; el cristianismo fomen-

«ó este justo respeto á su debilidad, la caballería lo elevó hasta el delirio, y así el caballero, por el deseo de la aprobacion de una beldad y el temor de su desagrado, siempre que sus pasiones no le cegaban huía de la deslealtad y de la injusticia. Del mismo modo que habia premios y gloria para los que cumplieran como nobles, para los de alma tan baja que tales incentivos no obligaban á separarse del crimen, habia prescritos castigos ignominiosos. Con tales medios se procuró dirigir hácia el bien el valor y domesticar la ferocidad guerrera; con ellos se evitaron muchos males; pero como de repente no pudieron ahogar todos los gérmenes de barbarie, no siempre obtuvieron los resultados que eran de apetecer. Entablóse una lucha entre tan sábias instituciones y los instintos salvajes, que produjo aquella mezcla de magnanimidad y de venganzas, de violencia y de ternura, de fanatismo y de irreligion, de devocion y de amoríos, cuyo colorido poético no pudo menos de hacerse manifiesto á la imaginacion de los primeros que concibieron los libros caballerescos.»

« Este es en resúmen el cuadro general de la caballería, y en su pintura estan contestes la fábula y la historia. Consúltense en prueba las *Partidas y el Doctrinal de caballeros*; pero por ahorrar este trabajo á los que no tengan tiempo ó paciencia de emprenderlo, presentaremos algunas particularidades de caballeros andantes, comprobadas por otras idénticas que se refieren de personajes auténticos.»

« La intervencion de la religion en todas las empresas de caballeros andantes vése confirmada en la vida real por muchos ejemplos. Cuando Godofredo de Bouillon lidió con Guy de Montefolcon en desagravio de una doncella desposeida por este de su estado, despues de armados ambos oyeron misa en la iglesia mayor de la ciudad y luego cabalgaron á la lid. En el *Paso honroso* sostenido en el puente de Orbigo jamás entraron á lidiar los justadores sin oir misa, á pesar de que los religiosos que la decian declararon que tales ejercicios no se podian hacer sin pecado mortal, y que la Iglesia conforme á lo dispuesto por el derecho canónico no rogaba por los que morian en ellos ni les concedia sepultura en sagrado, disposicion que se observó con un caballero aragonés que murió en la justa. Los estatutos de la órden de la Vanda, fundada por el rey don Alfonso el XI, disponian que cada caballero hiciese mucho por oir misa, para que Dios le ayudase en sus caballerias. Consiguiente á estas máximas

fué que en el acto de armar caballeros interviniesen ceremonias religiosas, costumbre que, ni fué invencion de los escritores de fábulas, ni práctica de solos caballeros particulares, pues la crónica de don Juan II nos muestra á este rey velando las armas toda una noche en la catedral de Toledo. Esta usanza era ya antigua, pues don Alonso en las Partidas la describe menudamente. »

« Por este mismo principio los caballeros hacían votos y promesas á Dios y á los santos por el buen éxito de sus empresas, muchas veces injustas; quiénes ofrecían hasta llevarlas á cabo no comer pan á manteles, quiénes privarse de carne y vino ciertos dias á la semana, quiénes vestirse de estameña y sayal, y quiénes en fin visitar en traje de romeros alguna ermita ó santuario. El rey don Pedro, que quiso matar al nuncio del Papa que vino á anunciarle la excomunion, se emplea en seguida en devotas peregrinaciones. Beltran Du Guesclin, ó Claquin, como le llaman nuestras crónicas, recogiendo el guante que le arrojó en desafío el duque de Lancastre en el sitio de Dinan, ofrece no comer hasta desempeñarlo mas que tres sopas en vino á honra y gloria de la Santísima Trinidad: ¿qué mas harían los que trastornaron el juicio á don Quijote? La penitencia de Amadis en obsequio de su señora, parodiada por Cervantes, no es una ficcion romancesca; no lo es tampoco el pensar en las damas y encomendarse á ellas en las batallas. El extravío de la imaginacion hacia confundir á los caballeros los obsequios que estas merecian con el homenaje que se tributa á la Divinidad; y esta costumbre de acordarse de las amigas en un trance en que, segun los preceptos católicos, solo debiera el caballero acordarse del Criador, lo recomienda don Alonso en las Partidas (Partida 2, tit. 24, ley 22). »

« En cuanto al enderezamiento de tuertos y desfacimiento de agravios, que era la principal incumbencia de la andante caballería, veamos á Diego Ordeñez retando á los de Zamora por la traicion cometida por Vellido Dolfos; y como ejemplo de la proteccion á la justicia, véase al Cid, el mas perfecto modelo de la caballería castellana, exigiendo en Santa Gadea juramento á don Alonso antes de rendirle homenaje, de no haber tenido parte en la muerte alevosa de su hermano. »

« El culto religioso hácia las mujeres se encuentra recomendado hasta por la legislacion: un artículo de los estatutos de la orden de

la Vanda prescribe que todo caballero de esta orden tenga una señora de sus pensamientos á quien rendir su tributo de adoracion y ofrecer los trofeos de su brazo. »

« Aun en puntos en que la imaginacion de los escritores de fábulas caballerescas encontraba mas espacio en que volar, se ven estos apoyados por la historia. A veces en ellos se encuentran desaforados golpes en que se parten gigantes, y pruebas de fuerza que asómbrran en un Alcides. Ya por estar entonces menos viciada la naturaleza humana, ya por la educacion que se daba á los jóvenes, se formaban efectivamente hombres de una complexion extraordinariamente robusta. En el poema del Cid se cuenta que este héroe en la batalla de Alcocer, habiendo muerto los moros el caballo á Alvar Fañez, partió por medio del cuerpo un enemigo; y si por ser de un poeta es recusable este testimonio, en el libro de la *Gran conquista de Ultramar*, hablando del cerco de Antioquia por los cruzados, se cuenta que Godofredo de Bullon, peleando en una puente contra los sitiados, « atravesó á un moro por la cinta bien cabe los arzones de la silla, así que la cabeza con los brazos y pechos hasta la cinta cayó sobre la puente, y las piernas con muy poco de lo otro quedó sobre la silla. » Michaud en la *Historia de las Cruzadas* cuenta otros muchos ejemplos de las grandes fuerzas del rey de Jerusalem. Aun en tiempo de Felipe II se refiere de don Gomez de Figueroa, caballero de Córdoba, señor del Encinar, que cortaba de un tajo con la mayor facilidad el cuello á un toro, y segun su paisano don Luis Bañuelos lo ejecutó no una vez sola en los festejos celebrados por la ciudad de Sevilla con motivo del casamiento del rey. ¿Qué nos dicen las historias caballerescas que pueda parecer extraño despues de lo que oimos de Diego García de Paredes, Argüello de Leon y Alonso de Céspedes? »

« En el Quijote, que aunque en parodia, presenta admirablemente retratadas las costumbres caballerescas, véñse pintadas las esperanzas que animaban á los que profesaban este orden, de subir en brazos de sus hazañas á la cumbre del poder, ya porque alguna alta dama se enamorase de su valor y gentileza, ya porque algun gran monarca tuviese necesidad de su esfuerzo para libertarse de sus enemigos. Muchos son los ejemplos que presenta la historia de este cambio de fortuna, que, por no alargarme, no cito. Ciertó es que los

escritores caballescós exajeraron en este punto la suerte de sus héroes; pero si á don Rojel le hicieron llegar á emperador de Persia, á don Florisel de Grecia, á Esferamundi de Trapisonda y del mismo imperio á Reinaldos, como se encuentra escrito en el romance de su prision y destierro, tienen disculpa con la realidad de los sucesos que elevaron á Godofredo de Bullon á rey de Jerusalem, á emperador de Constantinopla al caballero Labrenne, y dieron otros tronos á otros cruzados.»

«Basta, pues, lo dicho para comprobar que en los libros de caballerías habia un fondo de verdad que los hizo la lectura favorita de los pasados siglos. Las costumbres influyeron poderosamente en ellos; pero ellos á la vez influyeron tambien poderosamente en las costumbres, y de esta recíproca influencia nació aquel espíritu aventurero, aquel valor indómito con que nuestra España despues de arrojar los moros de su seno, se lanzó por el Océano en busca de un mundo desconocido, y marchó á sojuzgar todos los ámbitos de la Europa bajo la conducta de Carlos V, príncipe que entusiasmó á esta nacion, porque tenia todas las brillantes cualidades de un caballero andante.»

«Cuando el poder central del gobierno ahogó la fuerza del individuo, cuando, para castigar los crímenes, á la espada del caballero se sustituyeron los tribunales de justicia, cuando la invencion de las armas de fuego hizo inútil la fortaleza personal, y el descubrimiento de América, separando á los hombres de la guerra, llamó su atencion hácia las artes ó el comercio, las costumbres variaron y hubieron de caer en descrédito los libros de caballerías. Entonces sabios varones, como el maestro Granada y Arias Montano, levantaron su voz contra ellos, y en fin el jocoso ingenio de Miguel de Cervantes con su admirable parodia los desterró para siempre. Los escritores que vinieron despues los miraron con total desprecio, considerándolos, sin advertir que muchas de las bellezas que admiraban en el Quijote se deben á su fiel imitacion, como abortos de la ignorancia y barbarie, y depósitos de disparates y necedades. ¿Pero es equitativo este juicio? ¿Nada podemos aprender en estos libros que fueron la delicia de nuestros padres? Permítasenos separarnos del comun modo de pensar, y opinar que no será perdido el tiempo que dediquemos á estudiar estos monumentos de nuestros tiempos heróicos, cuya época debiera sernos tan interesante como á los griegos la de Agamenon y Aquiles.»

« Es cierto que estos libros, representando guerreros feroces, llenos de un valor brutal y sanguinario, autorizado y producido por la poca dependencia de los señores, son en general desagradables en su invencion, pesados en su composicion y toscos en su estilo; pero acaso en ellos pueden encontrarse cosas útiles y curiosas: ¿qué libro hay en que no se halle algo digno de ser conservado? Además de ser un rico minero de indagaciones filológicas, donde podremos encontrar las severas bellezas de nuestra antigua lengua, los historiadores hallarán en ellos datos para deshacer muchas dudas, ilustrar muchas dificultades y estender sus conocimientos sobre las costumbres, con solo descartar algunas circunstancias exajeradas ó maravillosas, parto de la invencion, que son fáciles de conocer. La instruccion mas circunstanciada sobre el modo de hacer la guerra, sobre los derechos, dependencia y diferentes grados de los feudos, sobre la administracion de justicia, armas, blason, en fin, todo lo que concierne á la formacion de nuestros usos y costumbres, se encontrará en estos libros. ¿Qué estudio mas interesante para un siglo filosófico? Las obras de historia ocupadas en la relacion de los hechos generales, no cuidaron de entrar en estos pormenores que las de caballería nos han conservado. Si tantos usos y prácticas antiguas tenemos por suficientemente probadas con el testimonio de los poetas, ¿porque los novelistas no han de gozar el mismo privilegio? Felizmente los que escribieron de caballerías no fueron bastante hábiles para conservar lo que se llama colorido local, y aplicando á la historia que escribian, verdadera ó falsa, los usos del tiempo en que vivian, nos dejaron pinturas exactas de sus respectivos siglos, estando siempre conformes en lo esencial de las descripciones, y difiriendo solo segun las épocas en sus pormenores.

« No menos útil puede ser este estudio á los novelistas. Algunos de estos siguiendo las pisadas de Walter Scott se han dedicado á desenterrar las antigüedades de su patria, con buena acogida de los lectores. Si Cervantes escribió un libro de caballerías para desterrar las exajeraciones de su siglo, ahora que el egoismo tiene apagados todos los movimientos generosos del alma, la molicie enervados los corazones y el interés destruido todo lo noble y justo de los sentimientos, es oportuno resucitar este género de literatura, que puede llamarse heroica, para ver si con la grandeza y energía de los pasa-

dos reviven nuestros espíritus adormecidos. Así sin duda lo han concebido los que buscan en la época mas gloriosa de nuestra historia los argumentos de sus novelas. Pero para que los retratos de sus personajes salgan parecidos á los originales, para que el paisaje en que aparezcan no sea el de un siglo á que no pertenecieron, empáñense los autores en la lectura de los libros caballerescos; que algunos momentos de fatiga que les causará la pesadez de su estilo quedarán ventajosamente compensados por la abundante cosecha de nuevas ideas, de tradiciones estrañas, de olvidadas costumbres y de interesantes lances, que harán en beneficio de los lectores.»



III.

ERRORES, DESCUIDOS Y ERRATAS.

DE todo, como en la viña del Señor, hay en la presente obrilla. Con solo advertir que el libro se ha impreso en ausencia del autor, sin que á este le haya sido posible corregir las pruebas, á escepcion de las primeras páginas, y que el original se ha remitido de varios puntos de Navarra y las Provincias Vascongadas, en cartas copiadas por diversos escribientes, parece que podíamos lavarnos las manos y echar la carga en ajenos hombros. Ésta suele ser la práctica corriente, que no nos parece sin embargo muy digna, ni muy noble. Cada cual reconozca y prohije sus enjendros.

Falta es del autor haber dado el tratamiento de *Alteza* á los reyes de Castilla y de Leon en el siglo XII. No lo tuvieron hasta que lo llevó de Navarra y Aragon, donde mucho antes se usaba, importado sin duda de Francia, Fernando el Católico. En el *Centon Epistolario* del Bachiller Fernan Gomez de Cibdareal, podemos ver una carta en que este discretísimo médico da todavía al rey don Juan Segundo el *vuestra señoría* y *vuestra merced* indistintamente. De manera que con toda verdad puede decirse que nuestros reyes andaban entonces entre merced y señoría.

Hácia la mitad de la novela lo echamos de ver, y como el lector puede observar, nos abstuvimos de pecar á sabiendas, ya que de ignorancia tanto hemos delinquido.

Nuestro ha sido tambien el descuido de hacer á un cierto escudero que llevó á Ramiro al Castillo de Altamira, criado una vez de Ataulfo y otra del conde de Trava. Puede ser tambien que á los dos sirviese, aunque se dice que es imposible servir bien á dos señores: el lector de todos modos no ha de pagarle el salario.

Del escribiente ó del impresor son faltas entre otras: *fulminar rayos*, por *fulminar* á secas en la pág. 32: *perdido antes de nacer*, por *perdido poco despues de nacer*, pág. 68: *distancia* por *distincion*, pág. 80: *amontonado* por *agolpado*, pág. 165: *desahogos* por *desvellos*, pág. 230: *sabe tormentos* por *sabe inventar tormentos*, pág. 257: *Bermudo* por *Bernarda* pág. 278: *libertado por su hijo* por *lamentado por su hijo*: etc., etc., que tanta afectacion y vanidad hay en querer corregirlos todos, como abandono en no señalar ninguno, *Ne quid nimis*.

Vitoria 10 de setiembre de 1849.

INDICE.

DEDICATORIA.....	Pág.	v
PRÓLOGO.....	Id.	vii

CAP.	LIBRO PRIMERO.	PÁG.
I.	En que se da comienzo á la peregrina historia de la Reina doña Urraca.....	9
II.	De cómo el Emperador conocia cuando se hablaba de su mujer solo por el movimiento de los labios.....	24
III.	Prosigue tratando de las cosas de la Reina; y de cómo el conde Peranzules compró la soga con que le habian de ahorcar.....	34
IV.	Cómo el paje del obispo llegó á la corte de la Reina, y del lecho que esta mandó aderezarle.....	41
V.	En que el discreto lector no puede menos de sonreirse de la sonrisa de don Gutierre Fernandez de Castro.....	51
VI.	De cómo el paje del obispo á cada paso daba nuevos motivos para ser colgado, de tal manera que el conde de los Notarios llegó á creerlo infaliblemente predestinado para la horca.....	64
VII.	De cómo los sentenciados á muerte pueden dormir y comer y charlar, como si tal cosa.....	77
VII.	De cómo sin hablar tambien se entiende la gente.....	87

LIBRO SEGUNDO.

I.	De cómo Luzbel llegó al palacio del obispo, de las cosas que allí hizo, y de lo mucho que dió en que pensar á su amo.....	101
II.	Que trata de grandes y temerosas aventuras.....	112

III. De lo que vió y oyó Munima, que es ni mas ni menos lo que podrá ver y oír el que este capítulo leyere ó escuchare.....	127
IV. Prosíguese el cuento de aventuras descomunales, que pasarían por apócrifas, á no estar completamente justificadas en la crónica.....	141
V. De cómo el paje del obispo principió á echar algo de menos, y á ver mucho de mas en Compostela.....	155
VI. De cómo don Ataulfo el Terrible al que no quería azotes mandaba sacarle los ojos, y al que con ninguna de las dos cosas se contentaba, le regalaba castillos.....	172
VII. De la sabrosa plática que tuvo don Ataulfo con el caballero de los eslabones, la cual derrama no poca luz sobre algunos puntos de nuestra historia.....	182
VIII. En que el paje Ramiro cuenta una historia que se omite, por cuya razon se habla de otra cosa.....	194
IX. De cómo Ramiro, en la alternativa de casarse ó entrar en religion, se aconsejó de la Reina, y de cómo esta le dijo que ni uno ni otro.....	208
X. De cómo al mudar de vida tambien se tiene que mudar de amigos.....	221
XI. De las cosas que el obispo dijo á la Reina, la cual, en cambio, se dejó muchas que decir.....	231

LIBRO TERCERO.

I. De cómo la bastarda de Trava se casó con Ataulfo el Terrible, sin llegar á ser su esposa.....	252
II. De cómo la segunda mujer de don Ataulfo el Terrible recibió la confesion de la primera.....	269
III. De cómo don Ataulfo el Terrible llegó á temer que su esposa no hubiese muerto de veras.....	279
IV. De las cosas que á Ramiro acaecieron aquel dia.....	294
V. Que es uno mas en esta crónica y donde quiera que haya otra....	306
VI. De cómo el paje del obispo fué convertido en murciélago.....	317
VII. De cómo el sabueso se metió en la madriguera.....	330
VIII. Que no debemos fiarnos del agua mansa.....	347

LIBRO CUARTO.

I. Que Gutierre Fernandez de Castro era muy duro de pelar.....	360
II. Cómo el obispo y el conde de los Notarios hacían la cuenta sin la huéspedea.....	375
III. De cómo el conde de Lara, que siempre estaba de sobra, no acudió al lado de la Reina la única vez que hizo falta.....	386
IV. De cómo á los ojos de Ataulfo tornóse berneja el agua del foso.....	399
V. En que se refieren las aventuras del villano barbilampiño, con	

otras cosas.....	410
VI. Cómo Ataulfo de Moscoso cumplió al conde Pedro Froilaz cierta palabra; lo cual se aclara y se demuestra en el capítulo siguiente.....	427
VII. De cómo el que no es inocente tiene que ser penitente.....	452

APÉNDICES.

I. Sobre la peregrinacion y el camino de Santiago, lib. I, cap. I, página 10.....	I
II. Los libros de caballerías fueron la novela de costumbres de su época, lib. III, cap. VII, pág. 340. Nota.....	IV
III. Errores, descuidos y erratas.....	XIII

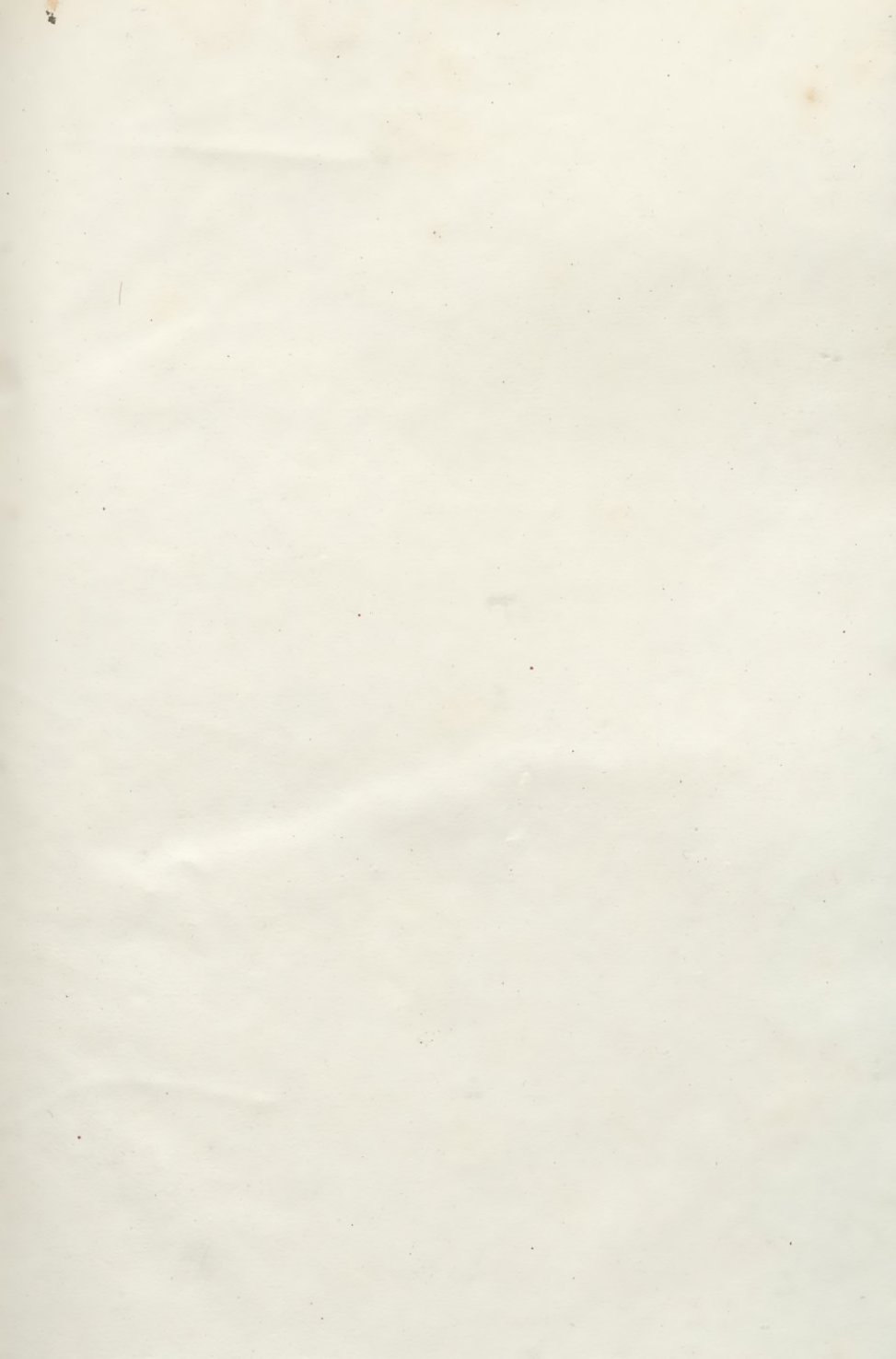


LOS EDITORES.

AL despedirnos de los señores suscritores que nos han favorecido en la publicación de DOÑA URRACA DE CASTILLA, no será inoportuno manifestar que cuando á ella dimos principio contábamos existentes 300 ejemplares de DOÑA BLANCA DE NAVARRA, novela original tambien del Sr. Navarro Villoslada. Apenas habia salido á luz la 6.^a entrega, cuando estaban ya agotados dichos 300 ejemplares, viéndonos en el caso de no poder satisfacer los numerosos pedidos que se nos hacian, y de avisar á nuestros corresponsales que se habia agotado la edicion.

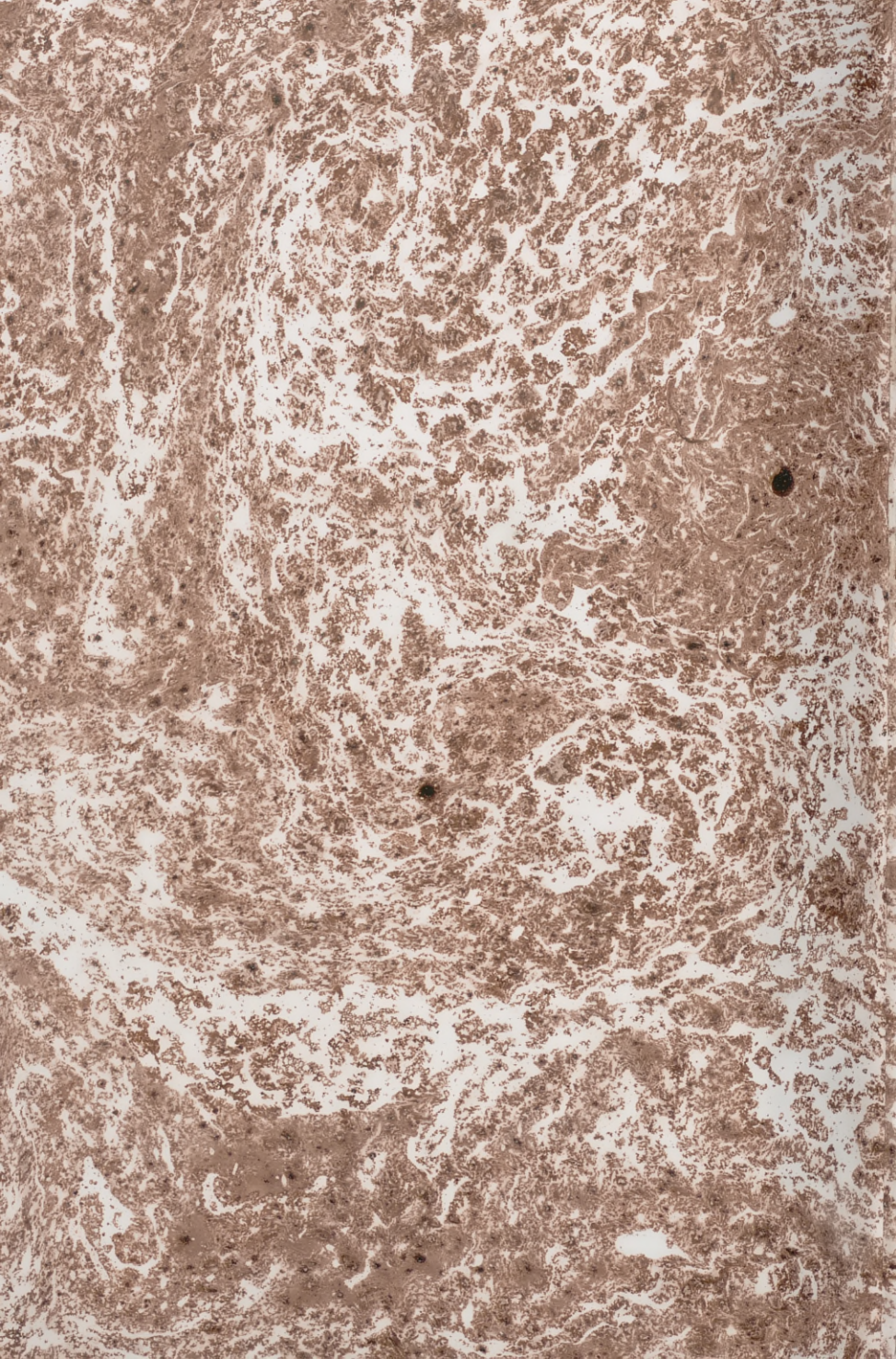
Este hecho demuestra de una manera convincente que el público acoge con singular y merecida predileccion las obras del señor Navarro Villoslada, cuya modestia no se ofenderá si constituyéndonos eco de los inteligentes, afirmamos que reúne todas las dotes que del novelista exigen el arte y la critica. Esto demuestra tambien cuán errónea es la creencia de que las novelas originales españolas no son bien aceptadas. Pruebas recién recibidas tenemos de lo contrario, y por nuestra parte podemos citar el hecho de haberse agotado en pocos meses *tres ediciones* de la DOÑA BLANCA DE NAVARRA. Así es que vamos á principiar la CUARTA EDICION, que harémos igual en un todo á la primera, esceptuando el papel, que será mucho mas superior.

Los señores suscritores á DOÑA URRACA DE CASTILLA que *en provincias* gusten suscribirse á la DOÑA BLANCA DE NAVARRA, disfrutarán de la rebaja de medio real por entrega, esto es, que las recibirán al mismo precio que los suscritores de Madrid.



270 t

530





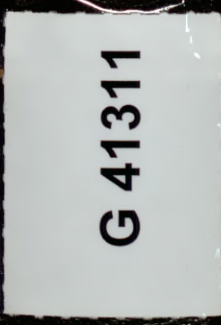




F. NAVARRO

DOÑA
URRACA
DE CASTILLA





G 41311

